

A crowd of people, mostly seen from behind, wearing dark clothing. One person in the center is wearing a bright red hooded garment, standing out from the dark crowd.

SUKETU MEHTA

Ciudad total

Bombay perdida y encontrada

LITERATURA RANDOM HOUSE

Ciudad total

Bombay perdida y encontrada

SUKETU METHA

Traducción de
Aurora Echevarría



LITERATURA RANDOM HOUSE

www.megustaleerebooks.com

*Para mis abuelos,
Shantilal Ratanlal Mehta y Sulochanaben Shantilal Mehta,
Jayantilal Manilal Parikh y Kantaben Jayantilal Parikh*

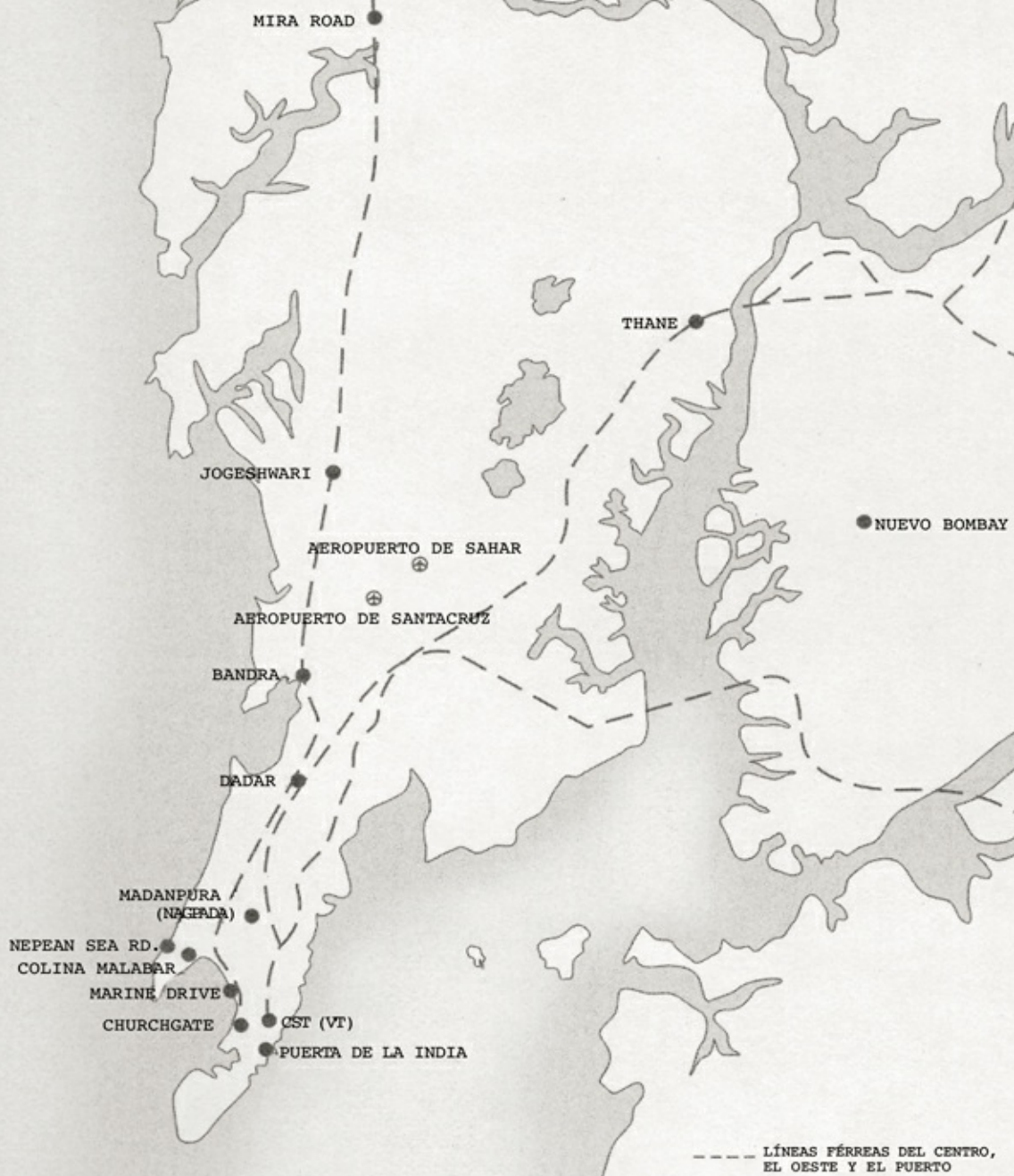
En cuanto a Kabir, acudí a él por los cantantes de Nirgunia de Malwa a quienes había escuchado mientras estaba enfermo en Dewas. Aprendí su habilidad para crear vacío, tan crucial para un *bhajan* de Nirgunia. Utilizan las notas en un estilo ermitaño muy personal, de modo que cuando las arrojan contra ti no te hacen daño. Cantan en soledad. Al cantar a Kabir me propongo crear esa soledad fundamental y al mismo tiempo un espíritu comunitario imperecedero. El mismo Kabir lo expresa maravillosamente: «Estoy separadamente solo». La identificación total con el interior y el exterior es el aspecto de Kabir que constituye un mayor desafío.

KUMAR GANDHARVA

Somos individualmente múltiples.

KABIR MOHANTY

MUMBAI
2004



PRIMERA PARTE
PODER

TOPOGRAFÍA PERSONAL

Dentro de nada habrá más gente viviendo en la ciudad de Bombay que en el continente australiano. En la placa de la Puerta de la India se lee «Urbs Prima in Indis». Es también la Urbs Prima in Mundis, al menos en un aspecto que es la principal prueba de la vitalidad de una ciudad: el número de personas que viven en ella. Con catorce millones de habitantes, Bombay es la ciudad más grande del planeta de una raza de urbanícolas. Bombay representa el futuro de la civilización urbana sobre la Tierra. ¡Que Dios nos ampare!

Me fui de Bombay en 1977 y regresé veintiún años después, cuando había crecido y se había convertido en Mumbai. Veintiún años: el tiempo suficiente para que un ser humano nazca, reciba una educación, tenga derecho a consumir alcohol, se case, conduzca, vote, vaya a la guerra y mate a un hombre. En todo ese tiempo yo no había perdido mi acento. Hablo como un chico de Bombay; así es como me identifican en Kanpur y en Kansas. «¿De dónde eres?» Buscando una respuesta —París, Londres, Manhattan—, siempre acabo recurriendo a «Bombay». Enterrada bajo las ruinas de su estado actual —el de catástrofe urbana—, es la ciudad que ocupa un lugar especial en mi corazón, una bonita urbe junto al mar, una isla-Estado de la esperanza en un país muy antiguo. Regresé en busca de esa ciudad con una pregunta sencilla: ¿es posible volver a casa? Mientras buscaba, descubrí que las ciudades estaban dentro de mí.

Soy un chico de ciudad. Nací en una ciudad *in extremis*, Calcuta. De allí me fui a Bombay, donde viví nueve años. Luego a Nueva York, ocho años en

Jackson Heights. Un año, aunque no de forma continuada, en París. Cinco años en el East Village. Desperdigado en el tiempo, casi otro año en Londres. Las únicas excepciones fueron tres años en Iowa City, que dista mucho de ser una ciudad, y un par más en New Brunswick, Nueva Jersey, poblaciones universitarias que me prepararon para volver a la ciudad. Mis dos hijos nacieron en una ciudad grande, Nueva York. Vivo en ciudades por decisión propia, y estoy bastante seguro de que moriré en una ciudad. No sé qué hacer en el campo, aunque no está mal para el fin de semana.

Vengo de una familia de comerciantes viajeros. Mi abuelo paterno abandonó su Gujarat rural a principios de siglo para asentarse en Calcuta y unirse a su hermano en el negocio de la joyería. Cuando en los años treinta el hermano de mi abuelo osó adentrarse en territorio internacional, Japón, tuvo que volver e inclinarse con el turbante en la mano ante los ancianos de su casta para pedir perdón. Sin embargo, sus sobrinos —mi padre y mi tío— siguieron viajando, primero a Bombay, y luego más allá de las aguas negras, hasta Amberes y Nueva York, para acrecentar las riquezas que habían heredado. En su juventud, mi abuelo materno abandonó Gujarat para ir a Kenia, y ahora vive en Londres. Mi madre nació en Nairobi, fue a la universidad en Bombay y ahora vive en Nueva York. En mi familia hacer las maletas e irse a vivir a otro país nunca ha sido motivo de largas deliberaciones. Ibas a donde te llevaban tus negocios.

En una ocasión regresé con mi abuelo a la casa de nuestros antepasados en Maudha, situada en un pueblo de Gujarat que ahora es una ciudad pequeña. Sentado en el patio del viejo caserón de enormes vigas, mi abuelo empezó a presentarnos a los nuevos dueños, los Saraf, usureros gujaratis para quienes Maudha era la gran ciudad.

—Y este es mi yerno, que vive en Nigeria.

—Nigeria —dijo el Saraf, asintiendo.

—Y este es mi nieto, que viene de Nueva York.

—Nueva York —repitió el Saraf, sin dejar de asentir.

—Y esta es la mujer de mi nieto, que es de Londres.

—Londres.

—Ahora los dos viven en París.

—París —recitó diligentemente el Saraf.

Si en ese momento mi abuelo hubiera dicho que vivía en la Luna, el Saraf, sin parpadear, habría seguido asintiendo y repetido: «Luna». Estábamos desperdigados por el mundo de un modo que rayaba en lo absurdo. Pero allí estábamos, visitando la casa donde había crecido mi abuelo, todavía juntos, como una familia. La familia era la goma elástica que nos mantenía unidos, por muy lejos que erráramos.

Fue la *muqabla*, la competencia comercial, lo que obligó a mi padre a marcharse de Calcuta. Fue la forma en que se compraba y se vendía en el negocio de joyas de mi abuelo. Un grupo de vendedores se reunía en la oficina del comprador con el intermediario el día señalado. Entonces empezaban las negociaciones. El precio no se decía en voz alta, sino que se indicaba mediante los dedos que levantaba el vendedor debajo de un extremo suelto de su *dhoti*, que el comprador debía agarrar. Parte de la *muqabla* consistía en escandalosos vituperios por parte del comprador. «¿Se ha vuelto loco? ¿Espera que venda a estos precios?» En un alarde de profunda frustración, el vendedor salía de la oficina hecho un basilisco sin dejar de vociferar. Pero se aseguraba de olvidarse el paraguas. Diez minutos después volvía a buscarlo. Para entonces el comprador tal vez había reconsiderado su postura y podían llegar a un acuerdo, momento en que el intermediario exclamaba «¡Estrechémonos la mano, entonces!», y de pronto todo eran sonrisas. Fue todo ese teatro lo que llevó a mi padre a dejar el negocio de la joyería en Calcuta. No podía soportar los gritos y los insultos; era un hombre culto.

Su hermano se había ido a Bombay en 1966 contra la voluntad de mi abuelo,

que no veía razón alguna para que lo hiciera. Pero mi tío era joven y Calcuta empezaba a declinar. En Bombay se introdujo en el negocio de los diamantes. Tres años después mis padres estaban en Bombay de paso, después de que mi hermana pequeña naciera en Ahmadabad, cuando mi tío, recién casado, les sugirió: «¿Por qué no os quedáis?». De modo que eso fue lo que hicimos, cuatro adultos y dos niños, uno de ellos recién nacido, en un piso de una sola habitación donde siempre había huéspedes entrando y saliendo. Vivíamos como un «conjunto familiar», compartiendo el piso y los gastos, y el espacio se agrandó para hacernos sitio. ¿Cómo pueden caber catorce millones de personas en una isla? Del mismo modo que nosotros logramos caber en el apartamento de Teen Batti.

Mi padre y mi tío se hicieron un hueco en el negocio de los diamantes. Nos mudamos a un piso de dos habitaciones de un edificio que se erguía sobre un palacio junto al mar, Dariya Mahal. El palacio pertenecía al *maharao* de Kutch. Una familia de industriales marwari lo compró junto con sus terrenos; talaron los árboles, se llevaron las antigüedades del palacio y lo llenaron de colegiales. Alrededor del palacio construyeron tres edificios: Dariya Mahal 1 y 2, edificios de veinte plantas que parecían libros de contabilidad abiertos, y Dariya Mahal 3, donde yo crecí, el hermanastro achaparrado e impasible de doce plantas.

Mi tío y mi padre viajaban con regularidad a Amberes y a Estados Unidos. Cuando mi padre me preguntó qué quería que me trajera de Estados Unidos, le pedí una de esas camisetas con una etiqueta que desprende olor al rascarse, sobre las que había leído en alguna revista estadounidense. Volvió con una bolsa gigante de nubes. Me atraqué de esas golosinas enormes y blancas como de algodón y traté de comprender su textura, antes de que mi tía se apropiara de ellas. Después de uno de esos viajes, dice mi tío, mi padre tuvo una revelación mientras se afeitaba, como suele ocurrir cuando te enfrentas a ti mismo en un espejo sin mirarte de forma deliberada. Decidió irse a vivir a

Estados Unidos. No por la libertad o por el estilo de vida; fue allí sencillamente para ganar más dinero.

La vida de cada persona está dominada por un suceso central que moldea y distorsiona todo lo que ocurre después y, en retrospectiva, todo lo ocurrido con anterioridad. Para mí fue irme a vivir a Estados Unidos a los catorce años. Es una edad difícil para cambiar de país. No has acabado de crecer del todo en el que estás y nunca llegas a sentirte a gusto en tu propia piel en aquel al que te trasladas. Yo no sabía absolutamente nada de Estados Unidos; nunca había estado allí. Estaba lejos de pertenecer a la posterior generación de primos míos, como Sameer, que a los dieciséis años se bajaban en el aeropuerto JFK del avión procedente de Bombay con una gorra de béisbol de los Mets y un acento que ya era medio estadounidense. Yo viajé en veinticuatro horas de la infancia a la edad adulta, de la inocencia a la sabiduría, de la predestinación al caos. Todo lo que ha ocurrido desde entonces, cada minúsculo y monstruoso acto —cómo utilizo el tenedor, cómo hago el amor, cómo elegí una profesión o una esposa— ha sido moldeado según ese suceso fundamental, esa piedra angular del tiempo.

En la habitación trasera de la casa de Calcuta de mi abuelo, oscura y sofocante, lo más parecido al vientre materno, había un montón de *Reader's Digest*. Allí, durante los veranos, leía aventuras verídicas, historias de espionaje de los comunistas viles, y chistes sobre las trastadas de los niños y los militares de los que toda la familia podía disfrutar. Aunque entonces no lo sabía, tuve suerte de que, de entre todas las ciudades a las que podríamos habernos mudado, mi padre hubiera escogido Nueva York. «Es igual que Bombay»: así se describe Nueva York a la gente de la India.

Cuando llevaba un año en Estados Unidos pedí por correo sus tesoros anteriormente inaccesibles, las mercancías anunciadas en las solapas de los

libros de cómics. Pedí, para mis amigos de Bombay, el vibrador de mano, el fantasma flotante, el aerodeslizador, las gafas de rayos X. Recibí por correo una caja marrón que miré unos segundos antes de abrir: allí estaba lo que durante todos esos años se nos había negado. Luego las baratijas salieron en tropel. El fantasma flotante era una bolsa de basura blanca con un palo ensartado en la parte superior, que se suponía que tenías que colgar en alto y sacudir para asustar a la gente. Las gafas de rayos X eran un par de gafas de plástico, como las de tres dimensiones que te dan en los cines de películas de ciencia ficción, con un esqueleto dibujado en los cristales. El aerodeslizador era una especie de ventilador rojo conectado a un motor que, cuando lo encendías, se elevaba sobre una superficie plana. El vibrador de mano era un pequeño dispositivo metálico de cuerda que podía llevarse como un anillo dentro de la mano; al estrechar la mano de la víctima, se apretaba un botón y el mecanismo vibraba con fuerza. Contemplé los trastos desparramados por el suelo. Me habían tomado el pelo antes en Bombay; conocía bien esa sensación. Aun así, envié a mis amigos de Bombay el paquete con una carta en la que sugería posibles usos para los artefactos; el fantasma, por ejemplo, podía descolgarse con una cuerda para que ondeara fuera de los balcones de los pisos bajos, asustando seguramente a los niños pequeños en la oscuridad.

Sabía que mis regalos serían bien recibidos. Independientemente de su calidad, eran «importados» y, por lo tanto, atesorados. En la sala de estar de nuestra casa de Bombay había una vitrina. En ella estaban expuestos los objetos importados de Europa y Estados Unidos, los caprichos que se había permitido comprar mi tío en sus viajes de negocios: cajas de cerillas en forma de coches, botellines de bebidas alcohólicas, un cilindro de cerillas largas de Londres en forma de Beefeater con un sombrero afelpado negro, una pequeña maqueta de la Torre Eiffel. También había juguetes: un cohete Apolo II que funcionaba con pilas, un coche patrulla con una luz azul giratoria, una muñeca que bebía y mojaba el pañal (que nunca nos dejaban quitar). Los niños del

edificio se apiñaban alrededor de la vitrina y miraban los juguetes expuestos dentro; juguetes que teníamos prohibido tocar por si se rompían.

En nuestra casa de Estados Unidos también teníamos una vitrina. En ella guardábamos souvenirs de la India: un par de muñecos abuelos, Dada con un *dhoti*, Dadi con un sari de algodón; una estatua de mármol de Ganesh; una máscara de madera de Hanuman; un Taj Mahal en miniatura con una luz que lo iluminaba por dentro; una bailarina de Bharata Natyam que movía la cabeza hacia ambos lados, y un reloj de bronce con la forma del mapa oficial de la India con todo el territorio de Cachemira reclamado a los paquistaníes y a los chinos. Cuando nació el nuevo niño, se le prohibió abrir la vitrina y jugar con esos objetos. Eran demasiado frágiles; podía hacerse daño. El pequeño se apoyaba contra el cristal contemplando su legado, como una avispa posada en una ventana.

Cuando me fui a vivir a Nueva York eché de menos Bombay como si se tratara de un órgano de mi cuerpo. Creía que al irme de Bombay había escapado del peor colegio del mundo, pero me equivoqué. El colegio católico para niños de Queens era peor. Era un enclave de clase trabajadora blanca que estaba siendo invadido poco a poco por inmigrantes de piel más oscura. Yo fui una de las primeras minorías en inscribirme, un representante de todo aquello a lo que ellos trataban de oponerse. Al poco tiempo de que yo llegara, un chico pelirrojo con pecas se acercó a mí durante el recreo y declaró: «Lincoln no debería haber emancipado a los esclavos». Los profesores me llamaban «pagano». En la foto del anuario del colegio aparezco mirando la cámara con la leyenda «Es tan fuerte que no puedo olvidarme ni un solo día de ponérmelo», refiriéndose al eslogan del anuncio de un desodorante. Así era como me veía el colegio: como un infiel apestoso que despedía los olores nauseabundos de mi cocina nativa. El día que me gradué, al salir por las

verjas rematadas en alambre de púas, me arrodillé y besé el suelo con gratitud.

En Jackson Heights mi mejor amigo, Ashish, y yo nos aproximamos de nuevo a Bombay. Ashish también se había marchado de Bombay a los quince años para vivir en Queens. Las tardes más felices de esa época eran las que íbamos al Eagle Theater para ver películas hindis. Con una letra cambiada, había sido anteriormente el Earle Theater, un cine porno. Por la misma pantalla que se había llenado de penes monstruosos que pululaban por vaginas mutantes pasaban ahora obras mitológicas del dios Krishna azul; en esas películas no se veía ni un pecho, ni siquiera un beso. Tal vez el cine estaba siendo purificado. Pero yo seguía examinando con detenimiento las butacas antes de sentarme en ellas.

En las películas siempre veía fugazmente mi edificio, el Dariya Mahal. Cuando Ashish y yo queríamos hablar de otras personas en el metro o maldecir a nuestros profesores en su cara, hablábamos en hindi *bambaiyya*. Se convirtió en un lenguaje de sabotaje. Era un buen idioma con el que bromear; era el lenguaje de un niño. Bebíamos y decíamos palabrotas en hindi. Caminábamos por las calles de Jackson Heights, Ashish, su vecino Mitthu y yo, cantando las canciones de las películas hindis de los años setenta, cuando nos habían sacado de allí; nos dejábamos transportar por la música, la línea aérea más barata. Las noches de primavera el aire recién suavizado nos traía noticias de nuestro país, del pasado, que en gujarati se llama *bhoot-kal*, el tiempo fantasma. Una de esas noches se detuvo un coche patrulla. Se bajaron unos policías.

—¿Qué estáis haciendo?

—Nada.

Tres jóvenes gujaratis en la calle, cantando de forma sospechosa.

—¿No sabéis que se os puede arrestar por merodear?

Era un delito que se castigaba con la cárcel: merodear en el tiempo

fantasma. Seguimos andando, pero esperamos a que el coche patrulla se marchara para ponernos a cantar de nuevo, suavizando el hostil paisaje de Jackson Heights y volviéndolo familiar, transformándolo en Jaikisan Heights.

Ese fue el verdadero período de exilio para mí, cuando unas fuerzas más poderosas que yo me impedían regresar. Era distinto de la nostalgia, que es un simple deseo de evadir la linealidad del tiempo. En las últimas hojas de mi cuaderno hice un calendario que empezaba al principio de primavera. Mi padre me había dicho, o eso creía yo, que en el verano de mi tercer año me enviaría a Bombay. Cada día yo tachaba el anterior y contaba los que me quedaban, como si se tratara de una pena de prisión. Me alegraba de que llegara la noche porque era un día menos en Estados Unidos y uno más hacia mi liberación. Luego, en la última semana antes de las vacaciones de verano, mi padre me dijo que no podía enviarme a la India. Me enviaría el año siguiente, después de que me graduara. Me sentí perdido.

Yo existía en Nueva York pero vivía en la India, cogiendo pequeños trenes de la memoria. Los campos al atardecer. Los pájaros volando hacia sus nidos. El coche deteniéndose en el arcén para que bajes. Volvía a fijarme en los detalles: la complejidad del nudoso *peepal* junto a la carretera, las hormigas que pululaban a su alrededor. Te acercas a los arbustos para mear, y cuando levantas la cabeza, lo ves. Es un lugar caliente, cerrado y húmedo; estás protegido una vez más. No hay nadie a la vista, ni en los campos ni alrededor del cobertizo que ves a lo lejos. Te esperan para cenar en la ciudad, en la casa de tu tía, pero quieres parar allí, cruzar los campos tú solo, entrar en el cobertizo del campesino y pedir un vaso de agua, ver si puedes quedarte unos días en ese pueblo. Un par de moscas han surgido de la nada y están zumbando alrededor de tu cabeza; estás tratando de mear y apartarlas de un manotazo al mismo tiempo, y te mojas los zapatos. «Bhenchod», dices.

Echaba de menos decir *bhenchod* a gente que lo entendiera. No significa «cabrón». Eso es demasiado literal, demasiado crudo. Se trata más bien de

una expresión expletiva o enfática, tan inocua como «mierda» o «maldita sea». Es posible identificar los distintos estados de la India por el modo en que se pronuncia esta palabra: desde el *bhaanchod* punjabi hasta el endeble *pinchud* de Bombay, pasando por el *bhenchow* gujarati y el elaborado *bhen-ka-lowda* bhopali. Los parsis la utilizan a todas horas, tanto las abuelas como los niños de cinco años, de forma espontánea y poco menos que de relleno: «Eh, *bhenchod*, tráeme un vaso de agua», «*Arre, bhenchod*, he ido al *bhenchod* banco hoy». De niño me proponía deliberadamente no decir ninguna palabrota el día de mi cumpleaños. Hacía votos con los niños jainistas: «No utilizaremos las palabras que empiezan por *b* y *m*».

En mi primer invierno en Nueva York, con la chaqueta guateada que mis padres me habían comprado en Bombay y que difundía el calor de mi cuerpo a la atmósfera en lugar de retenerlo, absorbiendo los vientos helados durante mi caminata de un kilómetro y medio hasta el colegio, descubrí que podía generar calor gritando esta palabra. Caminando contra el viento y las ventiscas, con la cabeza gacha, bramaba: «*Bhenchod! Bheyyyyyn-chod!*». En el camino de casa al colegio pasaba por las silenciosas calles residenciales de Queens, y los buenos irlandeses, italianos y polacos de la tercera edad que a esa hora del día se encontraban por casualidad en sus casas debían de oír esa palabra en los días muy fríos, gritada a pleno pulmón por un niño de piel morena vestido con ropa muy poco apropiada.

Cuando por fin regresé a Bombay de visita a los diecisiete años, tres después de haberme ido, tanto la ciudad como mis amigos habían crecido de una manera extraña y desmedida. Para empezar, todos fumaban y yo no. Bebían mucho y yo no. Nitin hizo un truco con la botella rápidamente vaciada de Chivas Regal que les había llevado: frotó la base entre las manos hasta que se calentó el cristal y arrojó una cerilla encendida dentro. Una atractiva llama

azul ardió por un instante. Nitin sabía qué hacer con la botella cuando estaba llena y cuando estaba vacía.

Mis amigos habían renunciado a las rocas de la costa que había frente a nuestro edificio, que habían sido invadidas por completo por un suburbio, en favor de las atracciones de un salón de videojuegos. Al palacio del recinto, que se había convertido en un colegio para niñas, le había brotado otro piso. Me molestó. Necesitamos que las habitaciones de nuestra infancia se conserven intactas, con las mismas fotos en la pared, la cama en la misma esquina, el sol entrando en el mismo ángulo a la misma hora del día. Tuve la sensación de que habían alquilado la habitación a un inquilino y que nunca podría volver a vivir en ella. Yo ya no era de Bombay; en adelante, mi experiencia de la ciudad sería la de un indio no residente. Pero incluso cuando vivía allí, había mundos enteros dentro de la ciudad que me eran tan ajenos como las extensiones de hielo del Ártico o los desiertos de Arabia.

Mi familia trató de involucrarme en el negocio de los diamantes. Me despertaba pronto e iba con mi tío a su oficina. Pero el período de aprendizaje no dio frutos. Enseguida me aburrí de «ordenar», es decir, de clasificar las brillantes piedras en distintas categorías, según sus imperfecciones. Cometía errores. «Eres tan memo como el presidente Carter», me decía el socio de mi tío en 1980. No me uní al negocio, sino que seguí yendo de acá para allá, pasando períodos cada vez más largos en la India, de hasta seis meses cada uno. No se le podía llamar viajar: era más bien un trabajo itinerante. Recibía mis encargos de Occidente —había empezado a escribir sobre la India— y los realizaba en Oriente. Volvía cada cuatro años, luego cada dos y finalmente una vez al año. Últimamente he vuelto dos veces al año para escribir sobre el país. «Mira a Suketu —señaló con tono alentador uno de mis amigos a un conocido que había vuelto a la India y echaba de menos Estados Unidos—. Va y vuelve prácticamente todos los años.»

También regresé a Bombay para casarme. Había conocido a mi mujer, nacida en Madrás y criada en Londres, en un avión de Air India, la perfecta metáfora para un encuentro de exiliados: ni aquí ni allá, sino en feliz tránsito. Yo iba a Bombay y Sunita a Madrás. Hablamos del exilio... y enseguida lo supe.

Mi madre se había marchado de Nairobi en los años cincuenta para estudiar en la Universidad de Sophia de Bombay. Mi padre iba en tren desde Calcuta para pasar tres días con ella. Iba a buscarla a la residencia de estudiantes, en Marine Drive, y paseaban hasta Punta Nariman. Luego regresaban a Chowpatty, el joven pretendiente y su prometida adolescente, y comían *chana bhaturas* (garbanzos con una gran *puris* o galleta) en el Cream Centre o subían hasta el café Naaz para tomarse un batido. A veces iban a la Jehangir Art Gallery. Treinta años después, sin proponérmelo conscientemente, me sorprendí revisitando la cartografía del cortejo de mi padre en compañía de otra joven india que no era de allí. Paseábamos por la bahía; veíamos las fotos de la galería de arte. Bombay es el lugar donde mi familia ha encontrado el amor. Es donde mi tío, recién llegado de Calcuta, vio a mi tía en una feria. Regresábamos de lugares distintos —Nairobi, Calcuta, Nueva York— para perseguir el amor aquí.

El día anterior a mi primera cita con Sunita, un primo tenía que ir a Kanpur y lo acompañé en coche a Victoria Terminus. Cuando el Gorakhpur Express se detuvo, se precipitó a subirse a él una horda de trabajadores itinerantes que regresaban a sus pueblos. Los policías los hicieron retroceder con *lathis*. Hubo un gran clamor y yo me quedé al margen observando, desesperándome. Pensé en la chica que acababa de conocer, su belleza, sus maneras inglesas. Ella era la forma en que podía distinguirme de esa horda e impedir que la multitud me aniquilara. En ese momento me di cuenta de que estaba enamorado. Estar con ella, con una gran mujer como ella, me convertiría en un individuo.

Al día siguiente, enamorado, la llevé a la playa de Juhu. El mar le cubrió los pies y la volvió lánguida, vulnerable. La rodeé con el brazo y ella se permitió apoyar la cabeza en mi hombro. En nuestra tercera cita, en el Sangam Bar, con vistas al mar Arábigo —donde, según averigüé más tarde, mi padre había cortejado a mi madre y mi tío había llevado a mi tía—, después de siete botellas de London Pilsner, pedí a Sunita que se casara conmigo. Ella se rió.

En la zona de los columpios del parque de Nueva York, mi hijo mayor, Gautama, siempre parecía indeciso; miraba a los otros niños de lejos. Yo veía que les sonreía, balanceándose sobre los talones y las puntas de los pies. Incluso cuando le devolvían la sonrisa y se acercaban a él para tratar de integrarlo en sus grupos, él echaba a correr hacia mí, guardaba las distancias. A una edad muy temprana, demasiado temprana, había tomado conciencia de que era diferente.

Acompañé a Gautama al YMCA de la calle Catorce su primer día de parvulario. Todos los niños de dos años hablaban inglés, excepto mi hijo. En casa siempre le habíamos hablado en gujarati. Los profesores ponían ejercicios a los niños y les decían que levantaran la mano; cantaban canciones. Mi hijo no entendía nada. Yo me senté con él, sintiéndome fatal. Los niños de nuestro edificio decían de él: «No sabe hablar». Él levantaba la mirada hacia ellos esperanzado, pero ellos no lo invitaban a jugar. Cuando se sentaba en el jardín de abajo, comiendo su *khichdi* —que los británicos han convertido en *kedgeriee*— de su pequeño cuenco, la niña que vivía en la puerta de enfrente fruncía el ceño. Puaf. Eso era lo que el colonialismo, cincuenta años después del fin del Imperio, había hecho a mi hijo: había vuelto nuestro idioma impronunciable, nuestra comida incomible.

Luego nació nuestro segundo hijo, Akash. Cada vez más a menudo nos decíamos: «Tenemos que llevar a los niños a nuestro país». Nuestros hijos

deben tener la experiencia de vivir en un lugar donde todos sean como ellos. Donde podamos ir a un restaurante de un pueblo rural y no se vuelvan automáticamente todas las cabezas para mirarnos. En la India podrán crecer seguros de sí mismos; tendrán una noción de su yo como individuo que será bien recibida en un yo más amplio. La patria no es una entidad consumible. Para volver a ella no basta con comer ciertos platos o ver sus películas en la pantalla de tu televisor. En algún momento tienes que volver a vivir en ella. Tarde o temprano saldrá a la luz el sueño del regreso. Pero ¿a qué lugar volver, a mi Bombay, al Madrás de Sunita, o a algún lugar barato y encantador como el Himalaya? En 1996 llevaba dos meses en Bombay, para escribir un artículo sobre los disturbios entre hindúes y musulmanes. Era el período más largo que había pasado en la ciudad desde que me había ido de ella, y me pareció hospitalaria. Sunita podría volver a estudiar y sacarse un máster. Hay muchos Bombays; al escribir un libro quería encontrar el mío.

Poco antes de marcharme de Nueva York, entré en un quiosco donde había curioseado a menudo por las tardes. Nunca había hablado con el dependiente. Cogí una revista, la llevé al mostrador y me di cuenta de que había olvidado en casa la billetera. La dejé y le dije al dependiente que enseguida volvía.

—Puede pagarme después —dijo con un ademán—. Le conozco.

Salí de la tienda emocionado. En los últimos cinco años había convertido el East Village en mi patria. Tu patria está allí donde el quiosquero de la esquina te fía. Nueva York, con el alcalde Giuliani, había experimentado un renacimiento. Dejábamos una ciudad segura, donde salías de una discoteca a las cuatro de la madrugada y todavía encontrabas a gente por la calle, parejas, amantes. Una ciudad que funcionaba, donde se recogía la basura, se retiraba la nieve amontonada en cuestión de horas, el tráfico circulaba de forma predecible, y los trenes del metro eran frecuentes y tenían aire acondicionado.

Donde en cada esquina había una fiesta.

Pero cada vez que nos habíamos sentido a gusto en un lugar nos habíamos mudado. Cada vez que habíamos conocido a un grupo de gente, había sido preciso ir a otra parte y empezar de cero. Ahora íbamos a la India, no como turistas ni tampoco para visitar a la familia. Aparte de mi tío de Bombay y de mis tías de Ahmadabad y Kanpur, ya casi no me quedaban parientes en la India. Todos se habían ido: a Estados Unidos, a Inglaterra. La India era para mí el nuevo mundo. Y Bombay la primera recalada.

Al regresar de un viaje a la isla de Elephanta y ver la tarta de novios del viejo Taj Hotel, el rascacielos de imitación del nuevo, y la Puerta de la India frente a ellos, experimento brevemente la aceleración del pulso que debieron de experimentar los viajeros europeos en la India durante todos esos largos siglos. Tras una larga travesía, después de rodear el cabo de Buena Esperanza y de superar muchos peligros, tormentas y enfermedades, al otro lado de esa enorme puerta se extiende toda la India. Aquí hay tigres, hombres sabios y hambrunas. Un alto en el camino, una parada apresurada para bañarte y dormir durante toda una noche en tierra firme, antes de que el tren parta temprano a la mañana siguiente hacia la India auténtica, la India de los pueblos. Entonces nadie se iba a vivir a Bombay; era solo una estación de tren entre el cielo y el infierno. Solo estabas en Bombay de paso.

En 150 a.C., Ptolomeo la bautizó como Heptanesia, la ciudad de las siete islas. Los portugueses la llamaron Bom Bahia, Buon Bahia o Bombaim, que significa «buena bahía» en portugués. En 1538 también la llamaron Boa-Vida, la isla de la buena vida, debido a sus bonitos bosques, la caza y la abundancia de comida. El origen de su nombre también está relacionado con el sultán Kutb-ud-din, Mubarak Shah I, que gobernó las islas en el siglo XIV, destruyó templos y se convirtió en un demonio, Mumba Rakshasa. Otros nombres

hindúes con que se conocen estas islas son Manbai, Mambai, Mambe, Mumbadevi, Bambai y ahora Mumbai. Es una ciudad de múltiples apodos, como los gángsters y las prostitutas. Innumerables gobernantes se han sucedido en este puñado de islas: los pescadores hindúes, los reyes musulmanes, los portugueses, los británicos, los hombres de negocios parsis y gujaratis, los sheths (a los que más tarde se les unieron los sindhis, marwaris y punjabis), y ahora, por fin, de nuevo los nativos, los marathas.

Si miras Bombay desde el aire y ves dónde está situada —separa el pulgar y el índice en un ángulo de treinta grados y verás la forma de Bombay—, te sorprenderás reconociendo que es una ciudad bonita: mar por todos los lados, las palmeras a lo largo de las playas, la luz que cae del cielo y rebota en el agua. Tiene un puerto, varias bahías, arroyos, ríos, colinas. Desde el aire percibes sus posibilidades. En tierra firme es distinto. Mi hijo se da cuenta de ello.

—Mira —señala mientras avanzamos por la carretera desde el Proyecto de Recuperación de Bandra—. En un lado hay pueblos y en el otro edificios.

Ha identificado los suburbios como lo que son: pueblos dentro de la ciudad. El impacto visual de Bombay es el de esta yuxtaposición. Y lo siguen de cerca violentos impactos a los otros cuatro sentidos: el constante ruido del tráfico que entra por las ventanas abiertas en un país caluroso; el tufo a pescado que se seca sobre pilotes al aire libre; el ineludible y húmedo roce de muchos cuerpos morenos por la calle; el picantísimo chutney de ajo de tu sándwich de *vadapav* tu primera mañana con jet lag.

Desde los comienzos de la ciudad había una cultura de Bombay, única en la India. En Bombay de lo que se trata es de hacer transacciones (*dhandha*). Se fundó como una ciudad comercial, construida a la entrada del resto del mundo, y en ella cualquier persona era bien recibida siempre y cuando quisiera comerciar. Gerald Aungier, el gobernador de la Compañía de las Indias Orientales entre 1672 y 1675, concedió a la ciudad libertad de culto y de

movimientos, un cambio notorio con respecto a la política feudal y religiosa portuguesa. En adelante Bombay floreció como puerto libre, en todo el sentido de la palabra. Cuando la guerra civil estadounidense dejó de suministrar algodón a Inglaterra, Bombay llenó el vacío y en cinco años, de 1861 a 1865, ganó ochenta y un millones de libras esterlinas más de lo que la ciudad normalmente habría obtenido por su algodón. Tras la abertura del canal de Suez en 1869, que redujo a la mitad la duración de la travesía al Imperio, Bombay se convirtió realmente en la puerta de la India, reemplazando a Calcuta como la ciudad más rica del Imperio indio. De modo que llegaron a ella gentes de todas partes de la India y del mundo: portugueses, mughales, británicos, gujaratis, parsis, marathas, sindhis, punjabis, biharis... estadounidenses.

En el mapa de la región metropolitana de Mumbai distribuido por la Autoridad de Desarrollo Económico de la región, las tierras situadas más allá de la frontera oriental reciben el nombre de «costa occidental de la India». Probablemente se trata de una imprecisión del cartógrafo, pero la distinción es significativa y válida. No fue hasta finales del siglo XIX cuando Bombay empezó a verse a sí misma como una ciudad india. Incluso hoy día hay gente que preferiría que Bombay fuera una ciudad-Estado como Singapur. «¡Oh, te imaginas que fuéramos como Singapur...!», exclaman. Eximidos de tener que soportar la carga de este pesado país, como una joven pareja cuya tía postrada en cama, a quien han estado manteniendo y cuidando durante largos y penosos años, acaba de morir. Es necesario que suceda algo traumático para establecer una conexión entre la ciudad y el interior del país. Con los disturbios entre hindúes y musulmanes de 1992 y 1993 y las explosiones de Bombay, así como con la destrucción del World Trade Center en Nueva York en 2001, se alteró un concepto de la geografía junto con el perfil de la ciudad: la idea de que la ciudad-isla podía vivir al margen de la masa continental situada inmediatamente al este (la India en el caso de Bombay; el resto del mundo en

el caso de Nueva York). Habíamos creído que todo eso ocurría lejos, a otros.

La Puerta de la India, un arco abovedado de basalto amarillo rodeado de cuatro torreones, fue construida en 1927 para conmemorar la llegada, dieciséis años atrás, del rey Jorge V de Inglaterra; en lugar de ello, señaló su salida permanente. En 1947 los británicos abandonaron su Imperio por ese mismo arco, con la última de sus tropas marchando fúnebremente hasta el último de sus barcos. Bombay, también para mi familia, era la ciudad límite, era donde llevábamos una década deteniéndonos en nuestro viaje de Calcuta a Estados Unidos. Nos sentábamos bajo el arco a descansar hasta que llegaba nuestro barco. Las ciudades son puertas: al dinero, a una posición, a sueños y demonios. Un emigrante de Bihar tal vez llegue algún día a Estados Unidos, pero antes necesita pasar cierto tiempo en el campamento militar de Occidente: Bombay, la estación de aclimatación.

La población del Gran Bombay, actualmente de diecinueve millones, es superior a la de 173 países del mundo. Si fuera un país por sí solo ocuparía el lugar número 54. Las ciudades deberían examinarse como si fueran países. Cada una tiene una cultura urbana, del mismo modo que todos los países tienen una cultura nacional. Hay algo peculiarmente bombayita en los bombayitas, al igual que en los delhiitas, los neoyorquinos o los parisinos: la forma de andar de las mujeres, lo que le gusta hacer a la juventud por las noches, lo que entienden por diversión o por terror. El crecimiento de la megaurbe es un fenómeno asiático: en Asia se encuentran once de las quince ciudades más grandes del mundo. ¿Por qué a los asiáticos les gusta vivir en ciudades? Tal vez porque nos gusta más la gente.

La India no es un país superpoblado. La densidad de población es inferior a la de otros muchos países que no se consideran superpoblados. En 1999 Bélgica tenía una densidad de población de 130 habitantes por milla cuadrada; Holanda, 150 habitantes por milla cuadrada; la India, por debajo de 120 habitantes por milla cuadrada. Es en las ciudades indias donde hay

superpoblación. Singapur tiene 2.535 habitantes por milla cuadrada; Berlín, la ciudad europea con más habitantes, tiene 1.130 habitantes por milla cuadrada. En 1990 la ciudad-isla de Bombay tenía 17.550 habitantes por milla cuadrada. En algunas partes del centro de Bombay hay un millón de personas por milla cuadrada. Esa es la cifra más elevada de individuos concentrados en un solo lugar del mundo. No están distribuidos por igual a través de la isla. Dos tercios de los habitantes de la ciudad viven hacinados en solo un 5 por ciento del área total, mientras que el tercio más rico y más protegido por sus rentas monopolizan el 95 por ciento restante.

Hace cincuenta años, si querías estar donde se movía la economía de la India, ibas a los pueblos. En 1950 contribuían con el 71 por ciento del producto nacional neto. Hoy día vas a las ciudades, que representan el 60 por ciento del producto nacional neto. Solo Bombay paga el 38 por ciento de los impuestos de la nación. Es el empobrecimiento del campo lo que hace superpoblado Bombay, de tal modo que un joven con sueños cogerá el primer tren a Bombay para vivir en las aceras. Resolver los problemas en los pueblos tiene la feliz consecuencia indirecta de resolver los problemas de las ciudades.

«Bombay es un pájaro de oro.» Un hombre que vive en un barrio de chabolas, sin agua corriente ni letrinas, me explicaba por qué había ido allí, por qué la gente sigue yendo allí. En el Bayview Bar del Oberoi Hotel una botella de Dom Perignon puede costarte 1,5 veces los ingresos medios anuales de la población; esto ocurre en una ciudad donde no hay agua potable en el 40 por ciento de las casas. Otro hombre lo expresó con distintas palabras: «Nadie se muere de hambre en Mumbai». Estaba siendo muy literal. En otras partes de la India la gente sigue muriéndose de hambre. En Bombay hay varios cientos de clínicas de adelgazamiento. Según un dietista que dirige una de esas clínicas, las modelos están al borde de la anorexia. Así es como los bombayitas saben que se han separado del resto de la India. «En cualquier

clase social de Bombay —explica el dietista—, hay más gente que quiere adelgazar que engordar.»

Bombay es la ciudad más grande, más vertiginosa y más rica de la India. Es lo que podría haber estado describiendo Krishna en el décimo canto del Bhagavad-Gita, cuando el dios se da a conocer en toda su plenitud:

*Soy muerte que todo lo devora
y el principio de las cosas todas [...]
Soy el juego entre los tramposos;
el esplendor de lo esplendoroso.*

Es la ciudad máxima.

EL PAÍS DEL NO

—¿Puedo tener conexión de gas?

—No.

—¿Puedo tener teléfono?

—No.

—¿Puedo matricular a mi hijo en un colegio?

—Me temo que no es posible.

—¿Han llegado mis paquetes de Estados Unidos?

—No lo sé.

—¿Puede averiguarlo?

—No.

—¿Puedo reservar un billete de tren?

—No.

La India es el País del No. Ese «no» es como un examen. Hay que

aprobarlo. Es la Gran Muralla de la India; impide entrar a los invasores extranjeros. El reto está en perseguirlo enérgicamente y derrotarlo. En la tradición gurú-shishya, el novicio siempre es rechazado muchas veces cuando acude al gurú. Luego este deja de decir que no, pero tampoco dice que sí; tolera la presencia del discípulo. Cuando por fin empieza a reconocerlo, le asigna una serie de tareas menores, concebidas para ahuyentarlo. Solo si el discípulo aguanta a lo largo de todas esas fases de rechazo y maltrato, se le considera digno del conocimiento sublime. La India no es un país amigable con los turistas. Solo se te dará a conocer si te quedas a vivir en ella, contra todo pronóstico. El «no» tal vez nunca se convierta en un «sí», pero dejarás de preguntar.

—¿Puedo alquilar un piso a un precio que esté al alcance de mi bolsillo?

—No.

Vengo de Nueva York y soy un indigente en Bombay. Por el alquiler de un bonito apartamento en el barrio del sur de Bombay donde crecí se están pidiendo tres mil dólares al mes, además de los veinte mil de fianza, sin intereses y reembolsables en rupias. Esto es después de que los precios de los inmuebles hayan caído un 40 por ciento. Oigo a un corredor de fincas discutir por teléfono con el representante de un piso que quiero ver. «Pero el interesado es norteamericano, tiene pasaporte y visado norteamericano; lo tiene todo. Su mujer tiene visado británico... ¿Cómo? Sí, es de origen indio.» Luego me dice con tono de disculpa: «Solo se alquila a extranjeros». Como me explica otro corredor de fincas: «Los indios no alquilan a otros indios. Distinto sería si tuviera usted la piel cien por cien blanca». Al menos esto es un indicio de que mi pasaporte no cambia nada. Soy uno más de la gran horda de ladrones morenos, por muy lejos que me vaya. En Varanasi no me permitieron entrar en los hostales de excursionistas por el mismo motivo: soy indio. Podría violar a una blanca.

La Tierra es redonda y tú caminas alrededor de ella, pero al final acabas en

el mismo punto.

—Mira en todas partes, pero te aseguro que acabarás viviendo en Dariya Mahal —predijo mi tío.

No es el piso que yo quería, tras el entusiasmo inicial. La segunda vez que lo vi no me gustó. Pero tengo la sensación de que nunca podré vivir en otra parte en Bombay. El universo es teleológico. Crecí en el tercer edificio que rodea el palacio. Mi abuelo vivió en el primero. Ahora he vuelto para vivir en el segundo, completando la trilogía. Entre el tiempo fantasma y el presente no hay fronteras. Aquí es donde me dio una paliza el abusón de la clase, donde vi a mi gran amor en Holi, la fiesta de la primavera hindú, donde los hombres participaban en la pirámide para conseguir el tesoro de oro, donde siempre aparcaba la misteriosa caravana Nefertiti. Me temo que uno de estos días me encontraré a mí mismo, el extranjero que hay en mí, entrando o saliendo. El cuerpo, enterrado en la tumba, resucitará y se acercará a mí por detrás, trotando encorvado.

El secretario de mi tío, que creció siendo vecino nuestro en Dariya Mahal 3, me dice que Dariya Mahal 2 es «cosmopolita». Así es como los corredores de fincas de Nepean Sea Road describen todo edificio que no esté dominado por los gujaratis. Para un gujarati no es un término de aprobación. «Cosmopolita» significa el mundo entero excepto los gujaratis y los marwaris. Eso abarca a los sindhis, los punjabis, los bengalíes, los católicos y sabe Dios quién más. No vegetarianos. Divorciados. De adolescente siempre me fascinaron las familias «cosmopolitas». Las chicas cosmopolitas me parecían más guapas, fuera de mi alcance. Los gujaratis entre los que crecí concordaban con el estereotipo de Nehru de gente «mercantil de huesos pequeños». La paz de una familia gujarati radica en la ausencia de tensión sexual dentro de ella; es un oasis en medio de las lujurias del mundo. Es la más vegetariana y la menos marcial de las comunidades indias. Pero tiene un carácter despreocupado. «¿Cómo estás?», pregunta un gujarati a otro. «De buen humor» es la respuesta

clásica, en medio de terremotos y bancarrotas.

Hemos quedado con el propietario del piso, un comerciante de diamantes gujarati, para negociar los términos del contrato. Se trata de un jainista palanpuri y un vegetariano estricto. Pregunta a mi tío si nosotros también lo somos.

—*¡Arre*, su mujer es de la casta de los brahmanes! ¡Aún más que nosotros!
—replica mi tío.

Así es como conseguimos nuestro descuento vegetariano: un 20 por ciento menos del alquiler que pedían. Pero en las palabras de mi tío se trasluce el sutil desdén con que los vaisyas —las castas comerciantes— contemplan a los brahmanes. Los brahmanes son los *pantujis*, los eruditos, las personas rectas. No son buenos para los negocios. En los funerales están impacientes por volver a casa para comer. Sea cual sea la razón por la que mis antepasados cambiaron hace muchos siglos de casta —de brahmán nagar a vaisya—, nos ha sido útil. El cambio de casta es un mecanismo para la supervivencia evolutiva. Brahmanes en una época en que había temor de Dios; vaisyas en otra donde el dinero es un dios. Y estamos en una ciudad capitalista por naturaleza —vaisya-nagar—, que comprende las fluctuaciones y los movimientos del dinero.

Mi padre tiene una norma a la hora de elegir un piso donde vivir: que puedas cambiarte de ropa sin tener que correr las cortinas. Esa norma sencilla, si se sigue, asegura dos cosas: intimidad, y suficiente luz y aire. Olvidé esta máxima cuando pagué la fianza del piso de la segunda planta de Dariya Mahal. Está rodeado de edificios altos, de modo que la gente que pasa por debajo o sale a los balcones de los edificios de enfrente puede ver hasta el último rincón de mi piso, y observarnos mientras deambulamos por la cocina, comemos, trabajamos o dormimos. Hay veinte plantas en el edificio y diez apartamentos por planta. Cada apartamento tendrá una media de seis habitantes y tres criados; su cupo de personal de apoyo adicional (vigilantes, albañiles,

barrenderos) será uno por piso. Eso suma dos mil personas en este edificio. Dos mil personas viven en el edificio contiguo y otras dos mil en el que está justo detrás. El colegio del centro del recinto tiene dos mil alumnos, además de profesores y personal. Eso suma ocho mil seres humanos viviendo en unas escasas hectáreas. Es la población de una ciudad pequeña.

El piso al que nos hemos mudado fue diseñado por un sádico, un bromista o un idiota. La ventana de la cocina solo ventila la nevera, o más bien la calienta, puesto que no se hicieron provisiones para colgar cortinas y el sol cae implacable sobre ella. Cuando enciendo el ventilador en los oscuros rincones de la cocina, se aviva la llama del gas, ya que la cocina económica está colocada justo debajo. La única manera de que corra aire en la sala de estar es abrir la ventana del estudio y dejar que entre la brisa del mar. Pero con ella llega el equivalente de una duna de polvo grueso, negro y granulado, junto con una espectacular colección de porquería. (Una vez encontramos en el dormitorio un cucurucho de plástico todavía cubierto de una capa de helado y caramelo por dentro.) También llegan bolsas de leche usadas, la funda de plástico manchada de betel de un *pan*, y, en una ocasión, un pañal usado. Fuera el aire consiste en una lluvia de bolsas de plástico que ha reemplazado a los loros con los que crecí. A las cinco de la tarde la sala de estar está oscura, porque vivimos en la planta baja. Necesitamos tener encendidos a todas horas el aparato de aire acondicionado y las luces, por lo que las facturas de la electricidad ascienden a cifras escandalosas, el precio necesario para no dejar entrar el medio ambiente.

El piso está amueblado con el lujo de un comerciante de diamantes. Los comerciantes de diamantes tienen una visión particular de la buena vida. No es exactamente vulgar, porque la mayoría de ellos son jainistas: reticentes, sobrios, vegetarianos, abstemios y monógamos en su vida personal. Si se les ve en alguna fiesta, será con un vaso de Coca-Cola en la mano y vestidos con camisa blanca y pantalones oscuros. No tienen amantes, permanecen toda su

vida casados con sus esposas y son buenos padres. Pero pueden exhibir cierta extravagancia en el mobiliario que escogen. De modo que los muebles de mi piso estallan a los ojos como un fenómeno meteorológico. En la sala de estar destaca una lámpara de porcelana enorme, grabada con ninfas griegas semidesnudas retozando, cada una con una mano en el pecho de la ninfa que tiene justo a su lado, la cabeza sombreada por una lluvia de hojas de cristal iluminadas. La mesa de comedor de cristal, con incrustaciones de oro auténtico, está flanqueada por otras dos lámparas, una pera gigante amarilla y un fresón gigante rosa que, cuando se encienden, se iluminan por dentro con vida frutal. Sobre nuestras cabezas cuelga una araña de luces de hojas rosas cuando nos sentamos en los sofás tapizados de rojo brillante con cordones y borlas doradas que mis hijos no tardan en arrancar. El dormitorio principal sigue esa misma línea arbórea, con un par de ramas doradas en el techo cuyas hojas gigantes protegen bombillas de cien vatios; por las puertas del armario suben y bajan enredaderas pintadas de un verde intenso. Abres una puerta y tu campo visual se ve inundado por la catarata pintada en el interior. A través del espejo gigante, un sol con un ojo abierto extiende sus zarcillos. El espejo del otro dormitorio estalla en una galaxia de estrellas azules; las ventanas pequeñas están cubiertas de vidrios azules, rojos y verdes que dibujan ondas. Los muebles crujen con un ruido espantoso, de día y de noche.

La casa va tomando forma poco a poco. Los propietarios no se han llevado todas sus pertenencias. En los armarios del piso aparecen muchos dioses, jainistas e hindúes. Los guardamos en los cajones y colocamos los nuestros en la estantería del estudio. Haciendo caso omiso de las objeciones de nuestro casero, quitamos la araña de luces y la lámpara griega. Se siente herido cuando le decimos lo de la lámpara.

—Cuando descolgaron la araña no les dije nada, pero que quitaran la estatua no me hizo gracia.

Me apresuro a asegurarle que no es su gusto lo que estoy cuestionando; más

bien estoy protegiendo esa obra maestra de las malignas intenciones de mis hijos pequeños.

Cada día se limpian y friegan los apartamentos. Aprendemos el sistema de castas de los criados: la muchacha que vive en casa se niega a fregar los suelos; eso le corresponde a la interina; ninguna de las dos está dispuesta a limpiar los cuartos de baño, el dominio exclusivo de un *bhangi*, que no hace otra cosa. El chófer se niega a lavar el coche; eso es el monopolio del vigilante del edificio. El piso acaba lleno de criados. A las seis de la mañana nos despierta cada día la basura cuando viene la basurera a recoger las bolsas del día anterior. A partir de ese momento el timbre no para de sonar: el lechero, el repartidor de periódicos, el afilador de cuchillos, el comprador de papel y botellas usados, el *masajewali*, el técnico de la televisión por cable. Todos los servicios del mundo, traídos a mi casa a una hora demasiado temprana.

La montaña se mueve, milímetro a milímetro. Nos ponen enchufes de tres clavijas. Nos instalan televisión por cable y líneas de teléfono estilo norteamericano. Pronto tendremos cortinas y podremos movernos desnudos por la casa, la última prueba para convertir un lugar en hogar. Hemos abierto una cuenta en la tienda de cocos; cada mañana nos traerán agua de coco fresca. Van reuniéndose los componentes de una vida lujosa. Por las mañanas beberemos agua de coco y por las noches, vino. La primera noche que preparo la cena hago un plato italiano: *farfalle* con champiñones y tomates secados al sol con una ensalada de pimiento, cebolletas, tomates y pepinos. Lo acompañamos de vino blanco del Sahyadris, un chardonnay pasable. El secreto de la comida está en el aceite de oliva siciliano que me traje de una tienda de pasta de la calle Diez Este, el objeto más grande de mi equipaje cuando regresé.

Durante el mes siguiente a la llegada de mi familia a la India, persigo a fontaneros, electricistas y carpinteros como Werther persiguió a Lotte. El electricista del edificio es un tipo de trato fácil que se pasa a media tarde, charla conmigo sobre la instalación eléctrica del piso, que conoce bien de múltiples visitas anteriores, y repara las cosas para que funcionen solo por un tiempo, asegurándose así más visitas en el futuro. La única línea telefónica que me permite poner conferencias se estropea. Hace una semana hizo lo mismo la otra. La mayoría de la gente que puede permitírselo tiene dos líneas, porque una de las dos siempre se estropea. Entonces hay que llamar a la compañía telefónica y sobornar a sus empleados para que la arreglen. Ellos son los primeros interesados en que el sistema telefónico sea desastroso.

En cuanto a mi fontanero, quiero asesinarlo. Es un tipo bajo y diabólico, con los dientes torcidos y manchados de betel. Enfrenta a unos inquilinos con otros al decir a los que viven encima y debajo de mí que me toca a mí pagar la reparación de los numerosos escapes que hay en mis cuartos de baño, para a continuación decirme a mí que debería convencerlos a ellos de que paguen. El calentador del agua, los interruptores de la luz, los grifos, las cisternas y los desagües, todo se estropea. Empiezan a caer del techo grandes gotas de agua marrón. El presidente de la comunidad de vecinos me lo explica: todas las cañerías del edificio están en mal estado. Han cercado las tuberías de drenaje que se supone que hay fuera. Los residentes hacen sus propias reparaciones y no dejan entrar al fontanero del edificio para que arregle los escapes. Las cañerías del edificio no funcionan bien; cada vez que la gente hace obras en sus casas, lo que ocurre constantemente, piden a los fontaneros independientes que quiten de en medio las cañerías que no necesitan. Esto bloquea el flujo natural de las aguas residuales y del agua limpia, mezclándolas. De modo que si sigues el progreso de la cañería desde el décimo piso hasta el primero, zigzagueará y se diversificará como una disparatada carretera de montaña. En cada curva se acumula un montón de porquería que obstruye el flujo. El

Ayuntamiento no hace cumplir la normativa contra los cambios no autorizados. Las aguas residuales amenazan continuamente con subir hasta mi cuarto de baño, como ha ocurrido en otros pisos del edificio. Las arterias del edificio están atascadas, escleróticas. Se le cae la piel. Es un edificio enfermo. Mientras tanto, cada mes pago el alquiler a mi casero por el privilegio de arreglar su piso.

También tenemos que aprender de nuevo a hacer cola. En Bombay la gente siempre hace cola: para votar, para obtener un piso, para conseguir un trabajo, para salir del país; para reservar un billete de tren, para llamar por teléfono, para ir al lavabo. Y cuando llegas al principio de la cola, siempre te hacen tomar conciencia de las molestias que estás causando a los cientos, miles, millones de personas que esperan detrás de ti. Deprisa, deprisa; acaba con tus asuntos. Y si eres el siguiente en la cola, nunca te quedas detrás de la persona que la encabeza; te colocas al lado de ella, como si fuerais juntos en realidad, de modo que basta con dar un paso lateral para situarse en el sitio que deja libre.

Todo ello ocupa la mayor parte del tiempo que permaneces despierto. Es una ciudad hostil a los intrusos o a los nostálgicos que regresan. Podemos meternos por la fuerza con nuestros dólares, pero aunque la ciudad nos hace sitio, nos guarda rencor por ello. La ciudad gime bajo la presión de un millón de personas por milla cuadrada. Me rechaza del mismo modo que al emigrante indigente de Bihar, pero no puede echarnos a patadas a ninguno de los dos. De modo que nos hace la vida imposible mediante una guerra de guerrillas, abriendo un fuego continuo a baja altura y creando a diario pequeñas crisis. Todas estas irritaciones dan paso a una rabia asesina, sobre todo cuando vienes de un país donde las cosas funcionan mejor y las instituciones son más receptivas.

Mucho antes del milenio había indios como el difunto primer ministro, Rajiv Gandhi, que hablaban de conducir al país al siglo XXI, como si pudieran

saltarse el xx. La India desea la modernidad; quiere ordenadores, informática, redes neuronales, vídeo a la carta. Pero en casi ninguna parte del país hay garantía de un suministro continuo de electricidad. En esta como en cualquier otra zona, el país está convencido de que puede saltar con pértiga por encima de lo básico: crear institutos de gestión e informática de talla mundial sin alcanzar el grado de alfabetización elemental; proporcionar cirugía cardíaca avanzada y centros de diagnóstico por imagen mientras proliferan las enfermedades infantiles más fáciles de evitar; vender lavadoras que dependen de un suministro de agua inexistente en tiendas que están la mayor parte del día a oscuras debido a apagones; financiar una docena de compañías públicas y privadas que ofrecen servicios de telefonía móvil mientras la red telefónica terrestre más básica funciona fatal; conducir montones de coches nuevos capaces de alcanzar los cien kilómetros por hora en diez segundos sin tener carreteras donde puedan hacerlo sin matar todo lo que está dentro o fuera de ellos, hombres y bestias.

Es una visión optimista del progreso tecnológico: creer que si tratas de alcanzar la Luna, automáticamente te saltarás los molestos pasos intermedios. La India tiene la tercera reserva de técnicos más grande del mundo, pero un tercio de sus mil millones de habitantes no sabe leer ni escribir. Un científico indio es capaz de diseñar un superordenador, pero este no funcionará porque el técnico novato no sabe mantenerlo como es debido. El país otorga títulos a los mejores cerebros técnicos del mundo pero se olvida de enseñar a mi fontanero a arreglar un lavabo para que no se estropee. Sigue siendo un sistema educativo concebido en función de las necesidades de los brahmanes; los que trabajan con las manos tienen que aprender por su cuenta. La educación está relacionada con leer y escribir, con abstracciones, con pensamientos elevados.

Como consecuencia, en el País del No no se arregla nada en una sola visita. No te limitas a llamar a un operario, sino que inicias una relación con él. No

puedes hacerle notar de un modo demasiado agresivo que es incompetente o deshonesto, porque necesitarás arreglar lo que ha roto en su primera visita. Los indios somos artesanos de talento, pero la producción en serie, junto con la estandarización que conlleva, no está hecha para nosotros. Todas las cosas modernas de Bombay se estropean con regularidad: la instalación de agua, los teléfonos, la circulación masiva de coches. Bombay no se corresponde con la antigua idea india de una ciudad. Es una imitación de una ciudad occidental, tal vez Chicago en los años veinte. Y, como cualquier otra imitación de Occidente que se da aquí —las canciones pop hindis, los electrodomésticos, los acentos que adopta la gente, las fiestas que organizan los ricos—, esta imitación tampoco va a ninguna parte.

La siguiente gran lucha en el País del No es la instalación de gas. El gobierno tiene el monopolio del suministro de gas butano que se distribuye en pesadas bombonas rojas. Cuando voy a la oficina de Colina Malabar y pido una bombona, el encargado responde: «No nos quedan». Los planes quinquenales no han hecho provisiones para que haya gas para todos.

—¿Cuándo habrá?

—Puede que en agosto.

Estamos en mayo. Comeremos bocadillos hasta entonces.

Muchas personas me aconsejan que pruebe en el mercado negro. Doy vueltas en coche con mi tía para tratar de secuestrar a un butanero; vemos a uno en bicicleta por Harkness Road. Mi tía se baja de un salto y le pregunta cuánto quiere a cambio de una bombona. Él le explica que el problema no es la bombona sino el conector; promete llamar en cuanto haya encontrado uno en el mercado negro.

Mi amiga Manjeet me dice que vaya con su madre a otra oficina de gas. Ella conoce las costumbres de Bombay. Entramos y le digo a la empleada:

—Necesito una bombona de butano, por favor.

Explico el problema que he tenido en la otra oficina, la escasez de bombonas.

—¿Conoce a algún miembro del Rajya Sabha? —pregunta la empleada, refiriéndose a la Cámara Alta del Parlamento.

—No. ¿Por qué?

—Porque si lo conociera, sería fácil. Todos los miembros del Rajya Sabha tienen una cuota discrecional de bombonas que pueden conceder.

Llegado este punto, la madre de Manjeet interviene.

—¡Tiene dos hijos! —exclama apelando a los sentimientos de las burócratas—. ¡Dos hijos pequeños! ¡Y ni siquiera tienen gas para hervir leche! ¿Qué se supone que va a hacer sin gas para hervir la leche de sus dos hijos pequeños?

A la mañana siguiente hay una bombona en nuestra cocina. La madre de mi amiga sabía qué hacer para empujar a la burocracia a la acción. No se molestó en referirse a las normas oficiales, los procedimientos y formalidades. Apeló al corazón de los empleados de la oficina; ellos también tenían hijos. Y estos nos informaron de la existencia de una laguna legal: si pedía una bombona comercial, que era más grande y más cara que la doméstica, la conseguiría inmediatamente. Nadie me había dicho nada de eso. Pero en cuanto se hizo la conexión emocional, el resto fue fácil. Una vez que los empleados de la oficina de gas estuvieron dispuestos a fingir que mi casa era un negocio, me trajeron eficientemente las bombonas cada dos meses, acicateados por la imagen de mis dos hijos pequeños que lloraban pidiendo leche.

Pero la bombona, que se supone que debe durar tres meses, se agota a las tres semanas. En alguna parte de la cadena del suministro se ha extraído la mayor parte del gas para venderlo en el mercado negro. Eso significa que se agota por la mañana del día que hemos invitado a cenar a diez personas. La única forma de asegurar un suministro continuo de gas es tener dos bombonas.

Todo el mundo hace chanchullos para tener dos bombonas a su nombre; trasladan una de una dirección anterior o sobornan a un funcionario para conseguir la segunda. Bombay sobrevive a base de chanchullos; todos somos cómplices. El hombre que ha hecho dinero a través de un chanchullo inspira más respeto que el que ha trabajado duro para ello, porque la ética de Bombay es el rápido ascenso social, y los chanchullos son un atajo. Un chanchullo demuestra que se tiene un instinto para los negocios y una mente rápida. Cualquiera puede trabajar duro para hacer dinero. ¿Qué hay de admirable en eso? Pero ¿un chanchullo bien ejecutado? ¡Eso sí es una maravilla!

DOS MONEDAS

Nos planteamos comprar un coche. Las carreteras están atestadas de coches ahora, toda clase de modelos, no solo el duopolio Fiat-Ambassador que reinaba en la ciudad cuando yo me fui. Pero todos esos coches nuevos solo disponen de las carreteras viejas de siempre para circular. Los coches son capaces de ir más deprisa que nunca, pero la velocidad del tráfico es más lenta. Cuando te subas a tu nuevo Suzuki, Honda o BMW, con su motor de inyección ansioso por arrancar, será mejor que lo domestiques, porque la velocidad media de un trayecto en coche en Bombay no supera los veinte kilómetros por hora. En Marine Drive, por ejemplo, la única calle donde la gente puede dar realmente caña a sus coches, la velocidad media ha ido descendiendo de unos sedantes cincuenta y cinco kilómetros por hora en 1962 a cuarenta kilómetros por hora en 1979 y a un paso de tortuga de veinticinco kilómetros por hora en 1990. Marine Drive se llena por las noches de jóvenes que conducen hasta Punta Nariman, con las radios sonando a todo volumen con música pop a través de las ventanas abiertas, echando carreras por ese tramo a cuarenta o incluso cincuenta kilómetros por hora.

Una feliz consecuencia es que el número de accidentes de tráfico en la ciudad ha disminuido, de un total de 25.477 accidentes con 365 muertes en 1991 a 25.214 accidentes con solo 319 muertes en 1994. Esto confirma algo que veo por mí mismo en Bombay: la conducción desenfrenada no parece cobrarse muchos heridos. No van lo bastante deprisa para causar daños serios y pueden frenar en seco.

Las ciudades modernas no se han conciliado con los automóviles. Las ciudades son como son a causa de los coches; la gente que los conduce puede vivir cada vez más lejos de la ciudad. Una gran ciudad crece gracias a los automóviles; Bombay hoy día agoniza a causa de ellos. Por cada piso en estos tres edificios hay dos coches. Como consecuencia, el personal está ocupado en un continuo juego de sillas musical, metiendo y sacando coches de plazas de aparcamiento. No favorece la situación que los aparcamientos se hayan convertido en grandes almacenes, consultas médicas y fotocopiadoras. No se tomó ninguna medida cuando la actividad comercial de Colina Malabar se disparó. Han desaparecido los caminos peatonales y los niños que deambulan por las calles se juegan la vida. Los dominios de mi niñez siempre fueron un campo de batalla entre niños y coches. Jugábamos entre y alrededor de los coches. Pero estos tienen la misma ventaja que los insectos sobre la inteligencia humana: la fecundidad. Han ganado los automóviles. Ningún niño juega ahora en el aparcamiento. Se quedan en casa mirando la televisión.

Poco después de que nos mudemos viene a vernos mi amiga Manjeet. Necesita aparcar el coche, pero hay otro coche ocupando la plaza que tengo reservada. Bajo y encuentro a una Manjeet cenicienta sentada al volante, rodeada de un corro amenazador de guardias de seguridad y criados. Reprendo al vigilante, que me señala a un hombre en el vestíbulo: un hombre muy borracho de cuarenta años escasos, bajo pero con un gran bigote, que me pregunta quién soy. Yo le pregunto lo mismo.

—¡Soy miembro del comité de aparcamiento del edificio! —grita él,

inclinándose sobre mí.

Entretanto, el corro de matones está arrojando chapas de botellas y piedras pequeñas al coche de mi invitada. Por fin averiguo el nombre del dueño del coche y subo a su apartamento del primer piso. Se está relajando con un *dhoti* y parece creer que tiene derecho a ocupar mi plaza porque hace tiempo que no se utiliza.

—Su piso ha estado desocupado un año o año y medio.

Lo llevo abajo para que mueva el coche; estoy echando humo y le amenazo con llamar a la policía para que arreste al borracho.

—No lo haga —dice el hombre, sosteniéndome la mirada. Hace una pausa, mirándome sin sonreír—. No sabe de qué es capaz.

El tipo quita el coche y yo recupero mi plaza. El borracho se vuelve con toda tranquilidad y se detiene junto al coche de Manjeet. Lo acompaña un joven que pregunta qué está pasando. Bajo del coche, cojo a mi amiga del brazo y subimos a mi piso. Poco después aparece el joven.

—El coche de su invitada tiene un neumático deshinchado. Él ha vaciado el aire; le he visto hacerlo. Pero no baje ahora, porque sigue allí. Lo acompañaré arriba y luego le llevaré a usted a la gasolinera para que se lo hinchen.

—Voy a bajar para partirle la cara —digo.

—No lo haga. Tiene usted familia; necesita vivir aquí.

El borracho, me dice el joven, es médico. Vive en la octava planta y tiene mala reputación en el edificio.

—¿Cómo es que se ha mudado aquí? —me pregunta el joven—. Todo el mundo se está yendo.

El mantenimiento del edificio es, incluso para Bombay, deplorable. Yo casi no pego ojo en toda la noche. He comprendido algo: la violencia de Bombay puede estallar muy cerca y en cualquier momento. Y el altercado actual es, como de costumbre, sobre espacio —en este caso, espacio para un coche—, la usurpación ilegal de espacio y la defensa de esa usurpación a través del poder

de los músculos.

«¿Hace cuánto que vive aquí?», me ha preguntado a voz en cuello el médico, una y otra vez. El vecino del primero, que suele aparcar su coche allí, me ha hecho la misma pregunta. Es una comunidad de personas conocidas, gente que lleva mucho tiempo viviendo en ese edificio; preguntaban al recién llegado qué derecho tenía a reivindicar sus privilegios legales. Y ellos son los que pagan a los guardias de seguridad que se supone que deben hacer respetar esos privilegios en mi nombre.

Las guerras del siglo XXI se librarán en aparcamientos.

Nuestros primeros días en Bombay se ocupan luchando contra las enfermedades de nuestros hijos nacidos en el extranjero. Gautama hace dos semanas que tiene disentería amébrica; no para de gatear por el suelo y cuando se quita la camiseta da lástima verlo: se le marcan todas las costillas. La comida y el agua en Bombay, la ciudad más moderna de la India, están contaminadas de heces. La disentería amébrica se transmite a través de las heces. Hemos estado dando de comer a nuestros hijos mierda. Podría haber estado en el mango que le dimos; o en la piscina a la que lo llevamos para que nadara. Podría haber llegado a través de los grifos de nuestra propia casa, dado que las tuberías de drenaje de Bombay, instaladas durante la dominación británica, tienen fugas que contaminan el agua limpia de las cañerías que corren paralelas. No hay forma de defenderse. Todo se recicla en este país inmundo que envenena a sus niños, criándolos con una dieta a base de su propia mierda.

En Bombay siempre «pasa algo». En otros países hay un reino de los enfermos y uno de los sanos. Aquí no hay distinción entre ambos. En casa jugamos un continuo torneo de enfermedades. Sunita y yo contraemos algo que el médico llama «faringitis granular». Si queremos combatirla tendremos que

dejar de respirar en Bombay. Es causada por la contaminación, que inhalamos en abundancia. Incluso cuando no estoy caminando por la calle, subiendo a trenes o hablando con alguien, absorbo la ciudad a través de los poros y la aspiro por la garganta, logrando con ello que los gránulos hagan erupción por toda ella. Nos abrimos paso por la ciudad estornudando y sorbiéndonos la nariz. Cada mañana cuando se barre, la escoba reúne un buen montón de porquería: polvo, fibras, plumas. Mis hijos juegan entre esa porquería, respiran un aire que tiene diez veces los máximos niveles permisibles de plomo en la atmósfera, atrofiando su crecimiento mental.

Recibimos visitas y tengo que esforzarme para explicarles que no siempre ha sido así. Bombay era una ciudad bonita, una ciudad en la que se podía respirar. Durante una huelga de taxistas y conductores de autobuses, la contaminación del aire se reduce a una cuarta parte del nivel habitual. Hay días de enero maravillosos en los que todo el mundo sale a disfrutar del lujo de respirar. Ha transcurrido mucho tiempo desde que Bombay olía bien en invierno. Actualmente respirar el aire de Bombay equivale a fumar dos paquetes y medio de cigarrillos al día. Si el sol se ponía antes sobre el mar, ahora lo hace sobre una nube tóxica. La ciudad de Bombay se divide en locales con aire acondicionado y locales sin aire acondicionado: refrigerados o no refrigerados. Mi nariz no es capaz de sobrellevar la diferencia radical en los mundos de Bombay. Estornudo a cada rato y siempre me gotea la nariz. Me han aconsejado que utilice un coche con aire acondicionado. No tenemos otra elección que vivir como ricos si queremos vivir.

Bombay nos resulta más caro al principio de nuestra estancia que posteriormente. Los recién llegados encuentran una ciudad sin opciones (de vivienda, de educación). Todo ha sido engullido por los que ya están aquí. Si vas a Bombay, has de empezar desde abajo. Arriba no hay sitio. Todos los lugares bonitos tienen derecho a cobrar un impuesto al recién llegado, que abarca tanto a los nuevos habitantes como a los antiguos y pacientes. Cada

ciudad tiene sus secretos: adónde ir a comprar un cubo de hielo, una silla de oficina, un sari. Los recién llegados tienen que pagar más porque no conocen esos lugares. Regateamos por cantidades minúsculas que no tienen valor para nosotros: diez rupias solo son cuarenta centavos. En Nueva York, si perdemos cuarenta centavos ni nos damos cuenta; aquí en cambio se convierte en una cuestión de principios. Porque del hecho de que te estafen diez rupias se desprende la siguiente asunción: no eres de aquí, no eres indio, y por tanto mereces ser estafado y pagar más que un nativo. De modo que alzamos la voz y exigimos que nos cobren la cantidad correcta, lo que marca el taxímetro, porque no hacerlo implicaría que aceptamos nuestra condición de extranjeros. ¡Somos indios y pagaremos lo mismo que los indios!

El robo es otra clase de impuesto para el recién llegado. Hay ladrones incluso fuera de la casa de Dios. En el interior del templo Siddhivinayak, hordas de gente rezan con fervor para que mejore un pariente enfermo, para salvar un negocio de la quiebra, para aprobar un examen. En una visita descubro que me han robado los zapatos. Ese Dios no ha podido proteger ni siquiera mis zapatos; en el interior, la gente está rezándole para que haga milagros. Salgo a la calle inmunda con calcetines.

Un letrero colgado en la parte trasera de un camión lo dice todo:

Sau me ek sau ek beimaan.

Phir bhi mera Bharat mahaan.

[Ciento uno de cien son deshonestos.

Aun así mi India es la mejor.]

Vienen de todas partes a pedirnos dinero. Nuestro chófer nos pide dinero. Nuestra criada nos pide dinero. Los amigos a los que no les van bien las cosas nos piden dinero. A nuestra puerta llaman desconocidos y nos piden dinero. En

Bombay, somos un sistema de baja presión rodeado de zonas de presión muy alta; desde todas partes nos enfocan con un teleobjetivo.

Esta jodida ciudad. El mar debería inundar todas estas islas en un gran maremoto y arrasarlas, sepultarlas bajo el agua. Deberían bombardearlas desde el aire. Cada mañana me enfado. Es la única forma de lograr algo; la gente aquí reacciona ante la cólera, la temen. A falta de dinero y de contactos, recurro a ella. Empiezo a entender los usos de la cólera como un teatro: con taxistas, porteros, fontaneros, funcionarios públicos. Hasta mi reproductor de CD responde a la cólera, a la violencia física, en la India; cuando apretar con suavidad el botón de Play no consigue arrancarlo del sueño, un golpe brusco en el lado lo hace sonar.

Toda la nostalgia que sentía por mi niñez se ha desvanecido. Se me ha dado la oportunidad de vivir de nuevo en los dominios de mi infancia y he llegado a detestarlos. ¿Por qué estoy pasando por todo esto? En Nueva York vivía cómodo y contento, además era reconocido; contaba con un lugar para vivir y otro para trabajar. He renunciado a todo ello por esta misión inútil, buscando siluetas en la bruma del tiempo fantasma. Ahora estoy impaciente por volver al lugar del que antes anhelaba marcharme: Nueva York. Echo de menos el tiempo frío y la gente blanca. Veo por la televisión imágenes de tormentas de nieve y recuerdo lo caliente que se está en casa cuando fuera hace frío, y abres la ventana solo un dedo y el aire entra como una lámina de algo sólido. Cómo llega a tus fosas nasales y respiras hondo, o sales una mala noche y el frío te despeja la mente y hace que todo parezca mejor.

En una ocasión mi padre, en Nueva York, exasperado por mis incesantes peticiones de volver a Bombay para terminar el instituto, me gritó: «Cuando estés allí, querrás venir aquí. Ahora que estás aquí, quieres volver». Fue entonces cuando por primera vez me di cuenta de que tenía una nueva nacionalidad: ciudadano del país de la nostalgia.

En 1998, poco después de instalarnos en Bombay, el gobierno hace estallar cinco bombas nucleares, entre ellas una de hidrógeno, e impera ese sentimiento exultante de «¡Hemos dado una lección al mundo, *bhenschod!*!». Entretanto, todos los indicadores económicos del país caen en picado. Las malas noticias acerca de la situación monetaria golpean Bombay con fuerza. Se trata de una población a la que se le ha hecho creer que cada año ganará un poco más de dinero que el anterior y comprará un poco más: un tostador eléctrico para empezar, un televisor a color el año siguiente, una nevera el siguiente, una lavadora, una araña de luces importada para el salón, y por fin un coche pequeño. Este suele estar en la cúspide de la pirámide, a menos que tengan mucha suerte y puedan comprarse un piso. Entonces la pirámide ha alcanzado el punto más alto. Los que ya tienen coche y piso ahora están pensando con preocupación en sus hijos. Desde la cúspide solo se pueden mover en una dirección, y es un salto: a otro país, Estados Unidos, Australia, Dubái. Para pasar de un Maruti a un Mercedes, de unos tejanos azules a un traje de Armani, es preciso ir a vivir al extranjero.

Después de las pruebas nucleares, los aventureros financieros extranjeros empiezan a irse de Bombay, no en masa sino en grupos de dos y tres. Durante un tiempo, la India deja de ser un lugar lucrativo. Una ciudad como Bombay, o como Nueva York, que es una creación reciente en el planeta y no tiene una población indigente importante, está llena de gente inquieta. Los que han venido aquí no han estado tranquilos en otra parte. Y, a diferencia de los que pueden haberse sentido igual de incómodos en el lugar del que proceden, estas personas han cogido y se han desplazado. Y, según he descubierto, una vez que te desplazas, es difícil dejar de hacerlo. De modo que el bombayita tal vez sueña con Occidente no solo por las riquezas que hay allí, sino también por la emoción de volver a desplazarse.

Cada verano, oleadas de indios que viven en el extranjero vuelven o envían

fotos: su hijo frente a un televisor nuevo de cincuenta y dos pulgadas; su hija sentada en el capó de la furgoneta nueva; la mujer en la cocina sin tabiques con una mano en el microondas; toda la familia riéndose junto a la pequeña piscina del patio trasero, con su bungalow al fondo. Estas fotos colocan pequeñas bombas de relojería en la mente de los hermanos que se han quedado. Con las fotos en la mano, recorren con la mirada su piso de dos habitaciones en Mahim, y de pronto el sofá nuevo y el estéreo dos en uno Akai en los que han invertido con tanto orgullo les parecen baratos y cutres en comparación. Antes les tranquilizaba pensar: «Al menos mis hijos crecerán con los valores indios». Pero cuando los hijos de los exiliados vuelven, se nota que no existe un abismo tan grande entre los chicos de Bombay y sus primos del extranjero; todos llevan las mismas camisetas de fútbol y hablan la misma jerga peculiar de los canales de vídeos musicales, un norteamericano internacionalizado. A menudo los chicos de los países fríos muestran interés en ir a un templo; han vuelto rebosantes de los datos sobre el hinduismo que les han enseñado en los colegios buenos a los que van. Los niños de aquí quieren llevarlos de discoteca en discoteca. Cuando nos decantamos por llevar a Gautama a un colegio gujarati, nuestra decisión es recibida con sorpresa y a veces cólera.

—¿Cómo puede hacerle eso a su hijo? —me pregunta la mujer del fondo del pasillo—. Arruinará su vida. —Pero luego reflexiona—. Para usted no es problema, pues tarde o temprano se irá de aquí. Si viviera aquí de forma permanente lo llevaría al Cathedral.

Toda una red de desconocidos recién conocidos se dispone a ayudarnos a buscar un colegio para Gautama. Todos conocen un maestro, el director o el dueño de uno de los pocos colegios con guardería, y hacen llamadas vehementes en nuestro nombre, incluso van personalmente a adular y persuadir. Nos describen como inocentes en un país extranjero, forasteros poco entendidos en los entresijos de la matriculación escolar. El hecho de que

necesitemos una plaza solo para dos años juega a nuestro favor: significa que cuando Gautama se vaya, se creará otra plaza que podrá concederse a alguien a cambio de un favor o un donativo. Cada plaza vacante significa dinero y poder. En el sur de Bombay solo hay siete colegios dignos para enviar a un niño.

Uno de ellos es el Bombay International School, en cuyo edificio viven ocho familias. Son inquilinos con contrato de por vida, protegidos por la Ley de Control de los Alquileres. En la habitación contigua a la biblioteca vive alguien. El colegio necesita con urgencia espacio para aulas, pero no puede echar a los vecinos. Heredó a los inquilinos hace años, cuando compró el edificio. No hay terreno sobre el que construir colegios; en mi barrio no ha aparecido ninguno nuevo desde que era niño. Sin embargo, la población infantil se ha disparado. No hay plazas para todos esos nuevos alumnos. Hay que matricularlos en cuanto nacen.

—¿Es difícil conseguir una plaza para un niño en un colegio de Bombay? —pregunto al director.

—Es como escalar el monte Everest.

Quiero que mi hijo vaya a un colegio gujarati, y el único mínimamente bueno es New Era, un colegio fundado por seguidores de Gandhi. Un miembro del consejo de administración escribe una carta en nuestro nombre, y después de mucho suplicar y rogar lo conseguimos. Al ir a recoger a mi hijo el primer día de clase, se me hincha el pecho de alegría: no puedo reconocerlo. No lo distingo de la multitud de niños de tez morena con uniforme blanco. Por primera vez en mi vida es como los demás.

Pero no mucho después descubro que mi hijo sigue siendo distinto de los demás. En el autobús de regreso, la pequeña Komal me dice, en gujarati, que su abuela va a ir a verlos. Tiene tatuajes adhesivos que quiere que yo le pegue en el dorso de la mano. De la cartera salen tesoros maravillosos: una patata con montones de cerillas clavadas, como un puercoespín; cuadernos para

colorear; un trozo de papel cortado en tiras y sujeto flojamente por la parte superior para que al doblarlo ocurran cosas interesantes. Me dice dónde comprar zapatos para Gautama. Mi hijo trata de hablar con ella, con los otros niños del autobús, pero nadie entiende su inglés.

—Pero ¿no sabes hablar gujarati? —pregunto.

—Solo hablo un poco de gujarati —dice él de forma razonable—. Papá, llévame a un colegio inglés.

Más tarde mi tío le dice a Gautama:

—Has roto el corazón de tu padre.

Mi hijo vuelve de Head Start, su nuevo colegio inglés, y por primera vez desde que estamos en este país puede describir con detalle su jornada. Ha pintado un papel utilizando un pimiento a modo de pincel; luego ha dibujado una casa y un sol; ha hecho rompecabezas; y ha comido un «idli cuadrado» que más tarde le explican que es como un *dhokla*, un refrigerio gujarati. Le escucho feliz. Nunca explicaba lo que había hecho en el colegio gujarati, porque no entendía nada.

La primera noche Sunita recibe una llamada de una mujer. Uno de los niños va a organizar una fiesta de cumpleaños en el colegio ese sábado; ¿puede ir ella con Gautama? El segundo día Sunita conoce a otra madre que ha vuelto recientemente con su familia de Lagos, y quedan para ir a bañarse al club de Breach Candy, que antes estaba reservado para los blancos y ahora abre sus puertas a todo el que tenga pasaporte extranjero. Este mundo nos asimila inmediatamente. La madre de Komal nunca cumplió sus promesas de conocernos; ninguna de las madres de New Era nos incluyó a nosotros o a nuestro hijo en las fiestas de cumpleaños, ni dejó que su hijo viniera a casa a jugar. Éramos demasiado extranjeros, demasiado «cosmopolitas». Formas parte del club que te admite y este es el nuestro; gente rica, angloparlante, que

ha regresado del extranjero. Head Start está lleno de los hijos y las hijas de industriales, de miembros de familias reales. Mi hijo no va a recibir la misma educación que yo; va a tener, en la India al menos, una educación de élite. Si nos fuéramos a quedar aquí, iría a un colegio «de curas», el Cathedral o la Scottish Mission, para engrosar las filas de chicos que miran por encima del hombro a mi yo más joven. Es tan difícil bajar un peldaño de la jerarquía de castas como subirlo.

En Head Start, madres con una voluntad férrea planean con meticulosidad las fiestas de cumpleaños de sus hijos. Mi hijo va a una en un gran apartamento de Cuffe Parade. Los regalos de la fiesta son importados de Dubái. Hay un animador profesional con un perro que ha sido amaestrado para jugar a baloncesto. Gautama vuelve a casa con tres juegos de lápices y rotuladores importados («lápices de punta de fieltro», como llamábamos nosotros a esos objetos que ambicionábamos). Había cerca de un centenar de niños allí; los anfitriones deben de haberse gastado cien mil rupias como mínimo —unos cuatro mil dólares— en esa fiesta. Pero es una buena inversión en este mundo, en la alta sociedad de Bombay. Es un entrenamiento para sus hijos en una vida de fiestas. La pregunta que nunca deja de tener presente el círculo privilegiado de Bombay, por viejos que sean sus miembros, es: «¿Quién me invitará a su fiesta? ¿Quién vendrá a la mía?».

Hay algo especialmente frenético en ir a fiestas en un país pobre. Cada noche hay una fiesta, y las invitaciones se superan unas a otras en inventiva: una llega en un guante de lana, otra en una copita, otra en un paquete de pasta, champiñones secos y hierbas italianas. Son fiestas de cumpleaños para adultos, y se invita o deja de invitar a la misma gente que se invitaba o dejaba de invitar en el colegio. Están bien surtidas de *bombabes*: mujeres atractivas con minifalda. Esta vez veo algo nuevo en la India: solteros de treinta o incluso cuarenta años, que no se han casado por decisión propia. Uno de los calaveras recurre a la vieja frase para explicar por qué no se ha casado: «Si

puedes ordeñar todos los días, ¿por qué comprar la vaca?». La vaca es una *bombabe* de treinta años a la que le faltan dos o tres años para la fecha de caducidad. Triunfadoras en el ámbito profesional porque están solteras y desesperadamente solas por ese mismo motivo, son blanco legítimo de los casados, las lesbianas y los gordos... cualquiera dispuesto a abrazarlas durante las noches interminables. Pero jamás dejarán ver esa vulnerabilidad en su faceta pública. El mundo nunca lo sabrá. Las mujeres casadas las envidiarán.

Bombay está construida sobre la envidia: los casados envidian a los solteros, los solteros desean estar casados, la clase media envidia a los ricos de verdad, los ricos envidian a los que no tienen problemas fiscales. Las vallas publicitarias lo promocionan: «Orgullo del dueño, envidia del vecino», reza el eslogan de un viejo anuncio televisivo, mostrando un demonio verde y con cuernos rodeando un televisor con las garras. La tercera página del *Bombay Times*, las últimas del *Indian Express*, las columnas de la edición del domingo del *Mid-Day* y la sección metropolitana de las revistas de actualidades, todas rezuman envidia, y están diseñadas para hacer que el lector se sienta más pobre, más feo, más pequeño y, sobre todo, socialmente inepto. De modo que una esposa en Dadar levanta la vista de la página 3 y ve a su marido sentado frente a ella con su *lungi* y el pelo untado con brillantina, y quiere saber por qué no los invitan a esas fiestas ni conoce ninguno de esos apellidos. Así crea una metrópoli lo que la gente de publicidad llama clientes «con aspiraciones».

La pura verdad acerca de la alta sociedad es que detesta vivir aquí pero no podría existir en ningún otro lugar aparte de la India. «Tal vez en Bangalore», dicen esperanzados, pero pocos se van a vivir allí. Si se desplazan, van a Nueva York o a Londres. Mejor aún, hacen que les traigan Nueva York y Londres a ellos, en restaurantes como Indigo, cuyo éxito se debe al desplazamiento. Dejas la sórdida calle Bombay y estás en Soho. No han

escatimado esfuerzos en darle un aspecto extranjero, en los camareros, la comida, la decoración. El primer mundo vive en el centro del tercero. Me encuentro en Bombay High con gente capaz de decirme dónde comprar los mejores bombones de París pero que no tiene ni idea de dónde encontrar en Bombay un buen *bhelpuri*, el equivalente urbano de un trozo de pizza de Nueva York. Cualquiera diría que se necesita un visado para ir del sur de Bombay al resto de la ciudad, el área delimitada por el paso elevado de Mahim, de la zona de taxis a la zona de *auto-rickshaws*. Pero esta gente no forma menos parte de la ciudad por el hecho de excluir resueltamente casi todo lo que esta les ofrece de su vida. Bombay siempre ha sido una ciudad de exilios interiores: vividores parisienses en Colaba, banqueros londinenses en Cuffe Parade. Si hubieran dado realmente el paso de irse a vivir a la ciudad de sus sueños, se sentirían perdidos e ineptos. Es posible reproducir aquí mismo otros mundos en miniatura.

Una tarde, antes de que Sunita y los niños se reúnan conmigo en Bombay, estoy caminando por la calle de la librería Strand cuando veo a una pequeña familia: una madre de pelo alborotado y desgreñado con un niño, de alrededor de un año, profundamente dormido en el hombro y llevando de la mano a otro, de unos cuatro o cinco, que se frota los ojos con el puño de su mano libre. Anda como andan los niños cuando llevan mucho rato haciéndolo, abriendo mucho las piernas y moviendo la cabeza en un círculo, para combatir la monotonía, el cansancio. Van descalzos. La madre dice algo en voz baja al niño mayor, que sigue aferrándole la mano. Paso junto a ellos pero luego tengo que detenerme. Me quedo observándolos. Se paran junto a un puesto de la acera y, como esperaba, la madre alarga una mano. El dueño del puesto finge no verlos. Inmediatamente me sorprendo a mí mismo abriendo la cartera. Buscó un billete de diez, luego saco uno de cincuenta y me acerco a paso

rápido, furioso. Le pongo el billete de cincuenta en la mano —«Sí, cógelo»— y sigo andando muy deprisa sin mirar atrás, hasta que llego a la librería climatizada. Me detengo en una esquina y cierro los ojos.

El parecido de esa familia con la mía es tan asombroso —una madre con dos niños pequeños— que empiezo a construir un pasado y un futuro para ellos. Probablemente llevan todo el día caminando descalzos en el calor. Cientos de veces al día los niños deben de haber visto a su madre alargar una mano para mendigar. Esos ojos jóvenes y límpidos deben de haber observado cómo cientos de desconocidos la maldecían, la instaban a seguir andando o le arrojaban unas monedas. Y, sin embargo, ella los lleva en brazos cuando se cansan. A veces los deja en el suelo, y comen un poco de arroz o duermen allí mismo de agotamiento.

Me paso todo el día avergonzado de gastar dinero. Todo lo que compro ese día se convierte en múltiplos de ese billete de cincuenta rupias. A los veinte minutos de haber dado el dinero a la madre he gastado diez veces esa cantidad en libros. La pizza que encargo por la tarde cuesta dos de esos billetes de cincuenta. El alquiler que pagaré al mes por mi piso será doscientas veces ese billete de cincuenta. Y así sucesivamente. ¿Qué ha cambiado que yo dé cincuenta rupias? Para mí no significa nada; es calderilla, menos de lo que costaba un billete de metro en Nueva York. Todavía no he aprendido a tomarme en serio el dinero de colores brillantes. Pero probablemente es lo que gana en todo un día la madre (no puedo pensar en ella como «la mendiga»). Tal vez se dirigirá con sus hijos y su repentina fortuna a las galerías comerciales que hay bajo las arcadas de Fort y les comprará un juguete. Tal vez comprará medicinas que no ha podido permitirse comprar para la tos del más pequeño. O cogerá el dinero y se lo dará a su hombre, que comprará seis botellas más de licor casero. Y eso es lo obsceno: nuestras vidas se rigen por dos sistemas monetarios totalmente independientes.

Sigo siendo nuevo en el país. Hasta ahora no me había dado cuenta y me

siento físicamente agotado. Llamo a Sunita a Londres y le pregunto si están bien nuestros dos hijos. Siento una necesidad apremiante de abrazarlos con fuerza. Sigo reaccionando ante la ciudad como un extranjero. Recuerdo lo que me contó un amigo francés sobre su madre, que era asistente social en París. La primera vez que visitó la India, salió con sus maletas del aeropuerto y se acercó a ella una horda de niños de la calle, bebés a la espalda de niños solo un poco más mayores. Abrumada por su miseria, su corta edad y su belleza, abrió en la misma acera las dos maletas y empezó a repartir regalos. Al cabo de unos minutos las maletas estaban vacías. Liberada de su carga, se levantó y se adentró en la India.

La noche anterior había asistido en el Library Bar a una pequeña fiesta de multimillonarios, gente más rica de la que había conocido en Nueva York. De día había paseado por el suburbio de Bihari, en Madanpura, viendo escenas de absoluta penuria. Cuando me despierto en este piso con vistas al mar, los niños de Madanpura llevan mucho rato levantados. Tal vez están trabajando en una obra, cargando cestas llenas de ladrillos que pesan la mitad que ellos. O están corriendo para ir a buscar un té o algún recipiente para lavar, complaciendo los deseos de los adultos. Esto también es una clase de niñez.

Poco a poco se pone en funcionamiento el piso de Dariya Mahal: encontramos y contratamos a prueba a una criada, a un chófer y a una mujer de la limpieza; reparamos los cuartos de baño; nos ponemos en contacto con el mundo exterior: periódicos, e-mails, teléfonos... Empezamos a descubrir ciertas pautas en el comportamiento de la luz y el aire, sabemos a qué hora del día correr las cortinas o cuándo dejar las ventanas abiertas, y en qué orden. Aún no tenemos muchos amigos, pero empezamos a confiar en una o dos personas a las que vemos al menos una vez cada dos semanas. Los gujaratis que me rodean hacen tímidos intentos de aproximación, pero no saben muy bien cómo

abordarme, dado que he abandonado el negocio de la familia y me he casado con una mujer de Madrás.

Los amigos indios de Estados Unidos, como Ashish, me llaman por teléfono. «¿Podemos volver también? Hace tiempo que estamos pensando en ello, pero ¿qué clase de trabajo conseguiría mi mujer...?» ¿A qué India queréis volver? Para nosotros, que nos fuimos al comienzo de la pubertad, poco después de que nos mudara la voz y antes de tener una noción de lo que es hacer el amor o ganar dinero, siempre era volver a nuestra infancia. Luego, después de bastantes viajes lo suficientemente largos, regresábamos a la India de nuestras visitas anteriores. Con esta estancia me propongo algo distinto: poner al día mi India, para que mi trabajo no sea solo una incesante evocación de la niñez, de la pérdida, de una India recordada. Quiero enfrentarme con la India del presente.

Pero el terreno está lleno de minas del recuerdo. Piso una losa en concreto de una acera en concreto, y, al levantar la vista, veo aparecer un árbol tal como lo veía hace un cuarto de siglo. La explosión de un recuerdo, un puente instantáneo entre ese preciso momento y el presente. Cuando ahora paseo por la ciudad, piso los pequeños tesoros del recuerdo que se abren de golpe y dejan salir sus fragancias.

De modo que deambulo por las calles con mi portátil en una mochila verde, cogiendo *rickshaws*, taxis y trenes cuando es posible, buscando todo lo que me intrigaba de niño. Mientras la gente me habla, mis dedos danzan con Miss Qwerty. Pero todo tiene un precio y yo pago con historias. Historias contadas a cambio de historias reveladas. Historias de otros mundos, transportadas en caravanas y barcos, para ser cambiadas por la cosecha de historias de este año. La historia que un asesino a sueldo cuenta a un director de cine a cambio de la historia que este cuenta al asesino a sueldo. El mundillo del cine y el hampa, la policía y la prensa, los *swamis* y los trabajadores sexuales, todos viven de historias; aquí en Bombay yo también lo hago. Y la ciudad que perdí

renace al volver a contar su historia.

POWERTONI

—¿Qué aspecto tiene un hombre en llamas? —pregunté a Sunil.

Era diciembre de 1996, y estaba sentado en un apartamento de una torre de pisos de Andheri con un grupo de hombres del partido nacionalista hindú Shiv Sena. Me estaban hablando de los disturbios de 1992 y 1993 que siguieron a la destrucción de Babri Masjid en Ayodhya.

Los otros dos hombres del Shiv Sena que estaban con Sunil se miraron. Ninguno de ellos confiaba aún en mí o no estaban lo bastante borrachos de mi coñac.

—No estuve allí. El Sena no tuvo nada que ver con los disturbios —dijo uno de ellos.

Sunil no iba a pasar por eso. Dejó el vaso y dijo:

—Se lo diré. Yo sí estuve allí. Un hombre en llamas se levanta, cae, corre como alma que lleva el diablo, vuelve a caer, se levanta, corre. —Se dirigió a mí—. Usted no podría soportarlo. Es horrible. Caen gotas de aceite de su cuerpo, tiene los ojos muy abiertos, y se vuelve blanco, muy blanco, si le tocas el brazo así —agitó el brazo—, se vuelve blanco. Sobre todo la nariz. —Se frotó la nariz con dos dedos como si se arrancara la piel—. Le caen gotas de aceite, y de agua, y está blanco, blanco por todas partes.

»No eran días para pensar —continuó—. Entre cinco quemamos a un musulmán. A las cuatro de la madrugada, cuando ya estábamos enterados de lo ocurrido en el Radhabai Chawl, se reunió una gran multitud, gente a la que yo nunca había visto. Mujeres y hombres. Cogieron todas las armas que pudieron y marcharon hacia el barrio musulmán. En la carretera nos cruzamos con un *pavwallah* que iba en bicicleta. Yo le conocía; me vendía pan cada día. —

Sostuvo en alto un trozo de pan del *pav bhaji* que se estaba comiendo—. Lo quemé. Lo rociamos de gasolina y le pegamos fuego. Lo único que pensé fue: “Es musulmán”. Él estaba temblando y gritaba: “¡Tengo hijos, tengo hijos!”. Yo le dije: “Cuando tus amigos musulmanes mataron a la gente del Radhabai Chawl, ¿pensaste en sus hijos?”. Ese día les enseñamos qué es el *dharma* hindú.

LOS DISTURBIOS DE 1992 Y 1993

Ayodhya se encuentra a cientos de kilómetros al norte. Pero los escombros de su mezquita, derruida en diciembre de 1992 por turbas hindúes que creían que la había construido el emperador mughal Babal en el lugar de nacimiento del dios Rama, no tardaron en servir de cimientos a los muros que se levantaron entre los hindúes y los musulmanes de Bombay. La metrópoli dividida entró en guerra consigo misma; una serie de disturbios acabaron con la vida de al menos cuatrocientas personas. Cuatro años después volví para escribir un artículo sobre ello. Tenía previsto acudir a una oficina municipal con un grupo de mujeres de los suburbios. Cuando sugerí el siguiente viernes 6 de diciembre se produjo un silencio. Las mujeres se rieron nerviosas y desviaron la mirada.

—Nadie saldrá de su casa ese día —dijo una por fin.

Los disturbios fueron una tragedia en tres actos. Primero hubo un revuelo espontáneo entre la policía en su mayoría hindú y los musulmanes. Lo siguió, en enero de 1993, una segunda oleada de disturbios más serios, instigados por el líder del Shiv Sena, Bal Thackeray, durante los cuales se identificó y masacró sistemáticamente a los musulmanes, y se quemaron y saquearon sus casas y tiendas. La tercera fase fue la venganza de los musulmanes: el viernes, 12 de marzo, cuando todos los buenos musulmanes leían sus oraciones

namaaz, estallaron por toda la ciudad diez poderosas bombas colocadas por el hampa musulmana. Una estalló en la Bolsa, otra en el edificio de Air India. Hubo bombas en coches y motos. En total murieron 317 personas, muchas de ellas musulmanas.

Yo quería hablar personalmente con los protagonistas de los disturbios, los seguidores de Bal Thackeray. Era él quien en 1966 había creado un partido político nacionalista llamado Shiv Sena —el ejército de Shivaji— en honor del rey soldado maratha del siglo XVII que había reunido a un grupo variopinto de guerrilleros hasta constituir un ejército que humillaría al emperador mughal Aurangzeb y se haría a su vez con el control de la mayor parte del centro de la India. Yo quería averiguar cómo se había planeado y llevado a cabo en realidad el asunto de los disturbios.

Un día estaba en la tienda de ordenadores de Ashish, mi viejo amigo de Queens, hablando con él sobre ello.

—Puedo presentarle a gente del Shiv Sena que participó en los disturbios.

Nos volvimos. Un joven huesudo y con gafas de poco más de veinte años nos sonreía, dejando ver dos hileras de dientes apelotonados, blancos e irregulares. Se llamaba Girish Thakkar y trabajaba de programador en la oficina de Ashish.

—Venga a Jogeshwari.

Casi todo Jogeshwari, la zona hindú y sobre todo la musulmana, es un suburbio. El 8 de enero de 1993 una familia hindú de trabajadores del ramo textil dormía en una habitación del Radhabai Chawl, situado en medio de la parte musulmana. Alguien cerró con llave su puerta por fuera y arrojó un cóctel molotov por la ventana. Los seis miembros de la familia murieron gritando, agarrando la puerta para intentar salir. Uno de ellos era una adolescente retrasada. Las llamas se habían extendido desde su casa para incendiar todo Bombay.

De modo que una noche fui con Girish a Jogeshwari y me senté en el salón

de su familia para hablar con ellos de los disturbios. Así fue como conocí a Sunil; era un vecino y estuvo sentado en silencio en una silla. Sunil era subjefe de la *shakha* o filial del Shiv Sena en Jogeshwari. Se esperaba que fuera *pramukh*, o jefe, de toda la *shakha* si el actual *pramukh* ganaba las elecciones legislativas. Tenía casi treinta años, y era un joven bajo y fornido con bigote y cierta elegancia en su forma de vestir y en su porte.

Salimos del barrio de chabolas y cruzamos la carretera, donde había un gran terreno reservado para circos sobre el que Sunil tenía concesión de aparcamiento. El subjefe del Shiv Sena me invitó a mear con él. Lo seguí hasta una parcela del fondo, donde los dos nos bajamos la cremallera. Yo estaba aprensivo. Recordaba lo que había dicho él en la casa de Girish: «A todos los que venían, el panadero, el lechero, los examinábamos. Si había alguna diferencia entre nuestros cuerpos, lo matábamos». Ese pequeño trozo de piel que los musulmanes no tenían podía costarles la vida. Yo tenía una excusa preparada para explicar por qué también me faltaba: a los cinco años tuve una infección, una operación en realidad, y mis padres lo pasaron muy mal. Pero ya lo he expiado; salvé a mi hijo del cuchillo al día siguiente de que naciera. Recitaré un *shloka* sagrado por ti.

Debí de pasar la prueba, porque me presentó a su familia. Cuando regresamos, se oía por los altavoces la canción de una película. «Ni un templo ni una mezquita...» Sus padres estaban con la hija de Sunil de dos años. Él le pidió que hiciera sus gracias, como hacen los padres y los maestros de ceremonias: «Haz un *namaste*», y la niña juntó las manos frente a la cara y saludó. «Da la mano», y me estrechó la mano. Uno de los chicos del Sena se la llevó para comprarle un globo.

Más tarde, Sunil y los otros dos chicos del Sena fueron conmigo a tomar algo al apartamento de Ashish, en Andheri. Lo recorrieron con la mirada, llenos de admiración. Estábamos en la sexta planta, sobre una colina, y de la transitada carretera nos llegaba el zumbido de los coches. Sunil miró por la

ventana.

—Es un buen lugar desde el que disparar —comentó, e imitó el rat-tat-tat de una metralleta.

Yo nunca había visto el apartamento de ese modo. Claro que no estaba acostumbrado, cuando iba por primera vez a una casa, a examinar inmediatamente el valor estratégico de su situación, así como sus entradas y salidas.

Sunil no podía quitarse de la cabeza que la chica retrasada había sido violada, repetidas veces y al aire libre. No hay pruebas de ello; el informe de la policía no lo menciona. Dieciséis de veinte mujeres hindúes habían sido violadas solo en Jogeshwari, dijo Sunil. De nuevo, no hay pruebas en la prensa ni en los informes de la policía. Pero no importaba. Era una imagen poderosa, una imagen catalítica: una chica retrasada hindú en el suelo con una hilera de musulmanes lascivos esperando su turno para poseerla mientras los padres, envueltos en llamas, igualaban los gritos de ella con los suyos. Muchas guerras empiezan con una violación, real o imaginada. Siempre son hombres lo bastante perturbados por la violación como para ir a la guerra.

Sunil no utilizó el término «disturbio», sino la palabra inglesa *war*, «guerra». En el J. J. Hospital vio escenas típicas de tiempos de guerra. Cadáveres por todas partes, de hombres y mujeres, solo identificados con etiquetas con un número. En el Cooper Hospital, que aceptaba indiscriminadamente a musulmanes y a hindúes, a alborotadores y a víctimas, y donde a menudo yacían unos al lado de los otros en la misma sala, estallaban peleas. Los heridos se arrancaban el tubo del suero de los brazos y se lo arrojaban a sus enemigos.

Uno de los hombres que estaba con nosotros trabajaba para el Ayuntamiento.

—¡Esas personas no son musulmanas, son todas hindúes! —dijo—. Son conversos. —Luego añadió que deberían irse a Pakistán, todos.

Salieron a relucir las clásicas quejas: siempre animaban a los paquistaníes en los partidos de críquet entre la India y Pakistán; la ley musulmana les permitía tener cuatro esposas y, por tanto, siempre tenían diez o doce hijos cuando los hindúes se detenían en dos o tres. En Bombay el número de gente es importante; la sensación de estar acosados por los Otros en una ciudad ya superpoblada es muy fuerte.

—En pocos años nos superarán en número —predijo sombrío el empleado del Ayuntamiento.

Los musulmanes se dedicaban a actividades delictivas, dijo, y no tenían escrúpulos a la hora de matar a gente, mientras que un hindú se pararía antes de matar y se preguntaría por qué lo hacía.

Mientras Sunil quitaba la vida a musulmanes también encontró tiempo para salvar una vida musulmana. Tenía una amiga, una mujer musulmana, a la que escoltó hasta su barrio. Una vez allí lo rodeó un grupo de hombres musulmanes. Se preparó para morir. Pero la abuela de la joven salió, habló con la turba y, escondiendo a Sunil debajo de su burka, lo hizo desaparecer como por arte de magia del barrio. En el Radhabai Chawl había un *peepal*, dijo Sunil; la mitad de las hojas eran negras y la otra mitad verdes. Lo sabía porque había llevado a su hija allí cuando cayó enferma. Había llorado sin parar y los médicos no habían podido ayudarla. Entonces alguien le habló de que los musulmanes podían quitarte el mal de ojo. La llevó a los alrededores del Radhabai Chawl, y el hombre santo musulmán rodeó tres veces la cara de su hija con la botella de agua. Sunil vio cómo bajaba el nivel del agua de la botella después de cada vuelta. Ella enseguida se puso mejor.

—El hombre no me pidió dinero —dijo Sunil, refiriéndose al exorcista—. Aunque vayas a su *dargah* [altar], no te piden dinero. Lo hacen desinteresadamente.

Sunil no veía ironía en el hecho de que, cuando su hija estaba enferma, acudiera a la misma comunidad musulmana que él masacraba e incendiaba

durante los disturbios. También controla la televisión por cable de Jogeshwari y sus alrededores. Tiene clientes musulmanes y a menudo come en sus casas «para mantener la relación». Los disturbios tampoco lo frenaban a la hora de hacer negocios con los musulmanes. Iba por la mañana a Mohammed Ali Road, en el centro de la ciudad, para comprar pollos a los musulmanes y hacia las doce los llevaba de nuevo a Jogeshwari y los vendía a los hindúes. Por las tardes mataba a otros musulmanes. A los vendedores de pollos no les importaba que fuera hindú. Los bombayitas comprenden que lo primero son los negocios. Son individualmente múltiples.

Sunil me preguntó cuáles eran mis aspiraciones, no solo en Bombay sino en el mundo entero. Respondí que quería un mundo mejor para que mi hijo creciera en él. Asintió. Dijo que quería lo mismo para su hija.

—Pero ¿cuáles son sus metas? ¿Qué quiere hacer en la vida?

Mis respuestas no le gustaron. Lo que él quería era algo que estaba más allá de la felicidad de su familia inmediata. Quería que la «nación» fuera grande. Se quejaba de que ni siquiera el Shiv Sena escapara de la corrupción.

—En Bombay, el dinero es un dios —dijo en inglés.

Para él, la virtud más elevada era ser *niswarthi*, generoso. Quería creer que él era una persona *niswarthi*, que daría la vida por una causa más importante que él mismo. Esa causa era lo que había esperado obtener de mí.

Hice un recorrido por los campos de batalla guiado por un grupo de hombres del Shiv Sena y por Raghav, un operador de taxis, un hombre bajo y fornido con unos tejanos de la marca Saviour. No era oficialmente miembro del Shiv Sena pero el *shakha pramukh* lo llamaba siempre que había que hacer algún trabajo en grupo.

Raghav y un par de jóvenes me condujeron por las callejas entre las chabolas, tan estrechas que no podían pasar dos personas de lado. De entrada

se mostraron cautelosos. Pero cuando pasamos por delante de una mezquita, Raghav se rió.

—Esta es la *masjid* en la que cagamos.

Uno de los dos hombres le lanzó una mirada de advertencia. Más tarde Sunil me explicó el misterio.

—Mis hombres entraron en la *masjid* —alardeó.

Ese era uno de los puntos culminantes de la guerra para ellos; el incidente se recordaba con regocijo. Sunil me contó cómo uno de ellos había cogido una bombona de gas, había abierto la válvula y encendido una cerilla, y la había hecho rodar hasta el interior de la mezquita. El tipo luego se había enrolado en el cuerpo de la policía, donde sigue empleado.

Hablábamos de todo ello, no en susurros en alguna habitación trasera, sino en mitad de la calle y por la mañana, con cientos de personas yendo y viniendo. Raghav se mostró totalmente franco, sin presumir ni restar importancia a lo ocurrido, limitándose a exponer los hechos. Los hombres del Shiv Sena, los *sainiks*, se sentían cómodos; ese era su territorio, la zona hindú de Jogeshwari. Señalaron el único establecimiento que seguía perteneciendo a un musulmán: una tienda de ropa llamada Ghafoor's. Durante los disturbios algunos habían querido matarlo, pero los que habían crecido con él lo protegieron, y al final solo pegaron fuego a sus existencias. Había vuelto a abrir la tienda con el nombre de Maharashtra Mattress. Raghav señaló el establecimiento de al lado.

—Saqueé la tienda de pilas.

Me llevó a un terreno abierto muy grande junto a las naves de la estación del tren, una escena fantasmagórica con un enorme vertedero de basuras a un lado donde había grupos de gente removiendo el suelo con picos, un montón de chicos jugando al críquet, alcantarillas discurriendo a nuestros pies, vías de tren y bogies en naves en un segundo plano, y una serie de edificios de pisos de cemento al fondo. Hacía una semana había estado en el otro extremo de ese

terreno. Un musulmán me había señalado el lugar donde ahora me encontraba, diciendo:

—Por ahí vinieron los hindúes.

Allí fue donde Raghav y los chicos capturaron a dos musulmanes. Se habían separado del resto.

—Los quemamos. Los rociamos de queroseno y les pegamos fuego — explicó Raghav.

—¿Gritaron? —pregunté.

—No, porque los golpeamos mucho antes de quemarlos. Sus cuerpos se quedaron pudriéndose en la zanja durante días. Los cuervos se los estaban comiendo. Y los perros. La policía no se llevó los cadáveres, porque la comisaría de Jogeshwari dijo que entraba dentro de la jurisdicción de la comisaría de Goregaon, y la de Goregaon dijo que entraba dentro de la jurisdicción de la policía de la estación de tren.

Raghav también me habló de un anciano musulmán que arrojaba agua hirviendo a los chicos del Sena. Ellos tiraron abajo su puerta, lo sacaron a rastras, cogieron una manta de un vecino, lo envolvieron en ella y le pegaron fuego.

—Fue como una película: el silencio, la desolación, alguien ardiendo en alguna parte, nosotros escondidos, y a lo lejos el ejército. A veces no podía dormir pensando en que del mismo modo que yo acababa de quemar a alguien, alguien podía quemarme a mí.

Pregunté a Raghav, mientras inspeccionábamos la tierra baldía, si los musulmanes que habían quemado habían suplicado por su vida.

—Sí, decían: «Tened piedad de nosotros». Pero estábamos llenos de odio; no podíamos dejar de pensar en el Radhabai Chawl. Y aunque uno de nosotros dijera «Dejadlo», había otros diez que decían: «No, matadlo». De modo que teníamos que matarlo.

—¿Y si era inocente?

Raghav me miró.

—Su mayor crimen era ser musulmán.

Todas las grandes ciudades son esquizofrénicas, decía Victor Hugo. Bombay tiene un trastorno de personalidad múltiple. Durante los disturbios, las imprentas hicieron horas extra. Imprimían tarjetas de visita, dos juegos por persona, uno con un nombre musulmán y el otro con un nombre hindú. Si te detenían al salir de la ciudad, tu vida dependía de si respondías a Ram o Rahim. La esquizofrenia se convirtió en una táctica de supervivencia.

Se decían unos a otros: «Los musulmanes, furiosos por la destrucción de Babri Masjid, están almacenando armas; habrá derramamiento de sangre». La noticia se difundía en la tienda del *panwallah*, en el tren de cercanías, durante el descanso para el té de la oficina. Por las tardes un pequeño convoy de coches iba hasta la playa de Shivaji Park. Se detenían mirando el ancho mar Árábigo, dejaban los faros encendidos y vigilaban toda la noche. Montaban guardia contra la flota iraní que se suponía que estaba junto a las costas de Bombay, con las bodegas llenas de toda clase de bombas, pistolas y misiles para la yihad inminente.

Después de los disturbios, doscientas cuarenta organizaciones no gubernamentales hicieron causa común para unir de nuevo la ciudad. Se hicieron cadenas humanas por toda la ciudad para demostrar la unidad. Se formaron grupos llamados Comités Mohalla Ekta para unir a los hindúes, a los musulmanes y a la policía, e identificar las peleas antes de que terminaran en un disturbio; el padre de Girish se hizo miembro del Comité Ekta de Jogeshwari. No ha habido un disturbio importante desde entonces. Pero se crearon las líneas de falla. A todo un sector de la población se le había hecho sentir como extranjeros en la ciudad que los había visto nacer y crecer.

«Volved a Pakistán», decía el Shiv Sena a los musulmanes. Jalat Khan, que vive en el suburbio musulmán de Mahim, estaba en un dilema. Su madre había llegado del otro lado, de Pakistán a Bombay, a los doce años. ¿Había oído hablar de Karachi?, me preguntó.

—Esto es mejor.

Jalat Khan quiso presentarme a su madre. Fui a la habitación trasera. Había alguien acostado en un camastro bajo. Era una mujer muy anciana, tapada hasta el cuello por gruesas mantas. Tenía las manos deformes; estaba completamente paralizada de la cintura para abajo, pero no siempre había sido así. Durante ochenta y seis años de los noventa que tenía, Roshan Jan había vivido en paz. Recordaba con afecto a los británicos. Bombay era tan maravillosa en aquellos tiempos, decía, de esa forma en que muchos ancianos suelen recordar el pasado como si siempre fuera mejor que el presente. Podías ir tan campante por la calle con oro en las manos. El arroz en aquellos tiempos olía tan bien, el trigo era tan puro...

Durante ochenta y seis años Roshan Jan se paseó por el vecindario. Organizaba grandes comilonas, mataba dos cabras, preparaba arroz basmati y daba de comer a todo el que se presentara, hindúes incluidos. Después del asesinato de Gandhi, en 1948, los musulmanes se asustaron, porque al principio se creyó que lo había matado un musulmán. Pero no ocurrió nada. No hubo altercados.

Una noche de enero de 1993, un grupo de hindúes echó abajo la puerta de Roshan Jan. Uno de ellos asió a la anciana de ochenta y seis años y la arrojó contra el suelo de cemento, partiéndole la espina dorsal. Ahora yacía allí, diciéndome que otros hindúes, que ella sabía que habían participado en los disturbios, acudían a ella para pedirle sus bendiciones, y que ella se las daba. Pero habría preferido que la mataran entonces. Habría sido mejor.

Cuando los musulmanes hicieron estallar las bombas en represalia, las

ventanas de la escuela del hijo de Jalat Khan se hicieron añicos y él fue corriendo a sacarlo de allí. Pero eso no impidió que se sintiera henchido de orgullo.

—Nos maldecían, arrancaban los burkas a nuestras mujeres en los trenes. Si no hubieran puesto las bombas ninguno habríamos sobrevivido. Después de las explosiones se volvieron un poco *dhilla*, un poco chiflados, un poco asustados.

Durriya Padiwala, musulmana y directora de una empresa de tapicería, estaba en su casa cuando empezaron los disturbios. Recibía noticias de sus avances a través de Tardeo, Byculla, Mohammed Ali Road.

—Sabías perfectamente cuándo llegarían a tu barrio.

En lo más intenso de los disturbios, un vecino maratha de la planta baja ocultó a la familia Padiwala. Luego se trasladaron todos al otro lado de la calle, a un edificio en cuya entrada estaba la *shakha* del Shiv Sena.

—Pensamos que no atacarían su propio edificio.

En el edificio contiguo había una tienda de papel usado que abasteció de combustible al cóctel molotov que cayó sobre él. Al día siguiente Durriya vio desde su balcón cómo un hombre arrancaba un trozo de pared de la tienda de papel usado. Cayó un brazo humano de él.

—Los disturbios afectaron a mucha gente educada e inteligente. Gente muy culta y muy leída se volvió profundamente antimusulmana.

Durriya, que no lleva burka, ni siquiera un *salwaar kameez*, no se pone henna en el pelo y no tiene un aspecto particularmente musulmán, oía los comentarios que hacía la gente «en los lugares más extraños. Podía ser en el vestíbulo de un hotel de cinco estrellas. “Oh, se lo merecen, se lo han buscado”». Ella no respondía.

—Estaba demasiado asustada.

El negocio de Durriya fue objeto de discriminación por ser musulmán. Les retrasaban los pagos; les exigían depósitos mayores que a los proveedores

hindúes.

Tres meses después de los disturbios, Durriya salía de la oficina para buscar unos papeles cuando hubo una fuerte explosión; el techo se vino abajo en cuanto ella se marchó. Una de las bombas había estallado en su edificio. Su hermano trabajaba en el edificio de la Bolsa; cuando estalló la siguiente bomba en el sótano, el cristal del mirador se hizo añicos, cayó sobre él y lo hirió. Ella no parecía estar muy molesta.

—No hay justificación para esas explosiones —subrayó—. El ojo por ojo es terrible. —Por otra parte, cuando los musulmanes de su oficina viajaban en tren, tenían la sensación de que los hindúes los miraban con un miedo renovado. Aquellos podían erguir la cabeza—. Habían recuperado su amor propio.

Era la historia de siempre: el deseo vehemente de las minorías de todo el mundo de ser el opresor en lugar del oprimido. Casi todos los musulmanes con los que hablé en Bombay coincidieron en que los disturbios habían destruido su autoestima; se vieron obligados a quedarse de brazos cruzados viendo cómo mataban a sus hijos y prendían fuego a sus pertenencias en sus propias narices. Cuando estallaron las bombas, matando y mutilando a la gente de forma indiscriminada, se les recordó a los hindúes que los musulmanes no eran impotentes. En los trenes, terreno de prueba de la dignidad, pudieron volver a mantener la cabeza bien alta.

Los disturbios tuvieron una consecuencia que no habían previsto quienes los planearon: se convirtieron en un filón para el reclutamiento de delincuentes por parte del hampa musulmana. Conocí a uno de ellos, Ojo a la Funerala, que se convirtió en un asesino a sueldo para la banda de Dawood Ibrahim. En 1992 Ojo a la Funerala, que entonces tenía quince años, vivía con su familia en un barrio de viviendas protegidas llamado Pratiksha Nagar. Un viernes

varios marathas —vecinos, amigos— se dedicaron a ir por el barrio haciendo una señal en las casas musulmanas. Averiguaron que había unos cinco mil musulmanes en el barrio. Al día siguiente, sábado, celebraron una *maha-aarti*, un *puja* público masivo, y por las calles sonaron las triunfantes campanas y caracolas del templo. El domingo por la mañana, Ojo a la Funerala veía dibujos animados en la televisión cuando llamaron a la puerta de su casa.

—Somos del gobierno —dijo una voz—. Abran la puerta. Queremos ver su cartilla de racionamiento.

El padre de Ojo a la Funerala atrancó inmediatamente la puerta por dentro con una barra. Los hombres empezaron a aporrearla, esa vez con más fuerza, y la echaron abajo e irrumpieron en la casa. Cogieron la barra de hierro y se acercaron al padre, delante de toda la familia.

—Vi al chico que golpeaba a mi padre. Era amigo mío. Solía venir a comer a casa el día de Eid, cuando acaba el ramadán. Jugaba conmigo al críquet.

De modo que Ojo a la Funerala juntó las manos y le suplicó: «¡Venías a nuestra casa!»». Su amigo se limitó a mirarlo y le dijo que se fuera, porque era muy pequeño. Ojo a la Funerala corrió hasta la casa de su tío pidiendo socorro a gritos. Su tío se negó a ir; temía por su vida.

Entretanto, su madre y sus hermanas se habían encerrado en el cuarto de baño con latas de Tik-20, un insecticida; si los hombres del Sena entraban, se tragarían el veneno antes de que tuvieran oportunidad de deshonorarlas. No las tocaron, pero cuando acabaron de golpear a su padre rompieron todo lo que había en la casa. Después de eso, la familia dejó el piso y estuvo tres días en un campamento temporal para refugiados. Los restaurantes de los alrededores no les dieron ni un vaso de agua, y se alimentaron de tomates podridos. Pero lo peor estaba por llegar.

—Después de los disturbios tuvimos que mendigar —recuerda Ojo a la Funerala, con los ojos enrojecidos aún después de todos esos años—. Tuvimos que alargar la mano para pedir galletas y ropa a las organizaciones

de socorro.

Creció, lo expulsaron del colegio, se unió a la banda musulmana y empezó a matar a gente, entre ella el magnate de la música y devoto hindú Gulshan Kumar.

—Después de los disturbios la mayoría de los chicos de Pratiksha Nagar se unieron a la banda de Dawood. Esa es la principal razón por la que yo también lo hice.

La policía de Bombay ve a los musulmanes como delincuentes, al igual que la policía norteamericana a los afroamericanos. El titular de un periódico de diciembre de 1996 rezaba: «Verdad desagradable: los musulmanes son más proclives a delinquir que los hindúes». El artículo sostenía que los musulmanes, que constituyen menos de una quinta parte de la población de la ciudad, eran responsables de un tercio de los delitos, según un sondeo realizado en las distintas comisarías. Los cargos presentados contra los hindúes estaban relacionados con accidentes, fraudes y robos, mientras que los presentados contra los musulmanes eran de carácter más violento. Un inspector de la comisaría de Cuffe Parade declaraba: «A los musulmanes se les arresta por delitos de extorsión, violación y asesinato, reyertas entre bandas y robos de coche organizados. A los hindúes en cambio se les arresta sobre todo por estafa, acoso sexual, fraude, hurto y robo».

—La policía colaboró mucho con nosotros durante los disturbios —dijo Sunil—. Deshmukh, el policía de Jogeshwari, decía con orgullo: «Me ha llamado Balasaheb».

Entre el 10 y el 18 de enero de 1993, el activista Teesta Setalvad grabó conversaciones de la frecuencia de la policía mientras los coches patrulla de la carretera coordinaban las actividades con el centro de operaciones. Esto es parte de lo que se transmitió por la radio:

DONGRI I A CONTROL: Dos camiones del ejército han traído leche y otros víveres. Están al mando del comandante Syed Rehmatullah [...] Se ha reunido una gran multitud [...]

Por favor, envíen refuerzos.

CONTROL: ¿Por qué coño estáis repartiendo leche a los *landyas* [pollas circuncidadas, es decir, musulmanes]? ¿Queréis follaros a sus madres? Allí viven *bhenchod mias* [otro apelativo para musulmanes].

Un poco más tarde el mismo día:

DONGRI I: La gente que se ha reunido para recoger la leche y los víveres ya se ha dispersado.

CONTROL: ¿Quién ha dado la orden de distribuir leche? *Madharchod*, ¿me recibes? No repartáis leche a los *landyas*. ¿Lo has entendido?

DONGRI I: Esos dos camiones [...] son del ejército, y el nombre del comandante es Syed Rehmatullah.

CONTROL: Detened ese vehículo. Registrad a los *landyas*. Follaos a su madre, follaos al imán Shahi.

Desde otra localidad:

VP ROAD I A CONTROL: Se ha reunido mucha gente fuera del taller del mecánico maratha Ghasgalli, en Lamington Road, y van a pegarle fuego. Envíen refuerzos.

CONTROL: Debe de ser un *landya*. Que lo quemen. Mierda, si es de un maratha no queméis nada. Pero quemad todo lo que pertenezca a un *mia bhenchod*.

Asad Bin Saif, activista de una organización no gubernamental que intenta combatir el odio en los suburbios, me llevó al Radhabai Chawl donde habían quemado a una familia hindú. Como todo en esta ciudad esquizofrénica, el edificio tenía dos nombres: la placa de fuera lo identificaba como Gandhi Chawl. Un grupo de mujeres llamado Rahe-haq me había organizado una reunión; su oficina estaba en el mismo edificio donde había tenido lugar la atrocidad.

Antes de que llegaran las mujeres, permanecí sentado en la habitación

donde habían quemado viva a toda la familia y oí a un anciano musulmán:

—Señor, por favor, haga algo para extirpar el odio del corazón de la gente, para que el Ganga y el Jamuna puedan fluir juntos. Haga algo, usted que es joven. Se ha introducido veneno.

La habitación había sido convertida en una biblioteca y un centro cívico por una ONG llamada Yuva, y ese hombre, un vecino de la familia asesinada, era el bibliotecario. La colección de la biblioteca consistía en un viejo baúl lleno de libros cuyos títulos explicaban por qué la biblioteca solo tenía tres socios: *Proyectos de desarrollo de la construcción en conjunción con las comunidades y las ONG: un programa de acción para los responsables de formular la normativa a seguir*. El hombre había nacido en Bombay; «mi *matrubhumi*», dijo utilizando la palabra hindú para madre patria. Luego empezó a cantar, con voz temblorosa: «Sara jahan se accha, Hindustan hamara...». Me emocioné inesperadamente; sentí que se me saltaban las lágrimas. Ese hombre no era cínico. No sabía qué era la ironía. Era un musulmán que trabajaba en una biblioteca en un gueto musulmán donde no había libros en urdu. Y cantaba un himno al Indostán.

El 17 de enero de 1993 L. K. Advani, quien más tarde sería presidente del Partido Bharatiya Janata (BJP) —coaligado con el Shiv Sena e instigador de la destrucción de Babri Masjid—, acudió al Gandhi Chawl para poner de relieve la atrocidad cometida contra los hindúes. Arifa Khan fue a ver al famoso político. Él había bajado de su coche y recorría con la mirada el suburbio. De pronto Arifa Khan se vio impulsada a hablar.

—¿Para qué viene aquí ahora? —gritó. Luego esa musulmana baja y atractiva de los suburbios de Bombay dijo al hombre que quería ser primer ministro—. Si usted no hubiera hecho su *kar seva*, su *rath yatra*, esto no habría ocurrido.

Advani no supo qué responder a la pregunta de Arifa, que aludía a las procesiones en carro que había hecho por todo el país en las semanas

anteriores a la destrucción, avivando la cólera de las masas hindúes. Volvió a subirse a su coche y, seguido de su séquito y comandos, abandonó Jogeshwari a su suerte.

Arifa Khan, junto con cerca de otras veinte mujeres musulmanas, acababa de sentarse en la habitación, que también hacía las veces de guardería infantil. También había una pareja hindú. Poco después se unieron sin que nadie los invitara un par de chicos musulmanes de aspecto duro, vestidos con *lungis*. Asad me presentó, y las mujeres empezaron a explicarme los problemas: sus hombres muertos a tiros y a puñaladas por la policía o por hindúes. Se oyó el *azaan* en una mezquita cercana; las mujeres se cubrieron la cabeza. Los hindúes y los musulmanes vivían ahora separados en el suburbio, por decisión propia. A las mujeres con las que hablaba les dolía que durante el toque de queda los hindúes no les permitieran comprar comida en sus zonas.

¿Habían considerado irse a Pakistán?, preguntó Asad.

—Esta es nuestra *watan*, nuestra tierra natal. Sea lo que sea, es nuestra India.

Una de las mujeres reivindicó el derecho a vivir allí en virtud del hecho de que vota.

—Si no les damos nosotras escaños, ¿quién lo hará?

En Bombay la proporción de musulmanes es 1,5 veces mayor que en el resto del país; los musulmanes de Bombay son más del 17 por ciento de la población de la ciudad. En toda la India el número de musulmanes es de ciento veinte millones, el 12 por ciento de la población total. Eso convierte la India en la segunda población musulmana más grande del mundo. Medio siglo después de la Partición sigue habiendo más musulmanes en la India que en Pakistán. Al optar por quedarse han empezado a ocuparse de sí mismos. Pero la mayoría de los hindúes de la ciudad no creían que los musulmanes fueran nacionalistas. Creían, como lo expresó Thackeray en el periódico de su partido poco después de la caída de Babri Masjid, que «Pakistán no necesita

cruzar la frontera para atacar la India. Doscientos cincuenta millones de musulmanes de la India leales a Pakistán organizarán un levantamiento armado. [Son una de las] siete bombas atómicas de Pakistán». Además, «un musulmán, sea cual sea el país del que proceda, es primero musulmán. La nación es de importancia secundaria».

Los musulmanes de Bombay son el grupo más diverso de seguidores de Mahoma del país. No existe solo la división entre los shiíes y los suníes; también hay dawoodi bhoras, ismailíes, deobandíes, barelvíes, memons, moplash, ahmadiyas, etcétera. Los partidos de la Hindutva extendieron el miedo hacia la horda musulmana, como si se tratara de un monolito.* La verdad es que muchos de los grupos, como los deobandíes y los barelvíes, o los bhoras tradicionales y los reformistas, a menudo se odian unos a otros con una pasión que supera a la que sienten por los hindúes. Pero los disturbios también los unieron. Los dawoodi bhoras de Colina Malabar descubrieron que tenían en común con los bihari suníes del suburbio de Madanpura: el hecho de que se cuestionara en público su derecho a ser ciudadanos de la India. Descubrieron que su mayor delito era ser musulmanes.

Uno de los jóvenes furiosos dijo que habían matado a su hermano en los disturbios y no habían detenido a nadie. En cambio, cuando murió la familia hindú, detuvieron a once musulmanes y los condenaron a cadena perpetua. Un miembro del Shiv Sena, un organizador, según tenían entendido, había exhibido el cadáver de la chica retrasada por todo Bombay para enardecer los ánimos de los hindúes. «En Radhabai murió una mujer —decía el chico furioso—. Cincuenta de los nuestros han muerto y no ha ocurrido nada. La ley está de parte de ellos; pueden hacer lo que quieran. ¡Si se hace justicia, que sea para ambas partes o decidnos que luchemos! Sabemos luchar.» Poco a poco los chicos dominaron la reunión; las mujeres dejaron de hablar. La pareja hindú se levantó y se marchó.

Al cabo de un rato los chicos se levantaron, pero no sin antes advertirme:

—Escriba la verdad.

Uno de ellos se rió sin ganas.

—Si no escribe nada también estará bien.

En cuanto se marcharon el ambiente se relajó rápidamente. Las mujeres se disculparon por los chicos.

—Están enfadados —dijo una de ellas—. Por eso no quería traerlos.

Otra mujer me dijo lo que le estaba costando pasar ese tiempo conmigo.

—Estoy sentada aquí, pero mi corazón está en mi casa. ¿Conseguiré agua? ¿Tendré que esperar dos horas?

Para conseguir agua en el suburbio, las mujeres tenían que hacer cola y pedir turno. A cada persona, en grupos de treinta, le corresponden dos cubos para las necesidades domésticas. Tu religión determina cuántas veces te bañarás, dónde defecarás.

—En las zonas hindúes hay un grifo en cada calle, aquí solo hay uno cada ocho o diez calles. Allá hay letrinas por todas partes. En nuestra zona las letrinas llevan un año cerradas.

Gran parte del suburbio es un vertedero de basura. Las alcantarillas, que están al aire libre, discurren entre las casas, y los niños juegan alrededor y de vez en cuando se caen en ellas. Están llenas de sedimentos negroazulados iridiscentes. Cuando llegan los barrenderos municipales para limpiarlas, los recogen con palas y los dejan amontonados fuera de las letrinas. Yo no pude utilizar los lavabos públicos. Lo intenté una vez. Había dos hileras de retretes. En cada uno había montones de excrementos, desbordándose de las tazas y extendidos abundantemente por todo el cubículo. La imagen y el hedor no me abandonaron durante las siguientes horas, mientras comía y bebía. No se trata solo de una incomodidad estética; la fiebre tifoidea está muy extendida por el suburbio y se transmite a través del contacto oral-fecal. Los charcos de agua estanca, que están en todas partes, son caldos de cultivo para la malaria. Muchos niños también tienen ictericia. Sobre los mostradores de las

carnicerías están extendidas las reses muertas, salpicadas de moscas que parecen una especia movediza. Todo el suburbio estaba impregnado de un tufo que al cabo de un rato dejé de notar.

Se quejaron de que no las escuchaban ni su representante municipal, una mujer musulmana, ni el legislador federal, un hombre del Shiv Sena. De modo que Arifa Khan, junto con otras ocho mujeres, creó un grupo en el suburbio Jogeshwari. Rahe-haq, o El Sendero Correcto, es una organización de unas quince mujeres, la mayoría musulmanas aunque no todas. Empezaron en 1988 con nueve miembros en respuesta a un problema de sanitarios. En Bombay hay dos millones de personas que no tienen acceso a una letrina. Puedes verlos cada mañana a lo largo de las vías del tren, caminando pesadamente con un recipiente de agua, buscando un espacio vacío donde acucillarse. Es algo horrible y degradante para una mujer verse obligada a buscar cada mañana un lugar privado para hacer sus necesidades o para lavarse cuando tiene la menstruación. Ninguna ciudad de tanta riqueza debería hacer sufrir de ese modo a las mujeres. Las mujeres de este suburbio tenían más suerte. Contaban con letrinas que había construido el Ayuntamiento, pero estaban hasta los topes y el Ayuntamiento no hacía nada para desatascarlas. Cada vez que había elecciones, varios líderes iban al suburbio y prometían hacer algo al respecto. El grupo de mujeres se reunió y acudió a la oficina municipal.

—Hicimos *bhagdaud* —explicaron.

Este término, conocido para todo el que trata con la burocracia india, significa ir de una oficina a otra con tu petición hasta conseguir lo que quieres. Las mujeres hicieron *bhagdaud* y al final se limpiaron parte de las letrinas.

Alentadas por el éxito de su lucha por las letrinas, las mujeres pasaron al problema del agua. Solo hay agua durante un par de horas al día, durante las cuales se forma frente al grifo municipal una larga cola de mujeres con cubos. En aquel entonces se habían recortado las conexiones de agua municipal a instancias de los fontaneros locales. Podían hacer dinero si el Ayuntamiento

reducía las conexiones, de modo que habían sobornado a los funcionarios involucrados para que lo hicieran. Los fontaneros cobraban dieciséis mil rupias por un trozo de cañería de un centímetro de longitud; cuatro casas podían reunirse y pagar cuatro mil rupias para comprar tal conexión. Un laberinto de cañerías recorre los callejones del suburbio. Las mujeres de Rahe-haq organizaron una *pani morcha*, una manifestación de protesta por el agua, hasta la oficina municipal. El Ayuntamiento se vio obligado a aumentar el suministro.

La gente del suburbio empezó a dirigirse al comité, como se llamaban las mujeres a sí mismas, para resolver otra clase de problemas relacionados con los disturbios. Una viuda que se había trastornado después de ver colgado de un árbol el cadáver calcinado de su marido estaba teniendo dificultades para conseguir la indemnización que el gobierno concedía a las víctimas de los disturbios; el comité intercedió. El campo de acción de su labor aumentó. Las mujeres que se habían divorciado de sus maridos también acudían al comité; bajo la ley musulmana, un marido podía separarse de su mujer con solo repetir tres veces: «Me divorcio de ti». El comité contrató a un abogado para que asesorara legalmente a esas mujeres. Asimismo se formó un grupo de cinco mujeres para aconsejar a las parejas cuya relación se había deteriorado. «Escuchamos a los dos bandos; hablamos con la gente ortodoxa utilizando argumentos religiosos y conseguimos que vuelvan a estar juntos. Si los hombres son delincuentes los llevamos a los tribunales.» Las mujeres pasaron a continuación a resolver los problemas con las cartillas de racionamiento, y en las últimas elecciones apoyaron a una mujer del suburbio que hizo su campaña bajo la pancarta de Janata Dal.

Pregunté a las mujeres si sus maridos apoyaban el comité. Hubo carcajadas.
—Tenemos que oírlos despotricar.

La filial local del partido de la Liga Musulmana empezó a divulgar rumores sobre ellas: que no eran pudorosas; que tenían tratos con hombres a diario en

el trabajo. Las acusaron de ser antimusulmanas y acabaron destruyendo su oficina.

Las mujeres habían montado una guardería infantil que llevaban personalmente, hasta que los chicos que acababan de salir de la habitación les arrebataron el local amenazándolas con un cuchillo. Querían el espacio para fumar *charas* —hachís— y *ganja*; después de los disturbios, los exaltados de la comunidad se sintieron envalentonados. Ahora las mujeres tenían que arreglárselas en esa habitación mucho más pequeña, ese osario de 1993, para llevar su guardería infantil. Pronto acudirían de nuevo a la corporación municipal para exigir una habitación más grande con cerradura. Si existe esperanza para Bombay, está en este grupo de mujeres de los suburbios, todas analfabetas, y de otras como ellas. Las cuestiones de infraestructura no son problemas abstractos para ellas, que tienen que lidiar directamente con esos problemas mucho más que los hombres. Si quieres asegurarte de que el dinero que envías a un lugar pobre se gasta como es debido, dáselo a las mujeres que viven allí.

Pregunté a una de las mujeres de Jogeshwari si no preferían vivir en un apartamento decente en lugar del suburbio en el que ahora vivían, con las alcantarillas al aire libre y sin agua corriente. Sí, estaba previsto construir un edificio cerca para reasentar a los habitantes del suburbio en él. Pero la gente de su vecindario no se trasladaría.

—Se está demasiado aislado. Una persona puede morir detrás de las puertas cerradas de un piso y nadie se enterará. Aquí en cambio hay mucha gente —observó con satisfacción.

Por humilde que sea...* Nos inclinamos a ver un suburbio como una excrecencia, una comunidad de gente que vive en perpetua miseria. Lo que olvidamos es que fuera de los alrededores inhóspitos, la gente ha formado una comunidad y está apegada a su geografía espacial, a las redes sociales que ha construido por sí misma, al pueblo que han recreado en medio de la ciudad,

como puede sentir un parisiense hacia su barrio o yo mismo hacia Nepean Sea Road.

—Me gusta este lugar —dijo Arifa Khan de su casa y de su *basti*, su vecindario—. Lo siento mío. Conozco a la gente que vive aquí y me gustan las instalaciones.

Cualquier plan de reorganización urbana debe tener en cuenta el curioso deseo de los habitantes de un suburbio de vivir cerca unos de otros. Para la gente de Jogeshwari existe un horror mayor que las alcantarillas al aire libre y las letrinas inmundas, y es la habitación vacía de la gran ciudad.

El Shiv Sena está compuesto sobre todo de hindúes marathas que se llaman a sí mismos «hijos de la tierra». Los marathas eran gente que había nacido aquí y que no había experimentado los arduos esfuerzos de los inmigrantes; una raza de oficinistas. Sus ambiciones eran modestas y prácticas: una jornada laboral no muy larga; un buen almuerzo en la fiambarrera que le enviaban de su casa al mediodía; un par de idas al cine a la semana; y, para sus hijos, un trabajo fijo en el gobierno y una buena boda. No suspiraban por ropa de diseño. No querían comer comida extranjera cara en el Taj.

Yo no conocía a muchos marathas cuando era pequeño. Estaba el mundo en el que yo vivía en Nepean Sea Road, y luego había otro mundo formado por la gente que venía a lavarnos la ropa, a leer el contador de la luz, a conducir nuestros coches, a poblar nuestras pesadillas. Vivíamos en Bombay y nunca teníamos mucho contacto con Mumbai. Para nosotros, los marathas eran nuestros criados, la vendedora de plátanos de la calle, los libros de texto que nos obligaban a aprender de memoria en el colegio. Teníamos un término para ellos: *ghatis*, literalmente, gente de las *ghats* (colinas). También era la palabra que utilizábamos, de forma genérica, para «sirviente». Yo estaba en cuarto cuando el marathi se volvió obligatorio. ¡Cuánto protestamos! Era el idioma

de los criados, decíamos. Nos contábamos historias sobre su génesis. Todos los pueblos de la India tenían su idioma propio, excepto los marathas. Acudieron a Shiva y le pidieron que les concediera uno. El dios miró alrededor, vio unos guijarros, los tiró a su olla y removi6. «Aquí tenéis vuestro idioma», les dijo. ¿Qué sabíamos nosotros del idioma de los poetas Namdeo, Tukaram, Dilip Chitre y Namdeo Dhasal?

Pero todo el tiempo hubo una clase marginada de marathas que emergía, que se construía a sí misma. Y ahora había ganado poder político, fuerza y una confianza desesperada. Se acercaba cada vez más al mundo donde yo había crecido, el mundo de las personas ricas y de prestigio. Mucha de la gente de Nepean Sea Road estaba horrorizada, no tanto porque las turbas fueran a por los musulmanes de los edificios altos, sino porque se habían atrevido a acercarse a Nepean Sea Road. ¡La arrogancia de los *ghatis* que exigían ver los directorios de los edificios! El otro Bombay asoma ahora por nuestras calles, vive entre nosotros, no le gusta que seamos maleducados con él, de vez en cuando nos pega una paliza. Los disturbios de 1992 y 1993 marcaron un hito en la vida física de la ciudad porque los distintos mundos que la componían se juntaron con una explosión. El monstruo salió de los suburbios.

Tanto mi abuelo de Calcuta como mi tío de Bombay ocultaron en sus casas a musulmanes durante los motines y les salvaron la vida. Durante los disturbios mi tío también cocinó personalmente comida en un templo jainista y, corriendo grandes riesgos personales, fue a la zona musulmana para distribuirla entre la gente atrapada por el toque de queda: quinientos paquetes de arroz, pan y patatas al día.

Los disturbios enseñaron a los musulmanes una lección, dijo mi tío.

—Hasta la gente educada como yo creemos que necesitamos el Shiv Sena para hacer frente a esos salvajes. Los del Shiv Sena también son fanáticos,

pero nos hacen falta fanáticos para luchar contra los fanáticos.

Yo había oído otra versión de la misma teoría de boca de uno de los amigos de Sunil, el empleado del Ayuntamiento: que los marathas guerreros protegían las comunidades comerciales en declive.

—Si los del Shiv Sena no hubiéramos estado allí, todos los comerciantes gujaratis y los marwaris habrían sido apaleados y asesinados por los musulmanes. No son luchadores —dijo con tono burlón—. Solo les mueve el dinero.

Mi tío miró el cielo cada vez más oscuro a través de la ventana. Tenía un buen amigo musulmán en Calcuta, me dijo, un amigo con el que había ido al colegio en el décimo curso; entonces debían de tener quince años. Fue al cine con ese amigo y antes de la película pusieron un noticiario. Había una escena de muchos musulmanes inclinados para rezar, haciendo su *namaaz*. Sin pensar, mi tío dijo en alto en la sala a oscuras, tal vez a su amigo, o a sí mismo:

—Una bomba se ocuparía de ellos.

De pronto se dio cuenta de lo que acababa de decir y recordó que el amigo que estaba sentado a su lado también era musulmán. Pero el amigo no dijo nada, fingió que no lo había oído.

—Pero sé que lo hizo —dijo mi tío sentado en su piso de Bombay treinta y cinco años después, con la aflicción reflejada en la cara—. Me quedé tan avergonzado... Me he avergonzado de ello toda mi vida. Luego empecé a pensar: ¿cómo tenía todo ese odio dentro de mí? Y me di cuenta de que me lo habían inculcado desde niño. Tal vez fue la Partición, o los hábitos alimentarios de los musulmanes, que matan animales, pero nuestros padres nos enseñaron que no podíamos fiarnos de ellos. Incluso a mi hijo, le digo: «Cuando te cases no te sentirás tan unido a tu mejor amigo musulmán». Los sucesos de la Partición se llevaron por delante las enseñanzas de Gandhiji. Dadaji, mi abuelo, y Bapuji, su hermano, eran seguidores acérrimos de Gandhi salvo por lo que se refería a los musulmanes. No me dejaban llevar a casa a un

amigo musulmán o ir a la casa de ellos.

Al día siguiente mi tío estaba sentado en la habitación del pequeño altar, haciendo su *puja* matinal, mientras yo estaba frente a mi ordenador portátil.

—No escribas lo que te he contado —dijo mientras yo escribía.

Le pregunté por qué.

—Nunca se lo he contado a nadie.

En el acto de contarlo mi tío empezaba a comprender por sí mismo el origen del odio.

En el Bombay en el que crecí, ser musulmán, hindú o católico solo había sido una excentricidad personal, como un corte de pelo. En mi clase había un chico que por su nombre, Arif, ahora caigo que debía de ser musulmán. Recuerdo que era experto en versos malos y nos enseñó una versión obscena de una canción patriótica: «Vamos, chicos, dejadme enseñaros la historia del Indostán», en la que las hazañas nacionalistas de los líderes del país eran reemplazadas por las aventuras sexuales de las estrellas de cine de Bombay. No lo hacía porque fuera musulmán y, por lo tanto, poco patriótico. Lo hacía porque era un niño de doce años.

Ahora importaba. Porque importaba a Bal Thackeray.

La *shakha* del Shiv Sena en Jogeshwari era un salón alargado lleno de cuadros de Bal Thackeray y su difunta esposa, un busto de Shivaji y fotos de un concurso de culturismo. Cada tarde, Bhikhu Kamath, el *shakha pramukh*, se sentaba detrás de una mesa y escuchaba a una hilera de suplicantes con una especie de *durbar* en las manos. Un hombre discapacitado acudía para pedir trabajo de mecanógrafo. Otro quería que le instalaran electricidad en su barraca. Maridos y mujeres acudían a él para que mediara en sus peleas. Fuera había una ambulancia aparcada, parte de una red de varios cientos de ambulancias del Sena, listas para transportar a la gente de los suburbios a los

hospitales a cualquier hora por un precio simbólico.

En una ciudad donde los servicios municipales están en crisis, acudir al Sena te garantiza un acceso a tales servicios. Las *shakhas* del Sena también actúan como un gobierno paralelo, al igual que las organizaciones del partido de las ciudades estadounidenses que ayudaban a los inmigrantes a conseguir empleos y reparaban las farolas. Pero al Sena le gusta considerarse, antes que un partido político, una organización de servicios sociales. Funciona como un paraguas para una gran variedad de organizaciones: un sindicato con más de ochocientos mil miembros, un movimiento estudiantil, una facción femenina, una red de empleo, una residencia para la tercera edad, un banco cooperativa, un periódico.

Kamath era una especie de diplomático y me enseñó hospitalario todo su territorio. Tenía fama de honrado.

—Hay pocas personas como Bhikhu en el Sena —comentó Sunil—. Todavía tiene un televisor en blanco y negro en su casa.

Pero podía ser un matón callejero cuando lo pedía la situación. Y, a través de sus contactos con el gobierno federal, proporcionaba cobertura política a Sunil.

—Los ministros están con nosotros. La policía está en nuestras manos. Si me pasa cualquier cosa me llama el ministro —fanfarroneó Sunil. Luego asintió—: Tenemos *powertoni*.

Repitió varias veces la palabra. Sunil había contratado en la localidad musulmana a un joven musulmán para que llevara su negocio de televisión por cable.

—Tiene doce hermanos y seis hermanas. A él le doy dinero y a su hermano alcohol. Hasta golpeará a su hermano por mí. Lo contrato para tener *powertoni*.

De la misma manera, el hombre santo que había exorcizado a su hija tenía poder. Luego advertí de dónde venía la palabra: una contracción del término

inglés *power of attorney*, poder notarial, la abrumadora capacidad para actuar en nombre de otra persona o hacer que otros cumplan tus órdenes, firmen documentos, pongan en libertad a delincuentes buscados, maten a gente. *Powertoni*: un poder que no se origina en uno mismo; un poder que se ejerce en nombre de otro. Es la única clase de poder que ostenta un político; el votante le otorga poderes. De lo que se trata en una democracia es de ejercer, de forma legítima o no, este *powertoni*. En todo Mumbai, el Shiv Sena es la única organización que tiene *powertoni*. Y el hombre con más *powertoni* de Mumbai es el líder del Shiv Sena en persona, Bal Keshav Thackeray.

Su monstruoso ego se alimentó desde la niñez. El padre de Thackeray se consideraba un reformador social y anglicanizó su apellido en honor de William Makepeace Thackeray, el autor victoriano de *La feria de las vanidades*. La madre de Thackeray había dado a luz a cinco hijas y a ningún varón. Rezó con fervor a la deidad de la familia para que le concediera un hijo y fue bendecida con Bal. Se le consideró por tanto un *navasputra*, un favor que proviene directamente de Dios. Thackeray, que ahora tiene setenta años, es un cruce entre Pat Buchanan y Saddam Hussein. Tiene la noción de lo escandaloso del dibujante de viñetas. Le encanta atormentar a los periodistas extranjeros con su supuesta admiración por Adolf Hitler. Así, en una entrevista que concedió a la revista *Time* en los momentos más críticos de los disturbios, cuando le preguntaron si los musulmanes indios empezaban a sentirse como los judíos en la Alemania nazi, su respuesta fue: «¿Se han comportado como los judíos de la Alemania nazi? Si es así, no hay nada de malo en tratarlos como a los judíos de la Alemania nazi». Una mujer del suburbio de Jogeshwari observó: «Thackeray es más musulmán que yo». Está obsesionado con los musulmanes. «Nos observa cómo comemos, cómo rezamos. Si en los titulares de su periódico no aparece la palabra “musulmanes” no vende un solo número.» El portavoz de su partido es el periódico *Saamna* (Confrontación), que, en las ediciones marathi e hindi, esparce el veneno de Thackeray por toda

Maharashtra.

Thackeray, como cualquier persona del hampa, tiene muchos nombres: el *saheb*, el Supremo, el Control Remoto, y, por encima de todo, el Tigre, por el símbolo del Shiv Sena. Los periódicos están llenos de fotos de él al lado de fotos de tigres. En las vallas publicitarias de toda la ciudad aparece asimismo su cara junto a la de un tigre de verdad. Ha puesto especial cuidado en estar presente en la inauguración del Tiger Safari Park. Es una figura mítica que se ha construido a sí misma: bebe cerveza tibia, fuma en pipa, tiene una relación extrañamente íntima con su nuera.

Sunil y los chicos del Sena me describieron al *saheb*. Decían que era imposible hablar directamente con él; incluso a un hombre elocuente y valiente como su *shakha pramukh* se le trababa la lengua en su presencia, y entonces el *saheb* lo reprendía: «¡Levántate! ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás mudo?». Era imposible mirarlo a los ojos. Por otra parte, «le gusta que hables sin rodeos. Tienes que tener el valor de hacerle preguntas directas. No le gusta que un hombre titubee».

El colega de Sunil explicó con gran orgullo que cada año, en el cumpleaños del *saheb*, veían frente a su bungalow una larga hilera de la gente más rica y eminente de la ciudad esperando para rendirle homenaje.

—Vemos cómo se inclinan y le tocan los pies todos esos peces gordos, ministros, empresarios. Todos los Tata-Birlas le tocan los pies antes de hablar con él. —Y añadió—: Michael Jackson, que solo se reúne con presidentes, vino a conocer al *saheb*.

El presidente de la gigantesca compañía norteamericana Enron tuvo que acudir a Thackeray para que terciara en un acuerdo de poder. Cuando Sanjay Dutt, hijo del diputado de firmes principios Sunil Dutt que había dimitido horrorizado tras los disturbios, salió de la cárcel, su primera parada, incluso antes de ir a su casa, fue ir a ver al *saheb* y tocarle los pies. Cada vez que se inclinaba ante él uno de los dioses corporativos, un miembro de la comunidad

cinematográfica de la ciudad o un político de Delhi, sus hombres se henchían de orgullo, y se reforzaba su imagen de *saheb* como hombre poderoso, hombre con *powertoni*.

Me explicaron qué debía decir si conocía al *saheb*.

—Dígale: «Aún hoy, en Jogeshwari, estamos dispuestos a morir por usted». Pregúntele: «¿Qué puede hacer su Shiv Sena por la gente que luchó en los disturbios por usted, por la Hindutva? ¿Por los que dieron su vida en cuanto recibieron órdenes tuyas? ¿Qué pueden hacer los ancianos padres de los hermanos Pednekar, que no tienen más hijos?».

Me sentí como un alcahuete que lleva recados del amante a la amada: «Dile que estoy dispuesto a morir por ella». Pero en esas preguntas había un atisbo de reproche, como si tuvieran la impresión de que su *saheb* había desatendido a los que habían muerto por amor a él. Como si el sacrificio de sangre que habían hecho sus compañeros no hubiera sido debidamente reconocido.

En marzo de 1995 el Shiv Sena, el socio mayoritario de una coalición con el BJP, subió al poder en el estado de Maharashtra (el gobierno de la ciudad ya llevaba una década bajo su dominio). El gobierno echó un vistazo a los abrumadores problemas urbanos que atormentaban la ciudad, la plaga de la corrupción a todos los niveles de la burocracia y el gobierno, el pésimo estado de las relaciones entre los hindúes y los musulmanes, y tomó una medida decisiva. Cambió el nombre de la capital por el de Mumbai.

Una vez en el poder, el Sena decidió perseguir a los artistas, sobre todo a los musulmanes. Presentaron cargos contra M. F. Husain, el pintor de más renombre de la India, por haber pintado hacía veinte años un desnudo de la diosa Saraswati. Mientras el gobierno apremiaba a los tribunales, el portavoz del Shiv Sena, el *Saamna*, se encargaba de movilizar a la opinión pública. El *Saamna* declaró que al pintar a la diosa hindú desnuda, Husain había «hecho

gala de un fanatismo musulmán innato». Luego lanzó una hipótesis: «Si hubiera tenido valor, habría pintado al profeta del islam copulando con un cerdo». El director del *Saamna*, Sanjay Nirupam, un diputado, exigió con contundencia que se les resarciera: «¡Hindúes, no olvidéis el delito de Husain! No se le puede perdonar, cueste lo que cueste. Cuando vuelva a Mumbai debemos llevarlo a Hutatma Chowk y azotarlo en público, hasta que él mismo se convierta en una obra de arte. Los mismos dedos que pintaron a nuestra Madre desnuda tendrán que ser arrancados». Lo sorprendente del castigo sugerido por el autor era que parecía sacado directamente de la *sharia*, la ley islámica.

Las ideas que tiene el Shiv Sena de lo que es culturalmente aceptable en la India muestran una clara inclinación por lo kitsch: Michael Jackson, por ejemplo. En noviembre de 1996, Thackeray anunció que la primera actuación de la estrella del pop en la India contaría con sus bendiciones. Podía o no estar relacionado con la promesa que había hecho el cantante de destinar los ingresos obtenidos en el concierto —que al final ascendieron a más de un millón de dólares— al proyecto de empleo juvenil dirigido por el Shiv Sena. El concierto ofendió a un gran número de personas, entre ellas el propio hermano de Thackeray, que veía los valores que el cantante representaba como algo ajeno. «¿Quién es Michael Jackson y qué demonios tiene que ver con la cultura hindú, de la que con tanto orgullo hablan el Shiv Sena y su jefe Thackeray?»

El jefe supremo del Shiv Sena respondió: «Jackson es un gran artista y debemos aceptarlo como tal. Se mueve de una forma asombrosa. No hay mucha gente capaz de moverse así. Terminarías rompiéndote algún hueso». Luego el *saheb* fue al meollo de la cuestión: «Y, en fin, ¿qué es la cultura? Él representa ciertos valores en Estados Unidos que la India no debería tener escrúpulos en aceptar. Nos gustaría aceptar esa parte de Estados Unidos que representa Jackson». La estrella del pop agradeció el elogio de Thackeray deteniéndose en su residencia al dirigirse al aeropuerto y meando en su

lavabo. Thackeray condujo con orgullo a los fotógrafos hasta la taza santificada.

La otra clase de valores que defiende Thackeray son los de las dinastías industriales del país. Thackeray ama los grandes negocios tanto como los grandes negocios lo aman a él. El Sena se está estrenando en la lucha contra los comunistas en los *chawls* y las fábricas. Los sindicatos controlados por el Sena son mucho más fiables que los controlados por la izquierda. El dinero del partido no proviene de las bases sino de los principales empresarios de la ciudad: un vendedor de coches, el dueño de una línea aérea, un comerciante de diamantes. La oposición a Thackeray no viene de la élite sino de las zonas rurales, de muchos maharattas de clase media y de los escritores en lengua marathi. En cuanto a los tribunales, Thackeray no se inmuta ante su poder. En junio de 1993 declaró: «Me meo en los fallos de los tribunales. La mayoría de los jueces son como ratas apestadas. Debemos tomar medidas contra ellos».

El juez Srikrishna no se encontraba bien. Estaba sentado en sus oficinas del edificio neogótico de los juzgados e hizo una mueca. El médico le había advertido que no se involucrara demasiado en su trabajo. Durante casi cuatro años había sido un escuadrón de la verdad formado por él solo, investigando las causas y las responsabilidades de los disturbios. El gobierno le había encomendado esa onerosa tarea poco después de los disturbios. «¿Después de oír a las pobres viudas y huérfanos [...] y a la policía diciendo que toda esa gente había enloquecido de forma espontánea y no había habido planificación ni coordinación? Me cuesta tragarlo. Después de todo también soy un ser humano sensible, no solo un juez.» Pero no detentaba los poderes de un juez, ya que en este asunto solo era una comisión de investigación creada para realizar un informe y hacer recomendaciones, no un tribunal. Si hubiera ejercido las funciones de juez, dijo, habría presentado cargos de desacato

contra la policía por mentir entre dientes ante él.

Le pregunté cuándo calculaba que terminaría. Consultó el calendario de la pared.

—Dentro de seis meses como mucho. Estoy harto.

El gobierno del Shiv Sena había suspendido la labor de Srikrishna en enero de 1996. Después de una gran protesta a nivel nacional, reinició la investigación, pero dificultó la labor de Srikrishna al ampliar su campo de acción incluyendo también los atentados con bomba. No tenía autoridad para llamar a los testigos de las explosiones, dado que la parte delictiva de la investigación estaba en manos de un tribunal antiterrorista especial. El juez era de la sensata opinión de que debería haber dos comités de investigación independientes, uno para los disturbios y otro para los atentados con bomba. Todo el sistema de los comités de investigación era defectuoso, dijo. La investigación del comité jainista sobre las causas del asesinato de Rajiv Gandhi en 1991, por ejemplo, solo había empezado a citar testigos en 1995.

Pregunté al juez Srikrishna si creía que conseguiría algo con sus esfuerzos. Él reflexionó unos momentos.

—Por lo menos es una catarsis.

La India no necesita buscar fuera sus modelos de tolerancia. En Bombay hay cientos de comunidades étnicas distintas y la mayoría de ellas se desagradan. Se han tolerado durante siglos, hasta la fecha. Cada comunidad tiene un conocimiento profundo de los códigos de las demás. A mi abuelo no le gustaban los musulmanes en general, pero conocía sus costumbres, llevaba *sherwanis* bien cortados y me contaba historias aleccionadoras sobre los mughales. Cuando, siendo niño, le pregunté por qué los musulmanes comían carne, me respondió: «Ese es su *dharma*». Los jainistas más estrictos eran los ministros de los nawabs musulmanes de Palanpur. Administraban los asuntos

de su soberano, pero no comían en su casa. Tal vez esta capacidad para convivir es posible precisamente debido a estos límites cuidadosamente demarcados, esta noción de la contaminación ritual. No es posible un mestizaje peligroso.

Toda la gente que había asistido a la reunión celebrada en el Radhabai Chawl me había dicho que esa clase de disturbio comunal no se había visto nunca en los pueblos de la India. En los pueblos la gente se sentía segura en su fe; no tenía necesidad de convencerse de su devoción masacrando a infieles. Como había explicado uno de los jóvenes exaltados del Radhabai Chawl: «En el pueblo, si hay dos familias musulmanas y un *patel*, o jefe, este se ocupa de los musulmanes. En la ciudad, los políticos y la policía acosan a los musulmanes». En los pueblos, decían, vives muy cerca de tus vecinos y todo el mundo está al corriente de los asuntos del otro, de sus familias y sus predilecciones. Hay muy poca movilidad; tienes que convivir con ellos toda tu vida y no puedes permitirte enemistades mortales.

Alrededor del 5 por ciento de los musulmanes de Bombay votó al Shiv Sena en Maharashtra en las elecciones de 1995, razonando, como lo expresó un musulmán: «Cuando das al ladrón las llaves del tesoro no roba». Muy pocas cuestiones afectan tanto al elector urbano como la delincuencia. En el anonimato de la ciudad, en el pequeño ámbito del suburbio, el interés primordial es la ley y el orden, la estabilidad. Más que agua, vivienda y empleo, el bombayita quiere seguridad personal. Al Sena le convenía detener los disturbios, y el ingeniero Asghar Ali, que dirige un instituto dedicado al estudio del conflicto interno entre comunidades, dijo que desde que había llegado al poder el gobierno Sena-BJP, la incidencia de los disturbios comunales había disminuido drásticamente. No era que los musulmanes se sintieran seguros bajo el gobierno del Sena; como lo expresó Jalat Khan: «Nos tenían cogidos por los huevos». La violencia había sido conducida por debajo de la superficie, controlada con la misma deliberación con que se había

organizado durante los disturbios. Periódicamente, el Sena demostraba de qué era capaz cuando se enfadaba, dando una paliza al director de un periódico aquí, matando a un inquilino recalcitrante allá. Pero no ordenó a los jóvenes como Sunil y Raghav que salieran y arrasaran a todas las comunidades. No le hacía falta, siempre que tuviera las llaves del tesoro del Estado. En la ciudad las cosas estaban tranquilas; pero en medio de esa tranquilidad se esperaba la tormenta.

ELECCIONES DE 1998

Se trata del mayor traspaso de poder de la historia del mundo: la verdadera devolución del poder a la mayoría real de mil millones de personas. Ya tuvo lugar un gran traspaso cuando los británicos se marcharon de la India y Pakistán, pero un cambio aún mayor estaba por llegar. En cincuenta años la India independiente ha hecho lo que cinco mil años de historia no lograron hacer: ha permitido que la gente que está en mayoría tenga voz en la gestión del país. Los dalits (también conocidos como los intocables), las «castas y tribus registradas» (las que aparecían específicamente mencionadas en la Constitución por haber sido históricamente discriminadas) y las «otras clases atrasadas» (las que no aparecían mencionadas, pero se consideraba que merecían un tratamiento privilegiado) formaban, como bloque, la mayoría numérica del país. Durante miles de años las castas superiores (hindúes, musulmanes y cristianos) los habían mantenido al margen del poder. Pero hacia finales del siglo XX les llegó su momento. Por primera vez en la historia, las castas inferiores pasaron a formar parte del proceso político y tuvieron voz en la decisión de quién debía gobernarlos. En 1997, un intocable, K. R. Narayanan, fue nombrado primer ministro. Los ministros brahmanes corrieron a tocarle los pies y a pedirle bendiciones. Se ha presentado en el Parlamento

un proyecto de ley cuya aprobación es, tarde o temprano, inevitable: reservará un tercio de los escaños del cuerpo legislativo más elevado del país para las mujeres, un experimento sin precedentes en ninguna parte del mundo.

En verano de 2000, los titulares del país rezaban: «Cincuenta millones en peligro de inanición». No llovió, pero no hubo hambruna, la maquinaria del gobierno se puso en marcha y envió vagones de tren llenos de provisiones a todo el vasto país para la gente que no podía cultivar sus propios alimentos. A finales de los años sesenta, los titulares habrían sido: «Miles mueren de inanición». Hoy día muy pocos mueren de hambre. Cada vez que muere alguien y se sospecha que la causa es el hambre, los periódicos informan sobre ello de forma destacada y el gobierno federal tiene que responder a las difíciles preguntas de la asamblea; la oposición se lanza sobre esas cuestiones. Uno de los logros más importantes del país es la abolición del hambre. Esta opinión sorprende a las élites de Bombay, que se muestran casi uniformemente pesimistas acerca del futuro de la ciudad.

Los nuevos líderes son sumamente corruptos, a diferencia de los educados en Oxford y Cambridge, de más edad, cuyo principio de nobleza obliga y su riqueza feudal los frenó a la hora de saquear el erario público. Y no ocurre solo en el ámbito político. A través de reservas y cuotas, los «atrasados» también están sacando tajada de otras instituciones gubernamentales como el Servicio Administrativo Indio (IAS). El escritor U. R. Ananthamurthy me habla de un funcionario dalit del IAS que le explicó por qué no tenía más remedio que ser corrupto. Era el primero en la historia de su comunidad, dijo, que había ingresado en el servicio e ido a Delhi, un puesto de poder legendario. Cada vez que regresa a su pueblo, se espera que vuelva con las prebendas del puesto, no solo para su familia sino para toda su comunidad empobrecida. «Soy un terrón de azúcar en un hormiguero», dijo el funcionario.

Las elecciones generales de febrero de 1998, cuando vuelvo a Bombay para instalarme, son unas elecciones fantasma. El comité electoral ha puesto freno a

los gastos y uno casi no se entera de que hay elecciones a no ser que ponga la televisión; al menos en Colina Malabar. El único cartel que he visto en mi vecindario muestra una figura con bigotes y un gorro de Gandhi, el candidato del Pijama Party, declarando: «Yo lo único que quiero es aprobar mociones».* Está financiado por MTV y Levi's, pero han donado el dinero para mofarse de las elecciones.

Es una contienda entre Sonia Gandhi, la viuda italiana de Rajiv Gandhi, y el incondicional Atal Bihari Vajpayee del BJP. A Sonia no le gustan los que hablan mucho y dicen poco. Son patrióticos y les ofende la insinuación de que necesitamos importar a nuestros primeros ministros, al igual que los equipos de música y los tejanos de diseño. No consideran a Sonia india; ella cuenta con poco apoyo en Colina Malabar y en Jor Bagh. Donde se la acepta es en la India rural. Cuando sube al estrado y empieza sus discursos diciendo: «Mi marido colmó mi vida», la gente no ve ante ellos a una inmigrante italiana, sino al mítico modelo de esposa sumisa, Sati Savitri. No ven a la viuda italiana de un piloto de avión medio cachemiro medio parsi que hablaba mal el hindi. Cuando una mujer entra en la casa de la familia de su marido, pierde sus orígenes. Cualquier persona en el mundo puede ir a la India y encontrar un hogar. Incluso los que llevan fuera veinte años.

Cuando llego a la oficina de la comerciante de diamantes, Jayawantiben Mehta ya está sentada detrás del escritorio de formica. Jayawantiben es un ama de casa de mediana edad y diputada del BJP por el distrito electoral del sur de Mumbai; su contrincante es Murli Deora del Partido del Congreso, que llevaba doce años ocupando ese escaño antes de que Jayawantiben lo derrotara en 1996. En la oficina se está celebrando una subasta para financiar la campaña y se discute acaloradamente sobre lo que los comerciantes deberían aportar para la campaña de Jayawantiben. La diputada y los comerciantes que hay a su

alrededor se gritan cifras los unos a los otros. «Me diste tres lakhs y tres cuartos. Falta uno y un cuarto más», dice ella. «¡No, no, solo prometimos tres!» «¡No, no, menos de cinco nada!» (Un lakh son cien mil rupias o cuatro mil dólares.) El hombre en cuya oficina estamos es el presidente de la asociación de comerciantes de diamantes; él, su padre y su mujer son activistas de la Hindutva. Pero son demasiado cultos para presentarse ellos mismos como candidatos. El BJP ofreció a su mujer una candidatura en las elecciones legislativas. Ella la rechazó: «Es un asunto sucio». El presidente saca una bolsa de plástico blanca de debajo de su escritorio y la pone sobre el escritorio frente a Jayawantiben, quien no la toca ni mira lo que hay dentro.

—Que alguien la lleve al coche.

Su ayudante saca un libro de recibos. Jayawantiben les ofrece uno y los comerciantes agitan las manos horrorizados.

—No, nada de recibos.

Siguen más negociaciones, qué porcentaje debe darse en talón y qué porcentaje al contado. Llega el té y, mientras lo bebemos, ella me invita a acompañarla durante la campaña. Cuando se va, me quedo sentado delante de la bolsa de plástico blanca que espera a que alguien la lleve al coche. Echo un vistazo. Dentro hay cientos de miles de rupias envueltas en papel de periódico. En la parte delantera hay impreso un logotipo.

CARAMELOS Y NAMKEEN HALDIRAM

Los favoritos de millones

Acepto la invitación de Jayawantiben y una mañana me uno a su séquito. No tengo que ir muy lejos: está haciendo campaña electoral justo detrás de Dariya Mahal, en los pueblos escondidos de Colina Malabar. Camino con la diputada sobre las rocas que bordean el mar, que es donde está emplazado un gran

barrio de chabolas. Reciben a Jayawantiben, en general, con indiferencia. Un hombre se ríe. «Ni siquiera hay agua. Vienen cada cinco años.» Pero en una casa vemos salir a un grupo de mujeres al porche para venerar a la candidata. Sacan una fuente plateada con un coco, una lámpara y una varita de incienso, hacen un pequeño *puja* frente a su cara y se inclinan para tocarle los pies. Ella las bendice. El idioma de las consignas que gritan sus seguidores pasa de marathi a hindi y a inglés, según lo justifique la situación.

Los habitantes del suburbio se sienten bastante seguros alrededor de su diputada. Cerca de los Jardines Colgantes, una señora gujarati sale de su chabola y señala una cañería. «La presa está allí mismo [se refiere a la presa de Colina Malabar, que suministra agua a todo el sur de Bombay], y yo no tengo agua. He dejado mi empleo de veinte años porque no hay agua. El trabajo empieza a las siete y media en Andheri y tengo que salir a las seis.» Necesita estar en casa para llenar los cubos cuando llega la cisterna de agua. Jayawantiben promete hacer lo que pueda. Luego la mujer dice:

—¿Y conseguirá que admitan a mi hija en el colegio?

—Venga a mi oficina y veremos. ¿Es de monjas, estatal o privado?

—Walshingham. ¿Conseguirá que admitan a mi hija en Walshingham?

Dígame.

Es uno de los colegios para niñas más elitistas de Bombay, el mismo al que fueron mis hermanas. La petición que está haciendo la mujer es bastante descarada.

—Es un colegio privado que no recibe subvenciones del gobierno, pero haré lo que pueda. Eso es todo lo que puedo prometer. Podría mentirle y decir que puedo hacer que la admitan, pero no quiero hacerlo. Venga a mi oficina y lo intentaremos.

Alrededor de la presa hay otros pueblos. Uno de ellos es tan bonito que inspira a un colaborador de la campaña electoral a decir a otro:

—¿Quieres comprarte una casa aquí?

Bajo altos árboles *banyan*, con bolsas de plástico azules y rosas desparramadas, está el asentamiento hecho de paredes de ladrillo y tejados de zinc. Por la hierba corretean gallos y pollos. A lo lejos vemos el mar azul. Se entrevén recipientes metálicos brillantes a través de las puertas y frente a ellas hay aparcadas bicicletas nuevas de diez marchas. Los habitantes van bien vestidos. Los niños parecen sanos y las alcantarillas no están al aire libre. Pero al lado del camino hay una gran rata muerta; pasamos por encima de ella. Estas chabolas aparecieron cuando me marché. Ahora me rodean por todas partes, hasta en el último rincón, y están aquí para quedarse; tienen electricidad y agua corriente. Jayawantiben se pasa el día recorriendo los catorce suburbios que rodean Colina Malabar, se mezcla con la gente y escucha sus quejas. Pero ni una sola vez entra en ninguno de los edificios elegantes que rodean las chabolas.

—¿Por qué? —pregunto a un colaborador.

—Los ricos no se molestan en bajar de sus edificios para votar —responde.

En el sector rico de Colina Malabar, los habitantes oficiales del barrio, la participación es del 12 por ciento; entre los habitantes ilegales de los suburbios, para quienes la cuestión de quién sube al poder marca la diferencia entre vivir entre cuatro paredes o en la calle, es del 88 por ciento. Por la tarde voy a Bandra a ver a un amigo periodista. Me muestra un censo de las elecciones de 1995, en las que fue interventor. Junto a la mitad de los nombres, agrupados por el edificio al que pertenecen, hay pequeñas cruces que señalan a los que han votado. Me muestra la lista de los edificios «buenos», los de los ricos; solo hay unas pocas cruces aquí y allí; el 20 o el 25 por ciento. En la del «Navjivan Chawl», un suburbio o un barrio de viviendas protegidas, solo veo cruces; cada nombre de ese grupo ha sido marcado con una cruz. Esta es la principal diferencia entre las dos democracias más grandes del mundo: en la India los pobres votan.

Un hombre que ha cometido un asesinato no se define enteramente por ello. Después de matar a un ser humano, una parte importante de él, tal vez la más importante, es asesina y lo diferencia del resto de la humanidad que no lo es; pero eso no es todo lo que es. También puede ser padre, amigo, patriota, amante. Cuando intentamos comprender el asesinato, confundimos la parte con el todo; nos las vemos solo con el asesino e inevitablemente nos confunde que haya podido convertirse en uno, diferenciándose radicalmente de ti y de mí. Quiero conocer las otras identidades que conforman a Sunil el asesino y averiguar qué ha sido de él después de los disturbios. De modo que el día de las elecciones de 1998 decido volver de nuevo a Jogeshwari. Telefono a Girish, quien, delgado y risueño como de costumbre, me recoge en Churchgate y me lleva a su suburbio.

En el *chowk* de Jogeshwari me reúno con Sunil y los chicos con los que fui a tomar algo la última vez. En el año y medio que ha transcurrido desde la última vez que lo vi, Sunil ha ascendido de posición. Hoy lleva una camisa blanca almidonada, unos pantalones negros y gafas de sol, y hace sonar las llaves de su nueva moto. A sus treinta años, tiene un hijo además de su hija. Se muestra tan afable como siempre e inmediatamente empieza a presentarme. «Ha venido a escribir sobre la guerra», dice. Recibo sonrisas afables de gente que me reconoce de la última vez. Bhikhu Kamath, el *shakha pramukh*, se detiene en un *rickshaw* y me coge las manos entre las suyas a modo de saludo.

Sunil me invita a salir con él a pedir votos para Ram Naik, el candidato del BJP-Shiv Sena para el Parlamento.

—Tendrás que oír palabras feas. —Sunil se ríe—. Así es la campaña para pedir votos.

La zona electoral está demarcada sobre el asfalto con líneas blancas que se extienden doscientos metros en todas direcciones y señalan el límite dentro del cual no están permitidos los coches ni las actividades electorales. Todos

quieren que sea testigo de la votación: todo el lugar está repleto de hombres resueltos a ayudarme. Me paseo por delante de la escuela donde se encuentra el centro electoral. Por fin me acerco con el hermano de Girish, Dharmendra, me detengo en el umbral y lo observo, con no poca melancolía. Tachan en una lista su número y su nombre, un interventor rasga una papeleta con una regla metálica y le toma la huella dactilar. Él coge el sello y se mete detrás de una barrera de cartón a la altura del pecho, estampa el sello en su papeleta, la dobla y la introduce por fin en la urna. La ciudad está llena de gente para la que esto no resulta tan sencillo, gente que entra en la caseta y busca su nombre y su dirección, y encuentra una pequeña marca roja en la lista; alguien ya ha votado en su nombre. Alguien le ha robado su derecho a hacer la única elección que cuenta en una democracia. En ese momento no importa si puedes demostrar ser quien eres. Has llegado tarde.

A los colaboradores de la campaña electoral, que ayudan a la gente a buscar su número de identificación y les dan las hojas de inscripción desde las casetas que hay fuera del centro electoral, les pagan los partidos políticos: cincuenta rupias si están con el Shiv Sena-BJP y cien si están con el Partido del Congreso, además de darles *puris*, hortalizas, y *sheera*, un dulce. En ese momento sé que va a ganar el Shiv Sena-BJP; hay que pagar más para apoyar al perdedor. Hablo con Bhatia, un colaborador del Partido del Congreso. No se moja mucho, aunque ha sido activista del Partido del Congreso desde niño. Me ofrece una razón novedosa de por qué la gente debería votar a su partido, el titular del cargo:

—El Partido del Congreso ya ha comido. Tiene la barriga llena. El Sena en cambio aún no ha comido. Todos son ladrones, pero el Congreso no comerá más.

Quiero saber más cosas de la vida de Sunil, de modo que los llevo a él y a

Girish a un restaurante de lujo de Lokhandwala. Está iluminado por velas, «para ahorrar electricidad», según Girish. Girish quiere darme a entender que no está impresionado e insulta a los camareros cada vez que se le presenta la oportunidad.

—La comida ha tardado demasiado.

—Girish es un hombre importante ahora —digo.

—Ahora tiene el poder de *athanni* —coincide Sunil.

Girish se licenció en económicas por el Ismail Yusuf College en 1991. El mundo no se quedó impresionado.

—Allí me di cuenta de que debería haber ido a una universidad mejor.

Luego recibió clases particulares de informática y se convirtió en un subcorredor de Bolsa durante el período de auge bursátil de principios de la década de los noventa. Todo el mundo hizo dinero. Girish nadó en la opulencia; podía permitirse tomar un zumo de fruta cada día.

—Aunque nos gustaba el zumo de plátano, escogíamos los más caros.

Después de los atentados con bomba de 1993, el auge cesó. Girish ha trabajado desde entonces en varias compañías de software, yendo de acá para allá entre empleos y empresas propias.

—El dinero es un dios —dice Sunil.

Ha estado en lugares más elegantes que en el que estamos ahora. Una vez fue a comer al Taj Hotel. Todavía guarda la cuenta. Ascendió a 2.400 rupias; la enseña en Jogeshwari a los que no le creen. La gente que conozco que está tratando de alcanzar una posición o de hacer dinero en Bombay a menudo utiliza ese hotel, esa ciudadela del Imperio, como marca o medida de su ascenso a través de los estratos de Bombay. El Taj nació de un desaire; porque a un hombre no se le permitió entrar en un hotel lujoso. Cuando al prominente industrial parsi Jamshetji Tata se le negó la entrada en el Watson's Hotel en el siglo XIX por ser nativo, juró venganza y construyó el enorme Taj en 1903, que eclipsó al Watson en todos los sentidos. No es tanto un hotel como un terreno

de pruebas para el ego. Es en el vestíbulo y los lavabos contiguos del Taj donde uno pone a prueba su autovalor; en teoría, cualquiera puede huir del calor y sentarse en el lujoso vestíbulo, en los sofás ornamentados, entre los árabes multimillonarios y las señoras de alta sociedad, o hacer sus necesidades en los relucientes lavabos. Pero necesitas que tu seguridad interior se proyecte ante los numerosos porteros y encargados de los lavabos; necesitas convencerte a ti mismo de que estás en tu elemento para convencer a los demás de que lo estás. Y entonces te das cuenta de que el portero más intimidante está dentro de ti.

Sunil creció en los suburbios, muy lejos del Taj. A los ocho años, cuando estaba en segundo curso, sus padres cayeron gravemente enfermos. Su padre trabajaba en el turno de noche de la fábrica de Premier Automobiles y no ganaba gran cosa. Contrajo una úlcera y luego apendicitis, y al mismo tiempo su madre tuvo lo que Sunil llama «una bola en el estómago». Durante tres años entraron y salieron del hospital; finalmente su padre fue declarado «terminal». En su casa solo estaban Sunil y su hermana, que era unos años mayor que él; no había nadie que ganara un sueldo y los parientes no ayudaron gran cosa; si morían los padres, su tío podía ganar tres lakhs. La comida del Cooper Hospital era muy mala, de modo que la mayoría de los pacientes pedían a sus parientes que les trajeran comida de casa. Sunil salía corriendo del colegio cuando terminaban las clases a las doce y media, y cogía el autobús 253 para volver a casa. Allí su hermana lo esperaba con la fiambarrera preparada; ella iba al colegio a las siete de la mañana, y en cuanto volvía a casa se ponía a cocinar. Sunil iba corriendo al hospital con la comida, porque tenía que estar allí antes de las dos, cuando terminaban las horas de visita. A menudo no lograba llegar a tiempo y el portero le decía que no podía entrar hasta las cuatro, cuando se reanudaban las horas de visita. Él suplicaba y rogaba, diciendo que sus padres estaban arriba, justo encima de ellos en la segunda planta, esperándolo hambrientos. El guardia se mostraba inflexible; Sunil era

apenas un niño y no tenía dinero. De modo que esperaba junto a la puerta dos horas con la comida, que se enfriaba rápidamente, y observaba cómo una procesión de gente sobornaba con unas pocas rupias al portero para que los dejara pasar.

—No tenía ni veinte rupias, de modo que me quedaba allí sentado, pensando: «Si no puedo llevar a mi padre su fiambarrera, entonces no puedo vivir». Si uno tiene que vivir, debe hacerlo de forma adecuada. Entonces comprendí que un hombre tiene que ganar dinero como sea en Bombay, recurriendo al hampa o lo que sea, y que vale todo, hasta el asesinato.

El 75 por ciento de la población tiene menos de veinticinco años. Sunil representa a este grupo; una generación que espera algo mejor de lo que tuvieron sus padres. Si no lo consiguen se ponen furiosos. Y ninguna familia, ningún país puede resistir la cólera de sus jóvenes.

La vida de un joven en paro en la India es el mismísimo infierno. Durante dieciocho años te han criado como un hijo; has recibido lo mejor que podía permitirse tu familia. En casa, tú comes primero, luego tu padre, tu madre y, por último, tu hermana. Si el dinero anda escaso, tu padre se contentará con fumar la mitad de cigarrillos, tu madre no se comprará un sari nuevo y tu hermana se quedará en casa, pero a ti te llevarán al colegio. De modo que cuando cumples dieciocho años, cargas con las expectativas de tu honorable familia. No te atreves a volverles la espalda. Sabes qué esperan de ti; has sido testigo de todas las pequeñas humillaciones que han sufrido todos para que llegaras a donde estás. Ha llegado el momento de corresponderles. Tu hermana va a casarse, tu madre está enferma y tu padre se jubilará el año que viene. Ahora todo depende de ti; acarreas una pesada carga de culpabilidad desde niño por haber aceptado a la ligera lo mejor de todo. De modo que cuando sales con tu certificado de estudios o tu licenciatura y no encuentras trabajo (las grandes compañías han dejado de contratar personal o se están yendo de la ciudad, y las pequeñas solo contratan a los parientes de los

empleados que ya trabajan en ellas, y tu familia es de Raigad o Bihar y no tiene contactos aquí), buscas otras formas de ganar dinero. Buscas otras formas de asegurar a tu familia que no han tirado el dinero que han invertido en ti. Puedes soportar que te den palizas o te rechacen, pero no eres capaz de enfrentarte a tu familia si no cumples tu deber como hijo. Vete por la mañana y vuelve de noche; o sal de noche y vuelve de día si es preciso, pero cuida de tu familia. Se lo debes; es tu *dharma*.

En sus años de adolescencia, Sunil empezó a juntarse con la banda de Maya Dolas, ofreciéndose a hacer recados, llevándoles refrescos y comida, observando y aprendiendo cómo hacen dinero los hombres en Bombay. Se presentó a los exámenes del décimo año y suspendió, pero volvió a presentarse y aprobó. Cuando llegó el momento de hacer los exámenes del duodécimo año, fue más hábil. Estudiar, presentarse una y otra vez hasta que aprobabas, era cosa de tontos. Pagó a un suplente para que hiciera los exámenes por él con un carnet falsificado. Sacó un 67 por ciento, un sobresaliente. Al acabar los estudios se unió al Shiv Sena. Cuando necesitó transfusiones, los chicos del Sena donaron sangre para él. Eso lo conmovió profundamente: son, literalmente, hermanos de sangre.

Actualmente su posición ha cambiado; ya no es un *tapori*, un gamberro de la calle. Su negocio de televisión por cable se está ampliando, y también tiene una pequeña fábrica de bolígrafos, una operación comercial de venta de mangos y, con la compra de una furgoneta, un negocio turístico. La policía utiliza las amplias oficinas de Sunil para resolver las pequeñas disputas; cuando un grupo de chicos se empeñó en destruir un *rickshaw*, Sunil prometió darles entradas gratis para el circo si se portaban bien. Sunil lleva en el bolsillo delantero un montón de tarjetas de visita; la más importante es la impresa por el gobierno de Maharashtra que le confiere el cargo de oficial ejecutivo especial.

—Con esta tarjeta puedo hacer cualquier cosa en Bombay. Tengo el poder

de un juez —dice Sunil con orgullo, aunque solo es un notario con pretensiones.

Cuando un partido político sube al poder, una de las formas de recompensar a sus cuadros es imprimir estas tarjetas, nombrando a cientos de personas magistrados ejecutivos especiales y oficiales ejecutivos especiales. A menudo se vuelve vergonzoso, porque un elevado porcentaje de los así honrados tienen extensos antecedentes penales. Legalmente, no otorga a Sunil casi ningún poder, pero la tarjeta le da estatus, legitimidad; cuando la enseña por ahí, pocos le preguntan qué significa, ya que lleva el sello del gobierno de Maharashtra.

El trato que recibe en los hospitales también ha cambiado. Su padre tuvo que someterse hace poco a otra operación; le extirparon el testículo izquierdo. Sunil pudo permitirse pagar quince mil rupias por la operación en el Hinduja Hospital, uno de los mejores de la ciudad, comparable a un hotel de cinco estrellas. Y no le hicieron esperar en la entrada.

—Ahora puedo cruzar la puerta de cualquier hospital, el Hinduja, el que sea. Hablo con Balasaheb Thackeray, y él llamará al hospital y ellos lo temerán.

Sunil se alegra mucho cuando su hija lo llama a su móvil, no tanto por oír la voz de su hija pequeña sino porque le brinda la oportunidad de exhibir su caro aparato. Me lo pasa para que hable con Guddi. Está en un colegio inglés, el Saint Xavier. Se ocupó de que la admitieran Gajanan Kirtikar, el ministro del Interior, que le pagó la fianza durante los disturbios. A cambio Sunil se encarga de reunir a los chicos en nombre del ministro «cuando se les necesita para quemar un tren o destrozarse un coche».

Pero Sunil todavía está intentando comprender las costumbres del Saint Xavier. En un Día de los Padres, Sunil acompañó a Guddi al colegio de élite. Había una estantería con libros de Japón y su hija se metió uno en la cartera. La maestra dijo algo en inglés que Sunil no entendió y le pidió que firmara

algo. La maestra sonreía, dando palmaditas a Guddi en la cabeza y diciendo: «Buenos padres». «Me sentí bien», recuerda Sunil, de modo que firmó. Al día siguiente llamó a su puerta un repartidor y dejó en mitad de su barraca una enciclopedia completa. Sunil se enteró de que la había comprado por 4.500 rupias, más de 1.100 dólares.

Sunil conoció a su mujer jugando al deporte de choque *kabbadi* con el equipo del colegio. Hacía casi diez años que eran novios cuando decidieron casarse. Ella es de su casta, pero de una familia más pobre, de modo que los padres de él pusieron objeciones.

—Mi mujer no es demasiado agraciada —dice.

Pero se presentó hace poco como candidata independiente para el Ayuntamiento y quedó a solo ochenta votos de ganar. El BJP y el Shiv Sena habían llegado a un acuerdo y habían presentado un candidato común contra ella. Pregunto a Sunil si lo presionaron, como hombre del Sena, para que retirara la candidatura de su mujer.

—En casa hay democracia. Es la decisión de mi mujer; ¿qué puedo hacer yo?

El Sena, en las próximas elecciones, tendrá que presentarla como candidata o pagar grandes sumas para que se retire. Estas elecciones solo han servido de «aprendizaje». Incluso ahora, cuando entre las señoras de la zona hay una disputa, acuden a la esposa de Sunil. A sus veinticuatro años, era la candidata más joven de las elecciones, y dentro de tres años habrá otras elecciones. Sunil le dijo, en inglés: «Inténtalo las veces que quieras, pero no llores».

Sunil conoce de primera mano las ventajas de meterte en política. Hace dos días fue de compras con su mujer y, mientras esperaban en la parada de *rickshaws* con sus bolsas, vieron a una mujer embarazada discutir con un conductor. El conductor se negaba a llevarla a un barrio peligroso de Jogeshwari cercano al Radhabai Chawl. La mujer de Sunil detuvo a un agente de policía y le explicó que una mujer embarazada trataba de coger un

rickshaw. El agente la ignoró. Cuando ella volvió al lado de Sunil, este le dijo que abordara de nuevo al policía y le dijera: «Me he presentado a las elecciones y he conseguido novecientos cincuenta votos, y puedo cerrar este puesto de *rickshaws*». Así, la mujer embarazada se subió al *rickshaw* y el policía fue denunciado a su superior. «A mi mujer le sirvió para darse cuenta de la clase de poder que tiene», dice Sunil.

Mientras me da una vuelta en un *rickshaw*, señala el terreno donde espera que monten un circo con el que, puesto que ya tiene la concesión del aparcamiento, obtendrá ingresos extra. Gana cincuenta mil rupias al mes con su negocio de televisión por cable, y otras veinticinco mil más o menos con sus otras actividades, legales e ilegales.

—Setenta y cinco mil —calculo en alto—. Eso es más de lo que ganan algunos ejecutivos.

—Por eso me gusto tanto —responde él.

Sunil heredará Bombay, ahora me doy cuenta. La consecuencia de haber quemado vivo al panadero fue que, cuando el gobierno del Sena llegó al poder dos años después, lo nombró oficial ejecutivo especial; se convirtió, oficialmente, en una persona en quien se deposita la confianza pública. Tiene energía; empieza a trabajar a las diez de la mañana, deambula por todo Bombay, de Jogeshwari a Dahisar, y más allá de Goa y Raigad, y aun así llega a casa por la noche a tiempo para estar con su hija. No teme mancharse las manos con la política; de hecho, participa con entusiasmo y propone también a su mujer como candidata en las elecciones. Se muestra idealista acerca de la nación y profundamente pragmático acerca de las oportunidades de enriquecimiento personal que ofrece la política. Sunil, de hecho, es un buen ejemplo del éxito capitalista.

Los nuevos herederos del país —y de la ciudad— son muy distintos de los

que relevaron a los británicos, que habían estudiado en Cambridge y en el Inner Temple, y que regresaron. Ellos no han recibido una buena educación, son poco escrupulosos, carecen de sensibilidad urbana —bufones y matones de poca monta, a menudo— pero, por encima de todo, son representativos. El hecho de que un asesino como Sunil haya prosperado en Bombay a base de involucrarse en la política local es a la vez un triunfo y un fracaso de la democracia. No todos los políticos están tan comprometidos como él, pero los que no lo están dependen de personas como Sunil para ser elegidos. La mayoría de los políticos de Bombay necesitan mover grandes sumas de dinero para hacer frente a los gastos de la campaña electoral. Sus sueldos y el dinero que su partido aprueba oficialmente para financiar la campaña son una miseria, de modo que tienen que buscar en otras partes.

Este cambio se está produciendo a mi alrededor. El Bombay en el que crecí está sumido en una profunda tristeza: la tristeza de la propiedad perdida, de la entrega de las llaves de la ciudad. La vida política de la ciudad ya no está controlada por los parsis, los gujaratis, los punjabis, los marwaris. Esta transición se vio marcada por la candidatura de Naval Tata en 1971. El poderoso industrial se presentó como candidato independiente por el distrito del sur de Mumbai, el más pequeño y rico del país, y aun así perdió. En la India, a diferencia de Estados Unidos, una gran fortuna por sí sola no puede comprarte unas elecciones. La única forma que tiene la clase alta de meterse en política es presentar su candidatura para la Cámara Alta del Parlamento.

Entre los antiguos dueños impera la idea de que se ha dejado entrar por las puertas de la ciudad a los bárbaros y que están durmiendo en las aceras frente a sus palacios. Están resentidos por el hecho de que Bombay tenga que lidiar con los desechos del país. El único consuelo es que las masas hacinadas también constituyen reservas de talento en el área de servicio doméstico. Esto es parte del atractivo de vivir aquí: puedes tener una criada y pagarle una mensualidad inferior al precio de un desayuno en el Taj Hotel. La política

también se ha convertido en otra de esas tareas de baja categoría que se encomiendan a los criados o subordinados, algo que dejas en cuanto tienes recursos económicos para permitirte, como limpiar un retrete, hacer las cuentas, contestar el teléfono o hacer cola en una oficina gubernamental. «Envíeme a su hombre», me dicen una y otra vez cuando necesito que me arreglen el móvil o he de sacar dinero del banco. «No tengo —respondo—. Yo soy mi hombre.» Ellos no lo entienden. En los negocios, en la política, en el gobierno, los que pueden permitírselo nunca acuden personalmente a realizar una gestión. Envían a su hombre.

Pero también son estos ricos los que crean riqueza, los que promueven las condiciones que harán posible que la madre que está en la calle encuentre una casa para sus hijos. Se les ha de permitir sus áticos de lujo, su brandy, para que a los pobres se les permita tener una simple habitación limpia, arroz y *dal*.* En la época posmarxista, no podemos seguir creyendo que la redistribución resolverá algo, que hacer más pobres a los ricos hará más ricos a los pobres. Es la muerte no ya de la ideología, sino de las ideas. En el debate nacional nada se apoya en una convicción firme. En el bando de la derecha, una fe vaga en la inversión extranjera; en el de la izquierda, un vago y mal articulado miedo a tal inversión. La izquierda se disculpa por ser la izquierda. ¿Quién puede defender los hábitos laborales de los empleados de los bancos nacionalizados? Después de cincuenta años de experimentos socialistas, ¿quién puede afirmar con cara seria que la planificación central es la respuesta a la pobreza? Una consigna que este año ha brillado llamativamente por su ausencia en la campaña electoral ha sido: «Garibi hatao», «Erradicad la pobreza». Es como si todos los bandos hubieran acordado tácitamente que la pobreza es insuperable, de modo que hay que pasar a otro problema, como la corrupción, las multinacionales o si hay que tener un templo o una mezquita en Ayodhya.

Las ciudades de la India están viviendo una transición parecida a la de las

ciudades estadounidenses de finales del siglo XX, cuando dominaban las máquinas políticas del partido demócrata que daban empleos y poder político a los inmigrantes haciendo rodar varias cabezas por el camino. Al final, al igual que en las ciudades estadounidenses, surgirán movimientos reformistas y candidatos reformistas para limpiar la suciedad. En Bombay esto aún no ha ocurrido. «Los posos del fondo se han convertido en la capa de verdín de la superficie», me dice Gerson da Cunha, un activista cívico y figura decorativa de la vieja guardia. Cuando la gente del sur de Bombay llora la pérdida de la ciudad «refinada», lo que lamenta en realidad es la pérdida de su propia importancia en los asuntos de la ciudad. Nunca fue una ciudad refinada para los que tenían que vivir a la sombra de sus mansiones; era un verdadero asco. Los nuevos dueños tardarán varias generaciones en aprender a llevar la casa y a mantenerla limpia y fuera de peligro. Pero ¿cómo puede molestarnos eso cuando nosotros, que durante tanto tiempo hemos sido los dueños y aun así la hemos ensuciado, se la hemos entregado en tan mal estado?

Pido a Sunil que me lleve a su casa. Él y dos de sus amigos del Sena se han construido tres casuchas en una propiedad de la compañía ferroviaria. Recorremos una calleja oscura como boca de lobo hasta una parcela donde hay unas cabañas recién derruidas en medio de las viviendas de cemento para los empleados ferroviarios de baja categoría. Más allá de ellas hay un terreno extenso, concebido como vertedero de la red ferroviaria. Veo las luces de un tren de cercanías en el otro extremo. Caminamos sobre tablas de madera colocadas sobre las alcantarillas y nos detenemos en el borde del vertedero; está mojado por la lluvia, y mis pies, empapados dentro de las sandalias, están cubiertos de barro y sabe Dios de qué más.

—Allá. —Señala—. Esas tres habitaciones con lámparas de aceite. —Esa es su propiedad—. Nos hemos apropiado del terreno.

En estos momentos las ocupan unos jornaleros a quienes Sunil se las ha dejado gratis, para establecer la propiedad del terreno. La compañía ferroviaria ya la ha derribado dos veces y cada vez las han vuelto a levantar. Están construidas contra el muro de una fábrica. Dos palos de bambú en la parte delantera soportan unos cartones y toda la estructura está cubierta de lonas impermeabilizadas negras. El coste del material, que Sunil compra en Goregaon, asciende a mil quinientas rupias. El tiempo empleado en reconstruir la cabaña tras una demolición es de un par de horas. «Con dos patadas la echas abajo», dice. Si las derriban por tercera vez, está resuelto a construirlas de nuevo, pero de ladrillo.

Por encima de los edificios se extiende un cable, sobre postes.

—Todo eso es mi cable —dice Sunil.

Me lleva al otro extremo del terreno. Un muro delimita unas obras donde están construyendo viviendas para los empleados ferroviarios. Nos encontramos en una nueva calle que comunicará las viviendas entre sí. Esta es la razón por la que podría hacer su agosto, dice Sunil. Si hay calle hay tiendas, y ya las pueden demoler tantas veces como quieran, que cada vez las reconstruirán. En la parte trasera de la fábrica ya hay un grifo. La electricidad es más problemática, porque si los jornaleros de Sunil interceptan el cableado, se acusará a sus vecinos legítimos, los empleados ferroviarios, del robo, y surgirán tensiones. De modo que las barracas se iluminan con lámparas. El derecho de sus ocupantes a vivir allí es defendido por Sunil y sus amigos.

—Somos los *bhais* [los capos] de la zona. Nadie los molestará.

No pagan alquiler, y cuando Sunil decida construir una estructura permanente, recibirán cinco mil rupias por dejar libre el lugar. Regresamos envueltos en la fúnebre oscuridad. Por nuestro lado pasan formas humanas. Si nombran a alguien del Shiv Sena en el consejo legislativo, dice Sunil, podrá convertir la barraca en una casa de ladrillo y nadie dirá nada. Entonces el

suburbio ilegal se volverá permanente y legal. Pero aun cuando vendieran ahora el terreno, Sunil podría llegar a ganar de diez a doce lakhs.

La última demolición tuvo lugar durante las elecciones generales de 1998. La policía ferroviaria, bajo la jurisdicción del diputado local del BJP, derribó nueve barracas que Sunil había construido también sobre el terreno de la compañía ferroviaria, junto con otras cincuenta. Sunil fue a casa del diputado y habló con su hija, y le pidió que dijera a su padre que impidiera que la policía derribara las barracas.

—No saben de qué soy capaz —dijo a la hija.

—¿De qué es capaz? —preguntó ella, haciéndolo esperar en la antesala.

¿Sabía ella qué ocurriría si, en las siguientes elecciones, se detuviera la votación en un centro electoral durante tres o cuatro horas? El centro de Jogeshwari, bajo el dominio de Sunil, votaba en masa la alianza Shiv Sena-BJP. Tenía a varios hombres apostados, dijo a la hija del ministro, y estos armarían alboroto y detendrían la votación durante cuatro horas. Los chicos serían encarcelados varios meses, pero ¿sabía ella cuántos votos perdería su padre en ese centro electoral mientras permaneciera cerrado?

—Hubo un silencio —recuerda Sunil—. Entonces ella dijo: «Pase». Yo dije: «En adelante, ya no les toca a ustedes decidir si las demuelen o no».

Se muestra confiado acerca del resultado de su visita.

—Ahora no las demolerán —asegura.

Tengo que ir a ver a G. R. Khairnar, conocido como el Hombre de la Demolición, para comprender del todo el potencial de Sunil como señor del suburbio.

—He demolido doscientas ochenta y cinco mil barracas en los veinte años de mi carrera —dice Khairnar, un subcomisario municipal que se ha ganado la animadversión del Sena y de todos los demás partidos políticos.

Me habla del proceso de demolición. Hay veintitrés distritos municipales. Cada distrito tiene una brigada especial para detectar las construcciones

ilegales, que «son levantadas en connivencia con los empleados municipales o la policía». La brigada supuestamente notifica que se dispone de un plazo de siete días para presentar la documentación que acredite la legalidad de la estructura. Si no se presenta la licencia, se procede a demolerla. Pero «los empleados tienen mucho miedo». Y luego está el dinero; «si se presenta una notificación, se venderá todo el expediente por un par de lakhs a la parte interesada». Un empleado puede ganar más con sobornos por un solo edificio que con los ingresos que percibe a lo largo de toda su carrera en la corporación municipal.

Khairnar no demolerá un edificio si una parte está ocupada. Se da cuenta de las consecuencias de su trabajo cuando deambula por la ciudad con su cuadrilla de demolición. Mucha de la gente que vive en las barracas es muy pobre y no tiene nada que perder oponiendo resistencia a los demoledores. Les arrojan piedras; a veces pegan fuego a sus propias barracas. Antes de demoler una barraca, Khairnar tiene órdenes de rescatar los utensilios de cocina. Describe su trabajo como una película.

—En la escena aparece la mujer con medio sari sucio. No tienen ni agua para beber; ¿cómo se supone que va a lavarlo? Los niños van desnudos. Yo entro en la barraca y apenas hay utensilios en ella. Los de la corporación municipal entran como locos y la echan abajo.

En una ocasión se disponía a derribar una barraca en el gran suburbio de Dhravi cuando la mujer que vivía en ella se plantó delante de él y, cogiendo a su bebé por las piernas, lo balanceó por encima de su cabeza, resuelta a arrojarlo contra el suelo.

—La detuvimos justo a tiempo.

Poco después de demoler un barrio de chabolas vuelven a reconstruirlo rápidamente en el mismo lugar con materiales de calidad inferior.

—Los asentamientos no pueden ser realmente destruidos. Volverán a aparecer.

En cierta ocasión decidió barrer una sección de las chabolas construidas en lo alto del sendero de Mahim. Cada vez que las demolía y se marchaba, volvían a estar en pie al cabo de unas horas.

—Las derribábamos dos o tres veces al día, y siempre volvían a levantarlas. Se escondían detrás de las vías del tren y regresaban en cuanto nos íbamos.

Cada barraca que Khairnar demolía costaba al municipio unas mil rupias. Había mil ochocientas barracas en esa zona. Las cifras siempre iban en contra del Hombre de la Demolición.

Khairnar había sido funcionario de distrito desde 1976. En 1985, cuando el Sena pasó a controlar la corporación municipal, el *saheb* citó a Khairnar en Matoshree, su mansión. El hijastro del ministro en jefe había abierto un hotel ilegal que Khairnar se disponía a demoler. Thackeray le pidió que desistiera, pero Khairnar siguió adelante con sus planes y cumplió con su deber. Once días después, mientras aparcaba el coche en el recinto de su oficina, hubo dos tiros que alcanzaron a un transeúnte que pasaba por su lado, y un tercer tiro que se le incrustó limpiamente en la pierna.

Reanudó su trabajo y se enfrentó personalmente con el padrino de Bombay, Dawood Ibrahim, que era dueño de un edificio ilegal al que había puesto el nombre de su mujer, Mehejebin. La víspera de la demolición la policía lo había registrado con perros buscando explosivos. Al día siguiente, Khairnar acudió con un ejército de cuatrocientos policías, entre ellos paramilitares del Ejército de Seguridad de Fronteras, y derribó el edificio con un martillo de demolición de tres toneladas. De 1992 en adelante derribó otros veintinueve edificios de Dawood. Sus propios hombres, amenazados por el capo, le suplicaron que diera marcha atrás, y el contratista que le proporcionaba el equipo de demolición rescindió el contrato.

Khairnar se convirtió en un héroe en la prensa. Pero el comisario municipal le dijo que los de arriba lo estaban presionando mucho para que frenara al

Hombre de la Demolición. Cuando el comisario trató de detenerlo creando un comité de alto nivel que supervisara las demoliciones, Khairnar decidió desenmascarar a los políticos. Empezó a pronunciar discursos feroces y alegatos brutales en mítines públicos convocados por las vacas sagradas de la ciudad, que lo veían como un salvador contra los políticos corruptos. El comisario municipal pidió a Khairnar que retirara sus denuncias y en 1994 acabó relevándolo de su cargo por insubordinación. Durante varios años, Khairnar estuvo sentado en su bungalow oficial, bajo un busto de Viveikananda, sin nada que hacer y con mucho tiempo para hablar. Fundó una organización no gubernamental para las prostitutas; hizo redadas en burdeles y «rescató» a las menores de edad. En 2000 volvió al servicio activo, reanudó las demoliciones con energía y regresó a las portadas de los periódicos, héroe una vez más de los ciudadanos de clase media que ya contaban con una vivienda.

Han transcurrido cinco años desde los disturbios y toda la ciudad se prepara para la autopsia: la publicación del Informe Srikrishna. «Aquí se están afilando las espadas», dice un joven del distrito musulmán de Madanpura la víspera de su publicación. Han puesto sobre aviso a las fuerzas paramilitares. El gobierno del Shiv Sena no puede seguir posponiéndolo; el juez Srikrishna ha invitado a los grupos de activistas a demandarlo, haciéndolo cómplice de la petición de hacer público su informe.

Cuando sale a la luz, es mucho más que el mero acto de catarsis que esperaba el juez. El Informe Srikrishna hace enorgullecer a Bombay. Es un minucioso análisis de los disturbios y responsabiliza a quien corresponde: a Thackeray y a la policía de la ciudad.

El *pramukh* del Shiv Sena, Bal Thackeray, en calidad de general veterano, ordenó a sus leales Shiv Sainiks que se vengaran de los musulmanes mediante ataques organizados [...]

Los ataques contra los musulmanes por parte de los Shiv Sainiks se prepararon con precisión militar, con listas de los establecimientos y listados de los votantes en la mano.

El gobierno del Shiv Sena rechaza oficialmente el informe, acusando al juez de tener prejuicios en contra de los hindúes. Pero este juez erudito es un experto en sánscrito; nadie se deja engañar. El juez Srikrishna es un hindú devoto, mucho más que Bal Thackeray.

En su informe, el juez Srikrishna da el nombre de treinta y un policías que cometieron atrocidades: mataron a gente de un tiro o se pusieron a la cabeza de las turbas del Sena. Pero al final nada de lo que ha escrito el buen juez le costará un solo minuto entre rejas a ninguno de esos individuos. Según los términos del acta bajo la cual se constituyó la comisión, ninguna de las declaraciones prestadas ante la comisión puede utilizarse para procesar a alguien. Así pues, después de quinientas declaraciones y cerca de diez mil páginas de testimonios recogidos, si hay que procesar a uno solo de los policías, líderes políticos o matones callejeros que participaron en los disturbios, la labor realizada por la Comisión Srikrishna habrá de empezar de cero, en un tribunal de justicia. Los mismos testigos deberán testificar de nuevo, buscar abogados que los representen, hacer declaraciones juradas y a continuación acudir al juzgado de primera instancia, al tribunal de delitos menores, al Tribunal Supremo. Si se ha de procesar a un policía, hay que obtener la autorización del gobierno porque es un funcionario público; hay que convencer al magistrado de que no actuó en cumplimiento del deber. Todo lo que puede hacerse con el informe del juez Srikrishna es mostrárselo al magistrado. A muchas de las víctimas más pobres les basta con que el juez los escuche y reconozca que se les ha agraviado. Eso es todo lo más que esperan del sistema judicial.

A propósito del Informe Srikrishna, el *Times of India* publica un editorial titulado «El toque curativo», que pide curación pero no justicia. Un reportero del *Times* me explica que todos los colaboradores del periódico han recibido

instrucciones de minimizar la importancia del informe; todos los artículos que traten sobre él —incluso los perfiles sobre el juez— deben ser revisados personalmente por el redactor jefe. El argumento que ofrece la dirección es que un apoyo excesivo al informe creará malestar entre los musulmanes. En estos momentos el periódico solo tiene un periodista musulmán en toda su plantilla de Bombay.

A las pocas semanas de la publicación del Informe Srikrishna vuelvo a Jogeshwari la noche de Ganapati Visarjan, cuando se sumergen los ídolos de Ganesha en el agua que rodea la ciudad. Se ha congregado una muchedumbre en el *chowk*; dos carrozas sobre camiones avanzan muy despacio hacia el cruce. Al frente de una de las procesiones va Amol, un hombre melencólico de un tamaño impresionante a quien conocí cuando me dediqué a investigar los disturbios. Tiene fama de exaltado incontrolable. Solo su vecina Rauju, la hermana de Girish, puede apaciguarlo cuando se desmanda; la ve como su propia hermana. Sunil, que es socio de Amol en actividades legales e ilegales, me comenta que es difícil controlarlo cuando bebe. «Ha cometido tres asesinatos. —Sunil se toca la nariz con el índice para indicar que eran musulmanes—. Había un hombre en una moto. Lo roció de gasolina y lo quemó vivo.» Pero ese mismo hindú también va con regularidad a Ajmer Sharif, en Rajastán, para rezar durante dos días sobre la tumba de un santo musulmán. Su barba es una prueba visible de su lealtad al santo; lleva ocho meses dejándosela crecer, y ha dejado de fumar y beber, cumpliendo con un voto que hizo ante el altar. Un día propicio irá a Ajmer, se afeitará la barba y se la ofrecerá al santo *sufi*.

En la procesión de Amol, subidos al camión, hay hombres vestidos como Shivaji, Saibaba de Shirdi y Lokmanya Tilak. Alrededor de ellos o pululando por el camión hay otros cincuenta hombres, jóvenes y adultos; tres de ellos llevan gorras y bandanas en la cabeza con los colores de la bandera del Reino Unido, como los vídeos de la primera época de las Spice Girls. Las carrozas

avanzan poco a poco hacia la mezquita de la carretera principal que lleva a la estación.

—Tardaremos una hora en llegar a la *masjid* y otras tres en pasar por delante de ella —me explica Amol—. Quince metros más allá de la *masjid* casi todos se irán a sus casas.

Al acercarnos a la mezquita, la procesión aminora el paso hasta casi detenerse. Los tambores tocan frenéticos y toda la multitud baila con abandono. Contribuyen a ello las petacas llenas de alcohol que muchos jóvenes llevan en el bolsillo. Aunque en el fondo hay un pequeño contingente de mujeres (una chica ondea una gran bandera color azafrán, la del Sena), los hombres bailan entre ellos. Un chico tiene las piernas entrelazadas con las de otro y, mientras bailan, uno se echa hacia atrás y el otro se inclina sobre él, retorciéndose y moviendo las caderas. Un niño se ha tapado la cara con una mano; luego él también empieza a saltar automáticamente al ritmo de los tambores. Se arrojan nubes de polvos rojos sobre los bailarines. Luego empiezan las explosiones. Bombas atómicas. Siluetas borrosas. La gente hace estallar frente a la mezquita todos los petardos que ha traído consigo, y en el aire flotan el olor a explosivos, el hedor de las alcantarillas al aire libre, y, sobre todo, de sudor humano. Es un milagro que los petardos no prendan fuego a nadie al estallar en mitad de la densa multitud. Luego Amol se sube al camión, coge el micrófono y grita consignas, alabando a los reyes y al país hindú.

—*Chattrapati Shivaji Maharaj ki jai!*

La gente responde con vigor.

—*Bharat Mata ki jai.*

Se agitan banderas color azafrán en amplios círculos sobre largos palos.

—*Jai Bhavani! Jai Shivaji!*

Es la consigna del Sena.

Amol baja del camión, pero siguen resonando las consignas. Frente a la

mezquita se olvidan los otros dos iconos, Saibaba y Tilak; solo se invoca a Shivaji el guerrero. Un puñado de musulmanes observan en silencio detrás de las hileras de policías que bordean la calle. El ruido es infernal. Mientras redoblan los tambores, estallan los fuegos artificiales, ondean las banderas y suenan las cornetas, caigo en la cuenta de lo que es: una marcha triunfal.

Ganesha no es un dios muy apropiado para esta provocación. En las leyendas hindúes aparece como un glotón hedonista, no un dios furioso inclinado a cometer masacres. Pero en la carroza de Jogeshwari está sentado en un trono; y en lugar del ratón que es su mascota habitual, el trono está flanqueado por cuatro feroces leones de yeso. Desde la parte trasera del camión la gente reparte *prasad* [trozos de coco] y pequeñas bolsas de plástico de *sheera*. Al llegar al final de la manzana, fiel a la predicción de Amol, la multitud se dispersa, y los camiones se dirigen a toda velocidad al mar para sumergir en él a sus ídolos. Pasar por delante de la *masjid* pavoneándose es el punto culminante, el objetivo de la procesión de Ganapati: demostrar a los musulmanes que el Sena ha ganado. Aquí es donde empiezan la mayoría de los disturbios del país, en estas celebraciones agresivamente públicas de un dios tribal y exclusivo, restregado en la cara de quienes siguen a sus rivales.

Empiezan a salir de la mezquita las notas amplificadas del *namaaz*. La cobertura de la seguridad policial ha sido excelente. Dhawle, el inspector jefe al mando de la comisaría de Jogeshwari, está sentado en una silla frente al puesto de la policía, disfrutando del aire fresco de la tarde. Los agentes nos han hecho pasar por delante de la mezquita en un tiempo récord. Una horda de policías de paisano no han parado de apremiar a peatones y camiones para que avanzáramos. Los policías uniformados se han apostado a ambos lados de la carretera, para impedir que alguien se acercara demasiado al edificio. Junto a las alcantarillas al aire libre había voluntarios musulmanes, una barrera humana para evitar que algún juerguista incauto cayera en ellas en la oscuridad.

No siempre ha sido así. Antes de los disturbios de 1993, Arfin Banu, miembro del Comité Mohalla Ekta, recuerda que la procesión dejaba de hacer ruido y tirar petardos a una manzana de distancia de la *masjid* y pasaba por delante de ella rápidamente y en silencio, en deferencia a los sentimientos musulmanes. Este despliegue ruidoso solo empezó después de los disturbios; algunos años las cosas se ponían muy feas. Los musulmanes arrojaban piedras a la procesión y siempre se cernía la posibilidad de un nuevo altercado. La escolta policial era mucho más numerosa hace unos años, así como la multitud. Amol se subía al camión y enardecía a la multitud con sus consignas; este año en cambio la policía le ha pedido que baje antes de pasar frente a la *masjid* y él ha obedecido. Así pues, por provocativa que haya sido la procesión de esta noche —la invocación a los guerreros hindúes, el estruendo de los petardos, la danza profana—, ha constituido, en el Bombay de hoy, el mejor de los panoramas. Nadie ha gritado improperios a los musulmanes ni ha arrojado cerdos a la mezquita, y cuatro musulmanes han salido a bailar con Amol y sus amigos, los hindúes que mataron a sus familias hace cinco años.

El taxista que me lleva a casa tiene en el salpicadero un pequeño altar en miniatura de Saibaba de Shirdi en un arco iluminado, junto a un verso del Corán escrito en árabe.

—¿Qué es eso? —pregunto señalándolo cuando estoy a punto de bajarme del taxi.

—¿Esto? —pregunta él, tocando el altar. Cree que le pregunto por las luces de colores.

—Eso. —Señalo el texto en árabe.

—Es musulmán.

—¿Y también tiene a Saibaba?

—Sí.

Se vuelve sonriente. Yo me alegro. Todavía hay esperanza.

Voy a ver a Amol a la casa de su familia del suburbio. Sale del baño envuelto en una toalla, ancho de pecho y con los brazos fornidos. Trabaja en la gran central lechera de la carretera. Su cuñada me trae una taza de leche caliente con azúcar. Es leche de búfala, espesa y con mucho sabor, y me cuesta tragarla. Hay una gran mancha negra en la superficie y un bulto solidificado dentro de la taza. Pero es un gesto de hospitalidad, de modo que me lo bebo. Amol me pregunta si quiero quedarme a cenar. Declino. La cuñada se ríe y le dice en marathi:

—Ha visto la habitación y se ha asustado.

Es una habitación aún más pequeña que la de su vecino Girish, pero con el conjunto de aparatos electrónicos de rigor: nevera, televisor, teléfono. Una escalera lleva a otra habitación en el piso superior. Una niña adorable de siete meses, la sobrina de Amol, gatea por el suelo y trata de coger una botella de whisky llena de agua, pero no puede y se pone a llorar. Enseguida la cogen en brazos. Aquí nadie puede aislarse. Amol es capaz de dormir con la niña berreando y el televisor a todo volumen. Últimamente deambula por la noche y duerme de día; tiene un amigo que lo sustituye en la central lechera y él le da el sueldo. Esto le deja las noches libres para meterse en líos.

Amol, como Sunil, se crece en los conflictos; no pueden imaginar un mundo sin ellos. A ellos deben su posición, el respeto que inspiran y su sustento. Las alianzas deben cambiar una y otra vez para asegurarse de que los conflictos continúan, de modo que las definiciones de amigo, enemigo y ser humano son términos relativos. Compiten entre sí por hacerse un sitio en una escala de lealtades: quién está en el grupo de quién, a quién se le permitirá presentarse como candidato en las elecciones legislativas, quién sacará tajada del continuo flujo de pagos a los sindicatos, a la policía, al gobierno o a tus enemigos a cambio de que no se venguen.

En Bombay, la palabra para «lío» es *lafda* (que también significa

«aventura» o «enredo amoroso»). La gente acude en tropel donde hay un *lafda*; siempre hay un gran número de hombres mirando con atención y sin parpadear, lo más cerca posible del *lafda*, para no perderse ni un detalle.

—En Bombay debe de haber entre diez y quince *lafdas* al día —calcula Amol.

Los soldados de a pie de los *lafdas* son los *taporis*: los gamberros de la calle. Los *bhais* [capos] y los *netas* [políticos] necesitan una reserva constante de *taporis* para mantenerse en sus cargos. Amol es en el fondo un *tapori*; es demasiado apasionado para ser un pistolero, demasiado poco diplomático para ser un *neta* y demasiado estúpido para ser un *bhai*. Se emborracha y pelea con los puños o con las armas a su alcance: jarros de cristal de una tienda de la calle, espadas, un trozo de la vía del tren. Entre los *taporis* tiene a seguidores fieles, pero nunca llegará tan alto como Sunil. Este nunca resultaría herido en un *lafda*. Amol está en primera fila, pero es en la retaguardia donde tiene lugar la verdadera acción; en la retaguardia los más listos están planeando el siguiente golpe. Cuando llegó el momento de escoger un jefe de división para el partido, el *shakha pramukh* Bhikhu Kamath propuso el nombre de Sunil. Furioso, Amol se presentó como candidato independiente en las siguientes elecciones legislativas. Sunil emborrachó a los colaboradores de la campaña electoral de Amol y la alianza BJP-Sena lo derrotó.

Sunil, me explica Amol mientras comemos en un restaurante cercano, tiene la mente de un político.

—Incluso hoy día se cree que es un MAL. —Es decir, un miembro de la asamblea legislativa.

No es un elogio en boca de Amol, que en esencia es un soldado de a pie, aunque es de la casta de los brahmanes y Sunil es maratha. Pero, en el Bombay de hoy, son los marathas los que gobiernan, no los peshwas brahmanes de antaño. Suele ser Sunil quien decide cómo repartir el botín de sus distintas empresas ilegales, y siempre se lleva la mejor parte. Amol es consciente de

que Sunil lo estafa. En algún momento su rivalidad estallará de forma sangrienta. Aun así, Amol se siente obligado a dar una paliza a todo el que insulte a Sunil. «Creo que Sunil es superior a mí. Es el pez gordo de mi grupo.»

Amol ha perdido la fe en el *saheb*.

—Antes respetaba a Balasaheb más que a Dios. Ahora está sentado en Matoshree con una chica en el regazo y una copa en la mano mientras que a nosotros nos golpean en la cárcel. Voy a arrancar la foto de Balasaheb de la pared de mi cuarto para poner la mía. Lo que el Partido del Congreso no se comió durante cuarenta años se lo ha comido el Sena en tres.

Ha advertido que las grandes compañías se están yendo de Bombay; ha visto cómo han disminuido los empleos en su propia zona. Los hombres como Amol no están soñando con irse a vivir a Colina Malabar. Sus sueños son a una escala más limitada. Amol ha marcado el pequeño espacio abierto que hay frente a su casa; le gustaría ampliar su casa hasta allí para construir un porche. El placer se obtiene en la taberna. No son particularmente devotos aunque siguen de bastante buen grado los rituales. La mayoría de ellos son fieles al concepto de la nación india, pero no se enrolan en el ejército.

Amol se queda pensativo. Está comiendo con tenedor y cuchara.

—Vienen tiempos muy peligrosos —dice con la cabeza gacha.

—¿Por qué?

—La gente no tiene trabajo. Los jóvenes no tienen un empleo ni nada que hacer en todo el día. Y todo está carísimo. Si un chico quiere ir a un bar de alterne para tomar un par de copas, no tendrá dinero que llevar a su casa. Si acostumbras a los chicos a ir a los bares de alterne y a llevar ese tren de vida, entonces harán cualquier cosa por dinero.

—¿Cuáles serán las consecuencias? —pregunto a Amol.

—Los asesinatos costarán doscientas rupias.

—¿Cómo puede un hombre matar? —pregunto—. ¿Cómo reúne el valor

suficiente para hacerlo?

—Usted es escritor. Después de beber se dirá: «Ahora debo escribir una historia». Si fuera bailarín, después de beber le entrarían ganas de bailar. Si es asesino, después de beber pensará: «Ahora debo matar a alguien». —Amol flexiona los brazos—. Eso es lo que haces; te sale espontáneo.

Para impedir que los chicos que trabajan para él se unan a las bandas del hampa, Bal Thackeray tiene que encauzar continuamente su energía violenta. Tiene que inventar nuevos enemigos. Lo más fácil es atacar a la gente del mundillo artístico, incomprendida por la chusma del Shiv Sena. En 1998 el Sena irrumpe en el escenario de un concierto de Ghulam Ali, el maestro del ghazal de origen paquistaní. «Nosotros también sabemos cantar», proclaman. Y recitan «Jai Maharashtra». Llega el *diktat* del *saheb*: ningún cantante paquistaní puede dar conciertos y ningún deportista paquistaní puede jugar en su ciudad. La alta burguesía de Mumbai sufre el cierre de las salas de conciertos sin rechistar. El inspector de policía dice a la prensa que no se ha cometido ningún delito, ya que los organizadores no han presentado ninguna queja. Después de todo, esa es la ciudad donde los asesinos pasean libremente por las calles y ocupan escaños en las cámaras legislativas más elevadas de la ciudad. Tienen *powertoni*.

El *saheb* también se opone enérgicamente a una película de un cineasta indio-canadiense, *Fire*, que narra la historia de una relación sentimental entre dos cuñadas en Nueva Delhi. «¿Tan extendido está el lesbianismo que se ha de retratar como un modelo para las esposas infelices que no desean depender de sus maridos?» La sociedad india no puede tolerar la «supuesta cultura progresista de Occidente donde la gente se casa por la mañana y se divorcia por la tarde». En consecuencia, sus matones destruyen los cines donde se proyecta la película y las retiran de las pantallas de todo el país. Se publican

los habituales editoriales contra Thackeray... en los periódicos ingleses. Sunil y Amol y los chicos del Sena no leen los periódicos ingleses.

Pero en enero de 1999 el Sena comete un gran error: arremete contra Sachin Tendulkar, el jugador de críquet más idolatrado del país. Un grupo de sainiks irrumpe en las oficinas de la Junta de Control de Críquet de la India, furiosos porque han invitado al equipo paquistaní a hacer un recorrido por la India. Destruyen no solo las oficinas sino también la Copa del Mundo que ganó la India en 1983. A Tendulkar se le ofrece protección policial y los líderes del partido se desentienden rápidamente del incidente. A esas alturas se ha convertido en un problema de masas; las arremetidas del tigre Thackeray escapan a su control. En esta última incursión no se trata de un líder en particular, ni siquiera de una ideología; de lo que se trata es de poder y de alimentar la imaginación de las hordas de Thackeray. Los vándalos son gente joven que, después de trabajar doce horas de empleaduchos en alguna oficina donde soportan la humillación e incluso un par de bofetones de hombres más ricos y menos marathas que ellos, vuelven en tren a sus casas. Dentro del tren sudan profusamente; el aire apesta a sudor y a ventosidades. Cuando llegan a su chabola de los suburbios, sus padres y sus abuelas les preguntan cuánto dinero han traído. Un hombre así vive consciente en todo momento de su impotencia, salvo cuando forma parte de una turba, de un contingente de setenta patriotas que luchan por el honor del país, que entran tan tranquilos en los cines, en los apartamentos lujosos y en las oficinas de los amos del críquet del país, destrozan los trofeos y dan palizas a la gente importante que conduce bonitos coches. Todos los insultos, reprimendas y chascos de la vida acumulados en una megalópolis en declive salen en un catártico desahogo de cólera. Estar furioso en una multitud es lo que toca; la gente alimenta tu cólera, la digiere, nutre tu rabia del mismo modo que tu rabia se nutre de ella. De pronto te sientes poderoso. Puedes emprenderla con cualquiera. Ya no es su ciudad sino la tuya.

Eres el dueño de tu ciudad gracias a tu cólera.

Llevo a Sunil y a Girish al apartamento de un amigo mío, que me ha dado la llave, situado en un rascacielos de Lokhandwala. Sigue lloviendo a pesar de que estamos en noviembre y hay una espectacular exhibición de relámpagos sobre el cielo de Bombay. Bebemos whisky en el balcón. Sunil se quita la camisa y se sienta en el sofá en camiseta interior. No para de consultar su reloj, no tanto para saber qué hora es como para admirarlo. Me doy cuenta, no por primera vez, de lo a gusto que se siente cuando lo llevo a la planta alta de un edificio. La mayoría de la gente de su *chawl* nunca pasa de la segunda planta.

—Nos esperan muchas luchas en Bombay —me dice.

Tiene previsto irse dentro de diez años de Bombay y asentarse en Raigad, por sus hijos. Ha oído decir que están secuestrando niños por sus riñones. Un barómetro de la prosperidad de una ciudad es la graduación del alcohol que bebe.

—Los precios están por las nubes, de modo que los hombres se matan a trabajar y la tensión les hace beber mucho. Los jóvenes de la Bolsa beben un ron casero llamado *sixer*.

Un *sixer* solo tiene un grado más que cualquier otro licor casero. Cuesta cinco rupias la botella.

Empieza a llover con fuerza, algo nada propio de la estación.

—Por nuestros pecados —razona Sunil—. Ni siquiera Dios acepta Bombay. Dios hizo el mundo, pero no acepta Bombay.

Y él entiende sin duda de pecado. El miércoles, el viernes y el sábado Sunil pasa una película porno en su cadena de televisión por cable. Las peticiones de cine porno a menudo provienen de sus suscriptoras. Cuando va al I. C. College, las mujeres le dicen: «Sunil-bahi, no nos cuidas». Ese es el código.

La noche que decide «cuidar» a sus suscriptoras, en una esquina de la pantalla aparece un pequeño símbolo, una estrella, por ejemplo, o en la parte inferior corre un mensaje con una hora —«El canal de la BBC ha cambiado»— y los iniciados comprenden que van a poner una película subida de tono en un canal determinado en un momento determinado. Esta clase de películas se pasan las noches que la gente de Bombay bebe: no el martes, que es la noche que se venera a Ganapat, ni el jueves, que es el día de Saibaba, ni por lo general el sábado, que mucha gente considera el día de Hanuman; tampoco el lunes, «cuando la gente no bebe tanto porque ha estado haciéndolo todo el fin de semana». Los miércoles, los viernes y los sábados son las noches de los borrachos, las noches de las películas picantes en el Bombay de Sunil. Estas se disfrutan más tras una noche de borrachera.

Sunil saca un suculento provecho de las amas de casa en su ruta como técnico de televisión por cable.

—¿Quién tiene permiso para entrar en la casa? El lechero trae la leche y se va; el planchador coge la ropa y se va. Pero yo tengo permiso para entrar en la casa, incluso en el dormitorio, y quedarme a arreglar cosas.

Ha follado con un total de trece mujeres en su ruta, «a quien me gusta la escojo». Entre ellas tiene sus preferencias.

—Tengo que acostarme con mujeres gujaratis. Sus hombres solo lo hacen una vez a la semana. —Y se jacta—: Estoy jugando el juego con cinco mujeres de mi barrio.

El sexo y la muerte están muy cerca en Bombay. «Jugar el juego» puede significar matar a una persona o follar con una mujer.

—¿Con qué frecuencia lo hace un hombre casado con su mujer? Dos, tres veces a la semana como mucho. A la mujer le gusta. No se le debe privar de ello. —Él nunca toma la iniciativa; nunca mete la mano en ninguna parte—. No quiero arruinar mi negocio. Las mujeres me llaman diciendo que no les funciona su televisión por cable. Me tocan, se sientan a mi lado, pero yo dejo

pasar un par de días. —Las acepta de todas las edades; ha follado con una mujer de cincuenta y tres años. Un día, dice, nos llevará al pueblo aghori, fuera de Bombay. La gente aghori tiene una técnica especial para follar, sumamente atlética: el hombre apoya a la chica contra un árbol, le levanta la pierna y se la coloca sobre el hombro—. Yo no puedo hacer eso, pero he follado con una chica aghori. *Waheguru!*

Sunil y Girish hablan con admiración y risas de las proezas de un joven de su suburbio llamado Santosh.

—Es un verdadero *madharchod*. Es un hombre muy malo.

Santosh había afirmado que veía a la mujer de su vecino Raj como a una hermana; ella cada año le ataba en la muñeca un *rakhi*, un hilo sagrado. Él tenía entrada libre en la casa de Raj y estaba tirándose a la hija, «su sobrina», señala Sunil. Pero un día descubrió que un médico de la calle follaba con la madre. De modo que también exigió a la madre derechos sexuales, o anunciaría a bombo y platillo sus relaciones con el médico. Desde entonces, Santosh entra tranquilamente en la casa de Raj a las once de la mañana y folla con la mujer que llama su hermana. A las dos va con su madre al templo y reza durante una hora. Al volver del templo, va al instituto y se junta con sus compañeros, y luego va de nuevo a la casa de Raj a esperar a que la hija vuelva del colegio, a las cinco y media. Cuando ella cierra la ventana para cambiarse de ropa, él entra, se la tira y se va a las cinco cuarenta y cinco.

Luego le llegó el turno a la *bhaiyyani* de la casa de al lado, con la que Santosh empezó a follar dos días después de que tuviera su primera menstruación, y a quien lleva cinco años tirándose con regularidad, con la amenaza de: «Si te resistes, te mataré». Trepa hasta su ventana cuando su padre borracho ha salido o está inconsciente, y la viola. No hay nada delicado en el sexo de los suburbios; es furtivo y feroz. Una vez, un grupo de chicos espía desde la puerta de una barraca a una pareja que dormía; el hombre tenía una mano en uno de los pechos de su mujer. Santosh deslizó la mano por la

ranura del buzón de la puerta para abrirla, entró y empezó a apretar el otro pecho de la mujer; ella siguió durmiendo, creyendo que era su marido quien le apretaba los dos pechos. Cuando sintió una presión de más, se despertó y gritó, pero se asustó demasiado para explicar a su marido lo ocurrido. Casi todas las cosas por las que tiene que pasar una mujer en los suburbios las soporta en silencio, porque, como señala Sunil: «¿Cómo va a decir al mundo lo que le han hecho?». Van a por las mujeres vulnerables: las más jóvenes, las hijas o las esposas de los borrachos, o las mujeres que no están bien de la cabeza. Cuando sus hombres descubren lo que les están haciendo, a menudo también callan. ¿Quién quiere que el mundo se entere? ¿Qué dice de su hombría el hecho de que no sean capaces de proteger a sus mujeres?

Les pregunto si Santosh es bien parecido, para tirarse a tantas mujeres. No, dicen, es cojo, «suspendió el séptimo año» y ahora trabaja de vigilante, pero tiene mucha labia. Su técnica consiste en ir cada día a la casa de la mujer, sentarse durante horas y hablar, habla con el marido, con la mujer, con la hija, se mete a la familia en el bolsillo y luego consigue lo que quiere.

—Cuando lo encuentro relajándose en mi casa, me preocupo —admite Sunil.

Al final, todo saldría bien para Sunil y su partido.

—El futuro del Sena es halagüeño. Esto es Bombay —dice Sunil. Luego recuerda y se corrige—: Esto es Mumbai.

Empiezan a estallar en el cielo los fuegos artificiales de alguna boda en una explosión de color, seguidos de largas horcas de relámpagos blancos. De pronto su ciudad se revela ante él desde una nueva perspectiva: está contemplando desde una gran altura, probablemente por primera vez en su vida, el deslumbrante y empapado caos de abajo. Borracho, comenta:

—Este mundo es único.

Cada vez me resulta más difícil trabajar en casa, con dos niños pequeños activos, de modo que mi tío me ayuda a encontrar un piso amueblado en Bandra para que lo utilice de oficina. Cuando me instalo en él, reparo en que en la pared hay un cuadro de una figura que me resulta familiar: es Tilak, el gran luchador por la libertad. Parece un grabado al carbón, pero hay algo extraño en él. Me acerco.

—Está bordado con pelo humano —dice con orgullo la médica a la que pertenece el piso—. Era un antepasado de mi difunto marido. Puede dejarlo aquí.

Declino la oferta dándole las gracias.

El apartamento se encuentra en el centro comercial de Bandra, sobre las Galerías Elco de Hill Road. El panorama de abajo es de un caos voraz; allí se vende, según dicen, la mejor comida callejera de los barrios residenciales occidentales. Las mujeres compran en la planta baja de la galería comercial y, tras sus denodados regateos, salen a reponer fuerzas con un *pani-puri* y un *kulfi falooda*. Los jueves por la tarde, el templo Sai de la misma calle estalla en entusiastas y desafinadas canciones, porque hay *pav bhaji* [pan frito y verduras] para el *prasad* de después. Las autoridades derriban los puestos de comida de la calle poco antes de las elecciones; después reaparecen en hileras amontonadas, más numerosos que antes. Pero cuando hago girar la llave en la cerradura y entro, me adentro en un mundo tranquilo: dos habitaciones y una cocina, y un balcón que da a un viejo árbol.

Una noche Sunil y Amol vienen a tomar algo a mi oficina de las Galerías Elco. Amol no bebe. Eso significa que no prueba el whisky. Le ofrezco una copa de vino, que no se considera una bebida alcohólica. Bebe sorbos pequeños, sosteniendo la copa con delicadeza entre los dedos. Es una imagen incongruente, un hombre corpulento y barbudo bebiendo vino como si estuviera en la inauguración de una galería de arte o en una merienda de señoras.

Recorren la oficina con la mirada, llenos de admiración. Amol tiene un piso de propiedad en Nalasopara y Sunil otro en Dahisar. Ninguno de los dos está considerando sacar a sus familias de los suburbios. Les pregunto la razón.

—Puede darme una casa donde sea, Nepean Sea Road, Bandra... pero no me iré de Jogeshwari —dice Amol.

—Tenemos la mente de un niño —explica Sunil—. Nuestra mente no acepta vivir en otra parte, como tus hijos no aceptarían vivir en un barrio de chabolas. Mis hijos pueden llamar a la puerta de nuestros vecinos a la una de la madrugada y pedir comida. Si no les gusta el arroz y el *dal* que les da su madre, pueden ir a las casas de los vecinos; que venga un niño a comer a tu casa es como recibir la visita de Dios. Pueden comer en cualquier parte del *chawl*. Pero si tus hijos fueran al piso de tu vecino a la una de la madrugada, les darías dos bofetadas. ¡Eso no está bien!, les dirías. No quieres que tus vecinos se crean que no puedes permitirte dar de comer a tus hijos.

—Los *chawls* ofrecen toda clase de servicios —dice Amol. «Servicios» es un término de los anuncios de las inmobiliarias para describir cosas como cañerías cubiertas, ascensor o cocina moderna. Pero en los suburbios tiene otra acepción—. Cuando vuelves del trabajo puedes quedarte en la calle con los amigos y hablar. En el *chawl*, si decimos a nuestros vecinos que tenemos que ir al hospital, ellos vienen inmediatamente.

Les pregunto por qué hay más unidad, más compañerismo, en el *chawl*.

Los lavabos públicos, explica Sunil.

—Cuando vas al baño tienes que ver la cara de todos. Dices: «Hola, hace dos días que no te veo». Luego está el agua. Las mujeres van juntas al grifo a llenar los cubos de agua y charlan: «Mí abuelo está enfermo», o «Tengo un hijo en el pueblo; es alcohólico». —En un edificio de pisos, en cambio, los cuartos de baño están separados—. En un piso se habla del aire acondicionado que acaba de instalar un vecino en el dormitorio, o del baño de mármol que se ha hecho otro vecino. En el *chawl*, alrededor del grifo del agua,

se habla de la suegra que está enfadada con su nuera porque cocina para seis cuando solo son cinco en la casa. En un piso —concluye— la conversación está a un nivel superior.

¿Por qué no venden sus casas y viven cómodamente en el pueblo?

Sunil me explica la razón.

—En el pueblo las puertas se cierran a las nueve.

—A las ocho —dice Amol—. O a las siete.

Al poco rato Amol vuelve del cuarto de baño.

—¿No hay agua para echar al retrete? —pregunta.

Levanto la vista, desconcertado.

—Tira de la cadena.

Pero Sunil me entiende. Se levanta y va con él para enseñarle lo que es la cadena. Le enseña a utilizarla; aprieta la palanca y el agua cae del depósito que hay sobre la taza. No hace falta ningún cubo.

Sunil, cómodo con su negocio y su posición en Bombay, ahora quiere estabilidad. Ahora está en contra de que haya más motines.

—El hombre de la calle solo quiere comer y meterse en la cama al final del día. Si participa en un disturbio es para ganar dinero.

Durante el conflicto de Kargil, el gobierno indio prohibió la televisión paquistaní de la red de telecomunicaciones por cable del país. A pesar de todo su patriotismo, Sunil está en contra de esta decisión. ¿Por qué se le prohíbe retransmitir la televisión paquistaní, pregunta, si el cliente la quiere?

—Si alguien está dispuesto a pagar por algo, deberías dárselo.

De nuevo, su instinto para los negocios puede más que su rechazo a los musulmanes y que sus convicciones políticas. El color del dinero de alguien se está volviendo más importante para él que el de la bandera religiosa que lleva en una procesión. Bombay le está apartando del odio a través de la atracción aún más poderosa de la codicia.

Pero Amol está más cerca del suelo en Bombay.

—Los disturbios pueden producirse en cualquier momento —dice—. Podrían ocurrir esta noche.

Las bebidas nos han abierto el apetito. Dejamos la oficina y cogemos un *rickshaw* para ir a un restaurante. Amol levanta la vista de su pollo y me pregunta de pronto:

—¿Tiene agua las veinticuatro horas del día? —Debe de estar pensando todavía en la cadena del retrete.

Asiento. No puede entender cómo es posible. Debe de haber un depósito encima del edificio, conjetura Sunil.

Al cabo de un rato, me pregunta de nuevo:

—¿Va a dormir solo esta noche?

Al principio creo que me está preguntando con tacto si va a subir alguna chica a mi piso cuando se marchen. Pero cuando hago hincapié en que voy a dormir solo, declara:

—No he dormido solo en toda mi vida. Necesito que haya más gente en la habitación.

El gran *tapori* se está preguntando cómo puedo dormir solo, sin mi madre, sin mi mujer, sin mis hijos en la habitación. Él no podría; el señor del *lafda* tiene miedo a la oscuridad.

Hay otros comicios generales el año siguiente, 1999, y vuelve a haber mucha animación en Jogeshwari el día de las elecciones. Ha estado lloviznando, pero hay gente en todas las esquinas, y los colaboradores de la campaña electoral están repartiendo papeletas de votación desde las casetas de los partidos. Bhikhu pide a Sunil y Amol que salgan a pedir votos y nos adentramos en los callejones del suburbio. Sunil conoce a todos los que viven en él por el nombre. Él y Amol saludan a los gujaratis en gujarati —«Kem cho!»—, a los *bhaiyyas* en hindi y a su gente en marathi. Apremian a la gente a votar no por

el nombre del partido sino por su símbolo —«¡Vota el arco!»—, una necesidad en un país donde un tercio de la población es analfabeta. Hay un silencio extraño en todas las chabolas y me doy cuenta de que es porque no hay ningún televisor encendido, excepto un par que están retransmitiendo el *Doordarshan*, las noticias del gobierno. Sunil ha desconectado su televisión por cable el día de las elecciones.

—¡Sunil, vuelve a conectar el cable! —suplica un anciano.

—Cuando hayas votado —responde él.

Cuando volvemos al *chowk*, un viejo colaborador del Sena está hablando con Amol sobre la próxima ronda de la campaña electoral que tendrá lugar por la tarde, después de comer. Hacia esa hora el interventor del Sena tendrá una lista de todos los que han votado y los que no.

—Cuatro o cinco tipos no bastan, necesitamos una *mob* —dice Amol al interventor del Sena, utilizando la palabra inglesa.

—Espera, traeré a mi *mob* —lo tranquiliza el funcionario.

La banda volverá a ir entonces a cada casa que aparezca en la lista donde haya una o más personas que aún no hayan votado, y les exigirá que lo hagan.

—Es para crear ambiente —explica Amol.

Entre los candidatos, Sunil tiene amistad con el del Partido del Congreso de un distrito electoral cercano, Mama, que también tiene un negocio de televisión por cable y es un gángster importante en la organización mafiosa de Chotta Rajan. Mama tiene como mucho treinta años; nació en Bombay. Su padre llegó aquí hace sesenta años procedente del norte dominado por las castas. Proviene de una casta atrasada, pero Bombay ha liberado a su familia.

—En el pueblo, todas las castas inferiores miraban con admiración a las castas superiores, eran sus criados. Aquí son los amos. Se han dado a conocer a través de la política.

Mama señala las ventajas que tiene apoyar económicamente su candidatura.

—Dame cinco lakhs —dice a un donante en potencia que pertenece al sector

de la construcción—, y te los devolveré a los cinco días de ser elegido. Aprobaré el edificio con lavabos.

El contrato para construirlo recaería en el donante. Sunil se ríe de la principal promesa que hace Mama a su distrito electoral: «Si me eliges, te librarás de los *goondas*». Como jefe de los matones, ha organizado una especie de estafa de protección por todo el distrito. En vista del estrepitoso fracaso de la policía a la hora de eliminar la extorsión, es mejor votar al extorsionista en persona para asegurar la protección. Es la misma táctica de supervivencia que llevó al 5 por ciento de los musulmanes de la ciudad a votar a su enemigo mortal, el Shiv Sena, en las elecciones de 1995.

Mientras tanto me llama a mi móvil desde Colina Malabar un amigo de la industria de la moda para hacerme una pregunta. Ha decidido votar hoy por primera vez en su vida.

—Estoy en tu viejo barrio —dice. Está entrando en el Walshingham House School, donde han instalado el colegio electoral—. Tengo dos cabinas delante de mí. En una pone Lok Sabha y en la otra Vidhan Sabha. ¿Cuál es la central y cuál la federal? —me pregunta, refiriéndose en el primer caso a las elecciones nacionales.

En Jogeshwari nadie necesita hacer una pregunta así. Le pregunto a Mama en manos de quién cree que está la ciudad de Bombay: ¿de los ricos de Colina Malabar o de las castas atrasadas que están emergiendo?

Él se echa a reír.

—Bombay es la ciudad de los devoradores de *vadapav*; o no es de nadie.

El país ha pasado por tres elecciones generales en otros tantos años. Es una angustiada y continua reafirmación de la lealtad al sistema democrático: una y otra vez, el país tiene que demostrar que es una democracia. La paciencia de la gente me maravilla. Año tras año, sin verdaderas alternativas ante sí, el país sigue acudiendo sumiso a votar. En 1991 votó el 57 por ciento del electorado; en 1996, el 58 por ciento; y en 1998 el 62 por ciento de los seiscientos

millones de votantes de la India ejerció su derecho al voto. No hay una buena razón que justifique las elecciones de 1999, ya que después de enormes gastos y varios meses de campaña electoral en pleno calor, el gobierno de Delhi sigue siendo prácticamente el que era antes de las elecciones. Esta vez la gente esperaba un boicot general; aunque ha disminuido ligeramente la participación, la gente sigue haciendo largas colas frente a los colegios electorales bajo un sol abrasador. Tal vez es una versión nacional del *dharma*. La gente no pregunta por qué está votando; solo sabe que es su deber hacerlo.

En Maharashtra, la alianza Shiv Sena-BJP, que lleva en el poder desde 1995, pierde las elecciones federales de 1999. Habían prometido construir cuatro millones de viviendas para los habitantes de los suburbios y terminaron construyendo menos de cuatro mil.

EL SAHEB

—¿Cuándo vas a conocer a Bal Thackeray? —me pregunta continuamente la gente.

—Camino del aeropuerto —respondo.

No quiero quedarme en Bombay si molesto de algún modo al *saheb* durante nuestra entrevista. De modo que no es hasta un mes antes de volver a Nueva York, con las maletas hechas y el billete de avión comprado, cuando me reúno por fin con él. El director de un periódico marathi, que conoce bien al Supremo, me lleva hasta él una tarde de junio de 2000.

Frente al bungalow hay un enjambre de guardias de seguridad. Tiene un pequeño ejército protegiéndolo: un total de 179 agentes de policía, que incluyen un batallón de 154 agentes, 19 subinspectores, tres inspectores y tres comisarios adjuntos. El gobierno federal, ya sea del Sena o del Partido del Congreso, le proporciona coches de policía y un automóvil blindado para

viajar; su mansión de Bandra está fortificada y vigilada las veinticuatro horas del día, a cuenta del Estado. El Tigre solo ruge detrás de la protección de sus guardias.

El bungalow es uno de muchos en un proyecto gubernamental para artistas —Kalangar— situado al final de una silenciosa calle de Bandra. Está pintado de blanco y construido en el brillante estilo clásico de Bombay, concebido para crear la impresión de una opulencia superior al espacio físico que ocupa. Los Thackeray son de clase media baja; no tienen ni idea de cómo gastar todo el dinero que han amasado. Se compran coches grandes, como Pajeros, poco apropiados para circular por las calles de Bombay. Por la mansión, me dice el director de periódico, hay escondidos montones de rupias.

Me hacen pasar a través de un detector de metales y me registran la mochila, y nos conducen por un pasillo lleno de cuadros de Shivaji. Hay varias sillas colocadas de cara a una puerta. Todos los que están sentados en ellas miran fijamente la puerta. No hemos ni tomado asiento cuando se abre y nos hacen pasar a una pequeña sala de recepción, por delante de todos los demás. Esta habitación está llena de grandes cuadros de la difunta esposa de Thackeray. A su muerte se sintió totalmente perdido. Luego se unió mucho a su nuera, quien últimamente está siendo presionada para que abandone el bungalow por parte de Uddhav, uno de los hijos. También hay dos placas, una pequeña y blanca encima de la mesa de centro («¡ME GUSTA LA GENTE QUE LOGRA QUE SE HAGAN LAS COSAS!»), y otra más grande, en letras doradas y rojas («NO SE ADMITE UN NO POR RESPUESTA»).

Al cabo de unos minutos entra el *saheb* en la sala de recepción.

—Jai Maharashtra —dice, y el director le devuelve el saludo.

A continuación estrecho la mano del más directo responsable de haber arruinado la ciudad donde crecí. Él se sienta en un sillón junto a una pequeña mesa sobre la que hay una estatua de un guerrero masai con una lanza y un escudo.

—Estoy escribiendo un libro sobre Bombay... —empiezo a decir.

—Mumbai —me corrige.

—Mumbai.

Habla en un inglés fracturado. Es un hombre delgado y huesudo de mediana estatura, con una abundante mata de pelo de un sospechoso negro azabache, y unas gafas cuadradas muy grandes. Va vestido con un *kurta* y un *lungi* de seda color crema, y sandalias a juego. Desliza periódicamente una mano por debajo de su *kurta* y se oye un ruido desapacible: está aflojando el velcro de una faja que lleva por un problema de espalda. Hacia 1990 Thackeray experimentó un despertar religioso. Renunció a su ropa occidental y empezó a vestir un *kurta* y un *lungi*, normalmente de color azafrán. Alrededor del cuello empezó a llevar también *rudraksha malas*, largas sartas de cuentas.

Mantienen el aire acondicionado bajo para comodidad de él, y en el espacio entre el labio superior y la nariz se me forma un charco de sudor. Como en otras oficinas del Sena, el té es fuerte; capaz de provocar una insurrección. Thackeray bebe un caldo gris lechoso. Enciende un puro que coloca en una boquilla. Me fijo en que es un Cohiba. Me pregunta si los fuma alguien en Estados Unidos. Le digo que los puros cubanos están embargados.

¿Por qué?, pregunta. Trato de explicarle el embargo. Él digiere la información. Está intrigado.

—Si una chica norteamericana se hubiera casado con un cubano, ¿qué harían? Llevan años viviendo allí, ¿qué pasaría entonces? ¿Les pedirían que se separaran?

Le explico que pueden entrar personas, pero no sus productos.

—Eso está bien —comenta—. Es una buena idea.

Temo lo que puedo haber puesto en marcha.

El *saheb* me ofrece una breve historia de su niñez. Su padre era maestro de escuela («Era un reformista social, un escritor, era de todo»). Su madre quería que Bal fuera funcionario público, que entonces era un cargo prestigioso, pero

su padre dijo: «Mi hijo nunca será un oficinista. Quiero que sea artista». Y en su casa la palabra de su padre era la ley.

—Cuando mi padre daba una orden, nos orinábamos encima.

Compró a su hijo un *bulbul-tara*, un instrumento de cuerda que se tocaba con las dos manos. Bal demostró ser un músico inepto.

—Lo intenté una y otra vez. Una mano respondía y la otra dejaba de hacerlo, y si la otra respondía, entonces... —Su padre montó en cólera y apretó con fuerza las manos de su hijo sobre las cuerdas, hasta hacerlas sangrar—. Me eché a llorar y mi padre dijo: «¡Sal de aquí! Este *sala* no va a aprender».

Por aquella época estalló la Segunda Guerra Mundial. Bal miraba las viñetas de Banbury del *Times of India*, y su padre, al darse cuenta, le ordenó que cada día hiciera dibujos que él inspeccionaría por las noches. Mientras tanto, Bal tomó conciencia de las luchas políticas más importantes que tenían lugar en la ciudad, cuyo dominio se disputaban los gujaratis y los marathas. Los marathas querían tener su propio estado, con Bombay como capital. Bal escuchaba cuando su padre celebraba reuniones del movimiento Samyukta Maharashtra en su casa de Dadar y empezó su carrera como dibujante en el *Free Press Journal*. En 1960 lanzó su propia historieta semanal, que se convirtió en foro de los Hijos de la Tierra, como se llamaba el movimiento de los marathas (en realidad la tierra de Bombay, gran parte de la cual se encontraba entre las siete islas originales que los británicos habían cubierto).

En la lucha por Bombay, los marathas se impusieron a los gujaratis; en 1960 consiguieron su estado y la capital. Pero los lectores de Bal siguieron escribiéndole cartas y quejándose. «Tenemos Maharashtra, tenemos Mumbai, pero ¿qué hay de nuestros empleos?» Uno de ellos le dio una guía telefónica para que lo viera por sí mismo.

—Y, para mi sorpresa, estaba lleno de ejecutivos del sur de la India, y descubres que hay más páginas de Patel. Y un montón de Shah.

Así fue como empezó su organización: como una agencia de colocación. Era

una guerra por el derecho a ser mecanógrafo. Al final lograron elevar a un 80 por ciento los empleos reservados para los marathas, pero siempre era el 80 por ciento de los empleos más bajos: estenógrafos y oficinistas.

—Eso no era justo. A menos que subiéramos al poder no se resolvería.

Así, en 1966, Thackeray creó a regañadientes un partido político, tapándose la nariz. Todos los partidos políticos son responsables del caos en que se ha convertido esta ciudad, dice, «incluso mi partido Shiv Sena». Y eso se debe a la lamentable necesidad de conseguir votos, que le horroriza.

—¿Para obtener votos hay que arruinar el país y la ciudad? ¿Así están las cosas?

Al meterse en política, el Sena no abandonó su preocupación por proteger los privilegios de los marathas. En 1998 el gobierno maratha rechazó el nuevo centro que la Wharton School quería abrir en el Nuevo Bombay, porque el colegio se negaba a reservar un 10 por ciento de las plazas para alumnos marathas. Bangalore y Hyderabad se apresuraron a intervenir con ofertas en las que no había tales ataduras, y Bombay se quedó sin el colegio, que podría haber sido el eje de la reactivación del Nuevo Bombay.

El director del periódico me había comentado lo estupefacto que se quedó al descubrir, en una reunión con Thackeray, que el *saheb* carecía de los conocimientos básicos sobre la geografía del estado de Maharashtra. El Sena era en esencia un partido con sede en Bombay, donde los marathas estaban desapareciendo rápidamente. Bombay no podía seguir llamándose una ciudad maratha. Los marathas constituían el 51 por ciento de la población en tiempos del movimiento Samyukta Maharashtra. Los obreros del sector textil eran en su mayor parte marathas; pero con el declive de la industria textil tuvieron que irse de Bombay para buscar trabajo. Hoy día los marathas constituyen solo el 42 por ciento de los habitantes de la ciudad; el 19 por ciento son gujaratis y el resto, musulmanes, norteños, sindhis, sureños, cristianos, sijs, parsis y todos los demás. En julio de 2000 ninguno de los diputados que el Sena ha propuesto

como candidatos para la Rajya Sabha, la Cámara Alta del Parlamento, es maratha: gujaratis, bengalíes, parsis, norteños. El Sena está tratando de ampliar sus bases para incluir a los hindúes en general, porque sabe que no puede seguir en el poder apoyándose solo en el voto maratha.

Pregunto a Thackeray si Mumbai sigue siendo una ciudad maratha. Responde inmediatamente con agresividad.

—Para empezar, nadie puede atreverse a separar Mumbai de Maharashtra. Todavía tenemos ese espíritu luchador. Mientras exista el Shiv Sena, nadie lo hará.

Es evidente que he puesto el dedo en la llaga. Gran parte de esta lucha gira en torno a una cuestión geográfica: ¿quién tiene derecho a vivir en Bombay? El Shiv Sena es ante todo un partido excluyente. Desde el principio trató de decir: este o aquel grupo no debería estar aquí. Al principio fueron los gujaratis, luego los sureños, los comunistas, los dalits, y ahora son los musulmanes. Como cualquier otra ciudad india, Bombay está llena de gente que busca respuestas a la pregunta «¿Quién soy?», y que cree que la respuesta, cuando la encuentre, le permitirá también responder la otra pregunta: «¿Quién no soy?». A la gente le gusta la forma en que Thackeray plantea la pregunta al revés. Si responden la pregunta «¿Quién no soy?», encontrarán, mediante un proceso de eliminación, la respuesta de «¿Quién soy?».

El director de periódico se va y me quedo solo con el *saheb*. ¿Por qué la gente sigue yendo a Bombay?, pregunto.

—Aquí la delincuencia tiene mucho campo de acción —responde—. Puedes ganar dinero sin hacer nada. Si eres carterista, tienes mucho margen en las estaciones de trenes. —La extorsión también es una industria en auge en Bombay—. Telefonee a alguien. «Quiero tanto, mi hombre pasará a recogerlo.»

Y por puro miedo pagarán. Esta es una novedosa respuesta a la pregunta de qué atrae a los inmigrantes a Bombay: la delincuencia es un negocio lucrativo

aquí. Hay bastante verdad en ello. La proporción de policías con respecto a delincuentes, señala Thackeray, es muy baja.

—Esta amenaza está aumentando en los suburbios. Puedes jugar al escondite con la policía. Cuando haces algo, incluso un asesinato, simplemente matas a alguien y sales huyendo. Y te vas al *zopadpatti*.

Como hicieron sus hombres, Sunil y compañía, durante los disturbios: asesinaron y volvieron al *zopadpatti* [barrio de chabolas].

Me dice qué cree que podría salvar Bombay.

—Hay que controlar la inmigración. Hay que expulsar a los bengalíes musulmanes, no solo de Mumbai sino del país, para que se vuelvan a Bangladesh. Averiguar quiénes son los sinvergüenzas, los alborotadores según el Servicio de Inteligencia Paquistaní (ISI), y colgarlos. No hacerlos volver a su tierra sino colgarlos. Esa es la política directa que propongo.

Habla con admiración de la política estricta de Estados Unidos en materia de visados y la compara con la facilidad con que se obtiene un «permiso de emigrante» para entrar en la India. Según él, también debería haber un sistema de visados para entrar en Bombay. Mucha de la gente que vive en Colina Malabar, que de lo contrario no lo apoyaría, está de acuerdo con él en este tema.

Odia el término de «India», que atribuye al «pandit Jawaharlal Nehru, él y su amor puro por los musulmanes después de la Partición. Lo llamaban India, de ahí que seamos indios. No lo soporto». El Indostán, insiste, es el nombre correcto y original del país.

—Empieza con el río Sindhu. Sindh. Sindh y Sindhu Sindh. Sindh, ahora provincia de Pakistán. —A continuación dice que un artículo de la Constitución nos define a todos como indostaneses—: El 19a. Lo extraño es que solo aprovechan la primera frase. ¿Qué hay de las otras, b, c, d, e, f, g, h? De nuevo está muy claro que aunque la gente emigre de un estado a otro, tendrían que ver una sola cosa: que no deben alterar la paz de los lugareños.

¿Por qué no se aplica también eso? ¿Por qué solo me enseñan las primeras frases y no las demás?

Tal vez sea porque no existe tal línea en la Constitución. En realidad podría referirse a los artículos 19d y e, que dan a todos los indios el derecho a moverse libremente y a residir en cualquier parte del territorio indio; el 19a garantiza a los ciudadanos libertad de expresión, algo con lo que Thackeray tal vez no está tan familiarizado. ¿Cuál de sus seguidores va a molestarse en consultar el documento para verificar las rotundas declaraciones de Thackeray? Es la Constitución más extensa del mundo y probablemente la menos leída. La gente la interpreta a su conveniencia.

Los intrusos desistirían de hacinarse en Mumbai si se les cuidara en sus estados de procedencia, dice.

—¿Qué está haciendo aquí su ministro en jefe con una luz roja en su coche, un gran bungalow y todos los gastos pagados? Él debería hacer provisiones por ellos. —De nuevo, el caos de Mumbai es culpa de los políticos—. Cosmopolita no es solo Mumbai, sino cada ciudad. Bangalore es cosmopolita, lo mismo que Calcuta. Tiene sus propias limitaciones debido a los servicios públicos. No sabemos cuándo lloverá. Las lluvias van y vienen. Es como esa canción del cuento de hadas, ya sabe, esa rima infantil «Rain, rain, go away, come again another day»,* y todo lo que ocurre así.

Empiezo a tener la sospecha de que le falta un tornillo.

Le pregunto a qué atribuye su carisma.

—Si tienes en la mano una flor con su fragancia característica, ¿cómo puedes decir dónde está la fragancia o de dónde viene? La fragancia no se ve; el carisma no se explica. No sé si yo tengo o no, o quién tiene, si es que existe. No sé si es carisma o *Karishma*. Si es *Karishma* va a Kapoor... —Se refiere a la sensual actriz y se ríe de su juego de palabras—. De modo que es mejor tener carisma.

Le pregunto cómo cree que se le recordará, su lugar en la historia.

No le importa que no se le recuerde, dice.

—Juego con mis nietos, eso es todo. —No va a escribir sus memorias; no tiene intención de presentarse como candidato en ninguna de las elecciones—. Ya está decidido.

El hecho de que no participe directamente en la política es esencial para crear su imagen entre los chicos del Sena. El Tigre está por encima de la política, pero controla a los políticos a su antojo; se ha vanagloriado en público de que maneja a los jefes de gobierno por control remoto.

—Odio a los políticos. No soy político, solo soy dibujante de viñetas políticas.

Recuerda su vida como dibujante y el Mumbai de antes.

—Cuando trabajaba para el *Free Press Journal*, la población estaba allí, por supuesto. Pero también había cierto glamour, cierta emoción. Pero poco a poco empezó a llegar gente y se hizo muy difícil. Recuerdo que en esa época, era por el cuarenta y dos o el cuarenta y cuatro, venían los empleados de la corporación municipal cuando nos quejábamos de que había ratas, ratas enormes. Venían con esas mangueras enormes y las llevaban hasta las bocas de incendio que había en las calles. Enchufaban la manguera en la boca de incendio y la metían en el agujero, ese nido de ratas, mientras los demás se quedaban mirando con esas grandes varas en las manos, *lakdi*, y, naturalmente, el agua, ya sabe, se cuele por los agujeros de dentro llevándose todo por delante. Y salían por otro agujero. Cuando el agua venía desde ese lado, las ratas corrían a refugiarse al otro. En cuanto salían, las golpeaban. Mataban al menos seis de diez o doce ratas. Ahora hay tal escasez de agua que no puedes permitirte. Pero en mi jardín trasero, cuando vivía en Dadar, abrías la boca de riego e inmediatamente salía un fuerte chorro. Era por el cuarenta y cuatro o el cuarenta y seis. Ahora ya no ves bocas de riego porque las utilizan mal. La gente de los suburbios. Las dejan abiertas y se olvidan de ponerlas en su sitio, y el agua no para de salir en un gran chorro.

Esa observación me coge desprevenido.

—¿Hay un problema serio de ratas? —pregunto.

—Tiene que haber ratas a la fuerza —responde el *saheb*, mirando las cosas desde una perspectiva más generosa—. A falta de un British Medical Council, las ratas limpian parte de las basuras. Sí. Hay cosas comestibles entre ellas.

Se interrumpe aquí, después de soltar su soliloquio, y deja que yo interprete lo que quiera.

Anuncian una visita, el productor de cine Vijay Anand. Me susurra en tono confidencial:

—Sus hijos están entre rejas. —En realidad, son los sobrinos de Anand—. Cuando este hombre viene se convierte en partidario mío. —El *saheb* se ríe.

Los sobrinos han sido acusados de asesinar a la querida de toda la vida de su padre. Pero cuando Anand entra, no habla inmediatamente de ellos. Empieza por otro problema. Es propietario de un teatro. Su ayudante fue a grabar música al estudio de otro productor, Vinayak Raut, y el equipo de sonido se estropeó. Raut ha secuestrado a su ayudante, le ha retenido desde la tarde del día anterior, y ha enviado una carta exigiendo treinta y cinco mil rupias por los daños. Anand enseña la carta al *saheb*. En ella Raut le informa de que ha trabajado en el destacamento de seguridad del *saheb*, que ha recaudado *vasuli* para él, y que ahora está recaudando los mismos pagos abusivos para el sobrino matón del *saheb*, Raj Thackeray.

El *saheb* descuelga el teléfono. Recuerda todos los detalles de la intrincada historia de Anand y los reproduce a su ayudante.

—Quiero ver a ese tal Raut mañana a las doce. Voy a nombrarlo jefe de extorsión.

Allí está el todopoderoso líder, deshaciendo entuertos con una orden y un comentario ingenioso. El problema se solucionará. Se ocupará de que se hagan las cosas.

Thackeray se jacta particularmente de que las estrellas, los directores y los

productores de cine, «todos vienen aquí. Todos son buenos amigos míos. Me admiran. Me respetan. Yo también los ayudo, resuelvo sus problemas, eso es cierto». El director de periódico me había comentado que a Thackeray le traían sin cuidado los políticos de Delhi; si iba a verlo Vajpayee, no se cohibía. Pero si iba a verlo Amitabh Bacchan, buscaba tiempo y se henchía de orgullo. Son las típicas prioridades de un bombayita: primero el ocio, luego la política. Cuando la estrella de cine Sanjay Dutt fue condenado a dieciocho meses por su intervención en los estallidos de bombas, solo el *saheb* tuvo poder para sacarlo bajo fianza. Thackeray me dice que su gran rival, Sunil Dutt, fue a verlo cuando su hijo estaba en la cárcel.

—Lloró, hizo un *aarti* alrededor de mi mujer.

En la antesala había ocho o nueve productores esperando audiencia mientras Dutt daba vueltas alrededor de la mujer de Thackeray con una lámpara. Todos los proyectos de aquellos con Sanjay estaban en juego y podían llegar a perder crores. El gobierno de Thackeray lo puso en libertad bajo fianza.

Le pregunto si creía que Sanjay era culpable.

—Encontraron un muelle de una AK-420 desmontada. ¿Van a procesarlo por eso?

Cree que Sharad Pawar, entonces ministro en jefe, quiso ajustar las cuentas a Sanjay porque competía con su padre, Sunil Dutt, por la presidencia del Partido del Congreso. Pero si el tribunal al final lo declara culpable, «colgadlo». Es una frase que el *saheb* utiliza a menudo, una solución multiuso tanto para los musulmanes bengalíes como para Sanjay Dutt. Este líder no pierde el tiempo con teorías o juicios; defiende la acción directa e inmediata: colgadlos. Es un líder a quien un joven con poca educación pero mucha ira puede comprender y venerar.

Thackeray ha recibido, durante toda su carrera, el mayor apoyo de la población comprendida entre los dieciséis y los treinta años.

—La sangre joven, la juventud, los chicos sin trabajo son como la pólvora seca. Puede explotar en cualquier momento. —Al cumplir los treinta años, empiezan a volverse respetables o pierden el entusiasmo por la lucha. Curiosamente, viniendo de un hombre cuyo apoyo se supone que procede de la juventud, añade—: Esa generación no tiene cultura ni *sanskar*. *Sanskar* no tiene traducción en inglés. —Lo más aproximado es «valores».

El *saheb* tiene unos gustos culturales muy exigentes; las películas hindis y Michael Jackson le parecen bien, pero la celebración del día de San Valentín le pone furioso.

—El día de San Valentín. Voy a prohibirlo el año que viene. Ya verá. No se atreverán. Destrozaré todas esas tarjetas. ¿Qué es Valentín? ¡Es ridículo! Esos colegiales que viven del dinero que les dan sus padres. No sé si es dinero blanco o negro. Lo pasan bien con las chicas y a las chicas también les gusta. Eso es lo que se llama la generación de la Coca-Cola, la generación de la Pepsi. Sí. Con vaqueros. —Y se señala las piernas, asqueado.

En efecto, el 14 de febrero del año siguiente, tal como me prometió, el *saheb* prohíbe el día de San Valentín. La orden llega a sus *sainiks*, quienes desvalijan las tiendas que venden tarjetas de San Valentín y destrozan los restaurantes que anuncian cenas de San Valentín. Los periódicos hasta de Turquía, Sudáfrica y Australia publican en grandes titulares sus invectivas.

Pero se ha sosegado; es un fascista envejecido y cansado. Ahora termina cada una de sus indignadas afirmaciones con una breve risotada que suaviza la amenaza. A veces, bromeando sobre la gente del cine mientras fuma su puro, parece casi afable. Es difícil relacionar a este hombre sentado ante mí con la furia homicida que desató hace unos años contra gente como Sunil. Pero, claro, tiene setenta y tres años.

—Puedo controlar a distancia el gobierno —me dice—, pero no mi edad.

Su fuego reaparece cuando vuelve a tocar el tema de su blanco favorito.

—Los musulmanes bengalíes han venido aquí. No sé quién es la madre de

su padrino aquí en el Indostán.

Me habla de un atentado con bomba reciente en Delhi, en el que resultaron heridas quince o veinte personas y por el que la policía detuvo a un musulmán. Cuando se divulgó la noticia del arresto por el barrio musulmán, desde los altavoces de la mezquita se hizo un llamamiento a atacar, y una turba formada por quinientos musulmanes, según Thackeray, invadió la comisaría y puso en libertad al terrorista.

—¿Por qué deberíamos tolerar este disparate? —brama el *saheb*—. ¿Quién eres? ¿Qué derecho tienes a estar aquí? Vuelve a tu Bangladesh. Es terrible, además de muy triste.

¿Podría suceder esta clase de incidente en Mumbai?

—Ahí tienen un freno en lo que se refiere al Shiv Sena —dice con orgullo. Y señala—: No ha habido ningún disturbio comunal desde que el Sena subió al poder.

—¿Cómo explica los disturbios que tuvieron lugar en Bombay en los años noventa y dos y noventa y tres? —pregunto.

—Babri Masjid —responde—. Ninguno de los musulmanes que viven aquí sabe dónde está Lucknow, dónde está Babri Masjid. —Es evidente que él tampoco lo sabe; Babri Masjid está en Ayodhya, a cientos de kilómetros de Lucknow. La mezquita no era un lugar de culto, dice; pero debajo hay un Ram Mandir, donde se han ofrecido oraciones hindúes. Arrasaron la mezquita y los musulmanes de Mumbai se echaron a la calle para protestar—. Entonces, para salvar tu cara secular, tu cara sucia, dices que no eran musulmanes de aquí sino de fuera, que venían de Bihar y de Uttar Pradesh, pero ¿cómo se atreven a venir aquí? A estimular e instigar a los que viven aquí. Es un tiro seguro, debe serlo. El Shiv Sena se vengó. Si mis chicos no se hubieran echado a la calle estoy seguro de que habrían masacrado a los hindúes.

Se vengaron, dice, con «lo que teníamos entonces a nuestro alcance. Piedras... podían ser piedras, tubos fluorescentes o barras de hierro. Ellos

tenían algo de munición, pistolas. Pero aun así... habrían masacrado a los hindúes. Pregunte en cualquier comunidad, a los gujaratis, le dirán que sí, que Balasaheb les salvó la vida». Y, en efecto, eso mismo me había dicho mi tío.

—¿Y entonces le eligieron a usted?

—No. Cuando estás salvado, estás salvado. Y vete a hacer puñetas. Nosotros no negociamos y no contamos con que ellos lo hagan. Es nuestro deber salvar la vida de todos.

El Sena haría el trabajo sucio que mis gujaratis eran demasiado cobardes para hacer; combatiría de nuevo la batalla de Panipat contra los afganos. Después de arrebatarnos Bombay durante el movimiento Samyukta Maharashtra (cuando recorrían las calles buscando a gujaratis para golpearlos, gritando: «Kem chhe? Saru chhe! Danda leke maru chee!»), ahora nos protegían magnánimamente contra las hordas musulmanas. Advierte a los musulmanes:

—No levantéis sospechas. Sed francos y libres. No podéis decir cada vez: «El islam está en peligro». ¿Por qué deberíamos preocuparnos por el islam si nuestro país no es islámico?

Se opondrá a los musulmanes si «están físicamente aquí pero tienen su corazón en Pakistán; entonces yo seré el primero que les diga que se marchen». Su estatus en la India es cuestionable, para empezar.

—¿Qué pinta aquí esta comunidad musulmana? ¿Después de la Partición deberían haber regresado!

—¿Cree que habrá otra revuelta en Bombay? ¿Hay presiones sociales? —pregunto.

—No soy astrólogo, ni quiromántico ni adivinador, pero puedo decirle algo, llámelo profecía o intuición. Si cae el gobierno de Vajpayee, habrá caos y estaremos a las puertas de una guerra civil. Una guerra civil, me ha oído bien. —Habla con mucha calma, sin elevar la voz ni amenazar, solo constatando lo que va a pasar en su opinión—. Y entonces verá cómo se hacen realidad mis

predicciones. Toco madera para que no ocurra, pero ocurrirá. Los musulmanes se echarán a la calle. No se limitará solo a Mumbai. Se extenderá por todo el país. Será una auténtica guerra civil.

¿Qué haría el Sena en caso de una guerra civil?

—Lucharemos como sea. Como sea. Tendremos que hacerlo. La venganza es un derecho inalienable.

Le recuerdo lo que me ha dicho, que esta vez los musulmanes irán armados.

—Ya veremos, ya veremos. Esperemos a que llegue el momento.

El director de periódico maratha me comenta más tarde que él fue uno de los periodistas que habló con el *saheb* cuando este afirmó que podía adivinar el futuro. Tuvo «alucinaciones», recuerda. «De derramamientos de sangre. Sangre en los ojos», y el director se pasa una mano por los ojos y limpia con ella un mar de sangre.

Thackeray no ha leído nunca un libro, me dice el director. De hecho, no hay un solo libro en lo que veo del bungalow. Sus puntos de referencia son el cine y los cómics. Tiene conflictos con los escritores (con Pu La Deshpande, cuando lo compara con un puente que se cae, haciendo un juego de palabras con su nombre; con la Conferencia de Literatos Marathas de la India, cuando les retira su patético subsidio y se mofa de ellos llamándolos «toros en venta»), pero le gusta la gente de la industria del cine, que a su vez le aprecia, con quien tiene una afinidad natural. Se siente cómodo con las imágenes y la acción, no con las ideas. Su conversación está salpicada de referencias a películas hindis y a canciones infantiles. A veces sus respuestas no parecen corresponder a mis preguntas; no son tanto respuestas como pensamientos sueltos que se han originado dentro de su cerebro y a los que da rienda suelta en ese momento en particular.

Lo que ya me comentó el director, y lo que me llama la atención ahora, es la

desproporción: ese pequeño hombre de miras estrechas controlando esa ciudad enorme. «Le falta lo que George Bush llamó “visión”», dijo el director. Las soluciones del *saheb* a los gigantescos problemas de la ciudad son precisas y superficiales. Debería haber agua en las bocas de incendio para expulsar las ratas con mangueras. Hay que prohibir el día de San Valentín para que nuestra juventud se conserve pura. No hay una explicación global para los males de la ciudad, más allá de las quejas generales sobre el exceso de inmigrantes y de musulmanes. No hay una comprensión del proceso histórico, de los vastos y delicados engranajes y ruedas que hacen funcionar el enorme motor económico de la ciudad. Todo lo que le preocupa es que su gente no se esté haciendo rica; su solución es exigir, amenazando con recurrir a la violencia de las muchedumbres, que se reserve un porcentaje de los empleos para su gente.

Su enfoque es *ad hoc*; es una respuesta inmediata y enérgica al presente. Hasta la Hindutva, que se está convirtiendo en una auténtica teoría sobre la raza, se ha inspirado en los nacionalistas hindúes del BJP y su brazo armado, el RSS. No hay ninguna conexión entre dos o tres sucesos, ni una teoría, grande o pequeña, que él pueda utilizar para explicar la relación que existe entre ellos.

En 1984 Thackeray invitó a un líder comunista veterano, S.A. Dange, a hablar en un mitin del Sena. Aunque Dange era enemigo acérrimo del Sena, se respetaban mutuamente porque ambos creían luchar por los derechos de la clase trabajadora y habían participado en el movimiento Samyukta Maharashtra. Dange se levantó y dijo al Sena lo que pensaba de su organización: «El Shiv Sena no tiene una doctrina, y es imposible que una organización sobreviva sin una doctrina».

Al día siguiente, Thackeray respondió: «Solo ha demostrado arrogancia al sugerir que el Shiv Sena no tenía una doctrina y al decir que una organización no puede sobrevivir sin una. ¿Cómo ha sobrevivido entonces nuestra

organización durante los últimos dieciocho años? —Luego añadió, hundiendo la hoja del cuchillo en una última estocada mortal, porque era muy cierto para el viejo comunista—: ¿Y cómo es que, a pesar de tener una doctrina, su organización está acabada?». ».

El Sena había sobrevivido y prosperado gracias a la ausencia de una doctrina. Se adaptaba a las doctrinas cambiantes; ahora era vagamente capitalista, pero en cierto momento a principios de los años ochenta Thackeray se había dejado cautivar por el «socialismo pragmático». El Sena siempre se había subido al carro de la doctrina del momento: anticomunismo, fascismo, socialismo, antiinmigración, y ahora, antiislam y prohinduismo. La organización no necesitaba una doctrina. Todo se reducía a la praxis. A Thackeray le gusta la gente que logra que se hagan las cosas.

Yo también he experimentado este deseo de actuar. De noche, después de un día duro pateándome la ciudad, lleno de rabia y frustración por sus retrasos burocráticos y su anquilosamiento político, me ayuda a conciliar el sueño imaginar que me otorgo poderes dictatoriales: abolir la Ley de Alquileres; prohibir la circulación de coches en el centro de la ciudad; llenar las vacantes en los tribunales supremos y eliminar de golpe los casos atrasados. Traslado el gobierno municipal al Nuevo Bombay y el gobierno federal a Pune. Derribo las fábricas, los aparcamientos y los colegios para crear ante todo viviendas: miles y miles de edificios de seis plantas, con un pequeño espacio para los columpios cada seis edificios. Todos los que ya están aquí tendrán vivienda. El resto no podrá entrar de momento; estoy haciendo más espacio. No necesitaría consultar ninguna legislación para ejecutar mis planes generales, no me haría falta llegar a un consenso, porque yo sé mejor que nadie lo que nos conviene. Basta de hablar; actuaría ya. Me ayuda a dormirme.

El nuevo gobierno del Partido del Congreso que sube al poder en Maharashtra

en 2000 lo hace en parte en virtud de sus promesas de llevar a la práctica las conclusiones del Informe de la Comisión Srikrishna. Mentía. «Más de cuatro años después de la publicación del informe de la comisión de 1998, el gobierno de Maharashtra no ha tomado ninguna medida significativa para seguir sus recomendaciones», informaba Amnistía Internacional.

La comisión dio el nombre de treinta y un agentes de policía que habían matado a gente inocente, actuado como comunidad, habían sido negligentes o habían causado disturbios a su vez. Diecisiete fueron acusados formalmente en 2001; sin embargo, en 2003 ninguno había sido procesado. De hecho, diez de ellos habían ascendido. La mayoría de los amotinados fueron acusados según la Ley de Actividades Perturbadoras y de Terrorismo, que solía ser precedida en la prensa por el calificativo «draconiana». Se abrieron un total de 2.267 expedientes, de los cuales el 60 por ciento fueron cerrados por la policía por falta de pruebas, archivados dentro de la categoría «cierto pero indemostrable»; 894 casos fueron sobreseídos. Antes de marzo de 1998, había 853 casos pendientes, 42 fueron a juicio, 30 obtuvieron la absolución, tres fueron anulados y ocho en total fueron condenados... por 1.400 muertes. Los cerebros de las explosiones fueron arrestados o huyeron al extranjero, puesto que pusieron a trabajar en el caso a los mejores detectives de la ciudad; los cerebros de los disturbios, en cambio, que mataron a mucha más gente, pasaron a formar parte del gobierno de Maharashtra o del Parlamento. «Diez años de impunidad para todos los responsables de los disturbios de Mumbai transmitían a la nación un mensaje profundamente inquietante y echaban por tierra la confianza pública en la justicia», concluía Amnistía.

El gobierno del Sena retiró trece de los catorce cargos pendientes contra Bal Thackeray por el papel que había desempeñado en los disturbios de 1992. El nuevo gobierno del Congreso resucita el cargo restante, que lo hace responsable de haber enardecido a la comunidad durante los disturbios a través de sus editoriales en el *Saamna*. Ese es el más leve de sus pecados, y

en un país como Estados Unidos habrían salido en su defensa los paladines de las libertades civiles. Nunca han detenido a Thackeray. El nuevo ministro en jefe, Chagga Bhujbal, que hace poco se ha pasado del Shiv Sena al Partido del Congreso, siempre ha querido arrestar a su ex mentor, aunque solo fuera una hora. Declara que seguirá al menos una de las recomendaciones del Informe de la Comisión Srikrishna y detendrá al *saheb*.

«Eso nunca ha ocurrido y no es posible que lo haga en el futuro... Si me encarcelan [los que me arresten] no podrán deambular libremente», brama el jefe del Sena en su mitin Dussehra anual en el Shivaji Park. Si lo arrestan, declara Thackeray en *Saamna*, «no solo Maharashtra, [sino] la India podría arder. Esto es un llamamiento a las revueltas religiosas y todos deben prepararse para sufrir las consecuencias». Sanjay Nirupam, diputado del Shiv Sena, ve en el arresto de su líder una oportunidad. «Después de los disturbios del noventa y tres obtuvimos treinta de los treinta y cuatro escaños de las elecciones —me señala—. Si esto es una democracia, la gente ha hablado. Otro disturbio jugaría a nuestro favor.»

Los líderes del Sena, previendo la detención, han pasado a la clandestinidad. Sunil ha recibido órdenes de esconderse. Me llama con regularidad. Ninguno de los chicos de Jogeshwari duerme en su casa últimamente; se mueven de aquí para allá, en continua alerta. Tienen mucha movilidad, en células de quince y veinte hombres, en pequeños coches y motocicletas. Tienen órdenes de seleccionar como blanco la propiedad federal y gubernamental: autobuses, trenes, oficinas. Podría reducirse todo a la religión, en cuyo caso Sunil cree que los hindúes se unirán: «Cuando se trata de religión, olvidas si eres gujarati o *bhaiyya*. Todos somos hindúes y estamos en contra de los musulmanes. Y esta vez los echaremos de Bombay». Por toda la ciudad se advierte que el Sena está preparándose para la próxima guerra.

El sábado por la noche me llama Sunil. Está cerca de la ciudad con sus chicos. En la reunión nocturna de la *shakha* corre el rumor de que el *saheb*

será detenido al día siguiente. Oigo de fondo los gritos furiosos de las tropas del Tigre. Percibo en Sunil una energía renovada. Vuelve a ser como en los viejos tiempos.

Al día siguiente, Sunil me llama al móvil a todas horas para informarme de sus movimientos mientras se dedica a detener trenes. Los chicos de Sunil son enviados a Goregaon y la *shakha* de Goregaon envía a los *sainiks* a Jogeshwari. Así no los reconocerán los policías locales, que tan pronto son sus amigos como sus carceleros. En un momento determinado, un ejército de doscientos agentes de policía se mantiene al margen mientras los chicos de Sunil obligan a respetar la huelga. La policía hace ruidos poco efectivos, anota nombres y amenaza con arrestarlos. El destacamento de Sunil detiene un autobús y el conductor pide a los pasajeros que se apeen antes de que procedan a destrozarlo. Entran en tiendas de grandes escaparates y señalan al dueño los gastos en que podría incurrir si mantuviera el negocio abierto y alguien arrojara una piedra contra su precioso escaparate. Él baja inmediatamente la persiana. Entre setecientos y ochocientos *sainiks* se despliegan por Jogeshwari, deteniendo los trenes y obligando a los taxis y *rickshaws* a abandonar las calles. Entran con paso resuelto en la cochera de los autobuses; el director en persona se ofrece a retirar los autobuses de las calles para que no sufran desperfectos. La ciudad se paraliza.

Al final no se trata tanto de una guerra civil como de una farsa. El *saheb* anuncia que comparecerá voluntariamente ante los tribunales. Así lo hace, escoltado por un ejército de quinientos policías, lo que crea la apariencia de que ha sido arrestado por Bhujbal, y el juez anula el caso, aduciendo que debería haberse procesado antes de los tres años del delito. En menos de cuarenta y cinco minutos, Thackeray está fuera del juzgado. Bombay empieza a respirar de nuevo.

Pero las cosas se ven distintas desde Cuffe Parade. La nueva Miss Universo se dispone a volver triunfante al país. En estos momentos «todo lo que

preocupa a Bombay —declara el famoso columnista Shobha De— es quién va a asistir a la fiesta de bienvenida de Lara Datta».

El impulso al genocidio nace del deseo de limpieza, de una pulcra homogeneidad, porque es bien sabido que el caos y el desorden son resultado de una mezcla confusa, de la heterogeneidad. Iqbal y Jinnah se desligaron de la India porque querían crear una nación pura, la Tierra de los Puros. El espíritu —esta palabra de la que tanto se abusa— de la India es contrario a tal homogeneidad. Pero si una persona imparcial recorre con la vista Bombay verá que está realmente demasiado poblada. Alguien tiene que irse. Pero ¿quién? Bueno, empiezas por los más pobres. O los recién llegados. O los que tienen menos que ver contigo. Los inmigrantes esperan estar a la larga en situación de arrogarse el derecho de dejar fuera a los nuevos inmigrantes, de decir a la siguiente persona que va a apearse del tren en su ciudad que debe marcharse, que no puede quedarse. Entonces sabes que eres un verdadero nativo.

Los disturbios de 1992 y 1993 fueron un desastre doble para Bombay: empeoraron la ciudad para los que ya vivían en ella, y no la hicieron menos atractiva para los que llegaban del campo con la intención de sumarse a ellos. El próximo altercado civil no será diferente. La ciudad empeorará, pero no por ello disminuirá su población. Ni siquiera dejará de acumular a gente nueva.

En el nuevo siglo el Shiv Sena está experimentando dificultades. No es capaz de responder con vigor cuando las organizaciones criminales musulmanas empiezan a eliminar a sus *pramukhs*. Algunos mueren, otros son amenazados. En Jogeshwari, Bhikhu Kamath recibe una carta en «idioma musulmán», como lo describe Sunil, que le informa de que él es el siguiente, por haber matado a musulmanes en los disturbios. Chotta Shakeel, el jefe de

operaciones de las bandas musulmanas, está haciendo lo que el gobierno no ha sabido hacer. Se está vengando de los disturbios. Y además está persiguiendo a las personas adecuadas: los responsables, como el ex alcalde Milind Vaidya, cuyo nombre consta en el Informe de la Comisión Srikrishna. Shakeel está consultando el informe; es el agente ejecutivo del poder judicial de Srikrishna.

Los líderes del Sena hacen lo peor que cabe hacer si quieres ganarte el respeto de los *taporis*: piden protección a la policía. Los *shakha pramukhs* y sus representantes se rodean de guardaespaldas. El Tigre pone el grito en el cielo cuando ve menguar su seguridad de 179 guardaespaldas a 149; tras las matanzas de los *pramukhs*, vuelve a aumentar. El Tigre está perdiendo los colmillos. Sufre del corazón, y entre su hijo y su sobrino se avecinan luchas por la sucesión. El poder ha vuelto gordos, ricos y blandos a los dirigentes veteranos. No pueden hacer nada demasiado escandaloso porque entre su gente hay ministros del gabinete de Delhi. El BJP ha actuado como influencia moderadora sobre el ejército callejero. Bajo el liderazgo del hijo de Thackeray, Uddhav, el Sena corre el riesgo de convertirse en un partido regional más, un partido de políticos. En el Sena el ambiente se caldea; el Tigre acusa a sus hombres de haberse convertido en una «organización de jubilados».

Hace falta una nueva válvula de escape para la ira de la juventud y los pobres. Las bandas la proporcionarán si no puede hacerlo el Sena. El Sena necesita seguir el ritmo en que se acumula su cólera; no puede acorralarla, atizarla, absorberla. La oleada de jóvenes que en los años ochenta y principios de los noventa libraron las luchas callejeras del Sena, como Sunil, han recibido su recompensa y se han convertido en prósperos hombres de negocios aburguesados y en oficiales ejecutivos especiales; se están pavoneando, llevando a sus niños a colegios ingleses. Los chicos que han llegado después que ellos tienen dificultades para ir tirando. Si el Sena no explota su cólera, lo hará alguna otra fuerza; y esta vez podría no ser un partido político. Podría no

ser una religión o una banda siquiera. Podría ser sencillamente una explosión de la cólera urbana y amorfa que flota libremente entre los jóvenes sin ideología ni creencias. Jóvenes en tránsito dentro de su propia ciudad, dentro de sus roles individualmente múltiples.

MUMBAI

La historia de cada ciudad está marcada por un suceso catalizador, del mismo modo que en cada vida hay un suceso clave alrededor del cual aquella se organiza. Para Nueva York ahora es el 11 de septiembre de 2001, los atentados al World Trade Center. Para el Bombay de mi época fueron los disturbios y las explosiones de 1993. Bombay se ahorró los horrores de la Partición de 1947. El único suceso relacionado con la guerra que recuerdo en mi adolescencia tuvo lugar durante el conflicto de 1971 con Bangladesh: un avión civil sobrevoló la ciudad una noche por equivocación, se dispararon las alarmas antiaéreas, empezaron a encenderse los focos antiaéreos sobre el Raj Bhavan, la cercana residencia del gobernador, y mi padre nos hizo meter a todos debajo de las camas. En el colegio practicábamos escondiéndonos debajo de los escritorios por si caía una bomba.

Pero en la vida psíquica de la ciudad hubo un trauma anterior que supuso un antes y un después para los ancianos: la explosión del *Fort Stikine* el 14 de abril de 1944.

El *Fort Stikine* era un barco que se suponía que transportaba balas de algodón y que, como las más de cien embarcaciones que había entonces — como ahora— esperando un punto de ataque en el puerto, había anclado a poca distancia de la costa. La intensa presión bajo la que estaban almacenadas las balas de algodón, sumada a la temperatura de ese día tan caluroso, hizo que estallaran en llamas. Eso de por sí no habría sido muy grave, al menos para los que no se encontraban a bordo. Pero el *Fort Stikine* llevaba un cargamento secreto. Transportaba explosivos —eran tiempos de guerra—, así como un cargamento secreto de oro y plata por valor de dos millones de

libras, traído de Londres para estabilizar la rupia india que se hundía. Luego el cuerpo de bomberos hizo lo peor que podría haber hecho: llevó a remolque el barco en llamas hasta el puerto en lugar de hundirlo en la bahía. Al cabo de un cuarto de hora hubo una explosión terrible seguida de una cortina de humo, y las ventanas de las casas de los alrededores vibraron. Veinticinco minutos después, hubo otra explosión y los cristales de las ventanas se hicieron añicos. La munición había prendido y el barco explotó en el muelle, que en esos momentos se encontraba lleno de estibadores y bomberos. Murieron doscientas noventa y ocho personas en el acto.

Luego empezó a llover.

El cielo de Bombay se llenó de oro y plata, cascotes, ladrillos, vigas de acero y miembros y torsos humanos, que volaron hasta el Crawford Market. Un joyero estaba sentado en su tienda del Jhaveri Bazaar cuando un pedazo de oro macizo atravesó el tejado y aterrizó a sus pies. Una viga de acero voló por el aire hasta estrellarse contra el tejado de la Victoria Terminus, la principal estación de tren. Un disco de hierro cayó sobre el cuello de un caballo y lo decapitó limpiamente. Miembros sueltos y trozos de cuerpos humanos se desparramaron por todo el puerto. Bombay nunca había visto, hasta entonces, una acción bélica. Fue como si la hubieran bombardeado.

El desastre del *Fort Stikine* sigue vivo en nuestro recuerdo. Hasta fechas tan tardías como los años setenta se encontraron lingotes de oro del barco en las operaciones de drenaje del puerto. Pero había montañas de escombros y las autoridades municipales británicas optaron por ganar terreno al mar. Empezaron a llenar la Back Bay por la zona de los manglares creando lo que ahora es Punta Nariman, que con el tiempo se convertiría en el distrito peor planeado de la India moderna, el primer villano de la historia del Bombay moderno.

En la entrada de Cama Chamber, en el edificio número 23, cuelga muy a la vista el siguiente letrero:

ATENCIÓN

Este edificio no es seguro y está en peligro de derrumbe.

Las personas que entren lo hacen por su cuenta y riesgo.

Los dueños no se responsabilizan de ningún daño
infligido a su vida o sus bienes.

LOS PROPIETARIOS

Si subes las estrechas escaleras de madera del peligroso edificio puedes ver los letreros de las oficinas. Hay bufetes de abogados, contables, ejecutivos de bancos mercantiles. Las oficinas en sí son de líneas elegantes y modernas, con aire acondicionado y ordenadores que parpadean. Solo las zonas públicas del edificio están decrepitas. En el primer piso hay huecos donde debería haber ventanas. En él cuelga el mismo aviso de los propietarios. No reciben prácticamente nada en concepto de alquiler por el terreno, de modo que no planean hacer obras en el edificio: lo único que pueden hacer es poner esos letreros de advertencia, con la esperanza de que ahuyenten a los clientes de los negocios de dentro.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial otra catástrofe sacudió Bombay: la Ley de Control de los Alquileres de Viviendas, Hoteles y Casas de Huéspedes de 1947, comúnmente conocida como la Ley de Alquileres. Bombay todavía se está recuperando de esa embestida legislativa. Aprobada en 1948, la ley congeló los alquileres de todos los edificios tomados en arriendo en esos momentos a los niveles de 1940. En el caso de los demás edificios, los tribunales estaban autorizados a fijar un «alquiler estándar» que, una vez determinado, no podría aumentar nunca. Siempre y cuando el inquilino siguiera pagando el alquiler, no podría ser desahuciado; no necesitaría renovar el contrato de arrendamiento. En principio, pretendía ser una medida de emergencia de tiempos de guerra, una previsión de cinco años para proteger a los inquilinos de la inflación y la especulación que seguirían a la Segunda

Guerra Mundial. Bombay estaba llena de tropas al comienzo de la guerra. Los alojamientos estaban muy buscados; había mucho movimiento. Y los recién llegados eran ricos; a los propietarios no se les pasó por alto ese hecho. De modo que subían los precios todo lo que se lo permitiera el mercado. Los forasteros —indios— que llegaban se encontraban con que no podían entrar en la ciudad. Los que estaban de paso en ella durante la guerra amenazaban con dejar en la calle a los que llevaban toda la vida viviendo allí: de ahí surgió la Ley de Alquileres.

Pero la ley, una vez promulgada, resultó ser políticamente imposible de revocar, puesto que siempre habría más inquilinos que propietarios. En Bombay hay dos millones y medio de inquilinos, el grupo de presión más poderoso de la ciudad. Todos los partidos políticos se unen para apoyarlos activamente; la Ley de Alquileres se ha prorrogado durante más de veinte años. Los inquilinos han propuesto a los caseros una solución: vender sus propiedades alquiladas *en masse* a los que viven en ellas por cien veces el alquiler fijado en cada propiedad. Eso pondría fin de una vez por todas a las disputas por los alquileres, ya que convertiría a los inquilinos en propietarios. También significaría que las propiedades de los barrios más pijos de la ciudad se venderían por una suma que no alcanzaría ni para comprar una barraca en los suburbios en el mercado libre. Los caseros no pueden hacer otra cosa que negarse a restaurar las propiedades, de modo que no hay posibilidad de que las viviendas de la ciudad-isla mejoren o se amplíen a corto plazo, y cada año se desmorona una parte más extensa de ellas. Hay veinte mil edificios declarados oficialmente en ruinas que necesitan reformas, de los cuales se renuevan menos de veinte al año.

Entre los niveles relativos de ingresos de los caseros y los inquilinos no hay diferencia por lo que se refiere a la ley. Las previsiones de la Ley de Alquileres también se aplican a edificios comerciales, multinacionales prósperas y grandes empresas gubernamentales, que pagan una miseria por sus

oficinas. Algunas de las personas más ricas de la ciudad viven en bungalows de alquiler controlado de Colina Malabar, que han heredado de sus abuelos y tatarabuelos. La razón por la que Bombay se está asfixiando es la Ley de Alquileres. Perjudica a los recién llegados, a los jóvenes y a los pobres; es la razón por la que los amantes de Bombay no pueden encontrar un lugar para estar solos. Los que llegan de fuera no pueden encontrar una habitación de alquiler porque la clase media y los ricos controlan las mejores propiedades. Es la versión más extrema del impuesto para los recién llegados. Pero eso no impide que sigan llegando; simplemente los condena a vivir en la miseria.

En los años treinta Bombay estaba lleno de letreros en los que se leía «Se alquila piso». Muy poca gente compraba pisos entonces; no había hipotecas. Comprar un piso con una hipoteca sigue siendo algo relativamente inusitado en Bombay. La mayoría de la gente paga la propiedad a tocateja, con un porcentaje fijo «en negro y en blanco»: la cantidad sobre la que hay que pagar impuestos se entrega en forma de talón; el resto, en bolsas de la compra llenas de billetes. El propietario tendría que sobornar a un inquilino para que desalojara un piso de alquiler controlado; de hecho, le pagaría una suma considerable para recuperar su propiedad. Esta práctica, que en otro tiempo era un delito, está tan extendida en 1999 que el Estado se ve obligado a legalizarla. Las batallas judiciales sobre la Ley de Alquileres adquieren las dimensiones de una guerra. Cuando hace poco el Estado consideró revisar la ley, el presidente de la Asociación de Propietarios tuvo que quedarse en su casa durante un mes bajo vigilancia armada. Nunca habrá solución en el caos de los alquileres porque todos los activistas profesionales se quedarían sin trabajo, me dice uno de ellos.

Crees en los derechos a la propiedad privada o no crees; un ciudadano puede o no tener un derecho permanente sobre un terreno, pero, si lo tiene, debería verse apoyado por todo el peso de la ley. El propietario de un piso debería tener el derecho a recuperar la posesión una vez que expira el contrato

de arrendamiento. Si se reserva un terreno como parque público, el Ayuntamiento debería tener derecho a demoler cualquier estructura que lo invada. Sin embargo, en 1979 el gobierno de la India retiró de la Constitución el derecho a la propiedad como un «derecho fundamental», junto con el derecho a cobrar una indemnización cuando el Estado expropia una propiedad. En la India, el marco de la legislación existente —la Ley de Alquileres, o la Ley sobre el Límite del Suelo Urbano, que básicamente transfiere al Estado la propiedad de amplias extensiones de terreno de Bombay— crea una duda permanente en la mente del propietario: ¿realmente me pertenece esta tierra? Esta es la pregunta que mantiene al 60 por ciento de la población sin un techo. Los contratistas no construyeron ni por asomo la cantidad de viviendas nuevas que se necesitaban porque en cualquier momento alguien les podía decir: «Esta tierra no te pertenece».

El gran Bombay, que incluye los barrios periféricos, tiene un déficit anual de cuarenta y cinco mil casas. La cantidad de viviendas de nueva construcción asciende cada año a menos de la mitad de las que se necesitan. Así, estas cuarenta y cinco mil familias engrosan cada año las filas de los habitantes de los suburbios. En palabras de los planificadores, sus necesidades de alojamiento «son satisfechas en el mercado extraoficial». La población de los suburbios se dobla cada década. Por otra parte, en la ciudad hay cuatrocientas mil viviendas vacías, porque los dueños temen perderlas a manos de los inquilinos si las alquilan. Asumiendo que cada apartamento puede albergar a una familia de cinco personas, como promedio, eso significa que dos millones de personas, es decir, una cuarta parte de los sin techo, podrían encontrar inmediatamente alojamiento si se modificaran las leyes.

Pero el miedo de los inquilinos también es comprensible. El mayor temor del bombayita es acabar en la calle. En Nueva York trabajé de voluntario en una organización para las personas sin hogar y al cabo de tres años empecé a conocerlos. La falta de vivienda es una lacra; el hecho material de no tener una

casa propia invade la conciencia de una persona hasta convertirse en algo que la autodefine. Antes de ser oficinista en paro, o hijo de tu padre, o marido de tu mujer, o bombayita, o ser humano, eres una persona sin techo. No hay mucha diferencia, en realidad, entre vivir en una chabola construida con trapos o en el mismo sendero sobre la que está construida. Si acaso, el aire es más puro a la intemperie, aunque durante las lluvias la ilusión de que hay una barrera entre tú y el agua es un gran consuelo. De niños nos construíamos pequeñas cabañas en las obras que había detrás del edificio donde vivíamos, en Ridge Road; levantábamos tres paredes y un techo con cualquier material que encontrábamos, cartones, trapos, ladrillos. Luego nos apretujábamos dentro, cinco o seis niños, mientras los chicos mayores se burlaban de nosotros. «Este es Suketu, el arquitecto. Y Dilip, el ingeniero.» El mundo parecía diferente, más seguro, dentro de la pequeña cabaña. En el colegio también demarcábamos nuestro territorio en los pupitres dobles en los que nos sentábamos. Aun siendo niños, estábamos continuamente tratando de reivindicar un espacio. Lo importante era que el exceso de gente no te obligara a salir del espacio que poseías en ese momento. En cuanto lo abandonabas, estaba a disposición de cualquiera.

La Ley de Alquileres da pie a interpretaciones peculiares del término «hogar», únicas en Bombay. Cada 1 de abril, un desfile de taxis y furgonetas de reparto de tres ruedas lleva a los residentes del Sanatorio F. D. Petit Parsi de Kemps Corner al Sanatorio Bhabha de Bandra. Cuatro meses después, todos son trasladados al Sanatorio Jehangir Bagh de Juhu. Al cabo de otros cuatro meses vuelven a Kemps Corner. Las migraciones masivas para acabar en el mismo lugar, a menudo en la misma habitación, se deben a que el parsi Panchayat, que es el dueño de los sanatorios, sabe que los inquilinos a los que se les permite quedarse en ellos se convierten en propietarios de facto. De modo que los lleva continuamente de un lado para otro, sin dejar de proporcionarles alojamiento. Muchas familias llevan más de medio siglo

sometiéndose a este ir y venir. Cada vez que se mudan, deben volver a solicitar una plaza, presentando un certificado médico para demostrar que necesitan alojarse en las saludables dependencias del sanatorio. Se les permite conservar sus maletas y algunos muebles, pero no la nevera. Instalar una nevera equivale a arrogarse el derecho de propiedad, de modo que los residentes deben subsistir a base de leche en polvo.

Otro tumor cancerígeno de la Ley de Alquileres de Bombay es el «huésped de pago». Cuando buscaba una oficina me hablaron de las «habitaciones de HP», que son habitaciones en el piso de otro. En la ciudad hay toda una horda de «huéspedes de pago», normalmente profesionales jóvenes procedentes de otras ciudades, que sufren las humillaciones que les imponen a diario sus caseros: a qué hora tienes que entrar y a quién puedes llevar, cuánto hielo de la nevera te corresponde, a qué volumen puedes poner la música. Hay tres dioses personales que se supone que cada hindú venera: madre, padre y huésped. No hay ninguna categoría para «huésped de pago».

La Ley de Alquileres es una expropiación institucionalizada de la propiedad privada. Las democracias tienen un punto débil: si detrás de una mala ley hay suficiente dinero o gente, no se modifica. Esto permite la perpetua prolongación de las prácticas más absurdas e irrazonables. En Estados Unidos puedo entrar en una armería y comprar una pistola por la mitad del importe de una buena cena para dos, aunque sea un loco o un delincuente convicto. En Bombay puedo entrar en un piso que he alquilado para un año y quedarme allí el resto de mi vida, cederlo a mis hijos a mi muerte y desafiar los esfuerzos del propietario legítimo para echarme de su propiedad. En ambos casos, me respalda la ley.

La ciudad está llena de gente que reclama algo que no es suyo. Los inquilinos afirman tener derecho sobre una propiedad en virtud de haberla ocupado ilegalmente. Los obreros exigen que las fábricas se mantengan abiertas aun con pérdidas para conservar su empleo. Los habitantes de los

suburbios exigen agua y electricidad para sus construcciones ilegales sobre terreno público. Los funcionarios públicos exigen el derecho a trabajar más tiempo del que se les necesita, a expensas de los contribuyentes. Los que se desplazan cada día de casa al trabajo exigen más descuentos en los billetes de tren, que ya son los más bajos del mundo. Los aficionados al cine exigen que el gobierno congele los precios de las entradas. El gobierno indio hace tiempo que cree que la ley de la oferta y la demanda es una quimera; lo que pagas por un artículo, una comida o un servicio no guarda ninguna relación con lo que le cuesta al que lo produce.

En una visita a las cuevas de la isla de Elephanta, salgo a un patio que hay junto a la cueva principal. Desde allí contemplo dos series de columnas: a mi derecha, los pilares encargados por el rey Rashtrakuta en el siglo VIII; enfrente, los nuevos pilares erigidos por el Centro de Investigación Arqueológica de la India (ASI). Los pilares originales, construidos hace un millar de años, delicadamente acanalados y proporcionados, se curvan suavemente hacia fuera como el vientre de un niño. Las columnas del ASI son bloques de piedra maciza y cada una varía ligeramente de forma, color y tamaño; con solo echar un vistazo te das cuenta de que están torcidas. Carecen de ornamentación, lo que probablemente es preferible, dado que sabe Dios las monstruosidades que tallarían sus escultores si los dejaran. Lo que sabíamos hacer de forma tan exquisita en este país hace un millar de años hoy día no somos capaces siquiera de intentarlo. Llegamos a hacer algunas de las obras de arte más grandiosas del mundo antiguo. Trastornados por una invasión, el colonialismo y una precaria adaptación a la modernidad, ya no sabemos construir cinco columnas con las mismas proporciones.

Construimos el Konarak Temple, Hampi, el Taj Mahal. ¿Y qué ocurrió? La calidad de la arquitectura en Bombay demuestra la evolución de las especies:

lo que se está construyendo hoy día es peor de lo que se construía hace cincuenta años, que es peor de lo que se construyó hace un siglo. Los edificios públicos de Bombay bajo el dominio británico, en la tercera década de la época victoriana, se inspiraron en la arquitectura gótica. «No tiene nada que ver con propagar el cristianismo —me señaló un historiador—. Es una muestra de lo que entendían por diseño elegante y buen gusto.» Entre los pórticos con columnas de los suntuosos edificios victorianos del barrio de Fort pulula el tráfico de un bazar oriental ilegal, inamovible y necesario. La terminal de trenes, la universidad y los juzgados del barrio de Fort son preciosos o caprichos góticos, según el gusto de cada cual, pero cuando los miras sientes algo. En Bombay no hay edificios modernos que te hagan sentir algo.

Esta es, pues, la topografía de mi niñez: bloques de pisos de un diseño Bauhaus envilecido, empequeñeciendo y eclipsando los bungalows de tejado rojo de los ricos anteriores. Frente al edificio de mi tío hay un rascacielos monstruoso cuyo esqueleto se terminó hace una década y sigue vacío. Por la ciudad hay esparcidos varios edificios iguales. Los pisos se han comprado a un precio desorbitado; están vacíos porque traspasan los límites de altura establecidos por las ordenanzas municipales. Las constructoras sabían que los estaban traspasando, pero los construyeron igualmente, pensando que lo prioritario era levantar la realidad de cemento y que ya lidiarían más tarde con las cuestiones superfluas: permisos municipales, papeleo legal, sobornos. Pero la corporación municipal no cedió y mandó derribar varios edificios o detuvo su construcción. El destino de los edificios que sobrevivieron quedó en manos de los tribunales, donde todavía están.

Los edificios más antiguos de la ciudad sobreviven. Las paredes de los edificios públicos de Mohenjo-Daro, de cinco mil años de antigüedad, se mantienen en pie. No puede decirse lo mismo de los construidos en la década de 1970. Durante todo el día hay obras alrededor de mi piso; cuadrillas de

hombres y mujeres con martillos y picos, arrancando trozos de bungalows y edificios más viejos, aquí y allá, sin llegar a destruirlos del todo, solo mordisqueándolos como un ejército de ratas para erigir sobre ellos estructuras horribles y mucho más percederas. En la India no existe ninguna asociación profesional que habilite a los ingenieros civiles para ejercer como tales; no reciben la formación adecuada. La arena que se utiliza para hacer el cemento procede de los arroyos que rodean Bombay, que contienen sal, lógamo y heces, de modo que los edificios nuevos tienen todo el aspecto de haber sido azotados por los elementos y devorados por las polillas. Muchos de los edificios más recientes tienen todo un lado cubierto de una tela marrón, las ventanas llevan un año bloqueadas y hay un andamio desde el cual los trabajadores inyectan granito en la telaraña de grietas de las paredes, para reforzarlas. Cuando los residentes pueden abrir las ventanas de un lado, empiezan las obras en el otro. Esto puede prolongarse durante años.

Rahul Mehrotra, elogiado por sus proyectos arquitectónicos (en particular, la combinación de material de alta y baja tecnología en sus edificios), hace diez años que trabaja en Bombay. Dedicó más de la mitad de su trabajo, la no remunerada, a un instituto de planificación urbana de Bombay. Habla con todo el que quiera escucharle —gobiernos, periodistas, rotarios— sobre lo que urge hacer en Bombay. «Si lo repites las veces necesarias puede hacerse realidad.» Estoy en su nueva oficina de Tardeo, amueblada en el estilo modernista poco comprometido que es su sello característico. Las fotos de sus hijos rompen la severidad de la habitación. «En Bombay los planificadores nos enfrentamos con un problema añadido —dice Rahul—. Si mejoramos la ciudad con buenas carreteras, trenes y viviendas, si convertimos la ciudad en un lugar más agradable donde vivir, atraerá más gente de fuera.» Entiendo; entonces la ciudad volverá a deteriorarse, debido al exceso de gente. Es como

construir carreteras. Cuantas más carreteras construyas, más elevado será el número de coches nuevos que se precipitarán a utilizarlas, y volverá a haber atascos. «La planificación en la India ha de tener en cuenta el país en su totalidad, las demás ciudades.» A menos que se restrinja la entrada en Bombay —el plan del Shiv Sena—, hacerla más habitable es un ejercicio inútil. La multitud de *bhaiyyas* del Gorakhpur Express seguirá aumentando, tanto más cuanto que creen que, solo apearse del tren, el gobierno les proporcionará una vivienda. El destino de Bombay está firme e inextricablemente unido al de la India, mucho más de lo que la ciudad quiere creer.

Según Rahul, el deterioro de Bombay se remonta a finales de la década de 1960. En 1964 una comisión encabezada por el arquitecto Charles Correa —el suegro de Rahul— propuso la construcción del Nuevo Bombay, una «ciudad imán» para Bombay, una válvula de presión. Estaría localizada al otro lado de la bahía, justo al este de la ciudad-isla. Sería una ciudad planificada; el gobierno sería propietario de todo el suelo y sus posibilidades de expansión serían ilimitadas, puesto que tendría toda la India como patio trasero.

Pero a finales de los años sesenta, el gobierno federal no cumplió el compromiso de trasladar sus oficinas del Proyecto de Recuperación de Punta Nariman, en el extremo sur de la isla, al Nuevo Bombay. Las empresas privadas siguieron su ejemplo. «Dejaron escapar Punta Nariman. Fue un verdadero bofetón para el Nuevo Bombay. El orgullo desmedido del dinero y el vínculo entre políticos y constructores habían llegado a tal punto que la preocupación por la ciudad no era prioritaria.» Rahul identifica las cinco constructoras que, junto con el gobierno de V. P. Naik, arruinaron Bombay: Makers, Rahejas, Dalamals, Mittals y Tulsianis. Sus nombres están immortalizados en los bloques de oficinas que construyeron en Punta Nariman que, en el primer plan urbanístico, se habían concebido como edificios residenciales y educativos.

Si los contratistas no hubieran violado el plan urbanístico, todas las oficinas

que construyeron en Punta Nariman se habrían erigido en el Nuevo Bombay, y ese impulso y esa energía habrían puesto en marcha la nueva ciudad. Habría reorientado para siempre el eje del tráfico en Bombay. Bombay crecía a lo largo de un eje norte-sur: la gente vive en el norte y se desplaza al sur para trabajar, en trenes inhumanamente abarrotados. Su futuro depende de que el eje sea reorientado de este a oeste. La metrópoli de Bombay es el área urbana más grande de la India: el 32 por ciento de la población vive en la ciudad-isla, el 42 por ciento en los suburbios del norte y el 18 por ciento en el Nuevo Bombay. Pero el 72 por ciento de los empleos se encuentran en la ciudad-isla, adonde se dirige una parte excesiva del tráfico.

La razón por la que los constructores invadieron Punta Nariman en lugar del Nuevo Bombay era sencilla: «Cuanto más desequilibras la oferta y la demanda, más suben los precios. Los cinco chicos debieron de quedar para tomar un té y entre ellos decidieron monopolizarlo todo en un plan más pequeño». Ahora el Nuevo Bombay es esa creación deprimente llamada ciudad dormitorio.

Rahul despliega un mapa de Bombay y señala otra solución. Acaba de trazar un nuevo plan para urbanizar el frente marítimo del este de la isla, enormes extensiones de terreno que son propiedad del Bombay Port Trust. Esta orientación hacia el este no se corresponde con la visión imperante en Bombay, que está orientada al oeste, «donde el atardecer es precioso y sopla más brisa», explica Rahul. Abriendo el frente marítimo del este «podrías integrar visualmente la ciudad al Nuevo Bombay; podrías ver el Nuevo Bombay desde el Ballard Estate». Pero hay una firme resistencia por parte del Bombay Port Trust. «Están empezando a comportarse como constructores.»

Hay tierra, miles de kilómetros de tierra sin explotar, hacia el este. Pero el este no es lo bastante bueno para Bombay, que está resuelto a reclamar el oeste hasta Arabia. En Bombay crecimos mirando al oeste, porque el mar era la única dirección en la que el ojo podía vagar libremente. Si la gente sale a

una terraza o balcón de un apartamento de Bombay, y tiene una vista de trescientos sesenta grados, desplaza automáticamente la mirada hacia el oeste, la dirección de lo posible.

Mi profesor de ciencias del noveno año miró una vez por la ventana de Dariya Mahal y me dijo: «Todos estos edificios que tenemos delante —Dariya Mahal 1 y 2— acabarán cayendo sobre el mar». Yo me alarmé; mi abuelo y la chica de la que estaba enamorado vivían en esos edificios. Pero no iban a mantenerse en pie mucho tiempo, predijo mi profesor, porque estaban contruidos sobre terreno ganado al mar: «ganado», como si tuviéramos un derecho legítimo sobre él.

Hubo un tiempo en que Bombay estaba compuesto por siete islas accidentadas, pero las nivelaron y arrojaron tierra al mar para hacer de ellas una sola isla grande; la ciudad perdía en altura lo que ganaba en extensión. La historia de la construcción de Bombay consiste en una lucha contra el mar, un niño en la orilla arrojando guijarros al agua, como hacía yo desde las rocas que había detrás de Dariya Mahal, llenando los charcos: un anhelo atávico de crear tierra, de conquistar el agua.

El arquitecto Hafeez Contractor, que construye edificios de pisos en forma de conchas, setas y, en un caso, un falo, goza de la confianza de las autoridades civiles y ahora quiere «ganar» aún más tierra al mar del oeste: casi doscientas hectáreas más. Pero el mar desafía continuamente la validez de tales conquistas. El agua se venga en nuestros edificios; corroe los exteriores, reblandece las patatas fritas y los *pappadams*, penetra en nuestras paredes y se filtra en nuestros techos. Cada monzón es un asalto sobre Bombay. La lluvia torrencial es un árbitro severo y cruel de los principios básicos de ingeniería. Lo que no puede hacer el Ayuntamiento lo hace la lluvia: derriba estructuras poco estables. El mar y la lluvia se juntan en las aguas residuales, los desechos humanos, por todas partes. Alrededor de donde duermo, en mi habitación, hay agua abriéndose paso a través de mi caparazón, invadiendo el

espacio seco a través de docenas de goteras, gota a gota. Hay agua en todas partes excepto en mis grifos.

A los catorce años viví un milagro. Abrí un grifo y salió un chorro de agua clara. Fue en la cocina del estudio de mi padre, en Jackson Heights. Nunca me había ocurrido nada parecido. En Bombay, el acto de abrir el grifo, cuando funcionaba, siempre era el primer paso de un proceso. El agua salía sin tratar; había que tomar ciertas medidas. Primero se filtraba con un trapo fino para retirar el grueso de la porquería visible. Volvía a colarse en un gran receptáculo blanco con filtros de vela. Luego podía hervirse, especialmente en la estación lluviosa. Finalmente se llenaba con ella botellas de whisky vacías que se dejaban enfriar en la nevera, o, en casa de mis abuelos, las grandes tinajas de barro que le daban un delicioso sabor dulce. Transcurría mucho tiempo, al menos veinticuatro horas, entre el momento en que salía el agua del grifo y el acto de beberla. Había crecido sin probar el agua fresca.

Bombay depende del interior para este recurso básico. Es la única ciudad de la India donde hay que traer el agua de lagos situados a cien kilómetros de distancia. La razón fue la gran plaga de 1896. Hasta mediados del siglo XIX, la ciudad dependía del agua de los pozos y los depósitos. Después de la plaga, se cerraron. Actualmente la corporación municipal trata y suministra unos ochocientos millones de galones al día. Eso representa solo el 70 por ciento del total de la demanda de agua. Los que no ven satisfecha su demanda viven sobre todo en los suburbios. Tienen que robar el agua que necesitan de las cañerías que cruzan sus terrenos camino de las casas de los consumidores a quienes el Ayuntamiento considera usuarios legítimos. Los pobres roban hasta un tercio del agua de la corporación municipal. Periódicamente se producen altercados por el agua, incluso en barrios de clase media como Bhayander. Sus habitantes, tanto amas de casa como contables, se echaron hace poco a la calle y quemaron trenes porque no salía agua de sus grifos. La policía los detuvo con gases lacrimógenos.

El cuerpo de arquitectos, dice Rahul, no ha logrado entusiasmar a la ciudadanía con un plan urbanístico, demostrar que todos estos problemas están interrelacionados. Rahul cree que en la principal escuela de arquitectura de Bombay, J. J., «no hay nada que hacer», y en ninguna parte se imparte un curso de planificación urbanística. La gente joven no acude a él para trabajar en su instituto. «Entonces ¿cómo salvaría usted la ciudad?», le pregunto.

Su respuesta es de una simplicidad que desarma: crear espacio. Una ciudad abarrotada solo tiene dos formas de sostenerse: adquirir nuevos terrenos o dar nuevos usos a los ya existentes. El Nuevo Bombay es un ejemplo del primer enfoque, en el que se dota a las tierras agrícolas de infraestructuras, como un suministro de agua adecuado, alcantarillas y servicios de transporte, para crear nuevo suelo urbano. El segundo enfoque, que en opinión de Rahul no se ha investigado lo suficiente, es tomar los terrenos que ya cuentan con infraestructuras, como las zonas de las fábricas textiles Parel o los alrededores de los muelles, y darles nuevos usos que se adapten mejor a las necesidades de hoy. Hay enormes polígonos industriales, y Rahul compensaría las deficiencias en la estructura existente de la ciudad construyendo escuelas, hospitales, auditorios, parques. Otro amplio sector de terreno ya dotado de infraestructuras es propiedad de la compañía ferroviaria: las vastas extensiones a cada lado de las vías. Tal como están las cosas, estos terrenos son ya de todos modos apropiados ilícitamente para uso público cuando los suburbios (las casuchas de Sunil, por ejemplo) avanzan hacia ellos.

Los conceptos de lujo y de necesidad básica se han trastocado en Bombay. Cada chabola que veo en Jogeshwari tiene un televisor; de los tejados se elevan antenas como ramas plateadas. Frente a las barracas de clase media se ven motos, incluso coches. Además, en Bombay la gente come relativamente bien, incluso la que vive en los suburbios. Los verdaderos lujos son agua potable, sanitarios limpios, y transportes y viviendas aptos para un ser humano. No importa el dinero que tengas. Si vives en los barrios residenciales

de las afueras cada día despotricarás al volante de tu coche durante las dos horas que tardas en ir y volver al centro, o te asfixiarás en los compartimentos de los trenes, incluso en los de primera clase. El mayor lujo de todos es la soledad. Una ciudad de esta densidad demográfica no permite la privacidad. Los que no tienen una habitación individual no disponen de ningún espacio para estar solos, defecar, escribir poesía o hacer el amor. Una buena ciudad debería ofrecer eso; debería tener parques o playas donde los jóvenes puedan besarse sin verse abrumados por la multitud.

El enfoque que están probando actualmente los planificadores del gobierno es el de la «ciudad polinucleada», que extendería sus barrios comerciales más allá del sur de Bombay, hasta lugares como el complejo Bandra-Kurla, Andheri u Oshiwara. Pero la mayor posibilidad de crear suelo urbano en Bombay la brindan las zonas industriales, unos cuatrocientos y pico acres de suelo bombayita de primera calidad ocupado por cincuenta y dos fábricas, de las cuales muy pocas están en funcionamiento. Esas zonas están ahora salpicadas de edificios posmodernos muy altos y delgados de colores brillantes, que se ven fuera de contexto y desconcertantes entre los *chawls* de dos y tres pisos, con plataneros enfrente, carreteras estrechas y las vastas ondulaciones de los tejados de las fábricas. La mayoría son apartamentos de lujo. Donde antes trabajaban millones de personas ahora viven miles. Cuando entré en uno de esos edificios para ver un piso, caí en la cuenta de que había intervenido la misma imaginación mediocre: las habitaciones exiguas y las ventanas de un tamaño antinatural, nada apropiadas para un país donde durante la mayor parte del día el sol es el enemigo.

Los obreros quieren que vuelvan a abrir las fábricas, que las modernicen; no creen que se hayan acabado los días de Bombay como centro industrial. El gobierno trazó un plan para las fábricas: convertir un tercio en viviendas para personas con bajo nivel de ingresos y para los obreros suspendidos temporalmente del trabajo; dejar que los dueños de las fábricas vendieran otro

tercio como vivienda o espacio comercial, y utilizaran parte de los ingresos obtenidos con la venta para modernizarlas; y ceder el otro tercio a la corporación municipal para uso público. Todavía hay cuarenta mil obreros empleados en las fábricas. Los dueños están esperando que se den por vencidos, mueran o se jubilen. El gobierno cedió el terreno a los dueños, dicen los obreros, para crear empleo, de modo que no les toca a ellos decidir si se deshacen o no de él. Los obreros que han aceptado una jubilación anticipada cogen su dos lakhs, se los gastan rápidamente y acaban convertidos en *rickshaw wallahs*, borrachos o delincuentes. Junto con la Ley de Alquileres, este es el problema más grave de la política de Bombay, así como el más triste: ser justos con los que construyeron la ciudad ahora que la ciudad ya no los necesita.

Luego hay una serie de medidas pequeñas que Rahul cree posibles; lo que llama «el micronivel». Podría convencerse a las compañías privadas para que invirtieran en el embellecimiento de la ciudad donde llevan a cabo sus negocios. Podría mejorarse la comunicación entre Ayuntamiento y ciudadanos a través de instrumentos como el Citizen's Charter o Estatuto del Ciudadano, que especifica qué tiene derecho a esperar la gente de su gobierno local. Rahul quiere, por encima de todo, un plan «holístico». Los planes actuales están lejos de serlo. Los pasos elevados, por ejemplo. El Shiv Sena construyó cincuenta y cinco para resolver los problemas de tráfico. Un paso elevado solo es un pequeño puente para vehículos que se eleva por encima de una señal de tráfico, pero suena grandioso: «¡Pasa por encima!». Es discutible que los puentes hayan mejorado el tráfico. La mayoría están en los barrios periféricos; en el centro de la ciudad no hay calles nuevas. Que yo sepa, los pasos elevados solo te permiten llegar antes a los atascos.

La ciudad no sabe gobernarse a sí misma. No es capaz de cambiar lo bastante deprisa. La ciudad se construyó a partir de la industria textil; transcurrido un tiempo, tiene que reconstruirse a partir de algo más:

información. La gente mayor tiene dificultades en reconciliarse con la idea de que una ciudad entera, cinco millones de empleos, pueda construirse sobre algo tan abstracto como la información; ni siquiera trozos de papel que puedes sostener en la mano, sino destellos de luz evanescente en una pantalla. En el siglo XIX los representantes de los obreros en apuros convocaron manifestaciones de protesta contra la nueva economía. La ciudad podría sobrevivir y florecer si sus dirigentes eran capaces de convencer a sus habitantes de la necesidad de pasar de cosas que se sostenían en la mano — tela, cuero, coches— a otras que se sostenían en la mente: imágenes cinemáticas, las pirámides de propiedad en empresas invisibles de todo el mundo. La ciudad tiene que cambiar. No puede seguir fabricando productos con las manos. Tiene que vender fuerza intelectual: ideas, datos, sueños. Y para lograr esto último su estructura física ha de cambiar. Las fábricas deben dejar paso a las oficinas.

Rahul regresó hace poco a Cambridge, donde había estudiado en Harvard, y comprobó que no había cambiado nada en la década que había transcurrido desde que se marchó. Cuando al cabo de cuatro semanas volvió a Bombay, no reconoció la acera de delante de su casa; la habían levantado y cambiado. El paisaje físico de la ciudad está en perpetua transformación.

Rahul está intentando mantener cierto grado de continuidad. Colabora activamente en varias iniciativas para la conservación y recuperación de barrios históricos. «Nos preguntamos: ¿qué pueden recuperar los motores contemporáneos en cada área? Un barrio artístico alrededor de Kala Ghoda. Un barrio financiero alrededor de Fort; un barrio turístico alrededor del Taj Hotel.» De modo que él es responsable en parte de una de las tardes más hermosas que vivo en Bombay, un concierto vocal indostaní frente al templo del siglo XII de Banganga, restaurado por el instituto de Rahul con fondos de un banco internacional. Pero tan pronto como salgo del concierto me llega un tufo procedente de las chabolas que rodean Banganga. Se trata de la hermosura

de un rico; dos bancos internacionales han financiado el embellecimiento de Banganga y ese concierto. Ha sido hermoso porque han dejado fuera a los pobres mugrientos y a sus hijos. He visto eso mismo en París, que también es bonito porque no han permitido entrar a los pobres en la ciudad, relegándolos al *banlieu*. Luego está Nueva York, que, cuando llegué en 1977, era, como cualquier ciudad estadounidense, un orfanato, una casa de beneficencia. Bombay es ambas cosas: las partes bonitas y las feas luchan a muerte, manzana a manzana, por la victoria.

Cada mañana, por la ventana de mi estudio, veo a hombres haciendo sus necesidades sobre las rocas que hay junto al mar. Dos veces al día, cuando la marea baja, un tufo horrible se eleva de esas rocas y se extiende por los pisos de medio millón de dólares que hay hacia el este. Prahlad Kakkar, un productor de anuncios publicitarios, ha hecho una película titulada *Bumbay* que va sobre cagar en la metrópoli. Utilizó cámaras ocultas para filmar a la gente en las letrinas de toda la ciudad-isla. Pero eso era solo la mitad de la historia, me dijo. «La mitad de la población no tiene un retrete donde cagar, de modo que lo hace al aire libre. Estamos hablando de cinco millones de personas. Si cada uno caga medio kilo en un día, son dos millones y medio de kilos de mierda al día. La verdadera historia es lo que no ves en la película. No hay tomas de mujeres cagando. Tienen que hacerlo entre las dos y las cinco de la madrugada, porque es la única hora que gozan de intimidad.» Kakkar descubrió esa ventana a los movimientos intestinales de los bombayitas a través de su chófer, que iba de vientre cuando y donde él se bajaba para acudir a una cita. Cuando Kakkar volvía, esperaba invariablemente fuera del coche al chófer, que regresaba corriendo, disculpándose. «*Saab*, tenía que cagar.» El chófer, Rasool Mian, sabía adónde dirigirse para cagar en cualquier lugar de la ciudad; había localizado los mejores lugares en su búsqueda de exteriores para el sistema digestivo.

El World Bank mandó hace poco a un grupo de expertos para resolver la

crisis sanitaria de Bombay. Los beneficiarios de los proyectos del banco ya no se llaman pobres sino «clientes». Pero, en este caso, los clientes no eran seres humanos individuales sino el Estado, el gobierno de Maharashtra. La solución que proponía el banco era la construcción de cien mil sanitarios públicos. Era una idea absurda. He visto letrinas públicas en los suburbios. No funciona ninguna. La gente defeca alrededor de ellas porque las fosas llevan meses o años atascadas. Construir cien mil sanitarios públicos es multiplicar por cien ese problema. Los indios no tienen la misma conciencia cívica que un escandinavo, por poner un ejemplo. El espacio que mantienes limpio termina en los límites del espacio que consideras tuyo. Los pisos de mi edificio están impolutos por dentro; se barren y friegan cada día o incluso dos veces al día. Los espacios públicos —pasillos, escaleras, vestíbulo, recinto— están llenos de escupitajos de betel; el suelo está cubierto de escombros mojados y solidificados, bolsas de plástico y porquería de origen humano o animal. Lo mismo ocurre en todo Bombay, tanto en los barrios ricos como en los pobres.

Esta falta de conciencia cívica es algo que han hecho notar todos, desde los británicos hasta los nacionalistas hindúes del RSS: el defecto nacional del carácter indio. Se ve en Panchratna, reducto del comercio de diamantes. Las oficinas por dentro son deslumbrantes; los espacios públicos son cloacas. Los propietarios de las oficinas que hay entre la primera y la sexta plantas han dejado de pagar las facturas del aire acondicionado central, que ascienden a cincuenta lakhs, de modo que lo cortan. Las oficinas con ventana instalan aparatos de aire acondicionado en la ventana y no tienen problema. Pero las que no tienen ventanas han de instalar aparatos especiales que toman el aire de fuera pero expulsan los gases al pasillo. De modo que la gente que recorre el pasillo o que espera el ascensor se ve sometida a poderosos chorros de aire viciado y caliente en los espacios sin ventilar. Puedes llegar a sudar la mitad de tu peso esperando un ascensor. También pueden provocar un incendio, con todas esas tuberías calientes que serpentean a través del cableado eléctrico

por los techos. Mi tío, que tiene una oficina en Panchratna, se ve obligado a amenazar con demandarlos por perjuicio para el interés público para que las retiren. La mayoría de los edificios de Bombay tienen muchas dificultades para reunir fondos con objeto de hacer obras, porque es un esfuerzo colectivo y los beneficios se reparten —y diluyen— entre muchos.

El gobierno no puede convertir la ciudad en un lugar físicamente mejor, pero puede llamarla de otro modo. La ciudad ha sucumbido a una fiebre masiva de dar un nuevo nombre a las cosas. Cada mes se presentan a la corporación municipal más de cincuenta propuestas para cambiar el nombre de las calles. Entre abril de 1996 y agosto de 1997, la administración civil aprobó ciento veintitrés de dichas propuestas. El comité de calles de la corporación municipal emplea el 90 por ciento de su tiempo en dar nombres nuevos, recibiendo dinero de residentes influyentes a cambio de llamar una calle o un *chowk* como sus parientes. Es una forma perversa de honrar a sus antepasados, con sobornos. Solo hay unas cuantas calles en la ciudad susceptibles de un cambio de nombre; el problema es que sigue habiendo un montón de padres, líderes y patronos que requieren que su nombre sea vinculado a una calle. La ciudad se está quedando sin calles que rebautizar. Entonces los políticos se dieron cuenta de que cada dos calles forman una intersección. Un cruce [*chowk*], que es un buen auspicio para templos y restaurantes iraníes, puede tener su propio nombre. ¿Cómo debería conmemorar la ciudad el hecho de que Shankar y Jaikishen, los compositores de música, se tomaran un café cada mañana en el restaurante Gaylord? ¿Deberían llamar así el cruce más próximo al Gaylord? No, ya se le ha dado el nombre de Ahilyabai Holkar Chowk. De modo que dan el nombre de Shankar-Jaikishen Chowk a un cruce situado a dos manzanas de distancia.

Como consecuencia, se ha vuelto imposible consultar los callejeros oficiales y los letreros de las calles para buscar una dirección. En otra manifestación de esquizofrenia, en los callejeros, así como en el recuerdo de

la gente y en las postales, están surgiendo una ciudad oficial y otra no oficial. Los nombres de la ciudad verdadera son, como los Vedas sagrados, transmitidos oralmente. Muchos de los vecindarios de Bombay se llaman como los árboles o bosquecillos que crecieron allí. La colina Cumbala debe su nombre a un *kambal*; Babulnath a un *babul* o bosque de acacias; Bhendi Bazaar a una plantación de *bhendi* o árboles paraguas; Tamarind Lane a un árbol de tamarindo. Las palmeras Tad que hay debajo de los árboles *kambala* dieron nombre a Tardeo y los árboles Vad a Worli. Un valle de tamarindos o *chinch* se convirtió en Chinchpokli. Los árboles ya no existen, pero sus nombres perduran encantadoramente evocadores, hasta que te das cuenta de lo que se ha perdido.

Con los nombres ocurre que con el tiempo acabas encariñándote con ellos, sea cual sea su origen. Yo crecí en Nepean Sea Road, que ahora se llama Lady Laxmibai Jagmohandas Marg. No tengo ni idea de quién fue sir Ernest Nepean, como tampoco sé quién fue lady Laxmibai Jagmohandas, pero he cogido cariño al primer nombre y no veo razón alguna para cambiarlo. El nombre ha adquirido con los años una resonancia al margen de su origen, del mismo modo que puede haberlo hecho la rue Pascal, la calle Cuatro Oeste o Maiden Lane para quien ha crecido en esas calles. Me he acostumbrado a su sonoridad. Va incorporada a mi dirección, a mi vida de fantasías. Puedo volver a Nepean Sea Road; si algún empleado municipal empeinado en vengarse de la historia lo cambia por el de Lady Laxmibai Jagmohandas Marg, está haciendo un flaco favor a mi recuerdo.

Hoy día el cambio de nombres está en boga en toda la India: Madrás ha pasado a llamarse Chennai; Calcuta, esa ciudad construida por los británicos, se llama ahora Kolkata. Un diputado del BJP ha exigido que se cambie el nombre de la India por el de Bharat. Se trata de un proceso no solo de descolonización sino de desislamización. La idea es recuperar no solo un pasado, sino un pasado idealizado; en todos los casos, un pasado hindú. Pero

para cambiar el nombre de una persona, carretera o ciudad ha de haber una buena razón detrás, y no hay una buena razón para cambiar el nombre de Bombay. Es una tontería decir que Mumbai es el nombre original. Los portugueses y los británicos fundaron Bombay a partir de una reunión de islas palúdicas, y a ellos deberían volver los derechos bautismales. Los gujaratis y los marathas siempre la llamaron Mumbai cuando hablaban en gujarati o en marathi, y Bombay cuando hablaban en inglés. No había necesidad de escoger. En 1995 el Shiv Sena nos pidió que escogiéramos, de todos nuestros idiomas, Mumbai. Así es como los *ghatis* se vengaron de nosotros. Rebautizaron todo con el nombre de sus políticos y al final hasta cambiaron el nombre de la ciudad. Si no podían permitirse vivir en nuestras calles, al menos ocuparían sus letreros.

LA NÚMERO DOS DESPUÉS DE SCOTLAND YARD

El policía Ajay Lal tiene un sueño. Un sueño sobre el último gesto que haría como agente. No es ni arrestar al padrino Dawood Ibrahim, ni recibir una condecoración, ni enardecer a sus hombres con un discurso inspirador. Es un sueño mingitorio. «Iría a la jefatura de policía, me pararía delante e insultaría a todos mis superiores corruptos, sacaría todo a la luz. Luego mearía hacia ellos, daría media vuelta y abandonaría el cuerpo de policía.»

Sería una forma sensacional de poner fin a su carrera, un final catártico, explosivo: el célebre detective, antes de dejar el cuerpo, se encamina una mañana radiante a la jefatura. Se baja la cremallera de la bragueta, se saca el pene y lo apunta hacia el edificio. En la otra mano tiene un megáfono. Se lo lleva a los labios. «Jódase, Mhatre. Recibió un crore de Shakeel. Jódase, Shaikh. Usted, treinta lahks de Abu Salem. Jódase, Gonsalves. Diez *lakhs* y un piso de Rajan. Jódase, Chaturvedi. Tres putas de Dawood. Jódanse, jódanse, jódanse, señores.» Y acto seguido mea; lleva toda la mañana bebiendo café y le sale en un chorro potente, justo en el centro de la plaza, en medio del corro que se ha formado de subalternos, transeúntes, periodistas de sucesos y fotógrafos. Luego se sube la cremallera de la bragueta, mientras sus acalorados superiores salen precipitadamente del edificio, se escarba los dientes y, dándoles la espalda, se aleja hacia el sol naciente.

Conozco a Ajay, famoso sobre todo por la rapidez con que resolvió el caso de las bombas de 1993, una noche que va a cenar con su mujer Ritu a casa de mi amigo Vidhu Vinod Chopra. Vinod es director de cine y le ha invitado porque quiere que lea el guión de *Mission Kashmir* y lo asesore, en particular sobre una escena en la que un inspector de policía interroga a un militar. Ajay Lal tiene la mirada de un boxeador inteligente. Lleva el pelo muy corto, más común en un soldado que en un policía. Tiene el mentón partido y es el atleta estrella del cuerpo. A diferencia de los demás polizontes que he conocido, es un hombre de mundo, bien hablado y bien vestido. Podría ser un ejecutivo o, con su buen porte, una estrella de cine. Smita Thackeray, la nuera y compañera de Bal Thackeray, ha estado invitándolo a su casa.

—Ajay gusta a todas las mujeres —dice su mujer con un suspiro.

Cómodamente sentado en el salón de Vinod, Ajay nos instruye sobre los métodos de interrogatorio de la policía. En primer lugar, señala, no siempre se hace en la comisaría. Durante su investigación de los atentados de 1993, los interrogatorios se llevaron a cabo en el edificio del cuerpo especial de reserva. A veces, a falta de un piso franco, tiene que hacerlo en un coche en marcha con las ventanas ahumadas, ladrando preguntas desde el asiento delantero mientras sus hombres abofetean al sospechoso en la parte de atrás.

Si Ajay dispone de tiempo, priva al sospechoso de dormir durante toda una semana. Por lo general, ninguna de las partes puede permitirse ese lujo. De modo que otro método consiste en coger los dos extremos de un viejo cable de teléfono y aplicarlo a los brazos o los genitales; se acciona una dinamo portátil y se genera una potente corriente eléctrica. A veces se lleva al sospechoso a un arroyo y se le ata una pesada piedra a las piernas. Entonces uno de los hombres se coloca detrás de él, lo sujeta por las axilas y lo sumerge en el agua, donde el peso de la piedra tira de él hacia abajo. Lo único que lo mantiene a flote es el policía; el policía es su salvador, su última esperanza.

Hunde al sospechoso varias veces en el agua; al volver a salir a la superficie, boqueando y gritando, dice a Ajay todo lo que este quiere saber.

—El miedo a la muerte es lo más efectivo. Durante los atentados llevé a varios sospechosos al Borivali National Park y disparé unas cuantas balas que les rozaron las orejas. —Pero con muchos de esos sospechosos, la violencia corriente no surte efecto. Hay que recurrir a métodos especiales—. Los que no tienen miedo a la muerte tampoco temen el dolor físico. Con ellos hemos de amenazar a su familia. Les decimos que pondremos alguna prueba que incrimine a su madre o su hermano, y que los arrestaremos. Suele funcionar.

Cuando los hombres de Ajay arrestan a alguien le dicen: «*Saab*, nos gustaría asustarlo un poco». Así, mientras llevan al prisionero a la imponente oficina de Ajay, dicen: «El *saab* acabará contigo; ya no está en nuestras manos. Eres hombre muerto». Y sugieren que sería mucho mejor que ellos intercedieran por él y presentaran al *saab* un buen informe, para librarlo de los terribles tormentos que le esperan en la larga noche. En pocas palabras, resume Ajay:

—Es la vieja técnica de por las malas o por las buenas.

Un último método: dar al sospechoso un kilo de *jalebis* y prohibirle beber. Eso parece una forma original de torturar, digo.

—¿Alguna vez ha comido dulces sin tener agua cerca? Si comes un kilo te mueres de sed.

Un hombre hará lo que sea con tal de beber agua después de comer tantos dulces.

Unas semanas después, Ajay Lal saca de un cajón de su oficina un grueso libro de contabilidad encuadernado en cuero. Son sus notas sobre la investigación de los atentados, que escribió cada día durante años. En él también está contenida la historia del comienzo de la guerra de bandas.

El crimen organizado en la ciudad de Bombay está controlado por dos grupos de exiliados o indios no residentes (INR). Uno está en Karachi y el otro en Malasia, Bangkok o Luxemburgo, según la noche que se lo preguntes. La guerra de bandas es la consecuencia de las explosiones de 1993, durante las cuales la organización mafiosa musulmana dirigida por Dawood Ibrahim —la Compañía-D— puso bombas que causaron 317 muertes en la ciudad, para vengarse de los pogromos antimusulmanes de unos meses antes. Después de las explosiones, el principal lugarteniente de Dawood, un hindú llamado Chotta Rajan, rompió con él y formó su propia banda, la Compañía de Nana, así llamada porque Rajan es visto por sus tropas como un *nana* o hermano mayor. Juró eliminar a todos los involucrados en los atentados. Los dos capos —*bhais* en Bombay— controlan sus organizaciones desde el extranjero y llevan en guerra desde entonces.

En Bombay, la expresión inglesa *gang war* (o *gengwar*, como se pronuncia con la inflexión *bambaiyya*) no significa solo una lucha entre dos bandas. Las dos palabras juntas constituyen otro término para referirse al hampa en toda su extensión y complejidad. La gente se identifica con ella —«Somos los de la *gangwar*»—, a diferencia de los delincuentes menores, ladrones, violadores y carteristas. Es un estado permanente. El hampa también es un término expansivo que tiene mística, poder. Pero no es la palabra adecuada para describir el crimen organizado en Bombay, ya que implica algo oculto, clandestino. En Bombay, en cambio, el hampa está a plena vista; está suspendida por encima de este mundo, y puede caer y sacudirlo cuando le venga en gana. Los asesinos a sueldo, al referirse a los centros operativos de las bandas (Karachi, Dubái, Malasia), utilizan el término *upar*, «arriba», mientras que Bombay es *neeche*, «abajo». No puede haber nada por debajo de «abajo».

Dawood Ibrahim Kaskar nació en Ratnagiri, en la costa Konkan, en 1955; fue uno de los diez hijos de un agente de policía de la Brigada de

Investigación Criminal, Ibrahim Kaskar, que se hizo famoso por su brutalidad. En una ocasión un grupo de chicos atracó un banco, pero cometió el error de ir luego a la tumba de un santo musulmán y engalanarla con billetes de cien rupias, y regalar dinero a los faquires. La policía se enteró de que cuatro chicos habían estado tirando dinero sobre la tumba y los detuvo. El inspector ordenó que se recuperara el dinero a toda costa, y dos de los chicos murieron a golpes a manos de la brigada de Kaskar.

Dawood empezó como un matón de poca monta en Nagpada, en el centro de Bombay. En esa época la ciudad estaba dominada por Haji Mastan, un contrabandista de oro que había empezado su carrera cuando alguien le dio un saco lleno de monedas de oro para que se lo guardara. Ayudaba a los pobres y poco a poco se metió en política. Lo reemplazó la banda de los Pathan, inmigrantes de Afganistán liderados por Karim Lala. El continuado ascenso de Dawood como contrabandista le creó conflictos con dos de los jefes de la banda de los Pathan, Amirzada y Alamzeb Pathan. Uno de los hermanos de Dawood, Sabir, fue asesinado por los Pathan en 1981. Dawood juró vengarse de ellos e hizo matar de un tiro a Amirzada durante el juicio mientras lo conducían al banquillo de los testigos. En 1984, perseguido por la policía, abandonó el país para irse a Dubái, donde tenía contactos influyentes en el negocio del contrabando de oro. Se aprovechó de que el oro, cuyo suministro era controlado por el gobierno indio, costaba mucho más que en Oriente Medio. En 1991, en pleno auge del negocio, entraban clandestinamente en el país doscientas toneladas de oro al año. Pero en 1992 las importaciones de oro se liberalizaron y los precios cayeron considerablemente. Dawood volvió a dedicarse a la extorsión, al negocio de la inmobiliaria y a la producción de cine.

En 1989 se unió a él en Dubái su principal lugarteniente en Bombay, el joven de treinta y un años Chotta Shakeel, también de Nagpada, que se había fugado estando bajo fianza. El puesto de Shakeel como jefe de la banda en

Bombay fue ocupado por un estraperlista de poca monta que vendía entradas de cine en el mercado negro, Rajendra Sadashiv Nikhalje. Había nacido en 1960 y se le conocía como Chotta Rajan, el pequeño Rajan, para distinguirlo de su mentor, Bada Rajan. (A Chotta Shakeel también se le llama así porque es bajo.) Chotta Rajan dejó su primera huella al vengarse del asesinato de su mentor. Dio una pistola de fabricación nacional a un chico de los recados y le dijo que fuera a un partido de críquet al que había asistido Bada Rajan. El chico mató al asesino delante de cientos de espectadores y corrió cinco kilómetros hasta ponerse a salvo. A continuación Chotta Rajan se ganó el respeto de Dawood organizando las muertes de varios miembros importantes de la banda de los Pathan.

Dubái le sentó bien a Dawood; recreó Bombay en fiestas extravagantes, invitando a montones de estrellas de cine y jugadores de críquet, y tomó como querida a una aspirante a estrella, Mandakini. Su imperio en el país donde se había autoexiliado creció, y habría sido una existencia agradable de no haberse producido los disturbios. Y, poco después, las explosiones.

Ajay era un joven brillante que, a diferencia de muchos de los otros agentes del Servicio de Policía Indio de la ciudad, había crecido en Bandra. En esa época era subinspector de la policía de tráfico y estaba emplazado en Mahim. Sus deberes consistían en descongestionar el tráfico de las calles de Bombay, posiblemente un cometido aún más difícil que acabar con la guerra de bandas. El 12 de marzo de 1993 por la tarde estalló una bomba frente al cuartel general del Shiv Sena en Dadar, situado en el recinto de una gasolinera, y los políticos veteranos del partido acudieron corriendo al lugar de los hechos. Estaban muy nerviosos y pidieron a Ajay que registrara el lugar para asegurarse de que no había más bombas dentro. Ajay entró con un palo y golpeó las esquinas. Allí dentro no había nada. Pero al cabo de quince o

veinte minutos estalló la siguiente bomba cerca del Plaza Cinema, dentro de un coche aparcado. Ajay comprendió lo que estaba ocurriendo y fue el primer agente que alertó al centro de operaciones; les dijo que bloquearan todos los aeropuertos y estaciones de tren. «Es una cadena. Pretenden provocar con ello disturbios internos.»

Estallaron un total de diez potentes bombas de RDX por toda la ciudad; otras tres, colocadas en el abarrotado centro de la ciudad, fallaron. Los blancos fueron los edificios más destacados de Bombay: el edificio de Air India, la Bolsa, el Centaur Hotel, el cuartel general del Shiv Sena. En un solo día hubo 257 muertos y 713 heridos. En el aeropuerto internacional se lanzaron granadas de mano desde el camino de acceso a los aviones aparcados, pero no alcanzaron ninguno. Más tarde esa noche, el inspector de policía A. S. Samra se personó en esos lugares. Todo ocurrió el 12 de marzo. Dos días después, Ajay fue informado por radio de que habían encontrado una moto abandonada en la estación de tren de Dadar. Acudió allí con expertos en explosivos que desactivaron la bomba instalada en ella.

El inspector pidió a Ajay que se hiciera cargo de la investigación. Durante dos días la policía no había hecho ningún avance en su intento de averiguar quiénes eran los responsables. La noche del día 14 Ajay llamó a veinte de los mejores detectives de policía que conocía en la ciudad. Se reunieron a las once y media de la noche en una sala de mando y empezó el proceso de recabar información: cinco horas más tarde, en la madrugada del día 15, arrestaron al primer sospechoso.

Cerca de la oficina de Siemens en Worli habían encontrado una furgoneta Maruti abandonada; seis años después, Ajay todavía recuerda la matrícula: MFC 1972. Habían encontrado detonadores en la furgoneta, pero los policías que la habían visto no le habían prestado mucha atención, creyendo que la habían abandonado frente a un control de policía. Ajay creyó necesario investigar a fondo el vehículo y quiso ver sus papeles. Averiguó que la

furgoneta pertenecía a un contrabandista llamado Mushtaq «Tigre» Memon, que tenía una casa en Mahim detrás del templo. El equipo de policía registró la casa, pero no encontró nada salvo la llave de una moto con el nombre del fabricante, BAJAJ. Algo hizo clic en la cabeza de Ajay. Recordó la moto que habían encontrado abandonada en Dadar, la de la bomba. Pidió a uno de sus agentes que fuera a la comisaría de Matunga, donde habían llevado la moto, y probara la llave. Encajó.

Resultó que el hombre que debía llevar la moto con la bomba al lugar acordado había oído una explosión mientras conducía y, creyendo que el vehículo que tenía entre las piernas también iba a estallar, lo había tirado a un lado de la carretera y se había alejado corriendo. Su cobardía llevó a la pista más importante de Ajay, quien acto seguido hizo registrar la casa de Memon concienzudamente. Encontraron un par de *chappals* (sandalias) con unos polvos pegajosos como de barro negro encima. Entonces no lo sabían, pero los polvos eran RDX, «jabón negro». En los garajes de Memon encontraron más paquetes de jabón negro con inscripciones de Karachi. «Ahora estábamos seguros de que la moto, la furgoneta Maruti y esa casa estaban relacionados.»

Memon no estaba en la casa, pero los vecinos dijeron a Ajay que un joven de Andheri al que llamaban el Manager le llevaba los asuntos. Ajay ordenó a su equipo de detectives que fuera a su casa y lo detuviera.

—Nuestros hombres detuvieron no solo al Manager, sino también a sus padres y a sus tíos, y los llevaron a todos a la comisaría. El Manager dijo: «He dejado el empleo de Memon; ya no trabajo para él». Y me insultó a mí y a toda mi parentela. Me di cuenta de que mentía. Le dije: «Estás mintiendo. Si mientes tendré que importunar más a tu madre y a tu padre, y arrestarlos también». A él le trajo sin cuidado. Durante todo el tiempo sus tíos no pararon de gritar: «Hijo, hijo». Ví que respondía más ante ellos que ante sus padres, de modo que dije a los tíos: «Quedan arrestados». Uno de los agentes dio una bofetada al tío, y el Manager se encogió y dijo: «Por favor, no les hagan nada.

Me han adoptado desde que nací». Le di mi palabra y entonces me lo contó todo.

Los fabricantes de bombas habían estado llenando de jabón negro los depósitos de los coches que había en los garajes de Memon. A principios de 1993 habían zarpado tres barcos con rumbo a Dubái. En Karachi los cargaron con armas y RDX. En las granadas de mano se leía ARGES, una compañía australiana que había concedido a una firma paquistaní la patente para fabricarlas. Uno de los barcos llegó a Mhasla y dos siguieron más hacia el sur, hasta Gujarat. Sobornaron a los oficiales de aduanas que encontraron a lo largo de la costa para que hicieran la vista gorda. Distintos grupos introdujeron las armas de contrabando en Bombay, en el interior de camiones. Algunos fueron entrenados para conectar los detonadores y ajustar los temporizadores electrónicos, que eran de diferentes colores según la duración del tiempo de riesgo: el rojo eran quince minutos, el amarillo una hora y el verde dos. Otras brigadas de jóvenes musulmanes fueron armados con AK-56 y se prepararon para defender a los musulmanes en caso de que estallaran disturbios comunales.

Tigre Memon se había ido de la ciudad el 12 por la mañana. Abrazó a sus hombres y dijo: «Todos sois soldados. Marchaos de la ciudad. Habrá disturbios». Las bombas habían sido puestas por los gángsters musulmanes con la esperanza de volver a crear el caos en la ciudad. Eso era precisamente lo que había ocurrido hacía un mes, con disturbios contra los musulmanes que se cobraron miles de muertos y heridos, por primera vez en la historia de la ciudad. Las explosiones eran para vengarse e instigar más disturbios. Toda la operación había sido planeada en una reunión en Dubái que organizó el capo de la banda Dawood Ibrahim. Todos los participantes habían jurado sobre el Corán que mantendrían todo el asunto en secreto.

Detuvieron a un total de 168 personas por las explosiones de Bombay. Ajay o sus representantes fueron responsables de 160 de estos arrestos, entre ellos

el más célebre, el del actor Sanjay Dutt.

—Interrogué a cada uno de esos ciento sesenta y tantos tipos. Conozco las conexiones que hay entre esta gente.

Por su trabajo, Ajay recibió la Medalla de la Policía por Servicio Meritorio de manos del presidente de la India. La obtuvo antes de tiempo. Se suele conceder a un agente con al menos quince años de servicio activo; Ajay solo llevaba trece en el cuerpo.

A diferencia de los casos de los disturbios, en los que no hubo ningún intento por parte del gobierno del Shiv Sena de procesar a los asesinos de su propio partido mencionados en el Informe de la Comisión Srikrishna, el gobierno federal persiguió con saña a los conspiradores de las explosiones (en su mayoría musulmanes). Al final se presentaron cargos contra 189 personas, de las cuales 44 se habían fugado. El equipo de Ajay confiscó 2.074 kilos (más de dos toneladas) de RDX, 980 kilos (casi una tonelada) de gelatina, 63 rifles de asalto AK-56, 19 pistolas Tokarev de 9 mm, 13 cargadores para cartuchos de 9 mm, 1.100 detonadores eléctricos, 230 cargadores AK-56, 38.917 proyectiles de AK-56 y 482 granadas de mano ARGES. No eran armas para una escaramuza del hampa. Era armamento para una guerra civil.

Pero esta vez no estalló una guerra civil; el odio de los hindúes contra los musulmanes se había agotado en los disturbios de hacía cuatro meses. La ciudad se recuperó rápidamente tras las explosiones. La Bolsa, que había sido bombardeada, reabrió sus puertas dos días después, realizando las operaciones bursátiles manualmente porque se habían estropeado los ordenadores, y los dos días siguientes el índice aumentó en un 10 por ciento. Solo para darles una lección.

Ishaq, un joven empresario musulmán que me ha presentado Girish, el

programador informático, estaba al corriente de las bombas antes de que estallaran. Una tarde lo menciona con toda naturalidad frente al cine Maratha Mandir. Está hablando de los tiempos en que iba con las bandas del barrio de Madanpura, ahora llamado Mini-Pakistán. El *bhai* local, Tajul, les pagaba a él y a sus amigos quince mil rupias al día sin muchos problemas. Ishaq nunca se las gastaba; lo consideraba *haraam*, blasfemo. Pero hacía el trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Coger a alguien. Dar un par de bofetadas a alguien. Yo solía ir a todas partes con un máuser en el cinturón. Durante las explosiones de las bombas tenía seis AK-56. Tajul vino a verme la noche anterior y me pidió que escondiera las armas, junto con granadas de mano y RDX. Treinta y seis kilos de RDX, que estaba en una caja verde con una calavera blanca pintada encima. Y todo un saco lleno de granadas de este tamaño —ahueca la mano—, con anillas. Tajul me dio la mitad de un billete de diez rupias. Enterré todo por donde la tierra estaba blanda y eché encima agua de chile y agua mezclada con menta, para que los perros no olieran el RDX si se acercaban. Mi padre me insultó toda la noche. «¿Sabes lo que pasará si lo averiguan?», decía. Al día siguiente vinieron unos hombres, unos hombres corpulentos con el pelo al rape. Tenían la otra mitad del billete de diez rupias. Consulté el número y les di el armamento. Tajul me había advertido dos horas antes de las explosiones: «Dile a tu familia que hoy no se mueva de Madanpura, bajo ningún concepto». De modo que nos quedamos en casa. Y de pronto oímos una enorme explosión y vimos el humo que se elevaba del edificio de la Bolsa. Fuimos al J. J. Hospital. Había montones de cadáveres, veinte o veinticinco cuerpos en cada montón.

Al comprender lo que habían hecho las bombas que había ayudado a esconder, la mente empieza a hacerle jugarretas mientras recuerda la escena del hospital. «Debía de haber al menos diez mil cadáveres.»

Nunca detuvieron ni a Tajul ni a Ishaq, aunque Tajul había desempeñado un

papel importante en la conspiración. Ishaq todavía tiene algunas balas de AK-56; las robó del alijo para quedárselas de recuerdo. Pero no quiso quedarse ningún rifle de asalto. Se toca los lóbulos de las orejas, estremeciéndose al recordar. «Los devolví tres días después.»

Las explosiones cambiaron Bombay. Hasta entonces, el terrorismo solo se había asociado con los sijs y los problemas del Punjab. Hasta entonces el hampa de Bombay había sido totalmente aconfesional. Después de los atentados se dividió en comunidades, dice Ajay. «Hoy día la policía tiene un desafío ante sí. Los hindúes que lideraron las turbas que arrasaron la ciudad durante los disturbios son el blanco de las bandas musulmanas, y los grupos hindúes tienen como blanco a los acusados de las explosiones que se encuentran en libertad bajo fianza.» Aunque hay hindúes en la banda de Dawood y musulmanes en la Compañía Rajan, «obedecen a impulsos locales», dice, a necesidades privadas. Una diferencia crucial entre las bandas musulmanas y las hindúes explica por qué las primeras son más poderosas. «El grupo de Dawood probablemente no tiene que pagar por las armas; Chotta Rajan sí.» Las bandas musulmanas operan con armas que les proporcionan los paquistaníes. La estrategia habitual del Servicio de Inteligencia Paquistaní (ISI) era mandar espías a Bombay y dejarlos allí un año entero trabajando discretamente como mecánicos u obreros, y a continuación hacerlos entrar en acción, si la necesidad lo requería, colocando una bomba o matando a un policía. Pero durante los atentados, los paquistaníes, que operaban a través del hampa musulmana recién agraviada, cuyas familias habían sufrido durante los disturbios, no tuvieron que pasar por ese largo período de gestación. Además de hombres, las bandas también pusieron a disposición del ISI sus redes de contrabando y sus pisos francos.

Después de las explosiones, pidieron a Ajay que diera unas charlas al

embajador de Estados Unidos y a la Interpol sobre la participación de Pakistán en los atentados. Ajay había interrogado a los terroristas y comprobado sus pasaportes, cuatro de ellos con sellos de salida de Bombay y Dubái, y con un lapso de quince días entre ambos. Ese era el período, dijeron a Ajay, en que los habían llevado a Islamabad y desde allí al norte de la frontera entre Afganistán y Pakistán. Los condujeron a campamentos y los sometieron a un riguroso programa de adoctrinamiento antiindio; les mostraron un vídeo incendiario de los disturbios en Surat después de la destrucción de Babri Masjid y les dijeron: «Esto es lo que está ocurriendo a vuestras hermanas y a vuestras madres en la India». El entrenamiento era de tipo militar; les enseñaron a utilizar armas sofisticadas y dispositivos para explosivos. Luego les hicieron volver para vengarse.

En 1994 Chotta Rajan rompió con su jefe musulmán Dawood; huyó de Dubái a Kuala Lumpur, llevándose consigo a un grupo de los mejores hindúes. Anunció públicamente que lo hacía porque no podía trabajar con un traidor a su patria y juró eliminar personalmente a los terroristas. Dawood y Shakeel mandaron a un grupo de hombres para matarlo, y Rajan mandó a su vez a sus escuadrones de la muerte a Karachi, donde la Compañía-D tenía entonces su cuartel general, con órdenes de matar a Dawood. Mientras tanto, en Bombay, cientos de personas empezaron a morir cada año en tiroteos de la policía, combates a tiros entre bandas rivales y matanzas relacionadas con extorsiones.

La ruptura, según Dawood, no tuvo nada que ver con las explosiones; fue una riña personal por un asesinato encargado, una *vendetta* entre él y Rajan, que amontonaba cadáveres en Bombay, Dubái, Katmandú y Bangkok; una partida de ping-pong de asesinatos a nivel internacional. Los chicos de las bases se matan unos a otros para hacerse con el control de las numerosas estafas lucrativas de Bombay, y se matan unos a otros porque sus capos quieren matarse unos a otros. Cada miembro muerto de la otra banda, por insignificante que sea, es un golpe duro que inflige un capo en la persona del

otro. La Compañía-D tiene cerca de ochocientos pistoleros, y la Compañía de Nana entre cuatrocientos y quinientos.

Dawood y su banda se trasladaron de Dubái a Karachi a mediados de los años noventa porque el gobierno indio presionaba a la familia Maktoum, entonces en el poder, para que lo extraditara. Las actividades de la banda son dirigidas por Chotta Shakeel desde Pakistán. La mano de Dawood se ve ahora en todas las desgracias que ocurren en la India, desde bombas hasta asesinatos pasando por corrupción; y su riqueza se describe en términos fantásticos. «Debe de ser más rico que Bill Gates y el sultán de Brunei», empieza un artículo periodístico. En el mismo artículo aparece Dawood quejándose: «El gobierno de la India quiere acusarme de todas las calamidades que le han ocurrido, incluso de la muerte de un perro. Gracias a Dios no estaba allí en 1947 o me habrían acusado de haber partido la India».

Bollywood —la industria cinematográfica de Bombay—, la Partición y la guerra de bandas tienen un tema en común, un denominador común: la desintegración de la familia. Las familias de los capos exiliados siguen en Bombay, separadas para siempre de ellos. La hermana y los demás parientes de Dawood siguen viviendo en Bombay sin que nadie los moleste. «La policía sabe que no debe molestar a la familia de Dawood. Puedes matar a sus hombres, es un sistema de toma y daca —me explica uno de sus lugartenientes—. Pero si molestan a su familia él los molestará a ellos.» La separación forzosa lleva a momentos sensibleros, momentos *filmi*. En una entrevista periodística, Rajan dice: «Oh, echo muchísimo de menos a mis hijos. Pero hablo continuamente con ellos por teléfono. A veces a través de videoconferencias. De hecho, cuando celebran sus fiestas de cumpleaños estoy conectado durante toda la fiesta. Casi como si participara en la diversión, bromeando, cantando y hablando con todos».

A Chotta Rajan se le conoce entre Shakeel y sus tropas con el despectivo apelativo del *bhangi*. A veces se emborracha y llama a Shakeel: «Voy a

matarte». «Sabes dónde vivo, sabes mi dirección —responde Shakeel—. ¿Por qué no vienes a buscarme si tienes huevos? O mejor dame tu dirección e iré yo a acabar contigo.» Han comido del mismo plato, los dos han sido los hijos predilectos de Dawood. Hay una foto de Dawood en la boda de Rajan; la mujer de Rajan, Sujata, ata un *rakhi* alrededor de la muñeca de Dawood y lo hace su hermano. Pero más tarde Rajan lo traicionó. Es una pelea entre hermanos distanciados.

También hay una tercera banda más pequeña, dirigida por Arun Gawli, un ex hombre de Dawood. Gawli entra y sale de la cárcel, y recibe en audiencia en su fortaleza del Dagdi Chawl. Goza de total lealtad en su barrio. Los padres del gran bloque de apartamentos del Dagdi Chawl dan instrucciones a sus hijos, cuando llegan a la mayoría de edad, de que trabajen para Gawli. La banda de Gawli también es conocida como la compañía *chaddi* por la predilección de sus miembros por llevar pantalones cortos. Beben licor casero y comen sándwiches de *vadapav*, de modo que les resulta barato satisfacer sus necesidades. En cambio, la gente de Dawood tiene gustos más refinados. «Necesitan ir a bares con luces», explica un antiguo agente de Dawood. La banda *chaddi* está compuesta sobre todo por obreros despedidos; pueden estar vendiendo verduras en el mercado de Dadar cuando reciben una llamada telefónica con instrucciones de dejar el puesto media hora e ir a cargarse a alguien. Los pistoleros de la Compañía-D hablan con admiración de la banda de Gawli: «Tienen los pistoleros más audaces. Pero luego Gawli se metió en política y jodió la compañía». Empezó a verse a sí mismo como un trabajador social. En 1997 creó un partido político que, al convertirse en una amenaza para el Shiv Sena, solo logró que Thackeray le echara encima a la policía. Cuando está en la cárcel, su mujer, Asha, dirige la compañía, pero, como explica un hombre de la Compañía-D: «Solo un hombre puede dirigir una guerra de bandas».

El crimen organizado en Bombay es único e irrepetible. «Todas nuestras

matanzas o atentados terroristas son ordenados desde el extranjero —dice Ajay, hablando de por qué la policía de Bombay no ha sido capaz de acabar con el hampa de una vez por todas—. Detenemos a los pistoleros, a los que hacen el trabajo. Si tenemos suerte cogemos a los que les proporcionan las armas. Pero aquí solo tenemos las manos y los pies. Los cerebros están fuera del país.» Los capos del hampa, que viajan con distintos pasaportes por todo el mundo, desde Buenos Aires a Bangkok, trasladan sus tropas de un lugar a otro a través de teléfonos por satélite. «Realmente colapsan esas líneas.»

Los ingresos de las bandas de Bombay provienen de chantajes a cambio de protección, extorsiones, blanqueos de dinero, juego, contrabando, financiación de películas, prostitución a gran escala y drogas. Últimamente, las bandas de Bombay han hecho contactos con organizaciones terroristas de todo el subcontinente, como los Tigres de Liberación de Tamil Eelam en Sri Lanka, el Frente Unido de Liberación de Assam, y el Grupo de Guerra del Pueblo de Andhra Pradesh. Estas organizaciones venden armas a las bandas y estas a cambio actúan como sus financieros. «Tengo nombres de miembros de la banda de Dawood en Guwahati», en la lejana Assam, dice Ajay.

Los ingresos de la prostitución y del contrabando se utilizan para cuidar de las bases, pagar los honorarios de los abogados de la banda y retribuir a las familias de sus hombres mientras estos están en la cárcel, me explica. Los ingresos de las extorsiones se reparten. De cada cien mil rupias obtenidas mediante extorsión por las bandas, sesenta mil son entregadas al jefe en el extranjero y las cuarenta mil restantes van a parar a un fondo común que será distribuido entre las bases. El dinero va al extranjero a través de las redes *hawala*, un sistema de blanqueo de dinero sin papeles por medio del cual una bolsa de rupias que se da a un tendero o a un comerciante de diamantes en Bombay se transforma rápida y eficientemente en un sobre lleno de dólares en Dubái.

Las bandas están en proceso de «blanquearse», fundando empresas que

llevan hoteles, centros turísticos y grandes almacenes, incluso bancos. La industria del espectáculo atrae particularmente a los gánsters; Chotta Rajan está invirtiendo mucho en las redes de telecomunicaciones por cable de Bombay. También comercia con derechos de películas y espectáculos en el extranjero, y controla gran parte de la industria de la música, porque los bancos en general no quieren financiar los negocios del espectáculo; las auditorías son prácticamente inexistentes.

Contrariamente a las declaraciones públicas de los capos, están inevitablemente involucrados con las drogas. Pero tienen miedo de las autoridades estadounidenses y británicas, que persiguen con especial energía a los traficantes de drogas, de modo que nunca hablan de esta parte de su negocio y la mantienen a una escala relativamente pequeña. El barbitúrico Mandrax es el único fármaco que se produce extensamente en la India, donde muchos de los centros farmacéuticos deficitarios fabrican las tabletas. El precio de una tableta de Mandrax, incluyendo los costes de fabricación, sobornos y transporte hasta Mauricio, cerca de las costas de Sudáfrica, que es su destino final, es de 99 paisas, o dos centavos y medio. En cuanto llega a Sudáfrica la tableta cuesta dos dólares y medio, cien veces su valor. En un contenedor caben dos toneladas de esas tabletas. «Si consigues que tu contenedor llegue a las costas sudafricanas, tienes el futuro asegurado», comenta Ajay.

Los chicos no llaman a las organizaciones para las que trabajan «bandas» sino «compañías», y, en efecto, en ellas impera un espíritu corporativo. Dentro de la estructura de la banda hay una minuciosa especialización del trabajo. Hay personas responsables de repartir sueldos cada mes, como en una compañía. Hay un grupo que se encarga de proporcionar armas y otro que se ocupa de almacenarlas. Hay células especiales que se dedican a amenazar a los testigos. Merodean por los juzgados y se aseguran de que, en los casos relacionados con las bandas, los testigos hostiles hablen a su favor. Hay

médicos, abogados, simpatizantes, soldados de a pie, rastreadores y gente que lleva pisos francos. Para evitar que se reproduzca la guerra de bandas dentro de las cárceles, el gobierno ha asignado a cada banda una cárcel distinta: la de Gawli está desparramada entre las cárceles de Yerawada y Amravati; la banda de Rajan está en la de Arthur Road, y la Compañía-D en las cárceles de Byculla, Thane y Nashik. Cerca de la cárcel de Nashik, la Compañía-D ha comprado varios pisos y *auto-rickshaws*, y contratado a cocineros y repartidores. Los cocineros preparan desayunos, comidas y cenas en los pisos, y los repartidores se suben a los *rickshaws* y llevan la comida caliente a los presos. Se trata de un sistema de catering minuciosamente planeado y totalmente eficiente. El hombre lo bastante afortunado por ser arrestado después de un golpe espera con ilusión pasar un período en la cárcel, donde todas sus necesidades serán atendidas a lo grande. Además, hay una especie de extraña generosidad competitiva entre rejas. Durante el festival de Ganesh Arun, Gawli envió una caja de dulces a los presos de la Compañía-D en Thane, una de las que me había mencionado. «El jefe de la Compañía-D dijo: “Ah, ¿sí?”. Y envió a Gawli una enorme fuente de *halva*.»

En cuanto a los deportes y espectáculos, las bandas contratan a observadores. Estos están en todas partes, y averiguan quién tiene éxito en la ciudad y el grado exacto de ese éxito, e informa a la banda de ello. Una parte considerable de la retribución final revierte a los observadores. Las bandas, como Ajay, se alimentan de información. Están hambrientas, rabiosas por obtener información, y no paran de olfatear buscándola en los periódicos, en las tiendas de *pan*, en las habitaciones para ejecutivos, en las oficinas de los políticos, en internet.

Las bandas prosperan porque constituyen un sistema judicial paralelo en un país con el número más elevado de juicios atrasados del mundo. Un indicio de este anquilosamiento en la justicia es el hecho de que, en 2003, una década después de los atentados de Bombay, el juicio contra los conspiradores sigue

alargándose interminablemente. «El sistema penal se ha venido completamente abajo —dice Ajay—. Esta es la razón por la que prospera el mundo del hampa. Una disputa por un piso, que en un juzgado puede prolongarse veinte años, es resuelta por el hampa en una semana o un mes. Haga números.»

Los políticos cambiarán, la ciudad estallará y se hundirá, pero la guerra de bandas nunca terminará. La cultura de la guerra de bandas es inherente a la de la ciudad. Madanpura, Nagpada, Agripada, Byculla, Dongri, Bhendi Bazaar, Dagdi Chawl: el corazón de Bombay es el corazón de la guerra de bandas.

Estoy cenando con un amigo de mi tío, un joyero polaco que vive en Estados Unidos. Lleva veinticinco años viniendo a Bombay y en cada viaje ha visto mejorar la ciudad. Pero hace cuatro años la curva empezó a descender. Está más contaminada, dice. Esta tarde hay una tormenta de polvo y no puede respirar. Luego está la violencia, que aumenta sin cesar. Ha estado leyendo en los periódicos sobre los tiroteos entre bandas, que han sido noticia incluso en el *New York Times*; su mujer de Connecticut quiere que vuelva inmediatamente. El mundo ha descubierto que Bombay tiene un problema de gánsters.

—¿Te sentirías seguro si caminaras por esta calle? ¿Podría ir a pie? —pregunta el joyero mientras vamos en coche del Taj al Oberoi (debería haber un paso elevado o un puente colgante especial con aire acondicionado que uniera estos dos hoteles, dado lo intenso y selecto que es el tráfico entre ambos).

Son cerca de las once de la noche y no hay nadie en la acera escasamente iluminada.

—Sí —responde mi tío.

Bombay sigue siendo una ciudad donde puedo ir andando a casi todas partes a cualquier hora del día o de la noche. Casi no hay carteristas. Las mujeres no

son importunadas como en Delhi. Una mujer parsi en una fiesta me comenta un incidente que le ocurrió cuando iba en coche con su familia. El coche se estropeó frente a un barrio de chabolas, y ella y su marido se bajaron. Salió gente de las chabolas y ella se asustó; llevaba minifalda. Se acercaron más y le dijeron que volviera a subirse al coche. Ella notó que el coche se movía; la gente de las chabolas estaba intentando sin éxito empujarlo para que arrancara. Mientras tanto volvieron los amigos que iban en el coche de delante. Los hombres de las chabolas les dijeron que dejaran el coche allí esa noche. Ella estaba segura de que al día siguiente estaría desmantelado, pero no tenían otra elección. Cuando volvieron, el coche estaba intacto; un par de hombres de las chabolas se habían ofrecido a vigilarlo toda la noche.

La amenaza de Bombay no es la delincuencia callejera. Es algo más amplio y más organizado que eso.

Mi tío me enseña las invitaciones de boda que ha recibido de sus colegas en el negocio de diamantes para el mes de diciembre. Son las típicas tarjetas ostentosas, de cincuenta o cien rupias cada una, que consisten en un pequeño *chapbook* decorado con pequeños Ganeshas y envuelto en seda, con tarjetas individuales para las distintas partes que componen una boda de estas características: Hasta-Milap (la ceremonia religiosa), Dandiya-Raas (el baile), Bollywood Nite, Cena de Gala. Abre una de ellas. El nombre del local donde se celebrará está escrito en un trozo de papel pegado, como si se tratara de una ocurrencia tardía. Es un pequeño salón del que nunca he oído hablar. Mi tío lo arranca: debajo aparece el nombre del local original, el Racecourse. La boda ha sido trasladada para no llamar la atención de las bandas. Otra elaborada tarjeta anuncia una boda en la familia de un financiero del cine, pero el local vuelve a ser humilde: el jardín del mismo edificio de pisos donde vive el financiero. En una boda anterior, la familia invitó a una serie de estrellas de Bollywood que bailaron como monos amaestrados; esta será una pequeña celebración íntima. Un conocido de mi tío que organiza bodas se vio

obligado a entregar a las bandas su lista de clientes de la temporada siguiente: «No tuve elección. Tuve que dársela», dijo. ¿Cómo se informa el hampa sobre quién tiene dinero? A través de todos los intermediarios: los albañiles, los empleados domésticos, los interioristas.

El *Bombay Times* publica un artículo sobre el descenso en el lujo de las bodas a causa de la posibilidad de una extorsión. Lo firma la Redacción. Concluye: «Se han cambiado todos los nombres». El anonimato se ha convertido en una táctica de supervivencia.

Las historias se construyen y transmiten de una persona a otra sobre el miedo colectivo de los ricos en un país pobre. Una familia cena en un restaurante de cinco estrellas y pide la cuenta. Ascende a cinco cifras y protesta. El camarero dice que la cuenta incluye la cena de los seis hombres sentados en la esquina. Pueden escoger entre pagar la cuenta o despedirse del nuevo Ford en el que han llegado.

A otro de los amigos de mi primo lo abordan para pedirle dinero.

—Te has comprado un piso nuevo y has vendido el viejo por ocho lakhs. Queremos uno.

Mi primo aconseja a su amigo:

—Para tu tranquilidad, deberías darles el lakh.

—No quieren un lakh —dice el amigo—, sino un crore. —Un crore son cien lakhs.

Cuando el tipo de Karachi llama de nuevo para exigir el dinero, el padre del amigo pide al extorsionista el número de fax. A continuación le envía las declaraciones de Hacienda de los pasados cuatro años, que demuestran que no está ganando dinero. Es como solicitar ayuda financiera a un *college* norteamericano. La pobreza es una virtud.

Las vacas sagradas de la ciudad viven aterradas. Les cuesta creer lo espantosamente bajo que ha caído el valor de la vida humana. La cronista de sociedad Shobha De enfoca el problema desde la perspectiva adecuada: «Hoy

día, un asesinato *supari* (a sueldo) cuesta entre cinco y diez mil rupias, totalmente asequibles, mientras que hace unos años te pedían de cinco a diez lakhs —explica a sus lectores—. Los jóvenes en paro están dispuestos a matar por el precio de un sujetador Gossard. ¿No es increíble? Una estadística da que pensar». De modo que los ricos se ven obligados a hacer cambios humillantes en su estilo de vida. Otra crónica de Shobha De explica la difícil situación de una joven en el sur de Bombay.

La misma joven ha empezado a llevar bisutería, baratijas de plástico y chatarra plateada. «Tengo la sensación de que me siguen. Tal vez parezca paranoica, pero mi miedo es real. Vuelvo bastante tarde de las fiestas. Es un trayecto largo en coche. ¿Qué haría si unos gánsters armados decidieran robarme mi Cartier o mi Bulgari en Marine Drive? Hasta cambio de coche. Dejo el Mercedes en casa y voy en un Maruti.»

Los gánsters tienen el mismo efecto en la sociedad de Bombay que el que tuvieron los bolcheviques en la nobleza rusa. Todo lo que no han conseguido las manifestaciones de protesta de la izquierda lo logran unas pocas llamadas telefónicas del *bhai*. Han obligado a los ricos de Bombay a dejar de alardear de su riqueza.

En los negocios, la extorsión se ha consolidado hasta tal punto que el Tribunal Supremo de Bombay ha dictaminado hace poco que los pagos por extorsión son desgravables como gasto legítimo. La extorsión es una forma de impuesto. Dado que existe un sistema judicial paralelo, tiene que haber impuestos paralelos. Antes había una sola banda: la de Dawood. Pero ahora hay varias operando, y tan pronto como el empresario paga a una, todas las demás hacen cola para cobrar, de modo que se encuentra pagando a cuatro o cinco bandas a la vez. Incluso podría estar pagando a extorsionistas independientes, que no suponen una verdadera amenaza. Ya no se aplica la compensación implícita o explícita del chantaje: «Dame dinero y te protegeré de mí mismo y de lo demás». Las bandas no tienen poder para ofrecer

protección contra las demás. Ya no se trata tanto de chantaje como de un simple atraco: «Dame tu dinero o te mato».

«La extorsión y el secuestro son los delitos del futuro», dice Ajay, porque la inversión neta es de una rupia, el precio de una llamada telefónica. Hace poco detuvo a dos estudiantes del MBA que estaban extorsionando al profesor que les había hablado en clase del espíritu empresarial. «Les dije: “Estáis locos”. Ellos respondieron: “Tenemos más cerebro que los demás”.» Los secuestros también contribuyen a extender el miedo. Un gángster afiliado a Dawood se dedica a secuestrar como una actividad suplementaria. Lleva a sus víctimas a una habitación de las afueras, les venda los ojos y les arroja serpientes vivas.

En 1999 Ajay es nombrado inspector adjunto de policía de la zona noroeste, lo que lo hace responsable de un área que abarca la mitad de Bombay, desde Bandra hasta Dahisar, pero es allí donde se cometen un tercio de sus delitos. Ahora es jefe de treinta y una de las setenta y dos comisarías de Mumbai, y tiene a su cargo a diez mil hombres. Con este nombramiento ha desbancado a seis agentes de más antigüedad. La razón es el drástico aumento de los delitos de extorsión en la ciudad. «Esperan que vaya con una varita mágica y solucione los problemas», dice. Los periódicos lo presentan como un caballero sobre un corcel blanco; hablan de su trabajo en la investigación de los atentados y aseguran que es el único hombre que puede resolver el problema actual de la delincuencia en Bombay. Me interesa ver si tendrá éxito. Una agradable tarde propongo a Vinod, el director de cine, que pasemos por la oficina de Ajay, situada en la misma calle. Anu, su mujer y periodista de cine, se apunta.

La nueva oficina de Ajay tiene magníficas vistas al mar. Mientras entramos llega un inspector de policía con su informante, y habla a Ajay de un tiroteo reciente. «¿Quién estaba en el equipo que está jugando el juego de los

sospechosos de las explosiones?»), pregunta Ajay.

Dicen que, en el tiroteo, «el fildeo duró cuatro días». Equipo, fildeo, jugar. Podrían estar hablando de un partido de críquet. Y, en efecto, la emoción de pertenecer a una banda no es muy distinta de la de jugar en un equipo. El capitán tiene que ser el más listo, el cerebro. Tiene que organizar el fildeo, la orden de bateo; tiene que hacer descansar a algunos jugadores y probar a los nuevos.

El inspector y el informante dicen que en menos de seis días estarán en condiciones de dar el nombre del jugador clave. Ajay los insta a hacerlo antes y promete al confidente ocuparse de los cargos contra él. Durante toda la tarde llegan informantes que se inclinan sobre su escritorio y hablan con voz queda y apremiante, y él asiente y toma nota; durante toda la tarde ladra y gruñe, amenazando con mutilaciones, castraciones, la muerte o la ejecución de seres queridos, en su incesante búsqueda de información. Escucha durante toda la tarde los susurros múltiples de la ciudad encendida, haciendo contactos, estableciendo fuentes.

Ajay define lo esencial en un interrogatorio.

—Dispones de poca información y has de hacer creer al interrogado que sabes más.

El sospechoso también tratará de burlar a Ajay dándole la información con cuentagotas hasta comparecer ante un tribunal. Ajay aprieta; aprieta un poco más.

—Primero llega el jugo de caña de azúcar y luego el zumo de limón — explica, dando la vuelta a una manivela en el aire. Pero no es una simple cuestión de fuerza física—. No todos están en condiciones de recibir una buena paliza. La información es poder.

Puede empezar la sesión con una leve insinuación de que lo sabe todo, pero está esperando a que el sospechoso confiese voluntariamente.

—A veces solo con eso ya empiezan a hablar. Otras te miden: ¿cuánto sabes

en realidad?

De modo que el interrogatorio es un juego en el que los participantes están continuamente intentando leerse el pensamiento. Y no todo el poder está con la policía que sostiene la porra y el cable eléctrico.

Suena el móvil de Ajay. Khan, uno de sus principales informantes, está esperando para hablar con él. Se abre la puerta y un hombre muy delgado de poco más de veinte años entra y se inclina sobre el escritorio de Ajay.

Cuando se va, Ajay nos dice que Khan es un ladrón y un mujeriego. Lo llaman Chikna. Se está acostando con las mujeres de cuatro o cinco gánsters importantes.

—Le envidio —dice Ajay.

Pero los días de Khan están contados. Ajay lo averiguó cuando lo trajeron por primera vez acusado de robo. Los hombres de Ajay lo golpearon sin parar hasta que empezó a vomitar sangre por el suelo. En ese momento el ladrón confesó a sus torturadores que tenía sida y ellos se lo dijeron a Ajay.

—Lo primero que hice fue pedir a mis hombres que limpiaran la sangre del suelo y echaran Dettol.

Luego habló con el ladrón y vio que podía convertirse en informante.

—¿Por qué querría hacerlo? —pregunto—. ¿Por dinero?

Ajay sacude la cabeza.

—Para estar cerca de mí. —Entra en la oficina del inspector cuando quiere, se mueve en coche—. Eso le hace sentirse importante. —Y él se porta bien con su informante—. En los últimos seis meses de su vida le haré sentir como un rey.

Ha dado a Khan un móvil y su número personal, para que pueda llamarlo a cualquier hora del día y de la noche.

—¿Qué hay de los robos? —pregunto a Ajay—. ¿Sigue con eso?

—Le he permitido un par.

Pero ha cumplido condena, de seis y ocho meses, por otros dos en los que

hubo tiros. Eso también contribuyó a convencer a las bandas de que Khan no era informante de la policía.

Esta noche ha acudido con información interesante. Uno de los gánsters con cuya esposa se ha estado acostando tiene previsto ir a verla esta noche a su casa. Ajay descuelga el teléfono y pregunta:

—¿Qué ha sido del *auto-rickshaw* que confiscamos? ¿Sigue funcionando?

El plan es que Khan se haga pasar por un conductor de *auto-rickshaw* y aparque frente a la casa de la mujer. Los hombres de Ajay, de paisano, merodearán cerca como vendedores ambulantes o transeúntes. Cuando el gánster llegue, Khan lo identificará. Si no aparece esta noche, el ladrón sabe que irá a la iglesia el domingo, y los hombres de Ajay estarán esperándolo fuera.

—¿Qué harán con el gánster? —pregunto a Ajay.

Me mira a mí, luego a Vinod y a Anu, y se vuelve de nuevo hacia mí con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Tengo alguna opción?

Anu pregunta si Khan podría haber transmitido el sida al gánster a través de su esposa.

Vinod está emocionado con esta historia, como si se tratara del argumento de una película: agente de policía que acaba con gánsters acostándose con sus esposas e infectándolas con el virus del sida. Ajay lo echa por tierra inmediatamente.

—El período de gestación es demasiado largo, seis años. Pueden hacer mucho daño en ese tiempo.

Sigue una reunión con los jefes de las comisarías que se encuentran bajo la supervisión de Ajay: tipos relamidos, gordos y taimados que son los amos de su territorio. Veo por qué Ajay los llama *bandicoots* cuando se van. Luego un policía entra y le dice que han detenido un coche con dinero falsificado dentro.

—¿Cuánto había? —pregunta Ajay.

—Cuatro *lahks*.

—¿Qué han dicho?

—Se niegan a hablar.

—Hazlos pasar.

Ajay nos pide que nos sentemos en el fondo de la habitación, en un pequeño sofá. La puerta se abre y tres policías de paisano entran con dos hombres.

Casi inmediatamente empiezan los golpes.

—¡Dile al *saab* quién te dio el dinero! —grita uno de los policías.

—No lo sé, señor.

Le cruza la cara con fuerza. Es un gordo burgués sindhi. El hombre más alto y más delgado dice que es su primo y que él conducía el coche. Los dos hablan inglés y van bien vestidos. Me resultan desagradablemente familiares. Un poco más de dinero, algo más de educación, y serían Gente Como Nosotros. Sacan de una bolsa cuatro *lahks* y medio en billetes falsificados de quinientas rupias y los dejan encima del escritorio de Ajay, en pulcros fajos verdes de falsedad. Siguen unas cuantas bofetadas más.

—¿Quién te ha dado este dinero?

—No lo sé, señor. Alguien llamó y me pidió que recogiera la bolsa.

—¿Te llamó un desconocido y te pidió que recogieras cuatro lakhs? —grita Ajay—. ¿Crees que nacimos ayer? Desnudadlos.

Los agentes de paisano les quitan los cinturones y les propinan fuertes latigazos con ellos. Anu se encoge de miedo; Vinod le coge la mano.

El gordo ofrece voluntariamente un poco de información. Conoció al tipo con el que hizo el trato a través de su «mantenida», como la llama Ajay, una gogó que trabaja en un bar de Mira Road.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé, señor.

—Trae el cable eléctrico y la correa —ordena Ajay a un agente.

El agente vuelve con una gruesa correa de cuero de unos quince centímetros

de ancho, sujeta a un mango de madera. Uno de los agentes la coge y golpea salvajemente con ella al hombre gordo en la cara. El ruido de cuero contra carne humana es imposible de describir a menos que lo hayas oído. El hombre grita. El policía vuelve a golpearlo. Entretanto, el primo está recibiendo codazos en la espalda del otro policía. Los dos hombres están encorvados, encogidos, para esquivar los golpes que los policías les propinan con la correa, los cinturones, las manos desnudas, por todo el cuerpo y la cara. Los correazos en la cara es lo más doloroso, y el hombre gordo se ha doblado casi en dos tratando de esquivarlos. El hombre delgado tiene sangre en la frente, o tal vez un *tikka* desde la sien, no lo veo bien. Vinod susurra algo una y otra vez a su mujer, sosteniéndole las manos con fuerza entre las suyas.

—¿Tienes hijos? —pregunta Ajay al hombre gordo.

—Uno.

—¿Cuántos años tiene?

—Cinco.

—Traed a su mujer y a su hijo. Les golpearemos delante de él si no habla.

—¡No, señor! Le diré todo. Le diré todo.

Los tres policías reparten golpes a diestra y siniestra. El hombre delgado aguanta sin llorar; cuando el policía que tiene al lado, mucho más bajo que él, le alcanza en el ojo con el cinturón, él apenas parpadea, como si se le hubiera posado una mosca.

—Dile al *saab* lo que me has dicho —ordena el policía bajo.

—No es nada —protesta el hombre delgado.

El policía le da otro latigazo en la cara con el cinturón.

—¡Díselo!

—Señor, mis padres vinieron de Pakistán en el cuarenta y siete, cuando la Partición.

El policía bajo mira ansioso a Ajay, tal vez esperando ser premiado por haber sonsacado información importante y crucial para establecer la doble

lealtad del sindhi. Ajay no parece impresionado. Desde ese punto de vista, varios millones de personas en la India, incluido el vicepresidente, serían traidores.

—Llevadlos a la habitación e instalad en ella el cable eléctrico. —Ajay se dirige al hombre gordo—. No podrás cumplir con tu querida.

Sale a la luz más información: el gordo recibió 450.000 rupias de un agente paquistaní y entregó a cambio 325.000 rupias en moneda india legal. Mientras los golpean dan a sus torturadores el tratamiento de «señor». Así llamábamos a nuestros profesores en el colegio; así llaman a Vinod los miembros de su equipo de rodaje. No tratan de salir corriendo; no gritan ni una obscenidad a los que los están abofeteando con la palma abierta. Por primera vez oigo maldecir a Ajay.

—Te la meteré por el culo con tanta fuerza que te saldrá todo por la boca. —Pero se está conteniendo. No va a electrocutar a esos hombres en los genitales, aún no, no en esa habitación, en presencia de una mujer—. Llevadlos al Sanjay Gandhi National Park y pegadles un tiro. Luego poned un revólver al lado de uno y un hacha al lado del otro. Diremos que trataron de huir en su coche.

Los tres policías se llevan a los hombres y los tres nos acercamos al escritorio. Vinod, que ha presenciado estas escenas antes, se está riendo de lo afectada que parece Anu. No ha parado de preguntarle si quería salir, pero ella tenía los ojos muy abiertos y no podía apartarlos, a pesar de su horror.

—Nunca había visto dar una paliza. Me muero por volver a casa y abrazar a mi hijo.

—Eso no es nada —dice Ajay—. Es Walt Disney.

—La verdadera paliza está por llegar —dice Vinod dándoselas de entendido—. Los llevarán a alguna parte.

Ajay sonrío.

—Al Resorte.

Yo tenía una idea de lo que era «la verdadera paliza» por la conversación que sostuve con Ojo a la Funerala, el joven sicario de la Compañía-D al que habían arrestado por el asesinato de un productor de música. Los policías lo desnudaron y lo tumbaron boca abajo en un pequeño banco de la sala de interrogatorios. Le ataron las manos al banco. El agente se puso unos guantes y cogió una botella pequeña llena de un ácido especial; una sola gota sobre la piel humana la corroe como Drano a través del desagüe de un lavabo. Las manos enguantadas le separaron las nalgas. «Me la metieron por el culo —me dijo Ojo a la Funerala—. Me sujetaron y me metieron la botella entera por el culo.» Más de un año después, cada vez que caga expulsa un poco de carne.

Los falsificadores no morirían de un tiro; eran delincuentes de poca monta. Y sus mujeres y sus hijos no serían golpeados. A diferencia de otros del cuerpo, Ajay no es un sádico; perro que ladra no muerde. Su máxima es obtener la máxima cantidad de información con el mínimo esfuerzo físico. Pero a la gogó de Mira Road, la querida del gordo cuyo nombre enseguida dio, la llevarían esa noche a la comisaría y la presionarían para sonsacarle más nombres. La querida siempre es la primera en desembuchar.

La gogó más tarde los conduce a toda la red. Ajay arresta a siete personas en total y recupera dinero indio por valor de cien mil dólares. Averigua que la banda de Dagwood está involucrada, bajo la dirección de los paquistaníes. Su objetivo es inundar el país de billetes falsos. La paliza que dieron a los hombres sacó a la luz la cadena de distribución: el dinero indio era falsificado fuera de Islamabad en la imprenta gubernamental de Pakistán, cuyas planchas reproducían cientos de miles de retratos de Mahatma Gandhi; a continuación era enviado a Katmandú, donde se recogía y se llevaba en tren o por carretera a toda la India. Una vez en el país, se cambiaba por cantidades más pequeñas de moneda auténtica, se mezclaba con billetes verdaderos y se gastaba en el bazar o se tiraba a las bailarinas de los bares. Es una nueva clase de ataque fronterizo: el sabotaje económico. Bombay, como capital financiera del país,

es particularmente vulnerable. Ya corren rumores de que el Banco de Reserva de la India va a dejar de aceptar los billetes de quinientos dólares. Algunos tenderos ya han dejado de aceptarlos, lo que da pie a discusiones con sus clientes. En Katmandú el año pasado me dijeron en un hotel que no aceptaban billetes de quinientos dólares por esa misma razón: muchos eran falsos.

—A nuestro alrededor hay todo un mundo del que no sabemos nada —dice Anu al salir de la oficina de Ajay—. Solo quiero ver mis películas hindis y sentirme segura.

De pronto es consciente de que hay una corriente subterránea de violencia homicida a cinco minutos de su casa llena de plantas, un profundo río de dolor en cuya orilla vive.

En la reunión para hablar del argumento de *Mission Kashmir* que celebramos inmediatamente en casa de Vinod, este explica una escena a Hrithik Roshan, el héroe.

—Y entonces recibes treinta balazos en la espalda y te caes así.

Se tira de bruces al suelo, la idea de la muerte de un director de cine.

—¡Genial! —exclama la estrella.

Ajay es un chico de Bandra que fue bateador estrella en sus años de colegio. Se unió al Servicio de Policía Indio en 1981, después de licenciarse en historia y ciencias políticas por la Universidad de Bombay. Ha trabajado con distintos rangos por todo el estado y en todos los rincones de la ciudad. Con los años ha llegado a conocer a fondo todos los chanchullos, grandes o pequeños. Me dice, por ejemplo, que la licencia para hacer dibujos con tiza de Jesucristo en las aceras, sobre los que los transeúntes arrojan monedas, se vende cada seis meses a setenta y cinco mil rupias por los matones que controlan la zona.

Tras su labor en la investigación de los atentados lo ascendieron a

subinspector de la Brigada de Investigación Criminal, donde durante cuatro años fue responsable de seguir la pista de las actividades de los terroristas y las bandas en toda la ciudad de Mumbai. Pero en 1996 tomó una decisión desacertada en su carrera: llevó a cabo una redada en la casa de Jaidev Thackeray. Jaidev es hijo de Bal, y el anciano, de un telefonazo, hizo trasladar a Ajay a la policía federal por su audacia. Allí estuvo Ajay, lidiando con delitos tribales en las zonas rurales, hasta que en 1998 las autoridades decidieron que su experiencia en la lucha contra la guerra de bandas compensaba con creces el fastidio de su incorruptibilidad, y lo trasladaron de nuevo a la policía urbana.

Ajay tiene un odio pertinaz: la industria del cine. Su padre era productor de cine y murió de impotencia. En cierto momento contrató a Rajesh Khanna para una película. Después de fijar las fechas con la superestrella, alquiló un estudio una semana e hizo construir un sofisticado plató para una secuencia musical. El actor no apareció el día acordado, ni el siguiente. El plató estaba preparado; el equipo de rodaje y el productor esperaban. Cada día suponía un gasto enorme. Khanna no apareció en toda esa semana, y el sábado hubo que desmontar todo el plató, una fantasía que no se haría realidad. Ese sábado el padre de Ajay tuvo su primer infarto.

Poco después contrató a otro actor, Vinod Khanna, y de nuevo acordó las fechas con él. El día del rodaje la estrella estuvo ilocalizable. Se había vuelto seguidor de Rajneesh y había desaparecido en el *ashram* del gurú en Pune. Los secretarios de la estrella no sabían dónde localizarlo. Una vez más el productor vio esfumarse su dinero ante sus ojos. Entonces tuvo su segundo infarto.

—Yo quería mucho a mi padre —dice Ajay—. Solía despertarme a las tres y media de la madrugada, y mi padre no estaba en su cama. Salía al jardín y lo encontraba fuera, fumando. Cuando me acercaba a él y le preguntaba qué pasaba, decía: «He pedido un préstamo al treinta y seis por ciento de interés.

¿Qué voy a hacer?». Había perdido veinticinco lakhs. Odio el mundo del cine; es un negocio sucio. Me juré que cuando me hiciera mayor me convertiría en un hombre con una posición de poder sobre esa gente que arruinó a mi padre. —Así que se hizo policía, en lugar de abogado, médico o empresario; en lugar de productor de cine—. En el uniforme hay poder.

En su actual cargo de inspector adjunto de policía de la zona noroeste, tiene un protectorado sobre Bandra y Juhu, las Beverly Hills de Bombay, donde viven y trabajan las estrellas de cine. Estas van directas a la oficina de Ajay cada vez que reciben una amenaza por teléfono del hampa, incluidos los actores que hicieron morir a su padre de una muerte lenta.

—Acudieron a mí para decirme que habían sido buenos amigos de mi padre. Les dije lo que me dijo mi padre y cómo se sentía mi familia hacia ellos. —Ellos se quedaron sentados frente a él, retorciéndose—. Se me pasó por la cabeza echarlos. Pero el departamento tiene su reputación.

De modo que los ayuda, hace las llamadas necesarias y detiene a los extorsionadores que toca, para que las estrellas puedan dormir tranquilas. Pero entre Ajay y su padre hay una diferencia. Ahora es Ajay quien pone las condiciones a las estrellas.

Cuando Ajay viene a cenar con su mujer, Ritu, a casa, le ofrezco una copa, pero el inspector es una rareza en Bombay: un policía que no bebe.

—Vi demasiado alcohol en mi casa de pequeño. No me gustaba que mi padre bebiera. Una persona pierde el control cuando bebe. No me gusta beber ni fumar. Nunca. —Repite la palabra, sospecho, para sí mismo—: Nunca.

También es una rareza en otro sentido: no acepta sobornos. Dice que debe de ser el único funcionario público en la India que paga las facturas telefónicas de su línea privada: dos mil rupias al mes. Por no aceptar sobornos, y por venir de una familia adinerada, Ajay dice que tiene muy poco

que ver con el resto de sus compañeros.

—La mayoría de la gente del cuerpo me envidia. El resto, tal vez los altos cargos, me temen.

Por tanto, nunca tiene trato social con otros policías.

Durante los diez días previos a Diwali, en la jefatura de Worli hay una procesión de hombres con cestas de fruta cara y dulces: regalos para los agentes. Ritu rechaza sumariamente todos esos regalos; una botella de champán de un director de cine, por ejemplo. A los demás agentes, sobre todo a los superiores de Ajay, les preocupa que la honradez del inspector ponga en tela de juicio el hecho de que ellos acepten regalos, de modo que le dan un consejo paternal: «Tienes que ser práctico».

—¿Han intentado comprarte las bandas? —pregunto.

—Después de las explosiones mi superior me ofreció cincuenta lakhs para que no agrediera a nadie. Dijo: «No golpees a este tipo, es muy influyente. Sé de alguien que está dispuesto a pagar cincuenta lakhs. No te estoy diciendo que hagas nada ilegal, solo que no lo golpees». Respondí: «Señor, me he formado bajo su tutela. Si no fuera mi superior, le agrediría a usted». Mi problema es que me exalto mucho.

El sueldo mensual de Ajay, como agente del Servicio de Policía Indio, es inferior a veinte mil rupias. Una secretaria cualificada de una multinacional gana más.

—Eso tienen que revisarlo —digo.

—Ya lo han hecho. Hasta el año pasado eran siete mil.

—¿Siete mil rupias al mes?

—Empecé en 1981 como subinspector cobrando ciento cincuenta rupias al mes. —Equivalen a setenta y cinco dólares de entonces.

Ritu, que viene de una familia rica de Delhi, se quedó horrorizada cuando vio las dependencias donde iban a vivir. No había muebles. Aunque Ajay no bebe, le encanta la carne, cuanto más cruda mejor. En casa de sus padres solo

comía carne. Cuando ingresó en el cuerpo de policía, no pudo permitirse comprar carne durante todo un año. Cuando lo destinaban a un barrio, compensaba lo que no podía comprar en el mercado yendo él mismo a cazar jabalíes. En las paredes de su casa ahora hay una cabeza de tigre y otra de ciervo.

Ajay quiere ir al extranjero para estudiar el terrorismo. Los conocimientos que tiene la policía de Bombay de las conexiones internacionales entre las organizaciones mafiosas y los grupos terroristas son, dice, superficiales y dispersos. Ningún cuerpo de policía puede combatir solo el demonio del crimen organizado; si le cortan la cabeza en Bombay, le sale una nueva en Delhi o en Dubái. Pero a los agentes de policía de la India se les imponen límites estrictos en sus contactos con los extranjeros. El único lugar donde Ajay podría esperar hacer tales contactos es fuera del país, mediante una licencia remunerada por estudios. Quiere ver cómo luchan otras democracias con el enemigo interno.

En 1999 Bombay se reveló como el centro neurálgico a raíz del secuestro de un avión de las Indian Airlines perpetrado por los separatistas de Cachemira. Los pasaportes falsos de varios de los secuestradores se habían hecho aquí. Desde el avión parado en la pista de despegue de Kandahar, en Afganistán, los secuestradores recibían información por teléfono con regularidad de una parte de su grupo, que tenía su base en Jogeshwari y que controlaba lo que decían los medios de comunicación sobre el incidente. De hecho, los parientes de los secuestrados se pusieron histéricos ante las cámaras del mundo. El gobierno indio recibió mucha presión para que entregara a los terroristas, lo que al final hizo. Entre los yihadistas puestos en libertad como parte del acuerdo estaba Sheikh Omar, quien tres años después asesinaría al periodista Danny Pearl. Los cómplices de los secuestradores, cuando los capturaron, también llevaban consigo listas de los líderes políticos hindúes que tenían previsto asesinar.

Ajay prevé una conexión global de las organizaciones militantes musulmanas —en Afganistán, en Chechenia— con las bandas criminales musulmanas de Bombay y Rusia.

—Para ellos Mumbai es muy importante. Si la India ha de ser golpeada financieramente, es indispensable paralizar Mumbai. Quieren que cunda el pánico en la ciudad.

Sabe a ciencia cierta que Dawood y su lugarteniente principal, Chotta Shakeel, celebraron una reunión con Osama bin Laden fuera de Kabul en agosto de 1999. Discutieron sobre la compra de armamento y las formas en que podrían trabajar juntos. Como me explicó Kamal, el tesorero de la Compañía-D: «La comunidad musulmana no ve a Osama bin Laden como terrorista sino como un mesías. Él no es egoísta. Es el segundo hombre más rico de Arabia Saudí; es una economía en sí mismo. Los musulmanes admiran que renunciara a ese lujoso estilo de vida para vivir como un gitano. De modo que mucha gente lo está siguiendo».

Ajay tiene la sensación de que hay vastas redes internacionales que vigilan las líneas de la policía buscando brechas para crear caos en su querida ciudad. El total de RDX que estalló el 12 de marzo de 1993 fue solo de dieciséis kilos. Pero Ajay confiscó mucho más: casi dos toneladas y media. Y eso no es ni la mitad.

—No se ha recuperado todo el envío que llegó antes de las explosiones —dice Ajay—. Sigue escondido en alguna parte.

«El próximo disturbio será tremendo», había predicho un pistolero de la Compañía-D. Lo comparó con un incendio. «De aquí para allí puede soplar cualquier viento, cualquier persona puede provocarlo por la razón más nimia. En todas partes habrá una conflagración.» Y esta vez, a diferencia de la anterior, los musulmanes estarán armados y preparados.

Hace unos años, Ajay recibió una llamada de Delhi. Sudáfrica necesitaba agentes de policía de los países del Tercer Mundo para entrenar de nuevo su

cuerpo de policía, y habían propuesto a Ajay para un cargo de dos años en Johannesburgo. Johannesburgo «es la capital mundial de la droga», dice Ajay. Reflexionó sobre ello esa noche y decidió ir. A la mañana siguiente habló con dos ex inspectores de policía que tenían un alto concepto de él. Los dos le aconsejaron que no fuera. Ajay está en la lista negra de las bandas del hampa. «Te han tendido una trampa para matarte allí», le dijeron. Ajay dejó pasar la oportunidad, pero, al mirar atrás, dice que fue «un error táctico».

Ritu estudió historia en Oxford. Solicitó una plaza en Cambridge y le ofrecieron una beca que incluía un estipendio considerable. Lo rechazó para casarse con Ajay. Pero no ha podido continuar su carrera. Quiere ir a Estados Unidos para poder estudiar de nuevo. Cada vez que pasan por la carretera del aeropuerto, el hijo de diez años de Ajay pregunta: «Papá, ¿podemos coger esta carretera?». Sabe que el extranjero es el único lugar donde su padre puede relajarse de verdad. Tan pronto como el avión despegue de Bombay, todo el estrés desaparecerá.

—Es como un interruptor que se enciende y se apaga —dice Ajay.

—Nunca lleva a sus hijos al zoo —se queja la señora Lal.

—Me paso la vida en uno —responde el señor Lal.

En cada conversación que he tenido con Ritu, ella ha sacado a colación que renunció a su carrera inmediatamente después de casarse. Insiste en que fue la decisión correcta, para criar a sus dos hijos y ser una buena esposa para Ajay. Y como esposa de Ajay tiene que soportar presiones que derrumbarían a cualquier otra mujer. «Después de las explosiones recibía llamadas en plena noche: “Sabemos que tiene un hijo que va al Cathedral”.» Llamaban para exigir que Ajay se echara atrás. Los hijos, Rahul y Ravin, están bajo vigilancia armada las veinticuatro horas. Un día, después de las explosiones, los gánsters estuvieron esperando con granadas el coche que llevaba a Rahul al colegio, para arrojárselas cuando pasara por debajo del paso elevado de Marine Drive, donde hay que aminorar la velocidad. En el último minuto Ajay

se enteró del plan y el coche cambió de ruta.

Cuando sus hijos están en el colegio, hay varios policías armados apostados fuera del aula. A Rahul, el hijo mayor, no le gusta estar siempre rodeado de agentes.

—Restringe su libertad —comenta Ajay—. No puede bajar a jugar como los demás niños.

Una vez, cuando Rahul estaba en segundo, Ritu contestó el teléfono, y el que llamaba le dijo que había puesto una bomba en el aula de su hijo. Ella llamó a Ajay frenética, pero no pudo localizarlo. Dos minutos después, el guarda jurado a cargo de su hijo llamó para confirmar la amenaza y dijo que estaban evacuando el colegio. Ritu bajó corriendo las escaleras, se subió al coche y fue al colegio presa del pánico, saltándose todos los semáforos en rojo, con el corazón en un puño, mientras se imaginaba lo que le estaba pasando a su hijo. Lo encontró sano y salvo fuera del colegio y lo llevó a casa. Eso ha ocurrido varias veces. Ajay dice que la Brigada Antiexplosivos acude con regularidad al colegio de su hijo.

Todo ello explica la cólera que deja traslucir durante los interrogatorios.

—Si mi familia está tensa y asustada, me pongo inmediatamente tenso.

Aparte de Shrikant Bapat, el inspector en el momento de los disturbios cuyo nombre aparece mencionado en el Informe de la Comisión Srikrishna por haber dado carta blanca a los alborotadores, Ajay es el único agente de la policía de Mumbai al que se le ha proporcionado una seguridad tan extraordinaria, porque su familia vive bajo una amenaza extraordinaria. Pero Ajay sigue adelante porque tiene una buena mujer a su lado.

—Ritu lo ha aceptado asombrosamente bien —me dice más tarde—. Ha sido muy fuerte. Nunca me ha dicho: «No hagas esto». Nunca. —De modo que ahora quiere ir al extranjero, dos o tres años, para escapar de la atención de las bandas y bajar un poco la guardia—. Con suerte, si desaparezco del mapa se olvidarán de mí.

Ajay y Ritu se despiden y, mientras bajan las escaleras, miro por la ventana de la cocina. Un Ambassador blanco con una luz de policía en el techo se detiene, Ajay y Ritu se suben en él mientras otros hombres corren alrededor y varios se suben también. Detrás de ellos arranca un jeep lleno de policías con armas largas, y el convoy se aleja en la noche silenciosa. Los coches se han detenido frente a la entrada antes de que mis invitados salgan a la calle; debía de haber guardias en mi rellano, o en el vestíbulo, esperando toda la noche a que terminara la cena. Nunca hemos estado tan seguros... o tan inseguros.

Fueron los británicos los que crearon la policía de Bombay. El jefe de policía más famoso de la época británica, el único que modernizó el cuerpo, fue Charles Forjett, un angloindio. Introdujo la tradición de vigilar con mano de hierro la ciudad, así como de ganarse el odio por lo que hacía a petición de sus habitantes. Consideraba que su principal deber era «arrancar el mal de raíz». Ajay podría ser su reencarnación; cuando le pregunto qué lo mueve a actuar así, se limita a responder: «La lucha contra el mal».

Durante el motín de 1857 el inspector Forjett deambuló de incógnito por la ciudad, deteniendo en el acto a todo al que oía elogiar las acciones de los amotinados. Mandó construir una horca dentro del recinto de la comisaría y, convocando a los ciudadanos más prominentes que sabía que eran desafectos, la señaló. Hizo encadenar a dos de los amotinados a unos cañones del Maidan, invitó al público a mirar y dio la orden de disparar. El Maidan se llenó del olor a carne quemada.

Los empresarios de Bombay dieron a Forjett mil trescientas libras en 1857, y otras mil quinientas cuando se retiró y se fue a vivir a Inglaterra en 1864, «como prueba de su profunda gratitud hacia alguien cuyos poderes casi despóticos y ferviente energía habían sofocado las fuerzas explosivas de la sociedad nativa, hasta el punto de que parecían haber sido sometidas para

siempre». Pero el Imperio no fue tan generoso; él era mestizo. Según una posterior historia británica del cuerpo, «se dice que Forjett se ha sentido desairado porque el gobierno no le ha concedido ninguna condecoración. Resulta sin duda curioso que tan admirable funcionario público no haya recibido el título de sir o haya ingresado en alguna orden de caballería». Forjett cobraba su pensión en rupias. Tras la caída del tipo de cambio, pidió que se le pagara en libras; se lo denegaron. Murió en Inglaterra a los ochenta años en una casa de Buckinghamshire a la que, en su amargura, no puso el nombre de uno de los gobernadores británicos a los que había servido, sino el de sir Cowasji Jehangir, un distinguido parsi de Bombay. Un nativo.

Siglo y medio después de que Forjett profesionalizara el cuerpo, la policía de Mumbai sigue siendo considerada la mejor de la India, con los mejores detectives. Ajay recuerda haber enseñado a un grupo de policías de Nueva York el suburbio de Dharavi. «Se quedaron asombrados.» Señala la enorme población de la ciudad, las dificultades para seguir la pista a un continuo torrente de inmigrantes y sus delitos. «En cada caso estás agitando una varita mágica para detectarlos. No veo ninguna ciudad del mundo que tenga tal variedad de delitos como la nuestra.» Se maravilla de las fabulosas instalaciones de las que disfruta la policía norteamericana. «Si las películas no mienten, tienen un gimnasio, duchas.»

En cierta ocasión tuvo una discusión con el director del *Bombay Times*, que comparaba desfavorablemente la policía de Bombay con Scotland Yard. Ajay respondió que las estadísticas demostraban que casi todos los casos que se presentaban a la policía de Bombay se resolvían. ¿Cómo se explicaba que hubiera tantos?, preguntó el director. Porque hay otras tantas denuncias. En su cargo actual, Ajay recibe cada día entre sesenta y setenta visitas de gente que le pide ayuda en todo, desde llamadas de extorsionadores hasta una mujer que pretende que traiga de vuelta a su marido que se ha largado. «El ochenta por ciento de la gente que viene a verme dice: “Sáquelo de mi piso” o “Ese tipo

está tratando de sacarme de mi piso” —explica—. Si ayudo al hombre a sacar a alguien de su piso, el tipo al que he sacado dirá: “Han sobornado a la policía”.» Las secuelas de la Ley de Alquileres ocupan la mayor parte del tiempo de Ajay. Lo que se interpone realmente entre él y el derecho de sus hijos a pasar tiempo con su padre, o el de su mujer a pasar tiempo con su marido, es la Ley de Alquileres, no la guerra de bandas.

La raíz del problema es sencillamente que no hay suficientes policías para esa ciudad en explosión. En 1951, cuatro años después de la independencia y una época idílica para Bombay, había 4,3 policías por cada mil personas. En 1998, cuando regresé, la proporción se había dividido por la mitad; ahora solo hay 2,6 por cada mil. Como consecuencia, señala Ajay, el cuerpo trabaja demasiado. «Prácticamente todos, empezando por el inspector, trabajan catorce o quince horas al día. Los turnos de los agentes son de doce horas, de ocho a ocho. Pero pueden irse a casa a las diez o las once. No se pagan las horas extra.» Un agente cobra un sueldo de cuatro mil rupias al mes, menos de lo que pago a mi chófer. Las viviendas de la policía solo pueden albergar el 60 por ciento del cuerpo; el 40 por ciento restante vive en los suburbios. Más del 10 por ciento de los agentes están esperando que el gobierno les proporcione una vivienda, a la que solo tienen derecho tras diez años de servicio. «De modo que el agente va al propietario del suburbio y le dice: “Estás pidiendo veinticinco mil por una chabola; déjamela por veinte mil y te la pagaré a plazos”. ¿Esperas que un tipo en esta situación tome medidas contra los propietarios de los suburbios? Dirá: ¿Qué ha hecho por mí el cuerpo?» Y no es que la constante dedicación al deber infunda esperanzas al agente de dar una vida mejor a su familia. Según las normas de la policía de Bombay, un agente no puede ascender por encima del rango de subinspector. No me extraña que el padre de Dawood Ibrahim fuera un agente al servicio de la policía de Bombay. A pesar de su ejemplo, es necesario que aumente el número de musulmanes en el cuerpo, que está por debajo del cinco por

ciento», dice Ajay.

Las armas y los laboratorios de que dispone la policía de Bombay son anticuados. La banda de Dawood consigue sus armas en los bazares de la frontera de Pakistán con Afganistán: AK-47, granadas de mano. Algunos de los rifles automáticos tienen incluso silenciador. A principios del siglo XXI, algunos sectores de la policía de Bombay siguen armados con rifles calibre 303 que se utilizaron en la Segunda Guerra Mundial. «Cuando el ejército se modernizó —explica Ajay—, entregó sus viejas armas a la policía. Había escasez de revólveres y pistolas.» Al comienzo de su carrera, cuando dejaba de estar de servicio tenía que entregar su arma al agente que lo relevaba. De modo que si un agente se enfrenta con un sicario con un máuser, tiene que detenerse, desabrocharse del hombro su enorme mosquete, colocar la bala, llevarse el arma al hombro, apuntar al blanco a través de la mira montada sobre el cañón y alcanzarlo. Para entonces el sicario estará en Dubái.

Por otra parte, aun cuando estuviera adecuadamente equipada, la policía no está debidamente entrenada, como ilustra Ajay con un ejemplo. Un día de finales de la década de 1980, cuando estaba destinado en la región del nordeste de Bombay, recibió una llamada de uno de los agentes a su cargo que le informó de que un elefante se había vuelto loco. Pidió al agente que buscara un veterinario. Al poco rato volvió a llamar el agente. El elefante estaba haciendo estragos, arrancando todo lo que encontraba a su paso. Ajay acudió al lugar del incidente. Cuando llegó allí, el veterinario ya había sedado al elefante, al que subían a un camión con la ayuda de una grúa. Mientras mostraba a Ajay los destrozos, el agente añadió tímidamente: «Señor, tuve que disparar una bala». Ajay informó al veterinario y le pidió que examinara al animal hasta dar con la bala. Esa noche el veterinario llamó a Ajay. No la había encontrado. Ajay le pidió que volviera a examinarlo. «Mire, la piel de un elefante es muy gruesa, busque con lupa y encontrará la bala.» Entrada la noche el veterinario volvió a llamar. No había ninguna bala en la piel del

elefante.

A la mañana siguiente Ajay volvió y lo comprobó por sí mismo, junto con el agente que había disparado. Encontró por fin la bala incrustada en la puerta de la enfermería que había estado detrás del animal.

—Había fallado.

Levanto la cabeza de mis notas.

—¿A qué distancia estaba el agente del elefante?

—Disparó a tres metros de distancia.

Aunque se arreste a un sospechoso y se encuentre su arma, toda la estructura en la que Ajay tiene que apoyarse para asegurar una condena, desde los laboratorios del forense hasta la informática pasando por los fiscales, deja mucho que desear.

—Para la gente de fuera es muy fácil hablar de derechos humanos. En Nueva York o en el Reino Unido, una confesión hecha ante un policía es admisible. Aquí no. Nos dan los peores abogados, los que no sirven para ejercer de forma privada. Los mejores trabajan para las bandas. En una época de economía de mercado, globalización y multinacionales, «la policía no es una institución lucrativa». ¿Por qué tendrían que invertir dinero en ella?

De modo que la policía toma atajos para resolver los casos. En 1997 Maharashtra tuvo el número más elevado de muertes en prisión de todo el país: doscientas, un aumento del 500 por ciento del total del año anterior, que habían sido treinta. ¡Doscientas personas torturadas hasta morir bajo custodia policial! El récord supera el de muchos dictadores militares del mundo. Según un informe de la policía sobre las causas de 155 muertes en prisión en Maharashtra en los años ochenta, solo el 15 por ciento se debe a una «acción policial». El resto tuvieron causas distintas, desde «Se cayó de la cama» hasta «Se abalanzó sobre otros».

En esta parte del mundo, la mayoría de la gente, rica o pobre, evita la comisaría. Un amigo me dice que su contable ha robado cuarenta y cinco lakhs

y ha huido al sur, donde está escondido. Mi amigo lo denuncia a la policía, que detiene a la hermana del contable. Ella no está involucrada en el delito, pero la tienen veinte días detenida, esperando presionar así a su hermano para que se entregue. Cuando mi amigo va a la comisaría, el policía al mando le dice que la mujer está en una celda y lo invita a «hacer lo que quiera con ella». Mi amigo teme por la seguridad de la mujer y envía a un hombre de su oficina para que permanezca en la comisaría día y noche, protegiéndola de los agentes de la ley.

Mi tío me reprende por haber enviado a Sunita a recoger unos formularios de la Brigada Especial, la agencia que se ocupa de registrar a los extranjeros. «No puedes enviar a una mujer a la comisaría.» Y, en efecto, la acosan. Oye a los inspectores hacer comentarios lascivos sobre ella en marathi. El policía al mando le dice que puede enviarla a ella y a sus hijos a los tribunales si quiere. Debería haber dejado caer el nombre de Ajay; me habrían traído los formularios a casa. Pero todavía hace poco que hemos vuelto; seguimos funcionando con el decoro que hemos aprendido en Occidente. Esto cambiará a medida que nos adaptamos al País del No.

Me hago una idea del poder que tiene Ajay cuando mi hermana y su prometido vuelan desde San Francisco para vernos. Estoy sentado en su oficina y le digo que tengo que ir a recogerlos. Ajay hace una llamada al inspector encargado del aeropuerto. Voy a la comisaría del aeropuerto. «El invitado del *saab* Lal. Trátelo como corresponde», ordena el inspector del mostrador. Un agente de paisano me acompaña a la zona restringida del aeropuerto, hasta la escalera mecánica que desciende desde la puerta de llegada, donde recibo a mi sorprendida hermana. Los llevo al principio de la hilera de inmigración —¡ah, el placer de saltarte una cola interminable!— y pasamos directamente al control de aduanas. El subinspector de aduanas me estrecha la mano y me pregunta débilmente: «¿Algo que declarar?». Nada, digo, y hago pasar a mi hermana y a su prometido por delante de los hombres

impotentes uniformados de blanco. No traen nada que esté sujeto a derechos de aduana, pero uno se siente poderoso al saber que podríamos haber entrado ordenadores, munición, bebidas alcohólicas y heroína si hubiéramos querido. A menudo al llegar a este aeropuerto me he sentido totalmente impotente. Ahora tengo a mi alrededor un enjambre de policías; puedo cruzar puertas cerradas, pasar por delante de hombres armados. Las reglas normales no me afectan.

Podría acostumbrarme a esto.

Últimamente a las nueve de la mañana, cuando deja de sonar la alarma antiaérea, ya hace un calor abrasador. Los que pueden permitírselo ya han huido. Solo los que han tenido un mal año —los estudiantes que han suspendido, los hombres de negocios que no han tenido éxito— se quedan atrás para sufrir el verano en la ciudad, coger trenes, caminar por las calles derretidas. Cada año hace más calor. El sol sale tarde, pero lo compensa con creces. Lleva todo el invierno aunando fuerzas; ahora está listo para el ataque.

Un día paso por la oficina de Ajay a las siete de la tarde. Tiene fiebre y ha desconectado el aire acondicionado; la oficina huele a sudor seco. Está infestada de mosquitos que se dan un banquete con mi sangre. Ajay ha detenido recientemente a varios miembros de una banda que operaba en una fábrica de zapatos de Dharavi, y que ganaban entre ochocientas y mil quinientas rupias al mes. Es una vida miserable la de los millones de jóvenes que trabajan en las fábricas de la ciudad. Trabajan en salas oscuras y asfixiantes donde nunca pueden erguirse, por temor a que los degüellen las hojas giratorias de los ventiladores que cuelgan de los techos de zinc. Casi todos son de Bihar o Uttar Pradesh, y trabajan catorce horas al día, todos los días, en silencio, moviendo las manos con gestos automáticos. Si hay un pedido urgente, trabajan todo el día y toda la noche. La mayoría de los empleados cobran a destajo: por hacer

una billetera, por ejemplo, les pagan de catorce a veinticinco rupias. Entran a trabajar a los ocho años y no pueden pasar de los veinte, porque sus manos ya no son lo bastante rápidas, su vista no es tan buena. «No tienen un círculo de amigos, nada. No tienen ningún plan para el futuro», me explicó uno de los dueños de los talleres. Su idea de lo sublime era la última sesión del cine Maratha Mandir un domingo por la tarde o una ida a la atestada playa de Juhu para maravillarse de la libertad del mar. A media tarde, los obreros de la fábrica comen directamente de una olla, acuclillados. Cuando terminan de trabajar se tumban en el mismo suelo donde llevan sentados catorce horas, en habitaciones desde donde con suerte pueden ver un trozo de cielo y un edificio de pisos lujosos en el horizonte no tan lejano.

Ajay me dice que estos hombres podrían ser captados fácilmente por una banda. Una persona de su pueblo que ya está en una los llevaría a los bares; allí, los recién llegados verían a su amigo del pueblo tirar dinero a las bailarinas. Verían cómo las chicas se acercan a él, lo tocan y pasan con él toda la noche. «Para los hombres del pueblo, las chicas del bar son como Madhuri Dixit», comenta Ajay. Ellos pensarían: «Este hombre llegó a Bombay solo seis meses antes que yo, ¿cómo es que vive tan bien? Lleva ropa buena, se mueve en coche». De modo que los captarían; les darían un arma ya amartillada y les dirían que solo tienen que apuntar a un blanco, apretar el gatillo y echar a correr; eso es todo. El promedio de edad de un pistolero es de entre dieciocho y veintiséis años («Por encima de esa edad pasas a organizar», dice Ajay). Es decir, si vive tanto tiempo. No se parecen a los pistoleros que se ven en las películas. «El aspecto de un pistolero tiene que ser totalmente anodino. Eso les permite confundirse con la multitud. En el fondo no hace falta fuerza física, solo una pequeña presión del dedo para apretar el gatillo. En el fondo solo se requiere la habilidad de acallar los remordimientos al disparar a un hombre y ver sangre.»

Empieza el primer interrogatorio de la tarde. Tres agentes, todos de

paisano, entran con una persona cubierta con una toalla. Los agentes dicen a Ajay que el sospechoso es un pistolero de la banda que mató a un abogado de la mafia. Lo descubren dejando ver a un tipo enclenque de metro cincuenta y dos de estatura, tan escuálido que no te lo mirarías dos veces por la calle. Cuando le quitan la toalla, junta las manos en un *namaste* vacilante.

Ajay lo presiona para que le dé detalles.

—¿Cuándo recibiste la orden de hacer el trabajo?

—A las once... antes de las once. Fue antes de las once, por la mañana temprano, el *bhai* me llamó para encargarme el trabajo.

—¿Desde cuándo se despiertan los *bhais* antes de las once? —pregunta Ajay furioso, desvelando la mentira—. ¡Los *bhais* nunca se despiertan antes de las once!

Una vez que se han marchado el sospechoso y los policías de paisano, Ajay me dice que está casi seguro de que el hombre no lo hizo. Le están pagando para que cargue con la culpa de alguien que la banda quiere proteger.

—Pero sospecho que ese agente está involucrado en ello —dice señalando la silla a mi izquierda, donde estaba sentado el policía corpulento.

Me quedo perplejo. Ajay se refiere a un policía que está nominalmente a sus órdenes.

—Es un topo.

Puede que Ajay tenga que interrogarlo personalmente, si no tiene la información a la mañana siguiente.

La nueva estructura política no quiere a Ajay en Bandra. Él no espera durar en su cargo más allá de septiembre. Su jefe, el inspector, está a punto de ser sustituido, y él aún no sabe si el nuevo es de fiar. Cuando no sabe si sus superiores tienen obligaciones con las bandas, tiene que operar a escondidas de ellos. Si informa del sospechoso al que persigue y este resulta ser de la banda con la que está asociado el superior, la banda recibirá el chivatazo. De modo que Ajay tiene que ocultar lo que está haciendo, tanto de los *bandicoots*

al mando de las comisarías como de los hombres políticamente perspicaces que están por encima de él.

Durante los dos últimos años, y sobre todo desde su destino en Bandra, Ajay no ha pegado ojo por las noches. Da vueltas y más vueltas en la cama, pensando en las distintas operaciones, anticipándose al próximo golpe de los gánsters.

—Cuando me levanto por la mañana, pienso que no quiero ir a trabajar, que me gustaría estar enfermo. Empiezo a estar quemado.

Los pocos domingos que no va a trabajar, a media tarde empieza a apoderarse de él el pánico, pensando que ha perdido el control de su zona.

La noche anterior su mujer le dijo: «Tu hijo te necesita». Ajay señala los periódicos que hay encima de su escritorio. En uno de ellos sale la noticia de que Rahul ha marcado el tanto de la victoria para su equipo de hockey del colegio, del que es capitán. Su hijo no ha leído el artículo. Ajay no llegará a su casa a tiempo para felicitarlo, de modo que llama a Ritu para que lo haga.

—Lo dejo durmiendo cuando me voy temprano por la mañana y me lo encuentro durmiendo cuando vuelvo tarde por la noche. No he visto nada a mi hijo.

Frente a la comisaría se detiene un Maruti Omni impecable, conducido por unos hombres con la cabeza cubierta. Entra un detective en la oficina de Ajay acompañado de Akbar, un *rickshaw wallah* de treinta y un años de Andhra, un pistolero que se sospecha que ha matado a varios miembros de la Compañía-D. Akbar ha estudiado hasta el tercer año en la escuela municipal de Jogeshwari. Lleva una camiseta blanca sucia con un cocodrilo verde. Parece un poco corto de luces; yergue la cabeza y se la rasca cuando trata de recordar un nombre («¿Cómo se llama...?»), moviendo despacio los dedos a través del pelo. Pero no está escondiendo nada. Sin que Ajay lo presione confiesa que ha disparado. Antes tenía un *rickshaw*, pero lo vendió para pagar la boda de su hermana. Desde entonces conduce uno alquilado. Los policías le dan un par de

bofetadas, pero no son necesarias en realidad. Habla enseguida de sus trabajos. Primero disparó a un profesor de autoescuela. Su cómplice le pegó dos tiros y él solo uno.

—¿Dónde has aprendido a disparar? —pregunta Ajay.

—Me dieron la pistola y me dijeron que apretara un botón. Las balas ya estaban dentro.

La principal preocupación de Akbar parece ser proteger a su hermano, que participó de forma indirecta en el trabajo, ya que recogió parte del dinero de la banda al regresar a casa desde la comisaría.

—Arrastraré hasta aquí a toda tu familia —promete Ajay—. ¿Cuánto te pagaron?

—Mil quinientas rupias por disparar. —Siguió el trabajo del miembro de la Compañía-D, a quien había pegado dos tiros en un semáforo mientras la víctima trataba frenéticamente de esconderse en la parte trasera de su jeep—. Me saqué tres mil quinientos limpios. —Por tres asesinatos, en total.

—¿Qué hiciste con el dinero?

—Se lo di a mi familia, a mi mujer y a mis hijos. Tengo dos niños, uno de seis años y otro de seis meses.

—¡De modo que has destrozado la vida de tus hijos! —Luego Ajay le hace la misma pregunta que he estado haciendo por ahí—: ¿No sientes nada al quitar la vida a alguien?

—Después de disparar, no sé adónde va la bala —responde Akbar—. Le disparé muy de cerca. —Alarga un brazo para enseñarle la distancia—. Si tuviera que disparar de lejos no podría hacerlo.

El detective se vuelve hacia Ajay.

—Es un demonio. Deberíamos acabar con él.

Cuando se lo llevan, Ajay me dice que su banda está detrás de los principales tiroteos de las dos últimas semanas. Trabajan para Rajan y, para su desgracia, los han cogido con cinco pistolas que balística ha confirmado que

se utilizaron en los tiroteos.

—Mil quinientas rupias —repite Ajay.

Eso es todo lo que pagaron a Akbar por meter dos balas en el cuerpo de un ser humano vivo. Y ahora va a pasar al menos diez años de su desafortunada vida pagando por ello entre rejas, para dar a su mujer e hijos treinta y cinco dólares.

—¿Cuál es el precio más bajo que has visto pagar por una vida humana en Bombay? —pregunto a Ajay.

Reflexiona un momento. Luego me habla del trapero.

En 1995 encontraron partes de un cuerpo humano en el vertedero municipal de Deonar. Un informante sopló a Ajay quién era el asesino: un chico de dieciséis años, trapero, que vivía en una chabola en el vertedero. Detuvieron al chico para interrogarlo y confesó. Había sido abordado por un tipo que se alojaba en casa de una pareja. El marido trabajaba de noche en el puerto de Mazagaon y había cogido un huésped de pago. Era poco prudente para un hombre casado que trabajaba en el turno de noche y ocurrió lo inevitable: floreció el amor entre el inquilino y la esposa. El marido era la espina. Sospechó de su mujer y la golpeó. Un día ella echó una droga en la comida del marido; él comió y se quedó dormido. El inquilino y el trapero lo golpearon acto seguido en la cabeza con una piedra y llevaron el cadáver al vertedero de Deonar. Allí, el trapero pasó dos horas cortando el cadáver en muchos trozos y distribuyéndolos por el vertedero. La mujer denunció la desaparición de su marido.

Ajay preguntó al chico cuánto dinero le habían pagado por todo ese trabajo: matar al marido, trasladar el cadáver, cortarlo y caminar con la cabeza, torso y miembros sangrantes buscando lugares estratégicos donde tirarlos.

—Cincuenta —dijo.

—¿Cincuenta mil?

—No. Cincuenta rupias.

Era el mes de mayo. En junio llegarían las lluvias. El trapero necesitaba cincuenta rupias para comprar una tela de arpillera para cubrir el tejado de su chabola y evitar así que se inundara con la lluvia. De modo que mató a un hombre por una cantidad que no le daba ni para tomarse un café en un buen hotel de la ciudad.

Después del interrogatorio, invité a Ajay a comer a mi casa. Ajay me pregunta si podemos escribir un libro juntos; confía en mí. Nunca ha tenido la menor duda de que estoy escribiendo un libro; cuando golpea a gente en su oficina, me ve en el sofá del fondo de la habitación garabateando en un cuaderno, anotando cada bofetada, escribiendo las palabras exactas de cada amenaza de muerte. ¿No tiene miedo de meterse en líos cuando se publique? Le he dicho para tranquilizarlo que todos los nombres que aparezcan en el libro estarán cambiados. Tal vez me deja sentar allí porque necesita que alguien sea testigo y tome nota de esas tardes deprimentes de su vida. O tal vez ya no le importa.

ENCUENTRO

Una mañana, en ese típico estado entre el sueño y la vigilia, tengo un sueño. He posado los ojos en un documento que hay sobre el escritorio de Ajay. Trata de mí. Él no está en la habitación, de modo que lo robo. Han estado vigilando mis movimientos, pinchando mi teléfono. Me tienen bajo vigilancia. Han trazado un plan para eliminarme; se ha nombrado a la Brigada Especial. Corro, cojo un *rickshaw*. Tengo que salir con mi familia de Bombay. Cuando vuelva a su escritorio echará en falta el documento y hará que todos sus hombres me busquen. Me encontrarán.

Es una palabra inocua, «encontrar». Sugiere un encuentro casual mientras paseas por el parque. Pero en Bombay ha llegado a significar asesinar sin

juicio previo, una muerte extraoficial. Ocurre cuando la policía arresta e interroga a un sospechoso, y luego lo lleva a un lugar público y lo mata de un tiro. La explicación que dan a la prensa es que «encontraron» a un temido gángster, le pidieron que se entregara, él disparó y ellos respondieron disparando a su vez y lo mataron.

Naeem Husain, reportero de sucesos de uno de los principales periódicos de Bombay, va a reunirse con el subinspector de policía Vijay Salaskar, el principal «especialista en encuentros» de la policía de Bombay. Me lleva con él. La oficina de Salaskar está en una pequeña casucha detrás de la comisaría de Nagpada. Esperamos a que vuelva de la jefatura.

Mientras esperamos, oigo unos gritos agonizantes. La oficina del otro lado del pasillo, que estaba abierta, tiene ahora la puerta cerrada y hay un hombre gritando dentro.

—¿Un interrogatorio? —pregunto al inspector.

Él sonríe y asiente. Nadie levanta la mirada de su té, de su periódico.

En el preciso momento en que Salaskar se dispone a entrar en la oficina, llegan dos cajas enormes de dulces y me ofrecen *pedas*. Antes de que me dé cuenta de que estoy celebrando algo, me he comido uno. Salaskar acaba de ser absuelto del caso sobre el encuentro de Sada Pawale. El gángster lo había dispuesto todo para irse de Bombay. Había pedido a su hermana y a sus hermanos que fueran con él en el coche. Pero Salaskar y sus hombres los detuvieron en un cruce y los hicieron bajar. La hermana, que sabía lo que iba a pasar, cubrió a su hermano con su cuerpo y dijo: «No le disparen». La policía los separó y mató a Pawale de un tiro en el cruce, delante de sus parientes. Cinco de ellos testificaron sobre el encuentro. La policía apostó un agente en la casa de Pawale y puso un altavoz en el teléfono, para que se oyera por toda la casa cada llamada que recibieran. Dijeron a la hermana: «¿Quiere perder también a su hermano menor?». La Comisión Aguiar, que ha investigado el incidente, sostiene que el encuentro fue una farsa. Pero el Tribunal Supremo

acaba de absolver a Salaskar porque todos los testigos, incluidos el hermano, la hermana y la cuñada de la víctima, se han retractado de pronto de sus declaraciones. En el juzgado han aparecido cuatro declaraciones nuevas: «No dijimos lo que dijimos, no vimos lo que vimos».

Mientras estamos en la oficina de Salaskar, entran continuamente policías de alto rango para estrecharle la mano y felicitarlo. Uno de ellos dice en marathi que a partir de mañana debería reanudar las muertes «con pleno vigor». Salaskar recibe sus palabras con una sonrisa. Parece curiosamente manso para ser el principal responsable de los encuentros de Bombay. Pero sin la ayuda de nadie casi ha eliminado la banda de Gawli y se ha cargado a cinco de sus principales pistoleros. Por esa razón, dice Husain, «Salaskar está supuestamente vinculado con Shakeel». A todos los altos cargos se les atribuyen tales vínculos, incluso a Ajay. Las bandas vigilan de cerca las hojas de servicio de los policías. ¿Se está cargando a más hombres de la Compañía-D? Debe de estar con Chotta Rajan. ¿Está matando a chicos de Gawli? Entonces debe de ser del Sena. Estos rumores se adhieren a una persona y es difícil desprenderse de ellos. La única forma de limpiar tu nombre es matar a alguien de la banda con la que supuestamente tienes vínculos. Cuando Husain le pregunta si se ha propuesto acabar con la banda de Gawli en particular, Salaskar protesta y dice que también ha matado a hombres de Shakeel.

Husain le pregunta en cuántos encuentros ha participado y qué clase de arma utiliza.

El policía reflexiona.

—Muertes... veinte.

Saca de un armario una bolsa de cuero negro, abre la cremallera y de pronto lo tengo en las manos. Es un revólver de seis cámaras, con una culata marrón y un cañón de acero. En ella se lee la marca Titan Tiger, y, debajo, .38 y de dónde viene, Miami, FL. En la culata hay grabado un dios nórdico barbudo. Parece un accesorio de una película hollywoodiense de los años cincuenta.

Me quedo mirando el cañón.

Pregunto a Salaskar si alguna vez se ha sentido mal después de un encuentro, después de quitar la vida a un ser humano.

—No son humanos —responde inmediatamente—. Son animales. Basura.

Para arrebatarse la vida a un ser humano, antes de nada tienes que negar que la víctima es humana. Tienes que volver a catalogarla.

Husain pregunta si alguna vez ha corrido algún peligro personal durante un encuentro. Nunca, dice Salaskar. El truco está en disparar a los blancos «antes del fuego de represalia». Dice que él o sus hombres se acercan mucho al blanco antes de disparar. Reconoce que él no tiene mucha puntería, pero nunca ha tenido que disparar a más de ocho metros de distancia.

Como escribió el juez Aguiar en su informe sobre el reciente encuentro:

Es asombroso que a pesar de que Sada Pawale disparó con un arma sofisticada, a saber, un AK-56, que es capaz de disparar 600 balas por minuto y tiene un alcance efectivo de 300 metros, ni el subinspector Salaskar, ni el PSI Desai, ni ninguno de los agentes sufrió una herida de bala [...] Los agentes deben de tener mucha suerte en la vida.

Las bandas nunca persiguen a los policías, dice Salaskar, ni siquiera a un agente.

—Lo que vieron en *Satya* —dice refiriéndose a una escena en una película de gánsters en la que un inspector de policía muere a manos de las bandas— solo pasa en las películas. —No se siente personalmente amenazado—. Soy justo. Sé dónde viven las familias de los delincuentes, pero nunca les hago nada.

Husain pregunta a Salaskar por su familia. Tiene una hija de diez años.

—¿Quiere que sus hijos ingresen en el cuerpo de policía?

El policía hace un enfático gesto de negación.

Durante toda nuestra conversación continúa el desfile de gente que acude a felicitarlo. Los gritos en la habitación contigua también continúan. No se oye a

los interrogadores. Luego oigo una serie de golpes sordos, algún instrumento que golpea algo blando. Nadie repara en ello salvo yo. Un alto cargo dice que tendrán que reunirse todos los que intervinieron en el encuentro para celebrarlo. Salaskar hará levantar ahora todas las restricciones impuestas sobre su conducta. El Titan Tiger está listo para arrebatarse la vida de su víctima número veintiuno.

—¿Tiene seguro? —pregunta Husain, dando vueltas al arma en sus manos.

—No.

Husain me cuenta más tarde que presenció cómo la policía mataba a un hombre que suplicaba por su vida. «No es correcto llamarlo encuentro. Es asesinato a sangre fría.»

La policía lo llevó al lugar con antelación y le indicó desde dónde podía observar. «No te muevas de aquí —le dijeron—. Podría alcanzarte una bala.» «*Qué chutiapanthi*», me dice Husain, qué tontería.

Me describe lo que vio. Eran las once y media de la noche. Seis policías llegaron al lugar en furgonetas de gitanos. El hombre sabía lo que le esperaba. Se prosternó a sus pies, suplicando por su vida. «Tengo hijos, señor, no me mate. Haré lo que sea, me convertiré en informante, lo que sea.» Mientras suplicaba, los policías levantaron sus armas y empezaron a disparar desde distintos ángulos, según un plan previsto de antemano. Uno dispararía dos veces desde un punto y los demás harían lo mismo desde otros puntos; acordaron que serían seis o siete balas en total. Mientras disparaban al hombre que suplicaba, lo insultaron; Husain no vio en sus caras pesar o una expresión racional. Cuando el hombre cayó al suelo, sacaron un revólver, envuelto en un pañuelo, se lo pusieron en la mano y apretaron con esta dos veces el gatillo. La gente que había por la zona hacía rato que había huido al oír los primeros disparos de la policía. Los agentes esperaron cuarenta y cinco minutos, hasta que no hubo signos de vida en el cuerpo, luego lo llevaron al hospital.

«Esa noche no logré dormirme hasta las tres de la madrugada, y no pude probar bocado en tres días —recuerda Husain—. Había visto a alguien implorar por su vida. Había visto la sangre que le brotaba de la cabeza.» Esa experiencia cambió la relación que tenía con la policía. «La odio. La policía de Bombay es la peor.» Husain es probablemente el mejor periodista de sucesos de la ciudad y trabaja para un periódico importante. Nunca ha escrito sobre ese incidente. Ahora se da cuenta de que todo lo que dice la prensa sobre los encuentros de la policía son sandeces; él no es más que un taquígrafo con pretensiones. «Somos los *munshis* de la policía.»

La policía, los periódicos, los tribunales, todos mantienen la farsa de las matanzas-encuentros. Conocen el guión —se supone que los gánsters siempre han disparado primero y la policía solo lo hace en defensa propia— y nunca se molestan en hacerse preguntas, del mismo modo que nunca se hacen preguntas lógicas sobre los argumentos de las películas hindis. Si creyeras los informes de la prensa sobre los encuentros, pensarías que todos los gánsters tienen mala puntería. La policía, por otra parte, siempre da en el blanco

En Estados Unidos lo llaman la delgada línea azul, los policías (vestidos de azul) que separan a la sociedad —los hombres y mujeres que trabajamos en oficinas y volvemos a casa a dormir y vamos a trabajar al día siguiente— de los malos, la gente que siempre está vigilando nuestras salas de estar alegremente iluminadas desde la calle. En Bombay sería la delgada línea caqui. Pero aquí la línea es borrosa. No se distingue de nosotros y no está claro a quién protege y de qué. Es una raya infantil e irregular hecha con un gran trozo de tiza. A veces es gruesa y firme; otras tan débil que sencillamente desaparece. Son ellos los que están siempre vigilando atentos a ver si hay huecos, brechas en las que colarse, como nutrias en el agua en una noche oscura.

Entre los ciudadanos se percibe una tolerancia cada vez mayor hacia la violencia. En octubre de 1998 la policía de Mumbai creó seis brigadas

especiales secretas «cuya única instrucción era liquidar gánsters», según un artículo que escribió Husain en su periódico. En los nueve meses previos a la creación de las brigadas especiales, la policía había matado a diez personas. En los cinco meses siguientes, la policía mató a tiros a cincuenta y tres supuestos gánsters en cuarenta y tres encuentros. Una de las escuadras de la muerte era dirigida por Salaskar, otra por Ajay. Las brigadas no se limitaban a su jurisdicción; podían deambular a sus anchas por toda la ciudad, escogiendo a sus víctimas a su antojo. Cuando tenía lugar un encuentro, se atribuía oficialmente a la comisaría más próxima. El periódico de Husain no lo publicaba en primera plana y ningún otro periódico investigaba la exclusiva de Husain. Por parte del público no había reacción ni indignación ante la decisión de la policía de erigirse en verdugo.

Cuando vives en un mundo regido por el miedo, otorgas al Estado poderes ilimitados. «¿Qué hay de los derechos humanos de los empresarios inocentes que han muerto a manos de los delincuentes?», pregunta un comerciante en una reunión multitudinaria entre comerciantes y funcionarios públicos que se ha convocado para hablar sobre las amenazas de extorsión que han estado recibiendo los empresarios. Los discursos que se pronuncian a lo largo de la reunión son una curiosa mezcla de homenaje adulador y amenaza velada. La comparación más frecuente que se hace de la policía de Bombay es con Scotland Yard. «La mejor del mundo después de Scotland Yard» es una afirmación con la que crecí, probablemente citada incorrectamente de algún sondeo realizado en Occidente. Y los que vivían fuera de la ley repetían la frase como si fuera un hecho comprobado. Amol, el gamberro de la calle al que la policía colgó entre dos neumáticos para golpearlo, me dijo con no poco orgullo: «Después de Scotland, nuestra policía de Bombay es la número dos». Ahora ha cambiado, ya que en el transcurso de la reunión de comerciantes se ha convertido en «Mejor incluso que la policía de Scotland». Pero los comerciantes están disgustados. Han amenazado con dejar de pagar los

impuestos sobre las ventas que recauda el gobierno federal.

Mientras, la ciudad se ocupa de sus asuntos, convencida de la amenaza que encierra. Los titulares de los periódicos y las películas favorecen tanto a los gánsters como a la policía: a los gánsters, porque gracias a ellos aumenta su estatura en la sociedad —después de todo se alimentan de miedo, el miedo es su receta—, y a la policía, porque los ciudadanos quieren concederles el poder máximo, el poder de quitar la vida a alguien sin necesidad de un juicio. Tengo la sensación de que la ciudad se esfuerza por creerse más violenta de lo que es en realidad.

Una tarde me dispongo a volver a mi casa de Nepean Sea Road cuando el inspector Ajay se ofrece a llevarme en su coche. Le hablo de mi encuentro con Salaskar.

—Son exterminadores —dice de Salaskar y de otros especialistas en encuentros como Pradeep Sharma y Pradeep Sawant—. El trabajo de un buen policía consiste en buscar pistas y seguirlas, y no parar hasta que logras resolver todo el puzzle. —Me habla en detalle de los especialistas en encuentros—. Son asesinos a sueldo. Obtienen órdenes de una facción para disparar a miembros de la otra.

Ha oído decir que Gawli en persona ordenó la muerte de ciertos miembros de su banda, hombres que podían ser rivales en potencia. Por esa razón, cada vez que Salaskar o Pradeep Sharma llevan a cabo un encuentro, «se plantea inmediatamente un gran interrogante. No puede cargarse a todos sin excepción, como probablemente podía hace un par de años».

Aunque Ajay es jefe de una de las seis brigadas especiales, no se le conoce como especialista en encuentros. Pero se aprovecha del miedo que inspiran Salaskar, Sharma y Sawant para causar efecto en sus interrogatorios. Cuando amenaza con un encuentro a los hombres a los que está interrogando, estos le

creen. Cada vez que le he visto interrogar a un sospechoso en su oficina, ha amenazado con matarlo sin juicio previo. Pero controla rigurosamente a quién matan sus hombres. No concede a sus subalternos facultades discrecionales, la licencia para matar.

—He dicho a todos mis hombres que no quiero ningún encuentro sin que informen antes al subinspector y a mí mismo. A menos que les demos luz verde, lo tienen prohibido. Desde que estoy aquí hemos hecho veintitrés en nuestra área. —No lleva ni un año.

¿Cómo lidia con la responsabilidad? Considera que las decisiones que toma acerca de quitar o salvar la vida de un hombre son valientes.

—La línea es muy sutil. Decidir un encuentro requiere carácter.

Le pregunto si alguna vez ha matado a alguien con sus propias manos.

—Durante los motines abres fuego —dice con cautela—. Hubo cuatro incidentes en los que murieron seis personas. Fue una situación de masas. Yo estaba en Tráfico entonces. Cuando Mahim escapó a nuestro control, el inspector me pidió que me ocupara de ello, de modo que fui allí.

Pero Ajay también comprende por qué los encuentros son tan frecuentes.

—El sistema judicial está tan predispuesto a favor del acusado que este ya no tiene miedo. Eso es muy frustrante para la policía. Se detiene a alguien en un caso de homicidio, el caso se prolonga cuatro años, el testigo es amenazado y declara en contra de la parte que lo presenta, y tú sabes que el acusado ha vuelto a matar. Está operando con absoluta impunidad y los tribunales lo dejan libre bajo fianza.

Esto concuerda con mi propia experiencia. Todos los sicarios con los que he hablado, hombres que han asesinado a mucha gente, han entrado y salido de la cárcel acusados de asesinato. Su único temor era el encuentro.

Cuando Ajay detiene a un gángster y lo deja en manos del sistema judicial, las posibilidades de que lo condenen son, en el mejor de los casos, del 10 por ciento. El índice de condenas por delitos, que una década atrás era de entre el

18 y el 25 por ciento, cayó en 2000 por debajo de un 4 por ciento nunca visto. Pero antes de que el caso vaya a juicio da vueltas durante años en los juzgados. Es la única vez que el delincuente tiene ocasión de ver una cárcel por dentro, pero solo si es demasiado pobre para pagar una fianza o buscarse un abogado. El 73 por ciento de los presos del país está siendo procesado o a la espera de serlo; solo una cuarta parte cumple una condena. Cada año se abren cuarenta mil casos nuevos en Bombay.

—Es necesario revisar toda la legislación penal —dice Ajay.

El pilar del sistema judicial actual sigue siendo el Código Penal Indio, que se remonta a 1861, esto es, hace casi ciento cincuenta años; el Código de Procedimiento Penal tiene cincuenta años. Hay que modernizar los servicios así como el personal. El cuerpo dispone de un detector de mentiras, pero carece de personal entrenado para utilizarlo. Tiene un sistema de identificación de voces, pero ningún tribunal admite los resultados como prueba. Los fiscales que llevan los casos federales son los más malos de la profesión (son los que no pueden encontrar trabajo en el sector privado) y han de enfrentarse con las mentes legales más brillantes que defienden a los gánsters.

Pero no es solo la legislación penal lo que hay que reformar. Lo veo claro una noche que ceno con un primo que vive en Surat. Es un pequeño empresario y parece angustiado; sé que ha tenido problemas económicos. Le hablo del libro que estoy escribiendo, de mis conversaciones con los gánsters. Escucha con atención, luego me pide ayuda. Dio a un socio nueve lakhs, parte en efectivo, parte en acciones, para que los invirtiera. El socio se lo dio a su vez a un contratista de Bombay, que invirtió el dinero en un inmueble y ahora se niega a devolverlo. Ha pasado un año y nueve meses desde la última vez que mi primo vio el dinero. El contratista sencillamente se niega a devolverlo; le están yendo muy bien las cosas. Mi primo quiere saber si puedo pedir a las bandas que le ayuden a recuperarlo.

—¿Por qué no demandas al contratista? —pregunto.

Mi primo me mira.

—Si presento ahora la demanda, mi hijo de cuatro años verá el veredicto.

Está desesperado. No le ha hablado a su padre de los nueve lakhs, y el negocio se está hundiendo. Es una cantidad enorme para él; una noche, movido por su preocupación por el negocio, dio vueltas por su casa con un frasco de somníferos en la mano, acariciando la idea de poner fin a sus angustias de una vez por todas. Ver a su mujer y a su hijo dormidos le impidió tragar las pastillas.

Le digo que puedo presentarle a alguien.

Él reflexiona.

—Debemos estar muy seguros de a quién acudimos, porque el contratista también tendrá sus contactos. Y sus contactos no deberían ser más importantes que los nuestros. Deberíamos acudir al Tribunal Supremo.

El sistema judicial del país en el que vive no le proporciona absolutamente ningún recurso para recuperar un dinero que le pertenece por derecho, de modo que tiene que recurrir al poder judicial alternativo. Este impartirá justicia de forma rápida y segura, pero los honorarios son altos. «Lo que no hacen los tribunales lo hacemos nosotros», me había dicho Mama, un alto cargo de la banda de Chotta Rajan. Las bandas prosperan en Bombay sobre todo porque el poder judicial no lo hace. «Las causas pendientes de fallo y los aplazamientos asolan una gran variedad de sistemas jurídicos» en diversos países, admiten los autores de un estudio realizado en 1998 sobre el sistema de justicia civil indio, publicado en el *New York University Journal of International Law and Politics*. «En ninguna parte, sin embargo, las causas pendientes de fallo y los aplazamientos son tan numerosos como en la India moderna.» El total de causas pendientes de fallo en los tribunales indios a finales del siglo XX ascendía a veinticinco millones por lo menos, es decir, un pleito por cada cuarenta hombres, mujeres, eunucos y niños del país.

La proporción de jueces por número de habitantes en Estados Unidos es de 107 por millón; en la India, es de trece jueces por millón. El 45 por ciento de las judicaturas del Tribunal Supremo de Bombay están vacantes; cada juez tiene más de trescientos casos pendientes. Los abogados cualificados no quieren estar en el estrado porque el sueldo es demasiado bajo comparado con lo que pueden ganar en un bufete privado. Interponer una demanda judicial no tiene costes asociados, de modo que la inmensa mayoría son nimias. Los aplazamientos también se otorgan con demasiada facilidad. En 1996 las audiencias previas en apelación se tramitaban a la vez que los recursos de apelación presentados en 1984. El número de los litigios que se resuelven cada año es la mitad de las causas que se presentan. Esto significa que el Tribunal Supremo de Bombay añade anualmente tantos nuevos casos a los asuntos atrasados como aquellos que resuelve.

Al ritmo actual tardarán trescientos cincuenta años en ponerse al día.

La investigación de las pruebas en un juicio civil dura un promedio de cinco años. En muchos casos, las apelaciones finales tardan veinte años en resolverse; muchos de los expedientes que languidecen hoy en los tribunales fueron abiertos a principios de los cincuenta. Así que si mi familia hubiera sido demandada o hubiera demandado a alguien cuando me fui de Bombay de niño, solo ahora estaría casi resuelto. A menos que hubiéramos acudido a alguien como Mama. «Si alguien se ha apropiado de tu propiedad, lo que se prolonga diez o veinte años en los tribunales, los *goondas* lo resolvemos en diez días. Lo que la policía, los políticos y los tribunales no pueden hacer, lo hacemos los *goondas*. Cuando la gente se cansa de acudir a los tribunales, cuando están arruinados y buscan una salida, acuden a nosotros y nos dicen: “Haced algo”. Te devolvemos lo que has olvidado que es tuyo.»

En una fiesta de Cuffe Parade conozco a una mujer que está en mitad de un litigio con su casero. Es una mujer culta que viaja a menudo al extranjero y ha contratado a un asesor para que la ayude a recuperar una gran suma de dinero

del casero. «Haremos secuestrar a su hija», dice el asesor. Ella se sorprende. ¿Tan fácil es? «Si yo estuviera con la soga al cuello, creo que lo haría.»

Tienes que infringir la ley para sobrevivir. Yo lo hago a menudo y con naturalidad. Me horroriza sobornar, me horroriza comprar entradas de cine en el mercado negro. Pero dado que la opción legal para conseguir un carnet de conducir o comprar una entrada de cine es ridículamente complicada, al final opto por la solución más fácil. Si todo el país opta colectivamente por el camino fácil, se establece un sistema alternativo cuyas normas son conocidas más o menos por todos, y cuyas tarifas son fijas. La «economía paralela», el compañero de viaje de la economía oficial, siempre está ahí, solo tienes que volver un poco la cabeza hacia la izquierda o hacia la derecha y la verás. Para sobrevivir en Bombay hay que conocer sus costumbres. Si tienes un hijo, has de saber qué «donativo» dar al colegio para matricularlo en él. Si sufres un accidente de tráfico, tienes que saber cuánto dinero dar a la policía para zanjar el asunto, y cuánto dinero dar al padre del niño atropellado para que impida que las turbas te linchen. Si eres inquilino, tienes que saber cuánto dinero puedes exigir al casero por echarlo. La economía paralela se alimenta de una dieta de podredumbre judicial. El sistema judicial, el mayor legado de los británicos, está en estado agónico, muerto de hambre tras una sucesión de gobiernos temerosos del poder que tiene sobre ellos. Fue un juez del Tribunal Supremo de Allahabad quien anuló la victoria de Indira Gandhi en las elecciones de 1975; ella se apresuró a suspender la Constitución. Fue otro juez quien tuvo por fin el coraje de denunciar a Thackeray como el agente que estuvo detrás de los disturbios de Bombay. Pero los políticos también tienen poder. Tienen poder para empobrecer a los jueces y para dejar de nombrarlos cuando queda libre una judicatura. De modo que la economía paralela vive próspera y feliz, porque los seres vivos necesitan un sistema de trueque, para cambiar su trabajo por los bienes y servicios de este mundo.

«Es una buena ciudad para una guerra de bandas», me comentó Mama.

Como un área de baja presión atmosférica, el hampa entra en las áreas de las que se ha retirado el Estado: poder judicial, protección personal, canalización del capital. Los miembros de las bandas se ven a sí mismos como hombres trabajadores. Como explicó Chotta Shakeel a un amigo mío periodista: «Hay trabajadores de mono y trabajadores de corbata. Nosotros somos trabajadores de escobilla».

Tanuja Chandra, el director de cine que es amigo mío y de Ajay, me llama poco después de que este se haya ido de vacaciones a Inglaterra. Un alto cargo de la policía le ha dicho a su productora y mentora, Mahesh Bhatt, que la Oficina Central de Investigaciones ha pinchado el teléfono de Ajay porque sospecha que tiene tratos con miembros del hampa: tratos financieros. Tanuja está muy alterado y me pregunta si puede haber algo de verdad en ello. El estilo de vida que lleva no se corresponde con su sueldo: los viajes al extranjero, los electrodomésticos que tiene en su casa, el reloj Guy Laroche que lleva... Mahesh me dice que ha visto a Ajay nervioso últimamente y que no se pone al teléfono. «¿Quién conoce los móviles humanos?», especula. Recuerda que el policía le dijo que si alguna vez lo necesitaba, podía terciar personalmente con los capos de las bandas. «Hablará con los tipos y pedirá un favor a cambio de otro.»

Pregunto a Ajay directamente sobre ello.

—En dieciocho años de servicio no he aceptado un vaso de agua de nadie—declara. Hace mucho tiempo tomó una decisión con respecto a su carrera—. A la larga, merece la pena ser honrado.

Su dinero proviene de amigos de la universidad que, según dice, han invertido bien en su nombre. Pero hay gente del cuerpo de policía que va a por él. Inventan historias sobre él.

—Solo Ritu, mi madre y mi hermana me han apoyado.

Ajay y su familia acaban de salir de una investigación del departamento instigada contra él sobre cargos de corrupción que se ha alargado durante cuatro años. Ritu tuvo que dar cuenta de cada rupia que ha gastado en esos años, incluido el dinero que pagó por la lavadora. A Ajay le han absuelto al final de todos los cargos.

Por esa razón, Ajay, como el inspector Forjett hace un siglo, está amargado. Tiene la amargura de alguien de buena familia que ha aceptado un trabajo al que ha entregado su vida y le parece que no está siendo recompensado por su sacrificio.

—Esta mañana, cuando iba en coche a la oficina, he visto en el Shivaji Park a un padre enseñando a su hijo a jugar al fútbol. Me ha dado por pensar en lo buen deportista que soy y que, sin embargo, nunca he tenido tiempo para enseñar a mi propio hijo a jugar al fútbol o al baloncesto. Ayer mi hijo tenía un partido de fútbol en el colegio. Fueron todos los padres menos yo. Tengo la sensación de que estoy siendo muy injusto con mi familia.

Pregunto a Ajay qué futuro cree que le espera.

—Conozco el departamento. Las autoridades van a utilizarme. Aparte de irme al extranjero, no hay nada más. Aquí no hay nada.

Ayudo a Ajay a preparar su currículum y a lanzarlo al espacio cibernético. Bruce Hoffman del Rand Institute, la principal autoridad mundial en terrorismo, contesta. Invita a Ajay a ir a Washington para cursar un período de investigación. Tendrá ocasión de trabajar con los mejores expertos en el tema, y el cuerpo de policía se beneficiará enormemente de sus conocimientos cuando vuelva. Pero Ajay no puede conseguir una carta de autorización del inspector de policía. Tendría que hacerlo a través del Servicio de Policía Indio y a continuación del Ministerio de Asuntos Exteriores. El inspector recela de Hoffman. «Así es como recluta gente la CIA —le dice a Ajay—. Dando becas para ir al extranjero.» Ajay habla a su jefe del prestigio del Rand. El inspector responde con otro argumento.

—Me dijo que la batalla estaba a medio librar, que no podía abandonar ahora. Tuve ganas de decirle que llevaba muchos años librando esa batalla.

Pero Ajay no se lo dice a su superior y continúa en Bombay, listo para entablar batalla con la última remesa de criminales del hampa.

Después de la subida al poder del nuevo gobierno del Partido del Congreso en Maharashtra en 1999, ascienden a Ajay para quitarlo de en medio; lo nombran jefe de la policía ferroviaria. Al detective con más talento de la ciudad lo ponen a perseguir a pasajeros que viajan sin billete. A Ajay le duele que «no hubiera ningún revuelo por mi traslado» por parte de toda la gente a la que ha protegido en su zona. Pero, como inspector ferroviario, Ajay Lal vive relajado. Ahora puede ir al cine con Ritu, «¡a la sesión de las tres!». En su nuevo cargo persigue a carteristas, ladrones que administran estupefacientes a los viajeros y les hurtan sus pertenencias, y tipos que se dedican a robar cadenas. En la primera semana en su puesto, solicita los expedientes de los cinco años anteriores y los estudia minuciosamente. La mayoría de los robos se cometen entre Santacruz y Khar. Supone que debe de ser allí donde se cruzan los trenes de largo recorrido con los urbanos: los ladrones hacen su trabajo, se apean de un salto de los trenes y se suben directamente a los urbanos. De modo que Ajay decide apostar a varios de sus hombres en esos puntos e inmediatamente captura a una banda de ladrones. No es una gran operación, pero por primera vez en muchos años dispone de tiempo para estar con su familia. Su hijo está encantado. Ajay puede ir al partido de fútbol de Rahul los domingos.

Ajay me pregunta qué está filmando últimamente Vinod; a un amigo del cuerpo de policía que está de visita le gustaría ver el rodaje de una película. Consulto el calendario de *Mission Kashmir*. El día que el amigo de Ajay está en la ciudad, Vinod va a rodar una escena en que un policía sonsaca

información a unos militantes capturados.

—Puede que sea interesante para tu amigo policía ver la escena de un interrogatorio —digo.

—¿Y quién va a hacer el papel de policía, Sanjay Dutt?

Hago una pausa, dándome cuenta de la gran ironía (Ajay en persona envió un año y medio a la cárcel a Sanjay Dutt por su participación en los atentados), y me río.

—Haría mejor aconsejando al interrogado sobre cómo actuar —comenta el atormentador de Dutt en la vida real.

Sanjay Dutt me explica más tarde que trabó amistad con los otros acusados de los atentados. Uno de ellos era alguien que se hacía llamar el Nawab de Tonk, Salim Durrani. «Un hombre culto», como lo describe repetidamente Sanjay. El Nawab escribió e hizo llegar a Sanjay un panfleto titulado «Voces», sobre las torturas a las que la policía supuestamente había sometido a los acusados de los atentados. Sanjay me resume su contenido. «Hicieron a una nuera chupar la polla de su suegro. Él se suicidó luego.»

Los sospechosos enviaron el documento a la ONU y a la prensa, esperando llamar la atención sobre la situación de los derechos humanos en Bombay. Busco durante mucho tiempo el documento y por fin un abogado pro derechos humanos me lo envía a Estados Unidos, donde estoy pasando una breve temporada. Es un fajo de hojas mal mecanografiadas con el título «Voces: Desde las mazmorras draconianas». Lo leo horrorizado en una tranquila granja vieja de New Hampshire mientras el otoño se extiende a mi alrededor. Muchos de los interrogatorios que describe el documento son llevados a cabo por o en presencia de Ajay. El documento afirma la existencia de tortura sistemática, no solo a los sospechosos sino también a sus esposas, madres e hijos pequeños. Pone especial énfasis, teñido de morbo herido, en la tortura sexual de las mujeres. «A una hermosa joven educada en un colegio de monjas y recién casada la desnudaron y permaneció tendida sobre un trozo de hielo

mientras los policías borrachos la violaban. Su cuerpo presentaba quemaduras de cigarrillo.» Y «Najma fue obligada a acariciar el pene de su padre y a comerse también su mierda [...] El joven Manzoor Ahmed, desnudo, fue obligado a introducir el pene en la boca de Zaibunnisa Kazi, una mujer de la edad de su madre [...] Obligaron a los yernos a desvestir a sus suegras». Gran parte del documento es como una novela escabrosa. «La orina y las heces eran parte de la comida que escupían dentro de la boca de los sospechosos, o que hacían escupir a leprosos contratados expresamente solo por divertirse y con los que los agentes disfrutaban inmensamente. Hasta Satanás se habría estremecido profundamente ante ese sádico salvajismo.»

Algunas partes de «Voces» son ciertas; lo difícil es saber cuáles. Los hechos básicos de la historia de Rakesh Khurana son ciertos. Khurana era dueño de un restaurante y una lavandería en Bandra, y tenía contactos tangenciales con Pilloo Khan, un traficante de drogas. Una noche poco después de los atentados, mientras Khurana cenaba con su familia, los policías entraron y le pidieron que los acompañara a la comisaría para ser interrogado. Él dijo que iría más tarde y los agentes se marcharon. Estuvo toda la noche muy perturbado. Luego fue a la comisaría, y cuando volvió, llevó a su mujer y a sus dos hijos a un callejón sin salida de Juhu. Mientras la mujer trataba de proteger a sus hijos pequeños con los brazos, él los mató a tiros y luego se suicidó. ¿Qué le había dicho la policía para perturbarlo de ese modo? He aquí el borroso límite entre el hecho y el testimonio de oídas. El documento «Voces» afirma que Khurana asesinó a su familia después de haber visto personalmente en la comisaría lo que el agente Maneckshaw hacía a la mujer de un acusado de los atentados. «Si no localizas a Pilloo Khan mañana, llamaré a tu mujer y daré órdenes a mis hombres para que la violen», fueron las palabras de Maneckshaw según cita el documento.

Es demostrable la veracidad de al menos una parte del documento. En marzo de 2000 la Comisión de Derechos Humanos Nacional ordenó al

gobierno de Maharashtra pagar cinco lakhs de indemnización a la familia de Iqbal Haspatel por haberla tratado como lo hizo durante quince días de abril de 1993. Haspatel era un tejedor de sesenta años que vivía con su numerosa familia en Alibag, fuera de Bombay. Por las playas de Alibag había entrado clandestinamente un cargamento de armas y explosivos utilizados en los atentados, y la policía local estaba sobre la pista. Cuando irrumpieron en casa de Haspatel, vieron en una vitrina de la sala un cilindro de aspecto sospechoso. Los agentes decidieron que era un «proyectil cohete», de modo que arrestaron a toda la familia y la hicieron desfilar alrededor de la mezquita, preguntando a los musulmanes por qué habían alimentado «a una serpiente como él». En la comisaría, desnudaron a Haspatel, a su hijo y a su primo delante de su mujer, hijas y nuera. Cuando las mujeres se taparon los ojos, los policías les golpearon los brazos con porras y les ordenaron que miraran. Mientras el padre desnudo intentaba esconder sus partes íntimas de las hijas y la nuera, le pegaron patadas en la espinilla; cayó de bruces contra una mesa. Las mujeres recibieron puntapiés y latigazos con un cinturón de cuero. Luego los agentes de la ley cogieron al hijo de veinticinco años de Haspatel, le ataron los brazos y las piernas, y lo colgaron de una barra suspendida entre dos escritorios, y jugaron al fútbol con su cuerpo, pateándolo con tanta fuerza que daba vueltas alrededor de la barra. Su padre, al verlo, rezó para que muriera. El hijo estuvo a punto de morir; perdió muchas veces el conocimiento y hacia el final del sexto día de ese juego tuvo convulsiones. La familia permaneció en una celda de la comisaría durante dos semanas.

Entretanto, otro pariente de Haspatel averiguó lo que estaba ocurriendo. Llevó a la policía a la fábrica textil, donde un ingeniero señaló a los sabuesos unos cilindros exactamente iguales al «proyectil cohete». Era un huso textil. Se permitió a la familia volver a su casa, donde descubrió que la policía había destruido todos los muebles y robado gran parte de las pertenencias que eran fáciles de transportar. Siguió la investigación habitual. No se detuvo a ninguno

de los torturadores de la familia de Haspatel, aunque todo el incidente fue extensamente documentado. Uno de los policías que no supieron distinguir un proyectil cohete de una pieza de maquinaria textil ha sido trasladado al Servicio de Inteligencia.

Cuando vuelvo a la India, pregunto a Ajay sobre el documento «Voces». Dice que casi todo es inventado y me señala las contradicciones que hay en él. Después de su investigación sobre los atentados, los sospechosos presentaron cuarenta y siete demandas contra él, alegando tortura. Todas quedaron en agua de borrajas.

¿Qué hago con Ajay? Es un interrogador cruel; lo he visto con mis propios ojos. Pero a estas alturas podría calificarlo de amigo.

—¡Te echaremos de menos, Suketu! —dijo con sincero sentimiento cuando estaba a punto de irme a Estados Unidos—. Nos hemos acostumbrado a tenerte cerca.

La cuestión es: ¿hasta dónde pueden llegar sus torturas? Sería tranquilizador saber que solo golpea a hombres que sabe con certeza que son criminales, y solo lo hace con una correa o pide a sus hombres que le apliquen descargas eléctricas: un dolor que no los dañará de forma permanente pero servirá de estímulo necesario, a falta de un sistema judicial que funcione, para que den información que salvará vidas, información que impedirá que se pongan bombas que hagan saltar por los aires a gente inocente no relacionada de ningún modo con la guerra de bandas. Nunca le he visto golpear físicamente a nadie, solo ordenar a otros que lo hagan. Por otra parte, no está afiliado a ningún partido político, banda o religión; nunca he oído a Ajay mencionar a Dios, ni una sola vez.

Me dice el activista pro derechos humanos Javed Anand que Ajay ha perseguido a los matones del Sena como pocos agentes se han atrevido a hacerlo. Y el periodista Jyoti Punwani también me dice que la declaración de Ajay ante la Comisión Srikrishna, que investigó los disturbios, fue mucho más

útil que las mentiras que soltaron los demás policías. Hasta Sanjay Dutt afirma que es un buen policía. Y para la gente corriente de su distrito es un héroe. Es uno de los pocos policías de alto rango que defiende a la gente sin dinero; eso es porque es de los pocos policías que no se dejan comprar para hacer su trabajo. Los periódicos están llenos de declaraciones agradecidas firmadas por habitantes de Bandra que luchan contra los señores de los suburbios y los contratistas.

En la escala móvil de la policía de Bombay, Ajay Lal es un buen policía. No disparará a la gente de forma indiscriminada. Odia a los «exterminadores» como Salaskar, Sharma y Sawant, no porque la muerte sea una violación de los derechos humanos, sino más bien porque no es lo que entiende como una buena acción policial. «Quitar la vida a un ser humano es algo serio —dice sobre los especialistas en encuentros—. Requiere una clase de psicología especial.» ¿Qué clase de psicología se necesita para electrocutar los genitales de un ser humano que no puede defenderse? Ajay está convencido de que está librando una lucha contra el mal. Considera que proporciona la misma clase de protección a los débiles que el Sena creyó ofrecer durante los disturbios. Ajay y los chicos del Sena están dispuestos a volverse malvados para luchar contra el mal. Al hacerlo, están protegiendo a los buenos médicos, comerciantes y profesores de la ciudad cuya conciencia les impide volverse malvados para luchar contra el mal. Cuando llega la llamada de Karachi amenazando a sus hijos y a sus mujeres, quieren que Ajay haga lo que tenga que hacer. No les importa que haga daño a las mujeres o a los hijos de los gánsters.

Ajay admite que le han afectado las continuas amenazas de matar a su mujer o volar el colegio de sus hijos.

—Me habría ido hace mucho. Pero el departamento me protege. Si me voy, ¿quién lo hará? —Sus hijos irían a un colegio sin vigilancia. No habría agentes armados en la puerta de su casa—. De modo que me encuentro en un callejón sin salida: no voy a ninguna parte. Quiero marcharme pero no puedo.

No puede abandonar el cuerpo de policía mientras viva en Bombay; ni por afán de lucro ni por hastío. El trabajo que le valió la Medalla del Presidente que lleva en su uniforme también aseguró que nunca pudiera desprenderse de este.

El año pasado unos industriales prominentes ofrecieron a Ajay una solución. Le pidieron que fuera el jefe del departamento de seguridad de su compañía. La oferta incluía un sueldo de tres lakhs al mes, además de un piso y un coche en Bandra, las facturas de teléfono pagadas, vacaciones anuales en el extranjero para toda la familia, con billetes en primera clase, y educación gratuita para sus hijos; todo si dejaba el cuerpo de policía y se incorporaba a su junta directiva. Más tarde se enteró por un amigo mutuo de que habrían subido hasta cinco lakhs al mes, veinticinco veces su sueldo actual. Lo rechazó. Le pregunté por qué.

—Ahora puedo hacerles esperar. Les hice esperar media hora allí. Si trabajara para ellos me harían esperar tres horas.

No quiere ser el *gurkha* de nadie. Además, con su sueldo actual, sumado a las hábiles inversiones que sus amigos han hecho por él, «nos hemos marcado un estilo de vida. Tenemos todo lo que necesitamos, y tener más no cambiará nada. No me importa renunciar a esos coches y todo lo demás».

—¿Quieres que Rahul sea policía? —pregunto.

—No. Jamás.

Quiere que su hijo haga un máster en administración de empresas o que estudie medicina. No le importaría que se hiciera funcionario de la administración pública o del servicio extranjero, pero no quiere que entre en el Servicio de Policía de la India.

—Sé el precio que tengo que pagar. Si pudiera dar marcha atrás —dice el ganador de la Medalla por Servicio Meritorio del presidente por su trabajo de investigación en los atentados de Bombay—, habría llamado para decir que estaba enfermo el día que me asignaron el caso de las explosiones.

Entonces ¿por qué no hace otra cosa, como montar un negocio, por ejemplo?

Entonces Ajay lo admite. Después de todas sus retorcidas explicaciones sobre ir a estudiar al extranjero, las amenazas contra su vida y la redención del honor paternal, finalmente me explica su sino, me ofrece el ineludible «Fin» de su historia.

—Ya que lo preguntas, no creo que sepa hacer nada más. No sé ser otra cosa que policía.

TRABAJADORES DE ESCOBILLA

La matanza se prolongará durante tres días. Con motivo de las fiestas de Bakri Id, han llevado miles de cabras y reses a Madanpura, en el centro de Bombay. Girish ha sido invitado por su buen amigo y socio ocasional Ishaq, otro joven empresario. Decido apuntarme y nos dirigimos allí en un taxi. El paisaje urbano, a medida que nos acercamos a Madanpura, se vuelve heterogéneo, caleidoscópico. Justo antes del paso elevado del centro de Bombay, un letrero anuncia: «DR. GANJAWALA, ANESTESISTA». En la calle principal de Madanpura veo la consulta de un ensalmador, un hotel, una farmacia, un restaurante de kebabs a la brasa, el locutorio de Ishaq, desde donde se pueden poner conferencias. Hay miles de talleres pequeños donde se fabrican sopletes, hebillas de cinturón, piezas de maquinaria textil y un sinfín de objetos pequeños pero esenciales para el funcionamiento de la economía de Bombay. Las calles corren el peligro de ser inundadas por las chabolas del suburbio de Bihari que se extienden por ambas aceras. En las callejuelas hay muchas mezquitas, una para cada secta. Hay fronteras conocidas por todos que separan las zonas musulmanas de las hindúes. Antes de los disturbios había muchos hindúes en la zona musulmana y viceversa. Después de 1993, la comunidad que se hallaba en minoría en cada lado empezó a venderlo todo para marcharse. La segregación es casi total. El barrio de Madanpura es conocido en la ciudad como «Mini-Pakistán».

Sentado en el café sencillo pero con aire acondicionado de la fábrica de componentes de estufa de Ishaq, su primo Shahbuddin, un médico de unos veinte años atractivo como una estrella de cine, me explica el significado de Id-ul-Adha.

—Cuando Alá *mia* pidió a Ibrahim que sacrificara a su hijo, este lo llevó a la montaña. Cerró los ojos, levantó la espada y, cuando estaba a punto de bajarla, encontró una cabra en lugar de su hijo. La esencia de estas fiestas es sacrificar a Dios algo que te sea querido.

Salimos del café.

Un toro joven es conducido a un descampado que hay frente a las fábricas. Pertenece a un instalador de cañerías que este año se siente especialmente agradecido a Dios porque se ha librado por muy poco de ser extorsionado por una banda. Le telefonearon y poco después se presentaron en su fábrica y preguntaron por él. Él no estaba, pero la banda dijo a sus obreros que le pegarían un tiro si no pagaba dos lakhs. El instalador de cañerías llamó a Ishaq, y él y sus hombres esperaron a la banda armados con barras de hierro. Pero los gánsters no se presentaron, y el instalador de cañerías ha comprado un toro de veinte mil rupias y se dispone a demostrar públicamente su gratitud a Dios.

Todos van con sus hijos.

—Los niños tienen que verlo —dice el doctor Shahbuddin.

Tiran el animal al suelo, le sujetan la cabeza hacia atrás y le atan las patas. Le sientan encima a un niño de un año y lo levantan. El imán pregunta en nombre de quién se ofrece el sacrificio y le dan un trozo de papel. Lee en alto siete nombres y reza una oración. Luego un hombre, que no es carnicero profesional, atraviesa el cuello de la bestia con un cuchillo. Yo observo desde la escalera de mano que conduce a la oficina de Ishaq, de modo que veo desde una posición ventajosa cómo se abre la garganta y mana la sangre a raudales, y cómo las arterias blancas tiemblan de pronto de un modo enloquecedor. Un movimiento involuntario recorre el cuerpo entero del animal, que sacude la cabeza y retuerce las patas.

—La carne seguirá temblando en casa —comentan los hombres.

Los movimientos musculares pueden prolongarse durante más de una hora,

durante la cual se adoba la carne y se pone sobre la mesa, lista para cocinarla. En la encimera de la cocina puede sufrir un espasmo repentino, sobre todo los músculos exteriores.

La calzada de la calle ancha que hay detrás de la fábrica está resbaladiza a causa de la sangre. Veo a un grupo de hombres arrastrar otro novillo. Le han pasado una cuerda por los ollares y están tratando de tumbarlo en el suelo. Le atan las piernas delanteras y traseras, y lo empujan. La bestia está a punto de sucumbir, pero forcejea y logra levantarse de nuevo. Con una sacudida, vuelve a caer espatarrada. Uno de los hombres le sujeta la boca cerrada. Otro se acerca con un cuchillo afilado de treinta centímetros de longitud. Los espectadores se apiñan a su alrededor; apenas ha empezado el primer día. Hay montones de niños muy pequeños. El toro forcejea un poco, brota un profundo rugido de lo más hondo de su ser y la hoja atraviesa con un solo movimiento rápido una vena. Sale un torrente de sangre, mientras tiran del cuerpo y de la cabeza en distintas direcciones, y todo el cuello queda expuesto, con la sangre manando a raudales, empapando la ropa de los profesionales. La sangre fresca tiene un color irreal, como si fuera pintura; no es el rojo oscuro de unos momentos antes sino un rojo rosado brillante. Alguien llega con un cubo de agua y lo tira sobre la garganta expuesta del toro para que no se coagule la sangre. La cabeza y el cuerpo luchan por separado. Lo dejan allí unos momentos hasta que deja de sangrar y empiezan a descuartizarlo. Cuando cortan la bolsa del estómago sale una masa tibia de heces mezcladas con sangre y vísceras. A su lado, el cadáver de otro toro, despellejado, suelta de pronto un chorro de líquido amarillo; quince minutos después de haber perdido la cabeza el torso está orinando.

A medida que cortan por capas el pelo, la piel y la carne, los cuerpos de los animales revelan tesoros en múltiples colores vivos: el rojo marronáceo del hígado; las elegantes rayas blancas y rojas del interior de la caja torácica; el marrón, blanco y negro del pelo; el cristal de los ojos; el beige de los

intestinos desplegados. Veo el maravilloso diseño del cuerpo de la vaca por dentro y por fuera, el complejo cuerno de la abundancia de sus entrañas, la sutil diferenciación de sus órganos, cada uno admirablemente adecuado para su función. Apenas unos minutos antes todos funcionaban en tándem, y ahora cada parte, liberada del yugo de la mente, actúa por separado, retorciéndose, orinando, creciendo, endureciéndose. A partir de ahora cada uno se irá por su lado. Después de matar una vaca, los niños sacan toda la grasa blanca que hay dentro del cuerpo; se extiende como una sábana elástica. Un hombre mete el dedo en el ojo abierto del animal muerto; este abre la boca de pronto en un acto reflejo, enseñando una hilera de dientes. El hombre repite el gesto; la boca vuelve a abrirse.

Advierto algo sorprendente: de los miles de animales, vivos y muertos, que hay en esas calles, no brota ningún sonido. No se oye balar a las cabras aterrorizadas ni rugir a las reses. La matanza tiene lugar junto a las bestias vivas; un novillo enorme sigue mascando hierba mientras colocan a otro a su lado. Lo mismo ocurre con las cabras. ¿No notan nada los animales, no huelen el hedor de la matanza que tiene lugar a su alrededor? Aparte de un ligero temblor que percibo en una cabra y de un silencio extraño, no hay ninguna reacción. Parecen, en todo caso, deprimidos. Un toro permite que lo tumben de lado y yace allí esperando el cuchillo con los ojos abiertos. Cuando la hoja le abre la garganta, ni siquiera forcejea.

Por las calles encharcadas de sangre corren niños descalzos sonriendo, con las cabezas recién cortadas en las manos, todas con los ojos abiertos. Hay grupos de basureros municipales que se llevan los órganos desechados, las bolsas de los estómagos llenas de excrementos. Llenan cubos enormes de esos despojos. Dentro de un contenedor de basura hay un hombre cortando las entrañas de un animal grande, desechando allí mismo los despojos que se amontonan alrededor de sus pies. Los gatos y los perros se están dando un festín con los restos. En la esquina hay vendedores de cuchillos, y un hombre

montado en una bicicleta con una rueda para afilar cuchillos. Al pedalear, la rueda gira; cuando sostiene la hoja en ángulo contra ella, saltan chispas.

Los musulmanes de ese barrio son sensualistas. En las fiestas y en las bodas, la gente mayor coge una servilleta, la empapa de *attar*, envuelve en ella una bolita de opio y se la mete en la oreja. Así pueden estar colocados toda la velada. En las calles más alejadas, los niños del suburbio de Bihari, vestidos con sus mejores ropas —como un niño pequeño con un traje marrón con una pajarita negra cosida—, dan vueltas en pequeñas norias accionadas manualmente. En las aceras hay hombres jugando. Lanzan un aro sobre un montón de juguetes y cachivaches; si el aro al aterrizar rodea completamente, por ejemplo, una baraja de cartas, se la quedan. Las calles estrechas están resbaladizas de sangre y excrementos, la época más mugrienta del año en la parte más mugrienta de la ciudad. En la carretera que lleva a la fábrica veo una rata aplastada, cubierta de moscas. Por una boca de alcantarilla abierta se ven enormes cucarachas rodeando el túnel. Frente a las mezquitas se amontonan las pieles para fines benéficos. Los hombres se pasean con la camisa manchada de rojo; parece que hayan estado jugando en Holi.* Según las leyes, solo se puede matar al ganado en el matadero Deonar. Pero hay un camión lleno de policías observando cómo matan a los toros delante de sus narices. Todas las reses que veo son toros jóvenes, aunque el médico dice que prefieren las vacas, porque la carne es más barata y más delicada, y las están trayendo de contrabando para matarlas aquí.

—Va contra los sentimientos de la otra comunidad —dice—. Si lo averiguan, en una hora habría una revuelta.

Aquí no se esconde el hecho de la muerte detrás de la comida disfrazada que se sirve en el plato, como es habitual en Occidente; se lleva al animal vivo y ves el antes y después. Ves exactamente de qué parte del animal proviene un corte de carne. Ves cómo la bestia lucha por mantenerse en pie mientras tratan de derribarla; ves sus ojos muy abiertos mientras los hombres

se sientan encima de ella; ves las boqueadas desesperadas y el temblor del cuerpo cuando la sangre la ha abandonado. Antes de hoy solo había visto matar en el canal de televisión Discovery. Pero ahora lo veo ante mis ojos, en mitad de la calle, a plena luz del día. Cuando veo matar la primera vaca siento náuseas; quiero detenerlo. Hace once años que soy vegetariano. Pero no puedo dejar de mirar. Incluso me subo a un carro para ver mejor. Me miro la camisa tejana mientras el hombre trocea el cuerpo del toro con un hacha. Una gruesa gota roja de sangre ha aterrizado en la tela azul y se queda allí, sólida. Tengo miedo de tocarla. Al cabo de un rato se vuelve negra e inofensiva, solo otra mota negra.

Se supone que la carne recién matada sabe mejor que la que se mató en países lejanos, hace muchos meses o años. Los cazadores deben de experimentar emoción, pero no es nada comparada con esto; los rifles confieren el privilegio de la distancia. Esta es la forma más directa de cazar, cuando hundes el cuchillo en el cuello del animal que forcejea y desgarras el cuerpo con tus propias manos. Todos los hombres están impacientes y encantados de participar en la matanza y el trinchado del animal. Los obreros de la fábrica de Ishaq están de buen humor. Es el comienzo de unas vacaciones de tres días, unas vacaciones en la ciudad, porque no hay tiempo para volver al pueblo. Durante todo el día solo hay matanzas y festines. Se dará de comer carne fresca a todos los pobres, y de forma abundante; se distribuirá entre ellos tres cuartas partes. La carne de novillo es dura, y la mayor parte se utiliza para shish kebabs y carne picada. La carne de cabra es más tierna. Los pollos, en las jaulas del mercado, estarán a salvo los próximos días.

Hace un calor asfixiante, y la carne se extiende por las calles al aire libre. Una vez troceadas las reses muertas, se dejan en la calle o en las alcantarillas donde han caído. Luego se arrastran sobre el asfalto hasta las casas de la gente o se envían a los países del Golfo, adonde se exporta gran parte de la carne. No veo ningún congelador. Hacia el mediodía, gran parte de la carne estará en

la barriga de la gente; habrá pasado de un animal a otro. En el taller veo a un hombre sacar de las entrañas de una cabra un tubo largo; deja caer una lluvia de gotitas negras y duras de excrementos en un cubo. Luego corta las partes comestibles de la cabra y las arroja al mismo cubo, donde vuelven a mezclarse con los excrementos.

Habrá fiesta durante tres días seguidos.

—El tercer día por la noche —dice el médico— vamos a un hotel y pedimos comida vegetariana.

En el interior de su fábrica, Ishaq nos enseña la cabra a la que ha cuidado como si fuera un animal doméstico. Le está dando de comer carne de oveja. Se ríe.

—Come de todo.

A lo largo del pasado año en su dieta ha habido té y cigarrillos. Se ha encariñado con ella, pero pasado mañana la sacrificará.

Por las calles veo a niños llevando crías de cabra, acariciándolas, dándoles de comer hojas de lechuga. Un trabajador de la fábrica de Ishaq, vestido de blanco, que se dispone a meterse en un foso construido a propósito para matar una cabra con los cuernos pintados de verde, dice que esos animales tienen suerte porque van a morir por la religión —«Están felices»—, mientras que los demás solo mueren para convertirse en alimento. Por eso no hacen ruido, dice. Se mete en el foso y corta el cuello a la cabra, y la sangre cae sobre su ropa blanca, dejándola totalmente roja.

En su pueblo, dice el médico, ha matado a cabras que significaban mucho para él.

—Es mejor sacrificar una cabra que has criado desde pequeña, a la que has tomado afecto. —En el momento del sacrificio, dice, el sentimiento religioso puede más que la reticencia a matar al animal que quieres—. Lo que hacen aquí es comprar el día antes un animal que ni siquiera conocen, de modo que el único sacrificio es el dinero. Toda la sangre que ha visto hoy... a Alá no le

gusta.

En estos momentos Shahbuddin e Ishaq están comiendo cordero, untando trozos de pan en la carne. Es hígado. Algunas personas aprecian mucho el hígado, otras el corazón, otras la sopa espesa que se hace con las pezuñas de las reses, que se supone que da fuerzas al que la come; el médico prefiere el músculo de la ubre de una vaca.

—Si los animales pudieran hablar un idioma humano —dice Shahbuddin—, mataríamos muy pocos. —Está tratando de defender la práctica. Cree que él tiene el corazón débil, dice, y que esas cosas le afectan. Pero su religión sostiene que todas las cosas fueron creadas por Alá para disfrute del hombre, y si los animales no están hechos para matarlos y comerlos, ¿para qué están? —. Si alguien puede demostrarme que los animales no han sido creados para el uso de los seres humanos, renunciaré a ellos.

Me pregunta: «Algunas personas creen que está bien matar un pollo pero no una cabra. ¿Por qué?». Le respondo que es porque la cabra tiene mayor capacidad para sufrir. Pero para una hormiga, responde Shahbuddin, su dolor es tan grande y su vida tiene tanto valor como los de un elefante.

—Pero podría preguntarme por qué no comemos carne de animales que no han sido sacrificados según la ley musulmana. Podría alegar que la carne es la misma; ¿qué cambia que alguien diga una oración sobre ella?

Shahbuddin está dispuesto a admitir dudas en sus creencias religiosas. En cualquier caso, está pensando en la matanza que tiene lugar fuera, y con mucha delicadeza responde a mis preguntas no formuladas.

MOHSIN Y LA COMPAÑÍA-D

Tanto Ishaq como Shahbuddin —cuya consulta médica está justo debajo de la tienda de Ishaq— son de Azamgarh, en Uttar Pradesh, que es célebre por sus

delincuentes, como el lugarteniente de la Compañía-D Abu Salem, que nació allí. Estoy hablándoles de un artículo sobre Azamgarh que he leído hace poco en el periódico. Mencionaba que tenía fama de ser el centro del blanqueo de dinero de la India.

—¡Nosotros mismos lo hemos hecho! —exclaman a coro Shahbuddin e Ishaq.

El abuelo de Shahbuddin era un operador importante de las redes *hawala*. Le entregaban el dinero en rupias, y él telefoneaba a Arabia Saudí y, a través de un código, daba instrucciones al operador de allí de desembolsar una suma de riales a la parte receptora.

—En cualquier delito de cualquier parte del mundo, si se investiga a fondo, saldrá a relucir el nombre de Azamgarh en algún momento —declara el médico.

En Azamgarh, dice Ishaq, los *panwallahs* tienen un negocio paralelo de armamento. Por 65.000 rupias puedes comprar en un puesto de *pan* un AK-47 traído de contrabando de Nepal.

—¿Por qué la gente quiere tener un AK-47? —pregunto.

—Solo es un pasatiempo —explica.

Madanpura también es célebre por sus bandas.

—Se han repartido los negocios —comenta el doctor Shahbuddin—. Una está en el negocio inmobiliario, otra en asesinatos, otra en secuestros.

Allí los jóvenes asesinan por cinco mil rupias. Lo hacen porque son pobres, pero luego van a los bares con el dinero y lo exhiben, arrojándoselo a las chicas. Después del primer asesinato dejan de tener una vida. Los persigue la policía o incluso la misma gente que les ha encargado el asesinato.

«Todo el que hace estas cosas inhumanas se engaña a sí mismo», me dijo Asad bin Saif, del grupo por la paz, refiriéndose a los hindúes del Sena que habían cometido asesinatos durante los disturbios. Fue interesante cómo lo expresó: «se engañan a sí mismos», en lugar de «engañan a Dios» o «engañan

a la humanidad». Hay un abismo entre el corazón humano y el asesinato, y yo estaba resuelto a descubrir los puentes que construían los hombres para cruzarlo. Había conocido a los amotinadores y a los especialistas en encuentros, y ahora buscaba a los asesinos a sueldo de la guerra de bandas, los hombres que se engañaban a sí mismos cada día de su vida.

Una tarde me siento en un *dhaba*, un restaurante barato, en Madanpura y pido Pepsi para mí, Ishaq y Anees, un joven entusiasta de tez clara que creció con Ishaq. Anees me habla de la guerra del hampa, que hasta ahora, 1998, se ha cobrado oficialmente doscientas vidas. Él solo es un «contacto de la compañía»; no forma parte oficialmente de la Compañía-D pero tiene tratos con ella, y se pone a su disposición para hacer trabajos pequeños. Un amigo suyo es pistolero de la banda de Dawood, un asesino profesional. Le pregunto si podría presentármelo. Accede, pero dice que tendrá que ser en un lugar público que no me dirá hasta que llegue el momento.

Al cabo de dos días paso a recoger a Ishaq a su tienda y vamos al Venus Café, debajo del cine Maratha Mandir. Es un local moderno y brillantemente iluminado, abierto a la calle, lleno de parejas que esperan a que empiece su película. Encuentro a Anees sentado con un hombre menudo y delgado con bigote que me presenta como Mohsin. Se inclina hacia mí.

—Ha matado a dos personas.

—¡A siete y media! —corrige Mohsin inmediatamente, ofendido—. ¡A siete y media!

—Siete y media —se corrige Anees.

Pedimos café y zumo. En el reservado de detrás hay un grupo de chicas inglesas, turistas que han llegado de la estación cercana y que es posible que estén esperando un tren nocturno para irse de Bombay. En este café nadie las molesta, ni siquiera se habla de ellas. Esto no es Delhi. Ishaq y otro chico se

sientan detrás de nosotros en el único banco, mirándonos la espalda, como los cocheros en el fondo de un carruaje.

Mohsin es otro amigo de la infancia de Ishaq. Ishaq, que hace una década que lo conoce, me comenta luego: «Nos burlábamos de él cuando era niño». Podría ser cualquier persona, el ascensorista, el chico de los recados de la oficina de mi tío, cualquiera de las personas que caminan por la acera cuando voy en coche. Pero tiene ojos de asesino, oscuros y brillantes. Me sostiene la mirada, y si la bajo hacia mi cuaderno para escribir algo, me toca ligeramente la mano. Tengo que mirarlo a los ojos.

De los siete expedientes y medio «abiertos» contra él, seis y medio son delitos cometidos en nombre de la banda y el séptimo un trabajo que hizo por cuenta propia. Su primer medio asesinato fue en 1991; apuñaló catorce veces a un hombre, pero la víctima sobrevivió. Ese es el medio asesinato. Su siguiente víctima fue un vendedor de vinos y licores, Philips Daruwala, y fue el primer asesinato en toda regla. Después de eso hubo cinco más, que sepa la policía.

—Los demás solo los sé yo.

Si le cogen, dice, le acusarán de diez o quince asesinatos. Cuando mata, le gusta eliminar a «un gran bateador», alguien cuya muerte asustará a otros diez.

La compañía está dividida en células. Nadie sabe lo que hacen los demás; todo se organiza desde Dubái. Sus gastos mensuales son de veinte mil rupias: diez mil van a las facturas de su móvil, cinco mil se las queda él —casi todo para *charas*—, y el resto lo da a su familia. Cuando necesita una gran suma acepta un *supari*, un asesinato a sueldo que le reporta dos lakhs: la mitad por adelantado y la otra mitad después. Si la víctima no es musulmana la mata enseguida. Pero si lo es, Mohsin averigua si la causa es justa, si el tipo ha obrado mal; si no lo ha hecho, se vuelve atrás en el trato, renunciando a la mitad del dinero.

—Hago esto por el islam —explica Mohsin—. Durante los disturbios fue una cuestión de *izzat*. —Honor. Si no hubiera un problema entre hindúes y

musulmanes, no habría guerra de bandas. Después de los atentados, señala, Chotta Rajan dijo que todo el que escapara de la ley no escaparía de él—. No soy un hombre culto. Si tuviera cerebro no estaría haciendo esto. En la cárcel nos leían en alto el Corán, que es donde aprendí todo. —No tiene miedo a la muerte, porque si muere estará cerca de Alá; se convertirá en *shaheed*—. Tenía sueños, pero ahora se han roto. He dejado todo en manos de Alá Malik. Todos tenemos que morir. He ido a matar a mucha gente que ha escapado con vida, así que tal vez yo también escape.

El grupo de inglesas que tenemos detrás prorrumpe en un «¡Feliz cumpleaños!».

Después del encuentro en el café caminamos un rato por las calles de Madanpura. Están muy iluminadas por todas las tiendas que hay, pero es una luz tenue, al igual que la música que llega de las radios. Fuera del suburbio de Bihari vemos una fila de niños musulmanes; todos recitan con entusiasmo sus tablas de multiplicar, guiados por un profesor joven que marca el ritmo con un bastón. Mohsin, que se ha relajado un poco, me dice que va a casarse el 16 de este mes. Al principio los padres de la chica se mostraron reacios, pero como todo el vecindario parece estar uniéndose a la *gangwar*, al final han dado su consentimiento, diciendo: «Si está escrito que la chica se case con él, lo hará».

Quedamos en vernos de nuevo, con más calma, en un lugar más privado.

Unos días más tarde, después de comer, entramos en el vestíbulo de un pequeño hotel de Byculla un grupo de siete. Ishaq, Shahbuddin, Girish y yo nos subimos al ascensor, junto con Mohsin, Anees y otro joven, aún más delgado que Mohsin, que parece ser su aprendiz. Al principio me irrita ligeramente la presencia de Ishaq y Shahbuddin; creo que se han apuntado por la comida y las bebidas que he pedido que suban a la habitación que he tomado para todo el

día. Luego lo comprendo. Están respondiendo por mí, al mismo tiempo que se están asegurando de que no me peguen un tiro.

El hotel es propiedad de un gángster pathan jubilado que, según me dicen, fue mentor de Dawood Ibrahim. Cada calle de esta parte del centro de Bombay es mítica para el hampa. En la moderna habitación con aire acondicionado, Mohsin se quita los zapatos y se sienta cómodamente en la cama. Va vestido con una camisa fina y unos tejanos negros. Los demás se instalan en el sofá o en la cama alrededor de él. Girish no debería estar aquí; se supone que ha de reunirse con un potencial comprador en Andheri. Pero esto es más importante que el negocio. Por eso siempre será un mal empresario. Su ciudad le parece demasiado fascinante.

Me siento frente a Mohsin y abro el ordenador portátil. Pongo cuidado en dirigirme a estos tipos con el tratamiento *aap* formal en lugar del *tu* familiar, que todo el mundo utiliza en Bombay. Confirma mi estatus de intruso y es también una muestra de respeto por parte de un hombre del otro lado de Bombay.

La confianza es muy importante, dice Mohsin mirándome.

—Los musulmanes son dignos de confianza, pero también son grandes traidores. Cuando te dedicas a esta profesión tienes que confiar. Yo he venido a este lugar —se refiere a esta habitación de hotel— confiado. He venido por mi amigo. —Y señala a Ishaq—. Por otra parte, si se tratara de cualquier otra persona con un ordenador, se lo quitaría y le mandaría a la mierda.

Le digo que yo también he venido confiado y que soy consciente de que puede apoderarse de mi ordenador en cualquier momento. Tengo que dejarle claro desde el principio que en esta habitación en este preciso momento en la ciudad de Bombay, es él quien tiene el poder, y yo, un indio no residente de Colina Malabar, soy inferior a él en el orden de las cosas. Él no necesita ejercer su poder, pero necesita que se reconozca, que se exprese en palabras.

Mohsin empezó trabajando con un contrabandista en Andheri, sobre todo

con «galletas de oro», cuando era adolescente; ahora tiene veintiocho años. Cuando tuvo los bolsillos agradablemente llenos, empezó a frecuentar los bares. El gobierno liberalizó la importación de oro y el negocio quebró, y Mohsin fue a Baroda y robó un banco. Lo detuvieron.

—Salió una gran foto nuestra en el periódico —dice con orgullo. Lo dejaron en libertad bajo una fianza de quince mil rupias, pero confiscaron el dinero del robo. En la cárcel, un amigo le dio un número de teléfono—. Me dijo: «Habla con Shakeel Bhai».

Así fue como hace cinco años entró en la Compañía-D. Todavía ahora hace algún que otro negocio con oro, pero sobre todo se dedica a la extorsión y los secuestros. La compañía es una especie de recaudador de impuestos.

—Todo el mundo de la industria del cine da dinero a Shakeel. La compañía cobra de todos: contratista, director, financiero. Si llega la llamada de Dubái, no importa a quién recurras, un ministro o quien sea, tienes que pagar.

Mohsin explica de forma muy simple las ventajas de estar en la compañía.

—Si alguien me pega un tiro, mi familia por lo menos recibirá un lakh. Si me atropella un taxi, no recibirá nada.

Un amigo suyo, Afzal, murió a manos de la policía. Cuando su hermana se casó seis meses después, Shakeel le envió tres lakhs. Cuando Mohsin salió de la cárcel, su madre había muerto y su hermano estaba a punto de casarse. El *bhai* le envió cincuenta mil rupias para la boda y le dijo: «Si necesitas más, llama».

—Solo tengo que abrir la boca para conseguir dinero —dice Mohsin con confianza—. Si quiero tener un coche un tiempo, se encargan de procurármelo.

—Como la *gangwar* es un negocio lucrativo, hay demasiados pistoleros en Bombay; los biharis han entrado y están haciendo bajar las tarifas—. Nos han jodido vivos. Ahora todo el mundo quiere unirse a la compañía.

Anees, a diferencia de los demás, tiene la idea de que hay una injusticia económica en el modo en que están organizadas las bandas.

—En Dubái los *sheths* ganan crores por un trabajo que solo reporta un lakh al chico que lo hace aquí.

Mohsin tiene tres enemigos: los sicarios de Chotta Rajan, la policía y los informantes. Si los miembros de las bandas secuestran a un informante, lo torturan antes de matarlo. Si no, le pegan un tiro allí donde lo encuentran. Actualmente, la policía está dando a los informantes pistolas poderosas para que se protejan. A Mohsin le «habían dado el trabajo de» (le habían ordenado que matara a) Husain Vastara, un informante sobre los atentados allegado a Ajay Lal, mi amigo policía. Vastara era sumamente cauteloso y rara vez se aventuraba a salir de su madriguera de Pydhonie. Los comandos de policía más modernos empiezan ahora a llevar chalecos antibalas cuando intervienen en la *gangwar*, dice Mohsin. Husain Vastara era un gángster con chaleco antibalas.

Mohsin es un tirador experimentado y ha elaborado una máxima para su trabajo: «Tienes que conocer los pasatiempos de un hombre si quieres matarlo». Una persona puede dejar de trabajar, pero no puede prescindir de sus pasatiempos. Vastara era un gran amante del críquet; fue a ver un partido. Sus guardaespaldas bebían té cuando Mohsin se acercó con su motocicleta.

—Me acerqué y disparé. Mi arma se atascó. Él puso una expresión de terror. La expresión de la muerte.

Mohsin dio media vuelta y se alejó a toda velocidad en su moto; nadie lo había reconocido. La pistola defectuosa había salvado la vida de Vastara por el momento.

El jefe inmediato de Mohsin es Mohammed Alí, un hindú que se ha convertido al islam para mejorar sus perspectivas profesionales en la Compañía-D.

—Dirige Bombay en nombre de Chotta Shakeel.

Al día siguiente, Mohsin y Mohammed Alí, que es pariente de Vastara, fueron a la oficina de este y se sentaron para hablar. Vastara sacó un arma.

—Movía la pistola alrededor, apuntándonos a uno y a otro.

Describía con el brazo un amplio arco, como un péndulo, deteniéndolo frente a la cara de uno para a continuación retroceder hasta la del otro. Los dos estaban asustados. Cuando se marcharon, llamaron a Vastara desde una cabina pública. Vastara dijo a Mohsin: «Sé que trataste de dispararme». Mohsin colgó y dijo a Mohammed Alí: «Corramos».

Se escondieron en un centro social de Grant Road, el Dana Club, y jugaron a las cartas. Sonó el teléfono; era para ellos. En cuanto descolgaron el auricular oyeron la voz de Vastara. «No es bueno jugar tanto a las cartas», dijo. Esa vez se asustaron de verdad. ¿Cómo sabía dónde estaban? Llamaron a Shakeel y le preguntaron qué podían hacer. «¿Quién más sabía dónde estabais?», preguntó el *bhai*. Stanley lo sabía. Stanley era el principal pistolero de su célula. Shakeel lo telefoneó y le preguntó cómo se había enterado Vastara de que Mohsin y Mohammed Alí estaban jugando a cartas en el club. Hubo algo raro en las respuestas que Stanley dio al *bhai*; allí había gato encerrado. A continuación llamó de nuevo a Mohsin y dijo: «Matadlo». Fueron a buscar a Stanley y lo encontraron en la calle.

—Le di a la primera. *Dhadam!* Él levantó la mano para detener la bala cuando vio la pistola acercarse. La primera bala lo alcanzó en el corazón, la segunda en el otro lado del pecho, la tercera en el cuello, la cuarta en el estómago. Mohammed Alí le levantó la cabeza sujetándola por el pelo y vació el cargador en ella. Luego se fueron. Toda la gente había huido mientras disparábamos. Esto ocurrió en Narialwadi, a cinco minutos de aquí. Fuimos hasta Rani Bah y cogimos el autobús a Wadala. Volvimos de noche y cenamos bien en Bhendi Bazaar. Comimos codorniz. Jugamos al carom. Olvidamos que habíamos hecho un trabajo.

Eso ocurrió hace dos años. Cogieron a Mohammed Alí por el asesinato, pero no a Mohsin. Cuando Mohsin se enteró del arresto de Alí por el periódico, supo que no tardarían en cogerlo a él. Mohammed Alí había dado

su nombre.

—No le guardo rencor; lo golpearon.

¿Y Vastara?

—Sigue allí. Pero cuando la compañía quiere que se haga un trabajo, se hace, si no hoy, mañana.

Y, en efecto, unos meses después, Vastara fue asesinado a tiros por otro sicario de la Compañía-D cuando salía de la casa de su querida. Shakeel había descubierto otro de sus pasatiempos.

Mohsin explica su técnica.

—Casi siempre apuntamos a la cabeza, el tiro infalible. Así nos ahorramos la tensión de si vivirá o no. —Salvo una vez que disparó a un hombre cerca del centro de Bombay—. Le apreté el revólver contra la cabeza y disparé. La bala rebotó en su frente y él siguió vivo. ¿Qué puedo hacer yo? Mi trabajo es disparar y matar. Trato de matar. ¿Qué puedo hacer si la bala se escabulle? —Le gusta tomárselo con calma—. Si puedo matarlo con tranquilidad, lo hago. Si tengo que matar y salir huyendo, entonces solo el de las alturas sabe si vivirá o morirá.

Mohsin utiliza una treinta y ocho de siete o nueve disparos. Para los que no pueden permitirse las armas importadas está la *katta*, la pistola de fabricación nacional que se utilizaba para cazar ciervos.

—El orificio de entrada de la bala es muy pequeño, pero el de salida es enorme. La bala gira sobre sí misma al penetrar en la carne. Después de dos tiros tienes que dejarla enfriar. Si sigues disparando te vuela la mano en pedazos.

Cuando Mohsin no quiere o no puede utilizar una pistola, echa mano de una navaja de afeitar o un hacha. Para el medio asesinato de 1991 utilizó una *khanjar*, una daga corta. Le pregunté si hace falta tener fuerza para apuñalar músculo y hueso.

—¿Alguna vez ha cortado una sandía? —me pregunta Mohsin—. Es igual.

La carne humana es muy delicada.

El segundo hombre que va en la moto, el ayudante en un tiroteo, se llama *number-kari*. Chotta Shakeel introdujo el uso de las motos para ejecutar los golpes de la banda; ahora todas las compañías las utilizan.

—Paramos la moto y lo hacemos. Uno se queda en la moto con el motor en marcha mientras el otro dispara y se vuelve a montar. Siempre hay cerca un tercer hombre, en silencio. Si se le necesita, interviene; si no, la gente no se fija en él. Si se le necesita, empieza a disparar y la gente cree que estamos en todas partes.

A diferencia de los sicarios en los países más avanzados, Mohsin nunca tiene que preocuparse por deshacerse de los cuerpos. Los deja donde se han caído y se va zumbando en la moto.

Cuando Mohsin fue a matar a Philips Daruwala, tenía fiebre tifoidea. Cuando estás febril, comenta, tu mente funciona a otro nivel, y tener que salir y matar a alguien puede ser una experiencia especial. Era Ramadán y tenía que hacer el trabajo solo. Daruwala era un hombre con cierto estilo, que vestía con chaquetas de safari y gafas de sol, y tenía un dóberman que lo acompañaba a todas partes. Durante los disturbios había dado dinero y armas a los hindúes. Llegó la orden de hacer el trabajo. Mohsin estaba enfermo, pero no podía rechazarlo, era un trabajo muy importante. Cuando se levantó de su lecho de enfermo y fue a la tienda de bebidas alcohólicas de Daruwala, lo encontró sentado con unos agentes de policía. Mohsin salió y regresó por la noche. Seguía habiendo hombres alrededor de Daruwala, pero iban de paisano. No sabía si también eran policías de la Brigada de Investigación Criminal que habían pasado a recoger sus sobornos, como hacían cada sábado. Siguió a Daruwala cuando dejó a sus visitantes y a su perro para ir al bar de al lado a mear. Mientras estaba en el lavabo, Mohsin se acercó a él por detrás y levantó

el arma. Habría sido un disparo fácil, pero de pronto tuvo escrúpulos: no estaba bien matar a un hombre mientras meaba, pensó. Esperaría a que terminara.

Daruwala se subió la cremallera y se volvió, y vio el arma que lo apuntaba a la cara.

—Tenía una expresión mortal. —Pero el arma de Mohsin se trabó—. Yo también estaba asustado. Debería haberle disparado por la espalda. —Volvió a cargarla, disparó de nuevo y lo alcanzó en la cabeza. Daruwala salió tambaleándose a la calle y cayó—. Volví a cargar la pistola, *dhadam, dhadam*, disparé dos veces y me largué.

Los hombres de Daruwala salieron corriendo tras Mohsin; él les disparó una vez y huyeron. Pero los policías de la Brigada de Investigación Criminal se subieron a su coche y lo siguieron. Mientras lo perseguían, Mohsin los apuntó con su arma. El conductor viró bruscamente y dio media vuelta, y Mohsin se subió corriendo a un taxi que pasaba. Cuando llegó a casa, le había subido la fiebre.

—Me tapé con la manta y me dormí.

A Mohsin no lo arrestaron por el asesinato de Daruwala, pero lo han hecho por otros. Si la policía lo encuentra, llamará por teléfono a Shakeel y le preguntarán cuánto está dispuesto a pagar por poner en libertad a su pistolero. Si las negociaciones no dan fruto, la policía lo torturará. Me explica lo que le hicieron la última vez. Le esposaron las manos detrás de las piernas, le pusieron un palo entre las rodillas y lo colocaron en equilibrio sobre el respaldo de dos sillas, para que colgara como un cerdo ensartado en un espetón. Luego se colocaron en fila a ambos lados de él y dispararon mientras se balanceaba de un lado para otro. Le sostuvieron los párpados abiertos toda la noche con cerillas. Luego trajeron un generador portátil; le pusieron unas pinzas en los dedos, los lóbulos y los genitales, dieron vueltas a una rueda que soltaba chispas, y su cuerpo delgado tembló y se sacudió mientras lo

recorrían las descargas eléctricas de doce voltios.

—Eso afecta la mente —afirma Anees.

Otra vez, en la comisaría, los policías pusieron unas esposas en el pie de Mohsin y lo colgaron boca abajo del techo. Se suponía que era una medida temporal. Pero fuera había una marcha de protesta por una cosa u otra, y los policías tuvieron que ocuparse de ella.

—Me estuve más de cuatro horas allí colgado. Se me hinchó toda la pierna y me olvidé de que tenía pie.

Levanta la mano y abre la palma para mostrarme las secuelas que le han dejado las atenciones de la policía.

—No tengo ningún dedo recto.

El doctor Shahbuddin lo mira con interés profesional.

Los policías beben mucho mientras golpean a los detenidos. Cuando se da una paliza a alguien en la comisaría, todos se apiñan alrededor.

—Es como cuando se mata una cabra. La gente se acerca a ver.

En los interrogatorios, la policía trata de asustar a los detenidos. Un truco que utilizan con los ingenuos es sacar un limón y un cuchillo. Entonces dicen al sospechoso: «Cortaremos un limón sobre tu cabeza y dejaremos que te afecte al cerebro, entonces nos lo dirás todo». Esto funciona con los supersticiosos: mientras ven al policía acercarse con el limón y cortarlo sobre él, dejando caer el jugo sobre su cabeza expuesta, pueden desembuchar todo. Pero Mohsin no.

—Dije: «Entonces ¿por qué me golpean? Limítense a cortar el limón».

Ellos se enfadaron de verdad y él los insultó. Ya había comparecido ante los tribunales, de modo que no podían liquidarlo en un encuentro, informó a sus torturadores. Esa era una de las reglas que regían los encuentros, y que reconocían y seguían tanto los policías como los delincuentes. Si un juez está al corriente de que han detenido a un hombre con vida, este sigue con vida.

A Mohsin le quedan tres hombres en su grupo dentro de la banda más

grande. Los otros cinco han muerto a manos de la policía en encuentros. Según Mohsin, el gobierno federal ordenó que a todo al que se le imputaran dos cargos debía ser abatido a tiros en un encuentro. Según esta norma, Mohsin tiene cinco cargos y medio de más. El arma que los policías dejan al lado de la víctima del encuentro es un indicativo de su estatus. Con un novato de la guerra de bandas, dejarán un revólver de seis disparos. Con alguien de más importancia, un máuser. Con los peces gordos, los verdaderos *bhais*, una ametralladora, un AK-47 o un AK-56.

Entran en la habitación dos camareros con bandejas de sándwiches. Dejamos de hablar hasta que se marchan.

Mohsin ya lleva un año fuera de la cárcel, donde pasó tres muy agradables.

—Estuve colocado todo el tiempo.

Los miembros de las bandas estaban en un edificio aparte. Se les abastecía de *charas* y Phensydril, un potente jarabe para la tos. La compañía les enviaba siete mil rupias al mes para sus gastos en la cárcel, y otras diez mil para su familia. La cárcel ofrecía a los hombres de la compañía todas las comodidades, además de televisor y un tablero de carom, alrededor de los cuales pasaban el rato los gánsters colocados. Podían conseguir chicas y alcohol; solo había que pagar los «derechos de aduana»: sobornar a los celadores. Los que no tienen a nadie que les dé dinero para sus gastos recurren a otras fuentes de ingresos: «Venden su culo».

En la cárcel, la gente involucrada en los negocios de la prostitución o del azúcar moreno —heroína— recibe palizas y es objeto de extorsión. Los africanos venden el azúcar moreno en sacos detrás de la V.T. Station entre las cuatro y las cinco de la madrugada. La policía tiene miedo de los tipos del azúcar moreno, que les arrojan su propia mierda, o se cortan a sí mismos con cuchillos antes de comparecer ante el tribunal y dicen al juez que lo han hecho los agentes. En 1993 hubo un motín en la cárcel de Nashik, donde se encontraba Mohsin. En la cárcel los indios comen primero y luego lo hacen los

extranjeros. Un africano arrojó *hot dal* a la cara de un guardia y hubo un motín. Los celadores golpearon en vano a los negros con sus palos de bambú con la punta de hierro. Luego otro africano pegó un puñetazo a un guardia y lo dejó sin sentido. El motín se les fue de las manos a los celadores; habían perdido el control. De modo que abrieron las puertas de los gángsters de Bombay y los soltaron en las celdas de los africanos. Los *wallahs* de Bombay entraron corriendo con cuchillos de fabricación casera y empezaron a asestar cuchilladas a diestra y siniestra.

—Se acabó el asunto. Murieron dos negros, pero no se abrió ningún expediente. En la cárcel la justicia es salvaje.

Mohsin está a punto de casarse. Después de su boda puede que tome un «buen trabajo», a diferencia del que hace ahora.

—En una fábrica o algo así. Puedo vivir con un nombre falso en otro lugar.

Y siempre puede huir del país. Después de un trabajo importante, un pistolero que se precie va de Bombay a Dubái y de ahí a Karachi. Tienen contactos con la policía del aeropuerto de Bombay.

Llegado a este punto, Girish decide intentar reformar al sicario.

—Vas a casarte. Al menos ahora para.

Mohsin no se deja influir por su petición.

—Tengo que ganar lo suficiente para afrontar los gastos de la boda.

Su prometida le ha pedido lo mismo: «Déjalo». Y Mohsin la ha desafiado: «Si tienes poder para ello, oblígame a dejarlo». Es un matrimonio por amor; su prometida es una prima suya. Después de la boda irá a Surat a vengar un ataque que sufrió uno de sus hombres, Yasin. Estaba bebiendo un vaso de agua cuando sus enemigos se acercaron a él con una espada; «le abrieron la cabeza, se le cayeron todos los dientes en las manos». Lo dejaron allí, dándolo por muerto. De modo que ahora Mohsin tiene que ir a Surat. Es una cuestión de honor personal, no un trabajo de la compañía.

—Mi *izzat* está en juego.

—Nunca cambiará —predice Anees, delante de Mohsin.

Oigo correr el agua en el cuarto de baño a mis espaldas. El médico se está duchando. Ha estado sentado en silencio en el sofá a lo largo de toda la conversación sobre torturas y asesinatos, mirando fijamente la puerta del cuarto de baño. Recuerdo que una vez me habló del agua en Madanpura, y me explicó por qué no le gusta vivir en Bombay. «Cada mañana tengo que tomar una decisión: si me baño, no habrá suficiente agua para beber por la noche.» Al encontrarse frente a un cuarto de baño con agua corriente, y caliente además, ha decidido sacarle el mayor partido. Se ducha con calma y sale resplandeciente.

Mohsin y Anees hablan con orgullo de las asociaciones de delincuentes de su comunidad, el orgullo de una minoría oprimida que contraataca y se atreve a entrar en profesiones ilícitas.

—Los que se dedican a ellas son sobre todo musulmanes, porque hoy día la mayor parte de los problemas económicos los tienen los musulmanes jóvenes. Los musulmanes están en los bares, en la guerra de bandas... Están en todo.

Anees señala que durante todo el mes de Ramadán, los bares están cerrados o medio vacíos; durante ese mes no se tragan ni la saliva; y entonces en «el día de Eid, los bares se llenan de musulmanes».

Estas asociaciones de delincuentes no pasan desapercibidas al cuerpo de policía de Bombay, donde solo el 5 por ciento son musulmanes.

—Nos sueltan insultos terribles —dice Anees—. Nos llaman traidores a la nación, renegados.

Pero ellos nacieron aquí. Si hay problemas, ¿adónde van a ir?, pregunta Mohsin. Está dispuesto a luchar por el país. Ve su trabajo en el hampa «no como un asunto de la nación, sino un asunto de la *qaum*», de la nación universal del islam. Los disturbios y el partido político que los instigó siempre están presentes en su mente. Se refiere a Thackeray como «el principal bateador». La Compañía-D está vigilando muy de cerca lo que

ocurre alrededor de Babri Masjid. Si hay más problemas en la mezquita, no será como la última vez; esta vez están preparados y responderán inmediatamente. Morirá mucha gente en lugares lejanos. Las bandas han almacenado armas.

—Tenemos un lanzamisiles, pero nunca lo hemos utilizado.

Han distribuido por el subcontinente misiles Stinger de la guerra afgana, que mantienen en reserva para el próximo gran disturbio.

El grupo habla de la noche anterior, cuando la policía llamó a unos cuantos de los chicos de Madanpura para que asistieran a la reunión del Comité Ekta, convocada para impedir nuevos disturbios entre hindúes y musulmanes. Hubo una *lafda*, una huelga; los chicos se fijaron en que había muchos policías corriendo de acá para allá, pero ellos no fueron. La tensión aumenta por días. Mohsin habla con miedo de los tiempos que se avecinan.

—Ocurrirá lo que no podemos ni imaginar. —Y el próximo conflicto, dice Mohsin, se extenderá a todo el mundo, una guerra global del islam contra sus enemigos. Son muchos y tienen la geografía a su favor—. Los musulmanes están en todas partes. Los hindúes solo en la India —señala. Están en el bando bueno de la historia.

Uno de los musulmanes asiente y dice:

—Si quiere ver a los muyahidines de verdad, tiene que ir a Palestina. Allí hasta los niños de nueve años llevan un AK-47.

Recita el rosario internacional de la yihad o cruzada: Palestina, Afganistán, Cachemira, Bosnia. He oído hablar antes de ello en una mezquita de Brooklyn, en el sermón del imán: el cuidadoso examen de cada lucha islámica por todo el mundo, las cornetas de las batallas lejanas, el concepto de un agravio global. Estas son las refriegas callejeras de la guerra mundial más amplia, una guerra que hace siglos que se combate, que empezó en un lugar recóndito y conflictivo entre gente que creía que existía el bien y el mal, y que había que combatir el mal y defender el bien. La vida de los jóvenes musulmanes de la

guerra de bandas cobra significado gracias a esta lucha, no para convertir a los *kafirs* [infieles], sino para proteger su propio honor. Es un sentimiento que se ha transmitido, casi intacto, a través de las líneas del enemigo a Sunil y a los chicos del Sena, que se ven a sí mismos como todo lo que se interpone entre las hordas islámicas y nosotros.

—Todos ustedes, marwaris, gujaratis, los que viven en Colina Malabar, si no fuera por nosotros hace mucho que estarían acabados.

Ambos bandos ven lo que está ocurriendo hoy día en Bombay como la última de una larga serie de batallas históricas. Bombay es el lugar donde se enfrentan los mundos; es su Tours, su Kosovo, su Panipat. Aquí se trazará la línea, en esta nación hindú rodeada de países islámicos.

En el televisor de la habitación de hotel están dando una película de gánsters, *Parinda*. Fue dirigida por Vidhu Vinod Chopra, a quien aún no conozco. Están matando a un hombre en una fábrica de brillantina para el cabello.

—Esta toma es muy buena —dice Mohsin. Todos miran la pantalla con interés—. Mira cómo se mezcla la sangre con la brillantina.

La policía está interrogando al asesino. «¿Adónde ha ido ese hombre?», preguntan. El asesino responde: «Está en la alcantarilla de Worli». Desde que se estrenó la película, «Está en la alcantarilla de Worli» se ha convertido en una expresión del argot del hampa para decir: «Lo han matado».

Mi técnica para hacer hablar a los chicos de las bandas es sencilla: voy a hacer una película sobre sus vidas. No miento; estoy en contacto con directores que quieren que trabaje con ellos en películas sobre el hampa. Depende de mí obtener las historias. ¿Puede legitimarse la vida de un forajido si se convierte en arte, en un mito?

Los chicos me dicen que, para dar autenticidad a mi película, los personajes deben utilizar el auténtico lenguaje del *bhai*. En el hampa de Bombay hay una sola palabra para referirse al trabajo, el sexo y la muerte: *kaam*. *Uska kaam*

kiya puede significar: «Lo he matado», «Me la he tirado» o «He trabajado para él».

Con el tiempo, la necesidad de esconder sus actividades de la policía ha llevado al hampa a inventar toda una numerología de argot. Del 1 al 40, cada número tiene un equivalente en el lenguaje del *bhai*. Por ejemplo, una chica o «cosa» es, en este argot, *chabbis* (26). Su novio es su *chjava*. Una chica es también *paaya*, *paneri* o *chawal*: arroz, que puede variar de calidad, como cuando se dice: «Esta es *chawal basmati*». Ella baila en la «escuela», en un bar. *Nalli jhatakna* es orgasmo masculino, y *atkana*, follar.

Una pistola, como es de esperar, recibe muchos nombres: *samaan* (equipo), *bartan* (vaso), *mithai* (dulce), *baja* (instrumento musical), *dhatu* (metal), *chappal* (sandalia), *sixer*, *chakri*. A menudo también se le llama *ghoda* (caballo), por ser tan querida y crucial para un pistolero como lo era el caballo para un guerrero medieval. Una ametralladora o, como la llama Mohsin, una máquina de fuego, también recibe el nombre de guitarra, spray o *jhadu*, por liquidar a su blanco de un barrido. A un arma pequeña se la llama, cariñosamente, *amma*; a las balas, su prole, *bacche*. Una bala también es tableta, cápsula o *dana* (grano). Una granada de mano es una patata, una piedra o un pomelo. Una espada larga, *lambi*.

Un eufemismo para matar es «disparar al aire libre», como en una película. El *sheth* dice a sus chicos: «Mojadle la cabeza» o «Liquidadlo». Cuando hay que hacer desaparecer el cadáver, se dice: *Uska potla kar de* o *Parcel kar de*, como cuando se dice: «Despáchalo al otro mundo». Otra versión de la misma orden es *Kamti kar do*, réstalo o redúcelo. El término *supari* empezó a asociarse con asesinato a sueldo por la tradición de ofrecer *pan* y *supari* en los actos festivos como las bodas. Antes de enviar a un pistolero a una misión, a menudo se le ofrece un poco de betel para darle suerte.

Tener relaciones sexuales con una chica —*bajaana*— es jugar con ella. También puede emplearse *thokna*, golpearla, o *gaadi chalana*, conducir un

coche. El sexo y la muerte nunca andan muy lejos; una pistola también se llama *gaadi*. *Shot lena* puede significar disparar un arma o follar. Las chicas, como las drogas, son, genéricamente, *maal*, cargamento, y el *charas* en concreto es *kala sona*, oro negro. Policía es *thola*; un furgón de la policía, *dabba*.

Muchos de los términos se han tomado del críquet, como tuve ocasión de ver en los interrogatorios de Ajay. Las vigilancias se llaman fildeos; vigilan a la policía mientras los pistoleros «juegan el juego» de la víctima o «eliminan a un bateador». A los señores de las bandas les encanta el críquet; pasan mucho tiempo viendo jugar y se llevan a los jugadores a los países donde se esconden. Les gusta hasta el punto de que tienen que saber a ciencia cierta qué equipo ganará antes de que jueguen: sobornan con regularidad a los jugadores para que pierdan deliberadamente los partidos. Y ganan grandes sumas apostando contra ellos.

Información es *tichki*, o un ligero chasquido de los dedos, como cuando se dice: «Voy a hacer un trabajo a menganito. Dame *tichki* sobre él». Dinero es número: «¿Qué número te ha salido?». También puede ser mensaje: «Te ha llegado un mensaje para diez», es decir, han llegado diez mil rupias para ti. En el hampa se habla de dinero reduciéndolo con modestia; un lakh es a menudo una *rupya*. Recaudar dinero a base de robar es «financiar».

Cuando un pistolero va al extranjero, ya sea Dubái, Malasia o Toronto, va *upar* (arriba), al *gaon* (al pueblo). Una vez que sales de Bombay, el resto del mundo es un pueblo.

En el vestíbulo del hotel, los musulmanes bohra de clase media de Byculla entran y salen; hay una boda. Salimos y nos subimos a mi coche. Al cruzar el centro de la ciudad, Anees señala un bar, el Gold Mine.

—Hubo dos asesinatos en él. Es de un tal Shetty. Tenía dos guardaespaldas. La compañía le pidió dinero y él se negó a dárselo. Un día entró en su bar y encontró encima de una mesa la cabeza de uno de sus guardaespaldas.

Los dejo en Kamathipura y se alejan por Fifth Lane.

—Ahora solo fumamos *charas* —dice Mohsin, que dejó el alcohol hace cinco años, pero es *charasi* desde los quince—. Solo tiene ventajas. El colocón enfría la mente. Tengo la mente caliente.

El hachís los deja hambrientos y cachondos; después de fumar comen dulces y van con putas, de modo que pueden mantener más tiempo la erección.

—Ya ve cómo es nuestra vida. Nos despertamos a la una de la tarde, dormimos a cualquier hora.

Están contentos con la falta de orden en su vida; siempre a la amenazante sombra de la muerte, su libertad. Pasan los días y, aún más importante, las noches, deambulando, flotando libremente a través de los hechizos de la ciudad, desde restaurantes de kebab a clubes de carom de Madanpura, pasando por fumaderos de *charas* y burdeles de Kamathipura, donde pueden desahogar su ira. En cualquier momento del día o de la noche se les ve apiñados por el centro de Bombay, siempre a la caza de una pelea rentable. Observan las calles como los corredores de Bolsa su pantalla de ordenador, o los comerciantes de grano el comienzo del monzón, buscando el más minúsculo cambio en el mercado, el más leve signo de emoción.

Tras la reunión del hotel voy a una cena en Worli. En el apartamento hay siete u ocho parejas. Es una habitación alargada de techo alto con arte abstracto en las paredes —todo caras oscuras deformadas— y unos pocos muebles de anticuario cuidadosamente escogidos. Podría estar en el Soho. El dueño ha vuelto a Bombay después de vivir una década en California; casi todos los demás invitados han vivido también un tiempo en Estados Unidos; en el Wharton School o en Harvard. Hay un considerable contingente del Doon School del Himalaya. La conversación gira en torno a los hijos, el terrible estado de la economía o viejas anécdotas del colegio. Bebemos el vino francés del anfitrión y escuchamos a Eartha Kitt y Annie Lennox en su elegante equipo de música. Entra una mujer pálida y rubia. De lejos creo que es estadounidense. Luego oigo su acento puro de Bombay. Se ha hecho algo en el

pelo y en la piel, y ha podido permitirse mantenerse alejada del sol.

Cometo el error de comentar a un invitado el día que he pasado y pronto toda la habitación bulle de excitación; todos quieren oírme hablar de la tarde que he pasado con los sicarios. La gente de la fiesta se queda fascinada con mi relato sobre Madanpura, del mismo modo que, hace un par de meses, Ishaq, Girish y Shahbuddin se quedaron fascinados con mi relato sobre la fiesta de industriales del Library Bar.

—¿Qué aspecto tienen? ¿Cómo hablan? ¿Cómo visten?

Estoy enfadado conmigo mismo por no saber mantener la boca cerrada, por mi necesidad de contar a alguien las historias que llevo escuchando todo el día. Todavía no he desarrollado tragaderas para ello; no soy capaz de guardarlas dentro de mí y escribirlas a la mañana siguiente. Al final tiene sus ventajas hacer partícipe de mis historias a ese extraño grupo. Poco a poco los banqueros de inversión, los industriales, empiezan a contar sus propias experiencias. Ninguno admite haber sido un blanco directo o haber cedido a las exigencias de la banda, pero se refieren a un pariente o al amigo de un amigo que ha pagado. Mohsin y compañía no están tan lejos de esta habitación; cuando miro por la ventana la tranquila carretera de Worli, me fijo en que hay grupos de hombres merodeando, tal vez observando a la gente que se mueve por esta habitación brillantemente iluminada. Nos ven mejor que nosotros a ellos.

El hombre que me acompaña en coche a casa, un banquero de inversión, me pregunta dónde puede comprar una pistola en Bombay. Dice que una vez disparó una en la granja de su cuñado.

—Tuve el mayor subidón de mi vida.

Al cabo de unos meses Anees me pone al corriente de lo que ha sido de Mohsin. No llegó a casarse; un par de días después de nuestro encuentro lo

arrestó la Brigada de Investigación Criminal. Le pusieron algodón en las orejas, le taparon los ojos y lo llevaron a un lugar desconocido, donde lo tuvieron tres días encerrado. Lo golpearon y le exigieron dos cosas: que se convirtiera en informante y que matara a los hombres que la policía consideraba sus enemigos. «Prefería morir a convertirse en informante», dice Anees. De modo que la policía telefoneó a Shakeel, que pagó tres lakhs por su vida. Lo soltaron y huyó al norte. Desde Surat, Mohsin envió a Anees un recorte de periódico de un asesinato con una foto. «Felicítame», le dijo por teléfono. Fiel a su palabra, había asesinado al hombre que había intentado matar a su amigo Yasin. Había concluido el trabajo «pendiente» del que me había hablado.

SATISH, EL *DAL BADLU*

Estoy en la sofocante y mal ventilada oficina exterior de Phone-in Services para reunirme con el capo Chotta Shakeel. Otro amigo del enorme círculo de amistades de la universidad de Girish, llamado Kamal, tiene influencias para concertarme tal cita. Kamal es el encargado de pagar a los pistoleros; cuando necesitan dinero, los matan, o van a la cárcel y sus familias necesitan dinero, es él quien se ocupa de sus asuntos. Varias de las principales figuras de la lista de los más buscados lo llaman *bhai*. Kamal tiene una expresión artera y se preocupa de vestir bien y hablar inglés correctamente. Tiene una licenciatura y un talento para los negocios innato, y dirige una serie de empresas legales en nombre de la compañía de Dawood. Hasta hace tres años estuvo directamente involucrado en el hampa, donde era conocido y temido. Los chicos de Madanpura —Anees y Mohsin— le llevaban refrescos y tazas de té.

—Si entraba en la habitación, no tenían derecho a sentarse en mi presencia. Se quedaban de pie.

Phone-in Services es un servicio de compras suburbano y el negocio más limpio de Kamal.

Con Phone-in Services, el estresado trabajador que vuelve a su casa de Mira Road tras un largo trayecto en tren solo tiene que hacer una llamada y le traerán a la mesa la cena del restaurante de su elección, irán a buscar el televisor a la tienda de reparaciones para que esa noche pueda ver su programa favorito, y le recogerán de la lavandería el traje para la mañana siguiente.

En el membrete de Phone-in Services aparece en primer lugar un hindú. Solo es dueño del 15 por ciento de la compañía, pero el verdadero propietario, Kamal, conocido anteriormente como Shahid, no puede aparecer. El amigo de Girish emplea una serie de nombres mientras otros hacen negocios en sus oficinas, y se desprende de ellos en cuanto los costes asociados con el nombre se vuelven demasiado gravosos, cuando el nombre ha acumulado demasiada mala voluntad. Kamal está en su oficina en estos momentos con una pareja a la que está asesorando en calidad de *bhai*. Una joven ha huido de Aurangabad para estar con su amante y los padres quieren recuperarla. Kamal está mediando. Al final sale y va al locutorio de la esquina para llamar de mi parte a Chotta Shakeel.

—¿Le conoces? —pregunta el capo—. ¿Es amigo tuyo?

—No, pero es muy amigo de un buen amigo.

—Indaga sobre él. Necesito hablar antes con él.

De nuevo en la oficina, Kamal me propone que escriba la verdadera historia de la guerra de bandas en forma de guión de cine para hacer una película diferente de cualquiera de las que se han hecho hasta ahora: «Nada de cuentos de hadas». Me prestará toda la ayuda que necesite en mi investigación. Puedo ir a Dubái y pasar quince días observando la estructura del mando operativo

de la banda. Puedo constatar lo mucho que echan de menos Bombay. Allí se sienten deprimidos; fuera del trabajo no hay vida. En su tiempo libre van a Pizza Hut a tomarse un zumo o se compran películas hindis para verlas en casa. En ningún momento dejan de preguntarse qué está haciendo su familia, qué debe de estar haciendo un hermano en una fiesta en particular. Cuando Kamal pasó un par de semanas en Dubái con Chotta Shakeel, se fijó en lo gastada que estaba la cinta de la canción «I love my India» de tanto escucharla.

Debo escribir este guión, dice Kamal, porque así el gobierno se enterará de la verdadera situación de la guerra de bandas y buscará estrategias mejores para librarla. Será un servicio al país, dice el interventor de la banda. Si el gobierno quiere detener la extorsión, debería permitir que vuelva a ser rentable el contrabando.

—Debería volver a imponer restricciones sobre el oro, los relojes importados y los aparatos electrónicos. No puedes acabar con el hampa.

Las bandas a veces luchan entre sí para que salgan sus nombres en los periódicos, dice. De lo contrario la gente corriente no los temerá.

—Es como abastecer una tienda de mercancías. Las bandas abastecen sus tiendas de miedo.

Antes de salir a dar un golpe, algunos pistoleros se atan mutuamente un trozo de hilo de Ajmer Sharif en la muñeca, como un *rakhi*, dice Kamal.

—Toda la gente del hampa teme a Dios. Son conscientes en todo momento de que están pecando, y que tienen que respetar a Dios para sobrevivir.

Dios es el *bhai* más importante. En la oficina de Kamal hay versículos del Corán por todas las paredes y encima del escritorio. Hace *namaaz* cinco veces al día. Como muchos miembros de la *gangwar*, se ata una o más cintas verdes llamadas *taveez* alrededor del brazo y varias alrededor del torso. Cuando Girish va a verlo a su oficina, siempre lo encuentra enzarzado en una discusión religiosa con sus empleados y sus visitas. Deja de lado el negocio

que tenga entre manos para hablar de los Upanishads y el Corán, comparando y contrastando el hinduismo, el islam y el cristianismo sin menospreciar ninguna de las religiones, exaltándolas todas. Según Girish, se está pasando un poco.

En la oficina de Kamal hay un nuevo aparato de aire acondicionado, pero también muchos mosquitos. Girish trata de matar uno dando una palmada en el aire. Se examina las manos; están limpias.

—No tienes nada que hacer en el hampa —comenta Kamal—. Ni siquiera puedes matar un mosquito.

Girish ha estado enfermo a causa del aire contaminado de Bombay. Por las tardes no puede respirar. Ha ido a un montón de médicos tradicionales: ayurvédicos, homeópatas, *hakims* y, más recientemente, siguiendo el consejo de Kamal, a una mujer de Mira Road que ve *djinn*s. La gente va y, a través de la mujer, pregunta a su *djinn*: «Mis padres que viven en América, ¿cómo están de salud?». Y el *djinn* responde; es más barato y más fiable que una llamada telefónica. Kamal acude con regularidad a la médium para tener noticias de sus socios de la Compañía-D en Dubái. En estos tiempos en que la policía tiene todos los teléfonos de los gánsters pinchados, la red del *djinn*, que opera de modo fiable en el más allá, es inestimable para el hampa.

Uno de los hombres sentados en la oficina de Kamal se llama Zameer. De veinticinco años, metro y medio de estatura, muy delgado y con un pequeño bigote, cada día viaja siete horas para supervisar uno de los proyectos de obras de Kamal en Daman. Zameer me dice que las principales redes de información de las bandas son los camareros, las gogós y los dueños de las tabernas. También los barberos. Zameer parece saber mucho de los bajos fondos.

La llamada telefónica de Shakeel que he estado esperando no llega inmediatamente, pero Kamal me hace un favor aún mayor: me pone en contacto con un pistolero importante de su compañía, un hombre que está «huyendo de

Bandra a Borivali», el territorio por el que la policía lo está buscando, donde corre un gran peligro. Puede reunirse conmigo en el centro de Bandra o al norte de Borivali. Kamal ha dicho al asesino a sueldo que estoy escribiendo un guión de cine sobre el hampa.

Vamos a buscarlos a la parada de autobuses de largo recorrido de Bhayander, en los límites municipales de Bombay, una tarde de julio. Estoy con mi amigo Vikram, que está escribiendo una novela sobre el hampa y ha querido apuntarse. Entramos en un pequeño café que hay junto a la parada y encuentro a Zameer comiendo un plato de *methi parathas*. Señala a otro hombre que no para de hablar por su móvil en la cabina de fuera.

—Es ese.

Cuando Zameer ha terminado de comer, salimos para conocer al ocupante de la cabina telefónica. Es un hombre bajo y fornido de unos veinticinco años, vestido con camisa a cuadros y tejanos, que lleva un hilo sagrado en la muñeca y un anillo. Es bien parecido, con unos ojos inteligentes y una barba rala, o incipiente en realidad. Me lo presentan con un nombre y más tarde, cuando se fían más de mí, con otro; todavía más tarde, en Dubái, me dan un tercer nombre. Voy a referirme a él por uno que no es ninguno de ellos: Satish.

Cogemos un Garuda, una especie de *rickshaw* alargado con capacidad para ocho personas repartidas en dos bancos que están colocados uno frente a otro en la parte trasera, y para otras tres o cuatro en la delantera, según lo tolerante que sea el conductor, y nos dirigimos a un hotel. Hay poco tráfico en la carretera, pero Satish quiere que el Garuda vaya más deprisa. Ve un obstáculo más adelante, un vehículo, persona o animal. Yo no lo veo desde donde estoy sentado, pero le oigo decir al conductor:

—Arróllelo, sin miedo.

Nos apeamos frente a una valla publicitaria en la que se lee «Maxwell

Resort». Anuncia una piscina, y hay fotos, misteriosamente, de un helicóptero y un canguro. Caminamos un kilómetro y medio hasta el hotel. La carretera discurre a lo largo de la cresta de una colina; a nuestra izquierda hay viejos bungalows con nombres católicos en las jambas de las puertas y unos pocos altares dedicados a Jesucristo. A nuestra derecha vemos el mar blanco, más allá de arrozales que se han llenado de brotes verdes con las lluvias. Todo el paisaje es suavizado por la neblina del monzón y no nos importa la cuesta de un kilómetro y medio.

En cuanto entramos en el hotel, se resuelve un misterio: en un pabellón situado más allá de la entrada hay un helicóptero y un canguro, con una ranura lateral para introducir monedas; son atracciones infantiles. Cuando metes dinero se mueven de diversas formas. Entramos en el hotel y regateamos con el dueño. Estoy negociando el precio cuando un par de empleados del hotel se acercan a él.

—La policía está aquí. Dicen que tienen una orden de arresto contra usted.
El dueño, un hombre menudo con un gran bigote, asiente despacio.

—¿La policía está aquí? Dígales que su padre está aquí.
La policía nunca entra.

Subimos a la habitación, que me cuesta quinientas rupias. Es totalmente funcional, con una cama y unas pocas sillas de plástico. Abro mi mochila y saco el ordenador, y Satish me habla de su primer asesinato.

El *bhai* de la compañía para la que trabajaba entonces, Chotta Rajan, había enviado dos *mithais* (dulces, pistolas) para Satish y un amigo suyo sij. Al principio solo jugaban con las armas, amenazando a la gente con ellas pero sin llegar a utilizarlas. Un día la novia de Satish lo llevó a un templo y le ató el hilo rojo sagrado alrededor de la muñeca derecha. Mientras lo hacía, dijo: «No obres mal». Al día siguiente llegaron las instrucciones del *bhai*: tenían que matar a un musulmán involucrado en los atentados. Rondaba la treintena y había dejado las bandas; ahora era devoto e iba a la mezquita con regularidad.

Cuando Satish se disponía a matar al hombre responsable de los atentados, «vi fuego y miedo en sus ojos». Al levantar la mano derecha, recordó el hilo que llevaba y las palabras de su novia. De modo que «disparé con la izquierda, pero era difícil y fallé. Lo alcancé en la pierna. Echó a correr. Sentí un poco de compasión. No había jugado un papel importante en ello. Si hubiera estado cinco minutos con él me habría tocado los pies. No podía matarlo; había albergado dudas. Entró corriendo en su casa y yo no le disparé por miedo a alcanzar a sus hijos». Luego, cautivado por el ruido de los tiros, Satish disparó al aire, dio unos pasos y volvió a disparar mientras la gente corría a su alrededor.

Las llamadas de arriba se volvieron más insistentes. El sospechoso de los atentados debía morir. De modo que se preparó un nuevo plan. Cuatro personas, entre ellas Satish, lo esperaron en una estación de autobuses de una zona concurrida. Todos llevaban armas sofisticadas: una nueve milímetros, un máuser, una treinta y ocho y una semiautomática. Establecieron sus coordenadas a través de los móviles. En la estación de autobuses, uno del grupo estaba sentado al lado de su blanco mientras los demás localizaban las salidas para emprender la huida. Llevaban las armas escondidas en bolsas de plástico. Cuando todo estuvo preparado, «hicimos una seña al colega que estaba sentado al lado de él. Le pegó un tiro en la cabeza. Lo rematamos disparando también nosotros. Todo el mundo echó a correr; hubo heridos. Yo me quedé parado un momento, mirando toda la sangre. Le caía carne del cerebro y la sangre hervía, como cuando ves agua hirviendo al fuego».

Fue su primer asesinato.

—Así empezó el trabajo.

Hablamos en hindi y también en inglés. Satish es un hombre inteligente, y se concentra por completo en su interlocutor mientras habla; te mira a los ojos y expone su punto de vista con vigor y elocuencia, sin esperar que le des la razón o lo comprendas. Estudió hasta segundo de química; un año más y se

habría licenciado en ciencias.

En 1981, cuando Satish tenía siete años y estaba en tercero, vio cómo quemaban viva a su madre delante de él. Le pregunto cómo le afectó.

—Al día siguiente comí bombones.

La policía le dijo que su padre, un funcionario de Hacienda, había matado a su madre. Su padre sostuvo que había sido un suicidio, pero lo relevaron de su cargo en el Ministerio de Hacienda y lo encarcelaron, procesaron y condenaron a cadena perpetua. Años después fue absuelto mediante un recurso al Tribunal Supremo.

Mientras tanto, Satish fue a un colegio inglés en Andheri. Era buen estudiante, estaba entre los diez mejores de la clase. Pero «en casa la situación era difícil». En el colegio hizo amistad con tipos duros. Empezó a meterse en líos; una vez orinó en la pizarra y lo expulsaron.

—Nuestra familia se enteró de lo que andábamos haciendo y nos pidió con emoción que paráramos.

Cuando habla, Satish a menudo emplea la primera persona del plural para referirse a sí mismo, no tanto en un sentido mayestático sino como alguien que busca el anonimato o evade la responsabilidad al formar parte de un grupo.

La necesidad de dinero para salir con chicas se hizo acuciante. Satish y sus amigos hurtaban cadenas, robaban coches, daban palizas a la gente antes de quitarle el dinero. A veces surgía un problema; a veces les pegaban a ellos en una pelea.

—No habríamos salido adelante sin un revólver. Íbamos al cine y pensábamos que necesitábamos una *ghoda*.

Un amigo de Uttar Pradesh había tenido una disputa; Satish y sus colegas apuñalaron a sus adversarios. Pero estos estaban en contacto con las bandas, de modo que el amigo de Uttar Pradesh compró un revólver de fabricación nacional. Esa fue la primera *ghoda* de Satish.

—No parábamos de mirarnos en el espejo. Nos sentíamos bien.

Deambulábamos con ella. —Y un deseo creció sin cesar en su interior—: Queríamos disparar el arma.

Satish describe su pasado no por la gente que trataba, sino por la pistola en particular que utilizaba en ese momento. Recuerda la pistola que ha llevado en la cintura en cada fase de su vida de adulto, del mismo modo que otros hombres recuerdan a la mujer con la que estaban.

Satish fue a la universidad, pero vendió armas y bombas que fueron utilizadas en los disturbios de 1993. Un miembro de su grupo fue detenido por Salaskar, el especialista en encuentros que yo había conocido, y se incautaron de dieciocho pistolas de importación pertenecientes al grupo. La policía fue a buscar a Satish a la casa de su padre. Al no encontrarlo allí, apretaron la pistola contra la sien del padre y le preguntaron por el paradero de su hijo. Su padre suplicó por la vida de su hijo y dio dinero al inspector a cambio de que no lo matara.

La policía detuvo a Satish para interrogarlo, a fin de averiguar si había estado involucrado en los atentados. Delante de él golpearon a su cómplice y lo torturaron con descargas eléctricas. A continuación le informaron de que esa noche lo golpearían a él. Esperó en su celda, aterrorizado por la paliza que le aguardaba. Luego recordó que un amigo musulmán le había dado un mantra poderoso. Cuando el funcionario entró para golpearlo, Satish fingió estar dormido y recitó frenéticamente el mantra para sí. El funcionario se acercó, vio que dormía y salió.

—Hasta el día de hoy creo en el mantra —dice Satish.

La policía no descubrió ningún vínculo entre Satish y las explosiones, y lo dejó en libertad. Al subir a su edificio, entrada la noche, vio las luces encendidas en el piso de su familia. Abrió la puerta y encontró a su padre y a sus hermanos sentados.

—No tenía madre, por supuesto. —Por primera vez en su vida vio a su padre llorar—. Me dijo: «Pensé que estudiarías, que serías médico».

Torturado por los remordimientos, Satish fue al pueblo de sus antepasados en Maharashtra. Su abuelo fue sumamente estricto con él y lo puso a trabajar en el campo. Satish empujó el arado con los hombros, pero no tenía suficiente comida. Cuando cayó enfermo, su abuelo le dio de mala gana medicinas. Entretanto, su hermano, al que habían metido en un orfanato, le escribió diciendo que estaba muy enfermo y que necesitaba verlo. Pero cuando Satish pidió dinero a un primo para ir al orfanato a ver a su hermano enfermo, el primo se lo negó.

—Me sentí muy mal —recuerda—. Cuando hacía trabajos sucios tenía mucho dinero; ahora que hacía un trabajo honrado estaba sin blanca. Huí a Bombay.

En Bombay encontró empleo en una compañía aérea en la que se hacía mucho contrabando. Con su primer sueldo compró un reloj a su padre.

—Aún hoy recuerdo lo contento que se puso —dice.

Hubo un conflicto en su trabajo y lo dejó para incorporarse a un servicio de mensajería propiedad de otro primo. Tenía que llevar paquetes a Bombay en tren. Poco antes de llegar a la estación de los *octroi* (impuestos indirectos) de la frontera de Bombay, tenía que arrojar el cargamento del tren en marcha, tirarse detrás de él y pasarlo de contrabando eludiendo la aduana. Un día cometió un error; pidió al hombre que estaba a su lado que arrojara el paquete y este cayó debajo del tren. El paquete, que contenía maquinaria y saris de importación, se estropeó, y su primo se negó a pagarle. Satish dejó también ese trabajo.

Después de eso un viejo amigo se puso en contacto con él. Había estado en la cárcel, donde había entablado relación con las bandas. Satish se unió con él a la Compañía de Rajan. Fue entonces cuando Chotta Rajan le encomendó el trabajo de matar al hombre involucrado en los atentados. Después de ese primer asesinato hubo otros. Rajan había tenido una discusión con un productor de cine sobre una película que había financiado. El productor se

creía intocable; lo protegían treinta o cuarenta hombres a todas horas. Un día estaba sentado en su oficina, rodeado de sus guardias, cuando Satish pegó fuego a un bungalow cercano. Los hombres salieron corriendo para apagarlo y Satish entró en la oficina. El productor hablaba por teléfono, sentado en medio de varias visitas.

—Lo insultamos y le incrustamos una bala en el pecho. Los demás no dijeron ni mu. Salimos y nos largamos en un coche.

Todo eso ocurrió a principios de los años noventa, durante los conflictos en Punjab. Pidieron a un amigo sij que estaba con los terroristas que llevara a unos cuantos pistoleros buenos de Bombay. Había que liquidar a un policía. Satish fue con otros cuatro hombres y disparó al policía, pero lo cogieron. Estuvo cuatro meses en la cárcel de Patiala. Era una cárcel enorme, llena de terroristas. Muchos de ellos eran sumamente inteligentes; uno tenía un doctorado, y su compañero de celda era el hijo de un recaudador auxiliar. Se suponía que debía estar incomunicado, pero «teníamos dos mil rupias y contactos». En la celda de al lado había otros tres hombres. A través de las paredes se les oía jugar a *antakshari*, el juego de las canciones de las películas hindis en el que cada participante canta una canción que empieza por la sílaba con que acaba la anterior. La cárcel resonaba con las voces gangosas de los terroristas cantando canciones de amor.

Una de las tareas de Satish era limpiar la horca. Esta consistía en una plataforma de madera sobre la que estaba la soga y una habitación subterránea debajo, donde caía el cuerpo ahorcado. Satish tenía que limpiar la plataforma, sobre la que volaban bandadas de loros moteándola de excrementos. Pero el verdadero trabajo de limpieza se realizaba en la habitación subterránea. Según Satish, la gente que miraba la plataforma no podía imaginar los sufrimientos de los ahorcados cuando caían. Había excrementos y lenguas desparramadas por todo el suelo. Mientras los condenados se retorcían colgados de la soga, se cagaban encima y se mordían la lengua.

Al salir de la cárcel, Satish y sus compañeros tuvieron buenas relaciones con la policía de Punjab; uno de los agentes incluso había ayudado a salir a Satish, porque este era el hijo de un alto funcionario del gobierno, aunque caído en desgracia. Trabaron, en cierto modo, amistad. Ahora, cuando algún agente de Punjab va a Bombay, Satish y sus chicos pasan a recogerlos en coche a la comisaría y los llevan a 007, un burdel de Kamathipura. Satish se sabe de memoria la lista de precios.

—Por ciento cincuenta rupias puedes conseguir una chica guapa, una que podría ser una colegiala. Una hora cuesta trescientas, y toda la noche, setecientas cincuenta.

Al llevarlos a un burdel, Satish solo les está devolviendo un favor. Me cuenta una anécdota sobre la hospitalidad de la policía punjabi.

Un día, en Punjab, lo invitaron a ir a casa de uno de sus amigos policías. Su familia lo agasajó con una comida espléndida.

—Él sabía que me gusta follar. —De modo que después de comer le dijo que se subiera detrás de su moto Bullet y se adentraron en el campo. Se detuvieron frente a una casa y el policía llamó a la puerta. Un hombre abrió y el agente le puso la pistola en la sien. Detrás del hombre estaba su mujer—. Me dijo que me llevara a la mujer a la habitación de al lado y me la tirara. —Así lo hizo Satish. Luego le tocó el turno al policía, mientras Satish, sentado en el borde de la cama, miraba—. La folló con mucha violencia y, al verlo, me puse otra vez cachondo y volví a tirármela. Ella gritaba: «¡No, no!». —Pero el policía le dijo que cooperara—. Dijo: «Es nuestro invitado». —El marido y su hija pequeña estaban en la habitación contigua—. Otros agentes apuntaban al marido en la cabeza con una pistola. En Punjab la policía hace lo que quiere.

Pregunto a Satish si violó también a la hija. No lo hizo. Solo tenía dieciocho años.

—Me pareció mal hacérselo a ella. —Luego trata de racionalizarlo—. La

mujer debía de tener una aventura con otro, y pensaron: «Si puede hacerlo con otro, ¿por qué no con nosotros?».

Mientras escucho tengo que hacer una pausa. Con esfuerzo me guardo para mí lo que siento. Pregunto a Satish si tiene miedo cuando dispara.

El ruido de la bala hace desaparecer el miedo, responde.

—Después de disparar la primera bala, todo se vuelve claro. Entonces empieza la diversión. —Cada pistolero tiene su forma de trabajar. Algunos se emborrachan después. O se colocan. Otros lo celebran en un bar de alterne. Después de matar a alguien, Satish se zampa una gran comida vegetariana estricta. No bebe ni fuma, y no le van las drogas. Vuelve directo a casa y se baña—. Siempre me baño. —Luego hace un *puja* a Hanuman y se sienta a comer un festín pacífico. Ni siquiera come huevos—. Entonces tengo la sensación de que debería matar cada día. —Siempre había comido carne, hasta para desayunar. Un buen día renunció a ella de golpe—. Ahora que soy vegetariano no pierdo la serenidad, no me enfado y puedo concentrarme mejor en el trabajo.

Después del atracón duerme mucho y profundamente.

—No todos experimentamos lo mismo —admite. Un amigo suyo que es pistolero no sabía cómo lidiar con los efectos secundarios de los asesinatos que cometía—. Cuando mata a un hombre, el alma del muerto sale y se le sienta encima del pecho. —El alma intentaba arrancarle el corazón del cuerpo. El pistolero no podía dormir por las noches. Entonces un mago le aconsejó que engañara al alma—. Le dijo que se tumbara de lado en la cama, para que el alma no pudiera cogerle el corazón.

Ahora el pistolero duerme de lado, y si ve entrar el alma en la habitación, se pone en posición fetal para proteger su corazón.

Algunos pistoleros se han vuelto psicópatas. Satish conoce a uno que es hijo único de un médico y que empezó a estudiar medicina como él. Cuando tenía un problema en casa, huía y hacía algo psicópata. Siempre estaba colocado.

Tenía una excentricidad: después de matar a alguien, le extraía el cerebro y, con una espada, lo trituraba. Satish corta el aire con una mano, haciendo una demostración.

—¿Qué tal le va ahora? —pregunto.

—Ha continuado sus estudios de medicina.

Los pistoleros, según Satish, son muy sensibles y se toman las cosas demasiado a pecho. A él esto le causa dificultades en el amor.

—Cuando quiero a una chica, no sé cómo expresarlo. Cuando quiero a una chica la quiero tanto que ella empieza a evitarme. Si habla siquiera con otro chico lo mato. Luego pienso que debería matar también a la chica. No he matado a ninguna todavía, pero tengo la sensación de que alguna acabará muriendo entre mis manos.

Tal vez ha desarrollado esta actitud a base de ver películas, especula.

Por otra parte, las chicas con las que salen los pistoleros saben que estos trabajan para las bandas y conocen los riesgos. Algunas están con ellos por las cenas y las copas, otras por compasión.

—Las bailarinas y las prostitutas nos comprenden mejor. Nos quieren más. Entienden nuestra situación. De lo que se trata aquí es de matar o que te maten. Ellas también lo viven así. No tienen el poder de las armas y buscan un hombro. —Si los pistoleros están sin blanca o los persigue la policía, siempre encuentran un lugar donde esconderse en casa de las bailarinas—. Te sientes como en casa. Nos quieren. Pasa el tiempo.

Hubo una mujer con la que Satish fue muy en serio, una médica que venía de una familia de médicos de Delhi. Se habían conocido en la universidad; salió con ella al mismo tiempo que con su amigo sij, que también estaba saliendo con una médica.

—Era caro. Eran de una clase social alta y necesitabas mucho dinero. Íbamos a sentarnos al Taj o al Leela. —Estuvo con ella casi dos años—. Me sentía satisfecho, sexual y mentalmente, todo. —Ella trató de reformarlo.

Satish era estudiante de ciencias—. Ella quería que hiciera su especialidad. Quería que fuera patólogo. —Pero antes de cumplir el segundo año juntos rompieron. La mente empezó a jugarle «trucos psicológicos»—. Empecé a pensar que ella tenía aventuras con otros del grupo, otros médicos, y la insultaba y le pegaba. Ella decía: «Pégame, pero no me insultes con esas palabrotas». —Pero iba muy en serio con él y al mismo tiempo era muy ambiciosa en su profesión de médica. Satish vio que se acercaba el final—. Me di cuenta de que estaba muy pillado. También me di cuenta de que si me cogían, llevaría la deshonra a ella y a su familia, de modo que rompí.

Más tarde trató de volver con ella, pero ella lo evitó.

—Hace unos días fui a primera hora a matar a alguien y no lo encontré. Estaba esperando fuera de un hotel de Dahisar cuando llegó ella para visitar a un familiar. Me vio, pero no me dijo nada. Después de ese encuentro la he llamado muchas veces. Mis amigos me pegarían, pero he seguido llamándola.

Después de la Compañía de Rajan, Satish y su grupo hicieron varios trabajos para la Compañía de Manchekar. Estaba especializada en el negocio de polvos —drogas— y vivía también a costa de los médicos de Kalyan y Dombivali. La Compañía de Manchekar era pobre; se conocía como la banda de las castas y tribus oprimidas, pero siempre pagaba a sus pistoleros con puntualidad. Satish pasaba armas de contrabando para ellos. Cuando quiere conseguir armas, viaja a Nepal o a Uttar Pradesh. Me habla de un viaje a Uttar Pradesh.

—Cometí un asesinato allí. —El campo está en un continuo estado de guerra de castas y los jóvenes no tienen otra salida que la política. El honor de una persona está en su rifle. Las bombas de fabricación casera se venden a rupia y media—. La gente que las fabrica tiene las tripas descompuestas de manejarlas.

Fue a visitar a un diputado local que los abastecía de munición y le hizo una propuesta: si hacía un trabajo para su grupo en Bombay, él y sus hombres

trabajarían para ellos en Uttar Pradesh. Una mañana mientras Satish cagaba en un campo que había detrás del pueblo, oyó un tiroteo. Había habido una disputa entre los thakurs y los brahmanes. Satish fue con sus sesenta hombres armados al pueblo de los brahmanes. Todo el pueblo huyó. Murió una persona y varias resultaron heridas.

—Nos sentimos como un ejército, de tantas armas que teníamos.

Satish tenía una buena hoja de servicios en la Compañía de Rajan. En su expediente oficial aparecen dos asesinatos, y cuatro o cinco intentos; no hay constancia de otros cuantos que ha cometido. Solo hace un par de meses que está con la Compañía-D o Compañía de Mucchad, como llama a Dawood y su bigote. Durante este tiempo ya ha hecho dos trabajos. Ha cambiado de compañía por que le pagan más y por la buena calidad de la munición que le proporcionan.

—Un pistolero tiene dos debilidades: las chicas y las armas. Cuando dispara, experimenta una gran felicidad y todo se abre a su alrededor. Cuando un hombre muere mi felicidad es aún mayor.

Pregunto a Satish si la gente a la que mata le implora por su vida.

—Algunos lo hacen, de modo que hay que matarlos inmediatamente y no esperar a que hablen.

Cuando damos por terminada la reunión y salimos del hotel, Satish dice:

—Me gustan estos lugares. —Es una noche silenciosa y el aire es fresco—. Es como estar en el pueblo y me siento tranquilo. Pero a los pocos días empiezo a ponerme nervioso. —Mientras esperamos el Garuda, pregunta—: ¿Qué hay allá en mitad de la carretera?

A cierta distancia, un animal se arrastra por la carretera. Al principio creo que podría ser una mangosta que se arrastra, pero luego Satish dice:

—Es un gato atropellado por un coche.

Acaba de pasar un Maruti blanco a toda velocidad. El gato no está maullando. Trata de levantarse y se arrastra hasta un lado de la carretera. Es una curiosa forma de locomoción; levanta la mitad superior del cuerpo, luego cae y se desliza frenético, como un gusano alargado, en una y otra dirección.

—¿Qué haría usted con ese gato? —pregunta Satish—. Tiene dos opciones: colocarlo en mitad de la carretera para abreviar su sufrimiento o dejarlo a un lado. ¿Qué haría?

—Si tuviera un instrumento para matarlo, lo haría —dice Vikram el novelista.

El gato llega hasta el arcén y empieza a arrastrarse de nuevo hacia el centro.

—El gato ha pensado lo mismo —comenta Satish—. ¿Podría matar un gato?

—No lo sé. He ido a cazar varias veces —replica Vikram.

—Esas sacudidas del gato me recuerdan lo que están haciendo los niños de clase media de Bombay. Nosotros —se refiere a los pistoleros— les damos *mukti*. —Los liberan.

El Garuda deja atrás al gato, que todavía se arrastra, esperando morir aplastado por el próximo coche o autobús. En ese momento Satish empieza un soliloquio sobre Dios.

—Dios es como el dinero que has ganado. No huele a nada en realidad, pero tú has percibido el olor. Todos formamos parte del juego de Dios.

Hasta Dios tiene un juego; en el argot del hampa, «jugar el juego de alguien» es matarlo. El juego más importante es el de Dios. Satish me dice que no he escogido bien el tema de mi investigación. Debería estar realizando una investigación espiritual, como nuestros antepasados, los jnanis.

—Ellos sabían todo. Nunca hablaban, solo reían.

Le pregunto si él ha hecho mucha investigación espiritual.

—Yo no investigo. Me meto en mí mismo. Todo está dentro de mí. ¿Quiere saber cuándo alcanzo la meditación más profunda? Mientras estoy en el cuarto de baño. Es un tiempo muy creativo para mí. Planeo todo mi trabajo en el

cuarto de baño.

Pasamos por delante de un control de policía. Los agentes comprueban los coches buscando parejas con aspecto de ir a las playas desiertas a besuquearse. Nos hacen señas a mí y a los gánsters para que sigamos adelante. Cuando entramos en el restaurante Surahi, allí también hay una fiesta de policías borrachos que llega hasta el fondo. Están discutiendo. Uno de ellos quiere que otro se tome otra copa. Otro suelta un gran eructo, y un tercero se quita la camisa y se levanta. Cuando se marchan lo veo con una camisa nueva con la etiqueta colgada a la espalda.

—Deben de haber estado recaudando dinero —dice Satish visiblemente asqueado.

Los gánsters llaman a la policía *gonde log*, gente sucia.

Unos días después, Zameer me organiza un segundo encuentro con Satish, un viernes.

—Eso fue solo el tráiler —dice de la primera reunión.

Para la película, Zameer llevará a Satish y a otro asesino a sueldo para presentármelo. Vikram no puede acompañarme; van a entrevistarle en un programa de televisión en Delhi. De modo que voy solo a esta segunda reunión con los gánsters.

Cuando Zameer pasa a recogerme en un *rickshaw*, trato de entablar conversación. Pero él guarda silencio. Está tenso por algo, y yo tomo conciencia de que estoy solo. Por la carretera que lleva al hotel empezamos a ver a sus hombres: dos, cuatro, ocho. Todo un ejército se encamina al hotel. ¿Por qué? Zameer no se ofrece a llevar a ninguno. Le pregunto si ha estado alguna vez en el extranjero. Hasta la fecha no, pero dentro de una semana irá a Dubái. ¿Por qué? Sé que, tras un gran golpe, suelen sacar del país a los pistoleros durante un tiempo. ¿A quién va a matar Zameer esta vez?

Le pregunto si corro algún peligro yendo allí solo. Zameer replica que, dado que voy con él, probablemente no haya ningún problema.

—Pero en esta profesión las cosas cambian en cinco minutos —añade—. Si recibo una llamada de arriba diciéndome: «Elimina a Suketu», lo haré, aunque seas mi mejor amigo. Porque si no lo hago me matarán a mí.

Mientras me registro en el hotel, Zameer me anuncia que hoy solo habrá cuatro personas en la habitación. ¿Para qué vienen hacia aquí todos esos chicos entonces?

—Vienen a nadar —me explica.

Esperamos en silencio en la habitación. Por la ventana veo árboles. El mobiliario de la habitación consiste en la misma clase de cama, un armario metálico, un escritorio y un par de sillas. Es austera, funcional, perfecta para follar o morir. Entrás en una habitación así y la decoras con tu persona. Lo único que está de más eres tú.

Hoy Satish se ha afeitado, y lleva tejanos y una camisa a rayas anchas rojas y blancas. Lo acompaña un joven sij alto y fornido llamado Mickey. Saco mi portátil mientras Mickey se sienta en una silla junto a la cama. Lleva una camiseta azul ceñida que le realza los músculos. Tiene un bigote y una barba pulcramente recortados, y se atusa continuamente el pelo corto con una mano, tal vez buscando a tientas el turbante al que ha renunciado.

Se levanta, se sube la camiseta y de la cinturilla de los tejanos saca un arma. Se la da a Satish, que la sostiene en las manos, la examina con detenimiento y la vuelve hacia mí.

Me la pone en la mano.

Le doy la vuelta, calculando su peso. Es un máuser gris de nueve milímetros, y en el acero se ven rastros de la marca arrancada. Los arañazos dan la impresión de que se ha utilizado mucho. Se ve muy grande en mi mano. Satish me muestra el cargador. Mickey señala que tiene capacidad para diez balas, pero que se suelen poner solo siete porque el muelle del mecanismo se

estropea si está completamente lleno. Se vacía en diez segundos. Satish saca las balas y me las enseña. Son de cobre con el centro de acero, y en cada una se lee la marca KF de Kanpur Factory, la fábrica de artillería del gobierno. Cuesta entre dos lakhs y medio y tres en la calle, y cada bala, entre setenta y ciento ochenta rupias. Se sienten orgullosos del arma; hablan de ella como de un hijo pródigo.

—Haría un gran boquete en un hombre —dice Mickey.

Debe de saberlo. Hizo esos boquetes a seis hombres cuando tenía veinte años escasos. Le gusta escuchar a los Backstreet Boys... y el ruido de un máuser.

—Hay algo en ese sonido. Un amigo de mi hermano me oyó probarlo y dijo: «Mírame el brazo, se me ha erizado el pelo».

Me insta a probarlo.

—Con solo que dispare dos o tres veces, cogerá confianza. Su sonido tiene esta cualidad. Cuanto más se dispara, más confianza infunde. —Un AK-47 y otras armas más sofisticadas no tienen ese timbre de voz, dice, como quien compara cantantes de ópera. El Sonido sirve para persuadir a los blancos de extorsión; Mickey lo usa como quien pone un disco cuando va a ver a los hombres de negocios en sus misiones del *bhai*—. A veces solo necesitan oír el Sonido. Otras veces no basta y tengo que dispararles en las manos o las piernas.

En cuanto lo oye, el empresario se somete de golpe a Mickey. En circunstancias normales, los asesinos a sueldo, al igual que los chicos del Shiv Sena, no tienen absolutamente ningún poder en la gran ciudad. Obtienen poder matando; se imbuyen del poder de sus víctimas.

—Somos antialquimistas —dice Satish—. Lo que tocamos se convierte en hierro.

Está apuntando con la pistola, practicando; quita el cargador y aprieta el gatillo, luego pone el cargador de nuevo sin las balas y apunta, lo quita, pone

las balas y agita el arma por la habitación. Apunta a Zameer sonriendo y hace un ruidito con la boca, «¡Fuuuuuu!» —suena como una pedorreta—, mientras lo liquida.

Mickey es el amigo sij que llevó a Satish a Punjab para matar a un policía. Los cinco llegaron de Bombay, se subieron a un Maruti, sacaron las armas —a cada uno se le entregó una pistola— e hicieron el trabajo. Los persiguieron. Ellos tiraron las armas, se subieron a un tren de carga y después se encontraron en un bosque lleno de árboles raros muy antiguos. La policía los cercó, apuntando las linternas por el bosque. El ruido de la policía llegaba de todas las direcciones en medio de la fría niebla, y los sicarios decidieron acercarse a una de las partidas policiales. Los agentes los hicieron poner en fila en un claro y ellos supieron que iban a dispararles. En ese preciso momento llegó otra de las brigadas que los perseguía y se puso a discutir con la primera, diciendo que querían interrogar antes a los capturados. Hubo una disputa sobre cuál de las dos brigadas iba a atribuirse el mérito de la captura. La segunda brigada se los llevó por fin con vida.

—Nombrábamos mucho a Dios —dice Mickey—. Tal vez por eso salimos con vida.

Satish levanta la pistola, la apunta, aprieta el gatillo.

El interrogatorio empezó en Punjab, y la policía hizo cortes a Satish en los lados de las ingles. Nos enseña cómo lo hicieron: un corte en diagonal, descendiendo hacia el pene, a la izquierda, y otro hacia la derecha, en los pliegues de debajo de los testículos. Luego cogieron ají en polvo y le frotaron con él los cortes sangrientos.

Mickey me habla del rodillo. Lo tumbaron, y dos policías corpulentos cogieron un rodillo, uno por cada lado, y se lo pasaron por el cuerpo apoyando todo su peso en él. Lograron que Mickey llamara a gritos a toda su familia, incluidos sus abuelos.

—Después de torturar a una persona así, es mejor matarla —sugiere—.

Porque si la dejas suelta, nada en el mundo tiene el poder de volver a asustarlo.

Pasaron un tiempo en la cárcel, pero habían comprado al juez que llevó el caso y volvieron a Bombay. Después de sus proezas en Punjab, el grupo estuvo muy solicitado por todas las bandas. Empezaron a hacer trabajos por su cuenta para partidos políticos (sus «asuntos independientes»), que definen como «desinflar a los partidos de la oposición». En unas elecciones generales los contrató un legislador del Partido del Congreso que competía por un escaño con un hombre del BJP que era un contrabandista rico y un agente de asistencia en tierra del aeropuerto. El candidato del BJP contaba con protección policial, pero Satish y Mickey se las arreglaron para que la retiraran el tiempo justo de entrar en su oficina, golpear a sus hombres y atacarlo con espadas. Lo habrían matado, pero fue rescatado a tiempo. El hombre del BJP tenía contactos con el ministro de Interior; hubo manifestaciones exigiendo la detención de los asaltantes. Pero Satish y Mickey también conocían al ministro; se habían hecho una foto con él. Además, no sentían especial animadversión hacia el BJP. Su último trabajo había sido para ellos, y el anterior para el Partido Republicano de la India (PRI).

—No apoyamos a los partidos, sino a los individuos —dice Mickey.

No les interesa la política; no van a mítines.

—El tipo nos dice que tiene un problema con un hombre en particular y nosotros tratamos de hacerle entrar en razón —explica Satish.

—Algunos lo entienden enseguida —añade Mickey—. Otros solo lo hacen cuando llegan a su casa o después de oír un petardo. Se lo hacemos comprender en la medida que puedan.

Pero hay un político a quien admiran sinceramente.

—Si tuviéramos que escoger a un hombre para que levante el país —dice Satish—, apoyaríamos a Atal Bihari Vajpayee. Es una buena persona. Si logra encabezar una revolución, lo apoyaremos. Es soltero. Ha convertido la

política en su querida. No hay ningún chanchullo en el que aparezca su nombre. Todos los partidos lo respetan. —Lo que les impresiona más de Vajpayee es su decisión de probar la bomba nuclear—. Ahora todo el mundo mira a la India. Ahora tenemos poder —se regocija Mickey.

—Tomó la decisión de declarar la guerra a Kargil —señala Satish—. Ningún otro primer ministro habría sido capaz de hacer algo así.

Admiran su capacidad para tomar decisiones drásticas, como la guerra.

—¿Quién se acuerda hoy día de Gandhiji? —pregunta. Sin embargo, sigue utilizando el sufijo respetuoso.

A pesar de que los dos han luchado en el bando de los terroristas en Punjab, y a pesar de los trabajos que ha hecho Satish en nombre de un *bhai* afincado en Pakistán, los dos insisten en que no están en contra de la nación.

—El patriotismo y la *gangwar* son dos cosas completamente distintas —dice Satish.

De hecho, ayer mismo estuvieron discutiendo sobre el conflicto de Kargil. Decidieron que si tenían oportunidad, irían a Kargil y lucharían por la India. Si el *bhai* les pide que hagan un trabajo que vaya contra la nación, dejarán la Compañía-D, afirma. Su mayor deseo es matar a los que planearon los atentados.

—Obraron mal. —Pero Satish no quiere matar a los participantes en los atentados que quedan en Bombay—. Ellos no fueron más que títeres; guardaron los explosivos en sus casas. —No, a ellos no—. Quiero matar a Tigre Memon. Quiero matar a Dawood. Quiero matar a Chotta Shakeel.

Está hablando de los cabecillas de la Compañía-D. Satish está aquí sentado anunciando, en presencia de Zameer, de Mickey y de mí mismo, que quiere matar al *bhai* de su propia banda. (Más tarde, Zameer me dice que valora el hecho de que Satish haya dicho en voz alta que quiere matar a Shakeel, que es para quien trabaja él. «Él no es de los que piensan una cosa y dicen otra.»)

Le pregunto sobre sus vidas, la rutina diaria.

—Solemos acostarnos tarde —responde Satish—. Vemos la televisión hasta las dos. Nos despertamos, desayunamos y hacia el mediodía hacemos nuestro *puja*. La mayor parte del tiempo lo pasamos hablando por teléfono. Andamos tras las chicas, en su mayoría universitarias. Llevamos ropa buena, tenemos coche y móvil. Entre el sesenta y el setenta por ciento de las chicas se dejan seducir por ello. Con el quince por ciento hablamos también en inglés. Y al resto les damos dinero. Es decir, el uno por ciento —dice, calculando. Pero las chicas también tratan de embaucarlos. Me señala—: Los señores como usted no saben seducir a las chicas como lo hacemos nosotros. Nosotros, si les regalamos bombones en la primera cita, queremos follar con ellas en la segunda.

—Creemos en los principios indios puros —dice entonces Mickey, y no sé si habla en serio o bromea—. Primero la noche de bodas, después los hijos, luego la casa. —Tal vez su deseo de hacer las cosas al estilo indio le viene de algún desengaño, porque añade—: Creemos que una mujer siempre optará por alguien mejor, mejor vestido. Te dejará por alguien mejor.

—El amor de una madre es puro —continúa Satish, que apenas lo ha conocido—. Ella no piensa: «Este chico ha suspendido todo, no es hijo mío. Ese en cambio es el primero de la clase, ese es mi hijo». El amor de una esposa o una novia nunca es tan puro. —Ha descubierto algo acerca del amor que quiere hacerme notar—. El día que hacemos algo muy mal, recibimos mucho amor en casa. Cuando la policía va y dice a la familia que van a traer el cadáver de su hijo a casa, la familia nos abraza y nos dice: «Hijo, te queremos». Si pienso en ese amor, no soy capaz de cometer ningún crimen. No podría ni siquiera mentir. —De modo que se esfuerza en no pensar en ello.

—En general, no me siento atraído por nada —explica Mickey—. Solo pienso en una persona mientras está conmigo. Cuando se va un tiempo me distancio mucho de ella. Me pasa con nuestro jefe: no pienso para nada en él. Puedo hasta matarlo. Incluso con las chicas; estoy con ellas cuatro o cinco días

como mucho. O incluso con mi familia. Cuando estoy fuera no pienso demasiado en ella.

¿Por qué los trajeron sus padres al mundo?, se pregunta Satish.

—Deben de estar lamentándolo.

Cuando un hombre toca el pie de su asesino y le suplica por su vida, diciendo: «Por favor, no me mates. Tengo hijos pequeños», ese es el peor argumento que puede ofrecer. Creer que el asesino te dejará marchar porque tienes hijos es asumir que puedes hallar en él una fuente de compasión escondida basada en una experiencia compartida, algo que tenéis en común. Pero muy pocos asesinos son padres. Muy pocos han tenido una buena experiencia con sus propios padres. De modo que el vínculo entre padre e hijo, que para ti y para mí es el argumento más convincente contra la muerte («No me mates porque romperás el vínculo sagrado»), no significa nada para ellos. De hecho, es un vínculo que los sicarios han estado intentando deliberadamente romper toda su vida. Por lo que a ellos se refiere, privar a tus hijos de un padre es el mayor favor que puedes hacerles.

—La clase de investigación que está haciendo usted no tiene ningún sentido —declara de pronto Satish—. No se acaba nunca. —Y repite su consejo—: En cambio, si hiciera una investigación espiritual, podría incluso encontrar a Dios.

—Todos los hombres tienen la misma historia —dice Mickey, que también cree que mi investigación es una pérdida de tiempo.

—Si mueren cuatro delincuentes, nacerán ocho más —dice Satish—. Antes no había tantos delitos. Ahora solo queda un negocio: el negocio de matar. Todo esto es un juego de Dios; tenemos que participar en él. Nuestra existencia no tiene ningún sentido. Sea cual sea nuestra historia, termina.

—Podríamos morir dentro de dos horas —dice Mickey. Pero está preparado para ello—. Hemos visto todo lo que hay que ver.

En estos momentos, Satish y Mickey se esconden en el norte de Dahisar. Más tarde pregunto a Zameer por qué no los cogerán allí. Me explica que se debe a la política entre las comisarías y los distritos. Si se comete un delito determinado en un distrito determinado, el prestigio de la comisaría de ese distrito depende de capturar al perpetrador. Las demás comisarías o distritos no cooperarán con ella por voluntad propia; y a la comisaría en cuestión no le gusta pedir a las demás información sobre el hombre que está buscando. Es la diferencia entre la comida cocinada en casa y la que pides a otro que cocine, explica Zameer. El cuerpo de policía está plagado de facciones políticas, y nadie sigue más de cerca estas luchas políticas que los miembros de las bandas. Conocen los nombres de todos los especialistas en encuentros, alrededor de los cuales se ha construido un mito parecido al que se construye alrededor de los principales sicarios. Basta que los presiones un poco para que te digan todo sobre las hazañas de Vijay Salaskar, Pradeep Sharma, Pradeep Sawant.

—Sunil Mane está en buena forma hoy día —dice Mickey, como si hablara de un jugador de críquet.

Hablan de los pistoleros de la policía con el mismo respeto con que hablan de los pistoleros estrella de las bandas.

Pero los pistoleros de las bandas de Bombay se están impacientando. Los asesinan en múltiples encuentros. Los *bhais* les han prohibido que se venguen.

—Nosotros estamos dispuestos a matar a los polizontes —declara Satish—. Pero los de arriba tienen miedo de enemistarse con la policía porque entonces esta aniquilará a la compañía.

En lugar de ello los *bhais* dicen a la policía que maten a los pistoleros cuando sea necesario; denuncian a sus propios hombres. Satish quiere vengarse de la policía.

—Si nos cargáramos a tres o cuatro polizontes, los encuentros acabarían. En

estos momentos la política, la guerra de bandas, todo depende de los pistoleros. El día que los pistoleros crean que los de arriba no los apoyan...

Está naciendo una especie de conciencia de clase entre los pistoleros.

La compañía trata de cuidar de los pistoleros prófugos como Satish. Los cambian periódicamente de piso franco, situados en buenos edificios de la ciudad, y ponen a su disposición un móvil y, de vez en cuando, un coche.

—Ahora no tengo que trasladarme cada noche, pero los que están conmigo lo hacen, si no cada noche, cada semana —explica Satish.

Él se encuentra en una posición curiosa. Hasta la fecha ha trabajado para tres compañías y estas saben, por tanto, que su lealtad no es duradera. No lo mueve la fe, como declaran los musulmanes de la compañía, ni la patria, como afirman los hindúes de la Compañía de Rajan. Tampoco trabaja estrictamente por el dinero. En este momento necesita costear la boda de la hermana de un amigo; el amigo ha estado en la cárcel después de un golpe fallido. No siente aprecio ni por Rajan ni por Dawood.

—Por mi parte no hay lealtad —dice—. Ni confianza.

Recuerdo lo que dijo Kamal sobre los *dal badlus*, los hombres que cambian su lealtad de una banda a otra por pura conveniencia. Esto suele ocurrir después de tener un desacuerdo con el *bhai*. Puede ser algo sentimental, «como cuando el *bhai* dispara a tu hermano». Cuando el pistolero tantea a la banda rival para ver si puede cambiar de bando, el segundo *bhai* le dirá: «Haznos un regalo», y el *dal badlu* disparará a un miembro de la primera banda, tal vez al cabecilla, como ofrenda. Pero en la nueva banda nunca acaban de fiarse de él; siempre es el primero al que entregan a la policía.

—A un hombre así lo liquidan después de utilizarlo.

Satish, a sus veinticinco años, nunca podrá abandonar la guerra de bandas.

—Ahora no tiene sentido irse. Tengo gente en contra. —Se refiere a todos los enemigos que ha hecho en la oposición. Recuerda que el primer hombre que asesinó, el musulmán sospechoso de haber participado en los atentados,

había «mejorado». Había dejado atrás la guerra de bandas—. Tenía una mujer, dos hijos. Hasta que dieron con él. —Piensa a menudo en su propia muerte—. He visto tantas muertes... Cuando me maten moriré deprisa, será fácil. Solo pido una cosa: poder matar con mis propias manos a uno de los que me maten.

Antes de salir a cumplir una misión, se bendice de forma ceremoniosa.

—Me doy bendiciones a mí mismo. No dejo que nadie lo haga por mí. Para lo bueno y para lo malo, me doy yo mismo bendiciones, porque solo yo soy responsable de todo lo que ocurre en este mundo. No pienso en el bien y el mal; creo en el karma. —Luego, volviéndose, me pregunta—: ¿Cree en el pecado y la virtud?

Le digo que sí.

—Solo las personas débiles creen en el pecado y la virtud. Mi padre trabaja mucho, sufre en los trenes. Yo, en cambio, no trabajo mucho. Me siento, recibo una llamada telefónica, voy y pego un tiro a alguien y cobro un lakh de rupias. Para mí no es nada del otro mundo, pero mi padre no es capaz de hacer mi trabajo. De modo que pone un nombre a su miedo: pecado. Lo llama principios o como sea.

Me habla de su primo, que es ingeniero civil. Lo querían mucho en su casa y ahora gana varios miles de rupias al mes trabajando como albañil.

—A mí nunca me mimaron así en casa. Gano mucho dinero. ¿Quién tiene más éxito?, no lo sabría decir. El ascenso de él es lento pero seguro, el mío en cambio es repentino pero no sirve de nada. —Envidia a su primo, envidia su respetabilidad (sus familias deben de estar comparándolos continuamente), pero también siente cierto desprecio por él—. Nunca habrá pensado en nada más que su vida.

Un día, cuando eran niños, tuvieron una gran pelea. El primo vivía junto a una fábrica de coches que hacían los omnipresentes Fiat pequeños. Satish y su primo hablaban de coches, como hacen los niños. Satish hablaba de los coches lujosos de los que había oído hablar: Toyota, Mercedes. Dijo a su primo que

el Mercedes era el coche más caro del mundo. Su primo, que cada día veía todos esos Fiat al lado de su casa, insistió en que el Fiat era el coche más caro del mundo.

—Me entraron ganas de partirle la cabeza —recuerda Satish—. Ese *bhenchod*, es como un sapo en un pozo.

Me pregunta sobre mis estudios. Le digo que tengo un máster.

—Pues yo es como si lo tuviera —dice—. Como estoy en esta profesión pienso muy deprisa. Mi nivel de confianza en mí mismo ha aumentado; está altísimo. Para disparar a un hombre que está en medio de diez personas, hay que tener seguridad en uno mismo. Si me vuelco en las matemáticas, las ciencias o los negocios, obtendré muy buenos resultados debido a esta confianza. Estoy en una fase avanzada de confianza. —Cree que si empezara un negocio en Bombay también le iría bien—. ¿Sabe por qué? Nadie será capaz de extorsionarme. En Bombay, para ser un hombre de negocios competente tienes que estar en contacto con el hampa.

Pero Satish hace un tiempo que no tiene la conciencia tranquila. No ha sido capaz de meditar. Antes podía hacerlo durante horas. Bombay le pone nervioso.

—En Bombay hay algo en el aire. En Bombay ves la muerte todo el tiempo. —Incluso en los trenes—. ¿Ha cogido el tren de Virar? Solo viajar en él le hará fuerte. Siento más tensión colgado del tren de Virar que en un tiroteo.

Hace unos días cogió uno de esos trenes. Estaba de bote en bote como solo puede estarlo un tren de Bombay, y Satish se apretujó contra un hombre gujarati que estaba de pie con su mujer, sus hijos y su hermano. Satish le pidió con educación que se apartara un poco para hacerle un poco de espacio. El gujarati se agitó. «¡No se haga el listo!», gritó. Su hermano cogió a Satish por el cuello, y este le dio una patada y disparó al hijo del hombre sin querer. Se sintió mal por haber herido al niño. El gujarati solo estaba fanfarroneando delante de su mujer, sus hijos y su hermano, insultando a un maratha que

viajaba solo. Agitó su paraguas hacia Satish con la intención de golpearlo con él. Satish tenía una mano en su pistola. «Me pregunté a mí mismo: debo hacerlo, ¿no?» Apeló a la mujer del hombre: «Tía, por favor, hágale comprender». El gujarati levantó el paraguas; Satish palpó su pistola. Pero ¿y si el hombre decía a los demás pasajeros que había manoseado a su mujer? Podrían hacerle cualquier cosa. De modo que dejó correr el desafío y, retrocediendo un paso, se bajó del tren.

—Pero volveré a encontrármelo, estoy seguro.

Se ríe mientras imita al gujarati blandiendo el paraguas, sin saber lo cerca que estaba de la muerte. No se puede ofender a un gángster, aunque sea sin querer. Un desaire que una persona normal encuentra simplemente irritante y enseguida olvida es para alguien como Satish una profunda herida en su amor propio. Este sentimiento puede llevar a un homicidio. La reacción no es proporcional. El carácter de un sicario se define por encima de todo por el narcisismo, esa compleja mezcla de egocentrismo y odio a sí mismo.

Hay algo en el aire de Bombay que le pone nervioso, repite Satish.

—Hace tiempo que no tengo la mente equilibrada. Siempre está pasando algo en ella, incluso mientras duermo. —Cuando come, siente un calor por todo el cuerpo y piensa: *Ma ki chud*, quiero matar a alguien. Se vuelve hacia mí—: ¿Ha disparado alguna vez un arma?

—No.

—¿Quiere hacerlo?

Sonrío.

—Me gustó la respuesta de su colega. —Satish se vuelve hacia Mickey y le explica lo que dijo Vikram en nuestra última reunión—. Un gato moría en medio de la carretera. Cuando le pregunté qué debería hacerse con él, respondió que si tuviera un instrumento lo mataría con sus propias manos. Me pareció una respuesta muy franca. —Pero yo soy distinto—. ¡Usted no es un caballero! —exclama—. Es peor que los delincuentes.

—¿Por qué?

—Cuanta más educación tiene uno, más criminal es. Se vuelve cruel, egocéntrico. Utiliza el poder de su dinero para causar problemas a la gente.

—¿Qué es un caballero? —se pregunta Mickey—. No lo sé.

—Un caballero es alguien que mata todos los deseos de su corazón, que no tiene agallas —dice Satish—. Cuando iba a la universidad solo me daban diez rupias al día para mis gastos. Pero robaba e iba en un *rickshaw* con mi novia. No tenía miedo, de modo que follaba.

Luego, con la pistola en la mano, me pregunta a bocajarro:

—¿Tiene miedo a la muerte?

Mi respuesta es crucial. Mi respuesta tiene que ser exactamente la correcta. Está cargando la pistola.

—¿Qué cree que será de usted cuando muera?

Levanto la vista de mi ordenador. Respondo que mi religión me dice que todos alcanzaremos la *moksa* y nos reuniremos con Dios.

—No es tan fácil morir e ir inmediatamente a la *moksa* —replica Satish.

—Lo sé —digo—. Se tarda millones de vidas. Con todos los pecados que he cometido en esta vida, probablemente me reencarnaré en una hormiga.

Se ríen y se rompe la tensión. Vuelvo a respirar.

Satish se quita los tejanos y va a nadar a la piscina del hotel mientras yo me quedo hablando con Mickey. Está deseando irse de Bombay, me dice. Me pregunta cómo puede ir a Canadá, Estados Unidos o Alemania.

—¿Me llevará con usted? Solo tiene que llevarme al aeropuerto de allí y luego ya me las arreglaré.

Ha estudiado informática en un instituto. Tiene parientes en el extranjero. Debería irse de Bombay mientras sigue vivo. Además, añade, hay muchas posibilidades de que vuelva a haber un motín en Bombay.

—Este será organizado con antelación. Será muy serio.

Satish ha regresado de la piscina envuelto en una toalla y se queda

escuchándonos.

—Los musulmanes han almacenado muchas armas. Los países vecinos los han armado. —Se cuelga del cuello una sarta de cuentas de rezo—. ¿Con qué lucharán los hindúes, con cañones?

Durante los disturbios de 1993, Satish y sus amigos se aprovecharon del caos para saquear barcos madereros y tiendas de ropa. Pero él también salvó la vida a un amigo musulmán; le dio una identidad hindú y un nombre, Amar, y lo escondió.

—Queríamos robar, no matar. Mis amigos mataban a mujeres. Yo no quise hacerlo.

Culpa a Thackeray directamente de los disturbios y dice que el Informe de la Comisión Srikrishna, del que el Shiv Sena abomina, es un «informe perfecto». Es una opinión insólita para un hindú devoto y, además, maratha, pero Satish no es un hindú corriente. Los miembros de su grupo son todos muy religiosos, pero cada uno pertenece a una religión distinta; podrían ser un anuncio de armonía comunal. Está él, Satish; está Mickey, que es sij, y Zameer, que es musulmán.

—También teníamos católicos. Pero se distraían demasiado fácilmente con las novias, no parecían muy ávidos de dinero.

Se arrodilla en el suelo, se cubre la cabeza con una toalla rosa como si fuera un pañuelo o un velo y empieza a rezar, con la pistola a su derecha encima de la cama. Recita versos sánscritos de memoria, rápido y fuerte, balanceándose un poco hacia delante y hacia atrás, y levantando hacia el cielo las manos con las palmas abiertas. La habitación se llena de la extraña visión de ese hombre medio desnudo rezando en un idioma antiguo junto a su pistola, mientras yo sigo hablando con su compañero y tecleando en mi ordenador portátil. Reza durante quince minutos. Luego se levanta, se inclina y toca el suelo con la frente, y vuelve a levantarse. Cuando se sienta de nuevo en la cama, lo primero que hace es coger la pistola y llevársela a la frente.

—¡Esto es Dios! —exclama en inglés.

—Lo que da y quita la vida solo puede ser Dios —observa Mickey.

—Creo que usted es un gran criminal —me dice Satish de pronto—. ¿Ha matado alguna vez a alguien?

—No.

—¿Ha hecho matar a alguien alguna vez?

—No.

—La línea de su cabeza es muy grande —dice a Mickey, señalando la palma de mi mano.

Me la ha leído desde el otro extremo de la habitación. La línea indica que soy un gran criminal.

A medida que se hace de noche se ponen cada vez más nerviosos. Llevan utilizando mi móvil toda la tarde y parte de la noche. Han estado haciendo llamadas y mi número ha quedado registrado en la memoria de los móviles de sus contactos. Otro pensamiento me hiela la sangre: pueden conseguir los números de mi casa y de todos mis amigos a través de la memoria del móvil. Lo único que tienen que hacer es apretar dos teclas. Saldrá un número y en la pantalla aparecerá la pregunta: ¿Casa? Si responden a esa invitación con un Sí, estarán hablando con mi mujer.

Cierro el ordenador y doy por terminada la sesión. Mickey se mete la pistola de nuevo en la cintura y yo salgo de la habitación sintiéndome ligero, muy ligero.

En el *rickshaw* de regreso dejamos atrás a dos hombres en la carretera. Uno de ellos tiene un rifle de aire, el otro una linterna, y los dos están apuntando hacia los árboles. El primero dispara el rifle y cae un pájaro batiendo las alas. Es la misma carretera donde vimos el gato moribundo la última vez que la recorrimos.

Cuando llegamos a la ciudad, pasamos tranquilamente por delante de la comisaría. El sij anda con aire arrogante, atusándose el pelo con la mano. Él,

yo y todos somos conscientes del arma que lleva en la cintura. Cruzamos las vías por Bhayander. Cuando el tren se acerca a nosotros, Satish me pregunta:

—¿Conoce a algún hombre que pueda responder mis preguntas? Tengo muchas preguntas. ¿Conoce a algún hombre que sepa la respuesta de todo?

—¿Qué clase de preguntas?

—Sobre filosofía, sobre la nación. Usted no puede responder mis preguntas. Solo escucha. Una de dos, o no puede responder mis preguntas (le estoy hablando con franqueza), o no quiere hacerlo; opta por no hacerlo. Necesito que alguien me responda mis preguntas. Por eso he dejado la meditación y he terminado muy deprisa mi *puja*. —Nos acercamos al restaurante, el mismo donde comimos la vez anterior—. Mis preguntas me tienen muy angustiados. No obtengo satisfacción de mi trabajo. Es como follar y no correrte.

En el restaurante decido ir al grano.

—Hágame una o dos de sus preguntas.

El sicario sonrío y se inclina sobre la mesa.

—¿Qué es Dios? ¿Tiene principio o fin?

Le digo lo que me dijo mi abuelo, que, según el Gita, Dios es «anant, akhand, anari», y explico el significado de las palabras: interminable, inseparable, no nacido.

Una vez, me dice, mientras la policía los cercaba y estaban bajo la amenaza inminente de morir de un tiro en un encuentro, «nos encerramos en una habitación y hablamos de Dios sin parar. Hablamos de Dios como otros hablan de chicas; sobre si tiene principio o fin, y cómo es posible que no venga de nada. Al final nos rendimos, porque decidimos que indagar sobre Dios nos pone tristes. De modo que empezamos a recitar solo el nombre de Dios».

Señalo que empezaron con el yoga jnana, acercándose a Dios a través del conocimiento, y luego pasaron al yoga bhakti, a través de la devoción. Está en el Gita.

Siguiente pregunta:

—¿Qué está bien y qué está mal?

Le digo que no puedo responder a esa pregunta por él. La mayoría de la gente aprende lo que es el bien y el mal por sus padres o su religión. Pero esas reglas son raras, lo reconozco; la gente te dirá que está mal matar, pero que es correcto matar por tu país. De modo que le digo que, puesto que las preguntas provienen de su interior, las respuestas también tienen que salir de su interior.

Las preguntas lo atormentan, dice. Le asustan, le ponen nervioso. Formula la siguiente.

—¿Por qué respetamos las fronteras? ¿Por qué llamamos [al país] Bharat Ma? ¿Por qué cantamos esas canciones patrióticas?

Respondo que yo tampoco lo sé. Desde que me fui a vivir a Estados Unidos ya no creo en fronteras ni en el patriotismo. Dos punjabis que viven a cada lado de la frontera tienen mucho más en común que un punjabi y un arunachali. Esas fronteras las hicieron los británicos.

Entonces Zameer interviene. Me contradice educadamente. Pone un ejemplo. Si tienes una casa, es necesario separar tu propiedad de la de tu vecino mediante una cerca, de lo contrario engullirá la tuya. Pakistán podría engullir Cachemira.

Satish quiere saber cuándo llegarán las respuestas a sus preguntas. Le están afectando la mente.

—¿Ha pensado alguna vez en suicidarse? —pregunto.

—Cuando estoy inquieto quiero matar a alguien, pero no a mí mismo. Puede que no sea lo bastante valiente. —Me pregunta por un gángster musulmán del que le hablé en una reunión, que decía que luchaba por su fe—. ¿Qué le dijo usted? ¿Trató de reformarlo?

—¿Por qué debería hacerlo?

Le gusta mucho mi respuesta.

—Por primera vez en estos dos días ha hablado con franqueza.

Satish ve su vegetarianismo como un primer paso para mejorar. Luego

puede que renuncie a las chicas, que renuncie a todo. Pero quiere saber por qué este deseo va en aumento. Al principio se quedaba satisfecho con un par de polvos cada vez que estaba con una chica.

—Ahora necesito cinco, seis, hasta siete. ¿Por qué?

Le digo que el deseo es la forma que tiene la naturaleza de prolongar las especies. Pero él insiste en que quiere eliminar sus deseos, uno por uno.

—No podemos tolerar la derrota. Debemos vencer siempre. Cuando vamos a hacer nuestro trabajo no podemos fallar.

—¿Y si va a matar a alguien y este saca una pistola y lo mata a usted? ¿Llama a eso derrota?

El sij, Mickey, responde a esta pregunta.

—El hombre que muere no admitirá la derrota, pero los otros cinco dirán que perdió.

Le hablo de nuevo del Gita, su lección sobre que basta con hacer tu *dharma*.

—En realidad el Gita reduce toda la tensión —dice Satish.

Se siente más tranquilo ahora que sabe que las respuestas están dentro de él. Me invita a ir de vacaciones con ellos a Mahabaleshwar. Luego empiezan a planear su próximo trabajo en Chembur. Él y Mickey susurran apresuradamente algo a Zameer, y los dos se van en distintas direcciones.

Zameer me da ahora los verdaderos nombres de los dos hombres. Luego llega la mayor sorpresa: Mickey es en realidad un pistolero de la Compañía de Rajan, enemiga acérrima de la compañía de Satish. Cuando este dejó la banda de Rajan, Mickey se quedó. Ha ido hoy al hotel para advertir a Satish de que uno de los participantes en los atentados asociados con la Compañía-D está a punto de ser eliminado, y darle el nombre del blanco para que este sea prevenido y pueda huir. Lo ha hecho porque son amigos, y porque compadece al blanco; era un don nadie que solo había guardado en su casa un poco de munición.

—Hay honor incluso entre los ladrones —comenta Zameer. Luego se

recuesta y enciende un cigarrillo—. Ahora por primera vez en el día de hoy me puedo relajar. Tenía mucho miedo de lo que iban a hacer con esa *bartan*. El corazón me iba a estallar.

En cuanto hemos salido del hotel se ha subido de un salto a un *rickshaw*. Tenía miedo de que los pistoleros dispararan si íbamos andando. Han estado deseando irse toda la tarde; le han preguntado si podían disparar en el cuarto de baño. En la habitación del hotel, dice Zameer, Satish se llevaba las balas a la nariz y las olía.

Esa mañana, antes de reunirme por segunda vez con los pistoleros, había escrito en el ordenador la palabra «Dios» y acto seguido la había borrado, para que su nombre estuviera invisiblemente integrado en la pantalla y sirviera de base o fundamento para todos los relatos de asesinatos y asaltos que iba a escribir ese día. No me gustan ni Satish ni Mickey. Si la policía u otro gángster los matara de un tiro, mejor dicho, cuando la policía u otro gángster los mate de un tiro, no lo lamentaré. No me parecerá que el mundo habrá perdido algo con su muerte.

Y, sin embargo, mientras estaba sentado con ellos y seguía ansioso con la mirada cómo la pistola pasaba de mano en mano, cómo vaciaban y volvían a llenar el cargador, o el ángulo de la pistola cuando apuntaban, con el dedo colocado en el gatillo (lo hacían muy deprisa, como jugadores de cartas expertos, ¿no podían equivocarse y dejar una bala en la cámara creyendo que la habían vaciado?), mientras estaba en la habitación con esos hombres que piensan que el bien y el mal, el pecado y la virtud son para la gente vulgar, para los sapos del pozo, ¿no experimenté una emoción? ¿Por qué no me cansaba de escucharlos? ¿Por qué las nueve horas me pasaron volando, como si estuviera con una nueva amante?

El día siguiente a mi segunda reunión con Satish, y el siguiente, deambulo

por el mundo prosaico en un estado de aturdimiento. Voy con Sunita al centro para ver a un viejo amigo, ir al cine y cenar. Pero el resto del mundo parece trivial. Sus conversaciones giran alrededor de trivialidades: carreras profesionales, impuestos, compras. Nadie en ese Bombay habla de Dios, o del pecado y la virtud, o de la muerte, salvo cuando es inminente y se cierne sobre un pariente próximo, y cuando llega se afronta con prisas y miedo, como para quitarla de en medio lo más rápido posible. Pero yo he estado inmerso en una prolongada contemplación de esas cuestiones con gente que tiene que enfrentarse a ellas a todas horas del día y ha sido emocionante. La última vez que recuerdo haber analizado esos temas con alguna profundidad fue con mi abuelo moribundo en casa de mi tío en Bombay. Pero no me sentí tan cerca de la muerte entonces como en esa habitación de hotel.

Ahora las conversaciones corrientes me aburren. «¿Cuánto más necesitas?», no cesan de preguntarme mi mujer, mis amigos, preocupados por mi seguridad. Formulan la pregunta partiendo de una premisa equivocada. Creen que me reúno tantas veces con los gánsters porque estoy recabando material para mi libro.

CHOTTA SHAKEEL, EL CAPO EXILIADO

Unas semanas después, Kamal me dice que Zameer se ha ido al Golfo.

—Ha ido al *bhai log*.

—¿Cuándo volverá?

—No volverá. Usted ha conocido a un futuro capo. ¿Se acuerda del pistolero al que conoció? Zameer lo controla. Zameer responde directamente ante Shakeel. Dentro de unos días leerá su nombre en los titulares.

Pienso en ese hombrecillo inteligente. No dijo gran cosa durante mis conversaciones con Satish, pero saltaba a la vista que el pistolero recibía

órdenes de él. Ahora, siguiendo órdenes de Zameer, Satish ha matado a un musulmán llamado Salim, un ex colega suyo que se había pasado a la banda de Chotta Rajan. Kamal me dice que gracias a que Zameer estuvo presente durante las reuniones en el hotel, estuve seguro. De lo contrario los pistoleros están un poco zumbados.

—Si hubiera preguntado algo inconveniente, le habrían disparado y luego habrían pedido perdón. Una pistola tiene tanto poder que en la mano de un eunuco le hará creer que es un hombre.

Le digo a Kamal que quiero ir a Pakistán a ver a Chotta Shakeel. Concretamos los detalles de mi cita: iré a Dubái, donde me reuniré con un hombre llamado Anwar, el hermano menor de Chotta Shakeel, a quien el capo siempre ha mantenido al margen de las bandas; lleva un negocio de transporte de carga. Él me llevará a Karachi, donde me reuniré con Shakeel y podré hablar con él tanto como quiera. Kamal conoce bien a Shakeel; han pasado tiempo juntos y me habla de él.

A Shakeel a veces lo llaman el *sheth* o el *saab* Haji. No es muy llamativo físicamente, confirma Kamal. Es realmente menudo, de metro cincuenta de estatura y muy delgado. Sus amigos siempre lo llaman *paun takla*, porque vista por delante su cabeza es tres cuartas partes calva. Su padre trabajaba de técnico en los muelles de Mazagaon, lo despidieron y encontró trabajo itinerante como pintor de barcos. Su madre se ganaba la vida separando grano. Tuvieron cinco hijos y vivían todos juntos en una pequeña habitación. Shakeel, el segundo hermano, acabó el instituto y se puso a reparar televisores. Pasó a vender relojes falsos, luego empezó a trabajar de cobrador de deudas y llamó la atención de Dawood.

Shakeel adquirió cierta reputación durante la incautación de un cargamento de oro de contrabando en la aduana. Entonces era nuevo en la banda. Cuando los oficiales de aduanas de Delhi trataron de cogerlo, saltó de la ventana a un canalón, dejando atrás el oro. Los oficiales lo precintaron y anotaron la

cantidad. Shakeel esperó a que salieran por la puerta del edificio de abajo, apuntó con una pistola al primer oficial de aduanas que la cruzó y recuperó el oro. Luego abofeteó a los oficiales y les ordenó que se fueran. Los oficiales y la policía acordonaron toda la zona de Nagpada y exigieron la entrega de un solo hombre: el enano. A través de sus contactos políticos, la banda logró sacarlo de allí. Acabó huyendo a Dubái en 1989.

Shakeel está casado y tiene dos hijas, que están con él en Pakistán y que no soportan vivir allí; maldicen su situación. Pero todo el clan familiar vive de su dinero. En Pakistán, Shakeel se dedica a ver películas occidentales toda la noche en una pantalla enorme que tiene en su casa.

—¿De qué clase? —pregunto.

—De tiros.

Kamal tiene una buena relación con Shakeel.

—Es una buena persona. Cuando se dirigía a mí lo hacía con respeto. «Haz esto, *beta*.» Como un hermano mayor.

Perdona fácilmente, a menos que le hables enfadado. Tiene un apodo: Insaaf ka Tarazu, los Platillos de la Justicia. Kamal vio con sus propios ojos por qué. Un anciano debía ocho lakhs a un usurero y este había llevado el caso ante Shakeel. Kamal jugaba a carom en la oficina de Shakeel cuando llevaron al anciano solo. Este explicó que pasaba serios apuros; su hija tenía que casarse. «Y entonces Shakeel dijo que no debía pagar ni un paisa; de hecho, le dio al anciano dos *lakhs*.»

A falta de la justicia de un sistema legal, los bhais ejercen de jueces. Ellos hacen hincapié en que, cuando intervienen en una disputa, no solo se ponen del lado de una de las partes y exigen a la otra dinero. Si un hombre de negocios acude al *bhai* para recuperar dinero de un deudor, el *bhai* examina el asunto antes de que el deudor sea abordado para que pague. Esto tiene sentido en el hampa. Es mucho más difícil lograr que alguien se desprenda de dinero que no debe que hacerle pagar deudas legítimas. Hasta el lenguaje que los *bhais*

utilizan al resolver las disputas lo han sacado de los juzgados. La idea de que es posible obtener justicia del hampa está tan extendida que el fenómeno ha llegado a su conclusión lógica: en noviembre de 1999, un juez veterano de Bombay acudió a Shakeel para que le ayudara a recuperar cuarenta lakhs que le debían en un *chit fund*, un plan de ahorro informal. Un abogado de la mafia llamado Shaikh dispuso que el juez hablara con Shakeel, según una transcripción de la conversación hecha pública por la policía.

SHAIKH: Por favor, hable con el *saheb* juez, que está en el tribunal de delitos menores y es un buen hombre.

JUEZ: *Salam aleikum!*

SHAKEEL: *Salam, salam*, dígame.

JUEZ: Tengo que recuperar cierto dinero de alguien. Se llama _____.

SHAKEEL: Un momento. Fayeem, pásame el bolígrafo y la agenda. Bien. ¿Cuánto?

JUEZ: Alrededor de cuarenta lakhs. Son míos, de mi hijo y mi yerno.

SHAKEEL: ¿Cómo se llama la tienda?

JUEZ: _____.

SHAKEEL: ¿La de Sión?

JUEZ: Sí, sí.

SHAKEEL: La conozco. Estoy llevando un caso de él relacionado con dos crores. Pero usted recuperará su dinero.

(Shakeel aprovecha entonces la oportunidad para hablar de la brutalidad de la policía.)

SHAKEEL: ¿Por qué no hace nada para detener los encuentros de la policía?

JUEZ: El asunto debería llegar a nosotros.

SHAKEEL: Y lo hará. Pero aun después del informe del juez Aguiar ha habido más encuentros. A la policía le trae sin cuidado la ley.

JUEZ: Es una injusticia, una atrocidad.

(Shakeel pasa a describir un encuentro.)

SHAKEEL: En ninguno de los encuentros resultó herido un solo policía.

JUEZ: Deberían, deberían [resultar heridos].

SHAKEEL: Bien, ¿qué hago con esos agentes?

JUEZ: Usted es un hombre sabio.

SHAKEEL: Lo sé.

Es una conversación entre dos jueces, o entre un juez y un suplicante. «Estoy llevando un caso de él relacionado con dos crores», dice el juez más poderoso, después de pedir a su secretario la agenda y un bolígrafo. Se observan las cortesías entre jueces. «Usted es un hombre sabio.» El juez de menos antigüedad reprende al veterano por tolerar que el cuerpo de policía infrinja la ley. Pero tranquiliza al suplicante: «Usted recuperará su dinero». En este caso en particular el litigio no dio fruto. El abogado, Shaikh, fue asesinado por su propia banda. La policía había estado grabando sus llamadas y encontró la conversación del juez con Shakeel. Si el teléfono del abogado no hubiera estado pinchado, el juez habría tenido muchas posibilidades de recuperar su dinero, menos las costas legales habituales, los gastos para imprevistos. Como dijo el inspector de policía M. N. Singh resumiendo la conversación: «Un juez ha perdido fe en el poder judicial y acude a un gángster para que resuelva un asunto personal».

Kamal dice que ha querido hablarme del hampa porque estoy en los medios de comunicación y quiere hacer llegar este mensaje al gobierno, a la sociedad, al sistema y al hampa: todo el mundo es egoísta en el hampa; nadie es amigo de nadie. Zameer no es amigo de Satish; lo utiliza para sus propios fines. Dawood y Shakeel no confían el uno en el otro. «Hay una disputa entre los dos. Es un asunto interno.» Shakeel depende del dinero de Dawood para seguir con vida y, a cambio, protege a su capo de Chotta Rajan. Pero Shakeel no está seguro en Karachi, dice Kamal. «Creo que en un futuro próximo los del ISI matarán a Shakeel.»

La inteligencia paquistaní sospecha que podría estar luchando a ambos lados de la alambrada, suministrando información a la inteligencia india. El

gobierno indio, si se le diera a escoger, apoyaría a Shakeel antes que a Dawood; Shakeel, por lo que se sabe, no participó en los atentados. «Es un gángster que desea lo mejor para la comunidad —admite Kamal—. Pero no hará nada a un inocente.» Fueron Dawood y Tigre Memon, que también se esconden en Karachi, quienes participaron en los atentados. «Son huéspedes de Pakistán, de modo que tienen que cumplir las órdenes de Pakistán.» Sobre este punto la policía y el administrador de las bandas coinciden: Dawood vive ahora en Karachi como huésped y prisionero del ISI. Ajay Lal lo explica así: «Dawood es prisionero de sí mismo en estos momentos. No puede echarse atrás. Allí necesita al ISI. En cuanto vuelva aquí lo matarán, sus adversarios o su propia gente».

Sin embargo, Dawood vive a lo grande en su hogar de adopción; colecciona casas, coches, pasaportes y mujeres. Viste con trajes de Armani y surca los mares que rodean Karachi en una lancha motora, disparando a las gaviotas. Pero todo su dinero no pudo impedir que su hija de nueve años, Mariah, muriera de meningitis en Karachi en 1997. Dawood se quedó destrozado y abandonó el control activo de su imperio, dejándolo en manos de su hermano Anees y de Shakeel. Estos se han convertido en rivales, y habrá forzosamente una guerra interna en la Compañía-D a la muerte de su homónimo.

Kamal habla luego con Shakeel sobre nuestro viaje a Pakistán y el capo lo desaconseja. Se respira una atmósfera de tensión, le dice a Kamal. «Está a punto de estallar una guerra civil. Las agencias se están informando sobre todos los que proceden de la India.» En lugar de ello, hablará conmigo por teléfono desde Dubái, donde tengo previsto detenerme al dirigirme a Estados Unidos. Me interesa asimismo ver cómo le van las cosas a Zameer en su nuevo hogar.

Me están esperando justo fuera del aeropuerto, Zameer y otro hombre joven.

Zameer sonríe al verme; no se ha afeitado y tiene los ojos enrojecidos. Es muy temprano; llevan esperando desde las cinco y media. El hombre silencioso que le acompaña llama por su m ovil a su *bhai* pidiendo instrucciones, y nos dicen que cojamos un taxi hasta un hotel.

Si Bombay tiene una ciudad hermana es Dub ai. Es el ideal al que aspira la mayoría de la gente en Bombay, salvo el sector que suspira por Nueva York o Londres. Cruzamos la nueva y flamante ciudad, y le comento a Zameer que parece que la hayan construido ayer. Supone un gran cambio con respecto a Mira Road. Estamos yendo en un gran coche norteamericano sobre carreteras nuevas, pasando por delante de rascacielos, y no se ve ni un alma. Zameer lleva un mes en Dub ai.

— Le gusta esto? —le pregunto.

Enseguida niega con la cabeza.

El taxi se detiene frente al hotel, y el joven y el taxista discuten por un dirham. En cuanto entramos en la habitación, este tipo, que averiguo en el ascensor que también es de Bombay, estalla:

—Estos paquistaníes son unos auténticos cabrones.

— Por qué? —pregunta Zameer—.  Era paquistaní el taxista?

—S . Un canalla.

Al cabo de un rato vamos a comer a un restaurante indio. Zameer y un amigo de la universidad de Girish, un keralita bajo y fornido que tras unirse a la Compa a-D cambió su nombre de Sree a Shoaib, me hablan de sus vidas en Dub ai. Se ven sometidos a humillaciones a diario. En el locutorio, tal vez están esperando en una larga cola de indios y paquistaníes, y un hombre con traje árabe va directamente a la ventanilla y lo atienden antes. Los  rabes llaman a los indios y paquistaníes mendigos, o *harami*, cabrones.

—Si viene alguien de Bombay —dice Shoaib, que lleva unos cuantos años viviendo aquí—, le preguntamos ansiosos: « Qu  está pasando en Bombay?».

Zameer explica a Shoaib lo maravilloso que se ha vuelto Bombay.

—¡Cincuenta y cinco pasos elevados! Puedes ir de Andheri a Colaba a la velocidad máxima.

Tiene recuerdos nostálgicos de los trenes que cogía de Mira Road a Borivali, de Borivali a Andheri y de Andheri a Dadar. Recuerda que había vegetación por todas partes; en Dubái hay pocos árboles que contemplar. Añora sobre todo a su familia, el hecho de que diez personas estén en tensión si llega tarde, ese *apnapan*, esa sensación de formar parte de algo. Allí tienen que lavarse ellos mismos la ropa, cocinar sus propias comidas, limpiar sus propios retretes. Están viviendo en una ciudad que detestan, y sobreviven recreando Bombay a través de la televisión y de constantes conversaciones telefónicas con sus bases en Bombay.

—No tenemos amigos entre la gente de aquí.

No los tienen, se me ocurre, en ninguna parte.

Más tarde Zameer y yo salimos a la noche iluminada por neones de Dubái. Los bares y las calles del *sheikhdom* están llenas de prostitutas: malayas muy jóvenes y rusas muy pálidas con shorts que caminan a grandes zancadas por las avenidas desiertas. Entramos en una taberna, donde bebo una pinta de Kilkenny agradecido.

—Ya no puedo volver. Allá abajo no tengo nada que hacer —dice Zameer con tono realista.

Salim, el hombre al que había mandado matar, estaba trabajando para Chotta Rajan. Ya había matado a tres sospechosos de los atentados y se disponía a matar a Zameer personalmente; estaba vigilando la casa de Zameer cuando los hombres de este lo vieron. Zameer recibió la orden de Shakeel. «Acaba con él.»

Encomendó el caso a Satish, quien lo secuestró en un coche, le dio una paliza y lo hizo hablar por teléfono con Zameer para decidir su suerte. Salim

suplicó por su vida.

—Le temblaba la voz —recuerda Zameer, abriendo la palma y haciéndola temblar.

Le dijo que lo sentía y que en adelante solo trabajaría para la Compañía-D. Zameer mantenía esta conversación mientras daba vueltas por su calle, al otro lado del mar Árabe. Lo maldijo por haber matado a los tres sospechosos de los atentados y le dijo que era un traidor.

Pero hubo un problema técnico: Chotta Shakeel había dado su palabra a la policía de Bombay de que su banda no dispararía ni una sola bala durante las elecciones. De modo que Satish cogió un gran cuchillo y abrió a Salim en canal.

—Hay que tener valor para hacerlo, con la sangre brotando sobre ti — comenta Zameer.

Le hizo un tajo por el que le salieron los riñones. Media hora después de que muriera, Satish llamó de nuevo a Zameer; el trabajo estaba hecho. El cuerpo yació tres días, de lunes a miércoles, en la terraza de un edificio de Mira Road. Pero Chotta Rajan, que había ordenado a Salim que matara a Zameer, sabía desde el lunes que su chico había desaparecido, de modo que informó a la policía acerca de Zameer y de dónde podía encontrar a su familia. La policía vigilaba su casa, pero Zameer ya había huido a Dubái.

La familia de Zameer vive en tensión. No ha hablado con ella desde que llegó; la policía podría haber pinchado los teléfonos. Cogieron a su hermano y lo torturaron hasta enmudecerlo, y Zameer tuvo que pagar cincuenta mil rupias a través de Kamal para que lo soltaran.

—Si lo hubieran matado, haría cualquier cosa —dice el hombrecillo emocionado—. Arrojar una bomba, lo que fuera.

Se destinó otra gran suma a poner en libertad al cuñado de Satish, que también estuvo involucrado en el asesinato. Shakeel le pagó dos lakhs en total por el trabajo. Esta es la ventaja de no trabajar bajo contrato; si hubiera

quedado en hacer el trabajo por, digamos, un lakh (que ya es una gran suma, teniendo en cuenta las cinco mil rupias que se pagan a los verdaderos pistoleros), ¿con qué cara habría pedido más al *bhai* si el precio era superior al pensado de entrada? No hay un precio establecido cuando Shakeel le pide que mate a alguien. Zameer cobra según sus necesidades de un Shakeel que le paga según su habilidad. «El hampa da, no recibe», afirma.

Me habla de la generosidad de la compañía. El apartamento de Zameer, que comparte con Shoaib y otros, cuesta treinta y cinco mil dirhams al año. Dispone de lavadero, televisor, aparato de música y un móvil último modelo; su factura de teléfono asciende a setenta rupias al mes. Además, Shakeel le envía inmediatamente cualquier suma que pide para su familia, para afrontar los gastos de una boda, por ejemplo. Zameer calcula que mantenerlo en Dubái le cuesta a Shakeel dieciocho lakhs al año. Parte del tiempo que trabaja — tiene a doscientos hombres a sus órdenes en Bombay— lo emplea en planear los golpes, trazar las rutas por las que los pistoleros podrán darse a la fuga y pensar cómo manejar la investigación policial que seguirá. Dibuja gráficos para ayudarse a visualizar la situación sobre el terreno.

Sugiere que vayamos a otro pub para variar. Salimos de nuevo a la húmeda calle y vemos fotos de chicas que anuncian el bar de alterne de un hotel. Entramos y nos paramos en el lavabo. Me dirijo a un urinario mientras él entra en un cubículo, como hacen los hombres heterosexuales cuando están con otro solos en un lavabo público. Pero Zameer abre inmediatamente la puerta de su cubículo y sale.

—Una cucaracha.

Veo la cucaracha blanca que ha asustado al capo en ciernes, impidiéndole mear.

En el hotel hay dos salas y en las dos hay música.

—Pakistán —dice el portero de una, invitándonos a entrar en una sala en la que actúa un cantante ghazal paquistaní.

—India —dice el portero de la otra, en la que hay bailarinas.

Los dos tratan de camelarnos.

—¡Pasen, pasen!

Sin vacilar, Zameer entra en la sala india y yo le sigo. A duras penas se le puede llamar bar de alterne. Las chicas gruesas, importadas de Bombay, están sentadas en sillas en el escenario con traje pantalón. Hay una máquina de niebla. Están poniendo viejas canciones, de las que gustan a los indios no residentes: «Eena Meena Deega» y «Bole re Papee-hara». Está casi vacía.

—En Dubái todo el mundo sabe que trabajo para el *bhai* Shakeel. Es vox pópuli. En Bombay habrá un par de hombres de la Brigada de Investigación Criminal en cada bar. Si estuviera sentado en un lugar así en Bombay, tendría cuatro o cinco guardaespaldas detrás de mí. —En este extraño país, en cambio, Zameer se siente anónimo, triste y seguro.

Este es el verdadero significado del exilio: una fuerza insuperable que te impide regresar. A Zameer lo mataría de un tiro la policía o la Compañía de Rajan en el trayecto del aeropuerto a su casa si regresara. De modo que se queda en casa por las noches en un país que odia, viendo Sony TV y Zee TV. Sueña con que coge el tren en Mira Road y elogia los cincuenta y cinco pasos elevados de Bombay ante sus amigos entre llamadas telefónicas en las que ordena la destrucción de la ciudad que añora. Al cabo de tres meses puede ir a Karachi, que odia aún más que Dubái (en Dubái, al menos, la gente es disciplinada), o a Bangkok. Zameer es una categoría especial de refugiado; no es un refugiado político ni económico, sino un refugiado criminal.

Shoaib no para de llamar a Pakistán desde la habitación de mi hotel, tratando de hablar con Shakeel. Los chicos lo llaman con respeto «Chotte Saab». Es un *namaazi*, dicen; reza cinco veces al día y no bebe, ni fuma, ni va con mujeres, ni maldice. Mi amigo el periodista de sucesos Naeem Husain discutió en una

ocasión con Chotta Shakeel. «¿Cómo puede decir que mata por el islam? Cuando dispara a otro musulmán, ¿es eso islámico?» «El profeta está muerto y Alá en el cielo —replicó Shakeel—. Tenemos que hacer lo que podemos en la tierra.»

Hablo con Anwar, el hermano de Shakeel.

—Espero que no esté teniendo problemas en Dubái. No tiene nada de qué preocuparse —me tranquiliza sin que yo se lo pregunte.

De entrada parece que Shakeel ha ido a ver a Dawood, cuya madre acaba de morir en Bombay, por causas naturales. Hay cierta tensión entre la fraternidad de Karachi como consecuencia, y Shoaib no está seguro de si podré conseguir mi entrevista. He comprado tarjetas de teléfono por valor de trescientos dirhams en un supermercado para cargarlas en el móvil de Shoaib. Volvemos a llamar. Por fin oigo a Shoaib cambiar de tono.

—*Ji, bhai. Ji, bhai* —dice.

Se le tensa la cara y se queda clavado en el suelo. Luego me pasa el teléfono y me llega la voz de Chotta Shakeel al otro lado de la línea.

El capo me hace notar que nunca concede entrevistas, no necesita la fama, y que si concede esta es solo porque yo, un hombre de Estados Unidos, ha viajado hasta tan lejos para hablar con él. Habla en un urdu puro; salta a la vista que los años que lleva en Dubái y Pakistán han cambiado su hindi *bambaiyya*. En general, se muestra muy respetuoso, relajado, seguro. Nunca titubea; es una voz acostumbrada a dar órdenes. No se percibe en ella ni el más mínimo indicio de cólera, solo sugerencias que espera que se obedezcan («No va a escribir nada sobre esto») cuando hablamos de asuntos que podrían causarle verdaderos problemas. Contesta las preguntas espinosas con muchos circunloquios, como un político.

Pregunto al capo si echa de menos Bombay.

—No hay otra ciudad igual en todo el mundo. Echo de menos a mi gente, mi tierra; ese aire, ese cielo; las caras conocidas, los parientes. —Noto que se

esfuerzo por expresar en urdu su gran añoranza de una forma poética—. Es como un plato que, una vez que se ha probado, nunca se olvida. Echo de menos a toda mi familia, pero aparte de eso nació allí. Un hombre nunca olvida el lugar donde nació. Nunca olvida las calles, el barrio de su niñez. Lo recuerda con mucho cariño. Los picnics que hacía con el colegio... las idas al cine... las salidas con los amigos... Esta es mi historia —dice, como un actor que se justifica en una escena de una película—. Estudié hasta el SSC, el undécimo año, y quería continuar. Me proponía enrolarme en el ejército o ser funcionario. Ya sabe las redacciones que escriben los colegiales sobre «¿Qué quiero ser de mayor?». Pues yo tenía la fantasía de convertirme en militar y escribí una redacción sobre ello. Quería morir por mi país. Los sentimientos que tiene un hombre por su país... algunos piensan sobre ello y otros actúan al respecto. Yo tenía deseos de actuar, pero las circunstancias y las condiciones tomaron tal giro que ahora soy lugarteniente de la Compañía-D. —Sabe a quién culpar de no haber podido servir a su país—. La policía ha contribuido a arruinar mi vida. Luego me metí en esto y aquí me tiene.

Le pregunto cómo controla una operación tan grande desde tan lejos. No le digo «desde Karachi»; sus hombres me lo han repetido una docena de veces hoy.

—No escriba el nombre de este país —ordena—. Se comunican los planes y las actividades a los chicos de abajo y estos realizan el trabajo a su manera. Hay un vínculo de comunicación. —Shakeel pasa mucho tiempo al teléfono. Expresa su perplejidad ante internet—. ¡Aprietas un botón y tienes ante ti todas las noticias! —El capo pasa un par de horas cada día navegando por internet, leyendo los periódicos de Bombay: consultando las páginas de finanzas, viendo quién se ha forrado en la Bolsa—. La mayor fuente de información a nivel mundial son los medios de comunicación electrónicos. La segunda, las publicaciones políticas en las que escribe gente como usted. —Luego está su red de inteligencia—. Tengo muchos contactos abajo, que me

dicen qué está pasando en la India. Me llegan las noticias antes que a usted. — El capo también es un bibliófilo; tiene especial debilidad por las novelas de espionaje. Le ha gustado leer desde que era niño—. Puedo leer una novela en media hora o tres cuartos.

Le pregunto por qué está en guerra con Chotta Rajan. ¿Es debido a los atentados, como dice Rajan?

—Escuche con atención —ordena el capo—. Todo Bombay sabe que Chotta Rajan no se ha separado a causa de los atentados. Un año antes, de 1991 a 1992, se le endureció el corazón y se convirtió en un traidor. A tres de sus hombres, Diwakar Chudi, Amar y Sanjay Raggad, los matamos por traicionar a la compañía. El cuarto era Chotta Rajan. Dawood lo había criado de los doce a los quince años, y, en lugar de matarlo, lo perdonó. Lo había criado como a un hijo, y Rajan le tocó los pies y lloró mucho, de modo que él lo perdonó. No hizo nada por la compañía. Seis meses después de los atentados se marchó a Dubái. Tenía que decir a la gente por qué se había separado, de modo que puso como excusa los atentados. Él sabía qué había detrás de los atentados y quiénes habían sido los responsables.

—¿Y quiénes fueron los responsables?

—No va a hablar de esto ahora —sugiere el capo.

No es cierto, afirma Shakeel, que la gente de la comunidad musulmana ingrese en la Compañía-D, y que la gente de la comunidad hindú se vaya con Chotta Rajan o Gawli.

—Muchos jóvenes hindúes están con nosotros —dice, poniendo la proporción en un elevado cincuenta por ciento. Durante los festivales hindúes, los miembros hindúes de la compañía reciben dinero. Y declara—: Nuestro lema es *insaaniyat*: humanidad.

Le pregunto qué opinión le merece la policía. No es injuriosa, como he descubierto entre los pistoleros.

—Unos agentes en particular están vinculados a unas bandas en particular,

pero no todo el cuerpo. Hay policías buenos, incluso hoy día. Todos los agentes del IPS son neutrales y trabajan bien. —Admite que la policía tiene que hacer su trabajo, aunque eso implique matar a sus hombres—. Es necesario someter a encuentros a los que ponen en peligro a la gente, a los que la acosan. —Pero deberían tener una ética—. Además, también deberían evitar matar a un inocente, porque él también es hijo de alguien, el sostén de una familia. —La policía ha estado matando inocentes últimamente—. En algunos departamentos hay agentes que obran de acuerdo con su religión. Han estado matando a musulmanes durante los pasados cuatro meses, diciendo que tal chico pertenece a la Compañía-D. El setenta y cinco por ciento de esos chicos no son míos, no los conozco siquiera. —Por lo que he visto en Bombay, es un cálculo razonable—. La policía los trae y los mata, alegando que tal hombre es de la Compañía-D o está con Chotta Shakeel. —Luego añade—: Lo que es lo mismo.

Esa observación adicional es significativa. La gente ha estado poniendo en tela de juicio esta asunción. Pero él habla con confianza. Shakeel no va a romper con la Compañía-D, va a heredarla.

Puesto que vive en un país enemigo, le pregunto qué opina de la reciente guerra en Cachemira.

—Suketubhai, la guerra es algo terrible. A causa de las vidas humanas que se pierden, la economía se derrumba. Todo el país retrocede cien años. ¿Quién sale beneficiado de la guerra? Están fabricando muchas armas y misiles, por valor de millones de dólares. Si ese mismo dinero se gastara en los pobres, entonces todos los países, y no solo el Indostán, vivirían felices. —Afirma que, contrariamente a su reputación, ama la India y quiere morir por ella—. No cabe ninguna duda acerca de esto. Ningún hombre se vuelve traidor al país en el que nace. Un hombre solo puede dar la vida por su país. Esa es una gran medalla para él. Inspira un gran respeto. Cuando un hombre quiere enrolarse en el ejército, no quiere hacerlo para jugar al críquet o hacer deporte; quiere

convertirse en mártir.

El cerebro de la organización mafiosa más importante del subcontinente sale ahora con una frase de John Fitzgerald Kennedy:

—La pregunta es: ¿Qué puedo hacer por mi país? No qué ha hecho mi país por mí. —Luego añade—: Piénselo.

Está a favor de que el poder sea traspasado a la generación más joven, «que tiene un plan para el futuro». Los políticos de hoy, dice, «se han vuelto tan viejos que su único futuro es la muerte, ya sea dentro de un año, dos o cinco». Habla de ellos con especial virulencia, enumerando los distintos chanchullos y escándalos en los que están involucrados: un chanchullo de piel, otro de pienso. Hay una diferencia entre los delincuentes y los políticos, a quienes compara utilizando la clásica metáfora tomada del cine que se emplea en Bombay:

—La diferencia es que todos los delincuentes hacen su trabajo en la pantalla, a la vista del público. Los políticos en cambio trabajan detrás de la pantalla, donde el público no puede ver. Es lo mismo, tanto si trabajas detrás de la pantalla como delante de ella. Los políticos son aún más delincuentes que nosotros. Nuestras luchas son entre nosotros, pero esa gente está arruinando el mundo entero. —Está claro a qué partido apoya en Bombay—. El Shiv Sena ha arruinado Maharashtra, mientras que bajo el Partido del Congreso se han hecho bien las cosas.

Le pregunto si está satisfecho con su vida.

—El ser humano es incompleto. Lo persigue una cosa u otra toda su vida. Obre bien o mal, nunca está satisfecho consigo mismo. Lo que yo quería ser de mayor, hacerme militar, el sueño que tenía, se torció desde el principio. ¿Qué sueño debería tener, qué debería desear para el futuro? —me pregunta. Vuelve a emplear el lenguaje de Bollywood—: Adónde te lleva la vida, el FIN, solo lo sabe Alá.

¿Le pesa algo?

—Un hombre que comete malas acciones no puede creer que son buenas. Creo que algo salió mal o que me equivoqué en algo.

Le pregunto cómo reconcilia, como hombre que afirma ser buen musulmán, su religiosidad con ser un asesino.

—La enemistad y la religión no tienen nada que ver la una con la otra. Las dos tienen su lugar en la vida. Algunas medidas se toman por la religión. No solo yo, también usted lo hace. —La *gangwar* nunca acabará—. Los enemigos mueren, pero no la enemistad. Cuando un enemigo muere, nace otro. —Luego se defiende a sí mismo—. Mi mayor logro es que nunca he hecho nada a un hombre inocente. No mato a nadie para extorsionarlo. —Además, afirma—: No obtengo dinero con amenazas. Tengo tantos negocios que no me hace falta. —Puesto que todas las extorsiones se hacen por teléfono, señala, hay mucha gente que extorsiona en su nombre. Recientemente, han muerto dos marwaris utilizando su nombre. Cuando la policía necesita cerrar casos, le atribuyen a él toda clase de asesinatos con los que no ha tenido nada que ver—. No está bien que se asesine por extorsión.

Aun así, el capo parece ser plenamente consciente de haber participado en «malas acciones».

—Lo que está mal está mal. Un pecado es un pecado. —El castigo llegará después de la muerte—. Pero a un hombre se le debería dar la oportunidad de mejorar. Si se le imputa lo que no ha hecho no puede dar marcha atrás. Su vida se convierte en —y utiliza la expresión inglesa— un viaje sin retorno.

Se me agota el crédito de la tarjeta y se corta la comunicación. Al cabo de un minuto suena el teléfono de Shoab y el secretario me pone de nuevo con Shakeel. Oigo bocinazos de fondo; tal vez está en un coche, o el ruido entra por una ventana abierta. Explica de nuevo que no tiene mucho tiempo.

—Pero pensé que, ya que viene de Estados Unidos... —Me está recordando de nuevo la gentileza que está teniendo conmigo—. Debería mostrarse al público nuestra verdadera cara. Nuestra imagen ha sido muy dañada. —Pero

eso se aplica a todo—. La gente que te quiere y la gente que te odia. —Al final, me pregunta—: Dígame: ¿qué piensa de mí?

Es una pregunta extraña. ¿Le preocupa mi opinión, está ansioso por gustar, o está tratando de averiguar lo que voy a escribir sobre él, para poder detenerlo a tiempo? Mientras hablo con él, sus hombres están inclinados sobre mi ordenador, leyendo lo que tecleo. Tengo que andarme con pies de plomo.

—Habla como un poeta —replico, conociendo a mis compatriotas.

El capo queda satisfecho con mi respuesta. Me ofrece un regalo.

—Cualquier cosa que necesite de mí, en cualquier momento, solo tiene que pedírmela. Dele su número de teléfono a mis hombres o contacte conmigo a través de ellos.

Es un gran favor de alguien que tiene poder absoluto para concederlo. Supongo que es su forma de tener contentos a los periodistas. El gobierno tal vez daría una casa; las compañías ofrecerían un viaje de placer; el capo de una organización mafiosa me ofrece la muerte de mis enemigos. Me está ofreciendo algo que la compañía puede dar. Le doy las gracias y le digo que no tengo tal necesidad en estos momentos.

—Muy poca gente me entiende —dice al final de nuestra conversación. Lo dice con cierto orgullo.

Cuando me despido de Zameer en el vestíbulo del hotel, él me repite el ofrecimiento de Shakeel.

—Cualquier problema que tenga en Bombay. Un trabajo gratis. Así lo ha dicho el *bhai*.

Mi niñez estuvo llena no tanto de violencia como del miedo constante a la violencia. Suspiraba por tener a alguien que me defendiera contra los bravucones de mi colegio o de mi edificio. Ahora al menos tengo mis protectores: Ajay Lal, Kamal, Shakeel en persona. Eliminarán a mis enemigos. Los tipos duros, los Amos del Último Pupitre de mi colegio, han crecido y ahora son amigos míos. Ahora voy por el mundo con otro estatus, una

sensación de seguridad diferente. El capo me ha ofrecido un trabajo gratis.

Más tarde, cuando repito esta historia a amigos íntimos en Bombay, en Nueva York, veo en sus ojos una expresión nostálgica mientras empiezan a hacer listas de la gente que eliminarían si se les concediera tal favor. Solo hablan medio en broma, y yo me quedo sinceramente escandalizado con algunos de los nombres que me dan: ex amantes, colegas del trabajo. Las mujeres están más interesadas que los hombres en utilizar semejante regalo. Si los hombres sueñan con matar a alguien, quieren hacerlo ellos mismos, apretar el gatillo, clavar el cuchillo. Las mujeres en cambio necesitan que lo haga otro. La mayoría de los nombres que tienen en mente son de personas que han querido mucho y que ahora odian con la misma pasión. Cada uno de nosotros, empiezo a descubrir, tenemos un círculo de allegados con cuya muerte fantaseamos.

Me guardo el favor en el bolsillo como una pata de conejo; me hace sentir seguro mientras deambulo por Bombay, y me muestro más tranquilo, más tolerante, con la gente que me amenaza. Sé que puedo hacer algo si realmente me provocan. Saberlo me vuelve magnánimo, me hace perdonar desaires. Me convierto en mejor ser humano porque sé que puedo hacer matar a quien se me antoje.

En abril de 2000 dos *shakha pramukhs* son asesinados a tiros por hombres de Shakeel. Sunil y Amol están en las calles, paralizando las actividades comerciales de todo Jogeshwari, retirando los *rickshaws* de las calzadas y obligando a las tiendas a bajar las persianas. Se llama a la Policía de Reserva del Estado. El Shiv Sena está en pie de guerra en la asamblea. Exige la dimisión del gobierno del Congreso a raíz del «colapso de la ley y el orden en el estado». El gobierno entero busca a los asesinos de los *pramukhs* del Sena. Ajay Lal me explica por qué han matado a uno de ellos. «Se tiraba a una chica

musulmana —dice, con el alborozo de quien cuenta con información impublicable—. Y a Shakeel no le gustan los *kafirs* que se meten con sus chicas. Dijo: “Liquidadlo”.»

Girish está cada vez más asustado. Me telefona el domingo por la noche.

—¿Se ha enterado de los últimos asesinatos de hombres del Sena? El trabajo lo hizo nuestro amigo.

Kamal le enseñó dos bocetos de los asesinos que la policía había hecho publicar en los periódicos. Se pedía a todo el que reconociera a esos dos hombres que se pusiera en contacto con la policía. Girish reconoció a Satish y a Mickey.

Telefono a Kamal. Me dice que Zameer dio la orden y Satish y Mickey la ejecutaron.

—Se han convertido en superestrellas.

La Compañía-D se está vengando ahora de los cuarenta o cincuenta miembros de la banda que fueron asesinados por el anterior gobierno del Sena. Bajo los auspicios del más amigable gobierno del Partido del Congreso está yendo a por los *shakha pramukhs*; y la policía, que era tratada a patadas por los *pramukhs*, no ve con malos ojos a los hombres de Shakeel.

Una vez más estoy en posesión de información peligrosa. Conozco a los dos asesinos que está buscando todo el cuerpo de policía; hasta Ajay ha identificado erróneamente al autor del trabajo de los *shakha pramukhs* como Nilesh Kokam, que posteriormente muere de un tiro. La policía, que está removiendo cielo y tierra para encontrar a Satish, mata a mucha gente que no ha tenido nada que ver con el tiroteo; en veinticuatro horas mueren cuatro hombres en tres encuentros distintos. Pero yo sé cuáles son sus verdaderos nombres, qué comen, cómo aman, cuál es su relación con Dios. Sé quién los controla desde países lejanos. Y sé exactamente quién revelará bajo tortura sus escondites.

Llegado a este punto, abandono mi investigación sobre el hampa. Pero la

guerra de bandas nunca acabará. Porque, en esencia, no se trata de gánsters contra policías o de una banda contra otra. Se trata de un joven con un máuser contra la historia, personal y política; se trata de revolución, asesinato por asesinato.

SEGUNDA PARTE
PLACER

LA CIUDAD DE LOS DEVORADORES DE *VADAPAV*

Dariya Mahal ya pasó a la historia. Ojalá se derrumbe.

Fue un error necesario. No me despedí de Dariya Mahal. No sentí ninguna necesidad de estar en ese piso un segundo más de lo preciso. Había olvidado, aun a costa de mí mismo, cuánto me afecta el espacio físico donde vivo. Un par de meses después de encontrar la oficina de Elco Arcade, encuentro también, a través de un agente inmobiliario, un piso en Bandra al que puedo llamar hogar. Ningún miembro de mi familia ha vivido en Bandra; de niño me parecía un lugar tan remoto como la Patagonia. Era considerado como un barrio residencial habitado por católicos. Los únicos católicos que yo conocía eran los profesores de mi colegio, y la información que tenía sobre su estilo de vida la había obtenido a partir de las películas hindís, en las que las mujeres cristianas siempre llevaban pantalones cortos y los hombres siempre bebían en exceso. Me caían bien por esa razón. Al hacerme mayor me sentía más a gusto entre ellos que entre los gujaratis con los que había crecido, quienes, si te invitaban a cenar, te ofrecían una comida vegetariana deliciosa pero ninguna bebida alcohólica con la que abrir el apetito.

En el nuevo piso vivió una famosa actriz que había protagonizado algunas de las mejores películas del cine alternativo de los años ochenta, antes de su muerte prematura. Ahora lo alquila su hermana. La negociación del contrato no puede ser más diferente que la del piso de Dariya Mahal, que se redujo básicamente a un apretón de manos con el comerciante de diamantes. El contrato del piso de Bandra es el más largo y más detallado que he firmado

nunca. Partimos de una premisa, enérgicamente reafirmada por el agente, de desconfianza y recelo mutuos. Entre los bienes detallados en el inventario de la propietaria, a fin de que no nos los llevemos cuando abandonemos el piso, se incluyen las barras para las cortinas, el número y el tipo de apliques de luz de techo, y un portarrollos de papel higiénico. Revisamos cada frase, cada palabra, como traficantes de armas que examinan un tratado sobre misiles. Cuando terminamos, la propietaria no me estrecha la mano ni me desea buena suerte en su casa. Todo esto por un tercer piso en un edificio sin ascensor a una hora de distancia del centro. La Ley de Alquileres ha hecho de Bombay una ciudad de desconfiados.

Pero el piso es mucho más agradable y valen la pena todas las molestias que me tomo para conseguirlo. Los muebles de madera son austeros y elegantes, todo lo contrario que los del piso de Dariya Mahal. El piso también tiene vistas al mar. Frente a mí, un feo edificio rosa, pero más allá de él, a la izquierda, mi mar. Puedo dejar las ventanas abiertas y no entran escombros. Por encima, el cielo inmenso. Una casa limpia con la luz perfecta para posar para un retrato. Esta cambia a lo largo de la tarde, relaja. Luego llueve y entra la preciosa luz del monzón. ¡Estoy en la India y no veo gente! Una vista de lujo en la que dejar vagar la mirada, posándola tranquilamente en las palmeras, el mar que retrocede con la marea baja, las toallas que cuelgan inmóviles de las cuerdas de tender. Pero allá hay alguien. Una criada se asoma a la ventana del edificio de delante y recoge la colada. Bueno, una persona no está mal. En comparación.

Frente a la ventana del cuarto de los niños hay un almendro que una mañana me sorprende con una hoja roja entre las anchas hojas verdes; ha cambiado de color de la noche a la mañana, como pintada por un bromista.

En Bombay, nuestro estilo de vida después del primer año es muy parecido al

que llevábamos en el East Village. Empezamos a hacer amistades de nuevo, que se suman a las que ya tenemos. A estas alturas hemos acumulado un buen montón de amigos en tres continentes, tal vez no íntimos pero todos muy queridos. Por casa se dejan caer amigos, tanto los míos y los de Sunita como los comunes, de fuera de la ciudad —Bhopal, Nueva York, Nueva Delhi, Londres—, junto con mis hermanas y mis primos, y sin planearlo organizamos una fiesta. A nuestros amigos no les importa si esperamos a que lleguen para empezar a cocinar, ni les molesta trocear las cebollas y el jengibre. Mientras varios preparamos la comida en la cocina otros están tumbados en la sala, sosteniendo en equilibrio a mis hijos sobre sus barrigas o construyendo con ellos coches Meccano. Les ofrecemos cerveza y vino, y a veces una bebida más fuerte, así como una comida cuidadosamente cocinada y servida de modo informal. Algunos fuman porros junto a la ventana. Si hay música, mis hijos bailan. Vas de un corro a otro y te unes a la conversación: sobre el corredor tóxico de Gujarat por el que está luchando el amigo de Greenpeace; sobre fotografía y la exposición de Dayanita; o sobre si el amigo de Bhopal debería casarse con su última novia. También puedes no hablar, y ponerte y quitarte una toalla de la cabeza, haciendo reír a carcajadas a Akash. Hay quienes no se caen bien, gente que tiene buenos motivos para odiarse porque estuvieron enamorados en el pasado, pero han coincidido aquí por casualidad y tienen que llevarlo lo mejor posible. Después de la cuarta copa han olvidado sus diferencias. Las recordarán a la mañana siguiente con la resaca, pero por el momento solo existe el compañerismo etílico. Pronto, a una hora avanzada de la noche, cuando todo el mundo esté debidamente colocado, se servirá la comida en la mesa, a menudo de las mismas cazuelas en las que se ha cocinado, y será picante como el demonio para llegar a las papilas gustativas, amortiguadas por el alcohol. Mis hijos se quedarán despiertos hasta que todo el mundo se marche, a la una o las dos de la madrugada, o hasta que caigan rendidos. Esto resulta familiar. Es lo que nos gusta hacer de una velada, allí

donde estemos.

Otras cosas empiezan a cambiar para nosotros. Comenzamos por entender cosas simples: cómo negociar con los tenderos, los taxistas y los parientes. El hindi de Sunita mejora y aprende a no dejarse estafar por los criados. Ahora sabemos que no debemos ir a cenar a casa de nadie antes de las nueve y media. El primer año nos presentábamos a las ocho —según el horario de Nueva York— y esperábamos nerviosos tomando algo mientras los anfitriones se vestían, cocinaban y nos daban conversación, todo al mismo tiempo. Averiguamos dónde comprar sacacorchos, sábanas, orégano y ordenadores. Los niños no paran de caer enfermos, pero ya no nos preocupamos tanto. Todos los niños de Bombay enferman con la misma frecuencia. Es el aire viciado, el agua infecta, la mala comida... pero el país sigue teniendo mil millones de habitantes. Mil millones de habitantes flacos y a menudo enfermizos, pero vivos, algunos espléndidamente vivos.

Incluso en el piso de Bandra las cosas se rompen con regularidad. Todos los aparatos de aire acondicionado se estropean con una frecuencia pasmosa; el de mi despacho gotea periódicamente sobre mi cabeza mientras escribo. Durante todo el verano no hay agua corriente durante el día. Se va a las nueve y media de la mañana y vuelve a salir a trompicones de los grifos a las ocho y media de la tarde. Esto continúa hasta entrado el monzón. Al otro lado de mi ventana cae una cortina de lluvia; en el interior, en el lujoso cuarto de baño, una hilera de cubos de colores brillantes esperan bajo los grifos a ser llenados de nuevo. Pero lo que el primer año nos molestaba apenas nos inquieta el segundo. Nos levantamos pronto para llenar los cubos de agua y la racionamos. Si la criada no aparece en toda la semana, nos encargamos nosotros de limpiar. Si se parte en dos la cisterna de porcelana que hay sobre el inodoro, nos valemos de nuestros conocimientos recién adquiridos y no llamamos al fontanero sino al electricista, que es honrado y de fiar. El electricista pide la intervención del fontanero, pero cuando ve que este hace

las típicas chapuzas de fontanero, lo echa a patadas y hace él mismo el trabajo, reparando la cisterna con cemento. Es posible que nos sigan estafando, pero lo aceptamos como un impuesto para el recién llegado, y abandonamos la expectativa norteamericana de la decencia en los tratos económicos. Una noche estafo a un taxista. Nos lleva a casa a medianoche, cuando las tarifas suben, pero mi reloj se atrasa y le enseño la hora que marca: las 11.57. Acepta la tarifa baja. Bajo y Sunita me reprende. Me doy cuenta de que me he vuelto malicioso.

Aprendemos para qué sirven las «influencias». Cuando telefono al club WIAA y reservo una habitación para alguien de fuera de la ciudad, me dicen que no hay ninguna disponible. Poco después mi tío llama a un amigo, que utiliza su influencia, y milagrosamente se materializa una habitación, como el universo que se aparece de la nada. Había olvidado la diferencia crucial. Hay muy poco que hacer desde el anonimato, como miembro de la gran masa. Tienes que hacerlo a través de alguien. El encargado de las reservas necesita ese toque personal de un ser humano al que reconoce. Lo mismo ocurre con las reservas de tren, entradas de teatro, apartamentos y bodas. Tiene que haber una persona relacionada con otra que conozca a una tercera, y así sucesivamente hasta llegar a tu destino; el camino que recorre tu petición tiene que pasar por esa red de contactos. No puedes saltarte la cadena acudiendo directamente a alguien que no te conoce y con quien solo tienes contacto por teléfono. Entonces se convierte solo en comprador y vendedor, en una transacción en lugar de un favor. Una amiga de Bombay que fue a Londres me comentó que se había quedado horrorizada al ver que podía estarse un día entero —comprar billetes de metro, ir al teatro, comer— sin necesitar establecer un contacto personal. Cuando quieres hacer una reserva en un hotel de Matheran o comprar una entrada de cine en Metro, preguntas por ahí: «¿Quién tiene influencia?». Por eso la gente se queda en Bombay, a pesar de todo. Ha creado en ella una red de contactos; tiene influencia.

En Bombay el tiempo se paraliza los domingos. Un domingo por la mañana flota por todo Bandra y Khar el olor a curry de pescado hecho en cazuelas de tamaño familiar. En cualquier metrópoli la intimidad y el silencio son condiciones muy difíciles de alcanzar. Aquí ambas existen los domingos por la tarde. Duermes hasta el mediodía, te pegas una gran comilona con cerveza, haces el amor con tu mujer y vuelves a la cama. A media tarde paseas por Carter Road o vas al cine con las entradas que compraste hace tres semanas. También puedes llegarte a Punta Nariman, llevar a tu hijo a los tióvivos, contemplar el agua azul verdosa salpicada de cáscaras de coco, los altos edificios de Walkeshwar Road. Si deambulas por Fountain o Fort este día de descanso, podrás caminar por las aceras; las calles se revelarán tal como son en realidad: amplias, sombreadas por árboles, flanqueadas por palacios majestuosos. El domingo por la tarde es lo que hay entre la ciudad y una insurrección general. El resto de la semana la gente llega demasiado tarde a casa para hacer otra cosa que comer y dormir, como animales, movidos por necesidades animales. Los domingos nos volvemos humanos de nuevo.

Gautama empieza a hablar hindi *bambaiyya*, ese lenguaje tosco de carpintero. Está buscando su sitio en el país de sus mayores. Los niños del edificio juegan a Holi, y veo con sorpresa a mi hijo reírse con ellos, embadurnado de polvos y agua. El aparcamiento de abajo se ha convertido en un carnaval. Con todas las caras multicolores, nadie distingue quién es criado y quién *sheth*; todos están borrachos o colocados. Hasta puedes tocar a las mujeres; ese día puedes tocar a todas las mujeres.

En la India la gente es afable con mis hijos. La azafata de tierra de la sala de preembarque del aeropuerto nos sigue, nos prepara café, trae galletas para los niños. Entabla conversación con Gautama; discuten de los juguetes que cada uno tiene. Un hombre de negocios levanta la vista del periódico de la

mañana y habla con Akash en tamil. En la India mis hijos se dirigen con confianza a los desconocidos; descansan las manos en las rodillas de nuestros invitados, juegan con las *dupattas* de las mujeres. Cuando vuelvan a Estados Unidos tendrán que aprender a poner más distancia entre ellos y los demás. Tendrán que aprender que a la gente no le gusta que la toquen. Por supuesto, ha ocurrido aquí mismo, en las zonas de primer mundo de Bombay. Un amigo que ha vivido en Nueva York y que ha regresado se irrita con Akash cuando le toca cosas en su apartamento, como el equipo de música, y se sube a la mesa. Luego, en el taxi de regreso a casa, el taxista se vuelve y dice, sin preámbulos: «Los niños viven a la sombra de Dios. Lo que los adultos no son capaces de tolerar, si les hacen daño, no afecta a los niños pequeños».

Los ricos tienen el teatro, las fiestas, los viajes al extranjero. Los pobres tienen a sus hijos; son ellos los que los entretienen, los que los sostienen. Cuando vuelven en el tren de Virar a su casa, los niños todavía están despiertos; a la mañana siguiente les costará levantarse para ir al colegio; pero a los padres les gusta. Quieren ver a sus hijos durante la media hora que les recuerde para qué han estado trabajando. Ya sean asesinos, prostitutas, oficinistas, limpiadores de alcantarillas o actores de cine que luchan por salir adelante, todos viven para el momento en que llegan a casa y su hijita corre a su encuentro o se despierta de un profundo sueño y los riñe por no haber llegado antes. En vacaciones, se sientan en la única habitación viendo jugar a sus hijos con los de los vecinos, hablando de las costumbres, preferencias y excentricidades de cada uno, siguiendo sus contiendas como los bardos en las cortes medievales italianas. Por las noches puede que lleven al cine a los niños, a su hijo y al del vecino, que entren a hurtadillas a ver una película para mayores de cinco años y se sienten a su hijo en el regazo, coman dulces caseros preparados por su mujer y vean luchar y bailar a Amitabh Bachan, esas criaturas de la luz, hasta que el niño poco a poco se rinde contra su voluntad y se le cae la cabeza, y el aire acondicionado no funciona y el niño ya

tiene seis años, pero no pesa en el regazo del padre; es muy ligero, no pesa prácticamente nada.

¿De quién es la ciudad de Bombay? Bombay es la ciudad de los devoradores de *vadapav*, me había dicho Mama de la Compañía de Rajan. Es el almuerzo de los que viven en *chawls*, los carreteros, los golfillos; los oficinistas, los policías y los gángsters.

Pregunto en la oficina de mi tío quién hace el mejor *vadapav* de Bombay. Responden a la vez:

—¡Borkar!

Por la tarde, a la hora en que más aprieta el sol, me dirijo al centro de la ciudad en busca de Borkar. No dispongo de mucho tiempo; me han dicho que solo abre el negocio tres horas al día, de cuatro a siete, o hasta que se acaban los *vadas*. Camino por las estrechas calles, con el asfalto levantado por el centro que deja grandes hoyos al descubierto, dejo atrás un mercado de verdura, Kotachi Wadi, donde algunas de las casas viejas más bonitas siguen habitadas por sus primeros inquilinos católicos, los puestos de tarjetas de boda y la Jain Clinic, hasta que llego por fin a Borkar. Hay un pequeño grupo de gente, los hombres a un lado y las mujeres al otro, tendiendo su dinero. Borkar está sentado en su puesto friendo una nueva hornada. En un viejo tablero se lee:

Vadapav 4rs.

Vada 3rs.

Pav individual 1 rs.

Prop.: Borkar

Espero a que acabe de freír; la gente que me rodea hace lo mismo. Estoy tenso, con el dinero preparado. En cuanto sale el cucharón de la tinaja de

aceite hirviendo llena de *vadas*, buñuelos unidos por volutas de la masa amarilla del rebozado, empieza el frenesí. La gente agita bruscamente el dinero, billetes de diez rupias sobre todo; frente al ayudante hay un *thali* lleno de monedas de dos rupias. Nadie parece pedir solo uno. No todos conseguiremos un *vadapav* de esta hornada; los menos audaces tendrán que seguir esperando. El ayudante atiende primero a las mujeres. Ha echado chutney sobre los montones de *pav*: la mitad superior del interior del *pav* está bañada en chutney verde, y la inferior, en chutney de ajo rojo. Alarga la mano y, trazando un arco continuo con el brazo para abrir el *pav*, pone dos *vadas*, uno en cada nido de *pav*, y se lo entrega al cliente hambriento. Me alejo del puesto mientras presiono el *vada* contra el *pav*; la crujiente superficie se resquebraja y del *vada* sale la mezcla de patatas y guisantes. Doy un mordisco. Al masticar, la crujiente masa del rebozado, el trozo de *pav* dulce y suave que atempera el chutney picante, y las especias de la mezcla de *vada*, oscura de *garam masala* y salpicada de dientes de ajo enteros que parecen anacardos, forman una gran bola en mi boca de agradable sabor. Se me llena el estómago y tengo la sensación de que estoy comiendo algo nutritivo después de mucho llorar. Borkar ha hecho su *dharma*.

A continuación me encamino a la tienda de refrescos de Sikkanagar, sediento después del fuego del *vadapav*. Hay agradables mesas de formica a las que sentarse; se respira un ambiente tranquilo y relajado en el que beber a sorbos un refresco observando plácidamente la calle bulliciosa. En la pared hay una lista de *sherbets* en marathi; cada uno está asociado con una propiedad saludable. La esencia de *amla* es buena para los problemas urinarios, la ceguera nocturna y la irritación; se recomienda el *sherbet* de jengibre para las flatulencias, la bronquitis y los dolores menstruales. La mayoría de ellos son deliciosos y son una silenciosa subversión de la dominación mundial de las bebidas de cola. De hecho, puedes lanzar un ataque directo a Coca-Cola pidiendo una *cola masala*. Es la misma Coca-Cola que

conoces, el mismo líquido marrón espumoso, pero con limón, sal gruesa, pimienta y comino. Cuando te la sirven en el vaso, en cuyo fondo hay un par de cucharaditas de *masala* esperando para atacar el líquido, la bebida norteamericana espumea en perpleja cólera. El camarero, parado junto a tu mesa, espera a que desaparezca la espuma, vierte un poco más de Coca-Cola, espera unos minutos más y sirve el resto. Y hete aquí que se ha convertido en una Coca-Cola hindú. El invasor extranjero se ha introducido en el país. Ha sido aceptado en el panteón de bebidas autóctonas pero se le han añadido unas especias, un poco de chispa. La cocaína ha vuelto a la Coca-Cola.

Tengo la nariz roja y en carne viva por la contaminación que hay en el centro de la ciudad, pero no puedo apartar la vista del caos psicodélico del paisaje urbano. Hileras de tiendas pequeñas, cada una dedicada a abastecer a la ciudad de un artículo o un servicio muy específico, como cera para muebles, mecanografía, aceite capilar, petardos, chapatis asados, ataúdes, calzado hecho a mano. Estos negocios son regentados hoy por la cuarta generación de la misma familia, la cual vive en el piso superior del mismo edificio, pagando entre quince y cuarenta y cinco rupias de alquiler. Las tiendas están abiertas de once de la mañana a nueve de la noche; los dueños saben dónde conseguir el mejor *sherbet* de rosas o el mejor *sabudana khichdi*, con ese saber universal que tienen los pequeños comerciantes sobre la comida callejera. Cuando los familiares que viven fuera vienen de visita a la ciudad, sus recorridos turísticos no van mucho más allá de ese barrio. La tarde concluye, como a menudo la mía, con el último pase del cine Maratha Mandir. Los tenderos nunca ganan lo suficiente para marcharse de sus viviendas alquiladas, pero esa posibilidad es de todos modos impensable. Sus hijos heredarán ese negocio, que marcha bien desde los tiempos de los británicos. A lo largo de pacientes décadas se ha desarrollado un alto nivel de confort, de familiaridad.

Redescubro los restaurantes iraníes, que se encuentran entre mis lugares preferidos en Bombay para quedar con gente o sencillamente refugiarme del calor y hacer tiempo. Norte y guía de mi infancia fue el Café Naaz, en lo alto de Colina Malabar. Llegó a la ciudad junto con la independencia y tenía las vistas más bonitas y baratas de la ciudad. Cada vez que volvía a Bombay iba allí y me sentaba en la terraza más alta (pagando un plus de quince rupias por el privilegio) y, dominando todo Chowpatty y manteniendo a raya a los hambrientos cuervos, me bebía mi cerveza mientras me ponía al día con amigos de todos los países. Las fuerzas vengativas del gobierno municipal, empecinadas en destruir cualquier vestigio de belleza dentro de Mumbai, se abatieron sobre él. El Café Naaz había sido arrendado al municipio y hubo una disputa entre los miembros de la familia a la que pertenecía; la corporación municipal revocó el arrendamiento, mandó demoler el café y erigió en su lugar una estación de vigilancia del agua. Era demasiado bonito y barato para sobrevivir en el Mumbai moderno.

Los iraníes llegaron a Bombay a finales del siglo XX. Eran zoroastrianos que procedían de los pueblos más pequeños de Persia, como Yazd, no de las ciudades, y a los que no les iba demasiado bien en su país natal. Eran muy trabajadores, pero eran perseguidos por su religión en Irán. No tenían nada que ver con los parsis, zoroastrianos iraníes llegados a la India a partir del siglo VIII.

Los iraníes empezaron como comerciantes de suministros y se diversificaron abriendo panaderías y restaurantes. Se beneficiaron de la superstición que imperaba entre sus rivales hindúes según la cual era un mal auspicio montar un negocio en una esquina. Para los iraníes, en cambio, traía suerte; sus establecimientos se ven a ambos lados de la intersección, y son muy luminosos y bien ventilados. Están amueblados con mesas de mármol y sillas de madera de teca alabeada; de las paredes cuelgan los típicos retratos

de Zoroastro y espejos de cuerpo entero. Sobre la pila para lavarte las manos de la parte trasera suele haber una lista de instrucciones que el poeta Nissim Ezekiel escribió a partir de un poema completo:

*No escribas una carta
sin pedir un refresco.
No te peines,
el pelo estropea el suelo.
Compórtate con decoro en el reservado,
o nuestro camarero te denunciará.
Vuelve a visitarnos;
todo el mundo es bienvenido, sea cual sea su casta.
Si no te quedas satisfecho, dínoslo.
En caso contrario, recomiéندانos.
Dios es grande.*

En los iraníes se sirven cosas sencillas: té, café, pan con mantequilla (siempre Polson), galletas saladas, bizcochos, pan duro, bollos con mantequilla, huevos duros, bollos con conserva de picadillo de fruta, *pilaf* de frutos silvestres y *biryani* de cordero. Sobre todo, venden tiempo y sombra: una taza de té y la mesa te pertenece durante una hora mientras lees el periódico y observas el circo callejero. No tienen nada que ver, ni en precios ni en ambiente, con los restaurantes punjabis y chinos que hoy día causan furor entre la clase media. Tu familia no necesita hacer sacrificios para que comas aquí.

La clientela de los iraníes procedía de los trabajadores inmigrantes de la ciudad, que vivían ocho en una habitación y necesitaban comidas básicas y baratas, como un té con *brun maska*, pan duro con mantequilla. Si no podían permitírselo, pedían una *khara biscuit*. Era y sigue siendo un local donde

llenar la tripa para los que no pueden permitirse pagar más; el té infunde energía a los pobres por las numerosas cucharadas de azúcar que echan en cada taza. En la década de 1970, los *udupis* del sur de la India empezaron a reemplazar los iraníes que ahora empiezan a ser reemplazados a su vez por cervecerías. Muy pocos de los hijos de los dueños están interesados en continuar con el negocio; debido al hincapié que hace la comunidad en la educación, se han ramificado en distintas profesiones o se han ido a vivir al extranjero. De modo que algunos de los restaurantes iraníes se han convertido en bancos y grandes almacenes. Otros han cambiado a medias, dividiendo su interior en una zona donde se consume cerveza, la *permit room* o sala de permiso, y en otra estrictamente para té, la *family room* o sala familiar.

Uno de ellos es, junto con el Naaz, mi iraní preferido, el Brabourne, lleva en pie desde 1934. Antes era un establo. Recibió el nombre de lord Brabourne, el gobernador de Bombay en aquel entonces. Rashid Irani es uno de los propietarios del Brabourne. No tiene familia, pero sí tres o cuatro miles de libros en su piso; escribe críticas de cine y tiene las puertas de su casa siempre abiertas a escritores, pintores y cineastas de Bombay. El local de Rashid es uno de los últimos cuatro o cinco iraníes que no han subido de categoría. Sirve comidas sencillas: huevos, pan, carne de vaca picada, galletas, té. Hace doce años, Rashid añadió la cerveza a la oferta del local, y ahora por la tarde se llena en su mayoría de bebedores de cerveza, algunos esperando a que pase la hora punta antes del largo trayecto a casa.

—¡Qué forma más agradable de esperar! —exclama Rashid.

Rashid quiere que el Brabourne se mantenga tal como está. Ofrece una sensación de espacio que no se tiene en restaurantes diez veces más caros de Bombay. Durante un par de años de la década de 1970, el Brabourne experimentó con una máquina de discos en la que sonaba Pat Boone, Elvis Presley y canciones de películas hindis por cuatro *annas* el tema. «Tratamos de volvernos modernos.» Pero hubo un problema: la música. En el Brabourne

el camarero grita el importe de la cuenta en lugar de entregar un trozo de papel. Los clientes, de la vieja generación y, por tanto, duros de oído, dijeron: «Caray, no oímos lo que nos dice el camarero». De modo que se deshicieron de la máquina de discos y volvió la tranquilidad al Brabourne, donde el único ruido es el de los comerciantes de algodón ebrios al discutir sobre críquet.

El Brabourne tiene sus ritmos establecidos. Abre a las seis y media para los que quieren tomar su primera taza de té. A continuación entran los taxistas para desayunar *doll*, que es la versión parsi de *dal*, que se acompaña con *pan pav*. «Por la tarde no hay mucho color», como dice Rashid. Por la noche la gente va a tomarse su cerveza. Hay un gran mercado de ropa cerca y alrededor de las siete llegan los comerciantes textiles, que hablan sobre todo entre ellos. Viven en las afueras, y se toman un par de cervezas allí porque no pueden beber en su casa. A las diez Rashid baja las persianas.

—Para ser un bar, cerramos prontísimo —reconoce.

Casi toda la clientela es de cierta edad. Por las mañanas, de las seis en adelante, las mesas están ocupadas por clientes de toda la vida, parsis y católicos en su mayoría. Un grupo de cuatro o cinco ancianos parsis tienen su mesa favorita y se ponen muy nerviosos si se ven obligados a sentarse en otra. Si hay una sola persona sentada en esa mesa, ocupan la de al lado o la de enfrente, y se quedan mirándola en silencio. O se quedan de pie junto a ella y agobian al usurpador. «Es una manía», dice Rashid. Una vez cómodamente instalados en su mesa, discuten con vehemencia los temas de actualidad. Pero lo primero que buscan es la sección de esquelas del *Jam-e Jamshed*, el órgano de la comunidad, que da cuenta de la constante disminución de su comunidad.

Otro viejo caballero parsi llegaba cada tarde a las tres de la tarde. En cuanto los camareros lo veían sentado, ponían tres tazas frente a él. Quería, por motivos personales, las tres tazas de té simultáneamente, acompañadas de tres raciones de *brun maska* que untaba en una sola de las tazas. Tan pronto como llegaba se preocupaba de dejar sobre la mesa una moneda de cincuenta

paisas, de propina. La mayoría de los clientes del Brabourne, que son más ricos que él, no dejan propinas. Pero a ese caballero lo habían echado de su casa mediante engaños; pasaba el día entero en el templo del fuego de su misma calle y vivía de las limosnas que le daban los devotos. Así pues, observa Rashid, «ese hombre que dependía de las limosnas conocía el valor tanto de dar como de recibir». La fotógrafa Soonni Taraporevala en una ocasión lo fotografió, para su serie sobre parsis. Hizo una copia de la foto y se la dio. Él le echó un vistazo y se la devolvió. «¿Para qué?»

UNA CIUDAD EN CELO

Las ciudades como Bombay viven de noche. Por el día aúnan fuerzas para la noche. La ciudad se despliega lujosa tras la puesta de sol en las recepciones, estrenos, fiestas y cenas nocturnos; en los bares, hoteles, discotecas, prostíbulos y callejones. La noche no tiene hora; está libre de los rigores corporativos del día. Y la noche encierra posibilidades sexuales; aquel hombre tan elegante con su americana, esa mujer al otro lado de la habitación que enciende un cigarrillo.

—Cuando te cogen los de la Brigada de Investigación Criminal, lo primero que te preguntan es a qué mujer mantienes —dice Mohsin el sicario—. Casi toda la gente de esta profesión tiene una querida. —Algunos terminan casándose con ella. Pero solo lo hacen los gángsters, y eso se debe a una ausencia de honor por partida doble, explica—. Si yo no tengo *izzat*, ¿qué *izzat* va a tener ella?

Los gángsters, al igual que las chicas de alterne, se ven libres de las convenciones y las restricciones del honor.

En este momento, su amigo Anees, que vive al margen de la *gangwar*, me habla del cortejo de las chicas de alterne.

—En Bombay encuentras todos los gustos, todas las manías —empieza de decir. La ciudad está húmeda de sexo. En el peldaño más bajo están las prostitutas nepalíes, a las que recurren los *bhaiyyas* del norte de la India pagando entre treinta y cincuenta rupias la media hora—. Están a disposición de la gente. Ni siquiera las escupimos.

Para los chicos de las bandas solo existen las bailarinas. En Bombay hay varios cientos de locales que reciben el nombre de bares de alterne, cabarets o

clubes nocturnos. En los barrios de las afueras, como Chembur y Malad, parece haber uno en cada manzana. En ellos unas chicas completamente vestidas bailan en un escenario decorado de forma extravagante al ritmo de grabaciones de canciones de películas hindis, y los hombres van a mirar, a arrojarles billetes y a enamorarse. Ese mundo, al que tanto las bailarinas como los clientes se refieren como el negocio del espectáculo, es único en Bombay, y para mí es la intersección de todo lo que hace fascinante esta ciudad: dinero, sexo, amor, muerte y farándula.

El funcionamiento es el siguiente: un chico de las bandas empieza a frecuentar un club con asiduidad. Ve a una chica que le gusta y se imagina que la protege de los malos o la visualiza curándole las heridas tras un tiroteo o un encuentro. De modo que se acerca a ella al salir y le pregunta si pueden verse cuando cierren. Ella sonríe y le dice que vuelva al día siguiente. Él vuelve la noche siguiente y esta vez solo la ve a ella entre las bailarinas. Ella lo recuerda del día anterior y le sonríe un par de veces, y él pide al camarero que la engalane con mil o cinco mil rupias. Ella baila con un poco más de brío para él, sin dejar de mirarlo. Él se queda hasta que cierran y pide el teléfono a la chica. Ella le dice que vaya la noche siguiente, que lo estará esperando. De modo que él vuelve al club una y otra vez, y cada día arroja un poco más de dinero sobre la cabeza de ella, hasta que la noche que menos se lo espera, ella le pone apresuradamente un papel en la mano. En él está escrito el número de teléfono mágico y su nombre.

Al día siguiente él llama en cuanto se despierta, a las once de la mañana. No contesta nadie o, en el caso de las chicas más modernas, salta un contestador automático. Llama durante toda la mañana hasta que por fin, a la una o dos de la tarde, una voz soñolienta responde: «¿Diga?». Y así empieza su relación telefónica. En la gran ciudad anónima ella se convierte en un oído para él. Escucha los problemas que tiene con su mujer, con sus padres; lo entiende cuando no le van bien las cosas en el trabajo, se preocupa cuando no

come.

—¿Has almorzado? —pregunta.

—Sí.

—¿Qué has tomado?

—Oh, no lo sé... un *vadapav*.

—¿A eso lo llamas comer? Tomas cualquier cosa, no te cuidas.

—Voy a ir a tu casa para que me prepares algo —puede que diga él entonces, probando suerte.

—Hoy no, espero a mi hermano. Pero un día de estos voy a prepararte una comida con mis propias manos. No sé por qué, pero me siento bien contigo. Nunca he conocido a nadie que me comprenda como tú. ¿Vendrás al club esta noche? Estaré esperándote.

De modo que cada tarde habla con ella por teléfono y cada noche va al club, y ahora, cuando la ve en el escenario, hay cierta intimidad entre ellos. De toda la gente del bar, de todos los habitantes de la ciudad, ella es la única que conoce sus secretos. Es la única que le ha preguntado ese día si ha comido. Sentado a su mesa con fajos de billetes, fuma, bebe y no se cansa de mirarla, observa cómo gira las caderas al ritmo de la música que suena gracias a las cincuenta rupias que ha dado al camarero, se la imagina tumbada a su lado en la cama hablando con él, piensa en algún comentario que ella ha hecho cuando la ha llamado, que acababa de salir del baño y no había tenido tiempo de ponerse nada encima.

Ahora cada día quiere quedar con ella fuera del club.

—Vayamos un par de días a Khandala —propone.

—No. Me gustas mucho, pero no soy esa clase de chica. No soy como las otras chicas del club.

Él sigue yendo al club. Sigue arrojándole dinero. No para de pedirle que salga con él.

—Aún no, aún no —objeta ella.

Lo que no le dice, para que no deje de ir al club, es «Nunca». A estas alturas ella es el centro de las fantasías de él; él ve cómo ella lo mira en el club, de un modo tan distinto a como mira a todos los demás hombres. Cuando baila para otros hombres, él sabe que solo lo hace por dinero; en cambio, cuando se vuelve hacia él, cuando se detiene frente a su mesa, está claro que lo hace porque quiere. ¿No se lo ha dicho ella misma, esta tarde? Una noche que no pudo ir al club porque el *bhai* tenía un trabajo para él, ella lo llamó a primera hora de la tarde del día siguiente y casi gritó: «¿Dónde te metiste? ¡Estuve preocupadísima por ti! Tu trabajo es tan peligroso... Llámame siempre, siempre, si no vas a venir. Me pasé toda la noche mirando la puerta, esperando verte entrar. Las otras chicas se dieron cuenta y no paraban de tomarme el pelo: “¿Cuándo va a venir tu *chhava*?”».

De modo que él le propone ir a tomar un café, y una tarde, después de haber gastado mucho dinero la noche anterior, después de ver cómo sus billetes la hacen dar vueltas con un frenesí que deslumbra a todo el club, ella accede y queda con él ese sábado en el centro comercial Heera-Panna. Cuando él aparece, ella se alegra mucho de verlo y así se lo dice. Pasean por los pasillos del centro comercial, como un tipo corriente con su novia, como todas las demás parejas de Colina Malabar y Breach Candy que se dan cita allí, y él cree notar que algunos hombres la miran y acto seguido lo miran a él con envidia y admiración. Pasan por delante de una tienda de electrónica y ella suelta un gritito, se vuelve hacia él y dice: «¡Oh, qué exprimidor más bonito! ¿Sabes? ¡El médico ha dicho a mi madre que beba un zumo recién hecho cada mañana!».

De modo que, galante como es, él entra en la tienda y, sin preguntar el precio, dice al dependiente: «Ese exprimidor. Envuélvalo». Entran en otras tiendas. «¡Qué camisa más bonita —dice ella—. Le quedaría estupenda a mi hermano pequeño.» Como recompensa, ella puede que lo lleve a una tienda de

lencería íntima y pida al dependiente que les enseñe sus prendas más excitantes. Es posible que delibere sobre si comprar o no mientras sostiene el sostén sobre la blusa, o el tanga sobre la ingle, o que le pida que admire el material riéndose bobamente de su descaro. El dependiente ha visto todo eso antes, muchas veces, y hace bien su papel, enseñándole las prendas más caras, dirigiéndose al pretendiente con el respeto apropiado para un gran hombre, un mujeriego. Pide Coca-Cola para los dos, que tarda un rato en llegar, y entretanto ella sigue comprando, de modo que cada vez que el pretendiente hace ademán de irse, el dependiente protesta: «¡Pero los refrescos están a punto de llegar, señor!». Sabe que al tipo le da vergüenza preguntar los precios de lo que está comprando, de modo que pueden inventárselos sobre la marcha; al día siguiente la chica volverá con sus delicadas compras y negociará para que reparta con ella el botín. Pero, mientras tanto, el pretendiente está imaginándola con todas esas prendas puestas, el sostén de encaje rojo, las medias transparentes. Está resuelto a verla esa misma noche con ellas y a continuación sin ellas.

La salida de compras puede haberle costado más de un lakh. Tendrá que pedir al *bhai* algo de dinero y, a cambio, tendrá que matar o dar una paliza a alguien para la banda. Al salir de la tienda le dice a la chica con apremio: «Cuando salgas de trabajar esta noche te vendrás conmigo». Esta vez no aceptará un no por respuesta. Esta vez ella ve que él está resuelto a salirse con la suya y si no consiente lo perderá. La maldecirá y nunca más volverá al club, ni él ni su dinero.

De modo que ella dice por fin: «De acuerdo, esta noche». Y cuando cierre el club, él la esperará fuera y cogerán un taxi que los lleve a un hotel bueno, el Oberoi, el Taj o el Marine Plaza.

O, si la chica es más imaginativa, si hay en ella poesía, hará lo que Anees, el gángster, me dice que le hicieron una vez. Utilizará pájaros.

—Tienes que ir a Haji Ali y tomar un zumo a la una de la madrugada.

Haji Ali es donde se encuentra enterrado un santo sufí, y hay una carretera elevada que sale de la autopista para ir a su tumba, donde siempre hay una larga hilera de hindúes y musulmanes que acuden allí en busca de las bendiciones del santo. Cada año, con la marea alta del monzón, las olas derriban de la expuesta carretera elevada a varios de los devotos. Los taxistas se llevan un dedo a los labios y al corazón cuando pasan de largo Haji Ali. De noche se convierte en un centro de zumos. Cuando yo era adolescente mis padres solían llevarme a Haji Ali después de cenar en un restaurante. Nos quedábamos sentados en el coche mientras un hombre nos servía zumo recién exprimido a través de las ventanillas del coche. La brisa marina que llega del oeste es fresca y el zumo helado con un toque de *masala* te refresca y es bueno para la salud. Yo entonces no sabía lo que me dijeron Mohsin y Anees, que una de las personas asociadas con el puesto de zumos es un contrabandista de *brown sugar* («azúcar moreno»), que comercia con remesas importantes de heroína. Para mí solo era un bonito lugar donde tomar una bebida sin alcohol.

De modo que a la una de la madrugada el pretendiente esperará a la chica del club dentro de un taxi en Haji Ali y recorrerá con mirada expectante a cada persona que se acerque a él, cada coche que se detenga. Puede que ella llegue tarde, y que él piense que le ha mentado y que empiece a maldecirla. Pero ella por fin aparece y lo deja sin habla de lo hermosa que está. Va con minifalda, y cuando se sube al taxi, él se fija en los suaves y pálidos que son sus muslos. Huele a perfume. Lleva un vestido con los brazos al descubierto, o un sari y una blusa con la espalda al aire. No sonrío ni lo mira a los ojos. Recorre la acera con la mirada buscando algo hasta que por fin lo ve: un hombre con un par de jaulas sobre el hombro, llenas de pájaros.

Da al taxista un billete de cincuenta y le pide que se vaya a dar un paseo, que se tome un zumo. Luego llama al vendedor de pájaros, que se acerca. Dentro de las jaulas hay pájaros diminutos batiendo las alas, con los picos de distintos colores. La bailarina pide a su hombre que le compre unos pájaros,

seis por quinientas rupias («Si quieres divertirme más, compra una docena», aconseja Anees). A continuación sube todas las ventanillas del taxi y abre la puerta de la jaula, y todos los pájaros salen volando y llenan el taxi pequeño y oscuro con su energía y su música. Se ríe encantada y pide a su hombre que juegue con ella a atraparlos. Alargan las manos para coger los pájaros, que son pequeños y rápidos, y tienen que agitarlas frenéticos para por lo menos tocarlos. Mientras la chica y el ardiente pretendiente tratan de capturar un pájaro, a veces, sin querer, se rozan. Esto es algo nuevo para el hombre (recordad que hasta entonces no la ha tocado). Cuando un pájaro aterriza en el hombro de ella, él tiene que atraparlo, y si se aleja volando, la mano de él aterriza en el hombro. Si le roza el pecho al volar, vamos, está dentro de las reglas del juego que él haga todo lo posible por atrapar el pájaro, que tal vez sea un poco demasiado rápido para él, y al salir despedida la mano hacia delante podría toparse con otra cosa, más suave, más dura. Así es como todo el pequeño taxi Fiat se llena del canto de los pájaros, de las risitas de ella, de las carcajadas de él, y de vez en cuando, de un gritito femenino. Y así es como, por fin, la bailarina y su paciente pretendiente se ponen acaramelados en la parte trasera del taxi, rodeados por pájaros aterrados que baten las alas.

Al cabo de media o una hora se abre la puerta del taxi y media o una docena de pájaros muertos son tirados a la calle. Si alguno sigue vivo, se aleja sobre el vasto mar oscuro, libre al fin.

LAS DANZAS DE MONALISA

Empecé a ir a los clubes nocturnos porque estaba perplejo. No lograba entender por qué los hombres querían gastar allí unas cantidades tan descomunales de dinero. Una noche productiva, una bailarina de un club de Bombay puede ganar el doble que una stripper de clase alta en un bar de

Nueva York. La diferencia es que la bailarina de Bombay no tiene que acostarse con sus clientes, está prohibido tocarlas dentro del club y lleva más ropa que la típica secretaria de Bombay a plena luz del día.

Una noche un joven llamado Mustafá, que antes dirigía el negocio de ordenadores de mi amigo Ashish, me lleva a Worli. Al subir en coche por la avenida no vemos luces fuera del Carnival Bar. Son bien pasadas las doce y media, cuando se supone que cierran los bares. Pero avanzamos despacio. Un hombre sentado frente al pequeño callejón nos pregunta: «¿Hotel?». Nos bajamos del coche y aparecen otros hombres que aparcan enfrente. Nos hacen señas para que nos metamos en el callejón completamente oscuro y se me pasa por la cabeza que tal vez nos hemos equivocado de lugar. Pero de pronto en el otro extremo del callejón se enciende una pequeña linterna y nos acercamos a ella. Un hombre fornido nos saluda con un *salaam* y nos conduce hasta la siguiente linterna. Por fin llegamos a la entrada trasera del bar. Se abre la puerta y en el interior hay luz y música, corre el alcohol y no cabe un alma más a las tres de la madrugada, cinco salas hasta los topes. En una de ellas hay unas diez bailarinas; van vestidas solo un poco provocativamente con saris completos y blusas ceñidas con la espalda al aire. Dos de ellas tienen una cara tan aniñada que deben de haberse puesto relleno debajo de la blusa. Los hombres del público, dice Mustafá, son comerciantes de diamantes y banqueros. Me parece reconocer al hombre gordo sentado a la mesa de al lado. Es uno de los amigos de mi tío. Él también me mira un segundo más de lo que suele considerarse «con indiferencia».

Mustafá trabajaba en la Bolsa en los años de las vacas gordas. A mediados de la década de los noventa, los subcorredores de Bolsa llegaban a ganar dos lakhs al día estafando a un cliente, diciéndole que sus acciones se vendían un paisa por debajo del precio verdadero y embolsándose la diferencia, que esa misma noche despilfarraban, con tanta facilidad como lo habían obtenido, en los clubes nocturnos. El boom económico se acabó, pero Mustafá todavía está

aquí, bebiendo su ron con Coca-Cola y soda.

Los clientes hacen llover literalmente su dinero sobre las bailarinas: *paise udana*, lanzan los billetes al aire. Se acercan a la pista de baile y se quedan allí sosteniendo un montón de billetes sobre la cabeza de la bailarina escogida. Los billetes, en mano experta, recorren por el aire la distancia entre cliente y bailarina, y se abren formando un halo o abanico alrededor de la chica, envolviéndola de la suprema elegancia del dinero, y su riqueza aumenta enormemente el resplandor de su rostro, exaltándolo en esa ciudad tan sumamente comercial, hasta que el suelo acaba cubierto de rupias y los ayudantes corretean alrededor para recogerlos y apuntarlos en la cuenta de la bailarina.

Los admiradores más tímidos darán sus billetes a un camarero, que los dejará caer sobre la bailarina como si fueran naipes, presionándolos con los dedos y soltándolos uno a uno a toda velocidad, un chorro de papel con un objetivo más preciso, y más fácil de recoger y adjudicar a esa chica en particular. A otros clientes les gustan los juegos. Una bailarina llamada Kajal juega a la lotería con uno de sus clientes. Él se sienta en el club con diez trozos de papel, cada uno con una cifra escrita. Ella baila y coge uno de los papelitos al azar, y el cliente le da esa cantidad, que puede ir de mil a cien mil rupias. Hay otro hombre sentado a una mesa cantando las canciones con aire soñador. Frente a él hay un montón de billetes de diez rupias, y él sostiene dos a la vez en el aire al tiempo que canta, sin mirar siquiera a las chicas que se acercan bailando, los cogen rápidamente y se alejan corriendo, como peces de colores zampándose los trozos de pan que has tirado a una pecera.

También puedes adornar a la chica que escoges con una guirnalda de plástico cubierta de billetes de cincuenta, cien y quinientas rupias que le cuelgas del cuello y que ella lleva a lo largo de toda la canción que has pedido. Si estás enfadado con ella, si te has convencido de que lo único que quiere de ti es tu dinero, puedes arrojarle un montón de dinero a la cara o, en

un gesto aún más desdeñoso y despreocupado, no mirarla siquiera mientras, vuelto hacia ella, te tiras cientos de billetes sobre los hombros y sonríes al público. Y luego levantas las manos vacías al aire, como diciendo: «Esto es lo poco que significan para mí el dinero y la chica».

—¿Por qué hacen eso? ¿Qué van a recibir a cambio? —pregunto a Mustafá.

—Cinco minutos de atención. Hasta un mecánico puede venir y conseguir que estas chicas le hagan caso.

Es un lugar donde se funden las clases sociales, donde lo único que cuenta es el color de tu dinero. Porque no solo lo frecuentan mecánicos y *taporis*; también hay comerciantes y empresarios ricos del sur de Bombay, siempre rodeados de gente por el día y de sus mujeres gordas por la noche, para quienes tal vez ese sea el único lugar donde pueden mirar sin disimulo a chicas guapas, lo bastante jóvenes para ser sus hijas. En cuanto el cliente entra, se convierte en protagonista de una canción hindi hecha a su medida. Por viejo o gordo que sea, durante las dos horas que está en el club es una estrella de cine, es Shahrukh Khan. El cliente vive la canción que está sonando: canta con la música, echa la cabeza hacia atrás, mueve los brazos y canta a la chica que ha asumido el papel femenino en el dúo. Reproduciendo los mismos gestos del baile del vídeo original, ella mueve los labios como si cantara. Es un truco fácil; todas las canciones de las películas son en playback de todas formas. De modo que el cliente, en medio de otros cien hombres que están en su misma situación, puede alimentar una ilusión de individualidad.

Vinod Chopra, el cineasta, comenta que quiere ir a los clubes nocturnos a fin de documentarse para hacer una película sobre la ciudad. Nunca ha estado en ninguno, de modo que me ofrecí a acompañarlo una noche. Paresh, el guía que nos ha proporcionado Mustafá, nos está esperando alrededor de las nueve. Es un impresor de códigos de barras, un hombre grueso con los dientes

manchados de tabaco. El club al que nos lleva, el Dilbar, consiste en una habitación pequeña y baja en el segundo piso de un edificio, en un callejón que desemboca en Grant Road. Entre las bailarinas hay una con un andar algo más pesado que las demás. Es más alta, más corpulenta, más rubia, con una cara agradable, y apenas baila.

—Es Honey —dice Paresh.

La primera vez que oí hablar de Honey, la bailarina más famosa de todo Bombay, fue a través de Naeem Husain, el reportero de sucesos. Husain conocía el gran secreto de Honey: es un hombre en realidad. Cuando nos la presentan a Vinod y a mí, le doy cien rupias y le digo que estamos escribiendo una película, y si podríamos hablar con ella. Se muestra muy educada, pero cuando añado que me gustaría quedar con ella fuera del club, adopta la clásica estrategia bombayita del No. Dice que solo puede «la semana que viene». No quiere quedar ahora porque han venido a verla unos parientes.

Vamos al segundo club, que está a solo un par de manzanas de distancia.

—Antes la gente venía a Bombay para ver la Puerta de la India —dice Paresh mientras un segurata uniformado nos abre bruscamente una puerta—. Ahora vienen para conocer el Sapphire.

¡El Sapphire! En mi niñez era un mundo aparte. Mientras traspongo la puerta, se me hace la boca agua pensando en un plato que ya no como: pollo tandoori. Aquí era donde nos llevaba mi padre los sábados, cuando yo era pequeño, para que nos diéramos un banquete con la carne rosa más deliciosa, tan fresca que me parecía oír el cloqueo de las aves que estaban matando en la cocina. «Restaurante de primera categoría», se leía en el letrero de la entrada, en medio del barrio comercial de Grant Road. Después, paseando por Marine Drive, era libre de hacer a mi padre todas las preguntas que quisiera (cuántos aviones volaban y por qué Indira Gandhi había impuesto el estado de emergencia), que él respondía despacio, con paciencia. El Sapphire era el acontecimiento fundamental de todas esas noches de domingo.

—Es como una película hindi —comenta Vinod.

Hemos entrado en una secuencia de una canción de Bollywood. En la parte delantera hay dos salas, cada una con un escenario ligeramente elevado encima del cual hay unos focos de colores que iluminan a las chicas que bailan al son de las canciones de películas. Los saris de gasa que llevan podrían haber salido de una película de Yash Chopra, y los cholis con la espalda al aire de una de Sooraj Barjatya. Las bailarinas están haciendo todos los movimientos que he visto en la pantalla grande. En la parte trasera hay otras tres habitaciones más: el salón de teatro, la sala VIP y el gran *mujra hall*. En el salón del teatro hay sofás colocados en pendiente como las gradas de un estadio, para que las chicas no tengan que inclinarse para hablar con los clientes y todos puedan ver bien. La sala VIP es pequeña y selecta, y los sofás están colocados alrededor de la pista de baile, lo que permite la máxima intimidad con las bailarinas. Se parece a mi piso de Dariya Mahal, todo lleno de espejos, dorados, esculturas y frescos clásicos europeos. Los espejos tienen grabados unos dibujos de maharajás a los que unas bailarinas dan de beber vino. Te sientas en el *mujra hall* y te relajas estirando las piernas cuando de pronto te das cuenta de que tienes las botas apoyadas sobre pechos femeninos. Cada mesa está soportada por una escultura de una mujer desnuda de cintura para arriba que sostiene el tablero de cristal con las manos y las rodillas. Los pechos de arcilla son grandes y puntiagudos, como una pequeña cordillera. Entre las salas hay un camerino. El espejo está bordeado de adhesivos de distintos dioses y diosas —sobre todo diosas— a los que rezan las bailarinas.

Fue Jaiman quien me la señaló por primera vez.

A Jaiman, el primer director marwari de *Playboy* en su edición rusa y amigo mío de Nueva York, le rondaba por la cabeza la idea de llevarse a una

chica de la India de vuelta a Moscú para su revista. Había viajado por todo el país: Delhi, Rajastán, y ahora Bombay. Quería una chica, un ejemplar de la belleza sensual de la India, para deleite de sus lectores eslavos. Yo había oído hablar del Sapphire a Mustafá, y un par de meses antes de ir allí con Vinod había estado por primera vez en él con Jaiman.

Nos fijamos en ella mientras bailaba la nueva versión de la canción «To Brazil» de los Vengaboys. Allí estaba ella, en medio de las chicas más o menos recatadas del escenario, la más alta, la que tenía el pelo más largo y la sonrisa más radiante. Todas las demás chicas se desdibujaron y desaparecieron, como cuando en una película acercan la cámara a la heroína andando por la calle entre una multitud.

Jaiman se quedó totalmente prendado de ella. Le pareció la mujer más guapa que había visto en la India y la única abiertamente sexual. «¡A la mierda las niñas bien de Bombay! ¿Quién las necesita?», había exclamado después de varias noches de flirtear sin éxito con las chicas ricas de Bombay. Esa joven tenía una forma de dar la espalda al público, inclinarse hacia delante y balancear despacio el trasero que era toda una exhibición de mímica sexual, al estilo perruno. Estaba... presentándose. Luego se volvió de nuevo hacia el público y esbozó una sonrisa, una sonrisa de adolescente. Tenía unos labios carnosos y sensuales, cuello esbelto, ojos grandes y nariz chata. Jaiman le dio unos billetes de cien rupias y trató de decirle por encima de la música que era el director de *Playboy* y que le gustaría verla cuando cerrara el local. Ella le pidió que volviera al día siguiente; él le explicó que salía para Moscú a la mañana siguiente. En ese caso no podrían verse, replicó ella.

Sin embargo, fue lo bastante amable para decirle cómo se llamaba. La llamaré Monalisa.

Esta noche en el Sapphire no hay ni una mesa libre. Pero enseguida nos buscan

asiento; piden a unos clientes que se levanten. Esta vez, Monalisa va vestida con un sari amarillo y un choli. Aparece por detrás de donde estamos sentados para hablar con Minesh, otro amigo de Mustafá. Es un hombre bajo y medio calvo de poco más de treinta años, con gafas y camisa amarilla. Ella me reconoce de la última vez que estuve allí, o finge hacerlo, y dice: «¡Hola!». Minesh me la presenta, luego señala a mi compañero y pregunta a Monalisa si lo reconoce. «¿Has oído hablar de Vidhu Vinod Chopra?» Ella abre mucho los ojos y la boca, como si acabara de entrar un amigo o una hermana de quien no ha sabido en mucho tiempo. Se cambió de nombre y se puso el de la heroína de una de las películas de Vinod, nos informa Minesh. Ella se apresura a volver al escenario. Durante la siguiente canción no baila, hace un casting. Todas las demás bailarinas actúan exageradamente imitando las películas de alguna actriz. Una está tratando de ser Madhuri, otra Manisha. Pero los bailes de Monalisa surgen del calor de todo su cuerpo; aprendió a bailar mirándose al espejo. Vinod no aparta los ojos de ella. «Si fuera de Colina Malabar estaría en la cima del mundo del cine», dice valorándola profesionalmente.

Al lado de ella hay una joven —aunque todas lo son— con un sari azul y una blusa, mirando al público sin bailar, moviendo la boca; por fin aparece un pequeño globo rosa, que se hincha y revienta. Un señor mayor blanco está haciendo mucho ruido. Tiene en la mano un billete de diez rupias que las chicas se resisten a tocar. Al final una lo coge, más por educación que por otra razón. Perdido en su antiguo imperio, es el hombre más tacaño del tugurio.

Monalisa regresa a nuestra mesa. Me echo hacia delante con un billete de cien rupias en la mano, y le digo que estoy escribiendo un guión con Vinod y que nos gustaría hablar con ella. Ella aparta el dinero (la primera vez que una bailarina de un club nocturno rechaza mi dinero), escribe su número de teléfono en un trozo de papel y me lo da. Esta es la magia del cine.

Un par de días después, Monalisa entra en el café Sea Princess de Juhu y, mientras se acerca a mí, todas las cabezas se vuelven para mirarla, las de los hombres con lujuria, las de las mujeres con odio. Lleva una camiseta sin mangas de Ralph Lauren, vaqueros y zapatos de plataforma; por debajo de las tiras de la camiseta asoma un sostén negro de encaje. El escote parece bronceado; en realidad, está rojo de haber jugado a Holi el día anterior. Tiene el pelo recogido en una coleta alta; se disculpa por ello. «Acabo de ponerme aceite capilar.» Hace solo quince minutos que se ha despertado.

—A su derecha hay una chica vestida de marrón —dice—. Mírela. —Miro con naturalidad hacia la derecha—. ¿Ve el hombre que está con ella? —Es mucho mayor que ella, rollizo y moreno, con bigote. Están sentados en el mismo lado de la mesa, estudiando sus respectivas cartas—. Es una de las chicas. Nos hemos reconocido en cuanto he entrado.

Me habla del club en el que trabaja y de sus bailarinas. En el Sapphire están las mejores chicas de la ciudad, bailarinas expertas y sexys de buena figura y gran estatura, atractivas y de pelo largo. La mayoría vienen del pueblo; hay muy pocas nacidas en Bombay. Son introducidas en el mundillo de los clubes nocturnos a los trece o catorce años, por sus padres, una hermana mayor o un agente; cuando cumplen los veinticinco años son demasiado mayores para continuar. Viven en los alrededores de Foras Road o en la Congress House, donde el alquiler por una habitación pequeña y sórdida es de unas exorbitantes diez mil rupias y la fianza es de siete lakhs y medio. Pero se sienten más seguras en un grupo grande. Todas tienen móvil y algunas conducen su propio coche. La mayoría están ahorrando para enviar dinero a sus padres del pueblo, para comprarse una casa con lo que ganan. Detrás de cada sueldo hay cien bocas, señala Monalisa.

Los clientes del Sapphire pueden ser muy jóvenes, chicos recién salidos de la adolescencia que se han escapado de casa y no tienen mucho dinero. Monalisa no tiene tiempo que perder con esos niños. El siguiente grupo de

edad comprende a los chicos de entre veinte y veinticinco años, «guapos, jóvenes y buenos. Son los que enamoran a las chicas». Pero ella no puede expresar su afecto en público, no puede declarar su lealtad. «Allí todo funciona a base de ego. Si una chica habla demasiado con un cliente, él creerá que es toda suya. No sabrá valorarla.» De modo que cuando una chica de alterne pierde la cabeza por un hombre, si es lista, hará bien en mantenerlo oculto.

El único propósito de los clubes de alterne, explica ella, es conseguir que el cliente se enamore y hacerle creer que ella le corresponde. Le pregunto cómo se las arregla, qué hace para que un hombre se enamore de tal modo de ella que se obsesione y gaste todo su dinero y su tiempo en ella.

Ella me explica sus técnicas, los secretos de la cortesana. Cuando ve a un hombre arrojar por primera vez dinero en el club, ella le presta toda su atención y le sonríe. (Y en la sonrisa de Monalisa hay poder. Te hace sentir un poco menos chapucero de lo que te has vuelto.) «Todo el mundo me desea físicamente —explica ella—. Lo primero que ven es el cuerpo. En el Sapphire el cliente me ve físicamente y luego me ve bailar. Creen que soy muy rápida y de alta fidelidad. No me importa. ¿Qué puedo hacer?» Todos los días, cuando hablan por teléfono, ella le sonsaca al hombre sus problemas en casa. «Tengo rabietas y le digo que me compre eso y aquello, como una niña mimada.» Una vez que se establecen lazos, «le digo: “Hablarás solo conmigo y con nadie más”. Cuido de mis clientes como una mujer cuida de su marido; soy solo tuya. Soy toda tuya. Soy toda tuya».

En su fuero interno el hombre sabe que en esa ciudad nadie es de nadie, pero se deja engañar por esa agradable ilusión de que Monalisa lo ama tanto que tiene celos si él habla con otras mujeres. El sustento de las bailarinas y su seguridad dependen de un conocimiento microscópico de los hombres: qué los hace duros, qué los vuelve blandos. Cabe la posibilidad de que cuando el cliente consiga a la chica y obtenga lo que quiere, deje de verla. Puede que

entonces diga a sus amigos: «Me la he tirado, tú también puedes hacerlo». De modo que una chica tal vez se acueste fácilmente con un cliente que sabe lo que quiere y no se deja engatusar, y en ese caso cada uno pilla lo que puede. Pero no se acostará con un cliente «decente», con escrúpulos o dulzura de carácter, porque a ese podrá exprimirlo durante mucho tiempo. Los buenos chicos pagan por los malos.

Si Monalisa no quiere acostarse con un cliente, se muestra exageradamente respetuosa con él, se hace amiga suya, o se convierte en su hermana o su hija, hasta que él poco a poco deja de pensar en ella de modo sexual. Ella lo acaricia. «Eres tan bueno.» Puede que él esté cachondo y empalmado, que quiera hablar del cuerpo de Monalisa; ella desvía la conversación hacia su corazón. «Cuando empieza a cuidarme como si yo fuera una niña, sé que está enamorado.» Al cabo de un tiempo él se da cuenta de que su amor no es correspondido e inevitablemente rompe la relación. O ella se abandona a su merced, una niña perdida en la gran ciudad. «Por fuerte que sea un hombre en apariencia, ante una chica se rinde por completo.» Esto se aplica sobre todo a los empresarios, hombres que tienen que ir a una oficina y responder por otros, lo que los hace madurar. Ella pide protección, y siendo un pez gordo en Bombay, él no puede negarse. La adopta. No puedes follar con tu hija adoptiva.

Si dos de sus clientes fijos aparecen en el Sapphire al mismo tiempo, tiene que cuidar de ambos. «Sonríe primero a uno y luego al otro.» Monalisa tiene clientes de toda la India y del extranjero: Estados Unidos, Dubái... Le gustan los clientes de fuera de la ciudad; en su mayoría son hombres de negocios maduros que no le preguntan continuamente dónde estuvo la noche anterior. Ella tiene que darles *izzat*, los llama de vez en cuando por teléfono y les presta toda su atención cuando van a Bombay. Pero no tiene que perder el tiempo cada día en largas conversaciones telefónicas como hace con los clientes de Bombay.

Hay chicas que tienen mucho éxito con los árabes, que pagan muy bien; otras lo tienen con los malayalis o los sijs, a quienes ella odia porque dicen cosas obscenas. Monalisa goza de especial popularidad entre los turistas occidentales que van al Sapphire. «¡Eres tan picante!», le dicen. Por desgracia, no saben gastar el dinero. Le ofrecen billetes de un dólar y ella se ríe de ellos.

El hombre que estuvo más obsesionado con ella era un contratista de cemento maratha de Latur. Había habido un terremoto allí en el que habían muerto quince mil personas. Él estaba relacionado de algún modo con el gobierno; se habían desviado varios millones de los fondos destinados a la reconstrucción y parte de ese dinero fue a parar a Monalisa. El hombre fue al Sapphire durante seis meses, y cada vez gastó en ella decenas de miles de rupias. En una ocasión estaba en Hyderabad y la echaba tan dolorosamente de menos que la llamó y le dijo que necesitaba ver su cara. De modo que le envió un billete de avión de ida y vuelta al sur de la ciudad; ella subió al avión por la mañana, se reunió con él en el aeropuerto, habló media hora y volvió a Bombay en el mismo avión. Por esa fugaz visión de su cara el tipo le pagó cincuenta mil rupias.

Las chicas de los clubes nocturnos que quieren ganar más dinero organizan fiestas privadas, que suelen celebrarse en residencias privadas. Hay dos tipos de montajes: el del Partido del Congreso, donde no puedes tocar a las chicas, solo verlas bailar; y el del Partido Janata, donde el público es libre de tocar y manosear, una batalla campal. Algunas incluyen un striptease en un escenario, con una orquesta, cantantes, camareras. Una noche pagaron a Monalisa para que participara en un espectáculo de este tipo en un barco que iba a zarpar de la Puerta de la India. Ella empezó a bailar, y los hombres se levantaron e hicieron lo propio. Bailaban muy cerca de ella, manoseándola, metiéndole dinero por el escote y por la cintura, pegándose a ella. Cuando terminó la canción ella subió a cubierta. Abajo se quedaron otras dos bailarinas. Ella vio

a una entrar en una habitación aparte, frente a la cual se formó una cola de clientes. En dos horas la chica recibió a veinte hombres, «unos iban fuerte, otros suave, algunos mordían». Todo lo que recibió Monalisa fueron mil rupias por una canción; ella no es una prostituta.

Hace un rato, mientras quedábamos por teléfono, Monalisa me ha dicho: «Tengo una aventura con Minesh. Desde hace un año». Pienso en el hombre que conocí en el club, uno de esos tipos profesionalmente brillantes pero socialmente ineptos, e intento imaginarlo con la magnífica Monalisa. No lo consigo. No puedo visualizarlos a los dos en el mismo fotograma.

—Nadie querrá casarse conmigo —declara Monalisa.

—De ningún modo. Alguien se casará contigo —replico yo.

—No, nadie lo hará. Aunque surgiera el amor, ¿cómo iba a integrarme en su familia? ¿Y si fuera con él a alguna parte y alguien me reconociera, uno de los clientes del club? Vienen hombres de Rajastán y Bangalore para verme. —Además, no le interesa casarse—. Sé valerme por mí misma; no vivo a costa de nadie. No quiero tener que pedir a mi marido cinco mil rupias para ir de compras. —Luego reflexiona—: Ninguna chica de mi edad gana tanto. Yo gano lo suficiente. Y lo gano con *izzat*. —Debería parecerme extraño oír decir a una mujer que la mayoría de la gente considera una prostituta que se gana la vida con honor, pero no es así—. Todos los hombres me dan *izzat* —dice.

Izzat es el concepto más importante en el mundo de los clubes nocturnos, más deseable que el sexo, más duradero que el amor.

Ella ama Bombay como es debido. Florece en esta ciudad como no podría hacerlo en Delhi o como no lo haría en Nueva York. A diferencia de las chicas de Colina Malabar, donde crecí, Monalisa no tiene ningún deseo de ir a Estados Unidos. «Bombay está bien.» En diez años, dice, la India será tan libre como Estados Unidos. A Monalisa le gusta la libertad que le da el dinero. Se compró un Maruti 800, lo dejó hecho polvo y lo cambió por un Maruti Esteem de más categoría. Le encanta ir de compras. Cuando termina de

trabajar en el Sapphire, Monalisa se recorre las discotecas de la ciudad, a menudo sola. «Hago de todo. Bebo, voy a la disco, juego a bolos. En Bombay pasa de todo. Puedo llevar la ropa que quiero con toda libertad. ¡Qué libre es la vida en Bombay!» Mientras Monalisa deambula por la ciudad, se mueve con confianza en sí misma. En una discoteca, si ve a un chico guapo con una novia que lo vigila celosamente, se asegurará de acercarse a él a la salida, cogerlo por el cuello, acercar la cara a la de él y decirle: «¡Eres guapísimo!». Se ríe. La próxima vez irá solo.

Monalisa no se considera guapa. Se ve atractiva, sexy. Me da sus medidas de motu proprio: 81-71-91. Estuvo una vez en 1900, la discoteca del Taj, y hasta el ídolo del cine Shahrukh Khan se detuvo para mirarla cuando la vio.

Le señalo el cuello. Lleva un hilo negro alrededor, con el nudo delante.

—¿Qué es?

—Es mi *mala*. De la diosa Meldima del templo Surendranagar. Le tengo mucha fe. —Hace votos por ella.

Le pregunto qué estudios tiene. Me dice que hasta el décimo curso, en una escuela gujarati.

—¿Eres gujarati? —Estoy estupefacto.

Ella asiente y sonrío, dejando ver unos dientes desiguales. Su familia es de Amreli, en Aurashttra. Su verdadero nombre es Rupa Patel. La miro de otro modo. Ahora la siento más cerca de mí. Muy pocas bailarinas son gujaratis, aunque sí lo son muchos clientes. A veces uno de sus clientes que está al corriente de sus orígenes pide la canción «Dil Lagi Kudi Gujarat Dit», que es una oda a una chica gujarati, para que ella baile. Monalisa y yo tenemos en común algo más: los dos somos de familias que se han ganado la vida con piedras preciosas. Su padre y su hermano eran cortadores de diamantes. La misma Monalisa trabajó unos meses en una fábrica de diamantes de las afueras, cortando diamantes en bruto «con el pelo untado en aceite y vestida con un *salwaar kameez*». El trabajo no iba con ella y lo dejó.

Volvió una vez a Amreli. Le pregunto qué ocurrió.

—Los perros se pusieron a ladrar —responde.

Creció en Bombay, en un suburbio de Kalina.

—La que me dio a luz me metió en esto —dice.

No la llama «madre», que es un término que reserva para la diosa. Sus padres se divorciaron, y su madre, una camarera en un club de alterne, la introdujo en el mundillo de los clubes nocturnos a los diecisiete años. Ella la odia ahora, se fue de casa y vivió seis meses sola, y apenas la ha visto en tres años. Pero todavía le envía dinero a veces. No se habla con su padre, que está en Gujarat.

Monalisa se ha planteado dedicarse a otra cosa que no sea bailar en los clubes nocturnos, como trabajar de modelo, por ejemplo. Pero ha oído decir que necesitas a alguien que te apoye o te explotan; te llevan a un lugar y te dicen: «Tienes que acostarte conmigo, o se acabó todo».

—Así es tu mundo —me dice.

—¡Ese no es mi mundo! —protesto.

Saco el móvil y marco el número de Rustom, el fotógrafo de moda. Lo conocí cuando pensaba alquilar una habitación en su apartamento para utilizarlo como estudio; al final no se la alquilé, pero me hice rápidamente amigo de él, atraído por su disparatada visión parsi de Bombay. Promete ir a verla al club; si le gusta lo que ve, le hará una sesión de fotos.

Cuando estoy a punto de dar por concluida nuestra conversación, de pronto me fijo en las marcas.

Ella ha vuelto una mano para coger algo de la mesa y me fijo en los cortes que le recorren el dorso, le rodean la muñeca y se extienden hasta la parte interior del codo. Se repiten en el otro brazo. Arriesgo.

—¿Qué tienes ahí? —pregunto.

—Son cortes. —Se los mira—. Aquí me pusieron ocho puntos. —Luego señala una serie de marcas en la piel—. Son quemaduras de cigarrillo.

Recorro los cortes y las quemaduras con el dedo.

—¿Quién te los hizo?

—Yo.

—¿Por qué?

—Una fue después de irme de casa. La otra cuando rompí con un novio.

Lo ha hecho unas cuatro veces, con una cuchilla de afeitar. Su último intento fue hace tres meses.

—¿Por qué?

—Estaba sola. Aburrida.

Ahora no afluye suficiente sangre a las palmas, por las veces que se ha cortado las venas. Tiene la muñeca cubierta de cicatrices y marcas, como una carretera sucia. No puede levantar nada pesado. Uno de los intentos fue tan serio que se le desprendió la mano de la muñeca y tuvieron que juntársela de nuevo en el quirófano. Tenía veinte años.

Al marcharnos ella dice que vive a cinco minutos de allí.

—Así que ven a verme alguna vez.

Pienso en lo que eso significa. ¿Me está invitando para tener relaciones sexuales? No, porque no me diría que fuera a su casa. Me propondría subir a una habitación del hotel en el que estamos. Se trata de un «Ven a verme alguna vez» en el mejor sentido indio: ven a casa a comer, de invitado.

—Ven tú a verme alguna vez —respondo.

Salimos del hotel de cinco estrellas y de nuevo todas las miradas convergen en ella, y en mí por mi asociación con ella. Tiene una forma de mover la cabeza —la he visto antes, en Nueva York, entre las jóvenes—, una sonrisa y un ligero cabeceo hacia delante y hacia atrás que son africanos de origen. Le gusta que la miren, que se fijen en ella.

Rustom es un hombre reconocido en su profesión. Las chicas lo adoran. Se

acuestan con él. Luego se hacen amigas suyas y eso se demuestra en las fotos que le dejan tomar. Está en esa edad en que la actual generación de modelos «es la única hornada con la que podré acostarme sin sentirme un pederasta».

Llevo a Rustom al Sapphire para que vea a Monalisa. Al lado de las demás bailarinas, Monalisa es una flor de loto entre lirios. En la secuencia de la canción que interpreta es la heroína y las demás son el coro. Esta noche va vestida toda de negro: falda negra y choli negro que le cubre los pechos pero le deja toda la espalda al aire. Baila con brío; es un ejercicio duro descender hasta el suelo girando las dos mitades del cuerpo a distintas velocidades, con el ombligo como centro de gravedad y el pelo largo ondeando a su alrededor. En la pista de baile la joven gujarati se convierte en un animal que no tiene suficiente espacio para moverse, y cada parte de su cuerpo se tensa y activa contra el confinamiento: piernas, nalgas, pecho, brazos, labios, pelo, ojos.

Rustom la ve junto a las demás con el ojo de un fotógrafo publicitario experimentado.

—Los de los anuncios de champús se volverían locos con ese pelo —dice de Monalisa—. Es una Protima Bedi rejuvenecida.

Pero desplaza la mirada hasta una joven vestida de rosa que está de pie detrás de ella sin bailar en realidad. Es más menuda que Monalisa y tiene un hoyuelo en la barbilla.

—A esa podría darle trabajo mañana mismo —dice. Es lo que buscan los de publicidad para vender a la extensa clase media india—. Dulce. De cara redonda y aspecto *filmi*, no amenazador.

Es lo que funciona con las películas hindis y los productos de consumo. Agradable. Un reflejo de los tiempos que corren. Todo debe ser dulce, bonito y alegre.

En su opinión, Monalisa es la más atractiva de las dos. Pero tanta energía resulta perturbadora en un anuncio que pretende vender una crema facial o un sari. Las mujeres no reaccionarían bien ante alguien que rezuma un poder

sexual salvaje como Monalisa.

—Será mejor que se meta en el cine —dice Rustom—. ¿Tiene buena figura?

—No lo sé. No lo he comprobado.

En mitad de las danzas sensuales, Monalisa hace una pausa para rezar, y los hombres de las mesas la observan con avidez. Ella deja de girar las piernas, de balancear las nalgas, de recoger los billetes para darnos la espalda a todos y ponerse en comunión con su diosa. Es una actividad sorprendentemente íntima la oración.

Rustom recorre la habitación con la mirada.

—Es como una versión suave de un antro de striptease. —Alrededor de él hay hombres desesperados por estar con una mujer. El fotógrafo de moda reflexiona sobre su profesión—. Doy gracias a Dios por hacer lo que hago. Dios es bueno conmigo. —Levanta la mirada y asiente.

Cuando me deja frente a mi edificio, veo a un hombre que estoy seguro de que he visto en el club esta noche. Está esperando el ascensor, con el móvil en la mano. Es de mediana edad y lleva camisa y pantalones de oficinista.

—Ahora va a despertar a su mujer y a cumplir con sus deberes maritales, después de lo que ha visto en el Sapphire —digo.

—No me casaré jamás —dice Rustom.

Llevo a Monalisa al estudio de Rustom para que vea su trabajo y se tranquilice al comprobar que no es un pornógrafo. En el estudio está Marika, que en este momento es la modelo más solicitada del país y que parece una chica corriente vestida con un *salwaar kameez*.

—Saliste en el vídeo de Bhatti —dice Monalisa con un hilo de voz.

Después de mirar las fotos, mientras nos vamos, Monalisa me habla de la modelo.

—Ella también tiene cortes.

—¿Qué?

—Lo he visto, en los brazos.

Rustom más tarde me lo confirma. He visto a Marika al menos media docena de veces, pero nunca me he fijado en los cortes. Monalisa se ha dado cuenta a los cinco minutos de conocerla. La bailarina ha notado cierta tensión en la cara de la modelo, se ha fijado en que hablaba un poco demasiado y se reía un poco demasiado. De modo que le ha mirado las muñecas. Más tarde me entero de la historia de la modelo. Es la amante de un hombre casado con tres hijos. Durante un año la joven desapareció; nadie sabía adónde había ido ni con quién. Luego volvió y cautivó de nuevo el mundo de las modelos publicitarias: su cara y sus ojos claros se utilizan para promocionar toda clase de productos. Es más que una querida; se ha casado con su amante en una ceremonia secreta en el templo. Él está relacionado con el hampa y amenaza con matar a todo el que se acerque más de la cuenta a ella. De modo que Marika le es fiel, por miedo o por amor. Invita a su casa a un puñado de gente que no se conocen entre sí y sugiere que vayan todos a casa de alguien, y de pronto recibe una llamada en su móvil y desaparece el resto de la noche, dejando a sus invitados moviéndose incómodos en casa de un extraño.

Su amante nunca dejará a su mujer, de modo que Marika señala el paso del tiempo en sus muñecas. En la ciudad debe de haber una fraternidad de estas mujeres que se han cortado las venas y han sobrevivido, y que se reconocen mutuamente de forma automática. La hermandad de las rajadas. La top model de la India y la mejor bailarina de Bombay tienen en común los brazos marcados por su angustia, como los tatuajes de una banda.

Una tarde Monalisa viene a buscarme al apartamento de Bandra, sobre la Elco Arcade, que utilizo como oficina. Va vestida con sencillez, de un modo nada provocador, con una camiseta a rayas y unos vaqueros negros. Pensábamos ir a

comer a un restaurante, pero dice que no tiene hambre y yo me he tomado un sándwich poco antes. Necesitamos un lugar para hablar, de modo que subimos al apartamento. Tengo que hacer un esfuerzo para que no me tiemble la mano cuando introduzco la llave en la cerradura.

Una vez dentro, me ofrezco a preparar café con hielo. Ella entra en la cocina conmigo y, mientras sirvo leche en los vasos, se sienta en la encimera, con las piernas colgadas sobre el borde. He tenido invitados en el apartamento antes, pero ninguno ha hecho eso nunca. Es un gesto informal y espontáneo, y me doy cuenta de que hace mucho tiempo que no estoy a solas con alguien de esa edad. Me observa preparar café divertida.

—Te has olvidado del azúcar —señala, riéndose.

Hacia el final de la tarde, el azucarero está vacío; a Monalisa le gusta el café muy dulce. Al día siguiente me fijo en que lavó las tazas y las colocó pulcramente en la encimera. No me dejaría lavar los platos ni servir comida; no es cosa de hombres.

Me ha traído un regalo de un viaje reciente a Ahmadabad. Es una carpeta forrada de tela para mis papeles, hecha a mano en Gujarat, donde nació. Su madre le dio la bienvenida al mundo arrojándola por encima de la barandilla del porche.

La Que Dio a Luz a Monalisa se crió en un orfanato. Los hombres iban allí para seleccionar a una chica con la que casarse. El padre de Monalisa llegó con tal propósito, vio a una chica bonita y se casó con ella contra la voluntad de su familia. Se fueron a vivir a su pueblo, con los seis hermanos del padre, sus mujeres e hijos. La mujer no tardó en recibir palizas de él y del resto de la familia.

Al año y medio de nacer Monalisa ella dio a luz a otro hijo, un varón. Eso fue motivo de júbilo en la familia, ya que uno de los hermanos no tenía hijos. Habló con el padre de Monalisa y este le pidió a su mujer que renunciara a su hijo recién nacido para dárselo a su hermano. «Mi madre no tuvo voz ni voto

en el asunto», explica Monalisa. Tuvo que vivir toda su vida sabiendo que su primogénito crecía en alguna parte del pueblo y no tenía ningún derecho sobre él. Monalisa no ha visto a su hermano desde que era niña. «Ahora ni lo reconocería.» Pero la pérdida enseguida fue compensada. La madre de Monalisa tuvo otro hijo, Viju, con el que le permitieron quedarse.

La familia se trasladó a vivir a Bombay. Vivían en un suburbio, un *zopad-patti*. Su madre empezó a tener una aventura con un hombre que le daba dinero. Cuando el padre se enteró, tomó veneno. Su mujer lo llevó al hospital y cuidó de él. En cuanto mejoró, él se divorció de ella y se fue al pueblo, llevándose a los niños consigo. Monalisa tenía cinco años entonces. La familia de su padre vivía en una gran casa en el pueblo, con búfalos en el jardín. Creció jugando a las canicas. «Incluso cuando era pequeña solo jugaba con niños.»

«Quería mucho a mi padre», dice, hablando en pasado. Cuando apenas era un bebé estuvo tan enferma que su familia hizo preparativos para su entierro. Un buen día ella se incorporó y gritó: «¡Papá!». De niña siempre fue la princesa de su padre. «Si él veía que me caía una lágrima de los ojos, me decía: “No es una lágrima, es una perla; no la malgastes”.» Sin embargo, las mujeres del clan familiar guardaban rencor a Monalisa y a su padre porque él estaba divorciado y no cuidaban de ellos. Eran tacañas con la comida; contaban los chapatis de cada plato antes de sentarse a comer. Cuando Monalisa tenía diez años él regresó a Bombay, vivió con su mujer otra vez y volvió a dejarla. Pero esta vez dejó a Monalisa y a su hermano pequeño con su madre. Al cabo de un tiempo se casó con otra mujer, con la que tuvo dos hijos.

—Yo no sabía que mi padre se marcharía —dice Monalisa. Le dijo que se iba al pueblo y que volvería—. Cuando descubrí que mi padre tenía otra mujer, pensé: «¿Se ha olvidado de mí? ¿El que tanto me quería? Nunca acudiré a él».

Monalisa no ha hablado con su padre en diez años. Hace poco él llamó al

Sapphire; ella se negó a ponerse al teléfono para hablar con él.

Su madre encontró a otro hombre que la mantuviera y le pusiera un piso. Monalisa recuerda que era amable con ella y su hermano. Luego su madre lo dejó, o él la dejó a ella, no se acuerda. Un día en pleno monzón Monalisa volvía a casa del colegio caminando por la mediana de la carretera, y levantó la cara hacia el cielo y se mojó completamente, como les gusta hacer a todos los niños de la ciudad. Cuando su madre se enteró, se puso furiosa, como hacen todos los padres, pero su furia llegó al extremo de sacar a Monalisa del colegio para siempre. Su madre ha intentado periódicamente terminar lo que empezó cuando su hija salió de su útero. Se abalanzaba sobre ella con el cucharón de madera que se empleaba para golpear la colada. Tenía marcas por todo el cuerpo antes de que empezara a hacérselas ella misma. Durante días la niña no podía levantarse de la cama debido a las palizas. Si su madre creía que coqueteaba con chicos, le pegaba. Si no había suficiente sal en los platos que cocinaba, le pegaba. Mientras su madre se divertía, Monalisa se veía obligada a cocinar y a hacer la colada; era poco más que una criada. A los diecisiete años estaba tan acostumbrada a las palizas de su madre que se sentaba en el suelo y, abrazándose las rodillas, se fumaba un cigarrillo mientras su madre la atizaba. En un momento dado huyó de casa, pero la policía la encontró y la metió en un orfanato. La experiencia fue aterradora; era el único lugar peor que su casa. Casi todos los niños procedían de los suburbios y a las niñas las entregaban a los políticos. Algunas, a los trece años escasos, se quedaban embarazadas.

De modo que Monalisa, en su adolescencia, se quedaba en casa cuando todos los que la rodeaban iban al colegio, y cuando su madre salía veía la televisión. Allí descubrió el mundo que había fuera del suburbio donde vivía, mucho más allá de su salvaje madre y de su padre que la había abandonado. En la pantalla de televisión descubrió un mundo de gente joven que solo vivía para bailar. «Veía MTV, Channel V, y tenía una sensación extraña. Fuera

ocurría todo eso. Pensé que debería tener novios, no relaciones sexuales ni nada parecido, pero ir con chicos. Quería vestirme de ese modo, con pantalones cortos. Me gustaba mucho bailar. Quería ser libre.»

Empezó a presentarse en secreto a los concursos de baile de los suburbios. Mientras crecía le habían puesto el mote de «caballo» o «pato», por sus piernas largas y su estatura. Pero ahora eso era una ventaja; salió la primera en uno de los concursos, bailando una canción de Ila Arun, «Resham ka Rumaal». Eso hizo que los chicos del barrio le hicieran caso. «Había una cola de chicos fuera de mi edificio esperando verme.» Algunos la besaban, la sentaban en su regazo. Cuando su madre se enteró, le dijo que le había concertado un matrimonio. El hombre en cuestión tenía veintiocho años, Monalisa, dieciséis.

Monalisa recibió instrucciones de reunirse con su prometido en Punta Nariman. Decidió confesarse con él. Le dijo que tenía novio y le suplicó que comunicara a la familia de Monalisa que no quería casarse con ella por razones personales. Pero el prometido no respetó la confidencia y contó todo a la madre de Monalisa, quien volvió a pegarle salvajemente, esta vez con ayuda del hermano menor. Sin embargo, durante la paliza Monalisa se rebeló y les replicó. «Me puse furiosa y les dije que nunca me casaría.» Fue entonces cuando la madre de Monalisa la llevó a un club llamado Deepa para que actuara. Ya que no iba a casarse nunca, la introduciría en el negocio del espectáculo.

Cuando le pusieron alrededor del cuello la primera guirnalda de billetes de cien rupias, se echó a llorar delante de todo el público. Como gujarati, le habían inculcado el respeto al dinero; eso era vergonzoso. Pero las otras chicas fueron amables con ella. La enseñaron a maquillarse. Enseguida se adaptó a ese mundo. Los clubes de las afueras no funcionan como los de la ciudad. Allí una buena bailarina puede hacer una «entrada individual», es decir, es la única en el escenario. Una noche típica consistía en dos solos y seis dúos. En los clubes de las afueras tenía su propio camerino. Entraba en el

despacho del dueño y se sentaba en su butaca; él le sonreía, la consentía. De Deepa fue a Night Lovers, a Natraj, a Jharna, a Ratna Park. Desde el principio tuvo fama de bailar sexy. «Bailaba sin miedo.» También sabe dejar ver el cuerpo mientras baila. «Exhibirse es un arte. Enseñar pero tratar de esconder.» En el mundillo de los clubes nocturnos se la considera una *awara*, una perdida.

En el Jharna un hombre de cuarenta años iba a verla cada día. Conocía bien ese mundo y frecuentaba los mejores clubes nocturnos en busca de chicas muy jóvenes a las que pudiera tratar como niñas. Cada día daba a Monalisa entre quince y veinte mil rupias, y ella quedó un día con él fuera del club. Empezaba a gustarle. «Era decente conmigo. Me cuidaba como a una niña.» El tipo era un productor de cine llamado Hari Virani. Su mujer se había tirado por la ventana del sexto piso donde vivían dejándolo con dos hijos, de ocho y diez años. Él empezó a dar dinero también a la madre de Monalisa.

El clásico eufemismo de desvirgar es *nath utarna*. Un marido maratha, antes de hacer el amor con su esposa virgen la noche de bodas, le quita con delicadeza el gran aro de oro que lleva en la nariz; es la primera persona que tiene la prerrogativa de hacerlo. Desvirgar a una bailarina de un club nocturno tiene su propio ritual. Cuando una de ellas pierde la virginidad se habla de *sar dhakna*, o cubrimiento de la cabeza con un velo, la primera muestra de vergüenza. Se prolonga todo lo posible. Cuando un cliente está deseoso de desflorar a una bailarina virgen, como lo era Monalisa entonces, se pone en contacto con la madre. Averigua cuál es el precio habitual; una chica como Monalisa pediría cinco lakhs como mínimo. Si hay competencia, la madre tratará de que haya una pequeña puja diciendo al cliente: «Que la chica crezca un poco más». Los parientes de la joven hacen muchas negociaciones, a veces durante años.

Hari no quiso esperar tanto. Una noche pidió a Monalisa que cenara con él en el Sunn'Sand Hotel y que telefonara a su madre y le dijera que se

retrasaría. Cuando ella llegó allí, descubrió que él había reservado una habitación. Él se abalanzó sobre ella. Ella estaba muy asustada y le pidió que parara. «Le dije: “Bájate, bájate ahora mismo. No me gusta esto”. Pero él me forzó.» No la violó, pero casi; no hubo seducción, no exactamente. Fue más bien un engaño. Cuando volvió a casa, su madre supo que había perdido la virginidad en cuanto la vio. «Lo supo por mi forma de andar.» Se la había dado a Hari gratis, dice, porque estaba enamorada de él. Si hubiera llamado en mitad de la noche ella habría acudido corriendo. Él le contó toda su vida: que dormía en las aceras cuando llegó a la ciudad, y cómo prosperó en la industria cinematográfica. Prometió ponerle un piso en Lokhandwala. La protegió, la envolvió en su poder.

Un día Hari pagó a la madre de Monalisa veinte mil rupias por llevarse a su hija a Indore, donde estaba preparando un guión. El guionista le dijo: «Me gusta esta chica». Primero le hicieron beber dos botellas de cerveza fortificada; era la primera vez en su vida que Monalisa bebía. Luego el guionista le pidió que se acostara con él. Hari, que los observaba, le dijo que hiciera con ella lo que quisiera. Pero para entonces el alcohol había surtido efecto en Monalisa y vomitó. «Luego, como es natural, nadie me tocó.» Debió de sentirse terriblemente dolida. Pero se desquitó, se desquitó a su manera infantil: «Hari cayó en mi estima».

A los pocos meses las exigencias de dinero por parte de su madre, que había detectado un blanco fácil, aumentaron de una manera desmedida. De modo que Hari, que tenía las ideas muy claras acerca de lo que convenía que durara una aventura con una bailarina, la dejó al cabo de seis meses, aunque con muchos miramientos. «Él creía que yo lo quería tanto que temía que fuera capaz de hacer algo contra él.»

Una mañana temprano la madre de Monalisa la despertó y la puso de patitas en la calle. En la casa de su tía, Monalisa había ido al templo y había dado dinero a la diosa, a quien consideraba su verdadera madre, y eso había

molestado a la que le había dado a luz. Monalisa se marchó; se instaló primero con su tía y al poco tiempo en un piso de Byculla que alquilaba por mil rupias al mes. Esa fue la primera vez que trató de suicidarse cortándose las muñecas.

Luego Samar apareció en su vida y la salvó. Fue el 15 de septiembre de 1996 en Ratna Park; nunca olvidará esa fecha. Monalisa tenía un amigo llamado Adi, uno de los muchos hombres a los que consideraba hermanos. Con los meses yo iba a oírle hablar de muchos más «hermanos». La relación fraternal es una forma segura y efectiva de neutralizar la atracción sexual, y está cargada de mito y significado en la India. Cuando Monalisa dice a alguien que lo ve como un hermano, él no solo dejará de verla como una amante, sino que se sentirá obligado a protegerla.

Adi había cogido sin permiso el coche de su padre. Tenía un brazo alrededor de su chica, y llevó a dar una vuelta a Monalisa y a otro joven. El amigo de Adi era un chico musulmán guapo de dieciséis años y medio, un año menos que ella, y se llamaba Samar. Fueron a dar una vuelta en coche; es posible que llegaran hasta Lonavla. Mientras avanzaban, otro coche se acercó deprisa por atrás y, adelantándolos, les cortó el paso. El padre de Adi se bajó del coche que los perseguía, iracundo. Abofeteó a su hijo y a Samar, pero no dijo una palabra a las chicas; comprendió inmediatamente que eran chicas de alterne. El padre se llevó a Adi a rastras, la otra chica se fue a su casa, y Monalisa y Samar se volvieron el uno hacia el otro.

—Fuimos a mi casa y no salimos de ella en tres días. Durante dos o tres meses no paramos de hacer el amor. Nunca nos cansábamos. Cada día. Dos o tres veces al día, y luego de noche, después de unas copas. Cuatro, seis, diez veces al día. Lo hacíamos como locos.

Al cabo de tres días, Samar fue a su casa para coger dinero. Volvió al lado de Monalisa y la luna de miel continuó; por la noche iban a las discotecas, a los pubs, deambulaban por la ciudad iluminada. Él quería saber todo sobre su vida. Monalisa había dejado de trabajar. Samar había abandonado sus estudios

y su gran familia. Una noche, dos semanas después de conocerse, él la llevó a un club llamado Sapphire. Allí podría ganar mucho más de lo que ganaba en Ratna Park, dijo. Fue el consejo profesional más sensato que nadie le ha dado nunca.

—Aún ahora me asusta mucho el mundo. Si hubiera estado sola hasta ahora, me habría arruinado. —Pero, por la gracia de la diosa, encontró a Samar—. Miré a Samar y con él descubrí en un año el amor que no había encontrado en diecisiete años.

Samar era nieto de un hombre llamado Karim Lala, que en los años setenta había sido el principal capo de Bombay, líder de la banda de Pathan. Samar tenía una forma peculiar de hablar, una especie de *shaan*, de bravuconería. «¡Ya verás lo que conseguiré en seis meses! ¡Me voy a ir a Dubái y verás cuánto dinero hago!», decía a Monalisa. Era una aventura de alto voltaje. «Vivíamos como niños, nos peleábamos a menudo.» Una vez, Monalisa discutió con él y salió a la calle con escasa ropa encima. Dos conductores de *rickshaw* vieron ese apetitoso bocado por la calle y se acercaron a ella. Le dijeron que fuera con ellos, pero ella se sintió amenazada y regresó, y se lo dijo a Samar. Él bajó a la calle, se quitó el cinturón y azotó a los dos *rickshaw wallahs*, que retrocedieron hasta la cuneta. «Es *mohammedan*. Tienen esa cólera, y no quieren perder lo que es suyo.» Samar le dijo que no se vistiera de ese modo, pero ella no le hizo caso. «Él quería que me vistiera como una *mohammedan*. Pero le dije: “Soy gujarati”.» Ella no cedió siquiera el día que conoció a los padres de Samar. Fue en la boda de su hermana. Se puso un sari negro y una blusa minúscula. Cuando pasó a su lado, su padre se volvió hacia Samar y preguntó: «¿Quién era esa madame?».

Monalisa conoció a la hermana y a la abuela de Samar. «Él decía: “Solo he querido a mi abuela y luego a ti”.» Pero no hubo forma de que la familia de Samar aceptara a Monalisa, de modo que Samar hizo lo que hacen muy pocos clientes: se marchó de casa y se fue a vivir con ella. Su familia la odió por

ello. Él no les habló del trabajo de ella. «Si hubieran descubierto que yo era bailarina no le habrían dejado vivir, de modo que tuvo que mentir.» Cuando él se marchó de casa, ella compró un piso en Mira Road en el que vivieron juntos; ella también lo mantenía a él. Porque Samar no tenía ingresos. Era apenas un adolescente.

Una noche fueron de marcha a Madh Island, y bebieron y bailaron en la playa. Al volver de madrugada pasaron por una calle, y Monalisa dijo a Samar: «Esa es mi casa». Su madre vivía allí. Samar decidió ir con ella a conocer a su madre. Cuando aparecieron en la casa, la madre amenazó con llamar a la policía; Monalisa seguía siendo menor de edad y podían obligarla a volver a su casa. Entonces Samar tomó la palabra. Le dijo que dejara en paz a Monalisa o se las vería directamente con él. Por primera vez en su vida, Monalisa había encontrado a alguien que la protegería de su madre, que haría frente a sus intimidaciones.

Ella se quedó embarazada de Samar, más de una vez. Probó varios remedios caseros, como comer papaya, beber agua caliente con pimienta y melaza, y practicar sexo duro hasta que empezara a sangrar. En una ocasión llegó a estar de tres meses y medio. Se preparó para tener el hijo, pero lo perdió bailando. «Lloré mucho. Quería ese hijo.» Pero al cabo de unos meses de vivir juntos, Monalisa dejó a Samar. Es sincera acerca de la razón: «Porque no ganaba dinero. Le dije: “Quiero el dinero que tú has ganado, no el que tu padre ha ganado”». Ella quería dejar la profesión de bailarina y Samar no era la persona adecuada para permitirse.

Todavía hablan por teléfono, pero ella no queda con él. Cada año, un par de meses antes del cumpleaños de Monalisa, en octubre, él le pregunta qué quiere que le regale y ahorra para comprarle una cadena o un guardapelo de oro. Le pregunta: «Si empiezo a ganar dinero, ¿te casarás conmigo?». Ella no lo hará. «No puedo casarme con él ahora porque estuve con él un año y medio y luego me fui con otro. Lo que era suyo luego perteneció a otro. He caído en mi

propia estima.» Se siente mancillada por vivir en casa de otro hombre, como Sita en el *Ramayana*.

Una noche, poco después de que Monalisa rompiera con Samar, un grupo de chicos de Hong Kong entró en el Sapphire. Entre ellos había un sindhi muy guapo llamado Vijay. Flirteó hábilmente con Monalisa y ella le dio su número de móvil. Vijay era un donjuán muy cotizado en los clubes nocturnos, tenía chicas en todos ellos: Dilbar, Pinky, Golden Goose, Carnival. Al igual que Samar, tenía cierto estilo; cogía la mano de la chica y la abrumaba con su encanto. Lloraba con facilidad y todas las chicas se enamoraban de él. Una Nochevieja, un amigo suyo le estaba soltando un rollo a Monalisa; le regaló una rosa. Vijay lo llevó fuera y le golpeó hasta que le cayó sangre a la camisa. «Cualquier chica creerá que la quiere.»

Vijay también era experto en jueguecitos. Cuando Monalisa lo telefoneaba, decía que la llamaría en media hora. Ella esperaba junto al teléfono. Pasaban tres, cuatro horas. Entonces Monalisa lo llamaba de nuevo. Vijay invirtió los papeles entre la bailarina y el cliente. Quería demostrar a sus amigos que podía conseguir dinero de una chica de un club nocturno. No dio nada a Monalisa: «Nunca recibí ni un paisa de Vijay». En pleno apogeo de su amor, él le dijo que necesitaba dinero. Ella le dio veinticinco mil rupias sin pensárselo; él nunca se las devolvió. «Nunca se las pedí porque se las di por amor —dice Monalisa—. Él estaba convencido de que podía conseguir dinero en cualquier parte.» Oí muchas historias parecidas de bailarinas de club nocturno que habían mantenido a vagos durante años porque les habían entregado su corazón. Al final, no había mayores imbéciles —*ulloos*, *dhoors*, *chutiyas*— que las bailarinas, y los que las convertían en *ulloos*, ya fueran amantes, padres o hermanos, se servían del mismo timo que las bailarinas: el amor.

Vijay acabó dejándola por otra amante. Monalisa se quedó destrozada. Después de bailar, pasaba el resto de la noche en discotecas, bebía mucho. También tomaba drogas; marihuana con regularidad y en una ocasión la peor de las drogas, *brown sugar* o heroína cruda. Iba a casa y lloraba hasta quedarse dormida, y en cuanto se despertaba se tomaba dos o tres cervezas para desayunar. Minesh, un cliente regular del Sapphire, cuidó de ella; le pagaba el alquiler y le daba dinero para que fuera a las discotecas. «Fue mi amigo en un mal momento.» Se estaba enamorando de ella y ella se aprovechó. Cuando se emborrachaba, iba a su apartamento y decía que estaba cachonda, se desnudaba y se metía en su cama. Él la tapaba con la sábana y no la tocaba.

Tres meses antes de que yo la conociera, Monalisa fue una noche a Carnival. Encontró a Vijay allí con sus amigos, y se puso a hablar con ellos; Vijay le presentó a Monalisa a alguien: su nueva novia. Monalisa habló con ella con normalidad, pero por dentro echaba humo. El alcohol la ayudó. Fue a casa y bebió un poco más. La noche siguiente, mientras bailaba en el Sapphire, no se sentía muy bien. «Me daba miedo el futuro.» Salió bruscamente del club y se fue en coche a casa. Minesh, que estaba en el club, se dio cuenta y al cabo de un rato la llamó al móvil. No hubo respuesta. La llamó a su casa. De nuevo, nadie contestó. De modo que se subió de un salto a su coche y condujo hasta Juhu, y llamó al timbre. Cuando ella abrió la puerta había sangre por todo el suelo; hacía tres cuartos de hora que ella había empezado a cortarse los brazos con una cuchilla de afeitar. Estaba preparada para morir. Había puesto la canción «Missing» de Everything But the Girl que había bailado con Samar en las discotecas, la que pedía al pinchadiscos que pusiera anunciándola públicamente para avergonzarlo: «Para Monalisa con amor de Samar». Esa canción había sonado ahora una y otra vez mientras Monalisa, borracha y llorando, se hacía tajos en los brazos.

Minesh le pidió que levantara los brazos. Se le habían salido las venas. Él abrió la botella de RC, el whisky que ella había estado bebiendo, la sostuvo

sobre los brazos de ella y le arrojó el alcohol sobre las venas abiertas. «No me inmuté.» Sacó un cigarrillo, lo encendió ella misma y se sentó a fumar, mientras Minesh llamaba a su médico de cabecera, que le consiguió una habitación en el hospital.

La primera vez que había tratado de suicidarse, se vendó ella sola las muñecas y fue al médico para que la escayolara. Tanto esa como la segunda vez que se cortó las venas, no hizo falta poner puntos. La tercera necesitó ocho puntos. Pero esa vez, todas las venas estaban a la vista y se le habían ennegrecido las manos. En el hospital la conectaron a un monitor cardíaco. El médico le hablaba como a una niña mientras le inyectaba algo y la cosía. Fueron necesarios cuarenta y cinco puntos para cerrar las venas. Incluso ahora, no mueve tres dedos como es debido. Monalisa hizo un trabajo concienzudo.

Mientras me lo explica, da caladas a su cigarrillo cerrando los ojos, se balancea ligeramente y se dice algo a sí misma.

—¿Estás rezando? —pregunto.

—No voy a decírtelo.

¿Por qué lo hace? ¿Por qué se hace tajos y se inflige quemaduras?

—Estaba enfadada.

—¿Con quién?

Consigo misma, responde. Cuando se enfada con un hombre, «cuando no comprende lo que quiero, no comprende lo que necesito, me enfado conmigo misma. ¿Por qué la persona opuesta se está comportando así conmigo cuando no acepto dinero de él?». Es un término que utiliza a menudo para describir a sus hombres, «la persona opuesta». Dado que la persona opuesta está tratándola mal, y ella no puede explicarse su mal comportamiento, el fallo debe de estar en ella. Debe de ser culpa suya que él sea tan egoísta, tan irreflexivo.

Cuando Monalisa salió del hospital, Minesh pensó que era muy probable

que tratara de matarse otra vez y, aunque estaba enamorado de ella, telefoneó a su rival, Samar. Se conocían; en un momento determinado incluso habían considerado montar juntos un negocio de venta de móviles. Le explicó lo ocurrido y abandonó la escena discretamente. Samar fue inmediatamente a casa de Monalisa. Como ella tenía los brazos vendados, la bañó y él mismo limpió la casa, algo que no suelen hacer los chicos de Bombay, y menos aún el nieto de un capo. Durante siete días y siete noches se quedó con ella. Durmieron juntos como niños, sin hacer el amor ni una sola vez. Pero eso no podía saberlo Minesh, quien se mantuvo al margen, pero por la noche no podía conciliar el sueño. «Me lo imaginaba tocándote», le dijo más tarde a Monalisa.

Los dos se habían ofrecido a vivir con ella. «Olvida el pasado. Empieza una nueva vida conmigo.» Monalisa había permitido poco a poco que Minesh entrara en su vida, en su piso. En una ocasión él se quedó con ella toda la noche, y su padre, un abogado rico, se enfadó con él cuando regresó a casa. De modo que Minesh telefoneó a Monalisa y le dijo que se marchaba de su casa e iba a alquilar su propio apartamento, y que ahora era libre para casarse con ella. Solo había un obstáculo.

—«¿Cuál?», pregunté yo. Él me dijo: «Tienes que decir que sí».

Pero ella no se sentía atraída por él. Samar era guapo, un pathan con mucha ira dentro de sí. Minesh en cambio era un gujarati de baja estatura y medio calvo, con gafas. A su lado, parece un hermano menor o un asistente. «Minesh es un buen amigo; le doy *izzat*.» Hace un mes, Monalisa dijo a Minesh, con mucha suavidad, que no lo ama. Que iba a dejarlo ese mismo día para que él empezara una nueva vida al día siguiente. Para que no arruinara su vida. Cada mes había despilfarrado un lakh o más en el Sapphire, además del alquiler del piso que había cogido para estar con ella, la ropa que le compraba, lo que gastaba en ella en las discotecas y las comidas a las que la invitaba en hoteles de cinco estrellas. Él lloró mientras ella le decía todo eso; le suplicó que no lo

dejara. Pero tarde o temprano tenía que ocurrir, y ella le dijo que seguiría viéndolo, que hablaría con él, sería su amiga. «Pero hace un mes que no tenemos relaciones.» De modo que Minesh ahora va con otras chicas, y luego vuelve a casa y le cuenta a Monalisa los detalles.

Monalisa tiene dos vidas. Una es su vida en el club y el tiempo que dedica a sus clientes, y luego está la otra vida: cuando va a discotecas, ve la televisión o duerme todo el día. Nunca se acuesta antes de las seis de la madrugada. En nuestras conversaciones, si mezclo las dos vidas, me dice de su mundo laboral: «Esa es otra vida. Es un *jooth ki duniya*», un mundo de mentiras. Una vez, por teléfono, le digo en inglés que voy a tumbarme y echarme un *nap*, un sueñecito. Me pregunta qué significa *nap*. Cuando le explico el significado, lo repite y hace una conexión. «*Lie*. *Lie* también significa *jooth*. También significa dormir.» En el mundo de Monalisa no hay tanta distancia entre decir *tell a lie*, mentir, y *lie with someone*, acostarse con alguien.

—El club está muy tranquilo para ser el mes de Muharram —me dice un día—. Este trabajo infame ha aflojado mucho.

—¿Por qué? ¿Crees que es infame el trabajo que haces?

—Por supuesto que sí. También lo es beber en un bar.

Le pregunto si cree que el Sapphire la explota.

—Está bien siempre que haya un límite —responde—. Tardé dos años en comprenderlo. Un hombre entra en un bar cuando está cansado de su familia, de cuidar de su mujer y de sus hijos, cansado de la oficina. Las bailarinas están comprando el *armaan* de los clientes. Eso está muy mal. ¿Por qué no logramos ahorrar dinero? ¿Por qué tenemos mala suerte? Porque compramos sus dificultades.

Ha entendido mal mi pregunta. Me está diciendo que el Sapphire explota, en efecto, pero a los clientes. Después de todo, lo que sea de ella o de las demás

bailarinas, si se enamoran de un cliente y él las maltrata, por ejemplo, se lo tienen merecido, porque han estado explotando la necesidad humana de consuelo de esos hombres.

—Enseguida me siento atraída por una persona —explica Monalisa—. Incluso ahora me gusta Hari, porque cuidó de mí unos meses.

Poco antes, Monalisa bailaba en Razzberry cuando vio una cara que le resultó familiar. Era Hari. Se acercó a él y le plantó cara. «Hari, arruinaste mi vida. Me enseñaste a beber y a fumar. Lo que soy te lo debo a ti.» Pero dejó de desahogarse, porque cuando miró con detenimiento al anciano iluminado por las destellantes luces de la discoteca, vio que se le habían llenado los ojos de lágrimas.

Hari está pasando una mala racha. «Orden de arresto contra un productor de cine de Bollywood», reza un titular del periódico una mañana. Se ha dictado una orden de arresto sin posibilidad de fianza contra Hari Virani por no haber devuelto un préstamo de treinta y cinco lakhs a una compañía de financiación de coches. Llamo a Monalisa y le leo el artículo.

—Estoy contenta y triste a la vez —dice, sin regodeo.

Se alegra de que esté pagando por lo que le hizo a ella y a otras chicas, pero «me entristece que no haya prosperado». Sus películas han fracasado estrepitosamente, y «ha dejado los clubes de alterne», dice, como si Hari también estuviera en el mundillo. En el Sapphire, Minesh también lo había expresado en esos términos: «Llevo siete años en el negocio del alterne». Los clubes nocturnos constituyen un mundo tan completo que pueden llegar a envolver incluso a los clientes, hasta el punto de convertirse en lo primero que los identifique, al menos en las horas de oscuridad.

—¡Eres mi mejor amigo! —exclama ella de pronto, en inglés.

Esos días ella también es mi mejor amiga.

—¿Dónde está tu familia? —me pregunta—. ¿Vives solo en Bombay?

—La mayor parte de mi familia está en Estados Unidos. Tengo parientes en

todas partes, en Estados Unidos, en Inglaterra, algunos en Bombay. La familia de mi madre es de Kenia.

No le he hablado de mi mujer ni de mis hijos. Recuerdo que ella sigue bajo la protección del nieto del capo. Es del mundo de las sombras; yo protejo a mi familia de esta clase de personas. Asesinos a sueldo, bailarinas, alborotadores. Que ellos sepan, vivo solo en el apartamento de Elco, que es en realidad mi oficina. Así, si más adelante surge algún problema, si deciden volverse contra mí o lo que escribo sobre ellos, solo podrán hacerme daño a mí.

—Nunca hablo con nadie de mi vida —dice ella.

Yo soy todo oídos.

Rustom me llama y quedamos en su estudio para que haga una sesión de fotos a Monalisa.

El coche de Monalisa es un Esteem destartalado. El aire acondicionado está estropeado y ella conduce sin carnet. A mi asiento le falta el reposacabezas y la pintura del parachoques ha saltado. Está conduciendo descalza, porque sus zapatos de plataforma son un estorbo y no puede pisar el pedal del embrague a fondo. Me subo y me fijo en las numerosas imágenes de la diosa. «Jai Shri Meldima», se lee en los adhesivos gujaratis. Al entrar en la ciudad el humo de los tubos de escape se cuele por las ventanillas bajadas del coche. Esta tarde aprieta el calor. Pero ella está alegre, como siempre.

Cuando nos fundimos con la multitud frente al Eros Cinema, todo el mundo sin excepción se vuelve para mirarla. Observo sus caras, las de los hombres y las de las mujeres; mueven la cabeza como espectadores de un partido de tenis. Algunos están caminando, absortos en su mundo interior, hasta que Monalisa pasa por su lado y reaccionan de golpe. Me parece oír el ruido de coches frenando en seco. Si hubiera perros cerca, ladrarían. Va vestida con

una camisa sin espalda de un color verde claro. Debe de ser su forma de andar con zapatos de plataforma, o la confianza con que yergue la cabeza. Entramos en una cafetería para comer rápidamente un sándwich. De nuevo se vuelven todas las cabezas para mirarla, furtiva o involuntariamente. A Monalisa le hace gracia. Hasta cuando se compra un *salwaar kameez*, pide que se lo hagan lo más atrevido posible. «Los que queráis mirar, tenéis permiso. Los que no, bajad los ojos», ordena a todo Bombay.

En el estudio se muestra cohibida y nerviosa, y le entra la risa tonta. Rustom lo tiene todo preparado: dos maquilladores gays, dos ayudantes, focos, sombrillas, accesorios. Le pide que se quite el sostén. Pero no lo hace porque quiera verle el pecho; Rustom ha visto suficientes pechos para hacer que toda una guardería haga gorgoritos de placer. Es para que no se vean las marcas de los tirantes elásticos en las fotos. Lleva al menos una hora (una hora y media para las mujeres casi sin carnes, el prototipo «agradable» que necesitan los anuncios regionales) eliminar la marca de un tirante. Monalisa lo complace y se quita el sostén por debajo de la blusa. Pero Rustom formula una petición más atrevida; le pide que se quite el hilo negro del cuello. Ella hace un gesto de negación. Al cabo de un rato el maquillador también se lo pide y ella vuelve a negarse. Se quitará todo menos su amuleto de la diosa Meldima.

Rustom sube la música en el amplio espacio iluminado y empieza a disparar. Monalisa no es una buena modelo ante una cámara. Un ayudante le agita el pelo sobre la cara con el tubo de un aspirador que también le agita el hilo sobre el cuello y la barbilla, lo que crea la sensación de estar siendo estrangulada y agarrotada. Bajo la camisa de terciopelo negra me fijo por primera vez que le sobresale un poco la barriga, que le ha salido tripa. Tiene la sonrisa torcida; los labios se curvan hacia arriba por la comisura izquierda de la boca. Las marcas de los brazos se ven claramente bajo el resplandor de los poderosos focos del estudio. Rustom le grita instrucciones en inglés: «¡Juega con el pelo! ¡Yergue la cabeza!». No estoy seguro de si las entiende

del todo por encima de la música, y está haciendo un gran esfuerzo por no reírse. Esa música —Alanis Morissette, Phil Collins o hip-hop variado— no tiene nada que ver con ella y nadie le está arrojando dinero. Cuando llegan los contactos es evidente que no ha salido bien en las fotos. Monalisa no tiene el aspecto de alguien que podría convencer a las grandes masas de mujeres indias de que compren champú, neveras o compresas femeninas.

Un par de meses después de conocer a Monalisa, paso un mes absorto en trasladar mi casa y mi oficina a Bandra. No puedo devolverle las llamadas diarias. Ella acude llorando a Minesh, que sigue yéndole detrás. «Suketu se está distanciando de mí.» Cree saber por qué, y me lo pregunta cuando llama una mañana.

—¿Hay algo que esperas de mí que no te esté dando?

Le digo que no es eso. Sencillamente he estado ocupado.

—Todo el mundo me desea —dice Monalisa, en inglés.

No parece tanto una fanfarronada como la constatación de un hecho.

Anoche no comió gran cosa: un sándwich en el Sapphire. Y su tía le ha preparado todo un festín.

—¿Has comido? —me pregunta.

Le digo que estoy a punto.

—Entonces ven a comer conmigo.

Monalisa vive en la planta baja de un edificio de clase media de Juhu. Su apartamento tiene una habitación exterior amueblada con dos sofás gastados que no pueden utilizarse si no te quitas antes los zapatos. Dentro hay una cocina, un cuarto de baño estilo indio con un agujero en el suelo y dos dormitorios. No hay sillas en los dormitorios, de modo que Monalisa recibe a sus invitados en la cama. El televisor siempre está encendido al lado de un potente estéreo. El apartamento carece de luz natural; la pintura de los techos

está desconchada, y a toda la casa le urge una mano de pintura. Pero Monalisa exhibe la alegre energía de siempre. Deja las rosas que le he traído en la mesilla de noche, al lado de un gorila de peluche mustio. En la cocina hay un gran altar dedicado a la diosa, con una guirnalda de flores frescas rojas y blancas. En la nevera solo hay agua, queso y una bolsa de verduras. En el dormitorio-salón hay un montón de copas de licor, pero desde su último intento de suicidio no hay ninguna bebida alcohólica.

¿Qué ocurre cuando entras por primera vez en el apartamento de una india soltera? Te enseña las fotos de su familia. Hay dos pequeñas fotos de su hermano menor Viju, un joven de tez clara. Monalisa quiere a Viju, que tiene diecisiete años y ya mide un metro ochenta y dos y tiene buena planta; cree que debería ser modelo. Él está al corriente de lo que hace Monalisa para ganarse la vida, y queda con ella en secreto los domingos por la tarde y le dice a su madre que sale con sus amigos. Va a su piso y ve la televisión, y ella le prepara *biryani* de pollo. Si la madre se enterara querría apuntarse. El domingo es el día de la familia para los clientes del Sapphire; pasan el día en sus hogares legítimos. Es, por tanto, un día de descanso para las bailarinas de los clubes nocturnos.

Su hermano es prácticamente el único miembro de la familia con quien Monalisa tiene contacto. Sus parientes del pueblo, entre ellos su otro hermano —el que se entregó a su tío al nacer—, creen que está casada e ignoran cómo se gana la vida. Esa es otra de las razones por las que se mantiene lejos de la familia: «Para que no se enteren». No volverá a su pueblo. Pero el club hace las veces de familia. Encima del televisor hay una foto de Monalisa abrazada a una chica en una playa. «Es mi hija.» Es Muskan, la hija que Monalisa ha «adoptado», como es habitual en el mundo del espectáculo. Muskan es una bailarina del Sapphire que viene de Indore y tiene trece años. Es una de las cuatro chicas que siguen siendo vírgenes en el club y las demás la tratan como una muñeca. Muy pronto venderá su virginidad por entre dos y cinco lakhs, tal

vez a Mohammed el árabe, que lleva cinco años yendo al Sapphire y comprando el derecho a desflorar a las chicas más jóvenes. Una vez le dijo a Monalisa: «Pareces un helado».

Cuando estoy preparado para comer, ella me sugiere que nos sentemos en su cama, de modo que me recuesto en la almohada y pongo los pies en la cama. Ella se tumba a mi lado, muy cerca de mí. Veo por primera vez sus piernas larguísimas, con sus ceñidos pantalones cortos elásticos. Ella abraza una almohada y señala las manchas de sangre. «Son de cuando me corté. No la he querido lavar.» Detrás de nosotros hay un bloc de notas con una docena de números, la mayoría empiezan por 98: números de móviles. Casi todos los nombres de los hombres solo tienen un número de móvil al lado; los de las mujeres, en cambio, son de teléfonos fijos. Monalisa es el prototipo de chica a quien los hombres no dan el número de su casa.

Ella me preguntó una vez si me gustaba la comida picante y yo como un tonto respondí que sí. Es la comida más picante que he comido nunca en una casa india. Patatas con chile, *dal* de espinacas, chapatis, arroz. Además, Monalisa saca dos botes de encurtidos. Me sirve dos chiles más en el plato, uno verde y otro rojo. Estoy muerto de hambre y como, al principio con placer, luego con dolor; del mismo modo que sería, imagino, cualquier relación con Monalisa. Las especias no me dan ningún miedo —en el armario de mi cocina siempre hay un alijo de condimentos y salsas picantes de todos los países—, pero esto me supera. Monalisa, sin embargo, no da muestras de tener la boca ardiendo. «Por eso me dicen que soy picante», dice mezclando con sus estilizados dedos el arroz y el *dal*. Cuando habla de comida, Monalisa se pasa al gujarati; es la única vez que utiliza el lenguaje que tenemos en común. Su gujarati tiene un fuerte acento kathiawari, pero no es consciente de ello. Prefiere el hindi: el hindi *bambaiyya*, el hindi *filmi*, el hindi *tapori*; el gujarati es el primer idioma, el lenguaje básico, y es demasiado íntimo para que lo utilicemos entre nosotros, narrador y cronista.

Ella me explica cómo descubrió su propio cuerpo y sus placeres. Las chicas del pueblo no eran inocentes; tenían relaciones sexuales con berenjenas, con árboles. Cuando se fue a vivir a Bombay, después de su primera menstruación, Monalisa descubrió que estaba «interesada en mí misma». Recuerda la primera vez que tuvo la regla; tenía once o doce años. «Dormía. Cuando me desperté, me sentí muy mojada. Pensé: “¿Qué ha pasado? ¿Qué me han hecho?”. Estaba muy caliente. Me odié a mí misma. Me quedé todo el día pensando: “¿Qué me ha pasado?”.» Su madre, por supuesto, nunca le había explicado nada. Todo lo que le enseñó fue el miedo. «Mi madre no me dejaba dormir ni con mi padre.»

Veía los vídeos musicales en la televisión y estos afectaban a sus sueños. «La sensación llegaba a su culmen cuando dormía. Luego me entraba miedo de que alguien me estuviera haciendo eso mientras dormía y me dejara embarazada.» Llegó a ir una vez al médico a los dieciséis años cuando dejó de venirle una regla, para averiguar si podía estar embarazada de la visión de su sueño. Aun ahora, dice, si no ha tenido relaciones sexuales en un mes, se «descarga» en sus sueños. «Duermo con una almohada entre los muslos; basta que me roce un poco para que me descargue.» Últimamente ha descubierto que puede descargarse también en la ducha. Es un término adecuado que nunca he oído en este contexto, como una batería que lleva guardada más tiempo de la cuenta en un cajón. Cuando la electricidad se acumula dentro, debes descargarla, si no goteará o explotará.

Monalisa tiene una idea muy clara de por qué para la mayoría de los indios de clase media el sexo es una experiencia tan poco alegre. «Lo que ocurre es que el hombre vive con sus padres. Luego se mete en el negocio familiar; nunca puede hacer lo que realmente quiere. Entonces tiene que casarse con la chica que escogen sus padres. No hay amor. Cuando quiere tener relaciones sexuales, lo hace con su mujer con el mismo talante, como una necesidad corporal. Se descarga. Cuando descubre una chica nueva tiene relaciones

sexuales del mismo modo. Puede que quiera hacer algo más, pero no sabe cómo. La mujer, que se queda en casa criando a los niños y cocinando, tampoco sabe cómo es la vida fuera. Tiene que hacerlo cuando el marido quiere, no cuando ella quiere. Muchas mujeres no saben lo que es descargar. Su vida consiste en cocinar todo el día y ver la televisión en casa. Incluso de noche, en la cama, lo único que dicen es: “Tu hermana hizo esto, la esposa de tu hermano hizo lo otro”.» No es una visión alegre del matrimonio. Monalisa relaciona una cosa con otra y sabe por qué parece haber tanta infelicidad sexual en la ciudad. Si todos los demás aspectos de la vida de una persona — trabajo, familia— están restringidos, si las pautas se establecieron aun antes de que naciera, cuando aparezca el sexo este estará condicionado de manera similar, y sus posiciones y sus técnicas estarán predeterminadas o se improvisarán a toda prisa en la oscuridad. Un hombre o una mujer con la mente embotada no podrían alcanzar las cotas de placer que Monalisa y Samar, espíritus aventureros en todas las facetas de la vida, alcanzaron con tanta facilidad y tan a menudo.

Los universitarios, dijo Monalisa, son mejores en la cama. Se emborrachan, ven películas de adultos, montan sus propios negocios, hacen las cosas a su manera. A ella le gusta que estén libres de los convencionalismos; ella misma quiere que Rustom la fotografíe desnuda. Mientras me dice todo esto tengo la sensación de que el aire acondicionado se ha estropeado. Mientras me dice todo esto tiene la almohada entre las piernas.

Le digo que voy a cambiar los nombres de todas las personas que aparezcan en mi libro para que no tengan problemas.

—¿Cómo quieres que te llame?

—¿Por qué? ¡No, no, no! —grita, agitando los puños en el aire.

Quiere que se le conozca por su verdadero nombre; no tiene nada que ocultar y está encantada de dar a conocer al mundo su vida.

Insisto; le digo que es imposible prever las consecuencias que podría tener

publicar esos detalles íntimos de su vida. Entonces sugiere:

—Finalfi.

—¿Finalfi? Es nombre de perro.

Dice que no lo ha oído antes, por eso le gusta. No debería ser un nombre muy corriente. Luego sale con otra sugerencia: Monalisa.

Y así es como Monalisa se convierte en su nombre. Encaja. Belleza, misterio y un poco de tristeza.

Más tarde vamos a Just Around the Corner, una nueva cafetería de aspecto moderno que tiene intrigada a Monalisa. Estoy nervioso. En cualquier momento alguien va a reconocerme y me va a preguntar: «¿Qué tal tus hijos?». Monalisa propone que nos vayamos unos días a un centro turístico costero de Daman. «Con dos o tres parejas», añade. Me dice que el domingo me echó mucho de menos y fue al último pase del cine Sterling. No le digo que yo también estaba entre el público, con mi mujer. Me doy cuenta de que tuvimos muchas posibilidades de encontrarnos, y que me habría visto obligado a hablarle de mi mujer a Monalisa. Hace demasiado tiempo que conozco a Monalisa para mencionar a mi familia sin darle una explicación. Envuelta en misterio, mi familia ha adquirido el estatus de secreto.

En lugar de ir a Daman, invito a Monalisa a comer y al cine. En la galería comercial donde se encuentra el cine jugamos a videojuegos, disparando a cowboys y corriendo carreras de coches. Ella compra samosas y dos raciones de palomitas, y nos sentamos a ver *Bichos*. Monalisa no para de comer en toda la película. Ha comprado muchas fichas para los videojuegos, y después de la película disparamos a más cowboys. Trato de volver a tener diecinueve años, pero soy consciente de ello en todo momento.

Después del cine vamos al Orchid, un hotel nuevo próximo al aeropuerto, y esperamos a Minesh, quien, tras un lento y paciente cortejo, después de que yo dejara correr la propuesta de ir con ella a Daman, ha vuelto a la vida de Monalisa como amante. En el centro del vestíbulo del hotel hay una cascada,

tubos de agua que caen desde una gran altura. Comemos y mantenemos una conversación intrascendente sobre la Copa del Mundo. Estoy empezando a darme cuenta de que puedo contarle muy pocas cosas de mi mundo; ella no sabe dónde está Francia ni Kenia, no tiene ningún deseo de irse de Bombay, de volver al pueblo, de marcharse al extranjero. Cuando le digo que me voy a Delhi y que es posible que conozca a Vajpayee, guarda silencio.

—Atal Bihari Vajpayee. El primer ministro.

—No sé quién es el primer ministro en estos momentos. Solo conozco a Indira Gandhi, Rajiv Gandhi y Mahatma Gandhi. Son los nombres que nos enseñaron.

Nunca lee los periódicos ni ve las noticias por la televisión.

Minesh entra con unos pantalones holgados. Tiene treinta y dos años pero aparenta más. Se está quedando calvo y alrededor de su boca hay una extraña sombra oscura, seguramente del tabaco. Fue a una escuela gujarati («Soy un chico de habla local»). Luego se licenció en derecho, pero nunca ha ejercido la abogacía. En lugar de ello montó una compañía de software que exporta a Estados Unidos; el año pasado fue cuatro veces. Minesh también es dramaturgo aficionado en gujarati y, como muchos dramaturgos aficionados, tiene intención de fundar su propio partido político dentro de diez años. Hablamos en inglés sobre el reclutamiento de técnicos, los costes y los impuestos de software, con Monalisa entre ambos. Los dos ocultamos algo: yo estoy ocultando a Monalisa que tengo una familia mientras que Minesh esconde a Monalisa de su familia. Monalisa en cambio no oculta nada. No tiene familia a la que ocultar nada. Está soñolienta y cansada. Tengo la impresión de que no pinta nada con nosotros; es joven y hermosa, y debería estar con gente de su edad, jóvenes llenos de la misma energía y ligereza, hombres que la utilicen de otros modos, más inocentes.

Por esta época llega a Bombay Dayanita Singh, una amiga mía fotógrafa de Delhi, para hacer una sesión fotográfica. Tiene previsto pasar solo un par de días en la ciudad. Se siente muy compenetrada con los trabajadores del sexo y las personas de género indefinido: eunucos, prostitutas. Le describo el mundillo de los clubes nocturnos y ella quiere ir inmediatamente a uno. Al final se queda varias semanas en la ciudad, siguiendo a mis amigos con la cámara. En el Sapphire, al ver cómo se le ilumina a Monalisa la cara al verme y la energía de más que infunde al baile cuando se detiene ante mí, me dice:

—Me preocupa que se enamore de ti.

—O viceversa.

—Eso es imposible —dice. Estoy a punto de preguntar por qué, cuando añade—: ¿Cómo no ibas a hacerlo? Yo ya estoy medio enamorada de ella.

Monalisa nos presenta a Dayanita y a mí a BK, el gerente del Sapphire. Es un parsi de modales suaves que se dedicó al «campo técnico» antes de empezar a llevar el Sapphire. Le pregunto a BK sobre Monalisa.

—Es distinta de las demás bailarinas —responde.

—¿En qué sentido es diferente?

—Me gusta —explica el hombre parsi.

BK es el gerente más adorado de los clubes nocturnos de Bombay; las chicas harán cualquier cosa por él. Bailar toda la noche es duro. Antes del actual toque de queda de las doce y media, bailaban hasta las ocho de la mañana: de las nueve a las dos y media, y tras un breve descanso para «cenar», de nuevo a la carga hasta que el sol estaba bien alto en el mundo exterior. Cuando les flaqueaban las fuerzas, el gerente las instaba a «darse cuerda». Y las muñecas bailaban.

Pero BK jamás les pone un dedo encima. Ellas lo tratan de «sir», como a un profesor. Monalisa es muy sensible a los cambios en el estado de ánimo de su jefe. Cuando pasó un mal momento en su relación con Vijay el sindhi, empezó a perder clientes. Un cliente fiel llamado Raj, que iba al club acompañado de

cuatro guardaespaldas armados y gastaba grandes sumas en ella, se sintió desairado al verla suspirar todo el tiempo por Vijay. Una noche que se suponía que Monalisa iba a enseñar a una bailarina nueva cómo funcionaba todo, se limitó a quedarse de pie en el escenario sin bailar, cogiéndole la mano. BK lo vio desde la parte trasera y, ya irritado por la apatía de Monalisa con sus clientes, le gritó: «¡Suéltale la mano!». Monalisa se fue a su casa corriendo y se puso a beber. Llorando sin dejar de beber, reflexionó sobre lo que le había dicho el gerente. Luego volvió al Sapphire y le enseñó el brazo: en su piel morena había seis nuevas quemaduras de cigarrillo. «Mire lo que me ha hecho hacer.» Él no ha vuelto a hablarle nunca más con dureza.

Dayanita fotografía a Monalisa por la tarde en un pasillo vacío del Sapphire. Capta su belleza. Pero me pregunto si también ha captado la mirada que tan bien conozco: en mitad de «Jalwa» o «Brazil», cuando Monalisa se vuelve de pronto y, agachándose mucho hacia delante, te mira a través de esa melena que le cae a ambos lados de la cara. No está sonriendo, ni siquiera trata de complacer, pero tiene los ojos clavados en ti y la boca fija en una mueca, casi furiosa, en puro desafío sexual. «Me asusta esa clase de sensualidad», comenta Dayanita. Cuando, con el tiempo, llegue a descubrir el lado amable de Monalisa, no debo olvidar esa mirada. No debo olvidar su esencia, que está basada en sexo, en lujuria. Ese movimiento de sus nalgas que los hombres miran mientras se imaginan quitándole el fino sari que las cubre. No tendrás que moverte en absoluto; ella lo hará todo por ti.

Más tarde, en Punta Nariman, Dayanita la fotografía en medio de las multitudes de un sábado por la tarde. Dayanita quiere ponerla a prueba para ver cómo lleva que la fotografien en público. Ella no da muestras de inquietud o timidez. Alcanzo a oír a la gente preguntarse: «¿Quién es esa chica? ¿No la he visto en alguna parte?». Por primera vez el público no está diciendo: «Ahí está esa bailarina». Dice: «Ahí está esa modelo».

Varias noches más tarde, al salir del Sapphire después de quedar con Monalisa en el Marine Plaza una vez que se haya desmaquillado y cambiado, se acercan a mí los encargados del aparcamiento. «Le espera el coche de Minesh *saab*.» En ese momento el novio de Monalisa sale del club y se ofrece a llevarme al hotel. Él no ha sido invitado.

Nos dirigimos a una mesa junto a la ventana salediza, a través de la cual no se ve nada (es la una y media de la madrugada), y nos acomodamos alrededor de ella Monalisa, Minesh y yo. Minesh lleva toda la noche bebiendo: seis whiskies y tres chupitos de tequila. Sin que nadie se lo pida, nos explica por qué los hombres van a los clubes nocturnos: el ego del hombre falso. Allí mando yo, a Monalisa, a BK. En casa no puedo mandar. Necesito mandar.

Minesh empieza a contarme su vida. Habla en inglés.

—Empecé a ir a los clubes hace siete años. Conozco a una chica en cada uno. Me daba miedo entrar en ellos. Entonces era puro. Ya no lo soy. Estoy enamorado de esta mujer. Vi a una mujer buena y la compré. Seamos sinceros: eso es ego. —Pasa a la tercera persona para referirse a sí mismo cuando explica cómo se enamoró—. Durante cinco años y medio este hombre va a un club, mira a Monalisa y se hace muy amigo de ella, y después de seis años y medio este hombre de pronto tiene celos de otro, y se da cuenta de que está enamorado. —Recuerdo que los gánsters utilizaban a menudo la tercera persona para hablar de sus matanzas. Es duro asumir la responsabilidad del amor o de un asesinato en primera persona—. Fue entonces cuando me di cuenta de que necesitaba a esta mujer —continúa, hablando de cómo se enamoró de Monalisa—. Me había acostado con una asombrosa cantidad de chicas de alterne, más de una docena. Si me acostaba con una, no iba más al club para no volverme adicto a ella. Esta fue la única mujer con la que me acosté y por la que volví al club al día siguiente. Hubo un tiempo en que ella no quiso acostarse conmigo, pero cada día dormía en mi casa. Yo la dejaba en

una discoteca y ella volvía borracha a mi casa a las seis de la madrugada. No podía dormirme. Me preocupaba no que se acostaran con ella, sino que se aprovecharan de ella. Si está borracha y alguien se aprovecha de ella, eso me afecta.

Minesh se refiere al mundillo de los clubes nocturnos como la «industria». Él y otros clientes asiduos forman parte de ella en la misma medida que las bailarinas o los dueños.

—Todos los hombres que los frecuentan están insatisfechos con la vida que llevan o tienen un complejo de inferioridad. Porque si tengo dinero puedo decir a esta mujer que no mire a ningún otro cliente. Son una industria de servicios; si tengo dinero, tienen la obligación de servirme. Ella sabe que mis celos significan más dinero.

Atribuye su complejo de inferioridad, su ego de hombre falso, a su situación en casa.

—No estoy satisfecho en mi casa. Quiero que mi madre diga: «Hijo, bébete el té», pero no lo hace. Quiero que me hagan caso. Cuando gasto dinero en el club hay cuatrocientos ojos mirándome. Hoy BK me ha llamado Mineshbhai porque soy uno de los mejores clientes del Sapphire. Si dejo de ir un par de meses dirán: «Este tipo se ha vuelto *chutiya*».

Comprenderán que una de las bailarinas le ha exprimido hasta dejarlo sin una rupia. Minesh es experto en las técnicas de las bailarinas de club nocturno, su hábil manipulación del ego del hombre falso. Por ejemplo, un cliente puede hacer un regalo a una chica, una camiseta, digamos; la chica se volverá y regalará la misma camiseta a otro cliente, como prueba de su amor. El segundo cliente la exhibirá. Con la camiseta puesta, llevará a sus amigos al club y alardeará: «Me la compró ella».

Minesh es avezado en las técnicas de pescar a una chica de alterne. Es un concurso: las chicas tratan de hacer *chutiyas* de los clientes y los clientes tratan de llevarse a la cama a las chicas soltando la menor cantidad posible de

dinero, o, mejor aún, tratan de hacer que se enamoren de ellos.

—Si soy listo, durante diez días le daré dinero, pero no le preguntaré cómo se llama. El undécimo día me acercaré con la siguiente frase: «*Jaan*, esta noche no voy a dormir. Y aunque lo haga, tú estarás en mis sueños. Y si estás en mis sueños, ¿con qué nombre debo llamarte?». —Esta fue la primera frase que Minesh utilizó con Monalisa, después de muchos días de darle dinero y no decirle una palabra. Según explica—: En un club tienes que destacar. —Y añade que si tuviera que conocer a una chica en una discoteca, debería hacer algo más para atraerla, como bailar bien, por ejemplo—. Monalisa no me cree, pero bailo bien. No te hace falta ser guapo. El aspecto físico es engañoso, todas las mujeres lo saben.

Han sido objeto de comentarios de las amigas de ella en el club: esa joven despampanante y su escolta medio calvo y con gafas, unos dedos más bajo y varios años mayor que ella.

—¿Puedo ser muy franco? —pregunta Minesh—. ¿Sabes por qué se decidió Monalisa a acostarse conmigo? Quería follar con el último tipo que podría hacerle daño.

Ahora Minesh también se junta con las amigas de Monalisa, como la virgen de trece años, Muskan, quien, según Minesh, está enamorada de él.

—Soy el único cliente en la historia de la industria que ha llevado al cine a dos chicas de alterne a la vez.

—Cuando gastas dinero en una chica y ella acude a ti, acude por tu dinero. —Señalo a Minesh—. No acude a ti por tu conversación, tu físico o tu buen corazón.

—Pero es el poder de mi dinero. ¡Puedo sentirme orgulloso de todo el dinero que tengo!

Otro de los clientes asiduos de la industria le describió en una ocasión su relación con su chica fija del Sapphire. «He gastado tanto dinero en Ranjita y me he acostado con ella tantas veces... De modo que he pagado tres mil rupias

la noche. Y la amo.»

Minesh da una calada a su cigarrillo y se dirige a Monalisa.

—Si hubiera gastado en otras mujeres lo que he gastado en ti, a estas alturas me habría acostado con quince o veinte.

Monalisa no dice nada. Absolutamente nada. Él podría haber estado hablando del tiempo.

Minesh se vuelve hacia mí.

—Monalisa tiene un cuerpo espectacular.

Le pregunto cómo se siente cuando ella va con otros clientes. Monalisa interviene, hablando más a Minesh que a mí.

—Puedo ir con clientes a tomar un café. Es mi trabajo.

—¿Ve? —dice Minesh, ladeando la cabeza y exhalando el humo—. Confío en ti. —Se dirige de nuevo a mí—. Siempre le digo: «Recibí mucho dinero de ti en mi última reencarnación; en esta me toca devolvértelo».

Le pregunto a Minesh cuál podría ser el futuro de su relación con Monalisa, si cree que ella tiene futuro en el cine o como modelo.

—Tengo entendido que la industria del cine y de la moda es un coñazo. Siempre te utilizan sexual, física y mentalmente. De todos modos, la industria la está echando a perder. De modo que tienes miedo —ahora continúa en segunda persona— de que eso le pase a ella y se venga abajo. Aunque es muy capaz de abrirse camino en los medios de comunicación, el mundo de las modelos, cine, series, yo no la dejaría meterse en ello. Puede que sea un complejo de inferioridad creer que la perdería. Porque si no fuera por un complejo de inferioridad, no habría estado siete años rondando los clubes nocturnos. Si no existiera tal complejo Minesh no estaría aquí. Tal vez estoy tratando de engañarme a mí mismo. No tengo ningún dinero ahorrado.

Ha llegado a la esencia de su vida y tal vez lo que ha descubierto también le ha sorprendido a él.

—¿Cuánto dinero en total has gastado en clubes? —pregunto.

—No me hagas contar, pero muchísimo.

Le pido que haga un cálculo aproximado, que me dé una cifra.

—No me hagas contar. —Me está suplicando. No puede enfrentarse a ello, no puede enfrentarse siquiera al proceso de calcular lo necio que ha sido o lo obsesionado que ha estado—. Cambiemos de tema.

Monalisa coge una cinta, se recoge el pelo en lo alto de la cabeza de modo que le caiga a ambos lados de la cara. Está desgarradoramente atractiva. Cincuenta mil rupias por ver fugazmente esa cara.

En el coche, mientras nos despedimos, me fijo en el brazo izquierdo de Minesh. Tiene dos cortes profundos.

—Se rompió una ventana. Me sangró tres días —dice.

Monalisa me explica después lo que ocurrió. Fue al Sapphire y ella quedó con él más tarde en Juhu. Pero cuando él fue a su casa, no la encontró y supo que le había mentado. Ella se había ido con otro cliente. Estaba borracho y había fumado mucha hierba, y se cortó el brazo allí. Sangró mucho, y él se limpió la herida con una servilleta y se marchó. Cuando Monalisa llegó por fin a su casa, encontró la servilleta ensangrentada. Llamaron al timbre; Minesh dijo que había vuelto a buscar la servilleta. Ella lo vendó y él durmió en su cama. A la mañana siguiente fue al médico y le pusieron once puntos. El principal cliente de la bailarina se había unido a la hermandad de los rajados.

En la familia de Monalisa todo el mundo ha tratado de quitarse la vida al menos una vez. Su hermano, el mes pasado sin ir más lejos, se tomó una sobredosis de somníferos porque su madre lo había tratado mal. Su padre intentó una vez envenenar a su madre y luego se envenenó él, y con solo diez años Monalisa tuvo que salir corriendo a buscar al médico en mitad de la noche. Su madre trató de envenenarse por un amante que se había portado mal con ella. Y, por supuesto, la misma Monalisa, aun antes de sus aventuras

amorosas, cuando vivía con su madre tomó una medicina que utilizaban para matar pulgas. «Los niños aprenden lo que ven hacer a sus padres», explica.

Ahora, después de doce años, Monalisa va a reunirse con el padre que la abandonó.

Ha estado viendo a su madre últimamente. Fueron juntas al parque temático Essel World y ella se permitió llamarla «mamá». Hace poco su padre telefoneó a su madre y esta le habló de su hija. Al enterarse de que había estado en contacto con ella, él decidió ir a Bombay. Preguntó a Monalisa si podía verla y ella accedió. Se pasó todo el día preguntando a su ex mujer, utilizando el verdadero nombre de su hija: «¿Ha llamado Rupa? ¿Ha llamado Rupa?». Ni siquiera ha visto fotos de ella.

Pregunto a Monalisa si está nerviosa.

—Estoy muy nerviosa. No voy a ser capaz de decirle nada.

—¿Quieres que te acompañe?

Ella reflexiona un momento.

—Sí. Ven.

La recojo a la mañana siguiente fuera del edificio de Minesh en Juhu, que está frente a un enorme Ganesh rojo del que salen siete cabezas de los dioses principales —Shiva, Rama, Hanuman— y catorce brazos, todos protegidos por la piel extendida de una cobra. Monalisa sale y se vuelve para decir adiós a Minesh, que está asomado a la ventana del segundo piso, desnudo de la cintura para arriba. Cogemos un taxi con aire acondicionado hasta Mira Road. Ella acaba de despertarse y sigue muy dormida; apoya la cabeza en mi hombro y cierra los ojos. Recuerdo, y luego olvido, que acaba de levantarse de la cama de otro hombre y que no se ha bañado; él probablemente sigue en ella.

La autopista señala los progresos que ha hecho Monalisa en la vida. En un extremo está el barrio de chabolas en el que creció y ella las señala a lo largo

de la carretera. Allí, en los gigantescos complejos urbanísticos gujaratis de Bhanyander, están los lugares donde su tía la escondía cuando ella huía de casa, cientos de edificios de varios pisos que se erigen por todo el terreno lleno de hierbajos. Esos son los clubes de las afueras donde ella bailaba, en Goreagon y Borvali, frecuentados por burdos constructores marathas y *bhaiyyas* retraídos que guardaban su ganado en establos en mitad de la ciudad. En el otro extremo está el piso que se compró en Mira Road, frente al de su madre, una habitación con terraza. Lo vendió por cuatro lakhs. Invirtió uno en una cuenta bancaria a plazo fijo «y durante dos o tres meses me dediqué a deambular. Bebí. Se me pasó». Alza los ojos hacia el cielo y los cierra.

Muchas chicas de alterne viven ahora en Mira Road; las chicas de Foras Road se están trasladando rápidamente a la nueva ciudad. El tren de las doce y media a Mira Road se llena en Grant Road de chicas de alterne que gritan y hablan por sus móviles. El caro colegio Sterling de las afueras está lleno de los hijos de esas jóvenes. Mira Road es una ciudad instantánea donde nadie hace preguntas porque todo el mundo es nuevo en ella. Al llegar a Mira Road, donde la está esperando su padre, dice: «Ahora siento algo dentro», y abre y cierra los puños, como los latidos de un corazón. La abraza y sostengo su mano en la mía.

Vamos andando hasta el apartamento de su madre y Monalisa ve a su padre sentado en un sillón del salón, con las piernas en alto, un hombre medio calvo de mirada mansa, vestido con camiseta interior y *lungi*.

—Hola, papá —dice ella, como si hubiera salido a dar un paseo matinal.

—¡Tócale los pies, tócale los pies! —grita su madre desde la cocina—. Hace tanto que no lo ves.

Ella se acerca a él pero no le toca los pies. Le estrecha la mano. Tiene miedo de que esté enfadado; le parece ver enfado en su cara.

Yo entro y me siento en el sofá; ella se sienta a mi lado, lejos de su padre.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunta la madre.

—Diez años —dice Monalisa.

—No tanto. Iba a tu escuela, ¿te acuerdas? —dice el padre.

Pero a ella no le gustaba verlo allí.

—Has perdido pelo. Y has echado tripa —comenta Monalisa.

Él sonríe. No hace ningún comentario sobre el físico de su hija.

La madre entra en la cocina. Todavía va en camisón, una mujer de unos cuarenta y cinco años orgullosa de su pasada belleza. El hermano, Viju, entra en la habitación; es un joven alto y lozano, como la foto que vi de él. Sonríe a menudo; uno de sus dientes delanteros es amarillo intenso y está partido por la mitad.

El padre me mira fijamente sin hablar durante varios minutos después de que me siento. El televisor está encendido y en todo el rato nadie lo apaga. Todos lo miramos aliviados: el padre del que no han sabido nada en años, la hija que baila frente a desconocidos por dinero, la madre que vendió a su hija, el hermano que hace poco trató de suicidarse, y yo. Cuando me preguntan «¿A qué te dedicas?», respondo: «Soy escritor». Es infalible a la hora de cortar en seco una conversación.

El piso consiste en un salón y dos dormitorios, todos recién pintados de rosa. Como la mayoría de los pisos de Mira Road, es un piso de la clase media que lucha por salir adelante, un escalón más arriba de los suburbios. Está limpio, y por la ventana abierta entra mucha luz y aire, pero también enjambres de mosquitos. En una pared hay un reloj de cuco que funciona con pilas, y encima de la vitrina, dos ampliaciones de fotos de Viju que he visto en casa de Monalisa.

—Voy a colgar dos fotos, una en esta pared y otra en esta —dice Viju.

—¿De quién? —pregunta Monalisa.

—Mías.

Monalisa vuelve la cara rápidamente.

Ignora a su padre y pide a su hermano que traiga el álbum de fotos de

cuando era niña. Allí está, como cualquier niña gujarati de Bombay, cogida de la mano de su hermano y sonriendo a la cámara; podría ser mi hermana. No hay una sola foto de su padre. Luego están las fotos tomadas hace un par de semanas, cuando Monalisa fue con Muskan, su hermano y su madre a Essel World y a Water Kingdom. Las dos bailarinas están flirteando descaradamente frente a la cámara de Viju, contoneándose con sus camisetas rojas sin mangas y sus pantalones ceñidos negros iguales. En algunas de las fotos se están besando; en una la chica más joven tiene la boca en la barriga al aire de Monalisa. En otras están en bañador. Monalisa le pregunta a su padre si ha visto esas fotos; habría sido lo primero que viera de su hija adulta. Él asiente en silencio.

Al cabo de un rato el padre entra en el dormitorio. Monalisa lo sigue. La madre sale y me dice sonriendo, refiriéndose al padre:

—Está llorando.

Se quedan solos unos quince minutos. Miro el culebrón de la televisión en la sala de estar. Un clan familiar está enzarzado en una acalorada discusión.

Regresan a la sala de estar y empieza una discusión animada sobre el futuro del hermano. Ha dejado el colegio en el noveno curso. Puede escoger entre aprender el oficio de clasificar diamantes, que se paga mejor y tiene más porvenir que tallar piedras en una fábrica, o irse a Kenia, a Nairobi, a trabajar en el hotel de su tía. El trabajo de fábrica de aquí es un callejón sin salida; gana lo que podría sacarse un chico de los recados o un taxista. Monalisa quiere que vaya a Kenia para que aprenda a valerle por sí mismo.

—¡Pero yo no quiero ir a Kenia! —protesta Viju.

Tiene miedo de la delincuencia que hay allí.

Monalisa empieza a preparar chapatis en la cocina. Amasa el largo rollo marrón blanquecino de masa, que se alarga bajo sus palmas. Luego corta un disco del rollo, lo aplana sobre la tabla de madera y lo arroja primero a la sartén y luego directamente al fuego, donde se hincha de aire y se convierte en

un globo tan grande que podría levantar el vuelo. Cuando por fin aterriza, Monalisa lo cubre de *ghee*.

La comida está llena de pequeñas atenciones al estilo indio dirigidas a mí. Me hacen sentar al lado del padre, como si esa siguiera siendo su casa, y me acomodo en el suelo frente a mi plato. La comida es menos picante que la que preparó Monalisa en su casa: chapatis, curry de berenjenas y patatas, arroz y chiles fritos largos y verdes y no muy picantes. Frente a mí hay un montón de chapatis. Mientras como, la madre sale de la cocina con un chapati caliente y dice a Monalisa:

—Quítale el frío.

Monalisa alarga una mano hacia mi plato, coge el que han hecho hace un rato y lo reemplaza por uno humeante. Ella se come el frío.

La madre se me disculpa por no haber preparado nada especial.

—No sabía que iba a venir un hombre. Cuando Monalisa me dijo que vendría con alguien pensé que sería una amiga. O habría preparado *undhiyu*.

Mientras comemos, la familia reprende a Viju por no haber ido a trabajar ese día.

—No tiene excusa —dice el padre—. ¡Hay un retrete al lado de la fábrica!

—Pero cuando me encuentro así, ¿cómo voy a trabajar?

—Va suelto de vientre —me explica Monalisa—, pero eso no es excusa para no ir a trabajar.

El hermano apela a mí.

—¿Cómo se puede trabajar cuando estás así?

La madre quiere que coma algo.

—Toma arroz y yogur. Tienes el estómago vacío.

Él no quiere, pero la madre lo obliga. Se sienta y come con nosotros, con el estómago revuelto.

Después de comer el padre eructa y se lava las manos en su plato con el agua de su vaso, como hacen en el pueblo. Me anima a hacer lo mismo y así lo

hago, pasando rápidamente los dedos por debajo del chorrito de agua fría que cae en mi plato de *dal* y que se vuelve amarillo sucio.

—Eres gujarati —dice con aprobación.

—Sigues siendo gujarati —coincide Monalisa.

Ella se lava las manos en el fregadero de la cocina. El padre se sienta y lee el periódico gujarati moviendo los labios en silencio. Es evidente que se siente en casa; no hay ningún indicio de que sea una pareja divorciada.

—En el pueblo tenemos cinco casas —dice la madre—. Bungalows. Uno es de mi marido y los demás de sus hermanos.

Después de comer, Monalisa y su hermano se tumban en el suelo, con la cabeza apoyada en almohadones cilíndricos, y arman jaleo. Él le hace cosquillas; ella le tira del pelo.

—Estaban muy unidos —comenta la madre—. Se peleaban y cada uno venía a contarme cuentos del otro, pero cuando yo le pegaba a él, ella se quedaba en una esquina y lloraba. Y viceversa, cuando le pegaba a ella, él lloraba. Ella es más fuerte que él. Cuando a Viju le pegaban los chicos del edificio, Rupa bajaba y les daba dos puñetazos a esos chicos grandes y fuertes, y ellos se iban corriendo. Viju en cambio es muy delicado. Aunque solo le dé un pequeño pellizco, grita fuerte y dice que le he hecho mucho daño. Por la noche a veces le cojo el pelo mientras duerme y se lo recojo en dos coletas a cada lado de la cabeza. —Se levanta el pelo con las manos a la altura de las sienes, como cuernos de diablo—. Lo vestíamos con trajes de niña.

Su hermano está sonriendo.

—Hasta hace dos años se hacía pipí en la cama. Todos dormíamos juntos, y cuando me despertaba tenía el camisón empapado. Y el pelo de Rupa estaba todo mojado. Por eso lo tiene tan largo y bonito. Era su suavizante. Cuando la gente pregunta a Rupa «¿Cuál es el secreto de tu pelo?», ella debería decir: «El pipí de mi hermano».

Se ríe fuerte mientras su hijo trata desesperadamente de hacerla callar. Pero

al darse cuenta de que no va a parar, trata con todas sus fuerzas de unirse a la broma, para demostrarme que él también es gracioso, y dice:

—Tal vez debería envasarlo y venderlo.

Entonces la madre y el hermano me describen el impresionante apetito de Monalisa. La madre enumera todas las cosas que necesita comer a lo largo del día: tantas *parathas* para desayunar, tanto para almorzar, y dos cenas.

—Dos *pav bhajis* y de doce a dieciséis *pav* —dice Viju.

Monalisa se ríe con ganas.

—En el orfanato lloraba pero seguía comiendo. Lloraba y comía, lloraba y comía.

Esta familia está escenificando algo oculto y salvaje ante mí, el único espectador. Digo que debo irme, pero la madre insiste en que Monalisa se vaya conmigo, aunque se está estirando para dormir la siesta. La camarera del bar de alterne es todo sonrisas y risas conmigo, y me pide que vuelva a visitarlos. Soy de Estados Unidos; probablemente rico; Monalisa debe irse conmigo.

En el tren de regreso ella está callada. Nos quedamos de pie cerca de la puerta abierta para disfrutar de la brisa. Ella me dice que, en el dormitorio, su padre ha cogido la cara de su hija perdida con las dos manos y se ha echado a llorar. Ha dicho que la había echado de menos.

—¿Te ha dicho que sentía haberte dejado? —pregunto.

Ella niega con la cabeza.

Se marchó porque ella se lo había pedido, le ha dicho. Cuando ella tenía diez años, vio que su madre mantenía a otro hombre y que su padre tenía una aventura con otra mujer, de modo que le dijo que se fuera.

—Y él siempre hacía lo que yo le decía, incluso cuando era niña —me explica a mí y a sí misma.

Él le había pedido que le guardara un secreto: que no le dijera a su madre que tenía tres coches en el pueblo. No le sentaría bien que su segunda mujer llevara mejor vida que la primera.

—Aún ahora, mi padre quiere a mi madre —me dice Monalisa, y sonrío—. ¿Si no por qué habla con ella? Me gusta verlos juntos.

Ella ha puesto la cabeza en su regazo y le ha hablado. Le ha explicado todo sobre su profesión. Él le ha pedido que se case. «Las chicas de esta profesión no pueden casarse», le ha respondido ella. Ella le ha pedido que vaya a su casa cuando vuelva a Bombay, que le cocinaría con sus propias manos. Le pregunto si ha llorado.

—No he llorado.

—¿Por qué no?

—No me salen las lágrimas. Lo hacen cuando estoy sola. Cuando estoy sola lloro y escucho canciones. En cuanto empieza la canción me echo a llorar.

Caigo en la cuenta de por qué hay tan pocas lágrimas en esa familia. Si Monalisa (o su madre o su hermano) se permitiera llorar cada vez que siente el peso del dolor o de una profunda emoción, se le agotarían las lágrimas. Lloraría sangre. De modo que cuando se reúne con su padre, que la abandonó hace media vida, lo ve llorar pero ella se contiene. No, eso no es cierto; no se contiene. No es un acto premeditado. A los veinte años es algo que le sale natural a la señorita Monalisa Patel, cuando se enfrenta a una situación dolorosa. Se muestra fuerte, como una profesional.

Con el tiempo empezó a gustarme el club Sapphire. Me gustaba la felicidad que se respiraba en él. Había gente que iba allí tras una dura jornada en una ciudad brutal, había música que me gustaba, alcohol, luces y chicas guapas bailando. Las chicas también se lo pasaban bien, ganando dinero y recibiendo carantoñas. Entre los espectadores había una especie de camaradería ética.

Los hombres iban con sus amigos y, con su instinto comercial embotado o mermado por la felicidad, vaciaban sobre las chicas sus billeteras que tanto les había costado llenar. «Mirad, esto es lo poco que significan para mí estos papeles de colores brillantes.» Los hombres iban allí a degradar el dinero.

Cuando Monalisa me ve entrar con mis amigos, se le ilumina la cara. Pasamos fácilmente a través de seguratas y puertas a la habitación VIP armados con la llave mágica de su nombre. Ella habla con el camarero, quien se encarga de dejar libres unos asientos para nosotros haciendo levantar a otras personas. Monalisa pide que pongan las canciones que me gustan y las baila delante de mí, renunciando a muchos miles de rupias que otros hombres están ofreciéndole para que baile para ellos. Y todos los gánsters, policías, empresarios, jeques y turistas juntos estiran el cuello para ver quién es ese dignatario por quien quitan los letreros de «Reservado» de las mejores mesas. ¿Y qué saca ella haciendo esto por mí, manteniendo mi *izzat*?

En el amor, como sabe bien Monalisa, el arma más potente que tienes es el oído.

Monalisa ha estado explicando la diferencia entre sexo, amor y amistad a Dayanita mientras estaban solas.

—¿Qué es el sexo? El sexo no es nada. Lo que necesitas es alguien que esté ahí toda la noche, cuya respiración puedas oír toda la noche, y al que todavía encuentres en la cama a la mañana después de haber hecho el amor con él. Una persona con la que te acuestas te dura entre seis meses y un año; un amigo puedes conservarlo toda la vida. Entre los hombres solo tengo un amigo, Suketu. Es pura amistad. No hay amor en ello.

—¿Qué hay de Minesh?

—Empezó siendo amistad, pero luego entró el amor. Es extraño. —Hablaba del amor como si fuera un agente contaminante.

Estoy explicando todo esto a un amigo, un poeta.

—Monalisa es especialista en hacer que los hombres se enamoren de ella.

Estoy haciendo seguimiento de su vida. Llevo desde enero viéndola o hablando con ella por teléfono todos los días.

—Oh, entonces has triunfado.

—¿En qué? —pregunto, antes de caer en la cuenta.

«Todo el mundo me desea», me había dicho Monalisa. La gente cree que yo también la deseo, y cuando ven el recibimiento que me hace en el club, deducen que ella ha sucumbido ante mi deseo. Sé de qué clase y de qué color es la ropa interior que lleva. Sé cómo le gusta hacer el amor. Sé cuándo está triste, cuándo está al borde del suicidio, cuándo está eufórica. ¿Qué es el sexo después de conocer tan íntimamente a alguien?

—Solo una persona conoce toda mi vida —dice Monalisa a Dayanita—. Le he contado a Suketu hasta el último detalle.

Me la revela, en trozos grandes y pequeños, hasta transferírmela. ¿Cuáles serán las consecuencias de esta transferencia, en mí o en ella?

En cierto momento, la Monalisa sobre la que estoy escribiendo en estas páginas se volverá más real, más atractiva que la Monalisa de carne y hueso. Un *ulloo* más, pensará Monalisa. Pero imagino su sorpresa cuando vea que lo que estoy adorando, con lo que estoy obsesionado, es una chica que está más allá de ella, que desborda su reflejo en el espejo, y que es sobre esta sobre quien arrojé todo mi dinero, es por ella por la que me retuerzo bajo el confeti de mis palabras. Cuanto más escribo más rápido baila mi Monalisa.

GOLPITHA

Madan, un fotógrafo callejero, me pide que le acompañe a dar una vuelta por Golpitha, el nombre colectivo que recibe el barrio chino. El barrio chino ocupa una parte tan grande de Bombay que los poetas dalit llaman a toda la ciudad Golpitha. Vamos a parar a un bar lleno de hombres, abierto a la calle.

Son las entrañas de la tierra. Toda la zona tiene un aura poco limpia. En las ventanas del primer piso se anuncian habitaciones climatizadas. Por delante de las mujeres que hay fuera del bar, a la luz amarilla de la farola, desfilan hombres, solos o en grupos de dos o tres, aunando coraje para hablar con ellas, evaluándolas: edad, complexión y tamaño de los pechos. Las mujeres de más edad se sientan en el portal más cercano, cansadas, a medida que transcurre la noche.

Madan se está mofando de un chico de unos veinte años que ha entrado en el bar y está sentado en la mesa de enfrente. Shezan es un mallu de ojos brillantes que se dirige a Dubái para trabajar en un hotel; es tiempo muerto para él, una noche en Bombay, en tránsito.

—Deberíamos coger a una tía y tirárnosla los tres —sugiere Madan. Me señala—. Este tipo está cachondo. Solo piensa en follar.

Shezan Babu acaba de «echar un polvo con una chica de Andhra» por ciento cincuenta rupias. Le gusta que las chicas le hagan mimos. En Dubái hay rusas que cobran mil la hora y ha oído decir que son muy cariñosas. También hay chicas de Tajik y... ¿cuál es esa raza baja? Filipinas. Las chicas filipinas son muy buenas. No son como las saudíes, que no tienen nada. En Mangalore se lo ha pasado en grande con africanas que van a estudiar a las universidades de allí. «Las negras son muy cariñosas. Con ellas tienes que ser muy decente. De lo más decente. Tienes que ser decente tres o cuatro meses, y luego te dejan hacer de todo.» Y puedes tener una y después muchas.

Un chulo bajo lo llevó a un salón donde había unas cinco o seis chicas, y él escogió a la de Andhra. Subieron a la habitación y ella le dijo que iba a quitarse toda la ropa, pero él le pidió que no lo hiciera (tenía miedo de coger algo, la enfermedad venérea aún, pero el sida es terrible); se desnudó y se tumbó en la oscuridad, y ella lo folló. Ella le ofreció un condón; él siempre llevaba doble condón cuando follaba. Madan se queda horrorizado. «Odio los condones. Sientes la polla como un objeto extraño.»

Madan le está tomando el pelo, diciéndole que se acerque a las prostitutas de la calle y les pregunte si estarían dispuestas a hacerlo con los tres. Trescientas rupias por los tres, dice una, y luego baja a ochenta por cabeza. La habitación va aparte, como las copas. En su último encuentro a Shezan le vendieron una bola de droga por veinte rupias, cree que era hierba pero Madan dice que tuvo que ser hachís. «Si tomas hierba y follas, no te sales», comenta Shezan.

En medio de sus correrías con putas encuentra tiempo para llamar a su madre de Mangalore.

—¿Dónde estás? —pregunta ella ansiosa.

—Estoy en un hotel. No he salido.

—¿Has comido algo? —pregunta ella.

—No, no he salido del hotel.

Las mujeres de aquí son como las del centro de Bombay, salvo que hay más con rasgos de Asia oriental, las nepalesas. Las demás son marathas o de Andhra, de piel oscura. No van vestidas de forma provocativa. Solo llevan flores en el pelo y, a juzgar por como van vestidas, podrían ir al cine o a cenar a un hotel. Alrededor de todas ellas hay niños. Las prostitutas callejeras nos mandan al cuerno cuando Shezan les pregunta si estarían dispuestas a hacer sexo anal.

—Entonces ¿qué hacéis? —pregunta él.

Una de ellas se señala la ingle.

—Metes la polla en el coño, eso es todo.

Otra le hace una oferta: por cien rupias lubricará un palo de madera y se lo meterá por el ano. Las prostitutas callejeras parecen controlar muy bien tanto la clase de hombres con los que se van como lo que van a hacer o dejar de hacer con ellos. De pronto un chulo se acerca a dos mujeres que están de pie junto a la farola. Saca un libro de cuentas y escribe algo en él. Las mujeres le dan unos billetes; él los coge, los anota y sigue andando. Yo empiezo a

alejarme de allí. Shezan está desconcertado; la noche es joven, la interminable noche de Bombay. En la chica desnuda hay ocho millones de historias.

Bombay es una ciudad que bulle, que vibra de energía sexual. Una ciudad de hombres emigrantes sin mujeres: una ciudad en celo. Los *rickshaw wallahs* sin mujer, las aspirantes a actrices de Bollywood, las modelos, los marineros de otros países, todos van en busca de un poco de calor, un polvo apresurado y furtivo en cualquier esquina escondida del mundo. Lo hacen en los trenes, en las estaciones de tren, en las partes traseras de los taxis, en los parques, en los urinarios. Las rocas junto al mar son uno de los lugares favoritos. A lo largo de Carter Road en Bandra, en Scandal Point de Colina Malabar, hileras de parejas se enroscan en las rocas, todas mirando el mar. No importa que las vean las miles de personas que caminan por el lado, porque solo pueden verlos por detrás, no las caras, y los amantes a diestra y siniestra están ocupados besándose, palpando. El anonimato es erótico. Esa mujer que cuelga la ropa en su balcón, con el pelo largo y mojado alrededor de los hombros, recién salida de la bañera. La multitud de chicas con minifalda que hay frente a las universidades católicas. «La ciudad entera es un dormitorio», dice mi criada. Sabe de las *memsahibs* que salen a reunirse con sus chóferes en Haji Ali. El técnico de la televisión por cable la aborda cuando está sola en la casa.

—¿Hay algo para comer? —pregunta él.

—Chapatis —responde ella.

—¿Puedo comer algo? —repite él.

Pero el hambre sexual no se circunscribe a las clases bajas. En el China Garden o en el Oberoi, varios grupos de mujeres de alta sociedad hablan de sus amantes mientras almuerzan. Los jóvenes gallardos de Walkeshwar ven bailar desenfundadas a las occidentales maquilladas en los vídeos musicales y se bajan pornografía dura de internet, pero tienen prohibido dar un beso en la mejilla a las buenas chicas de su círculo social. En los hoteles de cinco

estrellas, los jóvenes modelos rezan a sus dioses antes de participar en un concurso de belleza, mientras las reinas parsis entradas en años los persiguen hasta los lavabos, tratando de verles la polla. A la mujer de un industrial, el organizador de uno de esos concursos masculinos, la graban en una cinta de vídeo con uno de los concursantes. La cinta pornográfica acaba en manos de una familia empresarial rival que convoca una reunión familiar urgente. ¿Qué van a hacer con ese material? Podría ser una mina de oro o un desastre. Deciden guardarlo para cuando lleguen las vacas flacas. A las mujeres se las sujeta y se las contiene: en las calles, en los rascacielos, en los clubes, en los *chawls*. Se trata del frenesí sexual de una sociedad cerrada donde las mujeres de Golpitha son las alcantarillas para las emisiones de los hombres.

Girish, el programador informático, me lleva una noche a conocer a uno de estos hombres, un amigo de la universidad llamado Srinivas. Bajamos al sótano donde trabaja Srinivas para una compañía de corretaje. Un joven alegre con gafas, es un experto en descargar pornografía a su ordenador, junto al cable de Reuters. Srinivas creció en Kamathipura, donde los colegiales de sexto curso cogían el dinero que sus padres les daban para comprarse caramelos, lo ponían en un bote común y pagaban para que les hicieran pajas. Hasta hace un año se juntaba con sus amigos y contrataban a prostitutas por quinientas rupias, las llevaban a apartamentos vacíos o habitaciones de hotel, y las compartían. Nos cuenta lo que podría pasar por una conversación después del coito con una prostituta. Nueve de cada diez chicas le dirán debajo de él: «Eres de una buena familia. No deberías hacer estas cosas». Pero a él le gusta follar. «Es lo más sencillo que puedes hacer como ser humano.»

Hace unos meses contrajo ictericia y se adelgazó diez kilos, de modo que dejó de ir de putas y de beber. Pero ya está bien y tiene previsto empezar de

nuevo dentro de un mes. Mientras tanto, obtiene placer del ordenador. Ha comprado un nuevo CD en el que aparece una mujer en la pantalla. El espectador puede hacerle cosas a través del ratón y ella responde de forma apropiada; mover la flecha dentro de la vagina provoca pequeños gemidos de placer programado desde el altavoz del ordenador. Me lleva a donde irá en cuanto esté mejor.

El mayor prostíbulo de Bombay es Congress House, así llamado por la oficina central del Partido del Congreso que se encuentra en la acera de enfrente. El vigilante octogenario te dirá que Mahatma Gandhi acampó allí durante la lucha por la libertad. El casto líder, para quien la lucha más épica que libró en su vida no fue contra el Imperio británico sino contra su propia sexualidad, no quedaría satisfecho con lo que ha traído consigo la independencia, porque justo en la acera de enfrente hay una academia de música, como indica el letrero; pero en el interior hay una fortaleza de prostitutas. Cientos de prostitutas y bailarinas, y sus ebrios clientes, hombres jóvenes con ropa bien cortada y calzado bueno, están cocinando, coqueteando o escupiendo tabaco en medio de la más increíble inmundicia: cloacas al aire libre, humedad por todas partes, comida poco higiénica, materia orgánica. En Holi las chicas de Congress House pierden la cabeza. Se emborrachan y mezclan el agua y el barro de las cloacas con compresas higiénicas usadas, y cogen a otras chicas y las arrojan sobre la mezcla, o se arrojan las compresas sangrientas unas a otras.

A nuestro alrededor hay ventanas y portales abiertos, a través de los cuales vemos a las mujeres haciendo la colada, lavándose, removiendo cazuelas sobre fogones y atendiendo, en general, sus quehaceres domésticos. Aquí es donde viven; sus clientes, si son fijos, vienen aquí a recogerlas y las llevan a hoteles y pensiones para ocuparse de sus asuntos. Hay que caminar con cuidado entre los escombros, pero a Srinivas no le importa.

—La basura queda bastante disimulada por las hermosas vistas —dice,

mirando apreciativo la constelación de mujeres, de todos los rincones de la India y Nepal.

Los precios de las prostitutas empiezan por las cincuenta rupias en la cercana pensión Pila House, dice, ascienden a mil rupias, por las que él se inclina, y pueden alcanzar las cincuenta mil por una aspirante a estrella de Bollywood.

La amiga de Monalisa, Ranjita, vive en Congress House, al igual que muchas de las demás bailarinas de clubes nocturnos. Ranjita dejó un lujoso piso de Lokhandwala para irse a vivir en una habitación inmunda de Congress House (que se alquila a quince mil rupias al mes además de una fianza de varios lakhs), a pesar de tener un piso más bonito en Jogeshwari. «En Congress House hay seguridad», me explicó Monalisa. Todo el mundo sabe a qué se dedican la mayoría de las inquilinas y no hay problema. Ninguna comunidad de vecinos protestará, como están empezando a hacer con Monalisa en Juhu.

En Pila House viven las prostitutas nepalesas. Está cerca de un teatro del siglo XIX. Alrededor de Pila House hay edificios con cientos de prostitutas alineadas a lo largo de las escaleras, y mientras subes, «te cogen la maleta y te llevan a su habitación», explica el taxista que nos está acompañando. Le pregunto cuánto tiempo puedes conseguir por treinta rupias. «Cinco minutos, diez, quince. Depende de ti.» Veo a hombres saliendo de Pila House con *lungis*, fumando un cigarrillo con aspecto relajado. Los hombres que van allí son peones, carreteros, culis; hombres que trabajan con el cuerpo todo el día y por la noche compran otro cuerpo trabajador.

Bachu-ni-wadi, adonde nos dirigimos a continuación, consiste en una serie de callejas detrás de un pequeño portal. Las primeras tiendas venden shish kebabs, y durante toda la noche se ven hombres comiendo kebabs con cebollas. Los bloques de hielo de enfrente están adornados con ramilletes de menta fresca que echan a la carne. En el interior se tiene la impresión de estar

en una casa de muñecas abierta; dentro de cada una de las ciento y pico habitaciones hay músicos, cantantes y bailarinas ejecutando el *mujra*, la danza de la cortesana del norte de la India. Los sonidos de las distintas *mujra-walis*, de la tabla y el armonio, salen flotando al callejón. Pido al taxista que negocie en una casa que tiene aire acondicionado. Vuelve con un precio: trescientas rupias por tres canciones. De modo que nos descalzamos en la puerta y nos sentamos sobre colchones en el suelo. En la habitación hay una nevera donde se guardan las bebidas alcohólicas, un televisor y un pequeño equipo de música encima, y una bandera india de papel que asoma de una vitrina. La cantante, de un rubio poco natural, nos pregunta en hindi con acento urdu qué nos apetece oír, *ghazals* o canciones, temas antiguos o nuevos. Empieza con un *ghazal*, acompañada por otra cantante, una tabla y un armonio. El canto no es nada del otro mundo. Lo remarcable es cuando junta las manos para marcar el ritmo con una palmada; es el sonido más fuerte que he oído nunca de unas manos humanas. Posee una cualidad metálica, a pesar de que no tiene aros ni instrumentos ocultos entre los dedos. Ha torcido el dedo de una mano de un modo singular y ha ahuecado ligeramente las palmas, y el sonido ha sonado atronador en la pequeña habitación. En ese momento sale una bailarina, una chica muy bonita con un traje de seda caro; pero cuando baila lo hace tan mal que no podemos evitar reírnos. Ella agita los brazos y se retuerce en una mala imitación de las incontables escenas *mujra* de las películas hindis. La mayoría de esas bailarinas trabajan en un club de alterne hasta que cierra, a las doce y media, y acaban la noche bailando en *Bachu-ni-wadi*. Aquí, en este callejón, no hay hora de cierre; parece existir dentro de una jurisdicción propia.

En la habitación hay colgada una fotografía de la cantante, mucho más joven; un concierto que ha dado en alguna sala. Ella y el resto de los músicos son de Benarés. Nos habla de los *nawabs* de antaño, que mandaban a sus hijos a las *tawaiifs*, las cortesanas, para que los educaran sexualmente; ya no es así, y las verdaderas *mujras* no son como las de las escenas musicales de las

películas hindis. «Dawood venía aquí y se quedaba toda la noche. Cogía a la chica que quería y pagaba la cantidad que le pedíamos.» Es motivo de gran orgullo que el capo frecuentara esas casas; ninguna estrella de cine o político les haría un mayor honor acudiendo a ellas.

Salimos de nuevo por el callejón, que está asombrosamente sucio. Mientras me siento en un catre que hay fuera de la habitación para atarme los cordones de los zapatos, toco algo con la mano izquierda; me la llevo a la nariz y huele a vómito. Del interior de las habitaciones sale luz, música y poesía urdu; fuera es un vertedero de desechos corporales.

El taxista me habla de un club donde una mujer se desnuda íntegramente pero está prohibido beber alcohol; y de otro que es muy popular entre los extranjeros y los árabes, donde cuatrocientas chicas bailan frente a ti, y puedes escoger una y llevártela inmediatamente al hotel contiguo. En la ciudad de la noche hay toda clase de chicas de toda clase de precios; nadie tiene por qué estar solo o sentirse frustrado. Un grupo de hombres alquilan un piso al que llevan a mujeres lactantes con los ojos vendados, y se turnan para mamar de sus pechos.

Casi ha amanecido cuando salgo de la ciudad a toda velocidad en un taxi solitario; por el carril contrario no circula ni el tráfico del aeropuerto. Es la hora muerta que precede a la llegada del primer tren de Virar lleno de pescaderas. Todas las ciudades son iguales en su silencio, después de que hayan cerrado los bares. Todos los amantes nocturnos han de volver ahora a sus casas.

DOS VIDAS: HONEY/MANOJ

Hablé a Monalisa de Honey, el hombre que baila vestido de mujer. «Honey es una mujer que nació hombre por equivocación —dijo Monalisa de inmediato

—. Es muy amiga mía.» Una noche quedo con ella después del trabajo en la cafetería del Marine Plaza, que no cierra hasta el amanecer. Cuando por fin aparece, me susurra al oído:

—Había una fiesta en el Dilbar. Honey todavía lleva la ropa de trabajo y una bata encima. ¿Te importa?

Monalisa le ha dicho a Honey que confía en mí y la ha convencido para que se apunte a tomar algo con nosotros. Lleva a su amiga a la lujosa y tranquila cafetería del primer piso del hotel. Por primera vez veo a Honey a una luz adecuada. Es muy guapa y no tiene ni rastro de vello en la cara. Es sindhi, nacida en Bombay, y ya ha cumplido los veinticinco años. Su verdadero nombre es Manoj. Mientras toma un café con hielo y unas patatas fritas nos habla de su vida en los clubes nocturnos.

Manoj se sintió atraída por el mundo de los clubes nocturnos a través de una vecina, Sarita Royce, una bailarina que había viajado por todo el mundo. «Honey fue mi *protégé*», me diría Sarita más tarde. Su madre cuidaba a Manoj y a su hermano Dinesh durante las frecuentes ausencias de sus padres. «Sabes algo de ellos, ¿verdad? No vienen de una familia muy acomodada.» La madre de Manoj se ganaba la vida pasando de contrabando electrodomésticos de Singapur. Manoj acompañó a su madre en treinta y cuatro viajes de ida y vuelta a Singapur, desde los nueve años.

Sarita solía pedir al chico, cuyos gestos eran femeninos, que bailara para ella las canciones de las películas. También organizaba fiestas privadas. Algunas eran en su casa, y el joven Manoj iba y veía bailar a todos, y pensaba: «Yo lo haría mejor». Un día Sarita había organizado un espectáculo privado en un hotel, y una de las chicas que tenía que bailar llamó para decir que no iba a poder ir. Sarita miró alrededor y se detuvo en el niño. Le pidió a su madre que lo mandara al hotel. Entonces Sarita cogió una trenza y se la sujetó al chico en la nuca con un montón de pasadores. Tan pronto como Manoj salió al escenario se le cayó la trenza. El público respondió de forma favorable:

«¡Qué chica! Dulce como la miel». La madre de Sarita empezó a llamarlo «Honey», miel. Algunos hombres de entre el público preguntaron a Honey si le interesaría bailar en un club por dinero. Así empezó la carrera de Honey en los clubes de alterne, así como el desdoblamiento en Manoj/Honey.

—Al principio tenía la sensación de que la gente me esperaba —dice Honey—. La gente esperaba a una heroína.

Manoj iba a un internado inglés en Khandala, del que lo expulsaron en el octavo curso. Lo sorprendieron en un lavabo con otro alumno que estaba a punto de violarlo. Cuando Honey empezó a bailar, el contrato era de cien rupias al día. Eso era mucho dinero para su madre, a quien habían cogido y multado por entrar clandestinamente en el país esferas de acero al volver de uno de sus viajes a Singapur. En solo un día perdió lo que había ganado en tres años y contrajo una deuda de cincuenta mil rupias. Cortó los saris de su boda para hacer vestidos a su hijo de trece años y lo mandó a bailar.

Uno de los clientes del primer club donde trabajó Honey le dejó una nota en la que decía que la estaban estafando y que su madre debería llamarlo. Era un punjabi que tenía un hotel en Vashi, el Maya Bar. Honey se había vuelto tan popular que el dueño se ofreció a pagarle un lakh si se sometía a una operación de cambio de sexo. Había una condición: después de la operación tendría que tener relaciones sexuales con él. Honey decidió cambiar de club y se fue al Indrapashtra en Saki Naka. Allí empezó a hacerse famosa y trabajó tres años. El propietario del club se enamoró de ella y se cortó las muñecas. El personal del club se refería a Honey como «cuñada».

El padre de Honey trabajaba de cobrador de facturas para el productor, G. P. Sippy, pero se negaba a tocar las ganancias ilegales de su mujer. Debió de inquietarse al ver a su hijo ponerse un vestido y bailar delante de desconocidos, y se distanció de él. Su mujer, en cambio, siguió alentándolo, contenta con los ingresos extra. La primera vez que un cliente llevó a Honey de compras, ella le pidió que comprara regalos a su padre: bermudas, camisas

y dos botellas de dos litros de Fanta. Luego fue a su casa y dejó los regalos ante su padre. Era el primer dinero que ganaba. El padre aceptó los regalos y bebieron juntos un vaso de Fanta. La madre entró y se quedó gratamente sorprendida: «¿Cómo, padre e hijo bebiendo juntos?». Y el padre respondió: «Si mi hijo gana dinero, tengo que beber con ella». Y bendijo a su hijo. Honey todavía recuerda sus palabras.

—Me puso una mano en la cabeza y dijo: «¡Te harás muy famosa en la vida!».

En la reproducción de Honey de esas palabras, el padre utiliza el pronombre femenino para referirse a Honey. Había aceptado la extraña manera de su hijo de ganarse la vida. Esa noche, al bajar de un autobús en Dadar, un camión que pasaba a toda velocidad por el carril contrario lo golpeó y lo arrojó frente a otro autobús, que terminó con él.

Un día una bailarina que vivía en Congress House pidió a Honey que la acompañara a un club nuevo llamado Sapphire. Honey titubeó. Había oído decir que los chulos de Congress House iban al Sapphire a buscar chicas para su negocio. Pero sus dudas se desvanecieron en cuanto hizo su aparición. Honey empezó a bailar en el escenario del Sapphire y el local enloqueció. «¡Otra, otra!», gritaron los clientes. Se suponía que solo tenía que bailar una vez, pero ni los clientes ni Pervez, el propietario, parecían dispuestos a dejarla marchar. Pervez no sabía nada de la verdadera identidad de Honey. Cuando Sarita le puso al corriente, no le importó.

—Honey creó el Sapphire —me dijo BK.

Honey llegó con dieciséis años, la más joven de las bailarinas además de la más imaginativa. Cuando componía un baile, se preguntaba: «¿Cómo lo hacen en las películas?». Y cambiaba de vestuario en cada número, pasando de ropa india a occidental según las exigencias de la canción. Para una canción con un tema árabe se ponía un vestido de gasa estilo árabe; para un tema con ritmo folk llevaba *ghungroos*, pequeños cascabeles alrededor de los tobillos; en la

canción sobre un héroe con sombrero, Tirchi Topiwale, salía al escenario con un montón de sombreros y los tiraba a la cabeza de sus clientes favoritos. Fue Honey quien introdujo en los clubes nocturnos el juego de llamada y respuesta. «Oye, oye», gritaba, y los clientes respondían: «Oyeoooooahh». Ella se subía de un salto a las mesas y bailaba; se veía a sí misma como una segunda Helen, la incomparable cabaretera de las películas hindis de los años sesenta y setenta. Sus vestidos de corte oriental dejaban al descubierto sus piernas depiladas con cera; se acercaba bailando a un cliente y le ponía la pierna en el hombro, «y se volvían locos».

Luego introdujo otra moda.

—Yo lanzaba una flecha en la oscuridad y daba en el blanco.

Empezó a sacar a los clientes a bailar: «Te lo ruego, solo será un segundo, por favor». Y entonces les arrojaba dinero sobre la cabeza. Ellos se quedaban encantados; todo el bar estaba presenciando su estrellato. Si Honey les tiraba cincuenta rupias, ellos le devolvían quinientas. Honey estaba invirtiendo toda la ecuación artista-público en el mundo de los clubes nocturnos.

—No quiero que las chicas bailen y los hombres se queden sentados.

En el cumpleaños de una de las chicas, su principal cliente decoró toda la sala con frutas —piñas, mangos, manzanas y naranjas colgadas de cuerdas por toda la sala— mientras la homenajeadada bailaba en el huerto. Honey empezó a arrancar las frutas de las paredes y a metérselas por la ropa a los clientes de edad, plátanos dentro de los pantalones, naranjas en el pecho, para que los clientes viejos se pasearan por allí festoneados con frutas, y las bailarinas y los clientes se unieron en estruendosas carcajadas. Los billetes de cinco dieron paso a los de cien, hasta que el club prohibió los de cinco. Ella arrojaba dinero a un cliente y él respondía golpeándola con fajos enteros de billetes de cien rupias. Le arrojaban tantos billetes que no daba abasto para recogerlos. La gente hacía cola para darle dinero. «Yo lanzaba y corría, lanzaba y corría.» BK la regañaba. «No dejes el dinero por ahí tirado.» Honey

era tan importante para el Sapphire que le concedieron el mayor honor existente en una ciudad con la propiedad inmobiliaria comercial más cara del mundo: su propio camerino.

Las demás bailarinas empezaron a hacerle el vacío. Le desearon lo peor: que un cliente se enamorara de ella y le prohibiera seguir bailando. Pero a Honey no le interesaba tanto el dinero como la actuación en sí, y oír a los clientes aplaudir y gritar «¡Otra, otra!». Cuando bailaba un turno completo, sudando profusamente, «me sentía como si me hubiera dado un atracón». Honey ha actuado desde entonces para celebridades tan distintas como Steven Seagal y Chotta Shakeel. Ha estado dos meses en Nairobi. Tiene clientes de África, Yakarta, Mauricio y Singapur. La revista *Savvy* le hizo un reportaje y apareció en el programa de Priya Tendulkar, pero como mujer, como bailarina. Su secreto estuvo a salvo.

Honey nos habla de su operación de pecho. En ese momento ganaba treinta y cinco mil rupias al día. Pero pensó que, si tenía pechos, las propinas aumentarían, y podría tomarse un descanso y probar suerte en el cine. «Quería tener una raja en el escote.» Se sujetaba vendas con esparadrapo para fingir que tenía pechos y le silbaban. Pero al quitarse el esparadrapo se arrancaba la piel. Manoj se transformaba en Honey en el taxi que la llevaba a los clubes. Se ponía el sujetador y llenaba las cazuelas con pañuelos o esponjas. A veces tenía que utilizar periódico arrugado que rascaba como el demonio. De modo que decidió hacerse una intervención quirúrgica y acudió al mejor cirujano plástico de la India para que le pusiera implantes de silicona. Cuando se despertó de la operación se puso a chillar. Era como si le colgaran dos pesas gigantescas. De pronto Honey tenía lo que había soñado: un par de pechos de la talla 85: «¡Quítemelos, quítemelos!», gritó. El médico le dijo que tuviera paciencia un mes, que se acostumbraría a ellos. Ella salió del hospital y se subió a un taxi.

De pronto el taxi golpeó un badén.

—Me botaron con tanta fuerza que tuve que sujetármelas.

Honey pidió al taxista que la llevara inmediatamente a otro hospital; estaba dolorida y quería que le extirparan sus nuevas glándulas mamarias. Cuando los médicos del segundo hospital oyeron el nombre del prestigioso médico que los había implantado, mandaron a Honey a freír espárragos. Esa noche, las chicas del Sapphire se apiñaron alrededor de ella y le clavaron el dedo en las repentinas protuberancias de su pecho. «Honey, *didi*, ¿qué es esto? Tun, tun.» Después de remover cielo y tierra durante semanas, encontró a un médico que accedió a extirpárselas. Honey se levanta la camisa y me enseña las cicatrices que tiene en el pecho. En su pecho de hombre.

Lo que hacía Honey repercutía en la imagen de su familia en la comunidad. Al comienzo de su carrera, Honey bailaba en un club de Ulhasnagar, un barrio de las afueras que era un bastión de sindhis y donde vivían muchos de sus parientes. Su tío tenía una tienda allí. Los clientes del club dijeron a su tío: «Tu sobrino se viste de chica y baila en un club». Su tío fue a hablar con el padre de Honey. «No pases con tu hijo por delante de mi tienda. La gente se reirá de mí.» Honey se sintió fatal, pero respetó los deseos de su tío y evitó esa calle. Cuando se hizo famosa y triunfó profesionalmente, el mismo tío acudió a ella y le pidió un préstamo de tres lakhs, para abrir otra tienda, y Honey le dio el dinero. Honey también ha comprado pisos para su familia y un negocio de telefonía para su hermano Dinesh.

El portero del Dilbar, un tipo más bien escuálido, está enamorado de Honey y cada noche le da cien rupias. La llama con regularidad y se muestra cohibido y educado. Si la voz de Honey suena un poco grave, se disculpa rápidamente por haberla despertado. «¿Has comido? —pregunta para darle conversación—. ¿Has dormido bien?» Sabe lo de Honey. Así es como lo expresa Honey: «Sabe lo mío», como si hubiera una sola cosa por saber, como si la persona que sabe que Honey es un hombre que se viste de mujer hubiera comprendido la totalidad de su existencia. Esto es lo que pasa con los secretos, y por eso

estamos tan ansiosos por conocerlos. Una vez revelados, nos hacen abrigar la falsa ilusión de que poseemos más información de la que tenemos.

Parte de la gente que va al club cree saber todo lo que hay que saber sobre Honey: que es un eunuco. Chotta Shakeel, el jefe de la Compañía-D, es una de esas personas. Fue dos o tres veces al Sapphire. Honey recuerda a un hombre muy bajo, muy respetuoso; en ningún momento arrojó dinero con sus propias manos sino que dio instrucciones a sus hombres para que lo hicieran, mucho dinero, después de pedir a Honey que rezara por su alma. Dios tiene un contacto especial con los eunucos y atiende sus plegarias. «*Salaam* —decía el capo a Honey—. Por favor, haz mi *dua*.» Pero nunca se referiría a Honey como eunuco en público, porque eso sería manchar sus méritos como bailarina.

Honey nos enseña un book que le ha encargado a un fotógrafo. Primero hay varias docenas de fotos de ella como mujer, vestidos llamativos y estampados llamativos. Luego hay unas fotos más pequeñas de ella como chico. La diferencia es asombrosa. El chico, Manoj, tiene perilla y va vestido con vaqueros, camisa y corbata. No es excesivamente femenino. «Dos vidas», explica Honey. De día hombre, de noche mujer. ¿Cómo repercutió este conflicto en Honey? La llevó a la bebida, las drogas y el matrimonio.

Fue Sarita Royce quien indujo al joven Honey a beber vodka. Beber no era algo que le saliera natural; gritaba a su padre cuando lo veía con una cerveza. Pero el vodka dio paso a otras bebidas alcohólicas, hasta convertirse en una necesidad. Una noche de uno de los frecuentes períodos secos en el estado, entraron en el Sapphire tres clientes colocados. Honey les preguntó qué habían estado bebiendo, y ellos sacaron botellas de bebidas alcohólicas rellenas con Corex, un potente jarabe para la tos a base de codeína. Honey tomó un sorbo; le produjo una agradable sensación de aturdimiento. Ese fue el día que empezó su adicción. No tardó en tomar entre ocho y nueve frascos al día. Los frascos normalmente cuestan treinta rupias cada uno; los mensajeros que

mandaba desde el club veían que estaba drogada y le cobraban cien. Los clientes también lo veían, y los que querían granjearse sus favores empezaron a regalarle frascos de Corex. Este jarabe es el narcótico favorito de las bailarinas; delante de varias farmacias del centro de Bombay ves a la una de la madrugada un montón de chicas guapas, todas groguis por el medicamento.

La droga le estropeó el organismo. Mucho después de dejarla, Honey tuvo piedras en la vesícula y se operó para que se las extrajeran. En mitad de la operación empezó a volver en sí. La anestesia no surtía efecto en su organismo, acostumbrado a sedantes fuertes como el Corex, y los médicos se apresuraron a administrarle una más potente. La adicción acabó con Honey. Mientras bailaba, cogía las copas de los clientes y las apuraba. Entretanto su envidiosa mentora, Sarita, al ver que los clientes desdeñaban sus espectáculos privados para ir a ver bailar a Honey y arrojarle dinero, empezó a correr la voz sobre su verdadera identidad. La relación con su vecina se enfrió; aún ahora Honey apenas saluda a la mujer que la introdujo en ese mundo. Pero los clientes empezaron a hacer comentarios y a llamarla eunuco, homosexual. «¡Eh, *chakka!* —gritaban—. *Hidja! Gaandu!*»

La última noche de Honey en el Sapphire estaba colocada de Corex y un cliente empezó a insultarla.

—No te corresponde estar aquí. Vete, hijo de puta.

Ella se lo dijo al portero, quien se lo dijo a su vez a BK, pero no echaron al cliente. Esa noche ella no pudo soportarlo más. Cogió una botella y la estrelló contra la cabeza de su torturador, haciéndole un corte en un ojo. Luego abandonó la pista de baile y recogió sus botes de maquillaje. Llevaba nueve años trabajando en el Sapphire; a la mañana siguiente empezó a trabajar en el White Horse.

Después del Sapphire, Honey le pegó aún más fuerte al Corex. Cada día gastaba cuatrocientas rupias en jarabe para la tos. Cuando su madre y su hermano, alarmados, dejaron de darle dinero, ella se cortó las venas con una

cuchilla de afeitar. Pero, recuerda, lo hizo debajo de su edificio, rodeada de un montón de gente, para que alguien se diera cuenta y avisara a su familia.

—Si me las cortara sola, nadie se enteraría. —Se ríe.

El corte fue tan insignificante que, cuando la llevaron al médico, no hizo falta que le pusieran puntos.

Las bailarinas llevan su historial personal escrito en los brazos. Honey me enseña otra marca y me cuenta la historia que hay detrás. En el club había un iraní, un cliente fiel que afirmaba estar enamorado de ella y que llegaba a arrojarle hasta cuarenta mil rupias en una noche. Cierta noche también dio dinero a otra chica, Sonali. Sonali estaba haciendo todo lo posible por alejar de Honey al generoso iraní y le susurró al oído que esta solo lo quería por su dinero. De modo que él preguntó a Honey si era cierto. Ella cogió una copa, la rompió y se cortó el brazo con un trozo, y dijo que se escribiría en el brazo «Te amo» con sangre para demostrarlo. El iraní le suplicó que no se hiciera más daño y le preguntó qué podía hacer en desagravio por haber dudado de su amor. «Ve a Sonali y pídele que te ate un *rakhi*», exigió Honey. El iraní hizo señas a Sonali y le dio cinco mil rupias para que se arrancara un trozo de *dupatta* y se lo atara alrededor de la muñeca, delante de todo el bar, convirtiéndose así en su hermana para siempre. La ensangrentada Honey tuvo que aguantar los insultos de Sonali, pero el iraní hace tres años que atesora ese trozo de cristal con que ella se cortó.

—Entonces ¿ya no da dinero a Sonali? —pregunto.

—Sí, pero no tanto. Un hombre no da tanto dinero a su hermana como a su amante.

Un día, en lo peor de su adicción, la madre de Honey y Dinesh le pidieron que fuera con ellos a Pune. Le ofrecieron como incentivo dos frascos de Corex. De modo que Honey accedió a acompañarlos y hacia el final del viaje se vio comprometido con una chica sindhi llamada Jyoti. Todo ocurrió en un estado de aturdimiento causado por el Corex.

—Me sentía como una vaca. —Deja caer la cabeza sin fuerzas.

Honey lleva cuatro años casada.

—Entre mi mujer y yo no hay amor. Sé lo que es el amor, cuando sabes lo que está pensando tu amante, cuando tu amante sabe lo que tú estás sintiendo.

—Aunque Manoj no está enamorado de su mujer, quiere tener hijos, dos niños —. Porque los chicos cuidan más de su madre, de modo que me cuidarán a mí.

—Luego se da cuenta de lo que ha dicho y se corrige—. Cuidarán más de su padre.

Le pregunto si tiene relaciones sexuales con sus clientes.

—Si me entran ganas de hacerlo, tengo a mi mujer. Me quedo satisfecho con ella. —Pero deja que sus clientes, sobre todo los tipos jóvenes y atractivos, se tomen ciertas libertades—. Me besuqueo con ellos. —Luego reflexiona—. Qué extraño es, dos lenguas buscándose. Me limpia los dientes. Les digo a mis clientes: «Así no tendré que cepillarme los dientes por la mañana».

—¿Se dan cuenta ellos de que no eres una mujer cuando se acercan más a ti? —pregunto.

—Los hombres no están en sus cabales. Cuando una persona está hambrienta no le importa lo que come, aunque esté pasado.

Honey explica las excusas que pone cuando no quiere hablar por teléfono con un cliente nuevo. Contesta el teléfono y se hace pasar por su hermana, y dice al ansioso que llama: «Honey no puede ponerse en estos momentos. Está en la letrina». Esa imagen destruye toda delicadeza esencial en un idilio y el cliente cuelga.

Honey no sabía besar hasta que conoció a las bailarinas.

—Una de esas lagartas me enseñó. Pero entonces no me gustó. Estaba borracha y me entraron ganas de vomitar.

Sin embargo, tiene que conceder al menos eso a sus clientes, de modo que deja que la besen. En un coche aparcado, la sientan en su regazo, le deslizan una mano por debajo de la camiseta y tratan de quitarle los sostenes. Ella

protesta, como una mujer. «Hoy no, no me encuentro bien.» Llegados a este punto, no todos se detienen. Algunos tratan de desabrocharle la falda por detrás; Honey les coge la mano en ese momento crucial, justo antes del descubrimiento. Ellos le cogen la mano y se la ponen en sus miembros erectos, o la sujetan por el pelo y le empujan la cara hacia sus ingles.

—Algunos de esos gilipollas son unos guarros. Se restriegan contra mi cuerpo y descargan encima de mí. Se ponen muy cachondos y luego se enfrían. Entonces se quedan satisfechos.

Honey dice que no deja que los clientes la penetren; pero algunos se vanaglorian delante de otros clientes: «Me he tirado a Honey». A ella no le importa.

—Me favorece. Entonces otros cuatro dicen: «Dame una vuelta en coche».

Es la vida de un hombre que engaña continuamente a otros hombres, que continuamente se echa atrás en el último momento.

Ni Monalisa ni Honey tienen protector. Esto ha puesto sobre todo a Honey en situaciones muy peligrosas. El cliente de peor fama de los clubes, el tigre dientes de sable de las pesadillas de las bailarinas, es un hombre llamado Mehmood. Todas las chicas han oído hablar de él.

—Se acostaba con ellas y luego las quemaba con cigarrillos en lugares íntimos —dice Honey—. Les metía agujas dentro. Era un maníaco, un maníaco sexual.

En Congress House había una chica de quien él estaba enamorado; le meaba en la boca para demostrarle su amor. Tuvo una hija con la chica y esta huyó a Dubái. Cuando la hija alcanzó la mayoría de edad, él la llevó en venganza a Congress House.

Un día Mehmood pidió a Honey que fuera a Chembur para asistir a una fiesta privada.

—Era musulmán —explica Honey—. Ya sabes cómo son esos musulmanes. —Entre los clientes de Honey, los que más gastan son los gujaratis y los

marwaris, porque vienen de familias ricas—. Los musulmanes son los más duros. Son verdaderos hijos de puta. Gilipollas.

Recuerdo que su familia es sindhi, refugiados de la Partición procedentes de Pakistán. Cuando llegó a la casa de Mehmood, sus hombres golpeaban a alguien que habían secuestrado. Le partieron las piernas con palos de hockey; había sangre por todo el suelo. Cuando terminaron, Mehmood se volvió hacia Honey.

—Eres bailarina. Haznos una demostración. Baila.

Ella se sintió amenazada y no quiso hacerlo. Ellos insistieron. La casa estaba en un *chowk*, rodeado de edificios. De modo que bailó entre los edificios, y todos los vecinos asomaron la cabeza por la ventana para mirar y arrojar monedas de veinticinco o cincuenta paisas. Luego Mehmood la llevó a una cabaña y cerró la puerta con llave. Iba a follar con ella, dijo. Honey trató de disuadirlo.

—Él dijo: «O te acuestas conmigo o lo haces con mis diez amigos».

Sigue una escena que Honey tan pronto califica de violación como de una huida providencial. Esa noche, dice, escapó diciendo a Mehmood que tenía que volver al Sapphire para hacer un solo número, y que luego regresaría a su lado. Él la dejó ir y al día siguiente ella dejó Bombay y se fue a un pueblo.

Pero más tarde leo el reportaje de *Savvy* en el que Honey afirmó que había sido violada por Mehmood y que luego trató de matarse ingiriendo Baygon. Le pregunto si es cierto.

—Se abalanzó sobre mí —responde—. Me besuqueó. Se cayó de la cama.

—¿Trataste de quitarte la vida después de la violación? —pregunto, aludiendo al reportaje de la revista.

En él hay vívidas descripciones de Honey tratando de suicidarse con un bote de insecticida, y cortándose las venas y bailando de rodillas con frenesí hasta que le sangraron. Honey se ríe ruidosamente.

—¿Por qué iba a querer quitarme la vida? Solo las crías hacen eso. Cuando

salió la revista, mi madre, Sarita y yo nos echamos a reír. «¡Putá! ¡Viólala! ¡Viólala!»

Un día las víctimas de Mehmood se vengaron. Él había ido a Congress House para buscar a una chica y lo reconocieron. Se taparon la cara y lo rodearon. Sintiéndose fuertes en un grupo grande, lo golpearon y lo obligaron a beber de la cloaca. En cierto momento hasta hicieron fondo común para pagar el precio de su cabeza. El asesino a sueldo le disparó, pero la bala erró y alcanzó a su amigo, lo que hizo enfadar aún más a Mehmood. Entonces él hizo algo tan gordo que la policía finalmente se le echó encima: violó a una chica de una familia rica. A la policía le pareció inaceptable; lo detuvieron, le dieron una paliza y lo metieron en la cárcel.

—Ahora se ha enfriado un poco —dice Honey. Y de pronto añade—: Todo el mundo debería tener dos cerebros. Uno para ponerlo en la nevera cuando se calienta de tanto pensar. Entonces funcionas con el de repuesto, hasta que el otro se enfría.

Monalisa y yo llevamos toda la noche hablando con Honey en la cafetería. Cuando salimos, nos despedimos de ella y nos sentamos en el malecón de Marine Drive, mirando el mar. La ciudad empieza a cobrar vida. Por nuestro lado pasan madrugadores haciendo footing. Pasa un mendigo tranquilamente y Monalisa le da dinero. Da dinero a cada mendigo que le pide. Por primera vez veo cómo se apagan las luces del Queen's Necklace, de forma gradual, a lo largo de la bahía. Monalisa mira las olas a sus pies y señala los cangrejos que se arrastran por las rocas.

—¿Crees que estamos en la era Kalyug? —pregunta—. ¿Que vendrá el Kalkiavatar? ¿Que se abrirá el tercer ojo de Shiva?

Cree que al mundo todavía le quedan un par de cientos de años antes de que llegue el Kalkiavatar y termine, «porque todavía queda mucha gente buena».

No quiere alejarse del mar. Está contenta allí, hablando de la gente buena que hay en el mundo y de cómo puede apaciguarse a los demás, y de la cantidad de horas que somos capaces de hablar; las cuenta cada vez que quedamos, como yo hacía en otro tiempo con una chica de un país lejano. Cada vez se queda asombrada de que encontremos temas nuevos de los que hablar. Está sentada cerca de mí y le veo la parte superior de los sostenes debajo de la camiseta holgada. Pero es una cría. Quiere ir a Essel World y lanzarse conmigo por los toboganes acuáticos. Está sentada en el muro viendo el empuje de la marea matinal, con vaqueros y una cazadora de cremallera, balanceando las piernas por encima del borde, mientras yo, encaramado a su lado, miro nervioso la pronunciada caída.

—Quería morir —dice—. Pero he cambiado de idea. Ahora quiero vivir.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Nada. Mi cerebro no funcionaba bien.

Y de pronto entiendo por qué los hombres entrados en años se enamoran de mujeres más jóvenes. No es por su cuerpo; eso basta para la lujuria, pero no para el amor. Es por su mente: fresca, pura, desprovista aún de cinismo o crueldad. Beben su frescura.

Honey ha pedido a Dayanita que le haga fotos también en el Sapphire, pero BK no quiere que Honey entre en el club ni siquiera como público. Ayuda a sus chicas cuando están en apuros, pero no va a perdonar a Honey. Esta está destrozada. Jura que ha dejado de tomar Corex y de mascar tabaco. Ya no apura las copas de los clientes. Ha pedido perdón por los errores del pasado, ¿por qué BK no la acepta de nuevo? Pero creo que nada de todo eso tiene que ver con la verdadera razón por la que no puede volver al Sapphire. «Deberías haberla visto hace cinco años —me dice BK—. Nadie habría adivinado que no era una mujer.»

De modo que Honey nos invita una tarde a su casa a Monalisa, a Dayanita y a mí, para que conozcamos a su mujer y que Dayanita haga fotos. El edificio de apartamentos donde vive está al lado del zoo. A las cuatro de la madrugada oye rugir a los leones y ulular a las lechuzas. Es un bonito edificio antiguo construido por el inventor de Afghan Snow, una crema facial conocida por aclarar las pieles más oscuras. Honey es propietaria de una hilera de habitaciones. Una es para su madre, otra para su hermano, una tercera para ella y su esposa, y la última para su abuela. Las habitaciones están comunicadas por puertas que siempre están cerradas con llave, de modo que el movimiento entre las habitaciones se realiza a través del largo pasillo de fuera. Honey pasa los días en su habitación, que es oscura y fresca; come, recibe visitas, ve la televisión. Consta de cuarto de baño, una sala de estar con un diván cama donde duermen Manoj y su mujer, y una galería que es mitad cocina, mitad cuarto de rezo. En una pared hay pósters de dos bebés blancos y gordos.

En estos momentos, Manoj está sentado en la cama con una camisa negra abotonada y vaqueros. Los únicos indicios de Honey son el pelo largo recogido detrás de la nuca y las uñas pintadas, y el mal cutis por donde se ha arrancado vello con pinzas. Incluso la voz se ha vuelto un par de octavas más grave. Me enseña un álbum de la boda de su hermano de 1995. Allí está Honey, abrazada a Pervez, el dueño del Sapphire; y esos, señala, son clientes del club. Ellos pagaron la boda, de modo que a la ceremonia fue Honey, no Manoj.

—¿También fuiste a tu boda como Honey? —pregunto.

—No, como Manoj. ¿Acaso quiere morir Honey casándose?

Entra en la habitación su mujer, Jyoti, una sindhi atractiva y alta que tiene poco más de veinte años. No dice gran cosa; no es tanto tímida como callada. Manoj y Jyoti no son una pareja completamente armoniosa; entre ellos hay cierta distancia. «Si ella me hace una sugerencia y un amigo mío me hace la

misma sugerencia, escucharé la de mi amigo», me había dicho Manoj poco antes.

En la vida de Manoj hubo alguien a quien ha mencionado una sola vez: «Hubo una chica hace mucho». Era bonita, dice, y vivía en Foras Road. La conoció antes de casarse. Él y la chica daban largas vueltas en coche, hasta Khandala. Después de bailar toda la noche, la chica y Manoj volvían al piso de él y ella se quedaba toda la noche. «Es la única chica a la que he contado toda mi vida, todo lo que ha ocurrido.» Tuvieron algo así como una relación física: «Nos besuqueábamos y demás, pero sin hacer el amor». Duró un par de años y luego rompieron, porque las familias de ambos los presionaron. Ahora ella tiene dos o tres hijos y sigue viviendo en Foras Road.

Hacia las cinco de la tarde Manoj se planta frente al espejo, en camiseta interior; sigue teniendo el pecho plano. Cada día, al atardecer, se pone un sostén con relleno y tres corsés. Pero le ha salido un sarpullido. Se levanta la camisa para enseñármelo y tengo la sensación de que debería desviar la mirada. Luego, por primera vez en mi vida, oigo a un marido decir a su mujer: «Pásame el sostén». Jyoti ayuda a Manoj a convertirse en Honey con paciencia, habilidad y lo que me parece amor. Le abrocha la camisa, le anuda el sari. Sabe exactamente qué puntas de la peluca apretar mientras Manoj se la sujeta con pasadores.

—A veces estoy hablando y me miro al espejo y pienso: «¿Quién es esa?»
—dice Manoj.

Tan perfecto es el maquillaje. Tan hábil es el engaño.

Me fascina cómo Honey y Manoj establecen los límites de la identidad; cómo la bailarina mantiene las dos identidades separadas. Entre los clientes que están al corriente de que Honey no es una mujer, la mitad creen que es gay, la otra mitad que es eunuco. Pero no es ninguna de las dos cosas. No es travesti, ni homosexual, ni eunuco, ni transformista, sino un hombre que se viste de mujer por necesidades económicas. Sus equivalentes más próximos

son los artistas *jatra* o *tamasha*, los hombres que se ganan la vida interpretando personajes femeninos en el teatro popular, que se pasan toda la vida haciendo papeles de mujer, hasta que el personaje toma las riendas de su vida.

La gente que sabe el secreto de Honey hace las distinciones necesarias entre ella y Manoj. Estoy una mañana temprano con Minesh en Marine Drive, viendo cómo Dayanita hace fotos a Honey y a Monalisa juntas. Monalisa se inclina sobre el muro de Marine Drive y abraza a Honey por detrás, le besa la mejilla.

—¿Tienes celos? —pregunto a Minesh viendo esa exhibición.

—Con Honey no. Tal vez con Manoj.

Hasta la familia de Manoj parece confusa acerca de su identidad. Una vez pregunto por Honey por teléfono y su madre dice:

—Está dormida. Profundamente dormida.

En su casa, Manoj suele vestirse por el día como otros hombres de su clase, con pantalones cortos y camisa. Cuando habla con su mujer en sindhi, nunca, ni siquiera sin querer, se refiere a sí mismo en femenino. En el club, cuando Honey habla con sus clientes o con otras chicas, nunca, ni siquiera sin querer, se refiere a sí misma en masculino. ¿Cómo logra mantenerlas aparte, compartimentadas?

—Porque nunca me he enamorado. Ni de un hombre ni de una mujer —elucubra Manoj—. Si en mi vida hubiera entrado el amor o una sombra de él, toda mi vida habría cambiado. —Si se hubiera enamorado de verdad no habría sido capaz de hablar con su novia como Honey—. Se me habría escapado la voz de hombre.

Estaría hablando con ella todo el tiempo, incluso en el club, y el amor haría imposible mentir, fingir que es una mujer con su amante. El amor te delata, te hace vulnerable y mata todas las imágenes construidas sobre el yo verdadero. Si Manoj se enamora, Honey tendrá que dejar de existir, matada por el amor

de Manoj. Jyoti no representa tal amenaza porque Manoj no está enamorado de ella. Jyoti en realidad ayuda a Manoj a transformarse cada noche en Honey. Tengo la impresión de que Jyoti se siente más próxima a Honey.

Las chicas de alterne llegan a involucrarse totalmente en el amor. Es su sustento, su *dharma*. A menudo ellas mismas se enamoran, lo que Manoj no puede comprender.

—Ahora una parte de Monalisa está enamorada y la otra trabajando. No las entiendo. El amor es el cuchillo que corta la escalera hacia tu meta. No voy a enamorarme —repite—. En esta profesión hemos perdido nuestra identidad.

Y tener conciencia de tu identidad es esencial para enamorarte de verdad.

Subimos al terrado del edificio de Honey, donde la luz de la tarde es perfecta para hacer fotografías. Monalisa está despampanante con su sencillo vestido negro. Lleva el pelo recogido en un moño suelto en la nuca, y Dayanita le comenta que tiene un cuello precioso. Ella resplandece y despliega sus encantos bajo la mirada de la cámara. Después de la sesión, está hambrienta y se come todo lo que le ofrece Jyoti. Esta está divertida con ella. «Está loca —declara—, pero el mundo necesita un poco de locura.» Me siento muy feliz en esta pequeña habitación, con todo su espectro de géneros y estados maritales: yo, el hombre casado con dos hijos; Dayanita, que afirma tener un idilio con Monalisa y Honey; Honey, a caballo entre unos y otros, en tierra de nadie; su mujer, que quiere quedarse embarazada, y la exuberantemente femenina e incasable Monalisa.

Monalisa y Honey se están maquillando mutuamente para salir y es evidente que disfrutan con el ritual.

—¿Tengo la cara demasiado blanca? ¿Parezco un fantasma? —pregunta Monalisa.

—Date un toque marrón en la nariz —responde Manoj.

Solo van a trabajar, pero si las oyeras reír y bromear pensarías que se están arreglando para ir a una fiesta. Viéndolas, siento nostalgia. Los hombres nunca

experimentamos eso, ese rato con los de nuestro mismo sexo, ese levantarnos mutuamente la autoestima antes de una fiesta. «Oh, estás guapísima.» «¡Uau, mira ese vestido!» «¡Cuidado, Bombay!» Esos momentos que a menudo son más divertidos que la fiesta en sí.

De hecho, lo son para Honey. Le van muy mal las cosas en el Dilbar.

—Ayer solo gané cuatrocientas rupias —dice la ex reina del Sapphire, que en sus buenos tiempos recaudaba cien veces esa cantidad. Atribuye sus escasos ingresos al hecho de que no puede, o no está dispuesta, a acostarse con sus clientes—. Otras chicas van a por todas y se meten en líos. —BK no le ha devuelto sus llamadas suplicándole que la deje volver y ella lo lamenta profundamente—. Lo principal no es ni siquiera el dinero. —Suspira—. Lo principal es que en el Dilbar no bailo ni la mitad de bien de como bailaba en el Sapphire.

Una artista desdeñada, incapaz de encontrar un público adecuado para su arte.

El Sapphire le da falsas esperanzas, o tal vez ella sola se hace ilusiones de volver al escenario de su gloria. Está desesperada, dispuesta a hacer cualquier cosa, incluso bailar de día entre los *faltus*, los funcionarios estatales que acuden a la hora del almuerzo, los ociosos, hombres que disponen de mucho tiempo y poco dinero. Cuando habla con BK o Pervez, ellos nunca le dicen enseguida que no. La respuesta siempre es: «Espera». Espera hasta después de las elecciones. Espera a que trasladen a ese molesto subinspector de policía. Es la estrategia oficial para negar algo en el País del No y a estas alturas estoy muy familiarizado con ella. De modo que Honey se pasa las tardes en casa viendo la televisión y por las noches baila en el lamentable club, esperando la llamada del Sapphire.

No es posible que todos los hombres del público del Dilbar y del Sapphire hayan pasado por alto el sexo de Manoj. ¿Fue eso precisamente lo que atrajo a tantos y convirtió el Sapphire en una institución? ¿Se ha aprovechado Honey

sin saberlo de una imparable corriente de deseo homosexual que está recorriendo la metrópoli, la cual necesita mentirse a sí misma sobre sus orígenes y solo puede pagar por ver bailar a un hombre cuando este se disfraza de mujer explosiva?

He mencionado el Sapphire a Sunil, el hombre del Sena. «Allí es donde trabaja el eunuco», dice enseguida. Había ido allí y había visto bailar al eunuco al ritmo de una canción que todavía recuerda. El gran secreto de Honey, empiezo a darme cuenta, es que su identidad no es realmente un secreto. Los hombres llevan a sus amigos al club nocturno sabiendo que no es una mujer y ven a sus amigos suspirar por Honey, y luego les toman el pelo por haberse enamorado de un hombre. Mucha gente sabe lo de Honey: modelos, gánsters, taxistas, periodistas. Y todos se creen que son los únicos, o uno de los pocos elegidos, que conocen el secreto.

Honey me enseña una foto de ella a los quince años, con una falda corta y una chaqueta favorecedora. Yo habría salido con una chica así. Es delgada y atractiva. Encaja con lo que se entiende por «bonita». Pero con los años está dejando de serlo. Anda con un paso más pesado. Hay cierta solidez en el contorno de su mandíbula. Ha ganado peso y su cuerpo rezuma una sexualidad inquietante: el modo en que se muestra su ombligo, un corte prominente en el centro de su barriga blanca y abultada. La mayoría de las mujeres corren a contrarreloj contra el tiempo; al hacerse mayores pierden su belleza. Pero Honey pertenece a una raza distinta y más desesperada. Con los años está perdiendo su mismísimo sexo.

Honey y Manoj están en guerra por su cuerpo. Manoj quiere desarrollar bíceps, dejarse barba, echar barriga. Honey en cambio quiere pechos, piel lisa y un culo admirable. Honey está tratando constantemente de burlar a Manoj, ayudada de una comitiva de cirujanos de Bombay. Ha empezado a tomar pastillas para adelgazar, tres cápsulas a la vez. «Después de tener relaciones sexuales, después de casarte, empieza a asomar la barriga», afirma. Pero de

vez en cuando el deseo de cambiar funciona en sentido contrario. Una vez Honey comió *sindhoo*, los polvos rojos que se ponen las mujeres en la frente, creyendo que haría más grave su voz, más parecida a lo que se esperaba de Manoj. Honey se cortó el pelo a lo chico hace un año, cuando decidió dejar los clubes para siempre e intentar encontrar trabajo como modelo masculino. Contrató a un fotógrafo para que le hiciera un book como Manoj. Luego se recorrió las compañías de publicidad pidiendo trabajo. Pero en las salas de espera veía a los demás modelos, cachas con bíceps abultados y agresivamente masculinos, y no tardó en darse cuenta de que no tenía nada que hacer en ese mundo. No podía ganarse la vida. De modo que volvió a los clubes, se puso su peluca y su sostén, y devolvió a Honey a la vida.

Tengo la impresión de que, como su género, la vida sexual de Honey se ha bifurcado. Manoj trata de embarazarse a su mujer durante el día; por la noche, Honey se sube a coches de hombres y se besuquea con ellos, y ellos se restriegan contra ella hasta que se descargan. Manoj/Honey es como una de esas lombrices de tierra que es macho por un extremo y hembra por el otro. Esto le hace sentirse terriblemente sola. «He estado buscando un amigo que lo haga para comer.» Honey es consciente de que otros quieren ser como ella. Hay dos o tres chicos que se maquillan como mujeres, pero siguen llevando ropa de hombre, y bailan en clubes más pequeños, y pasan de uno a otro como un objeto curioso. Pero ellos son gays.

Me fijo en que Manoj lleva un hilo alrededor de la muñeca. Hace poco los eunucos se presentaron en su edificio para bendecir al hijo de su hermano y le ataron en la muñeca el cordel rojo para ahuyentar el *nazar*, el mal de ojo. La comunidad de eunucos también había oído hablar de Honey y la buscó. Un día el eunuco con fama de hermoso, Sonam, de Kamathipura, fue al Sapphire para ver bailar a Honey. «Creía que yo soy como ellos.» Sonam le preguntó por qué malgastaba su vida y le sugirió que se sometiera a un cambio de sexo. Honey quiso saber cómo se le habían agrandado los pechos y Sonam le dio el nombre

de un fármaco que induce la lactancia materna. Le dijo que se inyectara doscientos cincuenta mililitros; Honey dobló la dosis. Al cabo de una semana aparecieron en su pecho dos nudos del tamaño de un limón; cuando llevaba un sostén ajustado le dolía. «Quería meterme en el cine. Estaba poseída.» Manoj temió el efecto que podían tener las hormonas en su apetito sexual y el médico de cabecera le recetó otra serie de inyecciones para deshacerse de los pechos.

Honey hasta ha viajado con pasaporte de mujer, que consiguió a base de sobornar a los funcionarios. Se hizo la foto del pasaporte cuando no tenía vello facial. Pero desde hace unos años se pasa dos o tres horas cada noche arrancándose el vello, lo que le ha dejado un estropicio de granos y piel enrojecida en la cara. Los pelos le crecen hacia dentro y tiene que romper la piel para sacarlos. «Es dura como la cáscara de un huevo», dice, y cada dos días sangra. Sus clientes están empezando a darse cuenta. Sus amigos eunucos le han estado aconsejando que empiece a afeitarse en lugar de utilizar pinzas. Ellos llevan años haciéndolo y no les ha salido ninguna sombra azulada. De modo que Manoj envía a Jyoti a comprar una cuchilla de afeitar. Dice: «Me han dicho que no me afeite de abajo arriba. ¿Qué quiere decir?». Le enseñó al chico de veinticinco años la forma correcta de sostener una cuchilla, como hizo mi padre cuando yo tenía dieciséis, y a deslizar la cuchilla por la cara en sentido descendente.

La asunción de que Honey es un eunuco da lugar a extrañas proposiciones. Una vez un cliente que le había dado dinero durante quince días le dijo finalmente que quería hablar con ella a solas. Oh, no, pensó Honey. Pero el cliente le explicó: «Quiero que llames a tus hermanos y hermanas, y que vayas a ver a un hombre que me debe treinta y cinco lakhs. Necesito recuperar ese dinero». Honey comprendió lo que quería. Pensaba que era un eunuco. Si iba con sus «hermanos y hermanas» eunucos a la oficina del deudor, para cantar, bailar, maldecir y levantarse la falda, el empresario, avergonzado ante el mundo, pagaría.

A Honey le indignó que lo tomaran por un eunuco, pero el cliente tramaba algo. Poco después me fijé en el siguiente anuncio en la sección de Servicios de los clasificados de un periódico de Bombay:

¿¿¿Deudas pendientes???
¡¡Calma!!
Ya disponible con
UNIQUE RECOVERIES
Grupo entrenado de eunucos cultos
que garantizan una pronta recuperación de los morosos.
Se aceptan solicitudes de particulares, bancos, empresas.

A continuación hay una dirección de Matunga East y un número de teléfono. Cuando llamo no está conectado.

NOCHEVIEJA

En diciembre de 1999 permiten por fin a Honey volver al Sapphire. El nuevo gobierno del Partido del Congreso tiene menos controlada la ciudad. Los bares cierran más tarde. Algunos no llegan a hacerlo, y el Sapphire necesita más bailarinas para llenar las horas extra. Honey hizo la promesa en el cercano templo de Hanuman de que si volvía al Sapphire daría de comer a los hambrientos. Transcurren un par de semanas antes de que el dios cumpla con su parte del pacto, y una noche su hermano Dinesh tiene un sueño en el que ve cincuenta y un cocos. De modo que Honey va con Dinesh al templo y ofrecen cincuenta y un cocos, y luego compran comida por valor de once mil rupias y recorren en coche la ciudad repartiéndola entre los hambrientos. Así es como circula por la ciudad el dinero que se arroja a las bailarinas.

En cuanto Honey vuelve al Sapphire, empieza a ganar un mínimo de dos mil

quinientas rupias la noche, diez veces más de lo que ganaba en el Dilbar. Desde que ha vuelto ha estado atrayendo a clientes nuevos y no todos están al corriente de lo suyo. Ahora se trenza el pelo de las cejas en lugar de arrancárselo con pinzas, y atribuye a ello su racha de suerte. Para Honey el vello facial es el destino.

—¿Eres nueva aquí? —le preguntan los clientes.

—Sí. Soy virgen —responde ella.

En la alta sociedad de Bombay me he ganado la reputación de ser el mejor guía para ir al Sapphire. La gente me da la lata para que la lleve y a veces cedo. Unos quedan fascinados, otros repelidos o decepcionados. Un autor me pide que lleve a Monalisa a las fiestas de clase alta de Bombay. Tengo que decirle cómo vestirse, cómo comportarse, de qué hablar. Mis amigos quieren abrir mundos para ella, guiarla, protegerla. Otros no se andarían con tanto tiento. «Es la Tendulkar de los clubes nocturnos», comenta un agente de deportes. «Labios como almohadas», dice un ejecutivo del canal de música babeando. «Podrías zambullirte en los lagos de sus ojos», dice extasiado un reportero de sucesos. No mostrarían tanto autocontrol si se la presentara. «Se la comerán», me advierte una mujer de la alta sociedad. Monalisa sabe tratar con hombres que aparecen en el club y le dan dinero diciéndole que les gustaría follar con ella; pero es presa fácil de los hombres encantadores del sur de Bombay a quienes entregaría el corazón. Luego aparecería otro corte en su muñeca, y esta vez podría ser el último. En la muñeca no hay más espacio para marcar el fin de otro amor.

Monalisa me da un pase para ir al Sapphire en Nochevieja: una pequeña tarjeta azul ribeteada de blanco. No aparece el nombre del club, solo la dirección. En el borde inferior hay un duende: «Entrada solo por invitación». Solo reciben estos pases los favoritos, los clientes que más pagan.

En Nochevieja el Sapphire está abarrotado de amantes. La mayoría de las canciones que ponen esa noche son canciones sensibleras y lacrimógenas de

las viejas películas, canciones que los hombres y su gran amor creen apropiadas para expresar sus sentimientos mutuos, canciones que han escuchado abrazados, canciones que no palpitan de necesidad apremiante, sino que tratan de lo que el gran poeta Faiz identificó como el verdadero tema de la poesía: la pérdida del amado. Todos y cada uno de los amantes que hay esta noche en el club romperán, dentro de un mes, un año o cinco. Es un palacio del amor imposible.

«Damos falsas esperanzas a los *ullos* hasta esa noche —explica Monalisa—. Les decimos: “Ven el treinta y uno, y me iré contigo”.» Si un cliente quiere creer que es especial para su chica, será mejor que vaya esta noche al club y lo demuestre ante el mundo, o la atención que ella le presta disminuirá enormemente el nuevo año. La anterior Nochevieja, Soni, otra bailarina del Sapphire, fue públicamente homenajeada por Sajid, su cliente principal, quien se gastó novecientas mil rupias en ella esa noche.

Monalisa me conduce al atestado *mujra hall*, separando las aguas. La gente me hace sitio. Mueven dos cojines y el hombre a mi izquierda acerca hacia sí varios montones de billetes de diez rupias; algunos caen entre los cojines o por debajo de los cabezales, y los arrastra con una mano para que no me siente encima de ellos. Por primera vez en mucho tiempo, veo bailar a Honey y lo entiendo todo. No es por su aspecto físico; por primera vez le veo por la noche como un hombre. Saca la barriga y en ella hay cuatro hojas pintadas con henna. Lleva una peluca cubierta con un velo y las piernas al descubierto justo por debajo de las rodillas. Pero luego empieza su «danza de rodillas» y reaparece la ilusión.

Cuando ponen su canción, se arrodilla y da vueltas a toda velocidad de un extremo de la pista al otro, tres giros sobre las rodillas tan rápidos que te sorprendes conteniendo el aliento. Toda la sala estalla en un aplauso espontáneo. Honey es, con mucho, la más briosa de las bailarinas. Hacia la una y media está agotada.

—Llevo bailando desde las siete —me dice, inclinándose sobre mí.

Pero le están colgando guirnaldas de cientos de rupias. Esa noche Honey gana ciento diez mil rupias, más de lo que sacaba en el Dilbar trabajando varios meses. Propone que comamos un día juntos, que ella invita.

—Tengo un motivo. —Espera y arquea los ojos; está conteniendo una sonrisa—. ¿No lo adivinas?

—¡Vas a ser padre!

—Sí.

Su mujer está embarazada. Si todo va bien, Manoj será padre antes de que termine el año. Honey será madre.

Para Nochevieja, las chicas se ponen vestidos que cuestan hasta cien mil rupias. Una bailarina menuda, Kavita, lleva sobre la cabeza muchas joyas por valor de treinta y cinco mil rupias.

—¿No te parece un tanto excesivo? —me pregunta Honey con desaprobación.

Me cuesta darle la razón cuando ella lleva la cabeza cubierta con una pañoleta azul ribeteada de bolas de oro que pesan varios kilos. Y se ha comprado lentes de contacto de color con la silueta de una flor.

—Es tan sexy...

Esa noche todo es «un tanto excesivo», pero a nadie le importa.

Muskan también está allí, más alta que Monalisa, más rubia, más joven. Acaba de cumplir quince años. ¿Debería perder la virginidad por amor o por dinero? Está Mohammed el árabe. Y también un adolescente que le gusta. Monalisa le aconseja que la primera vez debería ser con alguien a quien quiera, «pero Raju está resuelto a romper su sello». Raju es un hombre que vive en Estados Unidos y que le ha dado un lakh como pago inicial por su virginidad. Tiene cincuenta años. Monalisa le aconseja que se relaje un año o año y medio, que no vaya por ese camino. Pero Muskan se lo está pensando. El hombre de Estados Unidos le ha ofrecido un montón de dinero.

En la sala VIP hay una fiesta de gujaratis con sus prostitutas. Una de ellas está encima de todos, indiscriminadamente: se sienta en sus regazos y dos de ellos la manosean a la vez. Lleva un sari negro. Al cabo de un rato me fijo en que está tumbada en el suelo; se ha caído. Uno de los hombres, en broma o enfadado, la ha empujado y ella ha caído hacia delante, se ha golpeado la cabeza con la mesa y ha perdido el conocimiento. Toda una manada de hombres se la lleva. Podría estar inconsciente; ¿qué le harán? Debe de tener unos veinte años. Se aprovecharán de ella.

Monalisa también está atendiendo a los gujaratis, hombres corpulentos y gruesos con bigote de policía. Uno de ellos está bailando con ella en la pista.

—Estoy ganando mucho con ellos —me dice al oído.

Pero es un arte delicado; tiene que bailar con ellos y hacer que el dinero siga fluyendo sin estimularlos al extremo de la locura. De modo que su baile es sugerente sin llegar a ser provocativo; no balancea las nalgas hacia ellos. Cada vez que tratan de tocarla los ahuyenta con una sonrisa. La siguen de habitación en habitación.

Monalisa no ha ganado tanto dinero como podría haberlo hecho. Ayuda a las demás bailarinas con sus saris y sus vestidos, y solo sale del camerino a las once y media, perdiendo dos horas lucrativas con el grupo de gujaratis. Últimamente no recauda tanto en el Sapphire; la mayoría de los clientes saben que es fiel a Minesh y que no tienen ninguna posibilidad de ir más allá de un café. Hay otras muchas bailarinas con quienes el horizonte de las posibilidades sexuales o románticas son ilimitadas. De modo que Monalisa trata de ascender en otras áreas del mundo. Para empezar la carrera de modelo todo el mundo le dice que tiene que aprender inglés. Ha contratado a un profesor que va a su casa y le da clases. El mensaje de su contestador ahora está en inglés: «You have reached Patel residence. Sorry, we can't attend your call right now». Minesh la entrenó, incluyendo las inflexiones de voz y las pausas. Ahora habla como una recepcionista de una casta catalogada.

¿Cuál es el futuro de Monalisa? ¿Qué podrá hacer después de bailar en clubes? Al final le pregunto a Rustom sin rodeos si podría trabajar en publicidad.

—No lo creo —responde—. La cara y todo...

Monalisa no va a ser modelo de alta costura. Está como un tren, pero su cara no sirve para un anuncio de crema facial Pond's. No tiene ningún título universitario. Habla mal inglés. Podría bailar en películas o vídeos musicales, pero ganaría en un año lo que ahora en una semana. Donde brilla es aquí, en la pista del Sapphire. Pero le quedan tres, tal vez cuatro años, antes de que sea demasiado mayor o cambie el mundo del espectáculo.

Cuando Monalisa enseña a las chicas del Sapphire las fotos que le han hecho Rustom y Dayanita, la reacción es menos que entusiasta. Son en blanco y negro, lo que no les parece tan atractivo como una serie a color. En los pueblos de los que vienen la mayoría de ellas, las fotos en blanco y negro eran las que hacías cuando no tenías suficiente dinero para pagar las de color. Monalisa trata de explicarles que son fotos artísticas. Pero se queda cada vez más sola en la barra.

Llevo una noche a Monalisa a tomar unas copas a casa de mi amiga Manjeet, un gran piso con vistas al Oval. Manjeet es periodista de una revista norteamericana y los invitados son diplomáticos salvo un abogado. Interactúan con ella con los modales de la gente educada. A Monalisa le choca que, a pesar de saber a qué se dedica, la traten como «de la familia». Eso es ir demasiado lejos; Manjeet solo le ha ofrecido un zumo de naranja y ha entablado una conversación trivial con ella, rehuyendo los temas difíciles como su trabajo. Pero para Monalisa cualquier clase de aceptación en esos círculos inalcanzables de Bombay es un gran gesto y me está agradecida por mostrarle ese mundo. Aquí nadie la manosea, ni le arroja dinero sobre la cabeza, ni habla de ella abiertamente con intenciones sexuales. Después de esta fiesta tiene que ir a trabajar al Sapphire, donde solo llegar otra bailarina

la acusa de haber querido robarle un cliente la noche anterior —le dio su número de teléfono— y la insulta con el lenguaje más soez frente a las demás bailarinas. Monalisa le replica a pleno pulmón y el griterío casi llega a las manos (las chicas de alterne de vez en cuando muerden, arañan, pegan y tiran del pelo), hasta que BK interviene. Monalisa está atrapada entre esos dos mundos, aquel en el que aspira en vano que la acepten, y el otro, que desea abandonar pero que sigue tirando de ella. Está en tránsito entre esos mundos, y es un viaje solitario.

Sueña con la boda de su hermano pequeño.

—Le organizaré una boda por todo lo alto. Bailaré mucho. De verdad, bailaré sin parar.

—¿Y qué hay de tu propia boda? ¿Cuándo te casarás?

—Nunca.

Minesh se está desvaneciendo como posibilidad romántica. No fue al bar en Nochevieja. Su socio se chivó al padre de Minesh, le dijo que su hijo tenía una relación seria con una bailarina. El padre exigió que volviera a casa en el acto, le prohibió acceder al piso de Juhu, impuso el toque de queda y controló sus facturas de móvil. Ahora no puede ni llamar a Monalisa si no es desde una cabina. Ella apenas lo ve.

El año pasado fue malo para Minesh. Perdió una gran suma de dinero en su negocio de software. Ha puesto veinticinco mil rupias en la cuenta de Monalisa del Sapphire, pero aún no ha efectuado el pago. Le ha suplicado que lo espere. Tiene dos hermanas solteras, una mayor que él y otra más joven, y las posibilidades de que encuentren un buen partido se arruinarían si el mundo se enterara de que su hermano está asociado con una bailarina. Tan pronto como se casen sus hermanas, él se rebelará contra su familia y saldrá con ella abiertamente. Pero su hermana mayor tiene treinta y tantos años. Si no ha encontrado un hombre en todo este tiempo es poco probable que lo haga pronto. Monalisa está aburrida de esperar en casa a que Minesh le dedique

tiempo. De modo que ha empezado a salir de nuevo con sus clientes, jóvenes gujaratis y marwaris, «para tomar un café».

Aún no ha vuelto a ver a su padre. Él no para de hacer planes de ir a Bombay, pero luego no va. «Tiene su propia familia. No quiero molestarle.» Ha aceptado la distancia, la ha interiorizado. Ahora no tiene amigas. Solo tiene a sus clientes, a Minesh a veces, a su madre y a su hermano, y a mí. Hace planes conmigo: probar los nuevos restaurantes, ir a bailar al Fire & Ice, la nueva discoteca. Un día lluvioso, después de que mi mujer y mis hijos se hayan ido a Estados Unidos, se presenta en mi apartamento a la una de la tarde y se queda hasta las ocho, comiendo, durmiendo, viendo una película de televisión, charlando. Llama a Minesh desde mi casa y le dice que se siente relajada aquí. En este momento solitario de su vida soy alguien que no soy ni cliente ni amante.

Al final hablo a Monalisa de mi familia. Le enseño fotos de Sunita y los niños, y le explico por qué mantengo a mi familia al margen de casi toda la gente que menciono en mi libro, y cuánto lamento ahora que no haya conocido a mis hijos, por lo menos. Pero se lo toma bien. Está acostumbrada a las mentiras: al *jooth ki duniya*. No se enfada conmigo, ni dice «Me habría gustado conocerlos». Toda la gente que ha conocido tiene una vida oculta, una habitación cerrada con llave a la que ella no tiene acceso, como la segunda mujer de su padre o la familia de Minesh. La joven de veintiún años me ofrece un consejo sobre el matrimonio.

—Es como una goma elástica —dice estirando los dos extremos imaginarios en el aire y soltándolos—. Tú no eres de esos chicos que comen, beben y se lavan las manos. Si cuidas tan bien de mí, imagino lo bien que cuidarás a la persona que has escogido.

Manoj está muy excitado. Acaba de ver la ecografía de su hijo.

—He visto una carita y dos puntitos que eran las manos.

Pero el embarazo trae consigo un montón de problemas. No para de despertarse a lo largo de la noche para satisfacer los antojos de Jyoti. Ella se está volviendo irritable en su primer trimestre y Manoj está pensando en dejarla un mes en casa de su suegra en Pune. Honey ha dejado de recaudar tanto en el Sapphire, que tan pronto cierra a las doce y media como en la madrugada, según los caprichos de la policía. Honey se ha operado hace poco de la vesícula. Cada vez le supone más esfuerzo bailar.

El negocio del espectáculo, en su forma actual, tiene los días contados.

—Es como al principio —reflexiona Honey—. La gente arroja billetes de cinco rupias. —El auge de la Bolsa ha terminado. Los hombres ya no se contentan con ver a chicas bailando con saris completos o, las más alocadas, haciendo giros frenéticos llenos de erotismo; no se quedan satisfechos con una sonrisa o una rápida caricia en la cara—. ¡Ahora no se acaban nunca los achuchones y los besos! —exclama horrorizada—. El mundo del espectáculo se ha fundido con la vida nocturna, y ahora todo es sexo.

Y esa es un área en la que Honey no puede competir con las chicas.

Honey tiene una ilusión en su vida.

—Solo deseo una cosa con todo mi corazón: tener una vez en la vida la oportunidad de que pueda aparecer ante el público como Manoj. Sin ocultar nada.

Hacer famoso también a Manoj, tal vez como maquillador, o como proveedor de vestuario en la industria de la moda o el cine. Podría ahorrar los ingresos de Honey y abrir una agencia de transporte como la de su hermano, con unos cuantos coches y camiones para alquilar. O irse conmigo a Estados Unidos, donde Manoj podría trabajar en la tienda de su tío y Honey podría bailar en un bar gay. Cuando el niño tenga un año, dice, Honey dejará el mundo del espectáculo. De un modo u otro, Honey morirá dentro de un par de años. Al final ganará Manoj; estaba decidido desde el principio. Pero es

bonito verla mientras sigue viva.

Monalisa también está pensando en dejar el mundo del espectáculo dentro de dos o tres años. Puede que haga un curso de diseño de moda o que se ponga a trabajar en un salón de belleza. Si ahorrara cincuenta lakhs podría abrir una boutique de ropa. El problema con el negocio del espectáculo, dice, es que «se está occidentalizando». Está ocurriendo como en las discotecas o en las universidades. Pronto las chicas de alterne no llevarán saris completos ni vestidos; «irán en shorts». Los clientes saben lo que quieren. En los comienzos iban al club quince veces antes de preguntar el nombre a una chica; ahora le preguntan a bocajarro: «¿Te vienes o no?».

De modo que Monalisa me explica su sueño: pronunciar un discurso cuando gane el título de Miss India.

Especula sobre la sensación que causaría en el país que se descubriera que el recién nombrado modelo de la feminidad india es una bailarina de club nocturno; que esta representante de las mujeres mundanas ha derrotado a todas las chicas educadas en colegios de monjas de Colina Malabar y Friends Colony.

—¡Qué noticia! Sería como si cayera una bomba.

Habla en serio sobre ese discurso. Ha empezado a trabajar en él, tomando clases de oratoria y yendo al dentista para que le arregle la dentadura. Pero con casi veintidós años, empieza a ser demasiado mayor para el concurso de belleza.

Su sueño no es ganar el título; es pronunciar el discurso con millones de personas viéndola.

—Diré a todo el mundo que soy bailarina de club nocturno. Que se pueden quedar con todos sus premios, con todo su dinero, que solo quería demostrar al mundo que podía llegar hasta allí. Que las que estamos en el negocio del espectáculo también formamos parte de la sociedad. Me metí en esto por necesidad. No estoy obligada a hacer nada.

Monalisa pronuncia el resto del discurso en inglés, el inglés que ha estado aprendiendo estos meses, para que cuando llegue el momento pueda subir al reluciente escenario del enorme auditorio y decir a todo el país: «Estoy en el negocio del espectáculo, pero no estoy haciendo nada malo. Solo bailo».

DESTILERÍAS DE PLACER

Todo Madanpura está revolucionado. El cine ha llegado a sus casas. Las estrellas han bajado de las grandes pantallas y están tan cerca que casi pueden tocarlas. ¿Quién es? Karishma Kappor o Shahrukh Khan, según el rumor que decidas creer.

La película se titula *Sangharsh*, y está dirigida por una joven menuda y segura de sí misma llamada Tanuja Chandra. Su última producción no tuvo gran éxito, pero esta será diferente porque, según me explica: «En esta historia el héroe está integrado en el argumento». Es una versión hindi de *El silencio de los corderos*, con números musicales. Preity Zinta hace el personaje de Jodie Foster, una inspectora del Departamento de Investigación Criminal en prácticas que se enamora de un gángster. Y yo he introducido a Tanuja y a su famoso productor, Mahesh Bhatt, en Madanpura, en lo más oscuro de Bombay, y he buscado a gángsters de verdad para que protejan la producción de esta película de gángsters.

Anees ha reunido a cuarenta de sus chicos y los ha dejado a cargo del control de la multitud. Ellos la controlan a puñetazo limpio. Delante de mí, un hombre alto llamado Farid abofetea a un *bhaiyya* desgarrado cuatro veces. El *bhaiyya* menudo levanta la vista hacia él, preguntándose si su rabia y su dolor le darán fuerzas para decir algo. Un policía ha visto lo ocurrido, ha sido testigo de la agresión. Se acerca precipitadamente y agita su vara de bambú con la punta de hierro hacia el *bhaiyya*... y todos los demás. El *lathi* hace contacto con cuerpos blandos y toda la gente huye en desbandada calle abajo, gritando. Entre la multitud hay niños que echan a correr antes de que los alcance la vara.

Es un gran día para Madanpura.

—Los tendremos de nuevo aquí dentro de cinco minutos —dice Anees.

En cinco minutos todos han vuelto.

Los *karkhanas*, los talleres, de Madanpura están cerrados; las carnicerías y las sastrerías no tienen mucha clientela; el hombre que hace *rotis* justo delante de la casa que estamos filmando nunca ha amasado con tanta energía. La gente merodea frente a la tienda de *pan* y cuando los policías o los chicos de Anees la desafían, dicen que están esperando a que hagan su *pan*. Un empujón les insta a seguir andando. Sobre nosotros hay un tejado de chapas de zinc que debe de estar ardiendo al sol. Sobre él hay docenas de personas, casi en el borde del saliente, muchos con los pies descalzos friéndose sobre el zinc. A través de una grieta en el *karkhana* contiguo a la casa veo tres caras, como querubines vislumbrados en el bosque. Unos niños se han subido a los tejados que dan al pequeño patio de la casa y tienen que pedirles que salgan del encuadre. Un policía está sentado en una motocicleta frente a la entrada de la casa, haciéndose el chistoso. «No hay nada que ver. Id, id a dar de comer a vuestros padres. Shilpa Shetty y Amitabh Bacchan saldrán a las cuatro. ¡Empezad a hacer cola!»

Tanuja, la única mujer que se ha abierto camino en la industria del cine comercial como directora, está encantada de haber empezado a rodar su película en Madanpura. Todos los hombres del equipo de rodaje tienen miedo a la turba; solo Tanuja, Preity y su ayudante hacen frente a la multitud. Cuando Preity baja de su furgoneta, con el móvil al oído, y se adentra rápidamente en un cordón de manos entrelazadas a través de la estruendosa multitud, comprendo por primera vez lo que significa la palabra «linchar». La ayudante, una figura diminuta, empuja a la gente hacia atrás con energía. La multitud retrocede frente a este duende como no lo ha hecho frente a la policía o los matones de Anees.

—El poder de la mujer —comenta la ayudante.

En la escena que están rodando, Preity Zinta llega al centro de la ciudad para reunirse con el jefe de la banda. Se sienta a mi lado y se presenta a sí misma. Me pregunta por los chicos de Anees.

—¿Han matado a alguien?

Respondo que probablemente muchos lo han hecho. Abre mucho los ojos.

—¿Puedes señalarme a alguno que lo haya hecho?

Está tan fascinada con los gánsters como ellos lo están con ella. Toda la gente quiere verle fugazmente la cara o el cuerpo, ataviado con una camiseta blanca de Old Navy y zapatillas de deporte blancas con plataforma. Lo que ella quiere ver es a un asesino.

Los gánsters y las putas de todo el mundo siempre se han sentido fascinados por el cine y viceversa; las películas son, en esencia, transgresoras. Son el ojo que mira lo prohibido. La mayoría de la gente nunca ve cómo un ser humano mata a otro, salvo en la pantalla. La mayoría de la gente nunca ve cómo un ser humano tiene relaciones sexuales, salvo en la pantalla. El cine es un medio proscrito, el faro que alumbra lo más oscuro de nuestro ser. Para los criminales y las prostitutas que viven vidas proscritas, el cine se acerca a lo realista; es para Monalisa y el asesino a sueldo Mohsin lo que una historia de Cheever podría ser para un hombre de negocios que vive en Westchester: una descripción fiel, solo un poco exagerada, de su trabajo y su vida.

—Mírame los pies —dice Anees.

Están extrañamente marrones y arrugados. El público lleva todo el día pisoteándoselos mientras él trata de apartarlo del rodaje. Los hombres de Anees tendrán mucho de lo que responder después de hoy; han golpeado a la multitud con puños y *lathis*. Pero hoy están con el equipo de rodaje; forman parte del mundo del cine, ayudan a la realización de sus sueños.

Llega una brigada de policía. El inspector exige al equipo de rodaje que recoja sus bártulos. No han conseguido los permisos necesarios. El negociador del equipo habla con él en tono suave. Aparece el miembro local

de la asamblea legislativa, que tiene todo el aspecto de un matón fornido, esgrimiendo una porra.

—¡A callar! ¡Recojan, recojan! La gente está siendo importunada.

Pero Tanuja no ha terminado con sus tomas, que incluyen filmar a un gángster que está comiendo *biryani*. Frente a él hay una fuente enorme de arroz grasiento.

—*Khate raho!* —oímos gritar a Tanuja—. ¡Sigue comiendo!

En realidad, lo que quiere el inspector es dinero, pero Tanuja no se da cuenta. Debe recoger antes de almorzar. Al final acaba desechando las escenas callejeras porque hay tanta gente mirando la cámara que tiene que estrechar continuamente el encuadre. En Bombay, ni más ni menos, está tratando de dejar fuera a la multitud.

Madanpura apenas salió en la película, pero esa mañana en el barrio tiene ahora un significado enorme: para Anees, para Ishaq el dueño del locutorio, y para su primo el doctor Shahbuddin, así como para todos los que ayudaron a Tanuja en el rodaje. Ishaq recibe el acoso de la gente que quiere conocer a las estrellas o a los actores secundarios de la película. El rodaje cambia el estatus de Ishaq y de Shahbuddin en la comunidad. El barbero del médico se niega a cobrarle cuando le afeita cada mañana. Prefiere que Shahbuddin le haga un favor la próxima vez que vengan a verlos las estrellas: quiere una foto con una de ellas. La mujer de Shahbuddin, que es de Malasia, se resiste a creer que él haya conocido a todas esas estrellas; está convencida de que miente. Es algo de lo que hablarán hasta que sean viejos y es algo de lo que hablarán sus hijos. «Mi padre conoció a Preity Zinta. Mahesh Bhatt estuvo en nuestra tienda, aquí mismo. Se sentó y tomó una Coca-Cola.»

Tanto si hacen películas de arte y ensayo como si optan por las películas *masala*,* que se ajustan a la corriente dominante, todas las personas de la industria cinematográfica son iguales: grandes soñadores. En la India sus sueños tienen que ser más grandes que los de los demás. En la India están

haciendo sueños colectivos; cuando se acuestan por la noche, tienen que soñar por mil millones de personas. Eso distorsiona su personalidad. También justifica su ego: las exigencias de la escala. Los cineastas de Bombay sufren de megalomanía. «Este es el principio de un cambio en la órbita del planeta India, la última revancha en la que los indios van a hacerse con el control de la mente occidental. Bienvenido al asalto cultural del siglo XXI», escribe el productor Amit Khanna en la columna de un periódico. La industria india del ocio de comienzos del siglo XXI vale tres mil quinientos millones de dólares, una parte minúscula de la industria global del ocio que representa trescientos mil millones de dólares. Sin embargo, es la industria del cine más grande del mundo por lo que se refiere a producción y taquilla. Los mil largometrajes, las cuarenta mil horas de programación televisiva y los cinco mil títulos musicales que produce el país se exportan a setenta países. Cada día catorce millones de indios ven una película en uno de los trece mil cines; anualmente se venden mil millones más de entradas para películas indias que para películas de Hollywood. La televisión está introduciéndose a un ritmo galopante; en el país hay sesenta millones de hogares con televisor, de los cuales veintiocho millones son por cable, y tanto a la ciudad como a la chabola llegan cerca de un centenar de canales. «Ahora hay más canales de televisión disponibles en Mumbai que en la mayoría de las ciudades norteamericanas», comentó Bill Clinton en un viaje que hizo a la ciudad en 1999.

La India es uno de los pocos territorios en los que Hollywood no ha sido capaz de imponerse; las películas de Hollywood solo constituyen un 5 por ciento del mercado del país. Los cineastas hindis son saboteadores con recursos. Cuando el cine de todos los demás países cayó ante Hollywood, la India lo recibió al estilo hindú. Lo acogió, lo tragó entero y lo vomitó. Lo que entró se mezcló con todo lo que ya existía y salió con diez cabezas nuevas.

Los directores de cine hindi detestan el término «Bollywood». Señalan que

la industria cinematográfica de Bombay es más antigua que la de Hollywood porque la cinematografía norteamericana empezó en la Costa Este antes de que se trasladara a California a principios del siglo XX. Los hermanos Lumière llevaron el *cinématographe* a Bombay en 1896, solo unos meses después de que la maravillosa invención debutara en París. En 1897 un maratha llamado Bhatvadekar empezó a hacer cortometrajes sobre combates de lucha libre y monos de circo en Bombay. A través del cine, los indios llevan viviendo toda su vida en Bombay, hasta los que nunca han estado allí. La amplia extensión de Marine Drive, la playa de Juhu, la puerta a Occidente que es el aeropuerto de Andheri, todos esos lugares son reconocidos al instante en Kanpur y Kerala. Y Bombay es mítica en un sentido en que no lo es Los Ángeles, porque Hollywood dispone de grandes presupuestos para crear ciudades enteras sobre los solares de sus estudios; la industria cinematográfica india, en cambio, tiene que contar con sus calles, playas y rascacielos ya existentes.

La mayoría de las películas comerciales hindis son musicales, con entre cinco y quince secuencias musicales. Los cineastas occidentales abandonaron los musicales cuando abandonaron el cine en sí, en favor de la televisión. Los musicales requieren extensión, escala; no caben en una pantalla encogida de diecinueve pulgadas. Pero había otra exigencia irrazonable que los críticos y los espectadores impusieron a los musicales de Hollywood: que la canción coincidiera con el argumento. Las películas hindis no se enfrentan con directrices tan fascistas. En la India, la suspensión de la incredulidad es instantánea y generosa, y empieza antes de que el público entre en el mismo cine. La incredulidad es fácil de suspender en un país donde la credulidad está tan difundida y es tan pujante. Y no solo en la India: los espectadores de Oriente Medio, Rusia y el centro de Asia son también precinicos. Siguen creyendo en la maternidad, el patriotismo y el amor verdadero; Hollywood y Occidente han dado un paso más. De modo que las familias rusas de mi edificio de apartamentos de Jackson Heights, en Nueva York, cantaban las

mismas canciones de Raj Kapoor que cantaban los indios. «Son películas puras —me explicó una vez un taxista egipcio en Nueva York—. Puedes verlas con tu familia. No te incomodan.»

A finales del siglo XX, las películas hindis empezaron a segmentarse. Por primera vez se abría un abismo: lo que le gusta al ingeniero informático de San José no es lo que quiere el granjero de Bilaspur. De modo que los cineastas como Yash Chopra, Subhash Ghai, Mani Ratnam y Karan Johar cambiaron sus películas para que coincidieran con los gustos de ultramar, donde, a largo plazo, está el dinero. Tanuja parafrasea lo que esos cineastas creen: «No queremos gente pobre en nuestras películas, solo queremos belleza».

Antes de volver a la India, veía una media de una película hindi al año. Los argumentos no mantienen mi interés más allá del principio. Cada vez más, el mercado extranjero exige musicales sin trama: películas con una docena de secuencias musicales elaboradas y el mínimo conflicto, como *Hum Aapke Hain Kaun*, una película que es como un vídeo de boda extenso con catorce canciones. Las películas sustituyeron las tradiciones antiguas de las bodas hindúes en mi numerosa familia repartida en Inglaterra y Estados Unidos. Los trajes, el local y muchas de las ceremonias son tomados de las películas que la comunidad ve cada noche en el vídeo. La novia y las damas de honor ahora bailan no con las tristes canciones de despedida de los pueblos, sino con los enérgicos números de Bollywood.

La diáspora quiere ver una India urbana, próspera y deslumbrante, la India en la que todos imaginan que crecieron y en la que les gustaría vivir ahora. Quieren historias de amor con el mínimo conflicto, incluso entre los rivales. En su país, el cine juega con la reciente inseguridad de los chicos de la clase media india. Sus padres ya no conciertan su boda como han hecho los padres durante generaciones. Ahora se espera que todo el mundo encuentre por sí mismo el amor, en la universidad, en el trabajo. Se espera que las mujeres

sepan flirtear y jugar. Las películas les muestran cómo hacerlo.

Los indios que viven en el extranjero quieren películas que puedan ir a ver con sus hijos un sábado por la tarde, para enseñarles un ejemplo de los «valores indios». El vistoso espectáculo del idilio y la boda cumplen el cometido. La violencia no sirve. Los deseos de un argumento están en Bihar, en UP, en lugares donde los aldeanos escuchan el *Ramlila*, la versión teatral del *Ramayana*, impulsados por las mismas ansias de narración. De modo que otra clase de cineastas hace películas solo para el interior del país, llenas de violencia, más sexo terrenal y más diosas, siguiendo la senda del cine B. Las películas hindis pueden unir Bihar y Delhi, incluso Bihar y Karachi, pero no Bihar y Londres.

Crecí en Bombay antes del advenimiento de la televisión, y mis sueños son más grandes que los de los niños que crecen hoy día en la ciudad porque los veía proyectados en una pantalla enorme, cientos de veces más grande. Las películas proporcionaron materia prima a mi vida de fantasía, en la que rescataba a la chica a la que amaba de los malos y en un abrir y cerrar de ojos la salvaba de la deshonra. Mis argumentos eran muy parecidos a los de las películas, que en aquellos tiempos se parecían mucho a los de las epopeyas. En las ciudades no gozábamos del privilegio de ver al sacerdote del templo recitar el Harikatha al atardecer. Teníamos que ir al cine para recibir nuestro chute de inventiva. En Nepean Sea Road vivían pocas estrellas; la mayoría se habían retirado de la industria. De niño no conocía a nadie relacionado con el mundillo del cine. Claro que tampoco conocía a nadie relacionado con el crimen, la prostitución o la política. Las películas eran irreales, no suponían ningún peligro; los actores estaban lo bastante lejos para no interferir en lo que les hacía hacer mi imaginación.

Cuando me fui a vivir a Estados Unidos, veía películas hindis por nostalgia; eran el billete de vuelta más barato, cuatro dólares en el Eagle Cinema de Jackson Heights. Cuando empecé a ir a la universidad dejé de hacerlo, las

películas me parecían cada vez más absurdas y sin sentido. Al volver a Bombay esta última vez, me di cuenta de que tendría que someterme a un curso intensivo de cine hindi si quería hablar de forma inteligente con la gente que las hacía. Pero no era algo que me atrajera.

Un día de verano de 1998 me encontré en Arunachal Pradesh, un lugar lejano donde hasta los indios necesitan permiso para entrar. Allí una mujer en una cafetería de la carretera me habló de la topografía sagrada de la zona. «Y allí, cerca del depósito de agua del pueblo, rodaron *Koyla*. Shahrukh Khan estuvo aquí.» De ahí vienen los nuevos mitos. Los viejos dioses tribales han sido reemplazados por los dioses de Bombay. En el país vecino de Bután, en un pueblo de la montaña que consta solo de una calle, vi el nombre de Tanuja en un cartel de cine. En lo más remoto del país conocen a las estrellas de cine de Bombay, sus hábitos alimentarios y con quién tienen un idilio, como si fueran sus vecinos.

¿Qué es un sudasiático? Alguien que ve películas hindis. Alguien cuyo ser se llena de placer cuando oye: «Mere Sapnon ki rani» o «Kuch Kuch Hota Hai». He aquí nuestro idioma nacional; he aquí nuestra canción común.

VIDHU VINOD CHOPRA: *MISSION KASHMIR*

Una tarde, poco después de mudarme aquí, quedo con el escritor Vikram Chandra para tomar el té en el Sea Lounge. Pero cuando lo llamo al móvil, me entero de que está en Bandra. Me esperan en ese barrio a media tarde, de modo que le propongo que nos veamos allí. Él me pregunta si me gustaría acompañarlo a un taller de guionistas en el que va a participar con su cuñado, un director llamado Vidhu Vinod Chopra.

La casa se encuentra en un edificio de seis pisos en un pequeño callejón serpenteante próximo al mar, en la parte católica de Bandra, con sus pequeños

pueblos. Un ascensor privado me lleva a la cuarta planta, un alegre salón bien amueblado con vistas de palmeras y del mar a través de grandes cristaleras. Es lujoso, pero no como los que ves en las películas hindis. No hay espejos de pared ni arañas de luz. Estrecho la mano de Vinod, un tipo esbelto y muy fornido que debe de rondar los cincuenta aunque no los aparenta. En las fotos publicitarias su sello distintivo es una gorra de béisbol sobre un pelo que clarea, pero en casa no se la pone. En colaboración con Vikram y un joven dramaturgo gujarati llamado Abhijat Joshi, está escribiendo una película sobre el conflicto en Cachemira. Amitabh Bacchan, héroe y dios de mis sueños adolescentes, ha accedido a protagonizarla. Bacchan va a interpretar el papel de Khan, un agente de policía, y Shahrukh Khan hará de Altaaf, un militante. Hacia el final, el militante habrá comprendido el error que ha cometido y experimentará una conversión patriótica. Vinod es un hindú punjabi que creció en Srinagar; la casa de sus antepasados fue incendiada por los militantes. Su última película fue una historia de amor, *Kareeb*, que fue un fracaso.

Al día siguiente telefoneo a Anu, la mujer de Vinod (y hermana de Vikram y de Tanuja), que cubre hábilmente la información referida a Bollywood para *India Today*, con la intención de hablarle de la industria. Oigo la voz de Vinod por el altavoz. «¡Te echamos de menos, *yaar!* ¿Por qué no te vienes al taller de guionistas?» De modo que voy de nuevo ese día a la casa de Bandra, me siento con Vinod, Vikram y Abhijat, y hablamos sobre el argumento, los personajes, las motivaciones. A lo largo de los dos próximos años, sin firmar nada formalmente ni comprometerme verbalmente siquiera, me encuentro formando parte del equipo de guionistas de *Mission Kashmir*. De pronto estoy haciendo lo que millones de indios sueñan con hacer: trabajar en una película de Bollywood.

Un guión hindi, más que escribirse, se discute, y el director tiene que hacer gala de un gran entusiasmo por sus ideas. Aunque Vinod realmente cobra vida cuando habla en punjabi, la mayor parte de la conversación sobre el guión,

incluidos los diálogos, es en inglés. La industria está dominada por las clases media y media alta, y un recién llegado que no habla inglés bien está claramente en desventaja y tiene que aprender rápido. En las películas hindis que he visto hacer, la mayor parte de la labor de dirección —el desarrollo del argumento, las instrucciones a los actores, las órdenes que se imparten al equipo de rodaje— se hace en inglés. Hace un par de años, mientras comía con los actores Shahrukh Khan y Madhuri Dixit, hablamos de las películas y los programas de televisión norteamericanos que les encantaban (*Sleepers*, *Jack*, *Expediente X*) y se quejaron de una entrevista que acababan de hacer para Doordarshan, el canal de televisión del gobierno, en la que se les había obligado a hablar en hindi. Ni siquiera sabían las palabras en hindi, dijeron.

El estudio de Vinod está lleno de libros en inglés, guiones de directores extranjeros. Dice que esta será su última película hindi; si va bien, quiere utilizar las ganancias para hacer una película en Hollywood. Toda su carrera está en juego. Después de *Kareeb*, debe casi un crore. Si la próxima película que produce no es lucrativa, sus días en el negocio del cine básicamente habrán terminado. «Si esta película es un fracaso pondré en venta mi casa.» El público debería ir al cine estando ya al corriente del argumento —los periódicos serán los socios mudos de una película de tanta actualidad—, pero no se debe permitir que nada provoque o cuestione la posición del Estado, o, en realidad, la de los militantes sobre el conflicto, porque podrían poner una bomba en su casa si quedaran insatisfechos. Gran parte de la complejidad política del problema de Cachemira —la alienación que experimenta la mayoría de los cachemires, las razones económicas y administrativas que explican su lenta adhesión a la rebelión— ha de ser rigurosamente eliminada del guión. Una y otra vez Vinod dice: «No quiero que sea una película polémica. No quiero amenazas de muerte ni que la prohíban. La junta de censura está formada por gilipollas. Verán mi película y se levantarán diciendo: “Chopra *saab*, una gran película”. Entonces la mitad votará por

negarme la calificación de apta». Eso restringirá el público a los mayores de dieciocho años, poniendo fin a las posibilidades comerciales de la película. Para los indios ir al cine es un plan de toda la familia.

Cada tarde nos sentamos en el estudio con vistas, bebemos té y nos lanzamos ideas unos a otros. Aprendo sobre la construcción de un guión. Cada escena debe tener un valor dramático, no solo transmitir información. Vinod dice: «Yo no debería estar aquí. Nada me gustaría más que os fuerais a otra parte y volvierais con un guión encuadernado. Yo debería estar dirigiendo». Lo más funesto que puede decir de una idea que no le gusta es: «Demasiado *filmi*»* (lo que ofende su sensibilidad de artista) y «El público hindi no lo aceptará» (lo que le causa preocupación económica). Aunque provengan de los escritores, las ideas que pasan al guión son las que Vinod es capaz de hacer suyas, como si hubieran partido de él desde el principio.

Vikram escribe una serie de cambios que vuelven el guión mucho más complejo. Vinod tiene sus dudas.

—No olvides que estamos haciendo una película hindi. Si la película fuera inglesa sería totalmente distinto.

Vikram es un admirador de *L. A. Confidential* y utiliza la estructura de thriller para argumentar su visión del guión.

—La he visto siete veces y podría verla otras tantas.

—Si *L. A. Confidential* fuera una película hindi, no duraría ni un solo día en cartelera —replica Vinod—. Es demasiado cerebral.

Señalo a Vinod que el público indio es totalmente capaz de comprender lo complejo; después de todo, se le ha instruido en los mitos narrativos más complejos del mundo, el *Ramayana* y el *Mahabharata*. Cada personaje de las epopeyas es multidimensional, los argumentos tienen múltiples capas, y la moraleja es moralmente ambigua, lo que exige un alto grado de reflexión. No tienen nada de fácil esas epopeyas y las dos tienen un final triste, con la muerte de los protagonistas. Pero no es mi película, ni la de Vikram o la de Abhijat;

es la de Vinod. Y está, sin duda, poseído por ella. En cierto momento, él y Abhijat, para ilustrar el tipo de canción que quieren en una escena, empiezan a cantar «Aa Chal ke tujhe» de Kishore Kumar. Siguen cantando, con la cara resplandeciente, hasta que llegan al final. No tiene nada que ver con el trabajo que estamos haciendo, es un desvío hacia el placer. Cuando Vinod hace una demostración de una escena violenta, se vuelve violento. Te pega la cara a la tuya, te coge por el cuello de la camisa y grita la frase en cuestión: «¡*Madharchod*, por mis cojones que voy a matarte!». La violencia de Vinod me infunde vigor. Una noche vuelvo a casa y Sunita me dice que alguien ha estado llamando al timbre y se ha ido.

—Mataré a esos cabrones. Los joderé —digo, y me inclino para rezar mis oraciones de la noche.

Lo que me fascina no es tanto el proceso de escribir un guión como oír a Vinod explicar lo que es políticamente aceptable y lo que no lo es. Hay que ir con un cuidado infinito, como lo expresan los periódicos, de evitar «herir los sentimientos de una comunidad en particular». Vinod da muchas vueltas a cuestiones como qué religión debería profesar la protagonista, qué podría ofender, qué gustaría al público. Al final llega a una solución salomónica: la señora Khan, la mujer del policía, es hindú, y Sufi, la novia del militante, musulmana. Las restricciones bajo las que operamos son peculiares de este país. Vinod no puede hacer fundidos en negro en sus películas. En una de sus primeras películas, recién salido del Instituto de Cine, hizo cinco y el público empezó a abuchear y a silbar. Creyeron que se había estropeado la lámpara de arco. En las cabinas, los proyccionistas cortan los fundidos en negro de las bobinas para que el público no haga destrozos en el cine.

Uno de los primeros borradores termina con la heroína esperando a que el héroe baje de un helicóptero, vivo o muerto. Cuando lo ve vivo, se echa a reír. «¡Estás vivo!» son las últimas palabras. Pero Vinod vuelve al final y sacude la cabeza. «Demasiado tarde. Encenderán las luces y las puertas se abrirán antes

de que se suban siquiera al helicóptero.» En los cines de toda la India, el público tiene un sexto sentido para determinar cuándo termina una película. Este sentido es ayudado por las puertas que se abren y las luces que se encienden cinco minutos antes de que la película termine en realidad. Los que van con niños necesitan salir los primeros, para coger un taxi o un *rickshaw*. De modo que los últimos cinco minutos de cualquier película hindi se pierden inevitablemente aunque no te muevas de la sala, porque la mayoría de la gente que tienes delante empieza a levantarse. Por esa razón la mayoría de las películas terminan con una canción y una rápida repetición de los momentos más relevantes de la película, como un hombre moribundo que viera su vida en flashback. Eso prolonga el final. Así se explica por qué *Mission Kashmir* termina con un absurdo sueño de un partido de críquet en la nieve y la repetición de una canción.

La influencia de la épica es clara. Un incidente en el que la señora Khan pide al chico que deponga las armas por su marido se convierte, como es natural, en la «escena Kunti», en honor de la madre del *Mahabharata*. Al igual que la mayoría de las producciones de Bollywood, la película es una oda a la maternidad, que es el único tema con el que uno nunca puede mostrarse cínico en una película hindi. Casi todas las películas hindis tratan de una familia unida que se rompe y al final se reconstruye. Durante dos horas y media describen y superan la desintegración de las familias urbanas del país que dan paso a hogares nucleares, monoparentales o de padres divorciados. Esta categoría de película se llama «social». Las amas de casa van a las sesiones matinales y lloran copiosamente sobre sus pañuelos de algodón blanco bordado con florecitas de colores. El mismo Vinod, como buen hijo de las películas hindis, está muy unido a su madre. Una vez anuló una cena con nosotros porque según su madre no se puede comer comida cocinada durante un eclipse.

Los principios narrativos que impulsan el argumento son ajenos a los de,

digamos, el Taller de Escritores de Iowa, donde pasé dos años. Me entretengo imaginando lo que ocurriría si se presentara el guión al taller. Mi contribución al guión es mínima, en el mejor de los casos. Propongo una idea que parte de la fórmula del cine hindi clásico. Vinod reflexiona sobre ella. «No podemos utilizarla porque, si lo hacemos, el público quemará el cine. Arrancarán los asientos y pegarán fuego a la sala.»

Retiro la sugerencia.

No exagera. Los indios se toman sus películas tan en serio como los italianos la ópera. Cuando les parece que sus héroes se están apartando del camino recto, recurren a la fuerza. Mientras escribimos el guión leemos que en Ludhiana, después del primer pase de la película *Fiza*, en la que el héroe también hace el papel de terrorista, el público quedó decepcionado con la descripción que se hace de su ídolo. Expresaron su desencanto levantándose y saqueando el cine. De pronto siento una enorme responsabilidad como guionista. Escribimos la película con el ojo puesto en el *rickshaw wallah* del patio de butacas con la lata de petróleo.

Pregunto a Vinod qué opinión tiene de las películas de arte y ensayo hechas en la India. No es muy elevada.

—Creo que es como hablar griego o latín a un indio medio. Ese es nuestro trauma colonial. El cine artístico se hace para Occidente, con la excepción de Ghatak, que hizo películas en bengalí para los bengalíes. El poder de Ray llegó de Occidente, después de *Pather Panchali*, no de Bengala.

Vinod puede hablar con autoridad del cine artístico. Como averiguo en el transcurso de una primera cita con él, fue nominado para un Oscar. Recién salido del Instituto de Cine hizo un cortometraje sobre los niños sin hogar en Bombay, *An Encounter with Faces*, que fue nominado por la Academia en la categoría de cortometraje. Las dos películas que hizo más tarde recibieron buenas críticas pero apenas recuperó los gastos con ellas. Después de eso, empezó a hacer películas claramente comerciales, thrillers, romances,

empezando por *Parinda*, su primera película inscrita en la corriente dominante. A los mafiosos del hampa les encantó; era la primera vez en el cine hindi que se les mostraba tal como son. Recordé a Mohsin, el asesino a sueldo, viendo una escena de *Parinda* en el televisor de la habitación de hotel y diciéndome: «Esta escena está bien hecha».

Desde entonces Vinod solo ha hecho dos películas, *1942: A love story*, y *Kareeb*, de un total de cinco largometrajes en toda su carrera de dos décadas. ¿Por qué tarda él tanto, cuando otros directores de Bollywood están produciendo una o dos al año?

—En primer lugar, por el guión. No soy escritor. —Le molesta tener que hacer películas con argumentos trillados para lo que llama público *ulloo*—. Siempre tengo que cargar con espectadores que no tienen ni idea de cine. Es como intentar hablar de Shakespeare a Khem Bahadur. —Se refiere al cocinero nepalés de Vinod—. Lo que temo es que, por culpa de la constante simplificación de procurar hablar de Shakespeare a Bahadur, haya perdido la habilidad para discutir sobre Shakespeare con gente que conoce a Shakespeare.

Esto es algo que descubro poco a poco en Bollywood: la gente que trabaja en la industria es mucho más inteligente que el producto que crea. «Reducimos nuestro yo intelectual a fin de hacer películas para un público hindi. Estás escribiendo tu gran novela en inglés. Prueba a hacerlo en hindi; entonces comprenderás mi tragedia. Estarás jodido. No tendrás dinero para pagar las matrículas del colegio de tus hijos.»

A veces se permite imaginar qué habría sido de él si sus primeras películas artísticas hubieran arrasado, si hubiera optado por vivir en Estados Unidos después de su nominación al Oscar. A menudo le pesa la sensación de una vida no vivida, la sensación de que se equivocó hace tiempo de camino. «Quiero hacer películas internacionales para el mercado mundial. Quiero crecer. ¿Adónde iré después de esto? Puedo quedarme aquí en mi despacho, con mi

jacuzzi, y anquilosarme el resto de mis días.»

Hay dos Vinod luchando «cara a cara», como le gusta decir al referirse a Khan y Altaaf, nuestros protagonistas. Uno es el cineasta *avantgarde* del Instituto de Cine de Pune, alumno de Ghatak y Mani Kaul, admirador de Kurosawa. El otro es el productor de Bombay de películas de alto presupuesto que tiene algo que demostrar a su hermanastro, un triunfador en los negocios, y que no puede permitirse sutilezas en sus películas por miedo a que el público *ulloo* no las entienda. Si se casara con una de estas dos identidades —si se convirtiera por completo en Vinod el cineasta artístico comprometido o en Vinod el directorzuelo de Bollywood—, viviría menos torturado. Tal como están las cosas, el conflicto es palpable en sus películas; le impide ganar un Oscar o producir un gran éxito taquillero.

Vinod se siente unido a su casa pero no a su ciudad. «Bombay nunca me ha conmovido. Si pudiera llevarme a Florida a todos mis amigos de aquí y vivir allí, no me lo pensaría dos veces. Bombay se ha convertido en una ciudad de matones desde que el Sena y Bal Thackeray se han hecho con el poder. Un solo hombre ha estropeado Bombay y es Thackeray.» Un burócrata del gobierno le dijo que si quería una desgravación fiscal para *Kareeb* tenía que acudir a Thackeray. El método más efectivo para que el gobierno controle el cine popular no es la oficina del censor sino la de Hacienda. Garantizar una desgravación fiscal para una película permite reducir el precio de la entrada a la mitad y podría señalar la diferencia entre la vida y la muerte de la película. Pero Vinod no se doblegará ante Thackeray. Si el Supremo le causa problemas, dice, se irá del país.

Vinod me habla del New Quit India Movement (Nuevo Movimiento Abandonad la India). Se trata de un grupo de cincuenta lumbreras de Bombay: bailarines, actores, diplomáticos, etcétera, vagamente coordinados por una peluquera parsi que está a cargo de alguna de las cabezas más famosas de la ciudad, y han invitado a Vinod y a Anu a unirse al éxodo. Han decidido

emigrar en masa a Vancouver, Canadá. Con ese fin celebran reuniones donde llevan a expertos para que pronuncien charlas sobre cómo llegar y cómo vivir allí. Todos son ricos y pueden permitirse pagar los doscientos mil dólares que cuesta conseguir la nacionalidad canadiense. Es un sueño de exilio exclusivamente bombayita: quieres irte de Bombay, pero llevándote Bombay contigo. El movimiento sueña con viajar en una burbuja social hasta la otra mitad del mundo, donde pueda volver a crear Colina Malabar y Pali Hill en un ambiente más saludable.

Dentro de unos años me preguntarán: «¿Qué aspecto tenía? ¿Cómo andaba?».

Estamos en el bungalow de Amitabh Bacchan y le estoy estrechando la mano. No la de cera del Madame Tussaud, sino la de carne y hueso. He crecido con este hombre o, mejor dicho, con su imagen. Ahora, por segunda vez, lo veo en persona. La primera fue en 1979 en el viejo cine Deluxe de Woodside, en Queens, a propósito del estreno de *Kala Patthar*. Dijo unas palabras y yo lo veneré de lejos. Bacchan era en aquel entonces la principal estrella del cine hindi; el hombre que, cuando se hacía daño al rodar una escena peligrosa, tenía a todo el país rezando para que se recuperara y a decenas de miles de personas haciendo cola fuera del Breach Candy Hospital para donarle sangre.

El hombre de carne y hueso es sorprendentemente más corpulento que su imagen en la pantalla. Lleva un holgado traje pathan de seda blanca. Cuando me estrecha la mano, esboza una sonrisa; nunca he visto tantos dientes en mi vida. No es una sonrisa de placer, ni siquiera de cumplido. Es como si alguien hubiera apretado un interruptor; hay un destello de luz, pero al cabo de un momento vuelven a pulsar el interruptor y la cara recupera su rigidez, se sume de nuevo en su aturdimiento.

Fuera de su bungalow hay a todas horas grupos de gente esperando obtener

darshan, una cita prometedora. En el interior, Bacchan reina en su oficina, que raya en lo ostentoso, todo de cuero beige y madera negra. Un gran cuadro figurativo de un viejo bioscopio-*wallah* con un montón de niños mirando a través de él domina una pared. En el escritorio hay montones de cintas de vídeo y un par de libros, uno de poemas de su padre y, encima, *Sobrevivir en pareja* de Paul Reiser.

Vinod me pregunta más tarde: «¿Crees que se ondula el pelo? Tiene un aspecto extraño por delante». Por detrás también, estirado de un modo poco natural por encima de la nuca. No solo ha perdido pelo. Bacchan está desesperado; sus últimas películas han sido un fracaso rotundo y el futuro de su productora, ABCL LTD., es incierto. Cuando llamó por primera vez a Vinod desde Mauricio, el director estaba tan acelerado con el proyecto de Vikram de hacer una película sobre Cachemira que empezó a soltar tacos. «Hijoputa. Es una idea cojonuda.» Bacchan escuchó con educación y coincidió en que era buena. Más tarde esa noche Vinod se sintió mal por haber estado brusco con Bacchan, que era mayor que él. Pero también era una indicación de cuál era la nueva situación de la estrella: que un director pudiera soltar tacos como un marinero en su presencia y él tuviera que escucharlos sin colgar desde Mauricio. Después del fracaso de sus últimas dos películas ahora era Bacchan quien tenía que llamar para pedir un papel.

A diferencia de muchos directores hindis, Vinod filma a partir de un guión encuadrado, pero este no es necesario —o no basta— para contratar a las estrellas de la película. Tenemos que acudir en persona y «narrarles» el guión a las estrellas. Esta es la razón por la que estamos en el bungalow de Bacchan. Vamos a contarle un cuento.

Bacchan nos dice el efecto que debería tener la película en el público.

—Tenéis que cogerlos por los huevos y tirar de ellos.

Quiere hacer una película realmente rompedora, en un paradigma distinto. Como ejemplos cita *Bombay* y *Bandit Queen*. Y da primacía a su papel de

héroe, el único héroe. Quiere que haya algo en el guión que permita exhibir a Khan «su inteligencia, su suprema inteligencia».

Cuando terminamos de contarle la historia, la superestrella hace una sugerencia.

—¿No podríamos hacer que el malo fuera el sistema? —pregunta—. El ciudadano de a pie está mal informado.

Vio *JFK* de Oliver Stone y cambió su forma de entender el mundo. En la India, por inteligente que sea el ciudadano de a pie, es víctima de las mentiras de los políticos y de las películas. Pero por fin está despertando y se está dando cuenta de que el responsable de sus tribulaciones es el sistema. De modo que el ciudadano de a pie ya no aceptará el típico desenlace en el que el héroe vence y todos pueden volver a sus casas.

Bacchan quiere que hagamos una película que abra los ojos al ciudadano de a pie sobre lo que el sistema está haciendo con él. Quiere que los dos protagonistas, el policía y el militante, caigan abatidos por una misma bala mientras se funden en un abrazo.

—Demos realmente al público algo en qué pensar —propone la estrella—. Se quedarán sentados en el cine quince minutos después de que se hayan encendido las luces, preguntándose quién podría haberlos disparado. Y entonces dirán: «¡Mierda... es el sistema!».

—¿Qué hay de los censores? —pregunto, recordando lo mucho que le preocupa a Vinod hacer una película polémica.

—No te preocupes por los censores. —Bacchan los aparta dando un manotazo en el aire como si fueran moscas. Explica lo que ocurrió en la Academia de Defensa Nacional, donde está ambientada su última película, *Major Saab*, en la que hace el papel de comandante. Cuando mostró la película a varios oficiales del ejército, estos se quejaron de que ciertas escenas no eran fieles a la realidad e insinuaron que podían causar problemas con los censores—. «Prohíbanla», les dije, «y haré una película de lo que

realmente está ocurriendo en el ejército; el contrabando de armas en los puestos de avanzadilla, los oficiales de alto rango acostándose con las mujeres de los oficiales subalternos».

Los oficiales se retractaron y dijeron: «Hablemos de esto con unas copas». Amitabh Bacchan había ganado una auténtica victoria de héroe; había atacado él solo al ejército y este se había rendido. Siento una sensación de bienestar.

Vinod se pasea por su terraza después de hablar con Bacchan. Me pregunta qué pienso de las sugerencias de este. Le digo que no estoy seguro de que el público aplauda una película en la que mueran los dos protagonistas. La diferencia fundamental entre una película artística y una comercial es que en la artística el héroe muere al final. Vinod quiere que el militante se reúna con su novia y con su padre al final de la película, de modo que ensaya la súplica que va a hacerle a Bacchan: «Señor, puede que el sistema esté jodiendo al ciudadano de a pie. Pero lo que es seguro es que si matamos a mis dos protagonistas al final de la película, el sistema me joderá a mí».

¿A qué se debe la paranoia del actor? La incursión de Bacchan en la política tuvo un final humillante; se vio obligado a renunciar a su escaño parlamentario en 1988 cuando su nombre se vio asociado con los escándalos de armas Bofors. Su conglomerado de empresas de ocio, ABCL, es noticia de primera plana en los periódicos; el banco quiere vender la casa del actor para recuperar el dinero que le ha prestado. Sus películas fracasan en todas partes. Todo el país lo amó; todo el país estuvo dispuesto a dar sangre por él. No es posible que le hayan retirado el afecto. No es posible que sean tan desleales. No, tiene que ser algo más. Tiene que ser el sistema.

Volvemos a casa de Bacchan otro día, bien entrada la noche, con el último borrador del guión. Allí está su mujer, Jaya Bacchan, junto con su hijo actor, Abhishek, y el contable de la familia. Jaya es una señora de porte digno y

elegante. Todavía puedo ver a la actriz que me encandiló en *Gudd* y *Mili*. Nos sirve algo para picar en la sala de estar. Hablamos del Informe Starr, que acaba de ser publicado. Los recientes atentados con bombas en las embajadas norteamericanas de África Oriental, se da cuenta Bacchan ahora, eran un ardid para distraernos de los problemas de Clinton con la señorita Lewinsky. Vuelvo a percibir la mano temible del sistema.

Conversamos sobre todo eso a las tres de la madrugada. Luego damos las buenas noches a Jaya y subimos con el actor a su estudio, donde Vinod le enseña las tomas de exteriores que ha filmado en Cachemira. Muestran una campiña preciosa y tranquila, con viejos bungalows y fuentes en jardines bien diseñados. El actor emite ruiditos de aprobación sobre el guión revisado; noto que está agotado y está deseando que se acabe de una vez la reunión. Cuando bajamos son las cuatro de la madrugada. Jaya sigue en el piso de abajo, con las luces bajas, deslizándose sin hacer ruido por el suelo de madera. Abhishek y el contable también salen de las sombras. Decimos a Jaya que pensábamos que se había retirado.

—Siempre me quedo levantada hasta por lo menos las cuatro y media — responde ella.

—Somos una familia de insomnes —explica Abhishek, con no poco orgullo.

Bacchan se sienta de nuevo a la mesa y ataca el tentempié salado siempre presente, esta vez completado con unos dulces de Rajastán. Todos parecen dispuestos a hablar durante otra hora. Nos despedimos. Los fantasmas se quedan.

Shahrukh Khan, el primer actor que seleccionamos para el papel de Altaaf, el militante, va un día a casa de Vinod para hablar del guión. No es atractivo desde un punto de vista convencional, pero es un hombre brillante, centrado y enérgico. Lleva una camisa negra con los botones desabrochados que deja ver

su pecho sin vello, unos tejanos azules con los bajos demasiado largos rasgados por las costuras en lugar de doblados, y unas zapatillas de deporte. Él y yo ya nos conocemos; la primera vez que lo vi fue en el plató de *Dil To Pagal Hai*. Rodaban una toma en que el héroe se reunía con la heroína. Ella está comprando verduras, regateando por el precio de una sandía. Shahrukh acude en su rescate; rodea con el brazo los hombros del verdulero, un tipo moreno con un bigote enorme, y habla con él en voz baja. El verdulero parece arrepentido mientras mete la sandía en la bolsa de plástico. En las películas de mi niñez los héroes salvaban a las heroínas de bandoleros; ahora consiguen un precio mejor por unas verduras.

Cuando Shahrukh entra en la sala de estar de Vinod, estamos hablando con Ajay, que se ha dejado caer para comer con nosotros. El actor se muestra muy respetuoso con el polizante; Ajay lo salvó una vez de las bandas cuando trataron de extorsionarle. El criado de Vinod, Khem, no está en la cocina, y Anu se ofrece a hacer el té. Shahrukh se da cuenta de que aún no hemos terminado de hablar con Ajay. Se levanta diciendo «Ya hago yo el té; se me da muy bien», y desaparece en la cocina.

Luego el criado aparece por las escaleras.

—Si Khem entra en la cocina le dará un infarto —comenta Vinod.

Khem entra y ve a alguien picando cardamomo para preparar té. Según averiguamos más tarde, le irrita ver a un intruso, tal vez otro criado, haciendo su trabajo. Hasta que Shahrukh sale con el té en una bandeja y Khem ve nuestra actitud para con él, no cae en la cuenta de quién es el hombre que estaba en su cocina. El estrellato no es algo intrínseco en el ser humano; las estrellas adquieren su luz a través del reflejo, en la cara de sus admiradores. En este momento, Shahrukh es la estrella principal, de la región y de todo el país. Hace poco, dos chicos paquistaníes fueron capturados por los soldados indios cuando cruzaban ilegalmente la frontera de Cachemira. Resultó que no habían cruzado para unirse a la yihad; se habían jugado la vida en la frontera para ver

en carne y hueso a su ídolo. Tenían previsto viajar hasta Bombay para ver a Shahrukh Khan.

La siguiente decisión en la lista es la elección de la heroína. Pero no es muy importante. En una película de acción, la heroína solo tiene un poco más de importancia que los exteriores. Vinod ya ha hablado con Tabu, que es una buena actriz, pero, como aconseja un distribuidor, «deberías inclinarte por el glamour». Preity Zinta, la actriz que conocí en Madanpura durante el rodaje de Tanuja, tiene una sonrisa efervescente. Además, es de Himachal Pradesh. Es pahari, una chica de la montaña. Consigue el papel de Sufi, protagonista de la subtrama romántica.

Vinod escoge a un viejo amigo suyo, Jackie Shroff, para el papel de malo. Yo siempre oía hablar de él y de sus amigos cuando regresaba de visita a Bombay. Se pasaban la vida en Wonderworld, el salón de videojuegos de Nepean Sea Road, y se ligaban a todas las chicas. Jackie, a diferencia de la mayoría de las estrellas hindis, te mira a los ojos cuando habla. Es un hombre corpulento, tirando a grueso; cuando come las galletas de Vinod, su asistente lo riñe. Vinod y Jackie —Jaggu para sus amigos— tienen una relación relajada, cariñosa y divertida. Han vivido muchas cosas juntos. En cierto momento Jackie le debía cinco lakhs, dice Vinod. Le dio veintidós talones. Se los rechazaron todos.

A diferencia de las películas hindis que veía de niño, en nuestra película no hay una vampiresa que forme pareja con el malo. ¿Por qué ya no hay vampiresas en Bollywood?, pregunto a Tanuja.

—La heroína se convierte en la vampiresa —explica.

En los tiempos de gloria de Bindu y Helen, las vampiresas eran las únicas mujeres de la pantalla a las que se les permitía llevar vestidos escandalosos, hacer giros eróticos y beber whisky. Ahora todo eso lo puede hacer la heroína; en las películas de hoy es obligatorio al menos un número musical en el que la mujer que más tarde se convierte en sumisa esposa seduce al héroe exhibiendo

los muslos. Otro rol que ha sido engullido por el protagonista es el cómico: Asrani, Paintal, Johnny Walker, el compañero o el necio que solía repartir unos cuantos puñetazos sin querer en la secuencia de la pelea final. Bacchan destruyó los papeles cómicos al incorporarlos al suyo. Ha sido el único actor con la talla suficiente para hacerlo sin dejar de parecer un héroe.

La proporción de las películas populares que tratan de temas políticos y en las que aparecen terroristas ha ido en aumento. Apenas recuerdo haber visto alguna cuando vivía aquí de pequeño. Ahora la India lidia con las amenazas a su integridad a través del cine. Muchas de las películas hindis de la actualidad giran en torno a una vasta conspiración internacional contra el país, encabezada por un villano de vagos rasgos étnicos. Hay escenas de bombas, de terroristas confabulados normalmente con políticos que llevan el gorro de Gandhi. Es una explicación simple para el millón de motines: todo viene de fuera, de lo que los gobiernos que se han sucedido desde la Independencia han llamado la «mano extranjera». Si pudiéramos acceder al único hombre que quiere destruir nuestro país, todo iría bien. En alguna parte de Pakistán, en Suiza, está Mogambo en su fabulosa mansión, conspirando con sus subordinados sobre formas de destruir el Indostán.

No me identifico con muchas de las escenas de *Mission Kashmir*. Al escribirlas soy como un abogado, pongo en boca de mis personajes palabras en las que no creo. Políticamente estoy en el ángulo de la izquierda de la película. Insisto en que es preciso incluir información sobre las condiciones socioeconómicas que contribuyen a crear a un terrorista, sobre todo en Cachemira. Hablo de mi visita a Cachemira en 1987, en la que vi tal vez el gobierno más corrupto de la India; de los deseos de casi todos los lugareños con los que hablé de no formar parte de la Unión India; de que la India está aplicando una ley para unos y otra para otros al pretender mantener en

Cachemira un Estado de mayoría musulmana alegando que el maharajá había accedido a conceder la independencia, y luego negarse a dejar que los príncipes musulmanes de Hyderabad y Junagadh accedieran a Pakistán porque gobernaban sobre estados de mayoría hindú. Pero no quiero ir demasiado lejos. No tengo suficiente peso en el equipo de guionistas.

Vinod quiere que la película reafirme en la imaginación popular la idea sincrética de Kashmiryat, la vieja ideología que permite rezar en el mismo país a los musulmanes de la mezquita Hazratbal y a los hindúes del templo de Shankaracharya. No es ciego a la historia reciente de su conflictiva patria. En cierto momento dice: «Los indios han jodido Cachemira. Yo soy cachemir y lo sé. Llevan cincuenta años jodiendo Cachemira». El guión presenta todo un espectro de las opiniones de los musulmanes del país representados por Khan, el musulmán en pro del Estado indio, y que incluyen a Altaaf, el terrorista musulmán embaucado, e Hilal, el alborotador fanático de Afganistán. En un momento dado un burócrata hindú pone en tela de juicio la lealtad de Khan, quien responde enfadado: «Señor Deshpande, es una desgracia no solo para los musulmanes, sino para todo el país, que un soldado que lleva veintiún años sorteando balas deba probar reiteradamente su lealtad porque su nombre no es Deshpande sino Inayat Khan... Mi amor por este país no necesita los certificados de un burócrata».

El guión también sigue haciendo intentos desgastados de equilibrar la visión del Estado indio y la del Estado de Cachemira. Pero siempre se moderan y se llega a un término medio. En una de esas escenas, un terrorista explica sus motivos para unirse al movimiento. «Primero deshonraron a mi madre. Cogí una pistola y me vine aquí.» Esta valiente afirmación es contrarrestada rápidamente por su siguiente frase, que pronuncia con una carta de su familia en la mano: «Ahora al otro lado de la frontera han hecho lo mismo con mi hermana». En todo hay equivalencia. La equivalencia puede detener la mano del censor en mitad del tijeretazo. La equivalencia puede detener la bala del

terrorista a medio centímetro de tu pecho.

Desde el primer momento se muestran los borradores del guión a la policía y a los militares, para comparar el mundo ficticio con el real. En Cachemira, Vinod enseña el guión a un alto cargo de la Oficina de Inteligencia. A este le asombra la escena en que Khan dispara a dos militantes durante un interrogatorio. «Por lo que a mí respecta, no cortaré ni un dedo, porque eso supondría reducir el cuerpo del que dispongo para trabajar. Si corto un brazo se pierde aún más; si mato a la persona no tengo con qué trabajar.» Para el agente de la Oficina de Inteligencia, el cuerpo es un recurso preciado que es preciso conservar por su valor como fuente de dolor; cada órgano, cada dedo, es valioso.

Prácticamente sin previo aviso, Amitabh Bacchan deja la película. Envía un fax a Vinod. Dado que no han hablado de «muchos aspectos» del proyecto, concluye la estrella, «muy a mi pesar tendré que rechazar este». Vinod analiza con disgusto el fax escrito a mano. «¿Quiere decir “muchos aspectos” o “aspectos monetarios”?» Se presenta en casa de Bacchan con cien rosas blancas para persuadirlo de firmar el contrato. Este dice que ya se ha comprometido a hacer otra película en la que también actúa Shahrukh. Ahora tenemos que pensar en la película sobre Cachemira sin Bacchan. Pero no abundan los actores entrados en años y de aspecto honorable. Las estrellas de las películas indias no envejecen bien. Se engordan y pierden el pelo, pero insisten en formar pareja con heroínas veinteañeras... como sus amantes, no como sus padres.

Un día Vinod me anuncia que Shahrukh tampoco va a actuar en el proyecto sobre Cachemira. Sus honorarios son demasiado elevados. Vinod se está planteando ahora pasarse el resto del año haciendo películas publicitarias. El dinero está en los anuncios de televisión. Shahrukh recibió una oferta inicial

de treinta lakhs por aparecer en la película de Vinod, por la que habría tenido que viajar y trabajar durante meses. Por trabajar tres días en un anuncio de Pepsi cobrará diez veces esa cantidad. Pero sin las películas, la cara de Shahrukh que aparece en los anuncios sería irreconocible. La industria de la publicidad subvenciona el cine financiando el estilo de vida de sus estrellas. A cambio, el cine promueve productos. La colocación de productos en las películas alcanza cuotas desconocidas en Hollywood: Coca-Cola puede haber pagado toda una canción, por ejemplo, y el héroe y la heroína bailan alrededor de latas de Coca-Cola gigantes durante cinco o siete minutos del tiempo en pantalla. A nadie le importa; en las películas indias no hay división entre lo sagrado y lo profano.

Por fin se me presenta la oportunidad de ver una de las películas de Vinod, *Kareeb*, en el cine del refugio de montaña de Lonavla.

Una sala de cine india dista de ser la cámara del inconsciente colectivo que es en Occidente. Para empezar, no puedes decir a nadie que se calle. Todo el mundo habla a voluntad, a menudo manteniendo un diálogo simultáneo con los personajes. Si aparece un dios en la pantalla, la gente puede incluso arrojar monedas o postrarse en los pasillos. Los bebés berrean; durante una canción, una cuarta parte del público puede levantarse para ir a buscar un refresco al vestíbulo. Un diálogo complejo no funciona porque la mayor parte del tiempo el público no lo oye. El sonido es tan malo en casi todos los cines indios que, como en una obra de teatro, no puede haber ni un solo susurro en una película hindi, y la banda sonora siempre tiene que sonar a todo volumen. No siempre ha sido así. Si quieres pedir indicaciones para ir al cine de Lonavla preguntas dónde están los *talkies*, el cine sonoro.

El público reacciona con indiferencia ante *Kareeb*. Abuchean y silban hacia la pantalla cuando la heroína da muestras de acercarse al héroe. Salgo para comprarme un helado durante una escena tierna entre la heroína y su madre. «Se están comportando de forma vergonzosa —me dice Sunita cuando vuelvo

—. Haciendo comentarios sobre las relaciones íntimas entre la madre y la hija.» Pero al público no le gustan las parodias en la pantalla. En una escena en que la madre bromea con la hija sobre que tiene una hermana gemela perdida —lo que pretende ser cómico para jugar con los convencionalismos—, el público se queda totalmente callado. Peligrosamente callado.

Kareeb no es una gran película. El guión avanza con ayuda de ardidés. La interpretación, en concreto la de la protagonista, es tan mala que raya en la parodia; deambula a lo largo de la película como si estuviera colocada. Vinod la culpa de las pérdidas de *Kareeb*, por la cantidad de tomas que tuvo que desperdiciar en una actriz sin experiencia. En una ocasión, en el plató, se suponía que tenía que llevarse la mano derecha a la cabeza, pero no paraba de equivocarse y levantar la izquierda. Después de muchos intentos, Vinod se acercó a ella, le cogió la mano derecha y se la mordió. «El dolor te ayudará a recordar qué mano debes utilizar.» Él es el Werner Herzog del cine indio, un poco pirado.

Después de que Amitabh y Shahrukh se echen atrás, Vinod decide trabajar conmigo en otro guión. Parte de él está ambientado en Londres, y trata de la posible reconciliación entre indios y paquistaníes en el extranjero. La película toca el tema de la Partición y se titula *Mitti*, «Tierra». Vinod visualiza a dos soldados, uno en India, otro en Pakistán, que crecen en hogares parecidos en Bombay y Lahore. Se hieren mutuamente en una contienda y ambos acaban en el mismo hospital de Inglaterra. Allí poco a poco se dan cuenta de que su odio es reciente y poco profundo. Pertenecen a la misma *mitti*.

El argumento es flojo, pero transmite una especie de benevolencia; está del lado de los ángeles. Y se hace eco de los titulares de los periódicos. Se respira la amistad en el ambiente; es la primavera de las posibilidades. La idea de hacer la película tiene su origen en un viaje de Delhi a Lahore a través de Wagah en 1999, cuando el primer ministro Vajpayee se subió a un autobús —no en un avión ni en una limusina— para dirigirse a Lahore y hacer las

paces con el enemigo, Nawaz Sharif. Bollywood se percata de que ese encuentro señala un «momento» en la historia del subcontinente. Recibo simultáneamente llamadas del director Mahesh Bhatt y de Vinod para que los ayude con proyectos sobre el cataclismo que tuvo lugar aquí hace cincuenta años. La Partición los afectó a los dos: a Vinod porque es hindú punjabi de Cachemira, y a Mahesh porque su madre era musulmana. Bollywood lleva tiempo enfrentándose a la vivisección de la madre patria, en parte debido a que esta es una de las pocas industrias en las que los musulmanes y los hindúes están representados de modo equitativo. Los escritores musulmanes a menudo escriben epopeyas mitológicas hindúes; los diez dioses con cabeza expulsan poesía urdu.

Bollywood es en esencia una industria dominada por punjabis y sindhis, fundada por refugiados de la Partición que montaron un negocio que las élites consolidadas de Bombay en los años cuarenta menospreciaron. En este sentido, tiene un paralelismo con la historia de Hollywood y los judíos. La saga de la Partición concuerda con las grandes historias de amor de esta parte del mundo, de Laila Majnooh, Heer Ranjha y miles de películas hindis: dos personas que se quieren contra todo pronóstico y que hacen frente al tirano padre del Estado, o unos hermanos gemelos que fueron separados en el parto por un accidente de la historia. La Partición, con toda su emoción intensificada, su alcance y tragedia, es un argumento oportuno para Bollywood. Encaja dentro de la fórmula. Tal vez en lo más profundo de las psiques llenas de cicatrices de los refugiados que hicieron de Bollywood lo que es hoy día, la Partición creó la fórmula.

Pero en 1999 estalla la guerra de Kargil entre los dos países y hay que abandonar el proyecto de *Mitti*. De los paquistaníes como hermanos volvemos al tema que tocaba la película sobre Cachemira: los paquistaníes como archienemigos. Se producen un montón de películas que tienen como argumento el conflicto. Todas aquellas que no tienen nada que ver con la

guerra en las montañas pero en las que aparece un militar o incluso un policía luchando contra el terrorismo en la frontera, son anunciadas como proféticas acerca de Kargil. El guión de *Mission Kashmir* lucha por mantenerse al día con los titulares cambiantes. Es imposible predecir qué estado de ánimo tendrá el público cuando se estrene por fin la película, si querrá ver a los paquistaníes como hermanos o como fanáticos asesinos. La peor pesadilla de Vinod ahora es que los acontecimientos en Kargil queden fuera de control y ocurra lo inimaginable: que un país arroje al otro una bomba atómica. «¡Entonces nuestra película quedaría anticuada!» Sin una bomba atómica en el guión de la película sería un fracaso de taquilla.

Vinod todavía tiene que buscar nuevos protagonistas para *Mission Kashmir*. Amitabh Bacchan es sustituido por Sanjay Dutt, el atribulado actor que está en libertad bajo fianza por su participación en los atentados de 1993. La carrera de Sanjay está pasando por un mal momento; parece rodar cuesta abajo desde la cima. Para reemplazar a Shahrukh, Vinod ha cogido a alguien totalmente nuevo. Se trata del hijo de una estrella que cosechó varios éxitos en los años setenta; tiene veinticinco años y solo ha hecho una película, dirigida por su padre y que tardará en estrenarse. Se llama Hrithik Roshan.

Vinod lo convoca en su casa una mañana para explicarle el guión. Lo primero que advierto del recién llegado es lo atractivo que es, tanto que incluso incomoda: ojos verdes, nariz y mentón recios, brazos de Popeye, y un cuerpo delgado moldeado con celo hasta tener bultos en todas las partes adecuadas. Es educado y modesto, y escucha con atención la historia. Pero Vinod está corriendo un riesgo enorme. Si *Kaho Na Pyaar Hai*, la película en la que Hrithik debutará, fracasa cuando se estrene, también lo hará, con toda probabilidad, *Mission Kashmir*. Su papel como Altaaf es fundamental. Pero Vinod ya ha visto las primeras pruebas de la película y ha tomado la decisión,

obligado quizá por las exigencias económicas. Hrithik sale barato.

La razón por la que Hollywood es incapaz de producir películas indias es la siguiente: negociar contratos en Bollywood llevaría a cualquier abogado laboral de Wall Street a tirarse por la ventana de su suite en el piso veintiséis del Oberoi.

Vinod contrata a varios directores musicales y les pide ideas para la banda sonora y las canciones. Anu Malik, el compositor con el que trabajó en *Kareeb*, se emociona mucho cuando se entera de que Vinod está en caza y captura. Tiene con Vinod una conversación telefónica de dos horas un domingo por la mañana en la que declara que está dispuesto a trabajar de balde. Lloro y berrea; no pedirá un solo paisa. El dinero no es nada comparado con la amistad que los une, declara entre sollozos. Vinod oye un crujido al otro lado de la línea. «¿Qué ha sido eso?», pregunta. «Estoy comiendo rábanos — responde el compositor—. Un momento, ya termino.» Vinod lo oye masticar con furia; luego vuelve a ponerse al teléfono, listo para llorar de nuevo. «¡Ni un solo paisa! Ni un solo paisa recibiré de ti, si de lo que se trata es de dinero.»

En la India hay cinco territorios donde vender una película y uno solo que abarca todos los mercados extranjeros. Un distribuidor acude a Vinod pidiendo el territorio de la India central. Entrega a Vinod un talón en blanco. «Escriba usted la cifra, señor. ¿Sabe esa escena de *Parinda* en la que él mira por el espejo retrovisor? Me la sé de memoria. ¡De memoria!» Negociar en la industria de cine hindi siempre es un asunto sentimental. Halagar sin pudor es un deber.

Entra un distribuidor de Calcuta, el señor Bagadia, y Vinod lo saluda inmediatamente con un abrazo efusivo. Es la primera vez que se ven, según me entero después. «Felicidades por el nuevo asunto», dice el señor Bagadia. Podría estar refiriéndose al hijo recién nacido de Vinod, al proyecto *Kashmir* o a ambos. Hablamos con el señor Bagadia sobre el reparto. Nos apremia a

optar por el glamour, por estrellas que estén actualmente de moda y, lo más importante de todo, que tengan suerte. Ha analizado cientos de películas y ha descubierto que hay ciertas parejas afortunadas, actores y actrices que, cada vez que aparecen juntos en una película, esta es un éxito de taquilla. Es posible que el éxito no se deba a la pareja; solo es un buen augurio. «Raakhee y Suresh Oberoi. Ninguna película en la que han aparecido juntos ha sido un fracaso. Reúnelos en tu película, aunque solo sea en un papel secundario. No tienen ni que formar pareja.» El señor Bagadia se ha pasado la vida reflexionando por qué unas películas tienen éxito y otras no. Es crucial coger a un actor cuando todavía está en boga. Porque, añade pensativo, y aquí tengo la sensación de que se dispone a ofrecernos el núcleo o la gema de su experiencia acumulada, ese aforismo único sobre el que los hombres basan su vida: «Una estrella es como una barra de labios. Cuando se gasta, se gasta».

El distribuidor ha venido a hablar de dinero. Para todo el circuito de Bengala y Bihar, Bagadia afirma que con *Kareeb* ganó menos de quince lakhs de beneficios. Durante la reunión reina la cordialidad con solo un leve trasfondo de tensión. El distribuidor se permite señalar el fracaso rotundo que fue *Kareeb*, y que le hizo perder mucho dinero, pero afirma a Vinod que distribuye la película por prestigio, no por dinero. Aun cuando sabe de antemano que no ganará dinero, si es un proyecto prestigioso como cualquier película de Vinod, no dudará en tomarlo. «No somos incondicionales de la industria como Vidhu Vinod Chopra», añade, volviéndose hacia mí.

En cuanto se marcha, Vinod me pregunta qué pienso del señor Bagadia. Digo que me ha parecido que allí había algo que olía a gato encerrado. «Ese cabrón me ha estafado», dice Vinod. La película ha reportado al menos treinta o cuarenta lakhs de beneficios en el territorio del señor Bagadia; el distribuidor percibe un 10 por ciento de la cantidad que declara. Es prácticamente un negocio en efectivo; Vinod no tiene ningún mecanismo a su disposición para averiguar los verdaderos ingresos de taquilla. «No puedo

hacer nada», dice. Se fió de él, siguiendo el consejo del director Yash Chopra. El distribuidor se ha marchado diciendo que iba a ir a casa de Yash Chopra, con quien se ha citado. Vinod pide a su ayudante que llame a Yash Chopra. Yash Chopra está fuera de la ciudad.

Vinod redacta acuerdos, pero no suele estampar en ellos su firma. «Los acuerdos legales no significan nada», señala. El contrato que firman la estrella y el director no significa nada; la remuneración depende de si la película más reciente de la estrella ha sido un éxito o un fracaso. Para cubrirse las espaldas, los actores trabajan a menudo en tres o cuatro películas a la vez, metamorfoseándose de policía por la mañana a terrorista por la tarde y a amante diabólico por la noche. Vinod me enseña una hoja de papel. Es uno de los secretos de Bollywood más celosamente guardados, un contrato escrito. Especifica las condiciones de pago del actor en un lenguaje que sería toda una novedad en un tribunal de justicia, pero que solo es una versión escrita de la carga melodramática que pone Vinod en todas sus negociaciones verbales.

Estimado Sanjay:

Asunto: *Mission Kashmir*

1. En mi opinión, lo que ha ocurrido en el transcurso de las últimas semanas con *Mission Kashmir* es increíble. Me refiero a la forma que está tomando el proyecto, ya sea el guión, la banda sonora o, sobre todo, el interés y la dedicación que usted ha demostrado. Creo sinceramente que el proyecto está adquiriendo unas dimensiones asombrosas.

2. Si bien le agradezco esta dedicación, quiero que sepa que aprecio aún más nuestra relación y la amistad que nos une. No quisiera que se interpusiera en esta relación ningún malentendido, sobre todo en las cuestiones más prosaicas de la remuneración, etcétera. Esta es la razón por la que he hablado con usted de este tema con toda franqueza. La intención de este documento solo es, por tanto, poner por escrito, como impulsor de la memoria, lo que usted y yo hemos acordado sobre este asunto.

3. Apesar de que me gustaría pagarle lo que percibiría en otro proyecto, y teniendo en cuenta que no hago uso de los viles canales normales de financiación, me comprometo a

pagarle 25 lakhs de rupias. No obstante, le ruego que tenga en cuenta que, si la película no cubriera gastos, solo le pagaría la suma simbólica de 0 rupias. Espero que lo apruebe.

Un saludo cordial,

VIDHU VINOD CHOPRA

Y, a pie de página, escrito a mano: «Extra de 25 lakhs si la película es un éxito de taquilla».

Los contratos de los tres protagonistas están escritos en un lenguaje idéntico. En el caso del actor secundario, Hrithik, las cifras son once lakhs si la película cubre gastos, un lakh si no los cubre, y un extra de diez lakhs si la película es un éxito. Para la protagonista, Preity, los honorarios son de quince lakhs si la película reporta ingresos, un lakh si no los reporta, y un extra de diez lakhs si es un éxito. Aunque las cifras cambian más tarde al aumentar el presupuesto y la popularidad de Hrithik, Vinod se ha cubierto bien las espaldas; si *Mission Kashmir* funciona como *Kareeb*, habrá pagado en total a sus actores la suma irrisoria de dos lakhs. Las condiciones que ha acordado con los directores musicales, el cámara y los demás miembros del equipo de rodaje son parecidas. Nadie recibe anticipos. A veces nadie cobra nada después del trabajo tampoco. «Cuando *Kareeb* fracasó, el director artístico no cobró nada», dice Vinod. Pero lo compensó más tarde. Cuando hizo una película publicitaria, contrató al mismo director artístico y le pagó tres veces los honorarios corrientes. «Es muy antiamericano. Esto no sucedería en Norteamérica», comenta Vinod.

Necesitamos al menos cuatro canciones para *Mission Kashmir*. Para las compañías discográficas lo óptimo es que una película tenga ocho canciones, lo que les permite llenar ambas caras de una cinta. Pero reconociendo que una Cachemira dividida por el conflicto, con dos antagonistas sedientos de sangre, no es el escenario más idóneo para un número musical de Bollywood, Vinod,

de entrada, decide conformarse con cuatro canciones, lo suficiente para llenar una cara de una cinta. «La otra puede llenarse de música de fondo.» Sin embargo, cuando se termina el rodaje de la película, el número de canciones casi se ha doblado; son siete. Esta es otra decisión creativa influida por factores económicos; los primeros ingresos que percibe un productor de cine hindi provienen de la venta por adelantado de la banda sonora a las compañías discográficas. Las películas de Vinod han funcionado bien en el extranjero hasta la fecha, al igual que sus bandas sonoras. Sus películas son conocidas sobre todo por su excelente música; hasta la gente que nunca ha visto *1942* reconoce al instante la melodía de «Ek Ladki ko Dekha» y empieza a tararearla. Antes de haber filmado una sola toma, vende por anticipado la banda sonora por tres crores, de los cuales recibe dos por adelantado, lo que financia en parte la producción de la película.

Vinod lee las letras de las canciones que ha compuesto Rahat Indori. Hablan de flores, patria, destrucción y bombas. Pregunto a Vinod si las letras son siempre en urdu. «Es difícil saber qué es hindi y qué es urdu», dice. Dado que esta película trata de Cachemira, el idioma se inclinará hacia el urdu. Este cineasta nacionalista, como todos los demás, hace sus películas en indostaní, no en hindi.

Los músicos son tres jóvenes modernos del mundo de la publicidad: Shankar, Ehsaan y Loy; un hindú, un musulmán y un cristiano. Yo los llamo Amar Akbar Anthony. Nos tocan tres canciones en su estudio. Los temas tienen influencias de todas partes del mundo. «Dame las baterías burundis», dice Ehsaan. Luego imita la llamada senegalesa a la oración del álbum *Passion Sources*, que ya es en sí una recopilación de fuentes musicales del mundo para *La última tentación de Cristo* de Martin Scorsese con la colaboración de Peter Gabriel. La conversación en el estudio gira sobre Nino Rota, Vangelis, John Coltrane. En la mezcla hay tablas, guitarras, piano, campanas de agua y el sonido de un remo sumergiéndose en el agua de un lago. La música del cine

hindi era un ritmo mundial antes de que Peter Gabriel o Paul Simon oyeran un tambor de presión. «Durante siglos la gente ha estado adoptando los ritmos de todas partes del mundo, no los instrumentos», señala Loy. Por ejemplo, la música de las regiones costeras del mundo a menudo ofrece los mismos ritmos básicos. Los tararea.

La música de Bombay de hoy es diferente de la música de Bombay con la que crecí. Para empezar, se apoya más en instrumentos electrónicos, y en ritmos y voces africanas. En muchos de los números de baile una voz negra grave aparece en medio de la hindi, declarando su risueño amor por la voz tan femenina hindi. A los indios les gusta que las voces masculinas sean graves y las femeninas agudas. Pero hoy día poca gente sabe los nombres de los cantantes del playback; las hermanas Mangeshkar ya no tienen el monopolio. Con la llegada de la música electrónica, la música de fondo compite ahora con la voz en una película musical hindi; el sintetizador a menudo es más importante y se oye más que la voz del cantante. Y eso entusiasma a las masas; el gran público *panwallah* baila esa música. Los viejos hacen muecas y se quejan, como acostumbran a hacer. Se acaloran sobre todo cuando los nuevos chicos superponen sus instrumentos electrónicos sobre las viejas canciones y hacen un mix con ritmos discotequeros machacones, voces reggae y toques raperos. De pronto una canción lenta, un lamento o una balada tierna se convierte en un llamamiento urgente al encuentro.

La electrónica abrió un mundo totalmente nuevo a los compositores de bandas sonoras hindis. Se volvieron un poco locos. Ahora no tienen que buscar a instrumentalistas que sepan lo que es un ritmo de samba o de merengue. Lo pueden robar del sintetizador, de los discos compactos con recopilaciones de muestra. En las pantallitas de lectura digital de los sintetizadores de Loy aparecen los instrumentos que están reproduciendo: violines dulces, tambores africanos. Alcanzo a leer «Zouk», «canto senegalés», «Zydeco». Todo lo que tenga un ritmo. Esto incluye la música

clásica europea; los músicos indios no solo no han olvidado a Mozart sino que han disfrazado al muchacho vienés con bongos y congas. Las bandas sonoras hindis son como el hinduismo. Todos los que intentan invadirlo son absorbidos, digeridos y regurgitados. No hay nada musical que les sea ajeno.

Una noche llevo a mi familia a ver *Kuch Kuch Hota Hai*, una película entretenidísima aunque en la recta final se cae a pedazos. En ella no hay malos. Es una gran película punjabi sobre un amor juvenil en la universidad, los tiempos felices de los indios de clase media. He visto ese campus antes en alguna parte. Conozco esos personajes. Trato de pensar de dónde. Y de pronto dos palabras en un reportaje que veo sobre el escenógrafo me refrescan la memoria: Riverdale High. Era el libro de cómics norteamericano que han desempolvado en hindi: Betty y Veronica peleándose por Archie. Los cineastas crecieron leyendo los cómics de Archie, que yo también leí, para echar un vistazo a Estados Unidos. Cuando quieres escapar de la India, vas a los Estados Unidos de clase media.

Mi hijo Gautama canta «Kuch Kuch Hota Hai» y «Chal Mra Ghoda», además de «I'm a Barbie Girl» y «Twinkle Twinkle Little Star». Está reuniendo sus fuentes de placer de Oriente y Occidente. Está construyendo su propio vocabulario a partir de la música del cine hindi que me ha acompañado toda la vida. Cuando le preguntan qué echará de menos cuando vuelva a Estados Unidos, responde sin pensárselo: «El cine hindi». Cuando añore Bombay en Nueva York, cantará «Kuch Kuch Hota Hai» por las calles de la lejana ciudad. Un indio en Estados Unidos, cantando una canción hindi sacada de la versión cinematográfica india de un cómic norteamericano; un ping-pong de lo kitsch. Como el Bhagavad-Gita y el ensayo de Thoreau sobre la desobediencia civil, también tiene alas.

A lo largo de los meses que trabajo en *Mission Kashmir*, Vinod me abre las

puertas de su casa y de su corazón. Ha estado casado con tres mujeres distintas, «y ninguna de ellas sabe hacer una tortilla», se queja. Pero todas sus ex mujeres van a verlo con regularidad. Cuando le duele la espalda, entro en su casa y encuentro al cineasta tumbado en el suelo, con sus tres mujeres —su harén, lo llama Anu— masajeándole una parte distinta del cuerpo. Cuando se casó con Anu, la llevó a la casa de su primera suegra, quien le pintó el punto rojo o *tilak* en la frente y la bendijo diciendo: «Eres como una hija más en esta casa». No ve razón para dejar de querer a sus ex mujeres solo porque ya no esté casado con ellas; aún más importante, no ve razón para que ellas dejen de quererlo.

No estoy seguro de por qué me ha aceptado Vinod. Luego, poco a poco, me doy cuenta de que busca en mí no tanto un guionista como un amigo. Empiezo a recibir invitaciones a fiestas íntimas en la casa de Chopra: cumpleaños, aniversarios, celebraciones. No invita a nadie del mundo del cine; a menudo solo asistimos los familiares más cercanos de Anu y Vinod, mi familia y Ajay Lal con su familia. Vinod tiene la costumbre de absorber la vida de los demás y hacerla suya. Me llama cada santa mañana para saber cuándo voy a ir a su casa para escribir el guión; por la noche, cuando doy muestras de querer irme, pone cara larga como quien está condenado a pasar una noche larga y solitaria. Al principio accedía cuando me pedía que fuera a las once de la mañana; a fuerza de llegar muchos días a la casa antes de que él se haya levantado, empiezo a tomármelo con calma.

Cuando mi familia se va a Estados Unidos y me quedo solo dos meses, Vinod me invita un día a su casa y llama a su cocinero. «En adelante — instruye a Khem—, enviaremos a Suketu la comida y la cena a su casa.» Protesto, pero Vinod no quiere ni oírme hablar. De modo que cada noche llega el chófer de Vinod con un *tiffin* metálico lleno de comida vegetariana punjabi, china o italiana; cada mañana otro chófer se lleva el recipiente vacío. En un país pobre con un sistema de salud pública deficiente, la comida tiene un

significado aún mayor. En esta familia *filmi*, en contra de lo que cabría esperar, he encontrado una especie de hogar.

Invito a gente a casa para mi cumpleaños, y es una fiesta tensa, con poca gente que además no se cae bien. Vinod cambia el programa de rodaje para poder venir. Llega tarde, cuando ya se ha ido casi todo el mundo, pero su presencia llena la habitación. Ha estado en una fiesta de gente del mundillo del cine y llega cargado de anécdotas entretenidas y con tres cervezas en el cuerpo. Por fin empieza la fiesta, y siento una oleada de afecto hacia él. En los dos años que llevo en Bombay ha sido el único hombre que siempre se ha mostrado generoso con su tiempo y su hospitalidad. Lo hace al estilo punjabi, sin pedir nada a cambio y sin llamarme la atención sobre ello. Pero en él hay una euforia, una alegría que hace sonreír a la gente que lo rodea, gente en los últimos coletazos de una fiesta poco interesante. En compañía de Vinod tengo la sensación de que todo es posible: casarte y divorciarte, ganar mucho dinero, comprarte una mansión en Bandra, vivir hasta la vejez. Vinod lleva incorporado un cargador, como una batería alcalina o un submarino nuclear.

LA HERIDA DE MAHESH BHATT

Mahesh Bhatt está de mal humor. Nos encontramos en uno de los platós donde se rueda *Mumbai meri Jaan*, una historia sobre un inmigrante de clase media que se establece en Bombay sin renunciar a sus valores provincianos. Tanuja Chandra le está ayudando y la cosa no va bien. «Estoy furioso —brama por un micrófono con tono inquietante—. No hay entusiasmo.»

El plató pretende ser el dormitorio de Chunky Pandey: «Mi Taj Mahal al cielo raso», como se lee en el guión. Consta de todos los símbolos del triunfo de un miembro de la clase media: un bar abastecido de Chivas Regal, un televisor, una cocina, y un baño «al estilo occidental alemán», como lo

describe otra frase de Chunky, que continúa: «Robé el asiento de retrete de un hotel de cinco estrellas». Esta extravagancia visual es escenificada sobre el tejado del Hogar Feliz y Escuela para Ciegos de Worli. Por encima de nosotros cobra vida en rojo un letrero gigante de neumáticos Ceat, que se apaga poco a poco y reaparece. En el plató hay unas ciento cincuenta personas: técnicos de iluminación, ingenieros de sonido, actores, varios ayudantes y un considerable grupo de gente que no está haciendo absolutamente nada. «Solo dos o tres personas de las presentes saben hacer su trabajo —dice Mahesh asqueado—. Por eso nuestras películas no están bien acabadas. No es como en Hollywood, donde todo el mundo ha recibido una formación. Yo llevo una agencia de colocación gigantesca. Trabajan a golpe de látigo.» La industria cinematográfica india, como todas las demás industrias del país, emplea a más gente de la necesaria. Los actores, en concreto Chunky, se equivocan continuamente y tienen que repetir toda la toma. «Bhatt *saab*, por favor, venga aquí», ruega Chunky después de un ensayo. Mahesh se queda donde está. «No necesitas que yo vaya. Lo que necesitas es aprenderte el papel. ¡Apréndetelo!»

Mumbai meri Jaan, como otras muchas películas, ofrece a las provincias un Bombay genérico que está en venta: ricos, mujeres lanzadas en coches veloces, gánsters, policías, bienes de consumo. Para el inmigrante bihari que se pasea por el sur de Bombay, esta parte de la ciudad es irreal, un plató de cine. Son tan astronómicos los precios de los pisos aquí que al pasearse por Colina Malabar el intruso no se dice: «Algún día viviré aquí». Está caminando en un lugar de ensueño, como lo es este ridículo plató. Si fuera real, las primeras lluvias lo arrasaría todo: la cama, el bar, el cuarto de baño, la cabina de teléfono roja «robada de MTNL», la compañía telefónica... todo.

No sé qué creía que iba a encontrar cuando quedé con Mahesh: ¿un buen artista que se había vendido? ¿Un donjuán? Tiene fama de charlatán, de no desaprovechar ninguna oportunidad de salir en los periódicos por cualquier

asunto, incluso los que nada tienen que ver con el cine. Me encuentro a un hombre gordo, medio calvo y desaliñado que aparenta más de los cuarenta y nueve años que tiene, pero que es encantador y simpático, y se siente a gusto entre jóvenes.

En estos momentos está escribiendo el guión de una película ambientada en la época de los disturbios y que trata de su madre. Es una mujer con dos secretos. Uno es que es la querida de su padre; él y sus hermanos son ilegítimos. El otro, que es musulmana shíí. Un día su madre se detuvo frente a un salón de bodas y banquetes y pidió a su hermana mayor que entrara. Cuando esta salió, su madre le preguntó sobre la boda: «¿Qué aspecto tenía la novia? ¿Qué tal era el novio?». Lloró toda la noche. Era la boda de su amante, el padre de Mahesh, con una mujer más respetable.

La relación continuó después de la boda, a lo largo de toda la vida de su madre. Las visitas de su padre, un productor de películas B brahmán gujarati, «nunca llegaban a una conclusión», explica el hijo. «Nunca se descalzaba. Nunca se quitaba la camisa como otros padres y se ponía una camiseta sin mangas, y se sentaba a leer el periódico.» Mahesh adora a su madre, que ahora anda por los ochenta. «Yo atrapaba luciérnagas y las metía en una botella para luego ponérselas a mi madre en el pelo», dice con risa fácil.

La película sobre su madre y los disturbios titulada *Zakhm*, «Herida», es la última que va a filmar Mahesh. Ha dado su palabra. Ha dirigido una media de una película al año, unas veintisiete películas a lo largo de su carrera de un cuarto de siglo. Está harto de todo el ejercicio de la dirección. Es un trabajo duro que exige concentración, siete días a la semana dedicados a una tarea absurda. Ha llegado al punto de «teledirigir» algunas de sus películas. Odia ir en coche a los rodajes, odia tener que parecer entusiasmado. De modo que da instrucciones a los actores que se encuentran en el plató por teléfono, desde su casa o mientras conduce.

«Mis primeros recuerdos del cine son en una sala de preestrenos sentado en

el regazo de alguien, mi madre, mi tía o la criada, viendo una pantalla en blanco y negro. Me acercaba a ella para intentar tocarla —imita la mano de un niño tocando despacio una pantalla enorme—, pero al acercarme solo veía puntos negros y blancos y la imagen desaparecía. Entonces me hacían retroceder. Mi vida se ha convertido en algo así; ya no veo la magia. Solo está la producción de películas, y ya no hay brazos que me hagan retroceder para que pueda ver la imagen global.»

Me explica el argumento de *Zakhm*. El secreto de la religión de la madre del protagonista solo sale a la luz al final, cuando tiene que decidir qué clase de funeral darle. La película está construida en forma de flashbacks durante los disturbios de Bombay, cuando el héroe está en el hospital junto a la cabecera de su madre con la turba de Thackeray suelta en la calle. Sin embargo, no va a mencionar el nombre de Thackeray en la película. «No quiero hacer una película política.»

La industria cinematográfica hindi siempre ha practicado el laicismo de un burdel. Todos son bienvenidos siempre que ganen o lleven dinero. El financiero puede ser un nacionalista hindú a ultranza. El letrista puede ser un suní fundamentalista. La estrella que hace el papel de hindú será en realidad musulmán, y su heroína, que hace de musulmana, será hindú, y nada de todo esto importa al público. Pero los disturbios de 1993 derribaron las pirámides del poder de la industria del cine. Los técnicos de categoría inferior de pronto se volvieron atrevidos y exigieron favores, desafiaron la autoridad. Los hombres del Sena recorrieron los estudios para comprobar si había empleados musulmanes. Los gerifaltes hindúes de la industria, sin saber que la madre de Mahesh era musulmana, abusaron sexualmente de unas mujeres musulmanas delante de él. Uno de los técnicos de luces de Mahesh se vio atrapado en Behrampada, una de las zonas peor paradas. Su familia se vio rodeada por una multitud hindú mientras su mujer le gritaba por teléfono a Mahesh: «¡Vienen a por nosotros!». Mahesh trataba de hacer llegar comida a la casa del técnico de

lucen cuando uno de los chicos hindúes de publicidad fue a decirle que su sindicato estaba pidiendo que Bhatt *saheb* no se relacionara con los musulmanes. Mahesh respondió furioso: «¡No es un musulmán, es un empleado!».

Hablamos de hasta qué punto quedará reflejado todo eso en *Zakhm*. Él ve al protagonista como un hombre enamorado de su madre, que odiaba profundamente al hombre que iba a follarla. «Es un triángulo», explica. En el funeral de su madre, mientras camina, en su mente resuenan versos sagrados del hinduismo, el islam y el cristianismo. «Tengo la banda sonora en la cabeza», dice. Me explica que su madre lo llevaba a una iglesia donde le pedían que besara «sangre de Cristo, la sangre de Jesús». A continuación lo llevaba a un altar musulmán y le hacía cantar «Lahilla Allah Lahilla». Mientras lo bañaba, le recitaba los orígenes de su casta: «Eres nagar. Tu *gotra* es Bhargava». Como ella se consideraba casada con su amante hindú, guardaba en secreto su parte musulmana. De niño, Mahesh la odiaba por ser musulmana, de modo que intentó destruir su *namaaz*. De adulto ha decidido hacerle un homenaje a ella y a su identidad religiosa a través de esta película. Pero su madre tiene miedo. Durante los disturbios preguntó si era seguro que él pusiera a sus dos hijas nombres musulmanes. *Zakhm* está inspirada más que ninguna otra película en la vida de Mahesh. El papel de su madre lo interpretará la nieta de esta, la hija de Mahesh, Pooja.

Como Vinod, Mahesh odia el negocio que tan bien lo ha tratado. «Es una industria enferma. Aquí no hay dinero; es víctima de su propio bombo publicitario.» Ahora, cuando hace una película, tiene miedo de que no tenga éxito, de entrada porque nueve de cada once películas no recuperan el dinero invertido en ellas. Ha perdido su talento para encontrar la fórmula. «Puedo analizarlo pero ya no fluye.» Pero sabe exactamente cuál es su función como cineasta. «Somos destilerías de placer.»

Tanuja organiza una preestreno de *Sangharsh* solo para mis amigos, en señal de agradecimiento por haberla ayudado en el rodaje en Madanpura. Se da una extraña conjunción de mundos; mi libro cobra vida. Acuden Monalisa, Girish, Sunil, Kamal, Rustom, Ishaq y toda una hueste de Madanpura. Después del pase, todos se quedan en dos hileras en el pasillo, apoyados contra la pared, cohibidos, incómodos, mientras Mahesh y Tanuja, que encabezan la cola, hablan conmigo. Acaban de volver del cine Novelty, que se ha llenado, había cientos de personas extasiadas con su creación. La crítica ha puesto por los suelos *Sangharsh*.

—Pero cuando he visto a toda esa gente en el Novelty —dice Tanuja—, me ha parecido que ese público era más importante que el de los intelectuales.

—¡Es tu único público! —estalla Mahesh—. No lo olvides.

Vamos todos al restaurante Gallops del hipódromo. El director de la película sobre los alborotos se sienta frente al alborotador. Sunil da de comer con paciencia a su hija, a quien ha traído para que vea a los peces gordos. Pero la conversación decae. La barrera de clase es demasiado alta.

El preestreno para mis amigos resulta ser inesperadamente fructífero para Tanuja. Un par de días después me llama frenética. Acaba de ver su película, que no lleva ni tres días en cartelera, por la televisión. La estaban pasando ilegalmente los operadores de televisión por cable de Bandra y Borivali. Los distribuidores en el extranjero, a quienes no les repercute el mercado indio, venden copias de las nuevas películas a los operadores de la televisión por cable local. La primera semana es crucial para una película hindi; el grueso de los ingresos que reporta a lo largo de su vida se recaudan esa semana, y si la gente ya puede verla en la pantalla de su televisor, ¿por qué va a pagar para verla? Tanuja quiere que pida a Sunil, el operador de la televisión por cable, que no la pase en su área. Sunil me dice que hay un «distribuidor» de televisión por cable para los suburbios con el que ella debería hablar. Llegan

a un acuerdo. Como un favor a Tanuja, porque es amiga de Sunil y le ha hecho el honor de invitarlo a su preestreno, los operadores de la televisión por cable de Bombay y Thane se comprometen a no televisarla para sus suscriptores durante un mes obedeciendo órdenes del distribuidor, y a cambio de cincuenta mil rupias.

—¡Pero eso es chantaje! —protesto.

—Es un buen trato —responde ella.

Los cineastas van muy lejos para impedir que sus películas caigan en manos de los piratas, que venden los DVD antes incluso de que se estrene la película. A propósito de *Kareeb*, Vinod viaja por la India y acude personalmente a las comisarías para pedir que protejan sus películas de los piratas de la televisión por cable. En Ahmadabad, me dijo, un alto cargo hizo poner en fila a los principales operadores de televisión por cable de la ciudad después de que Vinod se quejara de que se estaba pasando ilegalmente por televisión y preguntó a este: «¿Qué hago con ellos?». «Romperles las piernas», sugirió él. «No hay problema», respondió el agente.

Abro el periódico un lunes por la mañana y veo una gran fotografía de una anciana llamada Shirin, un nombre musulmán, pero lleva un *tilak* hindú en la frente. Ha muerto la madre de Mahesh, pero la versión en celuloide está a punto de nacer en la pantalla grande.

A medida que se acerca la fecha del estreno, surge una polémica sobre si Mahesh es o no un hijo ilegítimo. Su película —y gran parte de su vida— parte de la premisa de que lo es. Su padre no solo lo niega, sino que hace una declaración en los periódicos para desmentirlo, afirmando que estuvo legalmente casado con la madre de Mahesh. Hay intercambio de insultos desagradables entre los miembros de la familia. «Se supone que mi madre era su querida —insiste Mahesh cuando habla conmigo—. Aunque ellos afirmaron

reiteradamente que estaban casados, no hay documentos que lo demuestren.» La ilegitimidad de Mahesh es esencial en su percepción de quién es. Y ahora es un pez gordo. El bastardo se ha convertido en una estrella y puede luchar contra sus demonios en setenta milímetros, con mil millones de personas de público. Su madre, que siempre le ocultó su amor por Dios y por su hombre, ha sido reencarnada como su nieta y es ahora la diosa, objeto de veneración, de celebración. Su hijo ha vuelto a legitimarla. Al ensalzar su ilegitimidad, Mahesh también la vence. El arte es el espacio donde combates tus demonios.

Mahesh me lleva al importantísimo preestreno para la junta de censura de *Zakhm*. Esperamos en la terraza del Liberty Cinema a que los censores terminen de ver la película y debatan sobre ella. Cuando entramos, la presidenta de la junta dice: «Queremos felicitarlo por la sensibilidad que refleja su película».

Mahesh, Tanuja y yo nos quedamos de pie en una de las primeras filas, dando la espalda a la pantalla y de cara a los censores: cuatro mujeres y un hombre hindués, todos de clase media, médicos, contables.

La presidenta empieza preguntando por qué el policía musulmán es el bueno de la película. El policía es hindú, insiste Tanuja. «¿Cómo se llama?», pregunta la presidenta. Mahesh y Tanuja se miran. Es hindú, dicen, pero se llama Sharad, que es el nombre del actor. Los censores quieren que sea más explícito para que no parezca que la policía es sectaria. «Aunque todos sabemos que lo es», añade la presidenta. Además, deberían cambiar la frase que dice el policía hindú malo, «Este chico musulmán», por «Este chico» a secas.

Mahesh da la razón a la mujer antes de que termine la frase. Es su última película y ha estado en docenas de sesiones como esta. Cuando subíamos en el ascensor, me ha explicado que en la primera reunión con la junta a la que asistió, cuando tenía veintiún años, discutió con los censores y se negó a hacer los cortes que estos le exigían hacer, y caminó del Liberty al Mahim de lo

furioso que estaba. Creía que veinticinco años después las cosas habrían mejorado, pero no ha sido así. Lo único que ha cambiado es que él es mucho menos beligerante.

La presidenta elogia a Mahesh porque en su película no hay desnudos, ni violencia, ni irreverencias, y por la sensibilidad con que toca el tema de la ilegitimidad. Sin embargo, debido a que la película trata sobre temas sensibles a las comunidades religiosas, la junta ha optado por calificarla de apta para mayores de dieciocho años.

Esto es un golpe mortal para los ingresos de taquilla; la gente no podrá ir al cine con sus hijos pequeños, y con ello se elimina una parte sustancial del público.

Mahesh les ruega de manera muy comedida que cambien de parecer. «No es mi intención enzarzarme en una discusión, pero creo que sería conveniente que viera esta película un público más joven.» Sería beneficioso para el país, sostiene, que los chicos de catorce y quince años la vieran y recibieran la influencia de sus ideas de tolerancia y del ideal de un país unido. Pero deja la decisión en sus manos. La presidenta responde que reflexionarán sobre ello y le dirán algo al día siguiente. Si insisten en declararla apta solo para adultos, la decisión también repercutirá en las ventas de la película a la televisión. De modo que los cineastas tienen un incentivo económico para evitar los temas políticos. La realidad no es para los niños ni para los adolescentes.

Al final los censores insisten en declararla apta para mayores de dieciocho años. Al parecer la presidenta de la junta defendió enérgicamente la calificación de «para mayores acompañados», pero los demás miembros quisieron ir aún más lejos y buscaron la aprobación del cuerpo de policía por miedo a incitar odio sectario. Si la película causaba conflictos, acusarían a la junta de haberla aprobado sin cortes.

Al final, recibir la calificación de apta para mayores de dieciocho años es el menor de los problemas de Mahesh. Sin haber visto la película pero basándose en una sinopsis escrita, la presidenta de la oficina general de censura, una actriz marchita, decide someterla a la aprobación del Ministerio del Interior. Uno de los miembros femeninos de la junta de censura — compuesta en su mayoría por amas de casa y hombres con tiempo disponible — no ha pegado ojo en toda la noche después de ver la película, y esta es una de las razones que ofrece la presidenta para justificar la necesidad de que la apruebe el gobierno. La película debería haber sido enviada al gobierno de la Unión, puesto que va a estrenarse en toda la India. Solicitar la aprobación de una película sobre los disturbios al mismo gobierno que estuvo implicado en ellos es buscarse problemas. Y el gobierno federal podría poner las cosas realmente difíciles a Mahesh si quisiera; puede prohibir todos sus trabajos, incluso sus series de televisión. Él me dice que es su última película y que no está dispuesto a perder su dignidad; se niega a tragarse el orgullo y acudir como otros cineastas a Bal Thackeray.

La hija de Mahesh, Pooja, nos acompaña a nuestra reunión con el primer secretario del gobierno de Maharashtra, el señor Subrahmanyam. Yo acudo en calidad de uno de los guionistas. La reunión tiene lugar en el despacho del burócrata; a través de sus dos grandes ventanas saledizas todo lo que se ve es el cielo y el edificio de Air India. Es una de las pocas vistas de Bombay que no están contaminadas por seres humanos. El secretario es un hombre grueso cuya cara, marcada por una enfermedad de la piel, ha adquirido tonos blancos y rojos, como si la iluminara una luz estroboscópica. Pooja está aquí básicamente como elemento decorativo, pero el primer secretario no se deja encandilar. Es un hombre importante sentado en su sillón, es un dios en su estanque de ranas. Y nos lo hace saber.

Nos explica que aprobó la película *Bombay*, y que se quedó solo contra el gobierno al sostener que un artista tenía derecho a expresar sus opiniones. La

policía se puso en contra de él. Pero solo fue posible aprobarla después de que el director acudiera a Thackeray; Amitabh Bacchan fue personalmente a ver al líder del Sena y le pidió permiso para estrenarla. La película trataba sobre los disturbios y responsabilizaba tanto a los hindúes como a los musulmanes de lo ocurrido. Cuando proyectaron la película al *saheb* para que le diera su visto bueno, este solo quiso suprimir una escena del final en la que su áter ego aparece disculpándose por las masacres y los incendios. No tenía ningún deseo de renunciar a la responsabilidad de sus valientes actos.

«Compró su paz», recuerda el secretario, dando a entender que Mahesh debería hacer lo mismo. Mahesh se niega. «No estoy dispuesto a pasar por eso.» El ayudante del secretario dice entonces que tendrá que recibir una carta de la presidenta declarando que la junta de censura no aprueba el estreno de la película, pero que la carta no llegará. Ella dirá que la película está siendo juzgada por un tribunal superior y que el asunto está siendo examinado por el gobierno federal. «Dado que no se ha tomado ninguna decisión, usted no puede apelarla», señala el secretario. Y añade que Mahesh ha llegado en mal momento. Acaba de publicarse el Informe de la Comisión Srikrishna. «Si su película es antihindú (y si usted dice la verdad sobre los disturbios tiene que serlo), no saldrá a la luz.»

Mahesh dice que es cierto que se posiciona en contra de los hindúes.

En ese caso, declara el secretario, «se quedará sin estrenar. La prohibiremos». Ocurre continuamente; esa misma mañana, dice el secretario, ha prohibido una obra de teatro. Deja muy claro que cree que fueron los hindúes quienes empezaron los disturbios; pero «el gobierno actual es pro hindú. No habría tenido este problema bajo el gobierno del Partido del Congreso».

Mahesh y Tanuja tratan de explicar que los disturbios tienen un papel muy tangencial en la película, y que no se muestran escenas de ellos. El primer secretario dice que no ha visto la película pero, repite, si dice la verdad y

toma una postura contra los hindúes «no saldrá a la luz». «A los hindúes les gusta pensar que son indiferentes a la religión cuando no lo son.» Se ríe. «Y los musulmanes no son nada indiferentes.» Recordando la carga emocional de las primeras películas de Mahesh, como *Saaransh* y *Arth*, el secretario añade: «Si es muy emotiva va a tener problemas». Las películas de Mahesh carecen de sutilidad o contención. Un sij siempre empuña una espada; un musulmán siempre lleva un solideo y zapatos del estilo de los de Alí Babá. No cree en la contención del llanto; pide a sus actores que lloren lo más posible. Tanuja, que colaboró en el guión de *Zakhm*, me explicó la clave del éxito de una película hindi: «Tiene que remover a la gente por dentro». El público indio piensa con el corazón. Esta pasión puede llegar a derrocar gobiernos o imperios. El gobierno puede tolerar un documental sobre los disturbios, pero no una película sentimental de masas. El progresismo no ha llegado a estas tierras; no tiene mucho peso. Aquí la democracia es un equilibrio de pasiones contradictorias.

Mahesh responde que irá a Delhi para hablar con el primer ministro, quien hace poco le dijo que admiraba su trabajo. El primer secretario se ríe. «Su ministro del Interior es un halcón. Le mostrarán la película» y la prohibirá.

Mahesh y Tanuja trabajan durante todo el Diwali, el Festival de las Luces, tratando frenéticos de sortear los distintos obstáculos políticos y burocráticos que se interponen en el estreno de la película y llevando la cuestión a los medios de comunicación. La película va a proyectarse ante una comisión de funcionarios gubernamentales, entre ellos el inspector de policía de Bombay, quien pide que haya un representante de la policía en la junta de censura para que haga una criba de todas las películas que hacen retratos negativos de los agentes. «Caldea más los ánimos el hecho de que aparezca un policía malo que el efecto neutral que tiene un policía bueno», explica el inspector.

Mahesh cede y hace varios cortes y vuelve a filmar ciertas escenas para complacer a los censores. Se cambian las cintas color azafrán que llevan en el pelo los alborotadores, «que representan cierto partido político» según el informe escrito de la junta de censura, por otras negras. Se considera que una escena «donde un personaje musulmán expresa sus frustraciones no es necesaria». Se elimina un encuentro organizado en el que la policía dispara a un hombre que huye. Se suprime un discurso pronunciado por un doble de Thackeray: «Ya hemos tolerado bastante tiempo a esta gente y ha llegado el momento de hacer una limpieza nacional». Mahesh lo quiere todo. Quiere ser un héroe ante la prensa por sostener la antorcha del desafío contra una clase dirigente fascista; pero también quiere que se estrene su película. Hay crores en juego.

Una vez realizados los cortes políticos, estrenan *Zakhm*, que recibe del presidente de la India el premio a la Mejor Película sobre la Integración Nacional.

EL LUCHADOR Y LA DIOSA

Estoy sentado en la terraza del Sun'n' Sand Hotel en Juhu a última hora de la tarde, contemplando el descenso y la caída del sol sobre el mar. Este es el hotel donde solían ir las estrellas de cine y los capos mafiosos a ver y dejarse ver, el hotel donde Monalisa perdió su virginidad con el productor de cine Hari Virani.

Alí Peter John disfruta haraganeando junto a la piscina del Sun'n' Sand Hotel, sobre todo cuando otro le costea el vodka y el sándwich de pollo. Pero no es un gorrón; él paga, y con creces, lo que consume con sus historias. Porque Alí Peter John es, como lo describe su ex compañero de copas Mahesh Bhatt, el «Dios de los luchadores». Su elevada posición como columnista en la

revista *Screen* le da licencia para vagar por las avenidas y callejuelas de Bollywood.

Alí se las apaña muy bien como mensajero entre dos mundos, el alto y el bajo Bombay. Físicamente es un tipo bajo, desastrado, sospechoso, con lo que en el mercado matrimonial se conoce como «visión estrábica», de modo que puede mirarte sin mirarte. Tiene una barba corta que le confiere todo el aspecto de guardaespaldas de contrabandista y no suele conseguir abrocharse el primer botón de la camisa. Pero sus artículos para *Screen* se leen casi como si fueran sermones, tan impregnados están de moralidad.

Alí es una autoridad en películas B y C, los sudras y los intocables — además de fuentes de ingresos seguras— de la industria. Las revistas de cine están llenas de anuncios a toda plana y en color de esas películas, en la categoría de sexo y horror. Se filman muy deprisa, una semana de principio a fin, en bungalows alquilados de Madh Island. Luego se presentan a la junta de censura de Madrás, donde los censores son más indulgentes que en Bombay. A menudo reportan más ingresos que las películas de grandes presupuestos del interior, lugares como Uttar Pradesh y Madhya Pradesh, y los pequeños cines de la vieja Delhi, y tienen títulos como *El diablo y la muerte*, *Alma sedienta* y *Vampiro*. «Son una mezcla de horror, sexo y música estridente», explica Alí. A menudo, en los últimos pases, los dueños del cine intercalan tomas de pornografía dura, metraje que no tiene nada que ver con la película anunciada pero que constituye la verdadera atracción para el público casi por entero masculino.

Escuchando a Alí tienes la impresión de que está obsesionado por los actores que han ido a Bombay a abrirse camino y no lo han conseguido; tiene una preocupación especial por las mujeres. De cada cien chicas que llegan a la ciudad para convertirse en actrices, «diez tienen suerte y noventa están condenadas». Las audiciones a menudo se organizan en lugares como el Hotel Seaside de Juhu, que Alí ha rebautizado como el Hotel Suicida, por lo que

algunas de las luchadoras femeninas hacen después de un casting en una de sus habitaciones.

El cine siempre estará unido al sexo y a la muerte, según Alí; ambos significan una oportunidad. «Cuando moría alguien, en el colegio nos daban fiesta y veíamos películas.» Creció en Andheri East, habitado por cristianos pobres y miembros de la tribu warli. Cuando los jóvenes artistas empezaron a alquilar pisos allí, «fue como una invasión de una cultura». Las mujeres warli eran muy atractivas, y los actores que trataban de abrirse camino las camelaban diciéndoles: «Somos del mundo del cine». El joven Alí estaba muy impresionado por los extravagantes actores y tuvo un shock cuando al hacerse mayor se enteró de que «trabajaban de empleaduchos en oficinas». Ahora los ve en las tabernas clandestinas de Yaari Road de Andheri, en el club de alterne Urvashi, en el Leo's Country Liquor Bar, detrás de la sucia cortina, sentados con su botella de nueve rupias de licor *desi* y urdiendo planes sobre cómo conquistar el mundo, diciendo a los demás luchadores: «Mañana van a filmarme con Amitabh Bacchan».

«Después de haber estado tantos años en esta profesión, me choca mucho hasta qué punto son capaces de ocultar la realidad —dice Alí—. Nunca te dejarán ver que están frustrados.» Los luchadores de posición más acomodada viven en determinados hoteles y pensiones asociados con la suerte. El Marina Guest House en Bandra, por ejemplo; Ranenjdra Kumar vivía allí. Alí me cuenta que sobreviven a base de platos de arroz. «Ocho rupias. Arroz, seis *puris* u ocho chapatis y un *dal*. Si el hotel es muy generoso, un pequeño cuenco de cuajada muy aguada y dos verduras. Si la comes en el lugar adecuado es la dieta más equilibrada.» Para el luchador que solo consigue papeles pequeños están los hoteles de los musulmanes, donde por veinte rupias puedes conseguir un *biryani* muy bueno.

Alí y yo cogemos un *rickshaw* en dirección a Yaari Road, que bullía de actividad por la noche con montones de pequeños restaurantes a ambos lados.

Alí señala a un camarero de una caseta: «Ese tipo tiene ocho historias en el bolsillo y está dispuesto a narrarlas. Debe de haber lakhs de guiones en Bombay». Igual que hay actores luchadores, también hay guionistas que luchan por abrirse camino. Buscan un público con un productor o un director, y narran su guión a tiempo real con una verdadera interpretación. En las escenas emotivas, lloran de un modo enternecedor. En las escenas de acción, saltan y reparten golpes por la oficina del director. Normalmente habrán ahorrado al director las molestias de hacer un casting, porque el protagonista ya está elegido. «Y Vinod Khanna está corriendo, corriendo... se cae, rueda por el suelo... y entonces lo cogen.» Alí acompaña la narración con mímica. «Mientras tanto, Vinod Khanna ha desaparecido, está bebiendo en alguna parte.»

El locutorio de Yaari Road está lleno de chicos que llaman a sus casas para decir a sus padres y sus hermanas que su gran oportunidad está a la vuelta de la esquina. Muchos pertenecen al gremio de artistas jóvenes que tiene un sistema de castas preciso, explica Alí. Si en una escena de una fiesta un actor lleva traje, se le considera clase A, y puede pedir el doble de la cantidad que recibe otro actor relegado a la clase C solo porque este está de pie detrás del actor de clase A. Los luchadores a quienes la naturaleza los ha dotado de parecido con Amitabh Bacchan o Shahrukh Khan encuentran trabajo como dobles. Algunas de sus equivalentes femeninas trabajan en burdeles. Al pueblerino recién llegado a la ciudad se le enseña un álbum de fotos del inventario de la casa. Él escoge a la doble de una heroína de película, paga una suma exorbitante por sus favores y, gracias a la luz baja y a su nerviosismo, vuelve a su casa convencido de que ha pasado una noche con una actriz de Bombay. Cada vez que la ve en la pantalla se ruboriza de secreto orgullo.

Alí promete presentarme a un «verdadero luchador», un hombre llamado Eishaan.

Unos días después nos sentamos en la cafetería de Filmalaya Studios. Es una barraca, pero de cinco estrellas, según Alí, porque tiene cinco ventiladores. Al otro lado de la mesa, hecha con una valla publicitaria gigante de Coca-Cola, hay un joven de tez clara y ojos brillantes, con un pendiente en una oreja y un osito de peluche dorado colgado de una cadena alrededor del cuello. A su lado está sentado su hermano Hitesh, tan distinto a él físicamente que debe de haber salido de otra reserva genética. Es uno de los acólitos de Alí, Eishaan el luchador. «Si no fuera un luchador no estaría sentado en esta cantina», declara Alí. Porque Eishaan no huyó de un pueblo de Bihar para probar suerte en el mundo del cine; cinco años antes de que llegara a Bombay dirigía un floreciente negocio textil en Dubái. Es un luchador sindhi, indio no residente, que a sus veinticinco años ha conocido la abundancia y el hambre. Ha viajado en Mercedes, en Rolls-Royce y en los trenes de cercanías de Bombay. Estuvo viviendo con otras trece personas en un piso de una sola habitación en Andheri antes de que su familia se trasladara a una casa de Jaipur, que su madre compró con el dinero que obtuvo vendiendo sus joyas. Llevaba desde los dieciséis años soñando con ser un héroe y estudiando los pósters centrales de la revista *Screen*, cuando uno de sus tíos, que trabajaba para una productora de Bombay, le consiguió un trabajo de modelo fotográfico con el que se embolsó ochocientas rupias. Para un adolescente en Jaipur debía de ser una gran suma muy por encima de su poder adquisitivo.

El adolescente terminó sus estudios en el instituto y entonces su familia se fue a vivir a Dubái, donde él se puso a trabajar para un árabe llevando una tienda de tejidos; ganaba setenta mil rupias al mes. Con la guerra del Golfo el negocio se hundió. Él no paraba de ir a Bombay de visita. Le pareció que tenía que dedicarse a otra cosa, algo más afín a sus gustos. De nuevo en Dubái, un gerente de supermercado llamado Starson —«Conocía a las estrellas»— entró en la tienda de tejidos. «Me decía: “Tú no eres una persona corriente. Veo algo en ti”.» En ese momento trabajaba en esa tienda de tejidos, decía Starson,

pero solo era una parada de descanso para beber agua. «Este no es el final. Tú tendrás poder.»

Al chico le pareció que podía contar su sueño a Starson. «“Hazlo”, dijo él. “Será difícil, pero no te rindas nunca.”»

De modo que el gerente de la tienda de tejidos se fue de Dubái a Bombay para ser estrella de cine. Cuando llegó a la ciudad, esta había cambiado de nombre; se llamaba Mumbai. De modo que él también se cambió de nombre. Cuando nació, sus padres, con la falta de imaginación tan propia de la clase media, lo habían llamado Mahesh, contra cuya vulgaridad él llevaba todos esos años luchando. En los años cincuenta y sesenta los actores musulmanes cambiaban el nombre por otro hindú, como Dilip Kumar, para ser aceptados. En los noventa, dejó de ser necesario. Mientras el BJP y el Sena estaban en alza, las principales estrellas de cine del país eran un trío de actores musulmanes: Shahrukh, Aamir y Salman. Mahesh se puso el nombre de Eishaan, que tiene algo de urdu, algo *filmi*.

Empezó tomando un montón de clases: clases de acción, de interpretación, de baile. Las clases de baile costaban mil rupias al mes; las de acción, cinco mil rupias el trimestre, y las de interpretación, quince mil. En las clases de lucha libre les enseñaban taekwondo. Luego los llevaban a la playa para aprender a hacer todo lo que se veía en las películas: saltar, rodar por el suelo y pegar puñetazos. Hace una demostración. «Tenían que pasar rozándote», sin alcanzarte el cuerpo pero por muy poco, mientras el público oía el satisfactorio «dhishoom!». Le pareció que el profesor de interpretación había visto algo en él. «El señor Roshan Taneja me tuvo como ayudante año y medio —dice con orgullo. Luego añade—: Gratis. Fue un honor para mí.»

Le ofrecieron papeles en películas C y en series de televisión, pero él había puesto las miras en las películas A. Tiene muy claro qué clase de papeles va a aceptar. «Vine aquí con la intención de convertirme en un héroe, no para ser actor.» Al poco tiempo conoció a un productor que le prometió un papel en la

película que estaba haciendo. Cada dos o tres meses él le preguntaba sobre el estado de la película y el productor respondía: «Estamos buscando un director». Nunca lo encontraron. Entretanto Eishaan había dejado de recorrer las oficinas de los productores, creyendo inminente su lanzamiento. Siguió esperando un año y medio, y en ese período perdió los demás contactos.

Empezó de nuevo, y al cabo de cuatro o cinco meses conoció a Chetan Anand en un estudio de diseñadores y le dio su book. Chetan Anand era un legendario director de cine que había llegado procedente de Pakistán después de la Partición y formaba parte de una dinastía cinematográfica. Estaba haciendo una película sobre la Partición, una joven musulmana que se enamora de un chico hindú. «El papel es tuyo», le dijo. «Yo no cabía de contento —recuerda el luchador—. Empecé a soñar imaginándome cómo reaccionaría cuando dijeran “¡Acción!”» Estuvo con el director nueve meses, grabando siete canciones. Luego el viejo Anand, de ochenta y siete años, cayó enfermo. «Tenía un problema de hígado; perdió dos hígados», dice Eishaan. Anand murió y con él su película.

La familia y los amigos de Eishaan le pidieron que volviera al negocio textil. «Pero la gente no entiende la importancia que tiene que Chetan Anand hablara conmigo durante horas sobre una escena. Eso complacía al actor que hay en mí. Pero una madre y un padre afincados en Jaipur no tienen ni idea de quién es Chetan Anand. Mis padres rezaban a Dios: “Dale inteligencia y hazlo volver”.»

Eishaan decidió quedarse en la ciudad, porque sabía que si se iba nunca podría volver. «He aquí la verdad: por mucho que te inclines, el mundo te obligará a inclinarte aún más.» El luchador de pronto tenía dificultades en meterse incluso en la televisión, a la que había hecho ascos antes. Hasta los actores de cine estaban dispuestos a hacer televisión durante la crisis económica de mediados de los años noventa. Y los productores de televisión querían caras nuevas incluso en la pequeña pantalla. Eishaan pasaba a diario

por las oficinas de los productores con dos fotos tuyas. «Sé dónde van a parar esas fotos cuando más de diez mil personas se te presentan en la oficina.»

He visto estas fotos en la oficina de Vinod, en un grueso álbum que consulta cuando está buscando actores para papeles pequeños. El álbum está compuesto de jóvenes, gente mayor, niños, madres, abuelos. En él hay gente atractiva, incluso despampanante; también hay gente repulsiva y con cara de mala. Hay naris indostaníes recatadas, y vampiresas con pinta de fulanas y los pechos que se les salen de sus blusas ceñidas. En él está representada toda la humanidad que es útil al cine. Los actores empiezan en las páginas de este álbum en la primera fase de su largo viaje a la pantalla, donde las fotografías cobran vida de golpe.

Cada mañana Eishaan va al gimnasio o corre para mantenerse en forma y, más importante, para parecerlo. Tiene que gastar dinero en ropa y cuidar su imagen hasta que demuestre su valía como actor; entonces podrá engordar sin peligro y vestirse como un vagabundo, como hacen los actores hindis de renombre y de más edad. Su Maruti blanco está en un estado lamentable. En la parte delantera hay una mancha de herrumbre marronácea y, cuando cierras la portezuela, vibra. Pero aun así lo mantiene, a un considerable coste. «Para entrar en un estudio necesitas un coche, si quieres que te salude el portero. Si llegas en un taxi se limitará a dejarte pasar; en un *rickshaw* te hará preguntas, y si llegas a pie no te dejará entrar. Cuando trabajaba en Dubái era el jefe; ahora tengo que decir “Sí, señor”.» Para un luchador esa es la máxima: ser muy adulator.

El suyo es el eterno dilema del que busca empleo por primera vez. «No entiendo cuando te preguntan: “¿En qué has trabajado? ¿Has hecho algo antes?”. Si todo el mundo hace la misma pregunta, ¿cuándo voy a tener la oportunidad de hacer algo?» Envidia a las luchadoras. «Las chicas lo tienen más fácil; siempre les queda la baza de prodigar sus favores.» Eishaan se niega a hacer de modelo a causa de la cantidad de homosexuales que hay en el

mundillo de la moda. A veces se siente contrariado por los cientos de miles de hombres que quieren ser actores y compiten con él en el peldaño más bajo, que están dispuestos a trabajar gratis. «Cualquier fulano al cepillarse los dientes piensa: “Si Nana Patekar puede hacerlo, ¿por qué no yo?”. Pero se lo ponen crudo a la gente que tiene talento de verdad.»

Cuando Eishaan llegó a Bombay, tenía el estímulo de las historias de actores cuyo ascenso hacia el estrellato había sido duro, como Mithun Chakraborty. «Era mi ídolo, cómo luchó, cómo prosperó en la vida. Dormía en las aceras, estaba deseando ganarse el pan.» Tanto lo veneraba que una vez tuvo una gran discusión con su padre a causa de él. Colgó en su casa de Jaipur un retrato enorme plastificado de la estrella, en medio del salón. Cuando su padre llegó de Dubái y vio el cuadro, lo descolgó sin decírselo a su hijo. Este hizo huelga de hambre. Su familia, viéndose en la situación de elegir entre vivir con el enorme retrato del actor moreno o ver morir a su hijo de hambre, cedió. Colgaron de nuevo el cuadro.

Eishaan anda a la caza de un gran papel. Sabe que la gente no quiere correr riesgos con novatos; hoy día los costes de las películas no permiten tales riesgos. Pero ese gran papel podría cambiarlo todo, como le ocurrió a Manoj Bajpai, que luchó durante años antes de conseguir el papel de malo en *Satya*. A él también le pasará, dice Eishaan. «Sé que valgo.»

«Las historias de estas luchas son los mayores enemigos de la generación más joven —dice Alí con nostalgia—. La historia de un triunfo destruye mil vidas.» Alí podría escribir sobre Anupam Kher, que se fue de Simla a Bombay para probar suerte como actor. Solía ir andando de Bandra al Prithvi Theater, dice Alí; solo tenía un par de mudas *kahdi kura*, que lavaba por la noche y que al día siguiente secaba caminando con ella puesta. Vivía a base de *vadapav* y enseñaba a los niños de los suburbios por cincuenta rupias al mes. De pronto, Mahesh Bhatt lo descubrió y lo contrató para *Saaransh*, y ahora es actor además de director. «Estas historias vuelven loca a la gente que se queda en el

pueblo», afirma Alí.

Comento a Eishaan que pasé un día en Dubái al dirigirme a Estados Unidos. Me dice que le encantaba vivir allí. «El tráfico era tan disciplinado... Todo el mundo conducía por su carril.»

Los parientes que viven allí tienen dinero. Le pregunto si volvería. «Me encanta mi India», responde con el tono de quien confiesa un adulterio.

A veces sí piensa en cómo sería su vida si volviera a Dubái y a todas las comodidades. Pero Bombay tiene para un actor una ventaja única. «En Bombay ves de todo. Un actor necesita observar toda clase de cosas.» Empieza cuando va en avión a la ciudad y observa a la gente de los suburbios que rodean el aeropuerto, una ciudad de luchadores. «Están luchando por salir adelante. Lluve torrencialmente pero ellos siguen luchando. Probablemente somos adictos a esta vida, necesitamos tener noticias en todo momento.» Si te vas de Bombay, al cabo de dos días quieres volver, afirma Eishaan.

Alí va aún más lejos. «En mi caso es solo un día. Quiero volver al día de haberme ido.» No se siente en casa fuera de Bombay. Nos habla de un viaje reciente a la pequeña ciudad de Khambhat, donde fue a ver una película. A mitad de película apareció en la pantalla el siguiente mensaje: «Chandulal Shah ha muerto». Chandulal Shah era alguien que vivía en la ciudad. La película tuvo que terminar y todos se fueron a sus casas.

Cuando Eishaan llegó a Bombay para abrirse camino en el cine sabía que sería duro. «Pero nunca imaginé que sería cada vez más difícil.» Tenía suficientes ahorros para dos o tres años, además de una familia y amigos que lo apoyaban. Al principio había alquilado un piso por el que pagaba cinco mil rupias al mes. Pero la media de gastos era de treinta y cinco mil mensuales. Cada tres días iba a cenar fuera, invitaba a un montón de primos que siempre iban y venían, llevaba a visitantes de fuera de la ciudad a los clubes nocturnos.

Con los años su estrella se hundió y con ella su presupuesto, que ahora es de once mil rupias al mes. Ha tenido la gran suerte de poder instalarse gratis

en el piso de uno de sus mejores amigos, que se lo ha prestado durante dos años. Eishaan ya no va a discotecas ni sale a comer fuera. «Ahora pagar trescientos cincuenta por un plato de gambas me parece... horrible, un despilfarro mortal.» Ha aprendido a cocinar y a limpiar.

A estas alturas, los primos han dejado de apoyarlo económicamente, me explica su hermano Hitesh, pero él sigue enviándole dinero y tratando de convencerlo para que vuelva a la vida fácil de Dubái.

—Hablo con él veinte minutos por teléfono...

—Eso le cuesta unas cinco mil rupias —lo interrumpe Eishaan, cuantificando el amor de su hermano.

—Y le digo que se puede vivir mejor en otra parte. Ha pasado una racha tan mala... Cada segundo de los pasados cuatro años ha sido de una gran tensión.

Hitesh recuerda cómo Eishaan justificaba el hecho de no conseguir ningún papel: era el monzón, de modo que no había rodajes; era Ganapati, así que era fiesta, y luego Diwali; luego venía la época *sradh*, de modo que no podía rodarse. Al cabo de un tiempo, Hitesh se enfadó con él. No porque no ganara dinero, sino por «un motivo psicológico: sufre. Esto es lo más importante, al menos para mí». Le preocupaba que Eishaan hiciera algo peligroso, algo malo, «cuando la gente te golpea por todo el cuerpo».

Eishaan ha llegado al punto de no ir por su casa de Jaipur. «Todos me preguntan: “¿No hay novedades?”. Un amigo de Dubái que no me conoce mucho llama y pregunta: “¿Alguna novedad?”. Mis padres, mis familiares, la gente que desea lo mejor para mí, no deja de decirme: “Toda esta gente está volviendo, ¿por qué tú no?”. No tengo ninguna respuesta a esta pregunta. ¿Por qué yo no? A veces culpo a Dios, a veces no respondo.»

Eishaan es un devoto seguidor de la diosa Durga en todas sus muchas encarnaciones. «Yo... tengo un pequeño templo en casa. Cuando me entran ganas de venirme abajo y llorar, lo hago ante Dios. Siempre tengo la sensación de que Dios está poniendo a prueba mi paciencia. Cada diez o quince días

tengo tendencia a desmoronarme.» De modo que Eishaan, en lo más profundo de su ser, llora y gime frente a la estatua de su Madre. ¿Por qué está siendo tan cruel con él? Si le ha dado una oportunidad a todos los demás, ¿por qué se la niega a él, su hijo más devoto?

Unos meses después, Alí me da la buena noticia de que Eishaan ha sido contratado para hacer una película B, como protagonista. Alí cree que yo he tenido algo que ver. «Te conoce, y después de quedar dos veces contigo se convierte en un héroe, algo para lo que lleva esperando cuatro años.»

Quedo con Alí y Eishaan en el Sun'n' Sand y el luchador me explica cómo ha ocurrido. En Durga Asthami rezó a Durga y la diosa por fin atendió sus plegarias. Un admirador, el secretario de una actriz, lo telefoneó. Sabía de un director que buscaba un protagonista. Eishaan quedó con el director en un hotel, se reunió con los fotógrafos y en menos de una hora todo había terminado. Se trata de una película mitológica sobre Shakumbhari Devi, la diosa de las hortalizas, uno de los nueve avatares de Durga. En tiempos de hambruna, la diosa aparece y distribuye comida. Una vez que hubo una gran hambruna, lloró y sus lágrimas regaron la tierra. Por todo el país suele haber escasez de hortalizas —las cebollas cuestan treinta rupias la libra— y eso está derrocando gobiernos. En el norte hay un templo dedicado a esta *devi*, pero no tiene un icono; esta película se propone darle uno de celuloide. La diosa se ha encarnado expresamente para Eishaan, a fin de darle trabajo.

Es una película de bajo presupuesto; se filmará en dieciséis milímetros y se pasará a treinta y cinco milímetros para proyectarla. Nadie cobrará mucho y los cineastas correrán con los gastos del estreno, ya que Eishaan está convencido de que «nadie querrá comprarla». Pero hay un consuelo, por lo que se refiere a Eishaan: «Están seguros de que la quieren acabar». Los productores han decidido sacar partido de sus bienes. El señor Agarwal, el

financiero, es dueño de un hotel en las estribaciones del Himalaya, donde se alojarán los actores y el equipo de rodaje. Los productores también han fundado un *ashram* en Hardwar con una estatua de treinta y cinco metros de la diosa Vaishno Devi, otra de las encarnaciones de Durga, que tendrá un lugar destacado en la película junto con sermones del gurú del *ashram*, de quien son muy devotos los productores. Así se acumularán simultáneamente los méritos religiosos y los ingresos.

«Se proyectará en los pueblos, para promocionar a la *devi*.» Los productores puede que pongan dos títulos a la película: para los pueblos, *Jai Mata Shakumbhari Devi* sería apropiado; para las zonas urbanas, podrían optar por *Vilayati Saas*, *Desi Bahu* [Suegra extranjera, esposa doméstica] o *Kudrat ka Kamaal* [Milagro celestial]. Ya han grabado cinco canciones con los mejores cantantes; Eishaan aparece en un dúo y en una canción triste. La gran baza de la película es que dos de las canciones son *aartis* a gran escala; el público hindú devoto se verá obligado a levantarse en mitad del cine y aplaudir o arrojar monedas a la pantalla cuando se entrevea a la diosa. Algunos podrían hasta llevar al cine sus propias lámparas y agitarlas alrededor de la pantalla durante las canciones. «El director [Shiv Kumar] está viviendo una especie de renacimiento», explica Eishaan.

Shiv Kumar es un nombre importante en Bhojpur. Ha hecho tres películas de sexo, de las que se siente culpable. En realidad, es una persona muy religiosa, asociada con el grupo Radhaswami, y ha hecho el voto de no beber alcohol ni comer carne. Sus anteriores aventuras como director se titularon *Be-Abroo* [Sin vergüenza], *Badnasib* [Desafortunado] y *Badkar* [Peor que mal]. En las tres el productor recuperó su dinero.

«Era un luchador al que puse a estudiar en una universidad», declara Alí. Trabajó de ayudante de producción y así fue como se introdujo en la industria. Luego empezó a rodar *Be-Abroo*. «Era la historia de las mujeres que son utilizadas. De los hombres que las venden y de las mujeres que son vendidas.

Cada tres escenas había una de sexo. La chica está a punto de desnudarse, el hombre también, se muestra la cama y ¡corten!» Todas las canciones tenían doble sentido. Pero era una película con mensaje, explica Alí. «No deberían ocurrir estas cosas. ¡Es terrible!» Los censores dijeron: «¡Qué mensaje! ¡Es fantástico!». Y se convirtió en un gran éxito en su circuito.

La cuarta película de Kumar será rodada en Dehra Dun, Hardwar y Mussoorie, en el transcurso de cuarenta y cinco días. La heroína, Raashe, es alta y delgada, y tiene «aspecto indio», explica Eishaan. Es morena. El papel ha llegado a él justo a tiempo. «Desde la última vez que te vi he estado sometido a una tortura mental por parte de mi familia», me cuenta. Un astrólogo fue a su casa y en presencia de su hermano y un primo dijo que yo estaba perdiendo el tiempo. «Es un desperdicio criminal. Vuelve.» Sus familiares se aprovecharon de la profecía del astrólogo. «Mira, mira lo que ha dicho. Vamos, déjalo», le decían.

Entonces Eishaan jugó su mejor carta: su papel de protagonista en *Jai Shakumbhari Maa*.

—¿Y cómo se lo han tomado?

—Están emocionados. Lo sé. Tienen que estarlo.

Su hermano no daba crédito cuando él le enseñó los billetes de tren que le habían dado para viajar al norte, donde iba a tener lugar el rodaje. Eishaan aún no ha visto el guión. El director le ha explicado la historia. «No quise pedir el guión al director», dice.

Alí aprueba su decisión.

—Si pides el guión estás pidiendo a gritos que te descalifiquen, aunque seas una estrella de renombre. «¿Quién te has creído que eres? ¿Crees que estamos haciendo una mierda?»

Eishaan está dispuesto a hacer gala de toda su humildad. «La gente que trabaje conmigo no tendrá un gran problema de ego. Le dije al director: “Aunque falte el cocinero, allí estaré”.» Alí le aconseja que no se engorde

durante el rodaje, como ocurrirá si lo cuidan bien. Eishaan responde que va a llevarse las zapatillas de correr y que vivirá a base de melaza y cacahuets. Siempre generoso, va a prestar su piso —que ya es en sí un préstamo de un amigo— a sus vecinos musulmanes, en cuya familia habrá una boda durante el tiempo que él esté fuera. En Bombay la propiedad siempre es comunal; hay un movimiento constante de camas.

El actor acude a mi oficina de Elco Arcade en cuanto termina la primera parte del rodaje. Tiene buen aspecto; ha estado corriendo por la playa. Se ha metido de lleno en la película. «Quiero dormir y respirar dentro del papel.» Con el tiempo le gustaría trabajar con un director de renombre, me dice, como Vinod Chopra. Pero no creo que sea una indirecta para pedirme que se lo presente. Eishaan no es un trepador. Ese es parte del problema; no es un trepador.

El rodaje de *Jai Shakumbhari Maa* ha hecho un alto que se espera que sea temporal, porque el director de pronto ha recibido una avalancha de ofertas para trabajar en la televisión. Le han pedido que haga dos series para el canal estatal Doordarshan. Ha ofrecido a Eishaan el papel de segundo marido de la heroína de la serie. Ya le han pagado por el trabajo: un primer pago de diez mil rupias por lo que se suponía que iban a ser tres días de trabajo y que se prolongan a veintidós. Solo hay un pequeño problema: «Aún no he cobrado el talón».

Los productores habían alojado a su actor en el hotel de su propiedad, en una habitación con goteras con otro actor que fumaba como un carretero y roncaba. Eishaan no puede soportar el humo del tabaco. Grabó los ronquidos de su compañero de habitación y se los hizo escuchar a los productores, que accedieron a cambiarlo de habitación.

El presupuesto era más que muy limitado. Los productores le racanearon una cinta de las canciones, de modo que él las robó del estudio de sonido. Le

racanearon una foto que quería enviar a su hermano para demostrarle que estaba trabajando, de modo que él la robó del álbum. Los inexpertos productores no proporcionaron la debida seguridad en los platós. «Cuando no rodaba ayudaba al director. Gritaba “¡Silencio!” y daba una palmada.» Esto daba pie a altercados con el público. Un sábado Eishaan hizo un gran esfuerzo por no perder los estribos, porque se dio cuenta de la impetuosa influencia de Shani Maharaj, el dios a quien está dedicado el sábado. Pero un *tapori* no paró de entorpecer la toma. El actor-segurata le pidió que se callara. Llegaron a los puños. Eishaan saca un recorte de periódico. «Héroe golpeado por el público», reza el titular de un periódico de Hardwar. En realidad, insiste Eishaan, fue al revés: «Le di una paliza inmediatamente». Pero agradece que el periódico tergiversara los hechos; si lo hubieran descrito como un héroe que pega al público, los matones del lugar habrían ido a buscarlo.

La proporción de tomas fue aproximadamente de una por una. «Normalmente, la primera toma era la última, salvo cuando una persona del público pasaba por el lado y aparecía en segundo plano.» Entonces, de mala gana, la repetían. El departamento de vestuario dependía de lo que pudieran encontrar a diario en el mercado, como si se tratara de verdura. Cada mañana, la mujer encargada del vestuario iba a comprar ropa al mercado local; hasta que regresaba, todo el plató estaba en tensión. En el hotel donde se alojaban había una exposición-boutique de ropa en el edificio. Al enterarse el productor enseguida vio la oportunidad. Pidió a su actor que escogiera la ropa que iba a necesitar para ese día, la llevara durante el rodaje y la devolviera al final del día, diciendo a los comerciantes que no le iba bien.

En el plató de la película sobre la diosa de las hortalizas había una gran escasez de hortalizas. Los actores y el equipo de rodaje se alimentaban a base de patatas. «No había un solo plato en el que no hubiera patatas. Hasta en el yogur había patatas.» Eishaan empezó a impacientarse con esa dieta a base de tubérculos. Trató de expresar su desagrado con sutileza; compuso y recitó en

voz alta versos satíricos sobre la patata. Los productores se limitaron a decir que Eishaan se quejaba mucho. Del rodaje en el plató se pasaba a una indecorosa pelea por la comida. Los técnicos eran veteranos avezados de muchas películas B. «Cuando servían la comida, los técnicos cogían cuatro o cinco *rotis* y un montón de verdura, y desaparecían. Los demás teníamos que hacer cola con nuestro plato hasta que sacaban más comida.»

Fue de mal en peor. Un día Eishaan estaba comiendo *kadhi* con *pakodas* y sopa de yogur con *dumplings*. Tenía la costumbre de dar vueltas a la comida antes de llevársela a la boca, y por una vez le fue muy útil. Una *pakoda* se partió entre sus dedos y encontró una cucaracha entera anidada dentro. Al día siguiente encontró un gusano en el arroz. De modo que asumió otro rol: el de criado. Cogió una escoba y una fregona, y fue a la cocina. No paró hasta que terminó de limpiar toda la cocina.

Se llevó al rodaje su estatua de Durga e hizo un pequeño altar en la habitación de hotel. Creía que, debido a su mal karma, ella lo estaba castigando con mala comida. «Jamás habría imaginado esta clase de *khana*. Mi diosa me estaba mostrando que esto también forma parte de la vida.»

En mitad de todo esto apareció en el plató un héroe de mi niñez. Eishaan me enseña una foto de un hombre vestido con túnica de *swami* color azafrán.

—Dara Singh—dice, y el nombre me trae recuerdos a la memoria.

Dara Singh contra King Kong. Era el mejor luchador profesional de la India y su nombre se convirtió en sinónimo de hombre fuerte, luchador. Se sirvió de su éxito en la lucha libre para convertirse en un dios de películas B e incluso se presentó candidato para el Rajya Sabha, la Cámara Alta del Parlamento. El director conocía bien al luchador; había lanzado a su hijo en otra película. En *Jai Shakumbhari Maa*, Dara Singh hace el papel de un santo que adora a la diosa. Al luchador se le conoce en toda la India. Los autocares dejaron de circular por la carretera cuando los conductores se enteraron de que Dara Singh estaba rodando en el pueblo, y todos los pasajeros se bajaron y fueron

corriendo hacia él para tocarle los pies. «¡Daraji! ¡Daraji!»

El luchador se quedó un día entero en el plató. Dara Singh sigue siendo ágil para sus años; nunca comía arroz y todavía tenía mucha fuerza en los dedos. De pronto llegó la hora de comer. «Le dieron patatas.» Eishaan sostuvo una conversación con él sobre comida, que era el pensamiento predominante en la mente de los hambrientos miembros del rodaje, sobre todo después de verse obligados a mirar sin tocar las cestas rojas y verdes llenas de hortalizas de las escenas. El luchador estuvo de acuerdo con Eishaan en la necesidad de comer bien. «Dijo: “El hombre actúa movido por el estómago. Si no se llena el estómago de comida buena, ¿qué sentido tiene todo lo demás?”.» De modo que Eishaan compró fruta y se la envió.

Las patatas continuaron. Eishaan empezó a ir al mercado a comprarse sus propias provisiones. Cada mañana organizaba un desayuno en su habitación: queso, jamón, pan, mantequilla, fruta. Los miembros del equipo empezaban allí las mañanas y cogían fuerzas para todo el día. A veces el actor compraba también cena para el equipo. Todo eso no salía barato. De las veintiún mil rupias que Eishaan va a cobrar en total, sus gastos personales ascendieron a trece mil. Le pregunto si el productor se lo reembolsó y él se ríe. Al volver a Delhi, el autocar del equipo de rodaje se averió un par de horas. Era la hora de comer y el autobús no llegaría a Delhi hasta las dos de la tarde. El productor distribuyó cuatrocientas rupias entre las veinte personas para que comieran. «Es musulmán, pero tiene un doctorado en Bania», la casta mercantil. Era evidente que iban a quedarse cortos, de modo que el luchador de Dubái sacó la billetera y compró comida para todos, que le costó mil doscientas rupias. No pidió a sus compañeros que contribuyeran con los gastos. «No puedo decir a la gente: “Dadme veinte rupias cada uno”.» La mujer que hace el papel de su madre lo llamó idiota por tomarse tantas molestias.

Toda la experiencia de *Jai Shakumbhari Maa* le ha revelado al menos una

verdad: «Sé que nunca seré una estrella de cine a menos que algo haga clic». Ni Subhash Ghai ni Yash Chopra gastarán en él crores de rupias, ahora lo sabe. Cree que confía demasiado en las personas, como los productores que se suponía que iban a lanzarlo al principio de su carrera y que nunca lo hicieron o murieron en el intento. Cree que le conmueve demasiado la gente y que debería reservar esa emoción para la cámara.

Pero su optimismo natural se reafirma por sí solo. «Nana Patekar se convirtió en una estrella a los cuarenta y dos», recuerda el actor de veinticinco años.

Pasa las hojas del álbum y se detiene en una foto en la que aparece con un sombrero de la caballería norteamericana y escribiendo algo, rodeado de gente. «Ese fue el gran momento de mi vida», recuerda. Está firmando autógrafos. Eishaan, el comerciante de tejidos, por fin está firmando autógrafos. «Cuando salía a correr por las mañanas, la gente solía correr conmigo. Iban al hotel y decían en la recepción: “Hemos oído decir que hay un héroe alojado aquí y queremos conocerlo”. Se presentaban en mi habitación en grupos de cinco. Venían para estrecharme la mano. Y yo entonces me decía: “Ojalá mi hermano estuviera aquí para verlo”.» La tía a cuya casa iba de vez en cuando a comer tenía tres hijas y las tres se enamoraron de él. Todavía lo llaman de Bombay y le envían tarjetas. Una actriz de la película le envió un mensaje a través de otra para decirle que estaba enamorada de él. Y la misma alcahueta se enamoró de él. Él rechazó a las dos. «Les dije: “Rompi con alguien hace un año y medio, y no quiero tener líos”.» La luz de última hora de la tarde que entra por la ventana le ilumina la cara. «Tenía mucho éxito entre las chicas.»

El mundo iba a terminar el 8 de mayo de 1999. Los periódicos no hablaban de otra cosa: una disposición particularmente malévolamente de las constelaciones.

Decenas de miles de personas abandonaron Alang, las empresas de desguace de Gujarat, para volver a sus pueblos. Cientos de miles huyeron de Bombay, sobre todo los gujaratis; Sunil, el hombre del Sena, abrió una agencia de viajes para sacar partido del fenómeno e hizo su agosto vendiendo billetes de autobús para marcharse de la ciudad. Cuando llamo a Alí un día de ese verano y le pregunto por qué no he vuelto a saber de Eishaan, se ríe con ganas. «Es estúpido», dice. Eishaan ha vuelto a Jaipur. Las cosas le habían estado yendo bien; además de *Jai Shakumbhari Maa* y la serie de televisión, estaba a punto de ser contratado para otra película. Pero recibió una llamada de su padre desde Dubái. «Hijo, se acerca el fin del mundo, ¡muramos juntos! Ven a Jaipur.» El padre cogió un avión desde Dubái, y el 6 de mayo Eishaan se marchó de Bombay y cogió el tren a Jaipur. Allí toda la familia reunida esperó el apocalipsis. Entretanto, Eishaan perdió la segunda película. «De verdad, creía que era una broma —dice Alí—. No sabe qué hacer; está atrapado entre la ortodoxia extrema y el modernismo extremo. Ese es su problema.»

Al ver que el mundo sobrevive, Eishaan regresa al norte para rodar la segunda parte de *Jai Shakumbhari Maa*. De vuelta en Bombay, pasa una noche por mi oficina con Alí y mi amiga Anuradha Tandon, una gran vividora, para tomar algo y ponerme al día. La presencia de una mujer bonita en la habitación aumenta la locuacidad tanto de Alí como de Eishaan; parecen refrescados por una brisa marina. Eishaan está hablando a Anuradha de su película, buscando un paralelismo.

—¿Has oído hablar de una película titulada *Jai Santoshi Ma*?

—La diosa Shakumbhari Maa es su tía —murmura Alí hacia su vodka.

Eishaan ha traído una pequeña cámara de vídeo en la que nos muestra escenas de la segunda parte de su película.

—Es *Cómo se rodó «Jai Shakumbhari Maa»*.

Allí aparece él, en una discoteca, con una botella de alcohol delante. Una tropa de bailarinas vestidas con ropa occidental están cantando en inglés «She made me crazy».

—Aquí un malentendido me hace creer que mi mujer está liada con mi primo y empiezo a beber.

—Un mensaje social —dice Alí.

Normalmente, en las películas hindis las botellas de alcohol —en los años setenta todas eran Vat 69— están rellenas de Coca-Cola. Pero *Jai Shakumbhari Maa* no tenía los grandes presupuestos de esas películas para derrochar en Coca-Cola.

—La mezclaron con agua. Repartieron una Coca-Cola entre seis botellas.

De modo que Eishaan tuvo que beber tragos de botellas llenas de Coca-Cola muy diluida y fingir que estaba borracho. Una vez borracho, arroja las botellas alrededor para dar muestras de su angustia. Cuando lo hizo, había dos ayudantes de pie detrás de la cámara sujetando una sábana para coger al vuelo las botellas y utilizarlas después. Otra escena tiene lugar en medio de una niebla densa. La producción se quedó sin los polvos que utilizaban para crear el efecto de niebla, de modo que quemaron excrementos de vaca. Irritó los ojos de los actores, lo que supuso un ahorro aún mayor: «No necesité glicerina para las escenas».

El horario del rodaje de la segunda parte era apretado, de una del mediodía a medianoche cada día. Esta vez, para evitar los problemas con los técnicos que robaban la comida de los miembros más mansos del equipo, el productor tuvo una inspiración: empaquetó porciones individuales en bolsas de plástico para cada persona. La comida llegaba de un hotel de Sardar y era muy buena y copiosa, con ingredientes caros: «El *paneer* tenía la consistencia adecuada», pero el productor no creía en el gasto añadido de los platos. De modo que los miembros del equipo debían comer directamente de las bolsas, cuatro en cada paquete, para arroz, *roti*, *dal* y verduras. Tenían que rasgar cada bolsa con los

dientes para acceder a la comida de dentro. Eishaan comentó a los productores que, cuando hicieran la autopsia de sus cadáveres, encontrarían en cada uno cientos de metros de plástico. «Avergonzados, los productores llamaron a unos amigos de un *ashram* y estos les enviaron cien platos.»

Al cabo de un tiempo, la dieta reforzada por el plástico tuvo efecto en el actor.

—Tuve problemas de estómago. Iba suelto de vientre.

El silbato que sonaba en la cocina de la casa de los dueños del hotel atormentaba a Eishaan; allí se cocinaba cada día una buena comida casera. La hija del dueño estaba enamorada de él. Se aprovechó de ello para pedirle que le consiguiera un poco de *dal* y *khichdi* para sus intestinos revueltos, y ella lo complació.

Vemos otra escena en la videocámara de la joven heroína ahogándose en un río. Está agitando los brazos y gritando; se ha metido realmente en el papel. Por fin el héroe la salva. Comentamos a Eishaan lo bien que actúa ella.

—No actuaba. No sabía nadar. Era verdad que se ahogaba.

Interpretar las escenas en las orillas del Ganges planteó problemas especiales. Eishaan recuerda un día que tuvo que cantar una canción tierna a la heroína. «En la orilla del mar», canta para nosotros chasqueando los dedos; mientras, justo fuera del encuadre, pasaban cadáveres flotando por el río.

En un momento dado aparece en el fotograma una cabeza calva.

—¿Quién es ese? —pregunto.

Pertenece a un *sadhu*; en Hardwar «siempre había treinta o cuarenta *sadhus* cerca, todos fumetas». Se estaban tomando un descanso de sus austeridades religiosas, llenando los platós de esa película mitológica y creando un atasco. Todos querían un pequeño papel en la película y sus peticiones no fueron tomadas a la ligera, ya que muchos eran peligrosos. «Todos los *dacoits* de Bihar y Uttar Pradesh, no importa si tienen antecedentes penales, aparecen allí y les afeitan la cabeza», explica Eishaan.

Le pregunto cuándo estrenarán la película.

Hay un silencio.

—Antes hay que encontrar compradores.

Jai Shakumbhari Maa compite con otra película mitológica, *Devi*, que, cinta por cinta, tiene muchos más milagros. Eishaan está pensando en comprar los derechos para estrenar su película en Rajastán, donde está seguro de que puede doblar su dinero. Necesitaría tres lakhs para la publicidad, que con esta clase de película supone ante todo alquilar *auto-rickshaws* con altavoces que recorran los pueblos anunciando a los ciudadanos el fabuloso entretenimiento que pronto acampará en medio de ellos. Desde que empezó el rodaje los productores han averiguado que están a punto de levantar un nuevo templo a Shakumbhari Maa en alguna parte de los suburbios del norte de Bombay. El director dio instrucciones a sus actores y al equipo de rodaje de que en adelante todos rezaran a esa diosa.

Eishaan está mucho más seguro de sí mismo ahora que cuando lo conocí. No responde a todas mis preguntas a no ser que se las repita tres o cuatro veces, y aun así no responde a algunas. Ha empezado a darme plantones; no me devuelve algunas de mis llamadas. No se trata de falta de respeto, es solo que su estatus ha cambiado. En mi oficina se sienta automáticamente en el sillón. Pero aun así, prepara las copas de todos y las sirve, y las llena periódicamente.

Por fin veo el preestreno de *Jai Shakumbhari Maa* en un lujoso cine de Bandra. El público está compuesto ante todo de amigos y familiares de Eishaan y un par de distribuidores. Es la clase de película en la que la mayoría de las personas mencionadas en los créditos solo tienen un nombre. Mi amigo no parece estar en lo más alto de la jerarquía, a juzgar por la errata en su nombre. Ahora es «Eisshan».

No se trata de una simple película mitológica. Como dice Eishaan: «Hay amor, acción, de todo». Puesto que las grandes estrellas están pidiendo más de

un crore por película, hasta los productores de películas comerciales están rodando películas B y C, me explicó Alí. Había tres fórmulas para sobrevivir. Una era hacer una película de terror que no necesitaba mostrar ninguna cara famosa, otra era hacer una película de sexo, y la tercera, una película religiosa. «O una combinación de horror, sexo y religión tántrica.» *Shakumbhari* tiene los tres ingredientes.

La película trata de un combate entre las fuerzas del mal, invocadas por un tántrico, y las fuerzas del bien, formadas por la diosa de las hortalizas. Empieza con una familia integrada por dos hermanos, uno con una esposa virtuosa y el otro casado con una bruja. El segundo hermano quiere ir a Estados Unidos. Un trovador errante canta las virtudes de Shakumbhari Maa y todo el pueblo acude a rezarle. El hermano canta y reza, e inmediatamente recibe un telegrama en el que le ofrecen un trabajo en Estados Unidos. Su noble cuñada vende sus joyas para que la familia pueda pagar los billetes de avión. Cuando regresan después de haber vivido en el extranjero (lo que queda explicado con dos tomas de un avión de Air India, en una despegando y en la otra aterrizando), están «americanizados». Han traído una maleta llena de dinero (diez lakhs) para salvar el negocio del hermano mayor, pero, ¡ay!, facturan el equipaje, y, según las aduanas de Air India, su maleta se ha perdido en tránsito.

La primera vez que vemos a Eishaan, lleva una camisa tejana, vaqueros y un sombrero como el de la caballería norteamericana. La madre y la hija llevan camiseta, medias y falda; son indias no residentes y por lo tanto putillas. A través de la película los productores parecen haber utilizado bien la exposición-boutique de ropa. El vestuario comprende desde faldas largas con una larga raja hasta un chaleco con dibujo de puntos y un pañuelo rojo brillante para Eishaan, o un vestido harapiento con parches que la madre perversa y la hija se ven obligadas a llevar cuando se vuelven pobres.

Pero Eishaan por fin es un héroe, no solo un actor. Participa en todas y cada

una de las acciones heroicas. Canta canciones de amor mientras saca la pelvis y gira las caderas en círculo; se enfrenta él solo con tres matones armados y los derrota; su puño es tan poderoso que crea un estampido sónico al revés; oyes el «dishoom!» del puño al hacer contacto con el cuerpo del malo aun antes de que se haya producido en la pantalla; bebe whisky cuando pierde a su chica y gana dinero en los negocios.

El argumento, al igual que los designios de Dios, es inescrutable. El estilo narrativo de la película sigue una especie de cortes bruscos del guión. Un personaje pasa de un suceso trascendental de su vida a otro, como una boda, su expulsión de la familia o una ruptura amorosa, sin que se expliquen al público los tediosos detalles de la motivación o la finalidad. Los ves ir de la A a la Z; las acciones intermedias han ocurrido fuera de la pantalla. Como consecuencia, cada escena es una feliz sorpresa, porque nunca sabes qué esperar. Me mantienen atento como nunca lo hacen las películas hindis comerciales.

La película conoce los temas y los prejuicios que más pesan sobre la mente del indio rural. En el rodaje, cuando Eishaan se vio sometido a una pesada dieta a base de patatas, dijo a los productores: «Nos están tratando como a una novia que acude sin dote». Entretanto, en la película, la diosa rescataba a la novia de Eishaan, que, en efecto, había acudido sin dote. La madre perversa interrumpe la boda de su hijo para exigir una dote al padre pobre de la novia. El padre se ve humillado —esta es la peor pesadilla de un padre de pueblo con una hija soltera—, pero la novia reza a Shakumbhari Maa y, contraviniendo el código penal indio, la diosa se encarna en una anciana con una dote impresionante: montones de rupias, joyas y saris. Más tarde todo queda reducido a ceniza cuando la madre y su malvado hermano, el señor Bob, tratan de robarlo.

Las periódicas intervenciones de la diosa cohesionan la película. Cuando todo parece perdido aparece ella, una joven doncella de un azul asombroso,

adornada con ornamentos de un dorado igualmente alarmante. En una escena transporta con sus poderes unos platos por el aire, de la mesa de comedor a la sala del trono; cuando los hambrientos villanos los siguen, su ídolo de arcilla los golpea en la cabeza y los hombros mientras vuela por el aire.

Shakumbhari Maa a veces es precedida por su *dhoot* o agente cantante, el luchador cantante. Dara Singh es el *fakir baba* y viste de color azafrán. «¿Se supone que es musulmán?», pregunto a Eishaan. «No, es un peregrino. No sabemos de qué religión es.» Un hombre santo, tal vez musulmán, tal vez hindú, que vaga por el campo cantando las alabanzas de una diosa hindú. Los pueblos no tendrán ningún problema con ello. El compositor de la música y el letrista de las piadosas canciones hindúes es jainista. El productor ejecutivo y el malo (el señor Bob), Shaheed Khan, es musulmán. También es devoto de Vaishno Devi.

Tan pronto como la heroína se casa, deja de pavonearse en minifalda y botas hasta las rodillas, y aparece con un sari. Mientras Eishaan descansa en su lecho nupcial cubierto de flores en su noche de bodas, su nueva esposa toca una caracola y hace una pausa antes de cantar un devoto himno mientras él se queda dormido. Poco después, ella salva a su cuñada de tener relaciones prematrimoniales. «¡Anticuada!», se queja el hombre al que ha interrumpido, insultando a la heroína. ¿No se da cuenta de que en el extranjero esta clase de comportamiento es normal? «Esto es la India», replica la virtuosa esposa, y pronuncia la siguiente perorata en un inglés furioso con acento bengalí: «¿Qué piensas del cinturón de castidad? ¿Acaso forma parte de la cultura de algún país? ¡Muéstrame una de las universidades en las que eduquen y promuevan esta clase de acto vulgar y pecaminoso!».

Al oír estas palabras me río con ganas, hasta que me doy cuenta de que a ninguna de las señoras del cine les ha hecho gracia y tengo que taparme la boca con la mano y morderla con fuerza. El público que ha ido a ver esta película no es cínico; no tienen el sentido de la ironía o la parodia. Días

después vuelvo a reírme cuando se lo cuento a Monalisa.

—Es una película tronchante.

La bailarina tampoco se ríe. Me corrige de inmediato.

—No es divertida. Trata de Dios.

En esta película se hace evidente que la mayoría de las películas indias tienen profundas raíces en la épica. La madre malvada se llama Kaikeyi, el tío malvado Shakuni, el primo leal compara a Eishaan con Ram, a su esposa con Sita, y a sí mismo con Lakshman. Estos nombres funcionan para el aldeano como una taquiografía, adjudicando rápidamente a cada personaje un papel mitológico establecido: la madrastra mala, el hermano bueno. Al espectador indio no le gustan las sorpresas. Y hay un incentivo adicional para el público. Al final del comunicado de prensa del preestreno se notifica que Shakumbhari Maa sin duda concederá los deseos de todo el que vea esa película, oiga su historia o predique su mensaje. Estas son las palabras que dan comienzo al *Mahabharata* y a otros muchos relatos hindúes. El acto mismo de escuchar reportará al oyente beneficios espirituales.

Durante el intermedio, Shiv Kumar, el director, me comenta que ha intentado enviar a los jóvenes un mensaje en un formato que les guste. Esto tal vez explique por qué la heroína, que lleva tacones de quince centímetros, balancea el trasero con una de las faldas más cortas que he visto en la pantalla, poco antes de ponerse un sari y postrarse ante la diosa. Hay varias de estas escenas para complacer a los jóvenes: muchas minifaldas, blusas transparentes y besos en la pantalla, además de alusiones escandalosas en el diálogo, intercalados entre escenas de fervor piadoso. El director me recuerda que lleva muchos años haciendo distintos tipos de películas, en su mayoría comedias sexuales. Aquí tenemos un género totalmente nuevo: la comedia sexual mitológica.

Kumar afirma que el presupuesto de la película fue de ochenta lakhs;

Eishaan me dice que fueron más bien cuarenta. En la industria del cine cada persona tiene un «nivel de descuento», es decir, el porcentaje que hay que restar de lo que dice. Su nivel de descuento, por tanto, es del 50 por ciento. Sea cual sea el presupuesto, a diferencia de muchas películas más importantes, tiene muchas posibilidades de ser lucrativa. Una de las razones es que el gobierno de Uttar Pradesh, postrándose ante la diosa, la ha eximido del impuesto de espectáculos.

La película recibe de entrada mucha publicidad favorable. La revista comercial *Super Cinema* informa: «El precio al que se ha vendido recientemente una película piadosa en el norte ha dejado a muchos boquiabiertos. De vez en cuando llega una película piadosa que barre el mercado como un huracán». Por desgracia, el huracán da paso a la llovizna para a continuación secarse totalmente. Shakumbhari Maa nunca se encarnó en la pantalla de un cine de Bombay. En Bombay nadie se muere de hambre; la ciudad no necesita una Diosa de las Hortalizas sino una Diosa de las Viviendas, una Diosa del Tráfico, una Diosa del Buen Gobierno.

Pero la diosa en sus muchos avatares continúa interviniendo en el curso de la vida de Eishaan. Una noche está en casa de un primo en Worli y no paran de insistirle en que se quede a dormir; tres veces está a punto de irse y tres veces lo retienen, incluso le ofrecen unos pantalones cortos y un cepillo de dientes. Pero algo lo obliga a subirse a su coche y volver a su casa de Andheri. Hacia la una de la madrugada, cerca de la iglesia de Mahim, ve una multitud en la calle. Ha estado pensando en su peregrinaje inminente hasta Vaishno Devi, esperando impaciente la caminata de doce kilómetros hasta el altar. Cuando ve el gentío lo primero que piensa es que han estallado nuevos disturbios; es una zona muy poblada por musulmanes. La multitud le obliga a parar y le pide que abra la puerta. Entonces ve en la carretera el cuerpo de una mujer que ha sido

arrollada por un taxi. Le sangran profusamente la cabeza y el muslo. El taxi se ha dado a la fuga y ella necesita que alguien la lleve al hospital. Entre varios la suben al asiento trasero y él la lleva al Leelavati Hospital, donde descubre que ella no tiene dinero para pagar el tratamiento. De modo que el luchador saca su billetera y da dos mil rupias al médico para costear el tratamiento de la desconocida, y vela a la mujer al pie de la cama de hospital toda la noche. Al día siguiente localiza a sus familiares, los deja junto con la mujer en un taxi y da dinero al conductor para que los lleve a un hospital menos caro de Malad.

Eishaan sostiene que la diosa lo estaba poniendo a prueba.

—Mientras conducía pensaba en Vaishno Devi y que esa sería la mejor forma de celebrar mi cumpleaños.

Si la diosa no lo hubiera hecho salir de la casa de su primo en mitad de la noche y no lo hubiera colocado en el lugar exacto donde la mujer había sido atropellada, hoy podría no estar viva. De modo que irá hasta Vaishno Devi con sus padres y celebrará su veintisiete cumpleaños sabiendo que ha sido fiel a sus dictados.

Después de *Jai Shakumbhari Maa*, la heroína, Raashee, protagoniza *Club Dancer No. 1*. Del papel de casta devota de la diosa pasa a jugar con el cinturón de castidad. Eishaan desaparece de Bombay, tal vez camino de Jaipur, tal vez de vuelta al negocio familiar en Dubái.

ACUSADO: SANJAY DUTT

Cuando Vinod dijo a Ajay Lal que habían seleccionado a Sanjay Dutt para el papel de Khan en *Mission Kashmir*, el policía comentó: «Va a ser una película TADA». Se refería a la abreviatura en inglés de la Ley de Prevención de Actividades Terroristas y Perturbadoras según la cual el actor había cumplido condena de dos años en la cárcel por su participación en los atentados. Uno de

los mejores amigos de Ajay ha escogido como protagonista a un hombre a quien Ajay en persona ha interrogado. Sanjay no es el único implicado en la película que ha sido acusado de asesinato y conspiración. Ramesh Taurani, en libertad bajo fianza por el asesinato del productor musical Gulshan Kumar, ha comprado los derechos de la música de *Mission Kashmir*.

Conozco a Sanjay Dutt cuando este va a casa de Vinod para oír el guión de *Kashmir*. Supondrá todo un desafío para él, ya que va a hacer un papel escrito para Amitabh Bacchan. Está sentado en la terraza con Vinod, Anu y yo.

—Debéis sentirnos pequeños sentados a su lado —comenta Anu.

Sanjay tiene la constitución de un brontosauo.

Menciono a mi amiga fotógrafa Dayanita Singh de Delhi y él dice:

—Es mi hermana. Se aloja en nuestra casa cuando viene a Bombay.

Dayanita fue al colegio con Sanjay; la considera su hermana *rakhi*. En el internado él siempre era el que recibía más palizas de los profesores. Es el hijo de dos grandes estrellas del país, el poderoso parlamentario y actor Sunil Dutt, y la actriz musulmana Nargis. Los profesores tenían que demostrar al mundo que eso no los intimidaba. Tenían el poder de pegar a ese mocoso del mundo del cine de Bombay; ¿quién se cree que es? Una vez, por una pequeña infracción, un profesor le pidió que subiera a gatas una pendiente de gravilla. Se le pelaron los antebrazos y las rodillas. Al día siguiente el profesor le arrancó las vendas y le pidió que subiera de nuevo la misma pendiente a cuatro patas. En otra ocasión lo golpearon tanto que se le gangrenó la herida. Sus padres tuvieron que ingresarlo en un hospital de Delhi. Era un niño flacucho en un internado estilo británico. De modo que buscó a los chicos duros, los *sardars*, y pidió a Dayanita que les atara un *rakhi*, haciéndolos, por extensión, también sus hermanos. Creció fascinado con las armas y los músculos.

Mahesh me ha dicho que Sanjay no va a hablar de sus experiencias en la cárcel y Dayanita lo ha corroborado. Pero, sentado en la terraza de Vinod,

Sanjay se muestra extraordinariamente afable. Tal vez se debe a la persona que me lo ha presentado.

—Fueron malos tiempos —dice. Cuando lo arrestaron, casi toda la industria cinematográfica le volvió la espalda—. Este hombre —señala a Vinod— fue el único que no me abandonó.

Su caso puede tardar años en resolverse en los tribunales. Si el veredicto va en contra de él, puede apelar, de modo que se prolongará hasta entrado el siglo XXI. Me propone que lo acompañe al día siguiente al juzgado, donde tiene que firmar en el registro de fianzas.

Cuando nos bajamos del coche frente al juzgado TADA en Arthur Road, uno de los transeúntes de la concurrida calle ve a Sanjay y grita: «¡*Kartooos* !». Es el nombre de su última película, la palabra hindi para «cartucho». Toda la calle se nos queda mirando. Uno de los hombres que fue juzgado con Sanjay en el caso de los atentados cuchichea con él. Un hombre ha sido asesinado de un tiro en Chowpatty por la banda de Rajan. Sanjay lo conoce bien; también fue juzgado con él. Tengo la sensación de que Sanjay considera a estos proscritos su verdadera familia. Entre ellos ha encontrado a los amigos que nunca tuvo en el internado, los tipos duros que lo protegerán de los bravucones de la clase y de los profesores sádicos.

Volvemos en coche a su apartamento, que tiene una bonita vista del paseo marítimo de Bandra. Se trasladó a ese piso hace apenas dos semanas. Estamos sentados en su estudio, que tiene muebles de madera clara. Nos traen té, y él me sirve una taza, echa azúcar a mi gusto y lo remueve antes de dármelo. Habla sobre lo que es tener una adolescencia conflictiva. Empezó a consumir drogas como hacía todo chico de familia bien de Bombay, «solo para estar en la movida. Fumando un poco de hierba, conociendo a las mujeres». Pero la hierba no bastó. «Una de cada diez personas se vuelve adicta. Yo fui esa

persona —repite un par de veces—. Me estaba todo el día en el lavabo, metiéndome un chute, durmiendo.» Se permite una excusa. «He tenido una vida dura. Mi madre murió cuando yo tenía veinte años.» En 1981 perdió a su madre, que murió de cáncer, y poco después a su mujer, en el mismo hospital, el Sloan-Kettering de Manhattan. Solía salir a pasear solo por las calles invernales de Nueva York, llorando.

Sanjay conseguía su suministro de Do Tanki en el Null Bazaar. Recuerdo que Mohsin el asesino a sueldo me comentó que Sanjay iba a esa parte de la ciudad «para fumar *charas* con los musulmanes». Se sentían orgullosos de él, de su madre musulmana. Poco a poco se dio cuenta de que era adicto y viajó hasta Jackson, Mississippi, para someterse a un tratamiento. Estaba fascinado por cierta idea del Hombre Marlboro de América. Uno de los amigos que hizo en el centro de rehabilitación criaba ganado *longhorn* en Texas. Sanjay tenía ahorros en Bombay y decidió invertirlos en un rancho de ganado con él. Se quedó con el rancho un mes hasta que fue a buscarlo su padre, quien tardó dos largos días de ruegos y discusiones en persuadirlo para que volviera a Bombay.

Mientras hablamos suena el móvil de Sanjay y él miente a alguien, probablemente a un director que está tratando de averiguar por qué no está en el plató. «Estoy en Alibag», dice. Hace otra llamada y habla en voz baja con otra persona.

Siempre ha sido muy protector con las mujeres de su familia, me dijo Dayanita. Cuando ella se quedaba en casa de los Dutt en Bombay, las noches que salía hasta tarde, al volver se encontraba a Sanjay esperándola despierto, por tarde que fuera. Consultaba su reloj, la miraba y se iba a su habitación sin decir una palabra.

Llevó muy lejos este concepto de protección. «Me encantan las armas», declara. Durante los disturbios se obsesionó con la idea de que su familia estaba en peligro. Había temido por sus vidas: los hindúes habían perseguido

a los Dutt por tener una madre musulmana y por la postura pública de su padre contra el Sena. Así pues, según Ajay Lal, llamó a Anees, el hermano de Dawood Ibrahim, y a Abu Salem, y les pidió que le enviaran unas «guitarras», varios AK-56. Ajay me explicó qué sacaron a cambio de las guitarras. «Los tipos de las bombas fueron de Pakistán a Bombay en un Maruti repleto de AK-56 y granadas que habían escondido en una cavidad especial. Necesitaban un lugar donde abrirla, no podían hacerlo en mitad de la carretera, de modo que el lugar lógico fue el garaje de Sanjay. Como a otras muchas personas, a Sanjay le fascinaba el mundo del hampa.» El policía no tenía una buena opinión de la estrella.

Sanjay estaba en la cima de su carrera en 1993, cuando tuvieron lugar los atentados. Su película *Khalnayak* [Villano] fue la que reportó más ingresos brutos ese año. Él hacía el papel de asesino contratado por la mafia. «Un asombroso retrato de un villano sensible», anunciaban los carteles. Estaba en un rodaje en Mauricio cuando Ajay abrió el caso de los atentados y empezó a arrestar a los conspiradores. Los amigos de Sanjay llevaron las armas de la casa de este a una fundición, donde fueron destruidas. Pero en la fundición la policía encontró un muelle y una barra que pertenecía a uno de los rifles, y sobre la base de esta prueba lo arrestó.

Sanjay acusa de sus problemas a Sharad Pawar, el poderoso líder del Partido Nacionalista del Congreso, uno de cuyos principales rivales es su extraordinariamente popular padre, Sunil Dutt. Le hablo de un funcionario gubernamental musulmán que conocí en Jogeshwari, quien, cuando le pregunté a qué partido votaba, dijo: «El partido en el que esté Sunil Dutt».

Pawar había dicho al padre de Sanjay que podía encargarse de ponerlo en libertad en quince días si se declaraba testigo de la acusación. «Hacerlo habría significado que admitía que había participado en la conspiración. ¿Qué impresión causaría? ¿Cómo repercutiría en la imagen de mi familia?»

Su padre le pidió que volviera de Mauricio. Pawar había asegurado a Sunil

Dutt que encerrarían a su hijo media hora y luego lo pondrían en libertad. Pero cuando Sanjay bajó por las escaleras mecánicas de Llegadas del aeropuerto, vio a doscientos comandos esperándole con las armas desenfundadas. Entre ellos estaba Ajay Lal, que se lo llevó rápidamente de allí para interrogarlo. Luego lo llevaron a la cárcel Arthur Road. En mitad de su primera noche, unos hombres entraron en su celda. Eran presidiarios y pertenecían a la banda de Ashwin Naik. Lo llevaron ante su líder, un ingeniero formado en Londres que había tenido que volver a su país para unirse a su hermano, el capo de la banda. «La película de gánsters de Vinod, *Parinda*, trata de la relación de esos dos hermanos.» El capo le preguntó qué tal le iba. Sanjay dijo que echaba de menos a su padre. De modo que el capo sacó el móvil y se lo ofreció. Su padre se quedó atónito al recibir una llamada de su hijo desde la cárcel a las once de la noche.

Poco después de que lo encarcelaran fue a verlo su padre. «Ahora ya no puedo hacer nada por ti», admitió a su único hijo. Y se fue.

—Lloré sin parar —recuerda Sanjay.

No podían ponerlo en libertad bajo fianza; el gobierno no lo permitiría. El primer juez, Patel, había estado obsesionado con capturarlo. Según Sanjay, el problema empezó cuando su abogado pidió al juez que se inhabilitara a sí mismo. El juez rechazó la petición y se volvió contra Sanjay con renovado odio.

En la cárcel lo separaron de los demás.

—Dijeron que tenían información de que iban a matarme y por mi seguridad me mantendrían incomunicado, lo que fue una putada.

Durante tres meses apenas vio la luz del día. Era una celda de dos metros y medio por dos metros y medio, con un inodoro en el que la estrella tenía que bañarse, cagar y cepillarse los dientes. Su familia le enviaba comida de casa, pero se la comían los otros convictos antes de que le llegara, y tenía que conformarse con la comida apenas comestible de la cárcel. La soledad podía

volver loco a un hombre.

Sanjay hizo amistades con el mundo de la naturaleza. A través del diminuto respiradero, cada mañana entraban cuatro gorriones en su celda, y él alargaba hacia ellos su manaza con migas. Se moría por tener contacto físico y ellos se dejaban acariciar. También trabó amistad con las hormigas, que salían por la cañería de las aguas residuales.

—Unas criaturas asombrosas, las hormigas. Se comunican con una especie de lenguaje. Si una se equivoca de dirección, otra se lo dice. —Se tumbaba en el suelo y las observaba durante horas mientras luchaban con las migas, llevándolas por la cañería—. Si las migas eran demasiado grandes para ellas, yo cogía la miga y la levantaba sobre la tubería. Era como un viaje en helicóptero para ellas. —En la celda no había reloj, por supuesto, pero Sanjay sabía qué hora era gracias a una rata, una enorme *bandicoot*—. La llamé General Saab porque cada noche entraba en la celda a las doce en punto y se marchaba a la una. Era como un general, vigilando los barracones.

Pero el entretenimiento de los bichos era nimio. Llevaba tres meses sin ver a su familia. Un día se volvió loco y se golpeó la cabeza contra las barras hasta que le sangró. Le tuvieron que poner diez puntos. Asustadas, las autoridades de la cárcel lo sacaron y lo metieron en otra celda con veintinueve terroristas acérrimos de Punjab que cuidaron muy bien de él. «Eran *sardars*, muy sentimentales y afectuosos.» Cocinaban para él. Con unas piedras hicieron un fuego y transformaron la comida en algo totalmente distinto, más sabroso y nutritivo.

En la cárcel convivían pistoleros de todas las bandas. Sanjay conoció a muchos, estudió cómo se llevaba a cabo el reclutamiento, empezando por los barracones de los niños, donde seleccionaban a los chicos espabilados, se ocupaban de su fianza y de sus familias. Cuando lo pusieron en libertad, Sanjay compartió esa información con los directores de películas de gánsters, que hicieron películas basadas en los personajes que él había conocido. Y

nadie en la industria lo superó en su habilidad para interpretar a los gánsters. La cárcel le fue bien para sus cualidades interpretativas.

—La gente dice que he madurado, que hay mucho dolor en mis ojos.

Pero ninguno de los verdaderos pistoleros se parece remotamente a Sanjay. Le comento que los que he conocido yo suelen ser bajos y delgaduchos, y él asiente. También lo ha notado.

—Tienen una mirada totalmente fría. —Él ha advertido otra cualidad en los gánsters y terroristas—: La gente que está relacionada con el crimen es muy temerosa de Dios. Rezaban mucho y odiaban al puto gobierno.

En cuanto se involucró en el crimen, siguió su ejemplo. En la cárcel rezaba cuatro horas al día.

¿Qué era lo peor de la cárcel?, le pregunto.

—Era pensar: «¿Por qué me habéis hecho esto a mí? ¿Por qué me habéis metido en la cárcel?». Veía entrar y salir a pistoleros que habían matado a treinta personas, y pensaba: «Cuando salga mataré a esos hijos de puta». Cuando entré en la cárcel pesaba noventa kilos de músculos. A los tres meses había perdido treinta y cinco. —Y le amenazaron con torturarlo—. Me hablaron del tercer grado para hacer que me viniera abajo.

De modo que Sanjay Dutt es un hombre furioso.

—Hablan de que este país es la democracia más grande del mundo. Es una puta mierda —dice el hombre que hará el papel del policía musulmán patriota que salva a la India en nuestra película. El actor ofrece un análisis histórico de lo que no funciona—: Cuando los británicos se fueron de la India, nos dejaron la ley y toda esa mierda. Ambedkar cambió la Constitución del país, pero no la ley. Para los británicos, todos esos luchadores por la libertad, como Tilak, etcétera, eran terroristas. Cuando la Constitución y la ley no coinciden, hay mucha mierda.

En la pared del estudio de Sanjay hay una caricatura de él levantando pesas y fumando un cigarrillo al mismo tiempo. El dibujante es Raj Thackeray, el

sobrino del *saheb*. El único político que tiene cuidado de no criticar es Bal Thackeray, líder del partido político que instigó los disturbios que lo asustaron tanto que pidió armas para proteger a su familia. Porque Bal Thackeray es el hombre que, habiendo demostrado a todo Bombay que podía poner a los musulmanes en su sitio, también hizo gala de poder, magnanimidad y amor por la industria del cine al ordenar a su gobierno que pusiera en libertad bajo fianza a Sanjay Dutt, hijo de la musulmana Nargis Dutt.

Mahesh Bhatt tiene claro lo que siente por Sanjay. «Es un criminal. Tiene el corazón de un criminal.» Eso no ha impedido que acabe de estrenar una película protagonizada por él. En 2000 Sanjay ha vuelto por tercera vez a los platós, con *Vastav* y *Mission Kashmir*. Sus contactos con el hampa lo convencieron de que esta es superior al mundo del cine.

—Son honestos con lo que hacen. No esconden nada. Los profesionales del cine son una mierda, *bhenchod*. Aquí tienes un ejemplo de cómo se joden unos a otros. Si alguien va a salir en una película, envían al cine a su gente para abuchearlo, escriben cosas malas de él en la prensa.

Su odio hacia el negocio familiar es casi un objeto físico entre nosotros.

Le pregunto qué le gustaría hacer si se cerrara el caso. Responde que quiere ganar tres millones de dólares e irse a Nueva York a vivir de la renta. Tiene un pequeño apartamento frente al Macy's en Manhattan. Quiere abrir un restaurante especializado en bistecs, y ha estado en todos los famosos: el Peter Luger's de Williamsburg, el Morton's de Chicago, el Spark's de la calle Cuarenta y tres. De cualquier modo, quiere marcharse de Bombay. «Me encantaba este lugar. Ahora es peligroso de cojones.» La hija que tuvo con su primera mujer va a un colegio privado de Bayside. Se alegra por ella. «Para ellos es divertido estudiar. Aquí no es así. Aquí estudias chorradas: ¿Cuándo invadió Aurangzeb la India? ¿A quién coño le importa?»

Me pide que me quede a comer. La comida para Sanjay consiste en un plato de espinacas salteadas que no acompaña ni con arroz ni con pan, e ingiere a

grandes cucharadas. Me quedo sorprendido, después de tanto oírle hablar de restaurantes especializados en bistecs. Me explica que su dieta alta en proteínas le causó problemas en los riñones, de modo que ahora come una dieta prácticamente vegetariana. Su entrenador personal acaba de tener un infarto por abusar de los esteroides anabólicos y tuvo que retirarse y volver a Venice Beach. Sanjay hace al día siete comidas ligeras, como espinacas hervidas.

Al cabo de unos días, un lunes, vuelvo a acompañar a Sanjay al juzgado TADA. Esta vez va a celebrarse una verdadera vista pública sobre el caso de los atentados. Pasamos a recoger a un hombre llamado Hanif Kadawala, que no vive muy lejos de mi oficina.

—¿Es usted también uno de los acusados? —le pregunto.

—Todos somos inocentes —declara Sanjay.

Hanif, productor de cine de poca monta y dueño de un restaurante, es una de las personas que dieron supuestamente un rifle AK-56 a Sanjay después de los disturbios. Entonces yo no lo sabía, pero el hombre sentado a mi lado vivía los últimos meses de su vida. En febrero de 2001 fue asesinado de un disparo por la banda de Rajan muy cerca de donde lo habíamos pasado a recoger. Chotta Rajan había decidido asumir la responsabilidad de determinar la culpabilidad o la inocencia de Hanif. Ese año el capo de la banda o la policía había matado a siete de los ciento treinta y seis acusados en el caso.

Sanjay está todo el trayecto en coche organizando su calendario de rodaje. Se lleva una mano a los ojos y reza cada vez que ve un templo por el camino.

Yo paso la mayor parte de la mañana tratando en vano de entrar en el juzgado TADA. Mientras espero, desfilan muchas personas por el puesto de policía que hay fuera de la cárcel: abogados, los acusados en libertad bajo fianza que van a estampar su firma semanal, una madre con sus dos hijos

pequeños, un niño y una niña endomingados, que van a ver al padre recluso, una joven despampanante con un burka negro que acude a dar consuelo a su hombre que está en la cárcel.

Por la tarde me recibe por fin el juez Kode, porque, según explica: «Es mi deber ayudar a un joven». Luego se embarca en un soliloquio sobre, entre otras cosas, mi *dharma* como escritor, la naturaleza de la ciudad de Bombay y el papel del poder judicial. Mientras habla, masca *pan*; en el interior de su mejilla izquierda hay un bulto considerable, como el tumor que anuncia. El juez me dice que debo dar una buena imagen de mi país a los extranjeros. «Creen que somos primitivos.» Quiere que les demuestre que la India cuenta con el mejor sistema judicial del mundo. Él personalmente ha registrado ocho mil páginas de pruebas de un total de trece mil. «No me he tomado ni un solo día de baja. Ni un solo día de baja por accidente o, gracias a Dios, por enfermedad.» Kode tiene a veintitrés hombres protegiéndolo. Conoció a Ajay y le pidió quince más.

Comienza la audiencia del juez Kode. «Es como una familia», me dice Sanjay. Y, en efecto, los policías y los funcionarios del juzgado hablan con los acusados con confianza, preguntándoles por sus familias. Una vez dentro de la sala, Sanjay me conduce a la parte delantera. «Siéntate aquí.» Sonríe, volviéndose hacia la parte trasera. «Nosotros somos los acusados.»

El juez entra y pasa lista, ciento veinticuatro nombres en total. «¡Hanif Kadawala!», y se levanta. «¡Salim Durrani! ¡Yakub Memon!» Miro atrás y veo un ejército harapiento de tipos duros sentados en las hileras de bancos de madera, y unas cinco mujeres sentadas a un lado. «¡Sanjay Dutt!», y la estrella de cine hace ademán de levantarse y vuelve a sentarse, un sospechoso más de los atentados.

El juez ocupa su asiento. Detrás de él hay paredes revestidas de paneles de madera sin el habitual retrato del Padre de la Nación. Se atienden unos asuntos administrativos, los abogados presentan varias peticiones. Quieren eximir a

sus clientes de comparecer ante el tribunal porque la banda de Chotta Rajan los está acosando y asesinando. Nadie está utilizando los micrófonos que les han sido provistos. Estoy sentado en la parte delantera, una hilera detrás de los abogados y justo enfrente del juez, pero no consigo entender lo que están diciendo. Los acusados sentados detrás de mí no oyen una sola palabra. Entre ellos hay un murmullo constante mientras hablan sobre la Copa del Mundo y sus distintas carreras delictivas. Un funcionario del juzgado les hace ademanes regularmente: «¡Chsss! ¡Chsss!». Y el barullo se acalla por un momento y vuelve a elevarse al volumen anterior. Por encima de nuestras cabezas, los ventiladores golpean el aire que entra por las ventanas abiertas, a través de las cuales veo una palmera y el cielo azul. Es en general un ambiente tranquilo y agradable, y el hombre sentado a mi lado, que lleva un móvil desafiando las órdenes estrictas que se leen en la pared de la sala, da cabezadas. Cuando se despierta, se pone a leer a hurtadillas un periódico. Miro el reloj de la pared, deseando que se mueva más deprisa la aguja y pensando en mi almuerzo y en mujeres, exactamente como hacía en el colegio cuando el tiempo pasaba despacio. Los ventiladores, el murmullo continuo de los bancos traseros, el tono monótono de los abogados y el juez traen colectivamente a mi memoria todas esas tardes muertas de clase. Se levanta la sesión y se aplaza el juicio dos semanas por vacaciones estivales. Para los chicos del TADA, es el último día de colegio y se respira un ambiente de vacaciones. Con la diferencia de que cuando llegue el momento de graduarse, de aquí a una década, al que haya sacado malas notas lo ahorcarán.

El juez les da dos semanas de fiesta. Pueden ir a cualquier parte de la India. «Pero no debe haber ninguna queja contra ustedes», advierte siempre el director de colegio. Después Sanjay dice: «Es una broma. Podemos largarnos a Nepal y nadie se enterará».

Nos vamos del juzgado en su coche. En un semáforo se acercan corriendo los golfillos de siempre. Uno de ellos aprieta la cara contra la ventana de

cristal oscuro y ve a Sanjay. Enseguida nos vemos rodeados de niños con periódicos y revistas. «Sanjay Dutt, lo hizo muy bien en *Border*», dice uno. «Sanjay Dutt, Sanjay Dutt, cómpreme una revista.»

El actor está entre divertido y enfadado. «*Ma ki chud!* Dame un *Mid-Day*.» Se abre la ventana para coger el periódico de la tarde y los niños se apiñan. Sanjay lee el periódico sin hacerles caso. «Mira lo que está haciendo nuestro hombre», dice señalando un titular. Sharad Pawar se ha separado del Partido del Congreso. Los niños están en trance, pero solo por un momento; el semáforo del cruce de enfrente se ha puesto rojo y hay que atender el negocio. Dejan al actor y cruzan corriendo la calle, cuerpos flacos sosteniendo en equilibrio cabezas llenas de sueños prácticos.

Estoy en un coche con el sospechoso de los atentados, volviendo del juzgado y cruzando las calles de Bombay empapeladas de ampliaciones gigantes de su cara.

Por fin ha empezado el rodaje de *Mission Kashmir*. A Vinod le gusta citar a Fellini: «El único lugar donde se puede ser dictador y seguir siendo apreciado es en un plató de cine».

En el enorme plató de *Mission Kashmir* en Film City resuena la voz amplificada de Vinod. «¡Silencio!» El aire acondicionado está muy alto; todo el mundo lleva jersey y muchos están cogiendo un resfriado. Hay un ejército de operarios, hombres por todas partes, hasta arriba en las pasarelas. Pregunto a Vinod qué están haciendo tantos operarios, si necesitan a todos. «Hace falta mucha mano de obra», replica. Cada pieza del equipo requiere su cuadrilla de hombres; un reflector viaja con tres seres humanos. También suelen aparecer otras personas, luchadores, visitantes o simples mirones, a los que se les suele ignorar a menos que estorben. Cada día visita el plató algún dignatario. La familia del ministro de Educación aparece una mañana y queda asegurada la admisión del hijo de Vinod en un buen colegio.

Vinod está entre las personas más trabajadoras que nunca he conocido. En estos momentos habla por teléfono mientras lee un artículo de documentación sobre la película y responde a mis preguntas, todo a la vez. Su lema es: «Cuanto más trabajo más suerte tengo». Está obsesionado con cada pequeño detalle de la producción. «¿En quién delegas tú?», me pregunta. «Los niveles de mediocridad están profundamente arraigados aquí.» Vuelve a casa hacia medianoche después de todo un día de rodaje; se ha quedado ronco y le pregunto por qué: «He gritado, insultado, golpeado». Ha golpeado físicamente a su ayudante de dirección.

Parte del rodaje tiene lugar en Srinagar, Cachemira, donde Vinod se mueve en coches blindados bajo protección armada. En medio de una escena de

tiroteo, el equipo de rodaje oye una serie de explosiones fuertes. «Son fuegos artificiales; están celebrando el Dussehra», les explica Vinod, y pide al cámara que se dé prisa con la toma. Cuando terminan, grita órdenes de recoger rápido y largarnos de allí. Los operarios caen de pronto en la cuenta de que en la Cachemira musulmana no se celebra la fiesta hindú del Dussehra; los tiroteos que se oyen alrededor son auténticos. Han lanzado granadas propulsadas por cohetes al Secretariado del Gobierno, a doscientos pasos del plató, y han muerto cuatro personas. Pero la toma se ha rodado.

En otro momento, un actor que interpreta el papel de militar que huye está corriendo a lo largo de un canal cuando los policías del otro lado, que andan a la caza de terroristas, lo ven correr y levantan las armas para dispararle. En el último momento se dan cuenta de que es un actor. Mientras estallan bombas de verdad en la ciudad, Vinod hace volar barcos en el lago Dal, la atracción turística. Entre las batallas que tienen lugar en la ciudad y las que se representan en la película la línea divisoria es tan sutil que casi desaparece.

Vinod ha decidido suprimir cualquier mención a Pakistán como el malo de la película. En la versión final, los conspiradores anuncian ante la cámara a todo terrorista, capo mafioso, gobierno o académico interesado: «No estamos en deuda con ningún gobierno. Somos un grupo independiente». Las películas de Vinod tienen muchos seguidores en Pakistán. Sin embargo, hay una figura misteriosa en segundo plano, de la que solo se ve la silueta, ante la cual todos responden; es el señor Importante. Vinod ordena al guionista, Atul Tiwari, que se ponga una barba. «Osama», dice bautizándolo.

De pronto, en la segunda mitad de la película, en medio del bombardeo y la matanza, el terrorista y su amada son transportados mágicamente a su niñez, un exuberante valle cinematográfico de cascadas y flores, a través de una canción de fantasía. Dado que Vinod no puede llevar de nuevo al equipo de rodaje a Cachemira —la situación se ha vuelto demasiado peligrosa en Srinagar—, la canción se rueda en Bombay, lo que es apropiado. Es una recreación de

Cachemira en Bombay, un plató con alfombras de flores y tormenta de nieve hecha de algodón en rama. Nadie necesita tomarse tan en serio la guerra. En medio de la lucha siempre habrá un descanso para el amor y las canciones.

Voy a casa de Vinod poco después de que Vikram diga con satisfacción: «El clímax tiene consistencia».

Hrithik Roshan, el nuevo con quien sustituimos a Shahrukh Khan, es ahora la estrella más grande del país con solo una película, *Kaho Na Pyaar Hai*, hecha por su padre, Rakesh Roshan. En los cines donde ha estado proyectándose la primera película de Hrithik, una historia de amor, se ha observado un fenómeno: las chicas se desmayan cuando aparece. Han estado desmayándose por toda la India y en el extranjero; hay constancia del desmayo masivo que causó su imagen en un cine de Mauricio.

Casi estallan disturbios a causa de Hrithik. El dueño de un cine de Raipur llama, frenético, a su padre. Necesita doscientas mil fotos firmadas de Hrithik; una turba de mujeres está cercando el cine para conseguirlas. Cuando Hrithik visita la cafetería Taj, otra invasión de admiradoras obliga al personal a ayudarlo a salir por la cocina. Está disfrutando de una cena tranquila con su novia en un restaurante italiano de las afueras cuando lo ven. Se congrega una multitud en la puerta y un autobús de dos pisos que pasa se detiene y los pasajeros se apean para entrar y verle la cara.

Su película ha experimentando el más veloz ascenso a la cima en la historia del cine hindi; ha supuesto el 99 por ciento de la recaudación de todo el circuito de Bombay en la primera semana. Semana a semana, los ingresos de *Kaho Na Pyaar Hai* aumentan en lugar de disminuir, como ocurre con las demás películas. Hrithik, que ocupaba el tercer puesto en la lista de actores de *Mission Kashmir* (su sueldo, por contrato, era de once lakhs, cuatro menos que el de Preity), de pronto la encabeza. Ahora está pidiendo a otros

directores dos crores por película. «No puedo dormir, estoy delirante», confiesa a Vinod. Los directores y productores hacen cola fuera de su casa con dinero en las manos.

Esta veneración enfebrecida que despierta se debe en parte a que los dioses tradicionales del país, los jugadores de críquet, han sufrido una mala caída. La mayoría se han visto implicados en los escándalos de que los partidos están amañados; han recibido dinero a cambio de vender el honor de su país. Cuando Sachin Tendulkar y Hrithik aparecen juntos en un estadio para jugar un partido de críquet de celebridades, el largo y sostenido aplauso del público es para la estrella de Bollywood, no para el deportista. Y el único logro de Hrithik hasta la fecha ha sido una película. En la era de la televisión es un dios instantáneo.

De modo que el clímax «consistente» se derrite. «No podemos permitir que el ISI mate a Hilal Kohistani», dice Vinod. El malo no puede ser sencillamente liquidado por enemigos invisibles. El héroe de la taquilla tiene que ser el héroe de la película. Me pide que escriba un desenlace verdaderamente heroico para Hrithik, en el que él, y no Sanjay, ocupe el centro del escenario. Se me ocurre que muera en un enfrentamiento culminante con sus dos padres; la muerte de Hilal equivaldría a matar lo peor que hay en él. «Lo convierte en un héroe», dice Vinod asintiendo. El papel estelar del policía Khan cede ante el poder invencible de la taquilla. Sanjay pasa de ser el héroe principal a uno de los dos protagonistas.

Para el nuevo desenlace, Vinod construye una serie de casas calcinadas alrededor de un lago artificial en Film City. Se transportan en camiones enormes cantidades de agua que se arroja a un hoyo en el suelo. Múltiples máquinas de niebla envuelven el plató en una bruma cachemir. En el panfleto de la película se explica lo que ocurrió a continuación:

En el intenso calor del verano de Bombay, la materia orgánica del agua se pudrió y licuó, y se elevó de ella un hedor terrible. El director, el equipo de rodaje y los actores

trabajaron durante más de un mes en esta miasma, luchando por controlar el agua, la niebla y el viento, hasta que ellos mismos quedaron impregnados de tal modo de ese olor hediondo que por muchas veces que se ducharan no podían eliminarlo del todo.

Llevo a mi hijo a Film City para que vea la escena culminante: setecientos cincuenta litros de gasolina y una potente explosión. En las películas de acción de Vinod es tradición demoler su trabajo al final. Para *1942* mandó construir un plató que costó ochenta lakhs y que destruyó en la escena culminante. El mismo destino corrieron las casas construidas para *Mission Kashmir*: de ellas se eleva una columna de fuego de diez pisos de altura, y todo el mundo huye de los escombros y la ceniza que llueven del cielo mientras el viento sopla hacia nosotros. Vinod cae hacia atrás con la fuerza de la explosión. Por los altavoces del plató resuena: «¡Hielo para el trasero de Vinod *Saab!*!». Agarro a Gautama y subimos corriendo la colina junto al lago. Seguimos oyendo explosiones a medida que estallan las tuberías de gas del interior del plató y se elevan chorros de llamas multicolores. Caen del cielo fragmentos en llamas que prenden pequeños fuegos en el suelo; los técnicos corren a apagarlos. Un grupo de burócratas que están de visita en la ciudad con sus mujeres se detienen en su huida colina arriba y vuelven para mirar, respondiendo al instinto pirómano que hay en todos nosotros.

Vinod cubre los gastos con la venta de la banda sonora y parte de los derechos de distribución mucho antes de que se haya terminado la película. Irá bien, hasta puede que sea un éxito, gracias al espectacular estrellato de Hrithik. Debido a que todas las mujeres se desmayaron por él en *Kaho Na Pyaar Hai*, hay automáticamente un público de muchos millones, independientemente de los méritos o los defectos del guión, la música, la dirección o cualquier otro elemento de la película. Mi trabajo, constato divertido, es irrelevante para su porvenir comercial.

Vinod valora a Hrithik como un novillo premiado. En el plató lo viste con una camiseta sin mangas. «Quiero algo que deje mucha carne al descubierto.

Si les pareció que había mucha en *Kaho Na Pyaar Hai*, aquí tendremos mucha más.» Hace que Hrithik haga una demostración, poniéndose y quitándose muchas veces la camiseta. Los bíceps parecen permanentemente flexionados aun cuando descansa. Están muy a la vista en muchas escenas gratuitas, en cuanto la estrella aterriza en el fotograma desde el tejado de una casa, caído del cielo.

Esa semana, Hrithik aparece en una de las cubiertas de la revista más importante del país. Los periódicos publican cada día varias docenas de artículos sobre él. Pero él se muestra tan modesto como siempre; cuando pasamos una toma en el monitor, se sienta de rodillas en el suelo mientras Vinod y yo lo hacemos en sillas. Cuando me estrecha la mano, noto que tiene dos pulgares, el normal y uno más pequeño y rudimentario que le crece del primero. No se lo quitaron al nacer porque dicen que trae buena suerte; y ya lo creo que lo ha hecho, a una escala de Cinemascope. El chico se mató a trabajar durante cinco años como ayudante de director, comiendo mal, durmiendo en una tienda en los exteriores, y en una sola semana se ha convertido en la principal estrella de un país de mil millones de habitantes. A finales de año, Hrithik va a casarse con su novia de toda la vida.

—¡La cosa va bien! —exclama mi amigo Ruston, que ha filmado los fotogramas de la película.

—Demasiado bien.

En efecto, está yendo demasiado bien. El equilibrio entre buena y mala suerte que reina en el universo se ha inclinado peligrosamente hacia este joven; tiene que enderezarse por sí solo. Y así lo hace un día de enero, cuando el hombre que Hrithik más quiere en el mundo, su padre Rakesh Roshan, se está metiendo en su Mercedes, y dos jóvenes se acercan y le disparan seis balas con una pistola del calibre 32. Una de las balas se le aloja en el esternón, salvándole el corazón. El incidente ocurre cuatro días después del estreno de la película que ha dirigido y producido Roshan. Ha tenido la

previsión de conservar los derechos de distribución en la mayoría de los territorios del país, de modo que de la noche a la mañana se ha convertido en uno de los hombres más ricos de la industria. Toda la gente del mundo del cine se congrega alrededor de su cama de hospital, compadeciéndolo y preguntándose asustada: «¿Por qué?».

Vinod me explica el porqué. «Quieren que Hrithik haga una película para ellos.»

Hrithik es tan popular que el capo de la banda, Abu Salem, que se ha separado de la Compañía-D, quiere que actúe en su película. Hace unos días fue uno de sus testaferros, otro director de Bollywood, a ver a Rakesh Roshan y le pidió que convenciera a su hijo para que actuara en la película que estaba produciendo. Roshan rehusó. Smita Thackeray, la nuera del *saheb*, también se lo pidió; ahora podía decirle que no sin correr riesgos porque el Shiv Sena ya no estaba en el poder. Roshan estuvo recibiendo llamadas de Abu Salem y dijo a su hijo: «Conduce con cuidado». Pero poca cosa más. Dos días después de esa reunión los asesinos a sueldo le dispararon. Los Roshan están considerando solucionarlo directamente con las bandas. Supondría todo un giro en la fórmula del cine hindi: un padre es atacado a tiros y su hijo, en lugar de vengarse, se convierte en la estrella de la película de los asesinos. Puede que no sea capaz de reunir el nivel de entusiasmo necesario para hacer una gran interpretación, pero su cara hará desmayar a las mujeres y la banda ganará dinero. He aquí la estrategia de prodigar favores al director de reparto pero al revés.

Así pues, nuestros dos protagonistas están ahora a la sombra del hampa: el de más edad ha sido puesto en libertad bajo fianza gracias a sus contactos y el más joven ha visto cómo disparaban a su padre por culpa de su éxito. El mundo del hampa y el mundo de los sueños; en Bombay son reflejos el uno del otro.

Parte de ello está relacionado con los medios de financiación del cine en

los años noventa. La mayoría de las producciones de Bollywood no obtienen créditos bancarios; están financiadas por particulares. Los bancos no entienden ni confían en Bollywood. Los fondos que requiere una producción son enormes, y una familia de la industria puede estar trabajando en varios proyectos a la vez. El tiempo transcurrido entre inversión y rendimiento puede llegar a ser de años si la película no es un gran éxito. ¿Quién tiene a mano tales cantidades? Solo el hampa. Las bandas están encantadas de ver su dinero negro convertido en sueños en technicolor. Un gran éxito puede cuadruplicar la inversión en las cuatro primeras semanas de su estreno. De modo que, para el hampa, invertir en el cine es una de las formas más rápidas de obtener rendimiento de una inversión ilegal. Sin la financiación del hampa, la industria de cine hindi se desmoronaría de la noche a la mañana. Tendría que apoyarse en la financiación de los bancos y los corredores de bolsa, que no tienen los mismos gustos cinematográficos que los capos. Sus sueños distarían de ser tan extravagantes, violentos o apasionados.

Las bandas tienen una ventaja en lo que se refiere al reparto. Su forma favorita de hacer negocios es coger a un director desconocido pero maleable y a un productor con un par de películas B en su haber, y luego llamar a las estrellas principales del momento y exigirles que cancelen sus otros compromisos y actúen en su película. Con solo una estrella destacada el productor tiene al menos la garantía de recuperar los gastos. Los gánsters están particularmente interesados en adquirir los derechos de distribución en el extranjero de las películas y tener prácticamente el control de los *roadshows* de Bollywood, ese grupo variopinto de actores, músicos y comediantes de vodevil que recorren el mundo desde Barcelona hasta Boston, allá donde vivan indios y amantes de las películas indias.

Existe una curiosa simbiosis entre el mundo del hampa y el cine, como advertí con Tanuja en Madanpura. Los cineastas hindis están fascinados con la vida de los gánsters y recurren a ellos en busca de material. Los gánsters,

desde el pistolero de la base al capo exiliado de la cúspide, ven con gusto las películas hindis e imitan a sus equivalentes de la pantalla en su forma de hablar y de moverse. Como el resto de los habitantes de Bombay, a los gángsters les fascina el estrellato. Disfrutan con el poder que tienen sobre los grandes nombres de la industria. En las conversaciones que mantienen con ellos se proponen denigrarlos. Chotta Shakeel, al hablar con uno de sus productores, llama a Rakesh Roshan *takla*, calvo; a Hrithik Chikna, dandi, a Shahrukh Khan, *hakla*, tartamudo. Es la forma más sencilla de demostrar a sus compañeros indios quién manda allí: hacer postrar a una estrella de cine que es capaz de vencer a mil malos musculosos en la pantalla solo con una llamada telefónica, y verlo suplicar por su vida frente a un *puny tapori*. Algunos de los gángsters desaprueban la inmoralidad de la gente del cine. En medio de sus discusiones religiosas, los hombres sentados en la oficina de Kamal a menudo hablan de la vida sexual de la gente de la industria cinematográfica, lo que obligan a hacer los productores y los directores a sus actrices. «Es muy degradante», dice con asco el financiero de la mafia, y los demás repiten: «Muy degradante». La relación entre los gángsters y los actores es compleja, en parte veneración, en parte autoodio. En última instancia no se reduce a dinero.

Un amigo íntimo de Vinod, Manmohan Shetty, que es el dueño del mejor laboratorio de revelado del país, recibe una llamada amenazadora de Abu Salem exigiéndole dinero. (Abu Salem fue quien ordenó la muerte del magnate de la música Gulshan Kumar por negarse a pagar.) Siguiendo el consejo de Vinod, Manmohan acude a Ajay Lal para pedir protección, poco antes de que este se tome un permiso, y le pregunta si debe pagar el dinero que le han exigido. Ajay responde que si lo hace tendrá que pagar a todas las bandas. El productor no acepta una escolta de policías armados porque le da demasiada

vergüenza que le vean con un guardaespaldas con pistola, de modo que se queda la mayor parte del tiempo en casa. Un día está caminando de su coche a la oficina cuando un hombre de poco más de veinte años le dispara desde dos metros de distancia. El arma se traba; Manmohan oye el clic-clic y entra corriendo en la oficina antes de que el pistolero vuelva a disparar. Creía que había llegado a un acuerdo y que tenía hasta junio para pagar.

Abu Salem lo llama después del incidente. «Esto solo es el tráiler. La película está a punto de empezar.» Quiere que su caso sirva de escarmiento a la gente que ha dejado de tomarse en serio a los extorsionistas, creyendo que han sido eliminados en encuentros. La gente necesita leer en los periódicos el nombre de Abu Salem para que cuando llame por teléfono sepan quién es y se asusten.

Los productores de cine van a reunirse con Chaggan Bhujbal, el ministro del Interior del estado, para tratar el tema de la extorsión. Ajay ha aconsejado a Vinod que no asista, debido a que la mitad de los productores convocados están personalmente relacionados de algún modo con el hampa. Sus identidades son conocidas por todos. Pero Vinod no puede salir como héroe y exigir medidas estrictas contra las bandas, porque Ajay le ha advertido que los gánsters se van a enterar de todo lo que se diga en la reunión en cuanto esta termine, a través de sus testaferros en la industria. Además, hasta los funcionarios públicos que asistirán a la reunión tienen vínculos con las bandas.

Vinod y Tanuja Chandra me llevan a la reunión el sábado por la tarde, en una enorme sala de conferencias de la State Guest House o Casa Estatal de Huéspedes Sahyadri. Nadie me pide que me identifique en la entrada. En Bombay los porteros te dejan pasar si pones cara de no tolerar preguntas. La sala está llena de productores, un par de estrellas de nivel medio, Chaggan Bhujbal y todos los altos mandos de la policía de la ciudad. Mientras entramos en la sala veo docenas de cámaras de televisión y periodistas; la reunión

parece más bien una oportunidad para que te fotografien. Luego piden a las cámaras de televisión que salgan para que podamos hablar. El jefe de la Brigada de Investigación Criminal, Sivanandan, empieza la ofensiva. En respuesta a una pregunta sobre por qué los cineastas del sur no están siendo el blanco de las bandas, apunta que tal vez los productores del sur no obtienen financiación del hampa.

Tanto el ministro como la policía se quejan de que la mayoría de los cineastas que son víctimas de extorsión nunca solicitan ayuda a la policía; cuando lo hacen, afirman, nunca los tocan. A lo que Manmohan Shetty señala que pidió protección a Ajay y a Sivanandan después de recibir las llamadas de Abu Salem, y que ambos le aseguraron que la banda de Abu Salem era una «fuerza insignificante» en Bombay. «Gracias al equipo ineficiente del hampa me salvé», concluye.

A continuación empieza un desfile de productores que sugieren al ministro lo que debería hacer. Uno de ellos dice: «Estas personas no son criminales. Son traidores y deberían ser tratados como tales. Todo el mundo sabe que cuando entran en una comisaría reciben trato de VIP —Eleva la voz un par de decibelios—. ¡Traed a toda su familia, colocadla contra la pared y disparadlos a todos!»

Sivanandan lee estadísticas que demuestran que el número de supuestos gángsters muertos en encuentros ha aumentado cada año; en 1999 hubo 89, «un récord sin precedentes», señala con no poco orgullo. Nadie recuerda que las estadísticas sobre criminalidad aumentaron en proporción. Los encuentros no han eliminado la necesidad de esta reunión. Un productor dice que se le proporcionó protección policial, pero las bandas dispararon a su vigilante justo a su verja. «Se le ofreció protección a usted, no a su vigilante —replica el inspector de policía—. A usted no lo tocaron.» El vigilante, por supuesto, era prescindible.

Vinod toma la palabra. Quiere saber por qué el gobierno no está haciendo

un esfuerzo serio por pedir la extradición de los capos mafiosos de los países donde se esconden. En lugar de ello, el gobierno federal ha hecho pública hace poco una lista de personas de la industria cinematográfica que tienen enormes deudas pendientes por la seguridad policial que se les ha prestado. Los directores y actores no deberían pagar por su seguridad, señala Vinod, puesto que como ciudadanos contribuyentes tienen derecho a que el Estado proteja su seguridad física. Si las cosas continúan así, la industria podría trasladarse a Hyderabad, al dominio supereficiente de Chandrababu Naidu. Lakhs de gente trabajan para la industria del cine en Bombay, comenta uno de los productores. El sustento de sus habitantes depende del negocio del cine.

Pero es una amenaza hueca. Vinod me dice más tarde: «A fin de cuentas, es la mejor ciudad de la India para vivir. La industria del cine hindi no tiene opción». No es casualidad que la industria del cine hindi esté emplazada en una Bombay dominada por el marathi en lugar de en una Delhi dominada por el hindi, porque el cine no es cuestión de idioma. Es básicamente un sueño de las masas populares, y Bombay es el sueño de las masas que habitan los pueblos de la India.

Bhujbal, el ministro del Interior, promete tomar medidas. «Dado que esto es una democracia, no puedo decirlo públicamente. Pero permítanme que les diga que he decidido imponer las penas más estrictas a los extorsionistas. La pena peor. No puedo decirlo públicamente, pero es la pena suprema.»

Al salir conocemos a un alto cargo de la policía del territorio donde vive casi toda la gente del mundillo del cine. «No tengo mucho que hacer con estos mandamases —asegura el nuevo inspector a Vinod—. Pero quiero que sepa que estoy totalmente comprometido con mi trabajo. En los últimos cinco años he matado a dos personas.»

Al volver en coche de la reunión, Vinod y yo pasamos por delante de un descampado infestado de basura en Juhu, sobre el que hay un letrero en el que se lee: «Este terreno es propiedad del inspector de policía».

—Mira eso —señala Vinod—. Así están las cosas en la policía. Este país está jodido.

Ocurre antes de lo previsto. La primera llamada llega a la oficina de producción de Vinod antes de que haya terminado siquiera el rodaje. Contesta su contable. El que llama pregunta por Vinod; el contable dice que está en el plató. «Dígale que llame a Abu Salem», y deja un número de teléfono. Por la tarde vuelve a llamar. «¿Por qué no me ha llamado Vinod? Le volaré la tapa de los sesos.»

El director de producción llega al plató en mitad del rodaje del punto culminante. Vinod sabe de inmediato por la palidez de su cara que ha ocurrido algo grave. Al cabo de cinco minutos empieza a hacer llamadas. Sube hasta los estratos más altos y habla con el ministro del Interior del país, L. K. Advani. Advani le dice que no se preocupe; todas las agencias de seguridad del país trabajan con él. Poco después, Vinod tiene a un comando en su coche, un jeep lleno de policías armados detrás y quince guardias apostados alrededor de su casa, su oficina y los platós.

Al día siguiente me dice que el asunto ya está resuelto; le han llamado otra vez diciendo: «Eres como un hermano para nosotros». Se movió algún hilo y una mano de la marioneta se levantó bruscamente y dejó caer la pistola que apuntaba a Vinod. Esa noche voy a su casa. Está de buen humor y baila alrededor de su hijo. Estamos sentados en el saliente de la ventana del salón, mirando la luna casi llena y bebiendo whisky. No ha sido Advani quien ha arreglado el asunto con Salem, sino Sanjay Dutt. Fue Salem quien llevó el Maruti al garaje de Sanjay; Salem había sido cómplice de Sanjay en el caso de los atentados, el Número 87 en la Conspiración de los atentados. Salem había sido tratado como un criado por Dawood y su séquito. Siempre había querido meterse en el cine, de modo que ahora era especialista en extorsionar la

industria del cine. Sanjay llamó a su viejo colega y le recordó: «He pasado dos años en la cárcel por ti. Vinod es como un hermano para mí. Me apoyó cuando estuve en la cárcel».

Vinod ha tenido una suerte extraordinaria al hacer la selección del reparto. Contratar a Sanjay Dutt ha resultado ser una decisión aún más afortunada que contratar a Hrithik. Bacchan nunca habría detenido a los asesinos de Abu Salem. Pero Anu está petrificada.

La conversación grandilocuente de su marido tampoco ayuda. «Mi hermano es accionista de un centro turístico de las Maldivas. Iremos allí, reuniremos un ejército privado y pasaremos seis años persiguiendo a esos tipos.» Llamará a Farrokh Abdullah para que le envíe comandos cachemires para protegerlo. «Soy ciudadano cachemir.» Llevará a Hrithik a Delhi y celebrará una conferencia de prensa durante la cual ambos solicitarán públicamente asilo político a otro país, porque la India se ha convertido en una «república bananera». De este modo el gobierno de la Unión se sentirá tan avergonzado que perseguirá a los extorsionistas. ¡Vinod va a comprarse un revólver! Va por su tercer whisky y se siente personalmente ofendido, desguarnecido, por haber tenido que esconderse en su casa detrás de un muro de guardias armados. Su machismo punjabi se ha visto amenazado. Recita lo que le gustaría decir a Salem: «Ven a Carter Road, hijoputa, y resolvámoslo».

Las llamadas cesan por el momento. Pero, por si acaso, Vinod tiene previsto marcharse del país mucho antes del estreno de la película.

En el cielo se abre una mina de oro: Sony/TriStar decide comprar los derechos para distribuir *Mission Kashmir* en el extranjero. Se estrenará en Times Square, convirtiéndose en la primera película hindi que lo haga. A medida que se acerca la fecha de estreno de octubre de 2000, todo el mundo habla de nuestra película. Los representantes del fabricante de pegamento

Fevicol acuden a Vinod antes de que la película se termine siquiera. Quieren estar «asociados» con ella. El eslogan publicitario de la compañía es Bharat Jodo; pegarán el país roto a pedazos hasta recomponerlo. Creen que *Mission Kashmir* es una película sobre la integración nacional, el pegamento del laicismo que mantiene unido el país, y es una empresa adecuada para que Fevicol se asocie a ella. A cambio de este privilegio ofrecen un crore. Vinod lo rechaza, y reprende a su ayudante por considerar siquiera la oferta. No porque sea de mal gusto, sino porque el precio es demasiado bajo.

Para el estreno, Sony nos traslada en avión a cuarenta y nueve personas por todo el mundo, en clase preferente y en primera, y nos aloja en los hoteles de primera de Londres y Nueva York. Pero ni Hrithik ni Preity Zinta acuden a los estrenos de Londres y Nueva York, lo que quita emoción a los eventos. ¿Por qué?, pregunto a Anu. «Abu», responde ella.

El actor solo puede salir del país cuando así lo quiere el capo exiliado de la banda. Hrithik se ha comprometido a hacer una gira de promoción para el hombre que disparó a su padre. Va a ser su primer espectáculo, pero eso no será hasta el año que viene; con la popularidad de que goza la estrella entre los indios residentes en el extranjero, está garantizado que obtenga ingresos sin precedentes. Salem no quiere que Hrithik salga del país para promocionar antes la aventura de otro, aunque solo sea una película. De modo que había exigido a Rakesh Roshan, no mucho después de que las balas de Salem salieran de su cuerpo, que su hijo se quedara en casa. Llamó a Preity y le dijo que tampoco fuera. Sanjay recibió las mismas instrucciones, pero como ha pasado dos años en la cárcel por Salem obtuvo una dispensa especial. El *bhai* ahora se ha convertido en oficial de inmigración, concediendo o negando permisos de salida a su conveniencia.

Mission Kashmir se estrena y recibe críticas de todo tipo. Elogian la

interpretación de los actores y la banda sonora, pero encuentran fallos en el guión. Señalan, con razón, que no menciona el sufrimiento cotidiano soportado por los cachemires que llevó a sus jóvenes a la militancia. Algunas de las críticas son injustas; provienen de un poderoso director de cine convertido en crítico a quien Vinod golpeó en público en una ocasión por insultar a Anu. Lo abofeteó en el palco de un cine y solo lamentó no haberlo tirado a los asientos de platea.

Pero hay motivos de satisfacción en la película terminada. La habilidad técnica de Vinod, su talento natural para el cine, es palpable en escenas como aquella en la que el niño Altaaf espera en la oscuridad a Khan con un arma. Khan y su mujer van a su casa y recorren una serie de habitaciones, encendiendo las luces; la cámara se mueve entre la luz y la oscuridad, las luces y las sombras. Sanjay ofrece una de sus mejores actuaciones: la imagen de un hombre abrumado por la tragedia pero que trata de salir adelante como sea. Durante la primera semana de su estreno es la película número uno del enorme país. Un millón de personas al día ven a los personajes con los que hemos estado conviviendo los dos pasados años.

En una proyección que tiene lugar en el Rashtrapati Bhavan para el presidente de la India están presentes tanto Sanjay Dutt como Ramesh Taurani, que ha sacado a la venta la música de la película; los dos se encuentran oficialmente en libertad bajo fianza y los están juzgando por asesinato.

El columnista Alí Peter John entrevista al actor en *Screen*:

ALÍ: Hace unos años estaba usted solo y desesperado en una oscura celda de la cárcel Arthur Road. ¿Qué pensamientos se le pasaron por la cabeza mientras subía las escaleras del Rashtrapati Bhavan?

SANJAY: Sencillamente, no podía creer lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. Estaba como aturdido. En un estado delirante. Por nada del mundo podía creer que el presidente de la India en persona me hubiera invitado a mí, a quien los tribunales han considerado, y siguen considerando, un criminal. También empecé a creer que los

altos cargos del país eran conscientes de mi inocencia, de que me habían tendido una trampa unos enemigos que yo no visualizaba ni reconocía. Mi momento estelar fue cuando el presidente, el señor Narayan, me estrechó la mano y me dio unas palmaditas. Esa noche dormí como nunca he dormido. La India me amaba. Mis compatriotas indios querían lo mejor para mí. Estaban dispuestos a darme todo el amor que yo les pidiera.

El éxito ha saneado todo.

Cuando se estrena la película en Cachemira, el público del cine de Jammu está dividido: los hindúes aclaman a Sanjay y los musulmanes a Hrithik. Ocurre algo que no he previsto: los militantes reclaman a Hrithik como suyo, encantados de que la estrella más atractiva, la cara más reconocida del país, interprete a uno de los suyos, sin importarles el final. Esta película no causará problemas a Vinod con los terroristas. Incitará a más jóvenes a unirse al movimiento, para que ellos también puedan cantar y bailar con Preity y verse a sí mismos como dioses, como Hrithik. A otros cachemires les gusta porque al menos demuestra que sus jóvenes tienen motivos para unirse a la militancia; Hrithik se convierte en terrorista solo después de que las fuerzas de seguridad liquiden a su familia. Hasta tal punto esperan poco de los principales medios de comunicación indios los cachemires.

En Pakistán, que ha luchado tres veces con la India por Cachemira e incluso ahora está entrenando a elementos subversivos para enviarlos a la frontera, la canción «Bumbro» de la película se vuelve obligatoria en todas las bodas. La gente del país enemigo pasa por alto el mensaje y baila al ritmo de la música, dejando de lado los tópicos de la historia y concentrándose en los temas eternos de su esencia: un chico que desea a una chica, un padre que tiene conflictos con su hijo. De hecho, la oposición viene de la derecha. Los miembros de las fuerzas de seguridad india se quejan de que la película es demasiado blanda con los terroristas. Se han herido los sentimientos de una comunidad, pero no de la que esperábamos. Poco después del estreno de la

película una organización sij exige que Vinod se disculpe en público y elimine una escena en la que un policía sij aparece meándose encima de miedo por una bomba que está a punto de explotar en el barco en el que se encuentra. Los sijis afirman que no ofrece una buena impresión del valor marcial de su gente.

Con su tercera película, la fama de Hrithik alcanza unas proporciones disparatadas. Las colegialas se graban en los brazos sus iniciales con compases de geometría. Cuando Pepsi lanza un anuncio con Shahrukh y un clon de Hrithik del que se burla ligeramente, muchos de los jóvenes del país boicotean Pepsi. La policía de Calcuta detiene a más de una docena de adolescentes que se suben a trenes y aviones en dirección a Bombay para ver a Hrithik. Los maestros tratan de confiscar los carteles y souvenirs de Hrithik que han inundado las aulas, pero es imparable. Empieza a aparecer su cara en las tapas de los cuadernos de colegio, junto con frases tan inspiradoras de la estrella como: «Soñar con la persona que te gustaría ser es desperdiciar la persona que eres». Algunas autoridades se proponen utilizarlo para fines educativos. Un director de colegio cree que los alumnos apreciarían mejor la importancia de sus asignaturas si el atractivo de Hrithik se empleara de forma imaginativa. «Por ejemplo, se le podría decir a los alumnos que la capital de Maharashtra es Bombay, de donde es natural Hrithik, o que el hueso más largo del cuerpo de Hrithik Roshan es el fémur.»

Una vez más las cosas le están yendo demasiado bien a la superestrella. Un mes después del estreno se extiende por Katmandú el rumor de que Hrithik ha declarado, en una entrevista de televisión, que odia Nepal y su gente. Pienso en el actor amable y cortés que conocí, y me parece imposible creer que dijera algo parecido. Pero el rumor se propaga. Los sindicatos estudiantiles de izquierdas de Nepal animan a sus seguidores a echarse a la calle. Saquean el cine donde se proyecta *Mission Kashmir*, queman los carteles y los recortes de Hrithik, y están a punto de hacer lo mismo en la embajada india cuando la policía detiene la manifestación. Matan de un tiro a dos adolescentes. Tres

personas mueren esa noche; ciento cincuenta resultan heridas. Los gobiernos prohíben la proyección de las películas de Hrithik en todo el país. Hrithik acude a la radio y niega haber hecho las supuestas declaraciones; asegura que ama al país de Nepal y a sus habitantes. Como prueba señala que su familia hace años que tiene un leal cocinero nepalés. Esto no logra apaciguar a los estudiantes. La turba se echa a la calle y la emprende con los negocios de los indios, pegándoles fuego. Durante varios días se interrumpe eficazmente la actividad comercial de la ciudad de Katmandú. El incidente derroca el gobierno nepalí. De los ciento trece parlamentarios del partido gobernante, sesenta piden la dimisión del primer ministro a causa del incidente, aun después de que Hrithik lo haya negado. La misma cara que provocó tantos desmayos masivos entre las jóvenes está inspirando ahora un odio masivo. En ambos casos la reacción es histérica. Comprendo de nuevo la preocupación de Vinod por que el guión pudiera ofender a alguien. En esta parte del mundo la gente está dispuesta a morir por una mentira.

En las semanas que siguen empieza a salir a la luz el origen del rumor sobre Nepal. Apareció por primera vez en un periódico de Katmandú que pertenece al dueño de la principal red de telecomunicaciones por cable del país y fue recogido inmediatamente por los estudiantes maoístas. Los servicios de Inteligencia paquistaníes llevan tiempo utilizando Nepal como base para sus incursiones en la India, y las huestes paquistaníes de la Compañía-D estarían encantadas de crear dificultades a las películas en un país amigo de la India. Según la Inteligencia india, la Compañía-D dio instrucciones al dueño del periódico para publicar la mentira y retiró todas las películas indias de la programación, y durante varios días cruciales no transmitió la declaración de Hrithik negándolo todo. Esta vez el blanco de asesinato no fue el padre de Hrithik, sino su propio personaje.

Vinod gana mucho dinero con *Mission Kashmir*; es el mayor éxito de su carrera. Aunque los ingresos de taquilla van disminuyendo pasada la primera semana, todos los distribuidores y exhibidores de la película en la India se benefician. Ahora Vinod se ha estado reuniendo con Columbia-TriStar para hablar de la posibilidad de hacer una película en inglés para un público internacional. Es un modo de cubrirse, irse al extranjero. «No sé si dentro de diez años los políticos que estamos eligiendo harán que la vida merezca ser vivida.» Ya he vuelto a Estados Unidos cuando recibo por correo urgente un paquete de Bombay. Es el cartel de la nueva película de Vinod, *Chess*, que no tiene guión, ni reparto, ni presupuesto pero sí cartel, en el que aparece un tablero de ajedrez elevándose de una pesadilla de alguien y el eslogan «Dos jugadores. Uno vivo, otro muerto. Una partida inacabada». Y, por supuesto, el obligado «Una película de Vidhu Vinod Chopra». Para Vinod, el primer paso en la creación de una película es su publicidad.

Quiere que colabore con él en el guión. «Olvídate de tu libro —dice—. ¿Cuánta gente lee libros? Al cine van millones.» Y tiene razón. Hay algo en el cine, en un gran éxito de taquilla, con lo que no puede competir un libro. Nunca me he sentido más sinceramente aceptado de nuevo en el país en el que nací que cuando se me pidió que escribiera películas hindis, que construyera la vida de los sueños de mis paisanos. A ningún intruso, a ningún *firang*, le permitiríamos acercarse a nuestros sueños. Todo lo relacionado con Bollywood, las cifras, las personalidades, es desmedido, pero, a fin de cuentas, es una pasión íntima.

TERCERA PARTE
PASAJES

MINAS DE LA MEMORIA

El único acontecimiento en la climatología de Bombay es el monzón. Este año la primera lluvia llega pronto, a mediados de mayo. Puedo olerla acercarse por el mar.

—Va a llover —digo a los operarios de mi piso.

—¿Ya? —preguntan sorprendidos.

Sí. Conozco ese olor.

Así ocurría cuando era niño. Durante días había truenos y todos mirábamos el cielo gris pálido. Hombres y animales tomaban largas bocanadas de aire, que era húmedo y seco a la vez. De pronto los vientos se levantaban y agitaban el polvo durmiente, y se lo llevaban en pequeños remolinos. El verano había sido más caluroso y más largo de lo que nadie recordaba, aunque habían dicho lo mismo al final del verano pasado y de cada verano antes que ese. Es lo que se dice en el cénit.

Era la época del año en que el críquet, el juego de los largos días de verano, se preparaba para dar paso al fútbol, el tejo y las canicas. Golpeábamos de mala gana la pelota con la pala, aburridos de esperar.

Día tras día, aumentaba la tensión en el cielo. A veces todo se cubría de una negrura falsa. Los pájaros volaban raudos; creyendo que lo hacían para adelantarse a la tormenta, salíamos con ropa vieja al recinto del edificio. Mientras esperábamos, nos volvíamos irritables y nos pegábamos, hacíamos payasadas, gastábamos bromas al débil y al tonto. Deshinchábamos neumáticos, escribíamos obscenidades en las paredes del colegio de niñas. Las abuelas decían: «Ya llega, seguro».

Y sin embargo no llegaba.

Los granjeros y los gobiernos se alarmaban. Los periódicos se llenaban de funestas predicciones. La hierba se marchitaba en los campos de juego del colegio de chicas, vedados para nosotros, de modo que no parábamos hasta entrar a hurtadillas en ellos para jugar a hockey y pisotear los matorrales de flores primorosamente cuidados.

El mar yacía lánguido, exhausto, necesitado de lluvia con que lubricarse y rellenarse a sí mismo. Íbamos a los bajíos y pescábamos con las manos las diminutas criaturas marinas dejadas atrás en los lagos que se creaban al retirarse el mar de las rocas.

En la ciudad y nuestro edificio se interrumpía el suministro de agua.

No había nada con que lavar los cuerpos o la ropa que habían ensuciado los cuerpos. Apenas había suficiente para los platos; llegaban cisternas del interior del país y todos los criados hacían cola con cubos, pagaban precios exorbitantes por el agua salobre y derramaban la mitad al suelo sediento, recibiendo gritos indignados de sus señoras.

Por la noche la gente agotada soñaba con ríos y cascadas; en los cines veían las secuencias musicales para las tomas de nieve en Cachemira y los saris mojados de lluvia manufacturada, observando cómo el agua caía y fluía silenciosa y ávidamente. Compraban y se dormían con los ruidos grabados de océanos y arroyos corriendo, del agua cristalina sobre las rocas de la montaña.

Y un buen día lo sabías. Lo veías acercarse por encima del mar. Soplaban un viento recio y al principio solo era una lluvia de polvo, una cantidad enorme de polvo, todo el polvo del mundo elevándose y entrando por las ventanas abiertas de los edificios. Si estabas abajo tenías que dejar de jugar para taparte la boca y los ojos. Se te metía en el pelo y en la nariz, y renegabas del verano, llevabas todo el día sudando y no podías soportarlo ni un segundo más.

Las nubes pasaban por encima de nuestras cabezas a gran velocidad,

trayéndonos despachos urgentes de un desconocido con quien nunca podríamos hablar. El cielo estaba negro azulado, como el cuello lleno de veneno de Shiva.

De pronto la primera gota, tan ligera que podría haber sido producto de la imaginación. Podría haber sido un aparato de aire acondicionado que pierde agua.

Las hojas y las ramas experimentaban un leve frenesí. Las ventanas se abrían y cerraban de golpe, y se oía el ruido de cristales rotos. Los pájaros lo sabían. Daban vueltas como locos en el cielo, desesperados por llegar a sus nidos, a los recovecos y grietas de los edificios.

Caían más gotas, y todo el mundo lo sabía. Criadas y esposas corrían a las ventanas para recoger la ropa tendida.

Un gran estruendo en el cielo seguido de un gran clamor de la tierra, de cientos de miles de niños de todo el país al caer sobre ellos el torrente. Llevabas todo el día sudando, hacía tiempo que tu cuerpo estaba preparado para recibirlo y lo había sentido, como el de las vacas y los cuervos, y de pronto la primera lluvia caía sobre ti. Tus padres te lo habían advertido, te lo habían dicho a gritos: «¡Nunca te bañes con la primera lluvia! Está negra del polvo y la contaminación de la atmósfera, y caerás enfermo». Pero no te importa. Todos los niños del mundo están bailando en las calles, los aparcamientos y los barrancos, y por una vez los coches son detenidos por la poderosa multitud infantil con la fuerza invencible del monzón a sus espaldas. La lluvia cae en grandes gotas compactas, cortinas de agua, mundos de agua. Y tú estás en medio de ella y no puedes ver nada aparte de agua. Hay un relámpago y vuelve a ser de día, pero solo por un instante. Levantas la cara hacia el agua para que te la limpie de verano. Te entra en los ojos, la nariz y la boca, y se lleva consigo todo pecado y dolor.

Cuando deja de llover, el aire ha refrescado. Los árboles, los matorrales y las malas hierbas han desprendido su fragancia por el aire. De la tierra

reblandecida salen cientos de lombrices largas y marrones. Bombay abrirá sus ventanas y por ellas entrará el aire refrescado por la lluvia, y Bombay dormirá bien esta noche. Y si la primera lluvia ha llegado pronto dormirá especialmente bien esta noche, porque todavía te quedarán quince días hasta que comience el colegio.

EL PROPÓSITO MÚLTIPLE DE MAYUR MAHAL

La campana sigue allí. Estoy sentado en la oficina del director del colegio cuando un empleado entra, se acerca a la ventana y tira de una gruesa cuerda blanca. Se oye un repique. Conozco bien ese sonido. La cuerda está conectada a través del patio a otro colegio y a otra gruesa campana de latón, cuyos repiques pueden ser un sonido alegre, que anuncia el final de un tormento, o un sonido aterrador que da comienzo a la clase de hindi de la malhumorada señorita Quereshi.

—Permítanos felicitarlo. —Cheroot, como llamábamos al que fue mi profesor de ciencias y es ahora el director, me está sonriendo—. El 14 de noviembre vamos a celebrar una ceremonia en su honor. Y en el de Salil Ankola, el jugador de críquet, el de Shweta Shetty, cantante sensación, y el de Krishna Mehta, el diseñador. Todos son ex alumnos de Mayur Mahal —me informa alegremente.

Ha recortado del periódico un artículo sobre mí y lo ha colgado en el tablón de anuncios. Ahora soy un «alumno distinguido». En la invitación que me llegó por correo se leía: «Nos sentimos orgullosos de sus notables logros en el campo de la literatura». Por fin la institución que nunca dio muestras de enorgullecerse de mí mientras estuve matriculado en ella, y que me pegó por tener mala caligrafía y por no tomar apuntes en clase, quiere rendirme un homenaje por ser escritor.

Mayur Mahal multipropósito. Su nombre completo es Instituto de Propósito Múltiple Shreemati Nandkunvar Ramniklal J. Parikh de Mayur Mahal, y es conocido sobre todo por tener su propia calle con el mismo nombre. Impuso el título a una de las vías que comunican la cima de Colina Malabar con el mar y en la que todavía puede verse el nombre original en una descolorida caja de electricidad BEST: Wilderness Road. Con la *wilderness*, o naturaleza virgen, también desapareció, apropiadamente, el nombre.

Vivíamos en Bombay y vivíamos en Mumbai, y a veces vivíamos en ambas al mismo tiempo. El Mayur Mahal era donde llevaban los comerciantes gujaratis y marwaris a su prole. No tenía la sofisticación de los colegios de curas, como el Cathedral o el Champion. Era más probable que nuestros padres hablaran del precio del grano que de Gershwin; comíamos *fafda* en lugar de foie-gras. El Mayur Mahal impartía la enseñanza en dos idiomas, gujarati e inglés, pero el inglés medio solía ser solo de nombre. La administración se esforzaba por hacernos hablar inglés a todas horas, pero nosotros cotorreábamos en hindi y en gujarati. «Gadherao, English ma bolo ne!», nos gritaba un profesor. «¡Burros, hablad en inglés!»

Me encontré en la verja al señor Maskawala, el profesor de gimnasia, cuando volví al Mayur Mahal. Me cogió las manos con las suyas sudorosas. Todavía es un bufón, con su labio partido; probablemente sigue fantaseando con las profesoras católicas. Me condujo por delante del elefante de piedra y del pequeño altar dedicado a Saraswati. Dejamos atrás los grifos de agua fría debajo de los cuales hacíamos un cuenco con las manos y bebíamos, y en cuyo abrevadero siempre averiguabas, por los restos masticados de comida que habían caído de la boca de anteriores bebedores, qué había almorzado cada uno. Cruzamos el pequeño recinto de la parte trasera donde aprendíamos a hacer *pav bhaji*, y subimos un par de tramos de escalera hasta la oficina del director. Allí encontramos la misma escena de siempre. Dos chicos están de pie junto al escritorio de Cheroot. Este llama a Verma Sir (el profesor de

geometría que escandalizó a los miembros del consejo de administración al llevar un pescado a clase para diseccionarlo). «Hemos recibido tres quejas por escrito de estos chicos. Lléveselos y explíqueles que tendrán que marcharse del colegio, y no podrán proseguir sus estudios del segundo ciclo.» Los chicos son conducidos a su destino con la amenaza de no poder matricularse cerniéndose sobre ellos. Acude a mi memoria la bofetada que me dio otro profesor a los catorce años por haber cerrado la puerta de un aula durante el descanso. Luego me llevó a rastras a esa misma oficina del director y el subdirector escribió un certificado de expulsión, y yo lloré pensando que no me dejarían matricular en ningún colegio en el país al que estaba a punto de irme a vivir. Él me dejó sudar un par de días y luego, tras repetidas disculpas por mi parte, rescindió el certificado. Solo se estaba divirtiendo un poco sádicamente a mi costa.

Todos los profesores son personas mayores ahora y apenas se distinguen de los empleados. Cheroot explica la razón por la que ha degenerado el colegio. La administración se embarcó en una política de aceptar deliberadamente a alumnos pobres, a los residentes de los suburbios que rodeaban Colina Malabar que yo había visto cuando acompañé a Jayawantiben Mehta en su campaña electoral; el «estrato más bajo», como los llama Cheroot. «Después de todo, somos una fundación benéfica.» Hoy día es un colegio enorme: mil ochocientos estudiantes en dos turnos, atendidos por unos sesenta profesores y personal. Flota sobre él una nube de melancolía, de tristeza, de decadencia. Los niños que gritan a media tarde en el patio ahora son de tez más oscura, van peor vestidos, su corte de pelo no está tan a la moda como cuando yo estudiaba allí. «Es un colegio para los hijos de los *dhobis* y los chóferes», me había dicho mi sobrino. Cuando yo estudiaba en él, «la aristocracia mandaba a sus hijos al Mayur Mahal. Pero ahora usted no llevaría a su hijo a ese colegio. Lo llevaría al New Era —señala Cheroot—. No querría que su hijo y el hijo de su chófer estudiaran en la misma clase», concluye. Él es responsable del

deterioro y la democratización sistemáticos de una institución.

Le pregunto qué clase de métodos utiliza hoy día el colegio para castigar a sus alumnos. «Hemos de recurrir a la “amenaza”.» Pronuncia la palabra como un trueno, «¡amenaza!», al tiempo que agita las manos. «Por supuesto, ya no lo hacemos tanto, pero de vez en cuando soltamos un par de bofetadas —admite con una risita satisfecha—. Ya sabe la fama que teníamos Verma Sir y yo de imponer una disciplina férrea. ¡Hasta abofeteábamos a los alumnos!» Sí, como a mí.

Llevo dos días consecutivos leyendo en el periódico noticias de niños maltratados en los colegios de Bombay. El artículo de ayer trata de un niño de octavo curso del instituto J. B. Khot que no entregó unos deberes. La profesora le arrancó la camisa delante de toda la clase, e insistió en que se quitara los shorts. Le bajó la cremallera para quitárselos y, al tirar de ella, se le enganchó con el pene. Cuando el niño llegó a su casa, se acostó. Ahora no puede mear como es debido. «Está trastornado», afirmó su padre. En el mismo colegio, a un niño del jardín de infancia se le pidió que sacara su calendario. Pero otros niños estaban jugando con él. De modo que el profesor lo llevó a la clase de al lado y lo desnudó en medio de un coro burlón de compañeros que gritaban: «¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!». Un psicólogo, entrevistado por el periódico, condenaba los incidentes y sugería que cuando los profesores tuvieran que castigar a los alumnos, «toda la clase debería participar en decidir el castigo». Imagino una clase de Mayur Mahal ideando colectivamente un castigo. ¡Qué horas más placenteras habríamos pasado! Se nos habrían ocurrido varios bastante buenos.

En el periódico de hoy: una niña de siete años de Jogeshwari olvidó pegar la foto de un tren en su cuaderno de deberes para la clase de dibujo. A fin de enseñarle a la pequeña una lección, su profesor cogió una regla de madera y le atizó con ella en las manos, las piernas y la espalda, y, no contento con ello, le pegó con fuerza en la cara y el brazo. Después de la paliza la niña fue sin

decir nada a casa de su abuela. Al día siguiente empezó a vomitar sangre. Poco después aparecieron cardenales en el brazo y manchas de sangre coagulada en la cara. Tiene el hígado gravemente dañado y los médicos dicen que las venas de la frente podrían reventar en cualquier momento. Si vive, sus padres, que tienen otros tres hijos en el colegio, dicen que es posible que vuelvan a llevarla a él. Su profesor de dibujo fue detenido y puesto en libertad bajo fianza al día siguiente. Da clases, a las que asiste la niña, en el colegio Mahatma Gandhi.

El nombre no es fortuito. Gandhiji sabía que si hubiera dejado actuar a la gente, habría sido el movimiento de independencia más salvaje de la historia mundial. La violencia empieza temprano en la vida. Cuando se golpea a un indio adulto, se le recuerda inmediatamente sus años de colegio. Los profesores del Mayur Mahal tenían la mano muy suelta con los estudiantes; asumían una familiaridad con nuestros cuerpos. «¿Sabes?, hoy día pegar a un niño va contra la ley», nos susurramos. Cuando se oía un ruido al final de la clase nos castigaban a todos, niños y niñas, con dos reglazos en la palma de la mano. Un buen truco para reducir el dolor era frotarte la mano en la cabeza untada con aceite y luego sostenerla en ángulo, para que la madera rebotara ligeramente. En su furia los profesores a menudo rompían las reglas contra nuestras manos.

La paliza estaba asegurada los días que revisaban nuestros cuadernos. Se suponía que debíamos tomar apuntes de todo lo que decían los profesores en clase, que la mayoría de las veces era lo que leían en alto de los libros de texto, y escribirlo de nuevo en los exámenes, de modo que la educación se convertía en un ejercicio de repetición, «aprender de memoria». Los cuadernos representaban el 20 por ciento de las notas. Algo en mí se rebelaba contra la idea de tomar apuntes para perpetuar ese ciclo de hechos escritos del gobierno. El día anterior, los demás alumnos se habrían copiado unos a otros los apuntes, frenéticos. Mi madre me despertaba, y lo primero en que pensaba

yo era: «Hoy me van a dar una paliza». Me lavaba, me ponía un uniforme limpio, mi madre me daba un vaso de leche y me iba de casa reluciente para dirigirme al edificio donde iba a recibir la paliza.

En clase observaba el reloj de la pared como si fuera mi mejor amigo, como si se tratara de un amante, y me concentraba con todas mis fuerzas para que las manijas avanzaran más deprisa hacia el final de la clase. A veces el profesor se olvidaba de revisar los cuadernos ese día; cuando sonaba el timbre que ponía fin a la clase había alivio en las caras de los condenados a los que se les había perdonado la vida. Las siguientes horas eran felices; luego, poco a poco, hacia última hora de la tarde, el terror volvía a descender como una densa niebla. El castigo no había sido evitado, solo pospuesto.

Había un castigo ingenioso en el que los profesores se lucían. Consistía en un trozo de cartón blanco, con una cuerda alrededor, en el que se leía, en grandes letras legibles desde el otro extremo de la habitación: «No he hecho los deberes». Cuando ese era el caso, tenías que exhibirlo en público. Un día que no hice mis deberes, la profesora me colgó el cartón como si fuera una guirnalda y, mientras lo hacía, me pregunté por qué había gruesos chorretones negros por el cartón blanco. No tardé en descubrirlo. Al colgarme el letrero me dieron instrucciones de permanecer no solo frente a mi clase sino también frente a las demás clases de ese piso. La puerta del aula contigua se abría, y yo entraba con paso inseguro y me dirigía a la parte delantera de la clase. Allí me daba la vuelta y me enfrentaba a cuarenta compañeros en silencio. Nada gusta más a un niño que ver sufrir a otro, sobre todo en el Mayur Mahal, donde el sufrimiento estaba tan extendido que formaba parte de la mampostería. Mi humillación aliviaba la suya, de modo que el aula entera prorrumpió en un coro de risas burlonas, abucheos y bromas. Al principio traté de sonreír, como si también hubiera entendido la broma y ¿no era carcajeante? Pero enseguida descubrí qué eran esos chorros negros. Eran las lágrimas de quienes habían llevado el letrero antes que yo, y yo sumé las mías a las suyas. Cuando

terminaba mi actuación en un aula tenía que ir a la de al lado, y así sucesivamente, y, una vez que terminaba el recorrido, debía quedarme en el pasillo, cambiando de postura, tratando desesperadamente de ocultar mi anunciada vergüenza a los que pasaban.

Todo esto lo afrontábamos a través de la risa. No una risa amable e indulgente, sino burlona, profana, malvada. Nos reíamos de los profesores y rebajábamos a las profesoras a objetos sexuales; a la pechugona señorita Easo la apodamos, cómo no, Gasolinera. Nos reíamos de los otros niños cuando les daban una paliza, y al cabo de un rato ellos también se reían. Cuando me encuentro ahora con ex alumnos del Mayur Mahal, recordamos las hirientes bofetadas que nos daban y nos reímos de ellas; recordamos las palizas que recibíamos como los alumnos de otros colegios recuerdan los juegos o los premios que ganaron.

El Día de los Niños asisto con mi mujer y mi hijo al homenaje que me ha organizado el mismo colegio que me torturó durante nueve años.

—Este es Suketu Mehta. —Cheroot me presenta a los otros homenajeados tan pronto como subo al escenario—. Ha recibido un premio de manos de Bill Clinton.

—No, no fui yo.

—Del presidente Bill Clinton.

—No, no fui yo —repito, esta vez con más énfasis y sacudiendo al mismo tiempo la cabeza.

—¿No le entregó un premio Bill Clinton? —pregunta, un tanto receloso.

—No.

—Entonces ¿quién se lo dio? —pregunta Cheroot mientras se le ensombrece la cara como si me hubiera pillado copiando en un examen.

Reflexiono. ¿Qué puede significar para él el nombre de la señora Giles

Whiting?

—Una academia literaria.

Quince minutos después oigo al presentador, un chico vestido con tejanos, camisa blanca y corbata, presentarme al público.

—Y nos sentimos orgullosos de tener con nosotros a Suketu Mehta, el *laureate* de la literatura que ha recibido un premio de manos de Bill Clinton.

La licencia poética de las presentaciones no se limita solo a mí. Otro ex alumno destacado es un instructor de kárate a quien el presentador anuncia como «cinturón negro de decimosexto grado en kárate». Hay risas entre el público, ya que muchos han llevado a sus hijos a ese instructor para que aprendan a sobrevivir en las calles de Bombay, y un profesor se acerca corriendo al joven, quien se corrige. «Perdón, de sexto grado.» El colegio que tan de mala gana nos elogió cuando estudiábamos en él ahora exagera nuestros logros más allá de lo verosímil, como para compensarlo. No basta haber ido a Cornell para hacer un máster en administración de empresas, como hizo uno de mis compañeros homenajeados; fue «el alumno más destacado del máster de Cornell». Hay un campeón de tenis sobre hierba que ha acumulado veintiún puntos en los campeonatos de tenis sobre hierba. «Después de cien puntos llegará a Wimbledon.» Hay un «magnate de las bolas de rodamiento» así como varios comerciantes de diamantes, constructores y médicos, y todos son los amos de su profesión. Solo hay una mujer, «la mejor diseñadora de Asia», que está sentada a mi lado y con la que intercambio recuerdos mientras los oradores se extienden sobre los males de la educación moderna. La profesora de artesanía llega tarde, con el pelo rojo de henna y un sari semitransparente. Nos hacía construir tanques con cajas de cerillas pegadas entre sí y plantar arbustos en macetas; todos los míos se murieron. «Me dijo que no era capaz de dar una puntada —me susurra la Mejor Diseñadora de Asia—. Me entran ganas de decirle que así es como me gano ahora la vida.»

El hermano del hombre del máster en administración de empresas de

Cornell iba a mi clase. Me lo recuerda. «Cuando ayer le dije los nombres de los alumnos a los que nos iban a homenajear, se acordó de ti. “Una letra terrible”, dijo.» Fue en lo único que sobresalí en ese colegio. Mi letra había sido retorcida cuando entré en el Mayur Mahal, en segundo curso. En mi anterior colegio, en Calcuta, me habían enseñado a escribir con «letra apretada», escritura cursiva; en el Mayur Mahal, en cambio, la norma era separar las letras. Mis manos se resistían a la nueva caligrafía y recibieron reglazos por esa razón. De modo que mi letra se quedó atascada en una fase de transición, entre apretada y separada, entre Calcuta y Bombay; una fuente, un código en sí mismo que solo yo puedo descifrar. Daba dolor de cabeza a los profesores; muestras de ella recorrieron el colegio para ilustrar las penalidades de la vida de un maestro. Se comparó con el arte moderno y con hormigas con las patas mojadas de tinta arrastrándose por el papel. Por otra parte, un profesor que me tenía aprecio me dijo: «Gandhiji también tenía mala letra». Me consoló tanto que busqué ansioso todas las muestras de la escritura del Mahatma, hasta convencerme de que la mala letra no solo se veía recompensada con la grandeza más adelante, sino que también era un requisito indispensable para alcanzarla. Mi profesor de lengua y literatura inglesa no era de esa opinión y se negaba a leer mis redacciones. Suspendía la asignatura que mejor se me daba. Mi padre se hartó y me puso un profesor particular de caligrafía.

El profesor era un hombre bajo y tímido con bigote y gruesas gafas negras que daba clases de dibujo en un colegio gujarati. También era, según descubrí después de la primera clase, un comunista consagrado. Declaró que me enseñaría primero los fundamentos de dibujo para mejorar mi caligrafía. Con tal fin, me indicó cómo dibujar dos manos estrechadas, símbolo de la amistad indosoviética. En clases posteriores me hizo escribir largos ensayos sobre la amistad indosoviética, para que hiciera prácticas de caligrafía. Mi padre, el comerciante de diamantes, se dio cuenta de que mi letra no daba muestras de

ser más legible. Mientras él se iba cada día para intentar ampliar su capital oprimiendo a los trabajadores de diamantes, su único hijo era sistemáticamente adoctrinado sobre el conflicto de clases en su propia casa, a expensas de él. Mi padre echó a patadas al profesor de caligrafía. Mi letra siguió siendo tan retorcida como siempre, pero yo sabía mucho más sobre la Unión Soviética.

De pie en el escenario, Kanubhai, el miembro del consejo de administración de ochenta y dos años, con un gorro blanco estilo Gandhi, se ve obligado a levantarse reiteradamente para recibir los saludos de los innumerables homenajeados. Cada vez que se anuncia un nombre, alguien le da un codazo por detrás. Se despierta con un sobresalto y se levanta rápidamente de la silla, coloca el chal sobre los hombros del homenajeadado y vuelve a dejarse caer agradecido en su silla y a sumirse en su sopor. El médico sentado a mi izquierda se inclina hacia mí. «Lo examiné la semana pasada. Está muy delicado. Me preocupa.» No quedaría bien que Kanubhai exhalara el último aliento el Día de los Niños; aunque, pensándolo bien, sería de algún modo apropiado.

Después de la ceremonia bajamos del escenario y buscamos la salida. Tengo muchas ganas de irme, pero nos conducen a una sala trasera sin salida; tengo que quedarme allí con mi mujer y mi hijo mientras nos ofrecen bruscamente fuentes de samosas y sándwiches. Estoy tenso. No quiero mirar al pasado, y menos aquí y con esta gente.

—Hola, Suketu —dice alguien. Me vuelvo y veo ante mí a un hombre bajo y moreno con una cara poco agraciada, que en ese momento es todo sonrisas—. No te acuerdas de mí.

Lo hago inmediatamente.

—¿Urvesh?

Me estrecha la mano. Debería arrodillarme y pedirle perdón. Hace un cuarto de siglo le herí de la peor forma posible y todavía sigue vivo el

recuerdo de la vergüenza.

Urvesh era un chivato que disfrutaba enfrentando a los niños mayores unos con otros en el patio del Dariya Mahal, y siempre lo lograba. Contaba cuentos, primero al oído de un *dada* y luego al de otro, y conseguía que se pelearan. Urvesh era bajo y tenía la cara picada de viruela, y antes de que aprendiera esta táctica de supervivencia había sido víctima de muchas palizas. Un día su madre murió y le afeitaron la cabeza. Poco después me peleé con él y busqué la forma de herirlo de verdad. Le había pegado muchas veces, pero él nunca lloraba; había aprendido a no llorar, como hacen los niños. De modo que le grité: «¡Sé que tu madre ha estirado la pata!». Se hizo un silencio horripilante en el pequeño patio. Luego mi mejor amigo, que hasta entonces también había querido dar una buena tunda a Urvesh, me pegó en la nuca, con fuerza. Urvesh no dijo nada, nada en absoluto. Por el amor de Dios, ¿por qué tiene que estar delante de mí aquí y ahora?

Pero Urvesh no recuerda nada de todo eso; me está hablando con entusiasmo. Me explica que sigue viviendo en el barrio y que trabaja en el comercio de diamantes. Tiene mujer e hijos. ¿Cómo ha podido olvidar lo que le hice cuando más vulnerable era? Después de todo, yo no lo he olvidado. No sé quién más podría acercarse a saludarme, y temo también lo contrario, que me dejen solo, que me hagan el vacío. La habitación me está cercandando y busco desesperado la puerta. Mi hijo ha terminado de comer dulces y pide una samosa. Le cojo la mano y salgo con él y con mi mujer a la calle para buscar un taxi. Estoy más nervioso que en mis reuniones con los gánsters. Aquí el peligro es real. Sé que debería quedarme y ver quién se acuerda de mí, si tiene anécdotas que ofrecer. Pero es demasiado arriesgado. Ni al aire libre me siento a salvo. Se me acerca una mujer sonriendo. Vive en mi edificio; es la suegra del hombre que aparcó su coche en mi plaza. Me dice que no sabía que yo había estudiado en el Mayur Mahal. Sonrío, murmuro algo y conduzco a mi familia hasta un taxi.

Pero he de volver al colegio. Encierra nueve años de mi tiempo fantasma; debo resignarme a la idea. Voy cuando no puedo seguir eludiéndolo.

Mientras subo las escaleras en mi segunda visita, el corazón me late con fuerza. Tengo que parar un momento, frente a la vitrina de la «Carta de Lincoln al profesor de su hijo», en el entresuelo. Todavía tienen mis viejos boletines de notas, mi expediente escolar. Les echaré un vistazo. De pronto me siento lo suficientemente valiente. En la oficina administrativa el empleado saca de mala gana mi ficha de salida de un archivo de 1977. Veo mi nombre junto a las distintas entradas. «Casta: bania hindú.» Bajo la columna «Progreso» todos los alumnos tienen un «Bien», excepto un «Mal» y mi «Satisfactorio». Hay otra entrada llamada «Conducta» y la mía es calificada de «Buena».

Mi carrera académica en ese colegio alcanzó su apogeo en quinto, cuando me convertí en el primero de la clase, y luego cayó en picado, de modo que cuando me marché mi clasificación dentro de la clase estaba fácilmente en dígitos dobles. Poco después de que salieran los resultados de los exámenes estatales aparecerían en los periódicos las fotos de los mejores alumnos, en anuncios de clases particulares para las que habían trabajado duro día y noche. Llevaban gafas gruesas y parecían debilitados por la masturbación frecuente. Bhavesh Sadasyachari, el número seis en toda la India. Ninguno sonreía por su triunfo. Más bien parecía que no habían sonreído en un mes. Y casi todos estaban destinados a apoltronarse en asientos de burócratas, ya fuera del gobierno o de compañías, para hacer la vida imposible a los que habíamos ganduleado en el colegio, salido a bailar y, en general, suscitado su envidia desde la guardería.

El empleado me hace pasar a la sala del supervisor. Verma Sir está recibiendo de dos chicas un fajo de billetes. Le recuerdo enseñando geometría con su acento del sur de la India: «Ven yex meets vuy...». Después de

saludarme me explica los billetes.

—Son para pagar al personal. Los padres contribuyen, porque todo nuestro dinero se está yendo a Surendranagar, donde tenemos un colegio para chicas indigentes. Aparte de otros cuatro o cinco profesores como yo, que somos ricos gracias a las clases que damos a grupos reducidos, no tenemos dinero para pagar al resto del personal según las escalas de la Quinta Comisión Salarial. De modo que los padres contribuyen con lo que pueden...

No está insinuando nada, pero imagino el propósito de su larga explicación sobre la situación financiera del colegio y digo:

—Tal vez podría hacer un donativo.

—¡Nos basta con que haya venido! —responde enseguida—. ¡Su sola presencia ya es un donativo!

Me muestra el colegio. En el primer piso ahora solo hay salas de profesores salvo en una en la que un grupo de chicas están cantando una canción patriótica, dirigidas por un profesor sentado en el suelo con un armonio. Entramos en distintas clases y al vernos los alumnos se levantan bruscamente, en bloque. Se quedan de pie hasta que Verma Sir les indica que se sienten.

—Este es Suketu Mehta —me presenta—. Es escritor profesional. Recibió un premio del presidente de Estados Unidos. —Vuelvo a corregirle y me pregunta—: ¿Quién se lo dio?

Me rindo. El origen presidencial del premio quedará eternamente unido a mí en este colegio, como un error informático irreversible.

—Fue... el gobierno de Estados Unidos.

Eso lo deja satisfecho.

—Recibió una beca del gobierno de Estados Unidos.

La clase prorrumpe en un aplauso espontáneo. Salgo avergonzado. Esta aprobación me resulta tan insoportable como los anteriores castigos del colegio.

En otra clase pregunta a los alumnos si quieren hacerme alguna pregunta.

—Ha publicado muchas novelas —les informa.

Pregunto si hay algo que yo pueda enseñarles.

—¡Geometría! —gritan—. ¡Geometría!

Pido ir a una clase de lengua y literatura inglesas, y entramos en una y nos sentamos en el fondo. El profesor está guiando a los alumnos a través del libro de texto de Balbharti: «A farewell» de Tennyson. En la pizarra hay dos palabras escritas: «Somersby» y «Lincolnshire». La chica sentada a mi lado tiene el libro abierto por el poema. «Flow down, cold rivulet, to the sea...»* Los intersticios y recovecos de las letras han sido rellenados de tinta azul. Por encima del título ha escrito «Finales»: sus conocimientos sobre el poema serán calibrados en los exámenes finales y ha dibujado al lado una cara sonriente. La ilustración de la página es un arroyo que corre y sobre el cuerpo de agua inglés la chica ha escrito «Varsha», indianizando así el nombre, explicándoselo a sí misma, haciéndolo menos prohibitivo.

—El poeta está hablando con el río —explica el profesor—. Es una figura retórica llamada apóstrofe.

Yo no lo sabía. Tendré que buscarlo más tarde en el diccionario. Sigo aprendiendo cosas nuevas en el Mayur Mahal. El aula no ha cambiado prácticamente nada desde los tiempos en que yo me sentaba en ella. Las mismas paredes mal pintadas, el mismo altavoz encima de la misma pizarra negra por el que cada mañana suenan a todo volumen canciones patrióticas y religiosas, y las advertencias del director. Un calendario en la pared señala el paso del tiempo para los hijos de padres jainistas e hindúes abstemios, obsequio de Standard Wines Stores. Los mismos pupitres de madera llenos de arañazos y marcas, con su ranura para los instrumentos de escritura, los bolígrafos aceptados hoy día. Las ventanas de un lado del edificio ofrecen una vista de los frondosos jardines de las mansiones de Colina Malabar. «Flow down, cold rivulet, to the sea...» El profesor está explicando de qué trata el poema. «Si cambiarais de residencia, si dejarais atrás los recuerdos de los

años de colegio, de la niñez, ¿qué sentirías al tener que adaptaros a un colegio nuevo, a una nueva vida?» Un poeta está despidiéndose de su país, del país de su niñez:

*A thousand suns will stream on thee,
A thousand moons will quivers;
But not by thee my steps shall be,
For ever and for ever.**

Al salir al pasillo no me atrevo a darme la vuelta, porque un niño podría salir corriendo de una de esas aulas, impaciente por tomar el aire, y tropezar conmigo y decir: «Perdone, señor». Y levantar entonces la vista hacia mí y verse a sí mismo.

UN MUNDO DE NIÑOS

Los sábados vamos a los Jardines Colgantes con los niños. Me gusta ver a mis hijos entre los visitantes de los barrios de las afueras. Tengo una confianza básica en esas familias de oficinistas, esas abuelas que preparan las cestas de picnic, esos niños vestidos con imitaciones indias de ropa occidental. Confío en lo que quieren para sus hijos: que tengan un hogar, una esposa, unas pocas comodidades más de las que ellos han disfrutado.

El día del cumpleaños de mi hijo mayor, Gautama, lo llevamos al templo de Mahalakshmi. Fuera hay una mujer sentada con una vaca y una cesta llena de manojos de hierbas. Le doy cinco rupias y ella ofrece uno a Gautama, que da de comer a la vaca fascinado mientras acumula méritos. Los animales que mis hijos ven en los cuentos en Occidente —elefantes, camellos, pavos reales— andan sueltos por las calles de la India. Al mejor amigo de Gautama le mordió

hace poco un mono en el recinto de su lujoso edificio de Ridge Road. Constituyen un peligro urbano poco corriente en otros países.

De camino al templo pasamos por delante de una librería: Motilal Banarsidas, Editores de Libros Indológicos. He estado en sucursales de esa tienda en Varanasi, Delhi y Madrás, y mis estanterías están llenas de su cosecha, de modo que decidimos entrar un rato en esta antesala del templo. El gerente, reparando en el gorro de cumpleaños que lleva Gautama, indica al empleado que le dé un puñado de bombones. Hojeamos alegremente libros largo rato y seleccionamos varios para comprarlos; los recogeremos a la vuelta. Luego vamos al templo para ser testigos de la representación actual de la filosofía conservada en los libros.

Al subir la escalinata del templo pasamos por debajo de una pancarta enorme que da la bienvenida al ministro en jefe de Maharashtra, Narayan Rane, que ha sido recientemente juzgado por asesinato y absuelto en virtud de un tecnicismo jurídico. Sunita y Gautama se ponen en la cola de las mujeres para recibir el *darshan* y yo me uno a la de los hombres. Cuando llegamos al ídolo, Gautama junta las manos y empieza a hablar a la diosa («Gracias por darme un cumpleaños tan bonito»), pero él y su madre son empujados por detrás; seguid andando, otros quieren su audiencia. Se reúnen conmigo y nos quedamos detrás de la celosía del fondo mientras empieza el *aarti*. No conocemos los rituales; no nos sabemos las letras de las canciones. Los fieles cantan con ímpetu, y hay un gran estruendo de campanas y tambores. Estamos más allá de la frontera, y el sacerdote no se acerca a nosotros con su lámpara de aceite, sobre la que otros ahuecan las manos para luego tocarse la frente procurándose su bendición. Yo siempre iba al templo con mis abuelos, pero ellos ya no están aquí para decirme qué debo hacer, cómo conseguir *prasad* de coco o dónde comprar las flores para las deidades. De modo que nos vamos, mi mujer extranjera, mi hijo extranjero y yo, y al salir le compramos a Gautama una flor de loto, la flor de Lakshmi, a un precio excesivo. De nuevo

en la librería, recogemos nuestros libros: una traducción de poemas devotos a Vishnú de Antal, la poetisa tamil del siglo IX; una versión de un solo volumen del Bhagavata-Purana, y un cómic sobre la vida de Ambedkar para nuestro hijo. Aprendí por primera vez el hinduismo de mi abuela, y era místico, no analítico. Luego volví a estudiarlo en las universidades estadounidenses. Las historias que se sabe de memoria esa gente del templo tuvieron que explicármelas los académicos estadounidenses.

Mi hijo menor, Akash, es un niño tranquilo al que básicamente le gusta estar contento. Cuando sonrío veo la blanca hilera de dientes listos para salir del confinamiento de las encías como si se tratara de un cascarón. La otra vida, la recién acabada, aún no le ha abandonado del todo, pero desaparece deprisa. Una mañana está de pie agarrado al sofá. Lleva rato dándonos señales. Tiene fiebre y una tos que suena como un ladrido. Ha estado levantado toda la noche y esta mañana lo he encontrado en nuestra cama. Se ha subido solo. Lo he dejado en el suelo y ha repetido la hazaña. Luego ha llegado la segunda señal: se ha levantado sobre la cama, estando sentado. Ahora, de pie junto al sofá, el biberón de agua que está mordisqueando se le cae de las manos y rueda por el suelo. Lo observa alejarse de él, luego da la espalda al sofá, coloca una pierna frente a la otra, adelanta la que ha quedado atrás y repite la operación, hasta estar cerca del biberón. Sin darse cuenta de lo que ha hecho —una derrota a la gravedad tan despreocupada, tan perfecta, tan indirecta que parece accidental—, y sin detenerse a celebrar su maestría, se agacha hasta quedar sentado en el suelo y sigue mordisqueando el biberón. Lo vemos mi hijo mayor y yo. Llevo días quejándome de trabajar en casa porque los niños me distraen. Pero ahora en lugar de estar en una oficina estoy aquí para ver a mi hijo dar sus primeros pasos, y es un espectáculo que recordaré el resto de mis días.

Después de tener hijos me he percatado de que el mundo está lleno de

niños. No estaban allí cuando yo tenía veinticinco años.

He prometido a mis hijos que estaré en casa a media tarde, y ya son las diez de la noche y sigo en mi oficina de Elco Arcade. Veo un taxi aparcado fuera y me estoy acercando a él cuando distingo a un grupo de niños muy pequeños en la calle. El dueño del puesto de leche los está ahuyentando, «Haddi!», una palabra que utilizas con un perro callejero. Me paro. Son cuatro: una niña de unos seis años, otra niña y un niño que deben de tener dos años menos, y el más pequeño, un niño que seguro que no tiene más de dos. Solo las niñas van vestidas, con trajes sucios y demasiado grandes. Los niños no llevan nada encima aparte de unas cuentas blancas alrededor del cuello. Rodean a la niña mayor, que está examinando algo que ha encontrado entre los desechos de los puestos de comida; es un sándwich, dos trozos de pan manchados con chutney verde. Mientras los otros tres observan hambrientos, ella se lo come muy concentrada. Los otros juegan con pajitas que han encontrado en la basura del puesto de cocos, las ensartan unas con otras. El niño más pequeño se va; está claro que no va a conseguir nada, de modo que se tumba indolente en la calle y rueda una vez y media sobre sí mismo, despacio, un movimiento que conozco bien de observar a Akash hacerlo, en medio de agua sucia, excrementos de perro, pulpa de jugos, escupitajos de betel y polvo corriente que se adhieren a su cuerpo desnudo y moreno, sus pequeños brazos, su barriga gorda e hinchada. Luego se levanta y deambula por la calle como si estuviera soñando, como hacen los niños. Por su lado pasan taxis, autobuses y *rickshaws* a gran velocidad y él ha recorrido ya una cuarta parte de la calzada, pero nadie dice nada, ni la niña, ni ningún transeúnte, ni yo. Es demasiado bajito para que lo vean los conductores. No hay ninguna madre a la vista. Tengo el corazón en un puño cuando el niño de pronto se para, sonrío y regresa al arcén. Los demás niños están sentados alrededor del sándwich en la mitad del camino de acceso a mi edificio, y el hombre del puesto de leche les está gritando sin ganas que se aparten de la carretera, que pasan coches. «¿Dónde está su madre?»,

pregunto al hombre de la leche, y me dice que no lo sabe. Ha pedido al vendedor de cocos que mire a los niños y este le ha respondido enfadado que no son suyos. No puedo caminar hasta el taxi. Estoy paralizado, me ahogo, se apodera de mí una tristeza desesperada. No puedo limitarme a darles dinero. El niño pequeño tiene la cabeza afeitada, igual que Akash. ¿No puede hacer nadie nada? No puedo dejar a este niño aquí tirado, pero al mismo tiempo quiero largarme. No puedo llevarlo a casa. Me planteo ir a buscar a un policía, pero cogerán al niño y lo enviarán a una cárcel transitoria para menores. Hace poco en un centro de «observación» de Bhiwandi murió un niño de tres años a causa de palizas prolongadas. ¡Tres años! ¿Quién mataría a golpes a un niño de tres años? ¿Cuántas molestias pudo causar?

La niña mayor y yo cruzamos una mirada, y ella lo sabe inmediatamente. Se acerca a mí.

—*Saab*, algo para comer.

Y alarga una mano.

Le pregunto dónde está su madre y me dice que no está aquí. Le pregunto si han comido y, por supuesto, me dice que no. En ese momento pasa un vendedor de cacahuets y lo llamo con un gesto.

—No comemos eso —dice la niña.

—¿Qué coméis entonces?

—Leche.

Me acerco al puesto de leche y el vendedor los ve seguirme.

—¡No os acerquéis tanto! —les ladra.

—Cuatro leches —pido.

Su ayudante se acerca con un palo, de los que se utilizan para ahuyentar a los monos, y lo sacude ante los niños.

—¡La leche es para ellos! —exclamo.

Aparecen encima del mostrador cuatro botellas de Energee con sabor a pistacho, y los cuatro niños se sientan en la carretera y empiezan a beber a

sorbo su leche con pajita. Miro al más pequeño; se le nota en la cara que está encantado e impaciente por bebérsela mientras se lleva la pajita a la boca. Me acerco al taxi deseando llegar a casa y dar un beso a mis hijos.

SONE KI CHIDIYA

«Bambai a Sone ki Chidiya hai», me dice un musulmán del suburbio de Jogeshwari cuyo hermano fue abatido a tiros por la policía durante los disturbios. Un pájaro de oro; intenta atraparlo si puedes. Vuela tan veloz y ágil que tendrás que esforzarte mucho y sortear muchos peligros para capturarlo, pero una vez que lo tengas en la mano, se abrirá ante ti un futuro lleno de magníficas expectativas. Esta es la razón por la que todos quieren venir aquí, y dejan los agradables árboles y los espacios abiertos del pueblo para hacer frente a los disturbios, y al aire y el agua contaminados. Del pueblo a la ciudad, para fundar pueblos dentro de la ciudad. Los suburbios y las aceras de Bombay están llenos de pequeñas vidas que pasan inadvertidas en medio de la multitud, que no son ensalzadas en las películas de Bollywood. Sin embargo, cada una vive a una escala mítica. En ella hay batallas del bien contra el mal, supervivencia o muerte, amor y desconsuelo, y la incesante y edificante persecución del pájaro de oro. Lo que tienen en común unos con otros, lo que tienen en común conmigo, de hecho, es la inquietud, la incapacidad o poca inclinación a estarse quietos. Como yo, están más contentos en tránsito.

GIRISH, UN TURISTA EN SU CIUDAD

«Necesitas un sherpa», me dijo un editor cuando yo recababa información para escribir mi artículo sobre los disturbios. Al poco tiempo encontré a Girish Thakkar, que trabajaba como programador en la oficina de un amigo. Resulta ser la persona adecuada; Girish vive como un turista en su propia ciudad.

Nuestros recorridos suelen empezar en Churchgate, donde Girish coge el tren para volver a casa. Muchos de los letreros de las estaciones son de huida: «Puestos en el extranjero», para un periódico, y otro, encerrado en cristal al lado de un perro que ha encontrado un hueco para dormir, para los que van en dirección contraria:

GRANJAS ENCORE

Solo 20 rupias/m²

40 árboles frutales, 20 mangos, 10 anacardos, 10 otros

Tukashi Village

Mientras la gente va estresada a la ciudad por las mañanas o regresa cansada a su casa por las noches, puede que vea este letrero y que a lo largo del día en la oficina o durante el largo trayecto en el tren abarrotado le acompañe una pequeña visión: un pueblo pequeño, una casita rodeada por todas partes de árboles con las ramas cargadas de fruta esperando a que la recojan, un silencio que envuelve el huerto. La visión de una niñez pasada en la granja de una abuela.

Cogemos el tren a Jogeshwari y recorremos con dificultad las calles del suburbio hasta que llegamos al callejón donde se encuentra la barraca de Girish; es imposible dar con ella a menos que alguien te lleve. La habitación está llena de gente. Las visitas entran y salen a todas horas; cada vez que entra alguien los que han llegado antes se mueven para hacerle sitio en el catre, como en un juego continuo de sillas musicales. Se les invita a comer pero ellos saben negarse. En la habitación hay una silla plegable metálica, reservada para los invitados de honor, que es donde estoy sentado ahora, un taburete para los que van demasiado a menudo, un catre metálico, un armario metálico, una encimera junto a la cocina de gas, un televisor, una mesa y varias estanterías. Estos son todos los muebles de la vida de siete personas: dos padres y cinco hijos de veintitantos años. El padre está sentado en el suelo

desvainando guisantes. Por encima de nuestras cabezas hay ropa tendida en cuerdas de plástico. La puerta está abierta hasta tarde; en el suburbio encuentras pocas cerradas. Todas las ventanas están en una sola pared, la orientada a las callejuelas a las que se abre la puerta. Pasa un vendedor que pregunta en todas las puertas con una botella abierta en la mano: «Vicks Ayurvedi Balm?». Todos se ríen de él. Hoy hay muchas risas. Es fiesta, y todo el mundo está relajado y disfruta la novedad de que toda la familia esté reunida en la casa. Los chicos se turnan para dormir en un lado del catre mientras los demás están sentados en el borde. Girish no ha tenido en toda su vida una cama para él solo.

La casa de los Thakkar es un santuario. En esta habitación se escondieron las mujeres de tres familias durante los disturbios. Además de considerarse un lugar seguro, había teléfono, y la gente entraba para utilizarlo y preguntar preocupados por sus familiares. En ella también se refugió un marino búlgaro al que le habían robado todo el dinero y las maletas en el aeropuerto. Paresh, el hermano menor de Girish, que da clases de baile disco, se lo encontró en un hotel llorando y lo llevó a su casa. No tenía dinero para ir a la costa gujarati donde estaba atracado su barco. La familia le dio dinero para el billete de tren. Luego pensaron: «Este hombre no habla el idioma, volverán a robarle». De modo que decidieron que Paresh iría con él hasta la costa, en un viaje de varios días, para asegurarse de que llegaba sano y salvo. Sus temores eran fundados. Durante un control policial en el tren en Gujarat, un estado donde está prohibida la venta de bebidas alcohólicas, encontraron una botella de vino para cocinar y un juego de cuchillos de aspecto peligroso en la mochila del marinero, que era cocinero. Eran sus instrumentos de trabajo, dijo, pero la policía le puso una multa de dos mil rupias, que Paresh logró rebajar a doscientas y la botella de vino. La familia todavía habla de ese incidente. Me muestran un álbum con una foto del marino alto vestido de blanco, abrazado a sus amigos indios. Nunca les escribió.

La habitación tenía las paredes de bambú y el tejado de barro cuando los Thakkar entraron a vivir en ella. Con los años han hecho mejoras, han puesto un tejado de zinc y han cubierto de plástico las paredes.

—¿Qué íbamos a comprar con un sueldo de ciento cincuenta rupias al mes? —recuerda su madre—. El padre de Girish quería que todos sus hijos prosperaran. El mayor lo está haciendo; todo esto ha salido de su sueldo. Girish no puede dar nada. Cuando perdió ese dinero en el bazar de acciones, se puso enfermo. Ahora está en una mala situación y no puede dar nada. Su padre dice: «Mira, mi segundo hijo no puede contribuir con nada».

Girish la mira con su sonrisa siempre presente. Tal vez esa es la razón por la que nunca para en su casa. Tiene veinticinco años; debería dar dinero y no lo hace. En estos momentos es una carga para la familia.

Para la inmensa mayoría de las familias de Bombay —el 73 por ciento, según el censo de 1990—, el hogar consiste en una sola habitación donde vivir: dormir, cocinar, comer. La media es de 4,7 personas por habitación; la familia de Girish la supera en un 2,3. La función del mobiliario cambia continuamente a lo largo del día; la cama se convierte en sofá por la mañana; la mesa de comedor es un escritorio entre comidas. Sus ocupantes también son transformistas; se cambian de ropa envueltos en una toalla, detrás de una cortina, tan deprisa que pensarías que son invisibles. Pero la invisibilidad se la conceden en realidad los demás ocupantes al desviar la mirada durante la transformación. ¿Cómo diablos se las arreglaron sus padres para concebir a cinco hijos en esa habitación? Deben de verse muchas cosas sin mirar y oírse muchas cosas sin escuchar.

Girish pasa el mínimo tiempo posible en Jogeshwari: se va en el tren de las siete y vuelve a medianoche. Si es domingo, en lugar de dormir la siesta en su casa se irá a Kandivili, a la academia de informática de un amigo para dar dos horas de clase. Hay todo tipo de acuerdos tácitos sobre el uso por turnos de la habitación por parte de los miembros de la familia. No hay suficiente espacio

para que estén todos a la vez salvo mientras duermen, cuando los movimientos corporales se reducen al mínimo. Solo entonces pueden amontonarse, cuando están dormidos o muertos. En un suburbio, el hogar se vive en tiempo compartido.

Pregunto a Girish cómo duermen él y el resto de su familia en la habitación. Me mira y saca un bolígrafo.

—Verás, somos siete personas. —Le ofrezco mi cuaderno para que trace el plano de la distribución de las camas. Él lo aparta y coge una servilleta de papel—. Mi hermano mayor y yo en el catre. —Y dibuja dos círculos sobre un rectángulo—. Luego mis dos hermanos pequeños en el suelo. —Dos balones más debajo del rectángulo—. Mis padres en la cocina. —Esta solo está separada nominalmente de la parte delantera de la habitación. Por último traza una línea y escribe en ella «mesa»—. Y mi hermana debajo de la mesa.

Después de esta explicación, coge la servilleta de papel, la dobla, vuelve a doblarla, la estruja con fuerza haciendo una pelota y, cuando se ha vuelto tan pequeña que es insignificante, la tira. Luego levanta la vista y me sonrío.

Salimos a las callejas de la barriada. Aquí hay una diversidad de ocupaciones que no encuentras en los barrios de los ricos. Girish me enseña una barraca llena de conchas de mar; un hombre está fabricando con ellas objetos de regalo con una bombilla dentro. Cerca de la estación, Girish se encuentra con alguien, un luchador de la industria del cine que describe su nueva película como una «historia de amor con un poco de mafia».

A continuación, Girish presenta sus respetos a un capo de la mafia local, Ramswamy, que vive encima del Sai Betting Parlor y dirige una extensa operación de contrabando. En la habitación donde vive hay varias fotos suyas con un bigote poblado; no sonrío en ninguna. El capo está tumbado de costado, sin camisa. «Un hombre necesita llenarse la barriga», dice, y se da unas

palmadas en la tripa, que tiene forma y vida propias, y que se desparrama como una foca sobre la cama, con dos profundas marcas de cuchillo en los lados como las estrías de una madre de doce hijos. Ramswamy tiene tres esposas oficiales y diez o doce extraoficiales; suele empezar cada frase con «Bhenchod...», pero no con Girish. «Me da respeto.» Pregunto a Girish por qué Ramswamy no se ha comprado un piso mejor, fuera del suburbio. «Solo quiere vivir donde pueda mandar», me explica.

Seguimos andando y pasamos por delante de un letrero colocado sobre una barraca: «Curso Rápido de Informática». «Aquí cualquiera se ha puesto a dar clases», dice Girish. Los suburbios de Bombay están llenos de programadores que están aprendiendo Visual Basic, C++, Oracle, Windows NT. Es un nuevo mundo hospitalario para los chicos listos de Bombay como Girish; les muestra una salida, como el boxeo o el baloncesto en Harlem. Los periódicos están llenos de anuncios de compañías, próximas y lejanas, que quieren a nuestros chicos para un trabajo honrado, bien remunerado, con una oficina con aire acondicionado y la oportunidad de ver mundo. La hermana pequeña de Girish, Raju, trabaja llevando a esos chicos de aquí para allá. Imparte un curso de preparación de exámenes en el segundo piso de una barraca. Dharmendra, el hijo mayor de los Thakkar, da clases de historia cuando puede.

Una chica de primer nivel se levanta a una indicación de Raju para recitar la promesa de lealtad:

La India es mi patria.

Todos los indios son mis hermanos.

[De aquí que todos seamos *bhenchods*, recuerdo de mis años de colegio.]

Siento orgullo de mi patria.

Me...

Baja la vista. Ha olvidado el resto. Se sienta de nuevo en el suelo.

Buena parte del trabajo de Raju consiste en ofrecer asesoramiento a los

niños de hogares conflictivos. Convierte a sus alumnos repetidores en buenos estudiantes que sacan más de un 80 por ciento en sus exámenes. Pero no es una empresa lucrativa; una vez pagados el alquiler y los sueldos de los demás profesores, no está ganando dinero este año. Cuando vuelve a casa se pone a ayudar inmediatamente a su madre a preparar la cena. Su padre me mira y asiente. «Muy trabajadora.» Es buena con su padre, sus hermanos y su madre. Será buena con su marido y sus hijos cuando lleguen. La veo caminar por las callejas del suburbio; logra conservar su lozanía y su atractivo entre las alcantarillas al aire libre.

El momento más destacado del año para los Thakkar es su estancia anual de dos o tres semanas maravillosas en su pueblo, Padga Gam, cerca de Navsari. Allí son dueños de una pequeña granja en la que cultivan caña de azúcar, berenjenas y este año arroz. Durante varios kilómetros a la redonda no hay nada más. Es una casa grande, dice Girish. Tiene más de una habitación. En el pueblo se levanta por la mañana y come inmediatamente. Su madre cocina productos de la granja en un hogar de fuego de leña, en cazuelas de barro. Girish gandulea en la cama. Duerme un rato más. Come algo más. Hay un pequeño televisor portátil en blanco y negro que todos ven por las noches. No soporta volver a Bombay.

—Me siento deprimido cuando subo al tren de Virar —dice—. Me siento realmente deprimido. Si alguien me toma el pelo podría hasta golpearlo.

Girish y yo salimos una tarde de su oficina, situada en el centro de Bombay, y buscamos *bhelpuri*. En Bora Bazaar encontramos la Shree Krishna Bhelpuri House —«Cambiamos billetes viejos y rotos»—, un carro en medio de montañas de pieles de cebollas y patatas. Girish señala el montón de billetes viejos y rotos que hay detrás del *bhaiyya*. Ayer le dio veinticuatro rupias en billetes sucios y él se los cambió por veinte nuevos. En Bombay hay un

servicio para cada necesidad humana.

Cerca de la oficina de Girish, frente a la Oficina General de Correos, hay un grupo de escritores de cartas. Están sentados frente al *kabutarkhana*, donde miles de palomas se apiñan para comer el grano que dejan los jainistas, alrededor de una fuente estropeada. Preparan paquetes para el extranjero, sirven de buzón a los que viven en la calle, rellenan formularios y giros postales a los que saben escribir pero no entienden de burocracia, y escriben cartas a los analfabetos para sus pueblos. Los escritores de cartas son un puente entre la ciudad y el pueblo. «Asuntos familiares», me explica un escritor de cartas llamado Ahmed. Noticias del nacimiento de un hijo, preguntas a una esposa sobre asuntos domésticos. Cartas de los trabajadores de la ciudad dando instrucciones a sus esposas para que lleven a los niños al colegio y cuiden de los ancianos. En el pueblo, el cartero lee las cartas a sus destinatarios, lo que lo convierte en una enciclopedia de la vida pública y privada de la comunidad. Es habitual informarse sobre el comportamiento de una esposa. Los hombres que emigran a la ciudad para trabajar ven a sus mujeres menos de un mes al año. En Bombay es muy común el siguiente caso: «La mujer de mi jardinero tuvo un hijo en el pueblo, a pesar de que hacía tres años que él no la veía. El jardinero estaba encantado. Le señalé que el hijo no podía ser suyo, pero él replicó que había sido concebido en su nombre. No importaba quién había plantado la semilla, el fruto sería de él. Y me dio unos dulces».

Las cartas comunican una mezcla de buenas y malas noticias, pero sobre todo buenas, me dice Ahmed, porque la gente siente la necesidad de dar las malas en persona. «Y si alguien vive un idilio. Cartas de amor», dice.

—¿Cartas de amor?

—Sí, si un joven se cartea con una mujer, acude a nosotros y nosotros lo expresamos con nuestras propias palabras.

—¿Qué clase de palabras?

—Oh, las corrientes. «Espérame.» Si el chico está lejos de la chica, le escribe: «No te cases con otro. Iré allí muy pronto. Estoy construyendo una casa aquí. Espérame». Las chicas nos hacen escribir cartas de amor en su nombre a árabes del Golfo.

—¿Hay alguien aquí que esté especializado en cartas de amor?

—Él —dice uno, y señala al borracho que he estado evitando. Al tipo se le ilumina la cara y sus murmullos en inglés se vuelven más potentes—. Anil —dice—. Ashok Sinha. —Tal vez Anil sea el *nom de plume*.

—Aún no se ha recuperado del Holi —me explica otro, refiriéndose a la bacanal del día anterior.

De entrada, el grupo más extenso de sus clientes eran las prostitutas. Dictaban cartas a sus padres: «Tengo un buen trabajo en la ciudad. A tu hija le va muy bien como secretaria. Aquí tenéis un poco de dinero. Por favor, que mi hermano estudie, que mi hermana se case. Enviaré más cada mes». Los escritores de cartas les proporcionan un remite, al igual que a los chicos de la calle y a los fugitivos. De vez en cuando los padres deciden ir a ver a su hija a la gran ciudad, para saber cómo le va y visitar los lugares de interés. Se plantan en la Victoria Terminus, justo detrás de la Oficina General de Correos, y se encaminan penosamente con sus maletas, cajas y cestas llenas de la fruta más selecta del pueblo a la dirección indicada. Al ver el desconcierto en la cara de los ancianos, el escritor de cartas de turno se hace cargo inmediatamente de la situación, les pide que se sienten en los taburetes y les obliga a tomar un té mientras manda recado a la prostituta: «Ven enseguida, tus padres están aquí». «Nunca damos su dirección», me dicen los escritores de cartas.

Los escritores de cartas también ayudan a las prostitutas a redactar peticiones lastimeras para los clientes que viven en otra ciudad. «Envíame dinero, ven pronto, envíame diez mil rupias, tengo problemas serios.» Muchas de las chicas que trabajan tienen hijos y manipulan a los supuestos padres

aprovechándose de su sentimiento de culpa: «Necesito dinero para llevar la casa y cuidar de los niños, oh, por favor, envíame algo, lo último que me diste me lo gasté o lo di a cuenta de lo que debía». Al recitar las frases hechas, los escritores de cartas dejan claro que no creen en su veracidad. Casi siempre están escritas en el lenguaje callejero de Bombay, una mezcla de hindi, marathi e inglés, con retazos de tamil y gujarati.

Si acudes a hablar con los escritores de cartas, te ofrecerán un taburete bajo un techo de lona azul. Cuando sopla una ráfaga de viento la lona se sacude y deja caer sobre tu cabeza un granizo de excrementos de paloma. Mientras hablo con Ahmed, otros cuatro o cinco escritores de cartas se dedican a quitarme los excrementos del pelo.

—¿No les molestan a ustedes? —pregunto a Ahmed.

Todos tienen la cabeza cubierta de pequeñas plumas blancas y bolitas granulosas de excrementos.

—Solo nos sacudimos cuando nos vamos a casa; no nos limpiamos cada vez que ocurre.

Sin embargo, es una imagen muy pintoresca, los hombres sentados en hilera vendiendo lacre y sellos frente a la pequeña plaza, con miles de palomas en perpetuo vuelo, elevándose y descendiendo, y defecando todo el día sobre sus cabezas mientras ellos tratan de escribir cartas de amor.

Pero no seguirán allí mucho tiempo.

—El negocio es la mitad de lo que era —se quejan—. El número de analfabetos debe de ser una décima parte de lo que era antes.

El abaratamiento de las llamadas telefónicas al pueblo también ha contribuido a menguar su negocio, y los telegramas ya casi han desaparecido. Hoy día los escritores de cartas son, la mayoría de las veces, meros empleados de una oficina de correos que envuelven paquetes y pegan sellos.

Cuando me voy, Anil, el especialista en cartas de amor, me hace un gesto sonriendo. Me he presentado como norteamericano.

—Saddam—dice—. Me gusta Saddam.

Por primera vez en una generación, los Thakkar están a punto de mudarse fuera del suburbio. Entre todos han reunido suficiente dinero para comprarse un piso de una habitación en la nueva ciudad de Mira Road, justo fuera de los límites municipales de Bombay. La familia ve el traslado con euforia y terror. Les va a costar irse de Jogeshwari, dicen, porque la «comunidad» está aquí. Pero por primera vez en su vida, Girish vivirá bajo un techo que no sea de zinc y lona impermeabilizada.

Al bajarnos del tren en Mira Road oímos a tres muchachas oficinistas hablar en inglés. Provocan una reacción en un grupo de hombres ociosos, no exactamente un silbido sino más bien un ruido como de succión, algo así como un gorjeo de pájaro. Es un sonido sorprendentemente obsceno que sugiere una gran amenaza sexual. Mientras cruzamos el armazón de un paso elevado que se extiende sobre las vías, vemos un letrero enorme de un colegio cercano a la estación, el Enrich Academy. La gente que ha ido a vivir a la nueva ciudad sabe cuál es el verdadero propósito de la educación: no levantarte el espíritu hacia un dios más elevado, sino enriquecerte. Las tiendas que rodean la estación están llenas de agencias inmobiliarias; Mira Road es una ciudad cuyo único negocio es venderse a sí misma. Aquí todavía hay una posibilidad. Es una ciudad que se está inventando a sí misma, al margen de Bombay.

Nos encaminamos a la casa de Girish a través de la ciudad del kitsch, enorme y semidesierta. A un lado de la carretera hay un par de columnas exentas que soportan un enorme frontón griego sin conducir a otra estructura. Son tan incongruentes que parecen atrezzo de una película, algo tan fuera de lugar en el norte de Bombay que tengo que volver a mirar para cerciorarme de que no estoy soñando. Los edificios son posmodernos pero baratos: frontones colocados al azar, tejados Chippendale, pináculos y fachadas pintados en

diversos pasteles, al menos hasta que llegan las primeras lluvias y lavan la fina pintura dejando todo del mismo color insulso del barro vetado. Los edificios de Mira Road quieren estar en Europa. Por consiguiente, reciben nombres europeos mal escritos: Tanwar Hights, Chandresh Reveara. Hay cientos de ellos en medio del paisaje mientras otros se encuentran a medio construir, esperando a que suban los precios de las viviendas. Por el momento están bajos; la familia de Girish compró el piso por tres lakhs y medio, y ahora vale dos tercias partes de ese precio. Por una habitación en el suburbio de Jogeshwari se saca más.

Las fachadas ornamentadas se deben a que los edificios quieren ofrecer a los dueños una impresión de lujo, y este se entiende como vivir en un país extranjero: en otro tiempo, en otro lugar. Un *wallah* de Bombay puede prescindir de electrodomésticos o de agua corriente, puede prescindir de buenas carreteras, pero no puede prescindir del estilo, *shaan*. Los edificios residenciales de Mira Road son todo fachada; las habitaciones que hay detrás de las columnas paladinas, bajo los techos Chippendale, carecen de solidez. En las paredes recién construidas ya hay goteras. En muchos de los edificios de varios pisos solo hay un hueco para el ascensor, sin maquinaria dentro. Eso es todo lo que puede permitirse pagar el ex residente de un suburbio cuando se muda allí. No puede permitirse cosas prácticas, pero sí ostentación y alarde, porque son más fáciles de construir que algo sólido. Las entradas ampulosas también encajan con la idea de *shaan* de Bombay: el exterior debe hacerte creer que el interior es más espacioso de como es en realidad. Incluso en el centro de Bombay un *chawl* puede tener varios arcos imponentes que conducen a espacios minúsculos.

Las parejas jóvenes se pasean por la única calle principal disfrutando de la brisa de la tarde. Aquí hace más fresco que en la ciudad, y cuando bajas del tren tienes la agradable sensación de que hay espacio verde por el oeste, donde no hay edificios, solo salinas y marismas. Los barrios residenciales

crecen hacia el este, una inversión del patrón que rige Bombay, donde el lado occidental, el más próximo al mar, es el más deseable. Aquí las noches, a pesar de estar plagadas de mosquitos, son silenciosas; para la mayoría de los que viven aquí es su primera experiencia fuera de los suburbios y no pueden permitirse comprar un coche. Además, no hay caminos por los que valga la pena conducir; todos están llenos de surcos. Cerca del edificio de Girish hay un extenso pantano sin drenar del que se elevan nubes de mosquitos que nos atacan por todas partes. Veo a un vendedor callejero golpear una farola apagada, que responde encendiéndose.

Los edificios están agrupados en enormes complejos que se llaman como el constructor o uno de sus queridos difuntos. Todos los edificios que rodean el de Girish tienen como primer nombre Chandresh, Chandresh Darshan, Chandresh Mandir, Chandresh Heights, Chandresh Accord. Girish vive en Chandresh Chayya, la Sombra de Chandresh.

—¿Quién ha construido este lugar? —pregunto.

—Mangal Prabhat Lodha.

Durante las elecciones yo había recorrido Colina Malabar con un tal Mangal Prabhat Lodha del BJP, miembro de la asamblea legislativa, observando la campaña electoral. Chandresh era su padre. Y yo mismo he vivido en Mangal Chayya, ya que, para asombro de Girish, Mangal Prabhat Lodha vive dos pisos más arriba del apartamento que alquilé en Dariya Mahal.

En la puerta delantera de la casa de los Thakkar hay un adhesivo, «No eres nadie si no eres INDIO», patrocinado por Proline, un importador de equipo deportivo extranjero. Cuando el señor Thakkar oye el himno nacional por la televisión hace levantar a todos los que se encuentran en la casa. «Si estamos durmiendo, nos despierta y nos hace ponernos de pie. Si estamos enfermos tenemos que incorporarnos», dice Dharmendra.

Su fe en la nación por fin se ha hecho realidad. Hace años, en el suburbio de Jogeshwari, la madre de Girish vio una visión del futuro en las páginas de una

revista gujarati. Mostraba la ventana de una casa, por la que se veían cortinas y una lámpara que colgaba del techo. Preguntó a su dios: «¿Cuándo tendré algo así?». Ahora la familia señala la ventana de la sala de estar. Tiene cortinas y del techo cuelga una lámpara.

En la casa de los Thakkar hay una fiesta permanente. Durante semanas entrará y saldrá gente, sobre todo sus antiguos vecinos de Jogeshwari pero también parientes, compañeros de trabajo de Dharmendra y Girish, alumnos de Raju, amigos bailarines de Paresh. Los Thakkar, después de dos generaciones, acaban de instalarse en una casa *pukka*, de clase media. El progreso de la familia Thakkar es la historia del desarrollo en Bombay. Se trasladaron de Fort, donde el padre vivía en una gran casa con el clan familiar, a la barraca de Jogeshwari y de allí al piso de Mira Road. Girish quiere irse a vivir a Estados Unidos, la cima de la trayectoria.

Por primera vez en su vida, los hijos no tendrán que dormir con los padres. Trazaron en tiza la nueva distribución de las camas cuando se mudaron. En el dormitorio: Dharmendra (el hombre cuyo sueldo mantiene a la familia y ha comprado el piso) y Paresh, el hermano pequeño de Girish, en la cama. El otro hermano, Sailesh, está trabajando de vendedor en el centro de Maharashtra pero viene a verlos a menudo. En la sala de estar: la madre en el diván, el padre en el sofá cama, Girish cerca de él, separado por un pequeño espacio, y Raju en el colchón junto a la cocina. Las dos habitaciones, que para mí son pequeñas, para los Thakkar son grandes como cavernas. «Un día estuve realmente incómodo —dice Dharmendra—. No podía dormir.» De modo que la mayoría de las noches duermen todos en el salón viendo el nuevo televisor, que está programado para apagarse al cabo de treinta minutos. Les gusta que los arrulle el sonido de voces humanas familiares. Habiendo crecido en un solo espacio, no saben qué hacer con la habitación extra cuando por fin la consiguen.

En la sala de estar hay jarrones de flores pintados a mano. Por la ventana

bordeada de plantas entra una luz agradable pero también muchos mosquitos, a los que la familia parece inmune. Los dibujos de Paresh —el de la Torre Eiffel, otro de la Estatua de la Libertad, y un tercero de un hombre arrancándose la ropa y lo que parece ser su piel— adornan llamativamente la vitrina. Una pared entera de la sala de los Thakkar está cubierta de baldosas de piedra marrón oscura. Parece totalmente fuera de lugar al lado de las otras tres paredes encaladas. Encima hay dos focos, cerca del techo, que luchan por proyectar algo de luz sobre la dura superficie de piedra. «La gente se cree que la piedra es para decorar —explica Dharmendra—. En realidad, está ahí porque hay una filtración en esa pared.» En el edificio recién estrenado, el agua invade por todos lados la estructura y se filtra en las paredes. Pero cuando las visitas comentan lo bonita que queda la piedra, Dharmendra no los contradice.

Me muestra el folleto que atrajo a su familia y a él mismo, así como a todos los demás residentes, al edificio Chandresh Chayya. Está llamativamente coloreado al estilo de los años cincuenta —todo rojos, amarillos y azules brillantes—, y escrito con el tipo de letra ancha y vistosa que utilizaban las compañías de tierras norteamericanas para atraer a inmigrantes a la soleada California. El texto con erratas dice así:

En 1980 un grupo de jóvenes empresarios dinámicos tuvo un sueño. El sueño de crear un oasis de belleza y tranquilidad en medio de la árida monotonía de los apartamentos urbanos. Bajo la dirección del difunto fundador Sh. Chandresh, Lodha Gropu tiene el sueño de llevar un entorno verde y exuberante a los agobiados bombayitas que buscan casa [...] Hoy Lodha Group simboliza un hogar radiante de belleza, lleno de confort, resplandeciente de felicidad y brillante de prosperidad. Hoy un hogar Lodha es sinónimo de felicidad eterna.

Las ilustraciones del folleto muestran un perfil de rascacielos recortados contra el horizonte y un par de dibujos de edificios bajos rodeados de

palmeras, parejas paseando, limusinas deslizándose por calles vacías, una zona de columpios para los niños y una ola azul a punto de romper. Se prometen un sinfín de «servicios especiales», entre ellos una línea de autobús a la estación de tren, canchas de tenis, una casa club y una biblioteca, ninguno de los cuales se ha materializado. Pero si estás sentado en tu barraca de Jogeshwari a unos pasos de una alcantarilla desbordada y por tu única ventana entran los gritos de los borrachos y los *taporis* peleándose junto con un enjambre de mosquitos gigantes, y examinas el folleto de vivos colores, tu corazón también se esforzará por creerlo y dará a sus promesas el crédito necesario. Tal vez esa noche tu sueño se vea iluminado por la imagen de tus hijos jugando en ese entorno verde y exuberante, mientras tu mujer prepara la comida en la encimera de mármol de la cocina, y tú caminas de la estación a tu casa un sábado por la noche por la carretera de treinta metros, respirando el aire del campo.

Chandresh Chayya se encuentra en un estado lamentable. Las paredes están torcidas, hay boquetes enormes donde se supone que tendrían que estar las instalaciones eléctricas, y, como siempre, en el hueco del ascensor no hay ascensor. Las escaleras también están sin terminar. El contratista prometió ciertos confortos, como un jardín o un «calentador de agua ISI Mark». El jardín se convirtió en el edificio contiguo y se olvidaron del calentador de agua. De modo que Dharmendra se quejó e instalaron uno. Pero es un aparato ridículo. «Con el agua que calienta no alcanza ni para que se lave una rata.» Pero, según la definición del acuerdo, es un calentador de agua, y tiene una percepción clara de la cantidad de agua que hay para calentar. El agua solo llega a los grifos cada dos días. Los Thakkar han tenido que construir depósitos de agua en el altillo para almacenarla.

El agua potable municipal solo llega una vez a la semana, en camiones cisterna y solo si sobornan a los camioneros con cien rupias por cisterna. Pero sigue sin ser suficiente, de modo que la asociación de la vivienda compra tres

cisternas de agua al día a suministradores privados, a trescientas veinticinco rupias la cisterna. Los suministradores de cisternas son el grupo de presión política más poderoso de Mira Road. Se han repartido entre ellos las rutas y hacen lo posible para que la municipalidad no instale nuevas tuberías que harían innecesario su negocio. Pero deshacerse del agua es igual de problemático que conseguirla. Dado que los sistemas de alcantarillado están mal contruidos, la asociación tiene que pagar otras cuatrocientas rupias al mes para drenar la tierra. Periódicamente, cuando falla el suministro de agua, las amas de casa y los contables salen de sus edificios y se amotinan, sentándose en las vías del tren para obligar al resto de la ciudad a hacerles caso.

Los residentes también tienen que pagar a un barrendero particular para que recoja la basura y se la lleve a Dios sabe dónde. Si utilizan los contenedores municipales, los vacían una vez cada quince días. Los recorridos de los autobuses públicos no llegan a las afueras. En cierto momento, la asociación de la vivienda a la que pertenecen los Thakkar decidió crear un servicio y pagó a un hombre con un vehículo de ocho plazas para que llevara y trajera de la estación a los residentes por dos rupias al día. Los *rickshaw wallahs* de Mira Road, que cobran veinte rupias por el mismo servicio, rodearon el taxi e impidieron que siguiera operando. Acudieron a la policía y al asambleísta local; ambos se pusieron del lado de los *rickshaw wallahs*. De modo que los residentes de Mira Road se gastan el grueso de sus ingresos para pagar los servicios municipales más básicos: agua, alcantarillado y transporte. Mira Road está justo fuera de los límites de la corporación municipal de Bombay. Eso explica su atractivo y sus deficiencias: es una pequeña ciudad fronteriza. Pero en general los Thakkar están más contentos aquí. En Jogeshwari, cuando los parientes más acomodados iban a verlos, echaban un vistazo y les preguntaban por qué no se mudaban. «Era irritante —dice Dharmendra—. ¿Quién no quiere cambiar? Pero padre invirtió mal su dinero y no podía

accederse a él.» En Jogeshwari, «nunca daba mi dirección a mis amigos. No podía llamar a mis colegas de la oficina. No podía ir a sus casas. Ahora podemos invitarlos. Nuestros parientes pueden quedarse a dormir. Cualquiera puede venir a la hora que sea».

El padre de Girish se pasa el día averiguando dónde están las tiendas, dónde venden la verdura más fresca. Girish comenta de él: «Tal vez nunca se le ocurrió que viviría en un lugar así en su vida. Hoy tenemos batidora, lavadora, televisor. ¿Qué nos falta? Un coche. No lo necesitamos. Puede que nos compremos uno dentro de un par de años». El edificio colinda con las vías del tren; los trenes de cercanías pasan en una cacofonía de bocinas diésel y el traqueteo de las ruedas contra las vías de acero. Dharmendra tarda dos horas en llegar a su trabajo. «Pero como trabajamos en ventas, lo compensamos — explica con un guiño—. Las horas se pueden amañar.»

El padre compara favorablemente Mira Road con el suburbio que acaba de dejar. «Ahora hay silencio. En Jogeshwari siempre había una pelea en alguna parte, un ruido.» (En Jogeshwari, pienso, Sunil y Amol pegarían fuego a la oficina municipal para que prestara atención al problema del agua.) Cuando la gente se va, la familia cierra la puerta. Nunca he visto la puerta cerrada en Jogeshwari durante el día y pregunto acerca de ello. «Así es como funcionan las cosas aquí — explica Dharmendra—. Es el sistema de pisos.» Se supone que mantienes tu intimidad cuando asciendes a la clase media y te metes en un piso. En el suburbio no se abriga tal ilusión.

Raju tiene veinticinco años y está soltera, es casi una solterona según los criterios de su comunidad. Los Thakkar han esperado a trasladarse a este piso para buscar un chico para ella o una novia para Dharmendra, que ya ha cumplido los treinta. ¿Qué clase de familia iba a querer casarse con alguien que vive en un suburbio? Ni Girish ni Paresh han vuelto a su vieja casa de Jogeshwari. Ha habido tres intentos de robo desde que se fueron, pero a la familia no parece importarle mucho. Raju vuelve cada día al suburbio para sus

cursos de formación, pero sus padres no van nunca. Sentado en el piso de su propiedad, Dharmendra, el ejecutivo de la compañía de perfumes, reniega del lugar donde nació y creció.

—Jogeshwari era un *chawl*.

—¿Qué clase de gente vive aquí? —pregunto—. ¿Gujaratis, marathas, musulmanes?

—Cosmopolitas —responde él.

Es una hermandad del ascenso social. Las redes de contactos sociales de Mira Road, si bien no tan cohesivas como las de Jogeshwari, son más fuertes que las de Nepean Sea Road. Cuando Girish vuelve a su casa de Mira Road, a las diez de la noche, va al edificio de al lado y se trae a la hija de dos años de un conocido para jugar con ella. Lo hace durante una media hora; le relaja. Luego devuelve a la niña y regresa a su casa a dormir. Si es domingo, Girish irá a Naigaon con su vecino del piso de arriba para comprar savia fermentada y frutos de mamey. Luego vuelve a la habitación de su vecino, se bebe un litro y medio de *toddy* [savia] y se come dos docenas de *tadgolas* [frutos]. Me lo recomienda.

—El *toddy* te limpia el organismo. Cagas muy bien. Sale todo fácilmente.

Al pasar por delante de las parejas del malecón de Marine Drive, Girish dice nostálgico: «Algún día vendré aquí también. Con alguien».

En el suburbio de Jogeshwari, Girish y sus hermanos eran modelos a seguir. Los padres los señalaban a sus hijos y les preguntaban por qué no podían ser como los gujaratis.

Girish nunca ha tenido novia. Pone la excusa de que en su primer año en la universidad, que es cuando tradicionalmente descubren el sexo opuesto los indios de clase media, empezó a dar clases particulares para llevar dinero a casa. Cuando terminaba en la universidad, a la una y media, iba a las casas de

sus amigos para dar clases, particulares o a grupos reducidos, hasta las nueve de la noche. «Nunca tuve tiempo de andar tras las chicas.» Cree que podría empezar algo con una si durante diez días espera en la misma parada de autobús que ella: «Básicamente tienes que consentirla». En la oficina de un amigo había una chica a la que Girish invitó una vez a tomar un café. Ella rehusó. «Le dije: “Lárgate. ¿Quién tiene tiempo para irte detrás? Perdona pero no tengo tiempo para ti”.»

Una vez empezó a chatear con una chica por internet, una gujarati que vivía en Japón. «Hablaba con ella de otro modo. Trataba de llegar a su corazón. Qué piensas de la vida, ya sabes, en plan filosófico. Luego ella vino a la India. Su padre le compró un apartamento en Walkeshwar. Nunca me llamó.» En su voz no hay decepción; o está bien escondida. Después de todo, ahora es una pija de Walkeshwar, más inaccesible a él que cuando vivía en Japón.

Kamal, el controlador de masas, al igual que otros amigos, está muy preocupado por la continuada virginidad de Girish. «Le urge aceite lubricante.» Le aconseja que actúe: «El sexo está conectado con el cerebro; cuando lo liberas puedes pensar mejor. Por eso tus pensamientos son confusos. Necesitas follar. Dices que tienes todos esos grandes contactos, pero luego no los utilizas. La gente no se fía de ti porque estás confundido. Búscate una tía y aligera la carga». Le sugiere un lugar para hacerlo: la peluquería Tip-Top de Goregaon, donde las peluqueras empiezan con un masaje capilar y de ahí se abren paso hacia el sur.

Srinivas, su amigo putero, me dice que admira los contactos de Girish, que conozca a gente de todas partes del mundo, pero se muestra desdeñoso con sus perspectivas laborales. «No ha sido capaz de labrarse un porvenir», a diferencia del resto de sus compañeros de universidad. «Es demasiado honesto.» Ha estado tratando de persuadirlo para que se una a Landmark Forum, una organización que dirige grupos de encuentro y clases motivacionales. Hay cinco niveles y Srinivas ya está en el cuarto. Le enseñan

a tener éxito en los negocios. Ha logrado motivar a Girish para que no se deprima cuando vuelve de Navsari y ve las afueras de Bombay en Virar. Girish fue a una sesión del Forum para invitados, pero no quiso asistir a los tres días de clase porque costaban tres mil rupias.

Bombay ha criado y dado de comer a Girish, pero ahora ha llegado al final de algo. «No estoy recuperando lo que invierto en luchar —dice el programador—. Hay veces que ni siquiera tengo diez dólares en el bolsillo.» Se da cuenta de que lo que hace no es esencial para la felicidad humana. «Estoy en la industria de servicios. Cualquier persona puede arreglárselas sin mis servicios.» Entretanto, la compañía de perfumes de Dharmendra está sufriendo cierta recesión. No han despedido a nadie, pero tampoco han subido el sueldo a nadie, y no están llenando los puestos vacantes. Girish es ahora el único caballo ganador de la familia. El siguiente paso —trasladarse a Borivali, donde han puesto las miras en un piso de noventa metros cuadrados — depende de un flujo de dinero en constante aumento, y la única esperanza es Girish, con la informática.

Girish ha acabado en la habitación delantera del piso de su socio, en Pedder Road. Le gusta trabajar en una dirección elegante. «Nunca en mi vida imaginé que llegaría a Pedder Road. Solo conocía Jogeshwari.» La dirección viene a ser la única razón por la que está en el negocio, con un hombre que conoció en la Bolsa. «Mi socio no me ayuda en el negocio. Ni siquiera abre las páginas amarillas y hace llamadas.» En lugar de ello, se queda levantado hasta las tres de la madrugada descargando fotos porno. Pero es del alto Bombay, mientras que Girish es del bajo Bombay. «Si estoy con él es porque espero que me recoja.» Hace una araña con la palma de la mano y los dedos, y la levanta en el aire. «Lo hará.»

Le comenté a Girish que tengo un amigo en el consulado de Estados Unidos, en el departamento de visados, y eso le dio ideas. Tal vez podría utilizar mi influencia para conseguir una tarjeta verde.

—No te he pedido que me lleves contigo —me aclara—. Solo he dicho que me gustaría ir y que estoy aprendiendo muchos lenguajes de programación. Lo mejor es actuar de inmediato.

Todo lo que quiere es enviar mil dólares al mes a su padre después de cubrir sus gastos en Estados Unidos.

—Así podrá comprar el piso contiguo de Mira Road —digo yo.

—De Dariya Mahal. Sé ambicioso —me corrige inmediatamente—. Va un solo hombre y seis personas se benefician. Toda mi familia. —Y no solo su familia—. Si voy, quiero apoyar a un par de tipos. —Le gustaría sacar del país también a Srinivas. El padre de Srinivas acaba de morir; tiene tres hermanas además de su madre. Otro amigo de Girish está trabajando en la tienda de ropa de su tío—. Quiero apoyarlo. Sé que es un buen tipo. También pasa apuros.

Si Girish gana lo suficiente, le dará a su amigo dinero para que alquile una tienda durante un año. Me quedo encantado con esta red invisible de ayudas, un hombre que se va al extranjero y envía pequeñas cantidades para sembrar tiendas de ropa, licenciaturas y bodas. No es un Mercedes ni un traje de Armani lo que anhela; es la oportunidad de «apoyar» a otros como él.

Le pregunto qué idea tiene de Estados Unidos.

—Solo sé una cosa segura: si luchas lo mismo que aquí, la tasa de éxito se multiplica por doscientos.

—¿Qué más aparte de dinero?

Recuerda un accidente reciente que los dos presenciemos: un *auto-rickshaw* atropelló a una mujer que vendía globos en la calle. Parecía gravemente herida y se agarraba la cabeza. Los globos de colores, que habían estado sobre ella, se amontonaban de pronto en la acera. Yo me alarmé, pero Girish predijo: «Fíjate, ahora se levantará y pedirá dinero». De pronto empezó a diluviar y la mujer golpeada se levantó rápidamente y corrió a guarecerse en una tienda. Otra vendedora de globos se acercó al *rickshaw*, insultó al conductor y le exigió dinero para su colega.

—La vendedora de globos tenía poder —comenta Girish—. Podía subirse a un *rickshaw* y quedarse allí. En Estados Unidos sería distinto. Tú viste a la mujer subirse al *rickshaw* y pedir dinero. Allí en cambio se analizaría quién tenía la culpa. Ella no podría limitarse a subirse al *rickshaw* y decir: «Dame dinero o no me bajo de tu *rickshaw*».

Es una opinión interesante sobre las clases: Girish, que es pobre, cree que la gente aún más pobre que él tiene demasiado poder. Le pregunto qué piensa de ellos, de los más pobres.

—No me gustan. Los odio. —Cree que los mendigos de las calles de Bombay se gastan todo el dinero en alcohol y otros vicios. Muchos ganan más que el sueldo de un funcionario público, dice. Él siempre ayudará a un amigo en apuros pero casi nunca da dinero a los mendigos. Le repugnan—. Te agarran los pies. Los niños te agarran los pies y te los tocan con la frente.

Habla de ellos con una vehemencia que nunca he visto en él. Están desagradablemente cerca. La relación entre los pobres y los muy pobres es compleja. Se ha de mantener una distancia, siempre en lucha con una compasión natural. Una mezcla de «Le podría ocurrir a cualquiera» y «No tienen nada que ver conmigo».

Le pregunto si volverá a vivir en Jogeshwari.

—¿Por qué todos me mandáis otra vez a Jogeshwari? Tengo miras más altas. De Mira Road quiero ir a Vile Parle, y de allí a Bandra, hasta acabar en Pedder Road. —Es el sueño del que coge el tren del ascenso social; cambiando del tren de cercanías al expreso hasta que llega a su destino, en el sur de Bombay. Quiere al menos llegar a Vile Parle en tres o cuatro días. Solo puede llegar a ese barrio de clase media de las afueras si toma un atajo; si coge el tren rápido a Estados Unidos—. Si estoy en Bombay no puedo ir a Parle. Necesito veinte lakhs, que en Bombay tardaría veinte años en ganar. Puedo gastar cuatro mil al mes toda la vida, pero no puedo comprarme una casa de tres metros por tres en Bombay. No puedo.

No cree que sea posible dar semejante paso —de Mira Road al sur de Bombay— en una ciudad como Navsari, de donde es su familia.

—La razón es que allí la sociedad es pequeña. Conoces el pasado de un hombre. En Bombay, nunca te enterarás de que yo vivía en un suburbio. Mi socio no sabe que yo vivía en un suburbio. Solo le dije que vivía en una «especie de *chawl*».

Le pregunto si cree que ha tenido una niñez feliz en el *chawl* de Jogeshwari. Me interesa bastante la respuesta porque no creo que mis hijos sean particularmente felices en Bombay.

—No sé decir si fui o no feliz porque ha quedado atrás. Nunca supe qué era el fútbol. Tenía una pelota de goma roja. —Me indica con la mano lo pequeña que era.

Dharmendra aparece un día por mi casa para invitarme a su boda, que va a celebrarse en su pueblo de Gujarat. Le pregunto si está disfrutando de noviazgo, si está saliendo por la ciudad con su prometida. Él parece desconcertado.

—No la conozco.

Quiere decir que no ha vuelto a verla después de haber ido con sus padres a la casa de ella, donde no se cruzaron una palabra. Se llama Mayuri. Pidió a su hermana que hablara con ella. La segunda vez en su vida que Dharmendra vea a su novia será cuando se descubra la cabeza cubierta con un sari rojo para aceptarlo como su *swami*. Van a casarse cuatro semanas después de la primera y única vez que se han visto.

—¿Es atractiva? —pregunto.

—Nada especial.

—¿Qué tiene que te ha hecho preferirla entre las otras chicas que has visto? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Era el momento adecuado.

Dharmendra ha visto a cinco o seis chicas antes, pero aún no estaba preparado para casarse. Pero ahora la familia se ha mudado al piso de Mira Road, y él ya tiene más de treinta años y hay cuatro hermanos haciendo cola detrás de él, sobre todo su hermana Raju. A esta se le está haciendo tarde para casarse, pero no puede hacerlo hasta que lo haga su hermano mayor. De modo que Mayuri llegó en el momento oportuno, y sin realmente mirarla o hablar con ella aceptó casarse.

—¿Cómo sabes si os llevaréis bien? ¿Que no os pelearéis?

—Nos adaptaremos. Tenemos que adaptarnos a ciertas cosas; ella también tiene que adaptarse a ciertas cosas.

Noto que no dice que él tiene que adaptarse. Toda su familia tendrá que adaptarse. Dharmendra, como la mayoría de la gente en Bombay, vive toda la vida bajo la protección y la tiranía del «nosotros». Pero lo más probable es que Mayuri no tenga que adaptarse mucho. Los Thakkar no creen en las dotes, para empezar. Existe la costumbre de regalar al novio un traje nuevo y un anillo. Los padres de Mayuri le pidieron que escogieran el material para encargarlo, pero Dharmendra, consciente de que un traje costaría más de seis mil rupias, pidió un blazer, que saldría considerablemente más barato.

Las mujeres de Padga Gam llevan todo el día cantando canciones de boda. Los altavoces propagan sus voces atonales y poco melódicas por todo el pueblo. Estoy sentado en la casa de campo de los Thakkar, hablando con un hombre amarillo. Todas las mujeres de la familia y las esposas de los invitados han atormentado a Dharmendra, esparciendo pasta de tamarindo amarilla por cada parte del cuerpo que se puede tocar en público: pelo, muslos, pecho. Un par de pantalones cortos cubren la única parte del cuerpo que no está amarilla.

Hay tres bodas consecutivas en el pueblo, dice Dharmendra. Después de mañana no hay más días auspiciosos hasta el Diwali, que será dentro de cinco meses, lo que también explica las prisas. La boda de Dharmendra fue la primera que se concertó, de modo que él escogió uno de los tres días auspiciosos. Los demás no podían escoger el mismo, dice.

—¿Por qué no? ¿Están emparentados contigo?

—No. Pero son del mismo pueblo.

De los preparativos y la distribución de camas para acomodar a los invitados se ocupa la gente del pueblo. En Padga Gam, las bodas no son de individuos o de familias siquiera. Son de pueblos. Casi todo Padga Gam ha sido invitado a la boda de Dharmendra, como lo fue a la boda de ayer y como lo será a la de mañana. Todos los vecinos han abierto las puertas a los invitados de los Thakkar de fuera de la ciudad. Los propietarios de las casas han regresado sobre todo de Bombay, para asistir a la boda y también para asegurarse de que los invitados de sus vecinos están cómodos. El jefe del pueblo va a regresar de Nueva Zelanda a propósito. Son los pueblos los que llevan a Bombay el espíritu de comunidad, tan desarrollado en los Thakkar y los habitantes de los suburbios.

Asisten a la boda una amplia variedad de primos y tíos. Uno trabaja en una plataforma petrolífera de Abu Dabi («cuarenta días de trabajo, treinta de fiesta»); otro es un administrador de fincas de Bombay que pasó seis años en Nigeria haciéndose rico con los chanchullos de moneda de los años ochenta. Por la tarde los hombres se sientan sobre una sábana detrás de la casa bebiendo cerveza tibia, que sabe bien por ser ilícita; se supone que en Gujarat está prohibida la venta de bebidas alcohólicas.

Camino por el pueblo con Girish. Entramos en una de las casas más viejas, un santuario frío y silencioso con tejado de paja y suelo de barro y estiércol. Se respira tanta tranquilidad que quiero quedarme allí. Pero las casas como esas no son el futuro del pueblo. La gente ahora está construyendo estructuras

como el bungalow de ladrillo y cemento del vecino de los Thakkar, en el que hace calor en verano y frío en invierno. Girish me lleva a los campos de caña de azúcar y arroz, por delante de hileras de mangos, y me enseña un saliente de cemento, escenario del mayor placer que le da su pueblo: cagar al aire libre. Se acuclilla sobre él y, con una vista de campos que se extienden hasta donde te alcanza la mirada, caga con calma. «¿Media hora?», pregunto. «Cuarenta y cinco minutos», replica. Me río, pero luego pienso en el cuarto de baño de Girish en la barraca de Jogeshwari, el que utilizaba cada día hasta hace un año. Comparo la oscura y exigua grieta sobre el pozo negro comunal, y alguien aporreando la puerta para meterte prisa, con este idilio pastoral donde un hombre puede tomarse todo el tiempo del mundo para hacer sus necesidades, rumiando sobre las maravillas de la tierra verde de Dios, mientras el aire fresco le entra en las fosas nasales y el campo se fertiliza poco a poco detrás de él. «Me gusta notar el cosquilleo de la hierba en las nalgas», añade. Es una razón tan buena como cualquier otra para ir allí.

En cuanto a mí, la noche anterior a la boda duermo fatal. El repelente de mosquitos que me extiendo sobre la piel solo sirve para atraerlos. El colchón alquilado está infestado de pulgas, que tienen acceso directo a mi cuerpo puesto que no hay sábana. Me cubro la cabeza con una toalla para no oír el zumbido de los mosquitos, pero la banda de la boda toca hasta altas horas de la madrugada. No parece molestar a ninguno de los que duermen a mi lado en la terraza. Pero a eso de las cuatro un chico se despierta y dice a su padre: «Los mosquitos de aquí son pequeños y venenosos». Eso tampoco me ayuda a dormir. Esos mosquitos, acostumbrados a obtener su suministro de sangre a través de la gruesa piel del ganado, me están picando a través de la ropa. Por la mañana, mientras rodeo medio dormido los zurullos del campo buscando un lugar donde mear, visualizo un libro, un manuscrito iluminado que vi una vez en Chantilly, y tengo que pronunciar en alto el título: *Les très riches heures du Duc de Berry*.

Huyo del pueblo antes de la boda. Lo mismo hace el socio de Girish de Bombay y el administrador de fincas que vive en Nigeria. Cuando el tren cruza los barrios de las afueras y aparecen los autobuses rojos y los edificios de muchos pisos, nos sentimos emocionados, contentos, metropolitanos.

Antes de mudarme de nuevo a Estados Unidos quedo con Girish una última vez. Vamos al nuevo Shiv Sagar de Hill Road para tomar un *idlis*, un sándwich de verduras al grill, y chirimoya con helado. Está más presionado que nunca. Su cuñada está embarazada y la familia espera que él dé el dinero para comprar el piso de al lado; necesita llevar quince mil rupias al mes. Ahora está trabajando con Kamal, el controlador de masas, en Phone-in Services. Pero el nuevo negocio tampoco da dinero y las facturas de teléfono solas lo están asfixiando. Girish no ve ninguna salida, pero se resiste a coger un trabajo fijo. «No tiene ningún encanto.» El espíritu empresarial es algo natural en el gujarati.

Girish me pone al día de lo que está ocurriendo en su familia. La nueva novia ha ocupado su sitio en la casa, y Girish lo aprueba porque «no habla mucho». Cuando sale del baño por las mañanas, ella ya le ha preparado en silencio el desayuno: chapatis con mantequilla, verdura y tres cuartas partes de una taza de té. «Mi madre la echó de menos cuando se fue tres días a visitar a sus padres. Desde que mi padre descubrió que a ella le gusta el pescado solo compra pescado.»

En el pequeño piso de dos ambientes, a los recién casados se les ha asignado el dormitorio. Los Thakkar también han invertido en un piso de ochenta y cinco metros cuadrados en Borivali a través de un plan de viviendas para los pobres promovido por un político socialista; un piso en Bangalore; y tres barracas bien construidas en Borivali. Las barracas probablemente se venderán para comprar otro piso. Aún no se ha construido ninguno, pero allí

están todas las habitaciones esperando cómodamente en el futuro, para que los cinco hijos, o al menos los cuatro varones, tengan algún día una casa de propiedad.

¿Por qué la gente sigue viviendo en Bombay? Cada día es un asalto a los sentidos desde el momento en que te levantas, empezando por el transporte que coges para ir al trabajo, las oficinas donde trabajas y las formas de ocio a las que te ves sometido. Los gases de los tubos de escape son tan densos que el aire hierve como si fuera sopa. Estás en continuo contacto físico con la gente: en los trenes, en los ascensores, cuando vuelves a casa para dormir. Vives en una ciudad marítima, pero la mayoría de la gente vive de espaldas al mar y solo se acerca a él una hora los domingos por la tarde, en una playa repugnante. Tampoco se acaba cuando te acuestas, porque con la noche llegan los mosquitos de las ciénagas palúdicas, los matones del hampa y los atronadores altavoces de las fiestas de los ricos y los festivales de los pobres. ¿Por qué ibas a querer dejar tu casa de ladrillo del pueblo con sus dos mangos y su vista de pequeñas colinas hacia el este para irte a vivir allí?

Para que algún día tu hijo mayor, como el de los Thakkar, pueda comprarse un piso de dos habitaciones en Mira Road. Y el pequeño pueda irse a vivir más allá, a Nueva Jersey. Tu incomodidad es una inversión. Como colonias de insectos, la gente sacrificará sus placeres individuales por un mayor progreso de la familia. Un hermano trabajará y apoyará a los demás, y sentirá una profunda satisfacción por el hecho de que su hermano menor se interese en los ordenadores y sea probable que vaya a Estados Unidos. El progreso de su hermano le hará creer que su vida tiene sentido, que no ha sido una pérdida de tiempo trabajar para la compañía de perfume y patearse las calles cada día en las horas que más aprieta el calor para vender imitaciones de Drakkar Noir a tenderos que en realidad no las quieren.

En las familias como los Thakkar no existe el individuo, solo el organismo. El deseo de Girish de ir al extranjero, hacer dinero y mandarlo a casa, o que

Dharmendra tome esposa y que Raju se quede en casa, todo es por el bien de la totalidad. Dentro del organismo hay círculos de lealtad y de deber, pero el círculo más pequeño es la familia. No hay ninguno alrededor del yo.

Pregunto a Girish si ya han encontrado un pretendiente para su hermana. Se casará hacia Diwali, dice. No parece contento.

—¿Hay algún problema? —pregunto.

Asiente.

—¿Matrimonio por amor?

Ha escogido por sí misma a un chico marwari, un diseñador de moda con dos o tres tiendas propias. Es relativamente rico y de buena familia. Girish y los demás hermanos —los cuatro— llevan dos o tres meses sin hablar con Raju, aunque viven bajo el mismo techo.

—Todo el mundo en nuestra sociedad acude a mi padre para pedirle consejo. ¿Cómo va a aconsejarles ahora? —pregunta Girish.

Al principio creo que se está refiriendo a la sociedad de la vivienda de Mira Road. Luego caigo en que habla de su casta. Los hermanos están enfadados con su única hermana porque quiere casarse con alguien que no pertenece a su casta. Los padres, por otra parte, se han reconciliado con la idea. Le digo a Girish que está siendo ridículo. Debería aceptar la decisión de su hermana y alegrarse por ella, ya que el chico no tiene nada de malo. Pero a él no le gustó la forma en que ella le dio la noticia. Le pidió que bajara un momento; quería decirle algo. Él salió del piso alicaído. Pensó que iba a preguntarle por qué no contribuía a los ingresos de la familia, por qué su negocio siempre estaba en bancarrota. Pero en lugar de ello le habló del chico. Girish la oyó y le dijo que en seis meses iba a ganar mucho dinero con su negocio de internet, y que él mismo saldría con su padre a buscar un chico de su casta para ella. Por alguna razón, asoció mentalmente el hecho de que Raju hubiera encontrado por sí misma a un chico y que este fuera marwari, con el que él no estaba ganando dinero y no contribuiría por tanto a la prosperidad de

la familia, una prosperidad que habría atraído a muchos buenos partidos para su única hermana. Pero Raju se mostró tajante; se casaría con el chico marwari. Y Girish le retiró la palabra.

Le digo que su hermana lo necesita, necesita su apoyo para sobrellevar esa situación. Él sacude la cabeza. Ella ha mancillado la reputación de su padre en su sociedad. Insisto y le pregunto qué tiene de malo el chico, y si no es bueno que ella haya escogido por sí misma. Le aconsejo que haga las paces con ella. Le recuerdo que yo mismo me he casado por amor.

—Tú no eres de aquí —dice, poniendo fin a la discusión—. Para ti es distinto.

Se interrumpe, pero la implicación es clara: soy un extranjero. No puedo entender las costumbres indias. He aquí la diferencia entre nosotros; por fin ha salido a la luz.

BABANJI, EL POETA FUGITIVO

Un día mi amigo el poeta Adil Jussawala estaba echando un vistazo a los libros del puesto que hay frente a la Oficina Central de Telégrafos. El chico que atendía el puesto entabló conversación con él sobre un libro de relatos franceses, y Adil vio algo en él. De modo que lo invitó a un salón de escritores que tenía lugar en un patio al aire libre detrás del teatro Tata, no muy lejos de allí. Es un fugitivo de Bihar, me dice Adil. El chico le dijo a su jefe, el dueño del puesto, que tenía que irse a las cinco. El jefe le dijo: «Si te vas, estás despedido». El chico fue al salón y perdió el trabajo.

El chico está interesado en la poesía, un joven esbelto con bigote fino y patillas ralas que se unen en una barba. Parece muy seguro de sí mismo, casi obstinado. Puede que haya ido al salón atraído por la posibilidad de conocer a poetas, pero también podría encontrar un buen trabajo a través de los

contactos con la gente de habla inglesa. La mayor parte de la velada permanece callado, mirando la mesa. No puede participar en nuestra conversación, que es en inglés. Cuando la gente quiere algo, una taza de té o una silla, él se levanta y va a buscarlo sin que se lo pidamos. Es su papel.

Un poeta-arquitecto le pide que recite algún poema suyo y él lo complace con una pieza métrica en hindi sobre destinos. Me gusta cómo suena. Al final nadie lo abuchea como habrían hecho en Bihar. En lugar de ello se produce un silencio violento. El arquitecto le pregunta si tiene más. Él lee otro que ha escrito la noche anterior en la acera, a la luz de una farola, y recibe la misma reacción. Luego le pregunto si ha escrito alguno sobre Bombay. Saca un fajo de papeles, cada centímetro de papel cubierto de palabras. Pero para entonces la gente de la mesa ha perdido interés en la poesía. Saca un calendario, también escrito todo él.

—¿Más poesía?

—No, es mi diario. Cada día escribo.

Le anoto mi nombre y número de teléfono. En mi cuaderno, con una letra elegante, él escribe el suyo, Babbanji. Hace una pausa.

—¿Qué más?

No hay nada más. No tiene teléfono. Esta noche va a tratar de encontrar un lugar en la acera donde dormir. Lo intentará en Churchgate. En una bolsa tiene todas sus pertenencias. Quedamos en que me llamará al día siguiente. Trataré de buscarle un trabajo.

Acudo a Girish, que encuentra trabajo a mucha gente mientras pierde dinero en el suyo. Observo cómo escucha a Babbanji.

—¿Cuánto dinero tienes? ¿Tienes algún familiar en Bombay? ¿Alguien que te conozca, que pueda darte una recomendación?

Luego me pide el móvil y telefonea a su amigo Ishaq. El primo de Ishaq, el doctor Shahbuddin, está montando una consulta y podría necesitar un ayudante que trabaje de nueve a una y media y de seis a nueve y media. Eso le dejaría

mucho tiempo libre para escribir, toda la tarde. Además, podría dormir en la consulta y dejar la acera.

Babbanji no da muestras de entusiasmo.

—Haré cualquier cosa que esté relacionada con escribir y leer. En alguna revista o periódico.

Pero Girish lo ha intentado; ha tendido la mano a un chico que conoce hace media hora y ha tratado de mejorar su vida.

La reacción inmediata de Ishaq ante la posibilidad de contratar a Babbanji es: «Todos los biharis son ladrones». Esto viene de un hombre que es de Azamgarh, la capital del crimen de Uttar Pradesh. Bihar y Bombay son los dos polos de la India moderna, la historia del éxito y la del fracaso. Si Bombay se deshiciera de sus inmigrantes biharis, he oído decir a la gente de alta sociedad, podría ser una ciudad-Estado floreciente como Singapur o Hong Kong. Los biharis llegaron a Bombay con el sombrero en la mano. Allá adonde va Babbanji carga con la reputación del estado de donde procede, algo así como la marca de Caín. Todos los biharis son ladrones. Hace poco pronunció las mismas palabras el capitán del equipo de críquet indio Azharuddin cuando, tras haber jugado un partido en ese estado, se dio cuenta de que le faltaba la gorra.

Babbanji acude al apartamento de mi tío y contempla unos minutos el mar desde la ventana de la planta dieciocho. Tiene consigo su bolsa de viaje de tela azul con el logotipo de Marlboro. Lleva la misma camisa a cuadros que le he visto en otras ocasiones, con botones metálicos. No está sucia; debe de haber descubierto una forma de lavarla mientras se asea. Sin decir nada se sienta, saca un papel y empieza a componer un poema. De vez en cuando mira la vista para inspirarse nuevamente. Cuando termina, me lo lee. Es sobre el mar, cómo todos los ríos del mundo confluyen en él; no rechazará a ninguno. Él

no abandonará el mar, promete el poeta.

Me pregunta por qué todo el mundo en Bombay habla inglés. Hace unas horas ha estado en Matunga y ha oído al hijo de un *chaiwala* hablar con su padre en inglés: «Eh, papá». El vendedor de té ha respondido con gran esfuerzo. La madre del niño insistía en que le hablara en inglés. A Babbanji le preocupa; en Japón, señala, está bien visto hablar en japonés, pero en la India es una carga hablar en hindi.

Los amigos de Babbanji del salón literario también han estado haciendo llamadas, tratando de buscarle trabajo. Madan, el fotógrafo con el que fui al barrio chino, se llevó a Babbanji a conocer al guionista Javed Akhtar y su mujer, la actriz Shabana Azmi. A Babbanji le sorprendió que Javed y Shabana tuvieran una casa sencilla —«Hablan con sencillez»— y que la gran actriz escribiera. Es parlamentaria y activista. Es la heroína favorita de su padre.

Pero Akhtar le tomó el pelo por sus orígenes biharis. Declaró que su certificado debía de ser falso ya que había oído que se hacían en Bihar. Y dudó de que Babbanji supiera leer y escribir. Bromeaba, pero forma parte de un recelo ya familiar que los habitantes de esta ciudad comparten hacia su estado natal. Adil ha acudido a amigos que trabajan para el *Navbharat Times*, el principal periódico hindi del país. «Estamos buscando gente que sepa escribir hindi *allahabadi*. No nos interesa el hindi *bihari*.» Bihar es el estado de Pataliputra, capital del rey Sol, Vikramaditya. Es el estado donde Buda nació y alcanzó la iluminación. Es el estado de la gran universidad budista de Nalanda, uno de los centros de aprendizaje más importantes del mundo del siglo V al XI. Pero todo eso pertenece al pasado. Bihar es ahora el estado del bufón Laloo Prasad Yadav, que se rebaja hasta el punto de robar comida a los animales. Babbanji no puede escapar de la tragedia histórica de su tierra natal. Ha ido a Bombay a robar. No ha traído consigo nada más que un fajo de poemas.

Le digo lo que dijo Ishaq sobre por qué no podía encontrar un trabajo para

él: «Todos los biharis son ladrones».

«¡Totalmente cierto!», responde el joven con la amargura de quien reconoce el tópico y casi ha perdido la voluntad de luchar contra él. El dueño del puesto de libros para el que trabajaba, un rajasthani, le dijo lo mismo a la cara: «Los cabrones biharis son ladrones». Luego lo despidió. «En Bihar la gente tiene poca cultura —me explica Babbanji—. La tasa de alfabetización es de 39,52. Es un veintiún por ciento inferior a la del resto de la India. Un simple aldeano, que no sabe leer ni escribir, va a la ciudad a trabajar. Es inocente. Pero no puede encontrar trabajo en la ciudad; deambula por ella. Si alguien se compadece de él, el aldeano lo considerará como un dios. Pero si alguien da dos *rotis* [panes ácimos] hoy, no lo hace sin un motivo; su caridad tiene un motivo. Ahora bien, si el bienhechor resulta ser un mal hombre, un contrabandista, introducirá al aldeano en los malos negocios. El bihari aceptará un *roti* de cualquiera. Pero si sale de la red y huye, lo llamarán ladrón.» De ahí su fama tan extendida.

Babbanji aún no tiene los diecisiete años. Está confundido acerca de por qué quiero escribir sobre él y me advierte de lo arduo de la tarea si realmente me interesa: un consejo amistoso de un escritor a otro. «Se escribe sobre los que tienen en mente una meta. Yo he venido aquí para empezar mi historia. Si le interesa, tendrá que esperar. Tengo un largo camino por recorrer. He de dejar que la historia se desarrolle. ¿Qué se puede escribir con dieciséis años?»

Su bolsa está llena casi por entero de papeles: certificados, poemas, un cuaderno. Escribe en trozos de papel sueltos. Me enseña uno: la sobrecubierta de un libro que encontró en la calle. *Un plan de vida feliz*, de Angela Lansbury. En la contracubierta se lee: «Creo que nunca es demasiado tarde para tomar ciertas medidas para mantener la movilidad y vivir la vida más plenamente [...] Al implicarte de un modo positivo te recompensas a ti misma y puedes apostar con entusiasmo por la vida y su multitud de posibilidades».

Dentro, en el espacio en blanco, hay un poema que Babbanji ha escrito sobre Bombay:

*¿Qué se vende en este carnaval?
¿Qué embriaguez ofrece esta tierra
que los ingenuos e inocentes
acuden a estas encrucijadas de prisas y robos? [...]
Van en pos de sueños
que chocarán con sus sueños.*

Después de leer en alto el poema mira un momento la foto de Angela Lansbury.

—Sentí la necesidad de venir a Bombay —dice. Luego levanta la vista hacia mí—. ¿Puede guardarme un secreto?

—Sí.

El padre de Babbanji, que es profesor de geología en un *college* intermedio de la pequeña ciudad bihari de Sitamarhi, soñaba con que su hijo fuera científico. A Babbanji se le daba bien la química y participó en un concurso científico del colegio con un diseño de un aparato capaz de fabricar petróleo a partir de plástico reciclado. Ganó el tercer premio. La chica que quedó segunda, Aparna Suman, fue a felicitarlo. Él sonríe al recordar el momento.

—Puede que quisiera tomarme el pelo. Yo solía ser el primero.

—¿Era guapa? —pregunto.

—No. Normal.

Babbanji se matriculó en el *college* donde su padre daba clases y descubrió que Aparna también estudiaba en él. Ella le pidió prestado un libro de geología. Cuando se lo devolvió, había metido entre las páginas un poema de amor que empezaba: «Desde mi soledad te hablo...». Le pidió prestado un segundo libro. Esta vez se lo devolvió con una fotografía de ella y letras de

canciones de películas. En el pequeño pueblo corrió la voz de que tenían una especie de idilio, lo que atrajo la atención de varios alumnos brutos que su padre había expulsado. Espoleados por un rival celoso —un chico que alquilaba una habitación en la casa de Aparna—, entraron en el aula del *college* y pegaron a Babbanji frente al profesor.

—Bihar es de esos lugares donde, si te dan una paliza delante del profesor, este se queda de brazos cruzados —dice con amargura.

Si interviene, él también recibe. Los matones amenazaron al joven poeta con cuchillos y le ordenaron, delante de todos sus compañeros que se reían (delante de Aparna), que se levantara, cruzara los brazos, se agarrara las orejas e hiciera quince abdominales, a toda velocidad.

Al día siguiente se quería morir. No podía enseñar a sus padres su cara amoratada. Fue a hablar con los padres de Aparna para quejarse del inquilino. Cuando este apareció, afirmó que Babbanji acosaba a Aparna. Babbanji mostró a los padres las cartas de amor que ella le había escrito. Delante de todos, su madre preguntó a Aparna: «¿Le amas?». Ella respondió: «No». Leyeron en alto un poema que él le había escrito y que ella había dejado leer al inquilino:

*¿Por qué buscas alivio para tu soledad en alguien que podría
partir mañana?*

Soy cual brizna de viento; ahora aquí, luego no sé [...].

Olvídame, flor de mi jardín.

Se estaban mofando de él.

—Estaba lloroso pero no iba a derramar una sola lágrima. En ese momento decidí que la ciencia no era lo mío; la razón por la que iba a suicidarme, ese poema, sería mi meta, la razón de mi existencia. Decidí que quería escribir.

Volvió a casa y escribió una carta a sus padres, que estaban trabajando.

«Cuando vuelva a Sitamarhi seré algo. Para todo el mundo a quien dejo, volveré con una respuesta.» Luego se subió al autobús hacia la estación de tren más próxima.

—Todo lo que me llevé fue esta bolsa —saca una bolsa de plástico amarillo como las que se usan para ir a comprar verdura—, en la que tenía esta carpeta —con todos sus poemas—, una sábana y esto. —Busca en el fondo de la bolsa amarilla y saca una prenda de ropa, una camiseta interior arrugada y ligeramente manchada que debía de ser blanca pero se ha vuelto azulada de tanto lavarla, y que desprende un fuerte olor corporal. La sostiene en el aire, y por primera vez en esta historia tiene los ojos llenos de lágrimas—. Quiero a mi *papa*. Me llevé la camiseta interior de mi *papa*, como recuerdo. Desde niño siempre fue padre y madre para mí. —Se le quiebra la voz y guarda rápidamente la camiseta en la bolsa.

Cogió un tren a Lucknow, en el norte. Se despertó a la mañana siguiente cuando el tren entraba en Lucknow. Se miró la muñeca; el reloj que le había regalado su padre cuando quedó el primero de la clase había desaparecido. Se apeó y reflexionó sobre el siguiente paso que debía dar. En la estación vio dos trenes estacionados: uno iba a Delhi, el otro a Bombay. El de Delhi iba poco lleno y varios de los pasajeros tenían aspecto de políticos o periodistas. Junto al tren de Bombay había una multitud esperando a subir. La policía la contenía. Mezclándose con la multitud, Babbanji vio que había gente de todo tipo: ricos, pobres, los que tenían reservas y los que, como él, parecían fugitivos. Nunca había estado en Bombay ni en Delhi, pero en Delhi tenía parientes, y había oído decir que la ciudad no estaba tan congestionada como Bombay, que las condiciones de vida de los pobres no eran tan difíciles. Babbanji no conocía Bombay a través del mundo del cine hindi; solo sabía por su padre que en esa ciudad se encontraba el Instituto Tata para Investigación Fundamental y el Centro de Investigación Atómica Bhabha.

Todo esto pasó por la cabeza de Babbanji mientras esperaba en el andén de

la estación de Lucknow entre los dos trenes. En la plataforma uno estaba el tren a Delhi, medio vacío, prometiendo un trayecto rápido a una ciudad donde podría alojarse en casa de sus tíos o, en caso de que no lo acogieran, donde había mucho espacio en las amplias aceras en el que dormir. En el otro andén estaba el tren a Bombay esperando a ser invadido por cuerpos y que lo llevaría a una ciudad mucho más lejana, donde las presiones de la vida eran inimaginables y donde no conocía ni un alma.

—Pensé: «¿Por qué va toda esa gente a Bombay? ¿Qué hay en Bombay que de todas partes llega el grito: “¡Bombay! ¡Bombay!”?».

Y esperando en el andén entre los dos trenes, el joven tomó una decisión. Si toda esa gente iba a Bombay, debía de haber una razón. Esa gente debía de saber algo. De modo que Babbanji forzó su destino. Ocupó su sitio en la vasta masa que esperaba para subirse al tren a Bombay.

El trayecto duró dos días. Pasó uno de pie y el segundo aferrado a su pequeño trozo de suelo en el compartimento de pasajeros sin reserva. En las estaciones, los agentes de policía retenían a personas en los bogies para dejar subir a otras que los habían sobornado. Pero para el joven poeta, la incomodidad física se veía compensada con creces por la emoción de observar directamente a las masas, las propulsoras de su obra.

—Fue una gran experiencia para mí, ver cómo la gente llega a Bombay. Había ciento diez asientos y cerca de dos mil pasajeros. Muchos eran pobres, jornaleros; iban apretujados como ganado, unos encima de otros.

Por fin el expreso Bombay-Lucknow se detuvo en la Victoria Terminus y Babbanji bajó despacio al andén.

—Toqué el suelo e hice un *pranaam* —dice, llevándose una mano a la frente—. Recibí sus bendiciones. Pensé: «Esta es mi *karmabhoomi*». —La tierra de su destino.

En la estación lo abordaron unos oficiales que le pidieron su billete. Lo llevaron a una sala y le informaron de que, puesto que había viajado sin uno,

tendría que pagar trescientas rupias o permanecer quince días en la cárcel. Le registraron los bolsillos; de las ciento treinta rupias que llevaba se quedaron con cien. Babbanji huyó de la terminal, cogió un tren de cercanías a Bandra y vagó por Carter Road, junto al mar. Ahora solo tenía veintidós rupias; se le habían ido ocho en el billete de tren. Pasó hambre tres días, viviendo solo de agua. Luego el vigilante de una tienda de mármoles reparó en su estado y lo mandó de vuelta al sur de Bombay, a la dirección de alguien del Círculo Horniman, quien no le brindó ayuda. Caminando por la calle conoció al dueño de un puesto de libros, Ram Babu Joshi, que lo contrató.

—Vendía libros a precios escandalosos después de medir cuidadosamente al cliente.

Empleaba un lenguaje casi grosero; al cabo de un tiempo Babbanji se hartó de sus tacos, de modo que cuando se quedó sin empleo por haber ido al salón de escritores no tuvo un gran disgusto.

Volvió a Flora Fountain y conoció a un vendedor de libros más afable, Vijay. Vijay le paga cincuenta rupias al día. El dinero se le empieza a ir a primera hora de la mañana, cuando se ve obligado a pagar una rupia para utilizar el retrete de unos lavabos cercanos y otras cinco para lavarse. El dueño le recomendó un *dhaba* que sirve comidas por diecisiete rupias, pero Babbanji se llena el estómago con unos *rotis* por seis rupias y media, y con dos rupias de plátanos. La cena le cuesta catorce rupias en el «hotel» más próximo, *rotis* y verduras. «Tengo suerte de ser vegetariano, o me saldría por cuarenta rupias o más.» Así pues, Babbanji logra milagrosamente ahorrar dinero con su sueldo; cuenta con ingresos disponibles, que utiliza para comprar libros de los puestos callejeros de toda la ciudad. Me enseña una adquisición reciente: *Historia y problemas de la educación india*, por treinta rupias, porque está interesado en la educación musulmana.

Cerca del puesto de libros hay otro más pequeño de sandalias. Por la noche, cuando cierra el negocio, el dueño desmonta el tenderete, extiende un plástico

sobre las maderas y lo convierte en dormitorio al cielo raso para cuatro o cinco personas: él, Vijay el del puesto de libros, un zapatero remendón llamado Babbanji y otro hombre que se tumba al lado de Babbanji cuando ya duerme y se va antes de que se despierte, de modo que nunca ha hablado con él ni le ha visto la cara, solo duerme cada noche a su lado.

Babbanji me lleva a los *dhabas* y a los lavabos a los que va: dónde come y dónde lo expulsa. En el *maidan* de detrás de Churchgate hay una pequeña carpa debajo de la cual unos hombres sudorosos remueven sin parar unas ollas enormes de comida. Aquí es donde consigue Babbanji un plato de arroz con *dal* por menos de diez rupias, y sobrevive otro día. No sabrías que existe un lugar así en el corazón de Bombay a no ser que lo buscaras; está bien escondido de los trabajadores que corren a la estación. Cerca hay dos lavabos; el Sulabh Sauchalaya, construido por una organización benéfica privada, es con diferencia el peor de los dos. Frente a cada uno de los tres cubículos hay una larga cola de gente incluso ahora, en las horas de más calor de la tarde. Por las mañanas la cola sale por la puerta, baja las escaleras y llega hasta la acera. Babbanji ha hecho cálculos. Un ser humano necesita ocho minutos para ir al baño. «Pero para cuando te has desabrochado la ropa, la gente empieza a aporrear la puerta; empiezan a aporrearla a los dos minutos, cincuenta personas aporreando la puerta del retrete donde estás sentado.» Ha empezado a levantarse antes de las seis y media de la mañana, para poder ir al baño tranquilo.

El primer día que pasó en Bombay descubrió también otra técnica de supervivencia para vivir en la calle: no cierras nunca los ojos mientras te lavas. En el Sulabh Sauchalaya hay una manguera que va del grifo de la pila a un cubo. Babbanji esperaba su turno acucillado frente al cubo, lo llenó y empezó a enjabonarse. Oyó un ruido y abrió los ojos, y vio cómo el hombre que esperaba detrás de él agarraba el cubo y lo vaciaba sobre sí. Le había robado el agua. Babbanji quiso quejarse, pero el hombre le pareció corpulento

y amenazador. Empezó a aclararse la cabeza con el hilillo de agua que bajaba por la manguera. Pero el hombre de detrás había usurpado su sitio en la cola, y Babbanji se vio obligado a hacerse a un lado y mirar mientras el jabón se secaba sobre su cuerpo. Luego el hombre de detrás del usurpador se compadeció de Babbanji y le cedió su turno. «Toma, acaba de lavarte.» Todo esto a plena vista de la gente de la cola que esperaba para ir al retrete. No hay privacidad cuando te lavas; tienes que hacerlo en ropa interior sintiendo la mirada de cientos de ojos. A menudo estallan peleas entre los que se lavan. El nepalés que lleva este negocio cobra cinco rupias por lavarte y una rupia por utilizar el retrete, cuando las tarifas anunciadas son tres rupias y media rupia, respectivamente. Aun así, hay tanto movimiento que el camino de los lavabos está lleno de surcos y la acera resquebrajada a causa del torrente de agua jabonosa que discurre por entre los pies de los que hacen cola.

Le pregunto si le gusta la vida de la calle.

—Mucho. No tengo problemas. No quiero volver a casa; soy más libre en la calle.

—¿Qué te ha parecido Bombay? —le pregunto, como otros me han preguntado a mí—. Los pisos, los coches.

—Todo eso no me atrae. No quiero vivir en esos pisos; aprisionan a la gente. En las aceras puedes entablar relaciones, amistades. Si me hiciera rico, estas relaciones se romperían; cuando mis amigos pobres vinieran a verme, los guardias de seguridad no los dejarían pasar. Las aceras son el amigo del pobre. ¡Cuánta gente duerme en ellas!

Una encuesta reciente mostraba que dos tercios de las aceras de la ciudad son intransitables en gran medida debido a gente como Babbanji. La lucha por la acera es una batalla sobre derechos: los peatones para caminar por ella (el propósito inicial); los sin techo para dormir en ella; los vendedores callejeros para ganarse la vida en ella; los dueños de vehículos para aparcar en ella. La ciudad está en un continuo debate angustioso sobre quién tiene mayores

necesidades.

Pregunto a Babbanji qué recuerda de Bihar.

Dos cosas. Primero, a su padre y lo que le aconsejó: «Hijo, sé algo. Haz algo con tus propias manos. Si eres ladrón, sé el mejor ladrón». Segundo, «el corazón bihari, su hospitalidad, la buena disposición con que acepta a los forasteros. Esto no lo encuentro aquí». En Bombay, señala Babbanji, hasta un vaso de agua cuesta dinero; llenar una botella de agua para beber cuesta un par de rupias. «En Bombay, la gente no tiene corazón, esto es lo que he descubierto en un mes.» Pero sabe exactamente lo que quiere hacer ahora: «Quiero relacionarme con escritores. Quiero seguir escribiendo». Ha titulado su colección *Y la vela sigue ardiendo*.

Casi toda la gente, cuando se entera de que Babbanji es poeta, le pide que recite un *shayri*, un tipo de rima recitada que ha infestado la India moderna.

—No me gustan los *shayris*. Yo escribo poesía. Los *shayris* son para entretener; la poesía, en cambio, dice la verdad. La gente empieza a aplaudir cuando oye un *shayri*, no cuando oye poesía. —Le gusta el círculo de poetas que conoció en el salón literario del patio—. Es una reunión de intelectuales, gente de clase alta. Hay un intercambio de ideas. —Está aprendiendo a ver las cosas desde el punto de vista de ellos, a hablar con el lenguaje de un crítico. Cita a un poeta de Londres que se encontraba de paso—. Dijo con razón: «La poesía está muerta en la India hoy día». —Los escritores han estado ayudando a Babbanji. Él a veces se pregunta por qué, qué pueden ganar con ello—. Tal vez quieren promover el talento, para que cuando sea una figura reconocida los mencione. Si la gente me pregunta «¿Cómo saliste del arroyo?», puedo nombraros a todos: a Adil, a ti, a Madan.

Me da su autorización para utilizar la historia de su vida en mi libro y me pregunta si puede sugerir un título para ello. Asiento y dice: «Vida nunca contada».

—Es la vida que nunca se explica. Se habla mucho de la vida de los ricos,

pero nunca de la de los pobres.

Si no me gusta, sugiere «Secretos de llegada». Le digo que me quedo con el primer título. El mundo, y eso incluye la gente con la que crecí en Bombay, no sabe nada de esas vidas porque no se le ha explicado nada sobre ellas.

De lo que más ávido está Babbanji es de tiempo: tiempo para escribir.

—Si tuviera tiempo podría escribir un libro en un día. Escribo un mínimo de cinco o seis poemas al día.

La librería está abierta de ocho a ocho. Después de trabajar, recorre la corta distancia que lo separa del mar, cerca de Marine Drive, se sienta debajo del edificio de pisos de tres millones de dólares cada uno y, contemplando la misma vista que ellos pero gratis, escribe. Se convenció de que nunca había visto un atardecer en Bihar hasta que vio cómo se pone el sol sobre el mar Arábigo.

—Era hermoso, hermosísimo. Me inclinaba para escribir y cuando levantaba la cabeza al cabo de dos o tres segundos, el sol ya se había puesto.

Yo también, de niño, había ido a las rocas que hay detrás de Dariya Mahal al atardecer, papel y bolígrafo en mano, y había presenciado esta intersección de belleza y tristeza, forzando la vista para ver dónde terminaba el fuego y empezaba el agua.

Entre sus poetas favoritos figura Atal Bihari Vajpayee. En su cuaderno ha copiado uno de los poemas del primer ministro. «Seam in the Hot Milk», sobre dos hermanos que se pelean, una alegoría sobre la Partición.

—¿Para quién estoy escribiendo? —se pregunta—. Quiero que mis poemas lleguen al público de Bombay; no quiero que se queden dentro de mí. Estos poemas deberían ser leídos por los pobres. No quiero que estén en libros de quinientas rupias. Quiero escribir para una revista publicada por la Asociación del Bienestar de Bihar. —Quiere decirles lo que es Bombay, lo que es vivir en las aceras.

En su tiempo libre, Babbanji recorre la ciudad, contemplando puestas de sol

y miseria. Va a las zonas de las catástrofes, como la que vio desplomarse un edificio hace poco, y escribe un poema titulado «Manos de albañil manchadas de rojo». Me lleva a las sinuosas callejas que hay detrás de Flora Fountain. Hay un grupo de camellos y drogadictos africanos que duermen y hacen negocios allí. Una mañana que pasaba por ahí, Babbanji vio un ruedo de gente. La policía había hecho una redada de los drogadictos que llenaban esas calles en la madrugada. Los agentes bajaron de un salto de sus furgones y los persiguieron. Los que pudieron huyeron, pero uno de ellos, que tenía los pies amputados y daba saltos con sus muletas, fue presa fácil. Los agentes rompieron las muletas y lo derribaron con un golpe de *lathis*. Luego, delante de toda la multitud, lo atacaron con sus porras, descargando golpes sobre él mientras trataba de escabullirse arrastrándose por el suelo. El incidente conmovió tanto a Babbanji que compuso un poema sobre él desde el punto de vista del drogadicto.

También ha estado yendo a Santacruz, un pueblo de chabolas donde la gente vive sobre una alcantarilla al aire libre. En el tren oyó a un grupo cantar y, sacando tres rupias de su bolsillo, pidió a uno de los miembros que cantara «Zindagi ka Safar». Cuando se apearon los siguió hasta su casa. Examinó la alcantarilla; estaba desbordada de toda clase de plástico: bolsas de plástico, botellas de plástico, pedazos sueltos de plástico separados de sus entidades originales; y recordó el proyecto científico que había presentado en el colegio sobre cómo convertir el plástico en petróleo.

—Y pensé: «¡Esto es un tesoro!».

Otro lugar que me recomienda es la zanja de sesenta metros de longitud que se extiende de Bandra a Mahim, llena de aguas residuales totalmente negras. Me explica cómo llegar allí.

—Hay una pequeña selva, varias casas, y debajo, en las orillas, a lo largo de doscientos metros, chabolas. Durante doscientos o trescientos metros tienes que taparte la nariz por el tufo.

Allí vive una colonia de gente, inmigrantes como él. Está desierta de las ocho de la mañana a las siete y media de la tarde; los inmigrantes no son mendigos. Quiso ver cómo podía vivir la gente en esas condiciones y compuso poemas sobre ellos.

—El agua de la zanja se utiliza para cultivar espinacas —me dice.

Le parece asombroso. A mí también.

Después de buscar durante meses, Babbanji no logra encontrar un trabajo adecuado en Bombay. Tiene muchos motivos para evitar un empleo fijo.

—Quiero ser libre. Si cojo un empleo estaré atado. La poesía es algo que no puede hacerse sin ver. Si no puedo ver Bombay, ¿cómo voy a escribir?

Así pues, obligado por las exigencias de su profesión, ha dejado el puesto de libros y está buscando un empleo a tiempo parcial que le deje tiempo para escribir. Tan pronto se granjea como pierde el favor del dueño del puesto de libros, que no le deja sentarse allí de día. De modo que ahora se pasa la vida en la escalinata del juzgado.

—Suketuji —dice un día—, hace falta dinero.

—¿Cuánto? —pregunto, de pronto receloso.

—Ciento cincuenta.

No es nada en realidad, solo cuatro dólares, pero si le doy dinero en este momento estaré influenciando directamente el curso de su vida, el curso de su historia. En lugar de dárselo le ofrezco un vale de comidas por valor de quinientas rupias en el restaurante Samovar de la galería de arte Jehangir. Eso le da derecho a quince buenos almuerzos de curry de verduras con arroz. No quiero darle dinero. En una ocasión me dijo que no acepta la compasión. Va a menudo a la galería de arte Jehangir y deambula entre los cuadros. Dice que le gusta la exposición de Sabhavala, aunque sospecho que le han enseñado a apreciarla sus ilustres amigos del salón literario. En el Samovar observo

cómo come su sándwich de queso. Primero lo deja en el plato delante de él. Luego se come una cuarta parte, despacio. Mientras quede un trozo de sándwich en el plato que tiene ante sí los camareros no lo acosarán para que se vaya. De modo que sopesa su hambre y la necesidad de pasar la tarde en un lugar resguardado. Es un cálculo preciso: cuánto sándwich se permitirá comer, a qué ritmo.

Babbanji se debate entre la ciencia y la poesía, y entre Bihar y Bombay. Durante tres años investigó el fenómeno de la conversión del plástico en petróleo y luego lo presentó a nivel nacional. Siente la carga de su descubrimiento.

—Si siguiera con ello y lo presentara al mundo, tendría que volver a dedicarme a la investigación. Pero quiero ser poeta. Dejaré esta investigación en manos de mi padre. —Cree que la ciencia y la poesía pueden coexistir en su vida—. Me haré poeta, pero la ciencia estará presente de algún modo en mis poemas. —Dice que tal vez tendría que volver a Bihar para recibir un premio en ciencias. Sospecho que está preparado para regresar, pero lo niega —: Bombay es mi *karmabhoomi*. Si muero será en Bombay. He olvidado mi vida anterior en Sitamarhi.

Pero sus padres probablemente no le han olvidado, señalo yo. Ante mi insistencia les escribe una postal.

Queridos papá y mamá,

Os toco los pies.

He destrozado vuestros sueños y me he venido aquí. Os ruego que me perdonéis. Pero estoy tratando de arreglar vuestros sueños rotos. He dejado la carrera de ciencias y me he embarcado en una carrera en literatura, y estoy empezando mi carrera en las aceras de Bombay y tratando de hacer algo a través de mis poemas.

Por si quieren buscarlo, dice, ha escrito su dirección: «Flora Fountain, Churchgate». Y enseguida darán con él. Está al borde de las lágrimas mientras

considera esa posibilidad.

—¡Suketuji! —Babbanji me telefona el domingo por la mañana—. ¡Ha venido mi *papa!*

—¿Dónde está?

—Aquí conmigo. Tengo que volver a Bihar a las once. Ha surgido un trabajo importante. Un trabajo muy importante.

A las nueve y media estamos en el Café Mondegar, a tiro de piedra de la acera que ha sido el hogar de Babbanji. El Café Mondegar, abierto al tráfico de Colaba, es un lugar propicio a la alegría. La cerveza está fría y llega en jarras de formas imaginativas; una parece una pecera. Las mesas están muy juntas las unas de las otras, y una especie de afabilidad étlica une a los jóvenes, a los mochileros, a las parejas que quedan en el bar. Pero el camarero se muestra zalamero con los dos biharis que no saben qué pedir. Insiste en hablarles en inglés. Pido un desayuno para cada uno.

El padre no se ha afeitado en los tres días que tarda el tren en llegar aquí. Es un hombre medio calvo y con gafas de cuarenta y cinco años que aparenta más, como suele ocurrirles a los profesores universitarios, y tiene una bonita sonrisa. Hoy habla sin parar, nada lo detendrá. Y es un placer oírlo hablar en hindi porque tiene una forma bonita de expresarse. Al menos algo del fuego poético de Babbanji parece ser heredado.

El padre de Babbanji ha llegado a la Victoria Terminus con su suegro a las cinco y media de la mañana, y ha caminado de la estación a Churchgate, buscando puestos callejeros por el camino. Cerca de uno ha visto a un grupo de gente durmiendo en la acera; una de las figuras se ha movido y ha levantado un instante la fina sábana de algodón de su cara y el profesor ha exclamado: «¡Hijo!». Babbanji llevaba la misma camisa que la última vez que lo vio.

—Padre e hijo se han fundido en un abrazo, llorando —me dice el profesor.

Recuerda que Babbanji siempre fue un niño delicado; nació con muchas dificultades. Llegado a este punto casi se viene abajo—. No podía mamar de su madre, no se le enganchaba la mandíbula. Lo he cuidado desde que tenía cuatro años. Nunca me ha pedido nada.

A Babbanji se le saltan las lágrimas.

—¿Cómo ha tratado el cuerpo —se pregunta el profesor, levantando la mano delgada de su hijo— que sus padres se esforzaron tanto por hacer crecer hasta esta fase? No se trajo un suéter ni cogió dinero de casa. —Se fijaron en que se había llevado una sábana *khadi*, en lugar de una de lana, más cara—. Tuve la sensación de que mi casa era de cristal y se había roto. Él era el apoyo de este anciano y obró muy mal. —Pero también trataba de explicarme el comportamiento de su hijo, como disculpándolo, haciéndome saber que el chico no tenía la culpa—. La razón es que a una edad temprana tuvo más conocimientos de los necesarios. Debería haber explicado sus problemas a su padre, pero no quiso preocuparle. Los estudiantes le pegaban por mi culpa.

Cuando Babbanji desapareció, su madre empezó a soñar con su hijo, a tener visiones. En una el chico se sostenía la cabeza, arrodillado en la calle. Tenía fiebre, y un hombre bueno lo ayudaba. Si ella veía a un chico con dolor de cabeza, decía: «Es mi hijo». Se preguntaron quién podría ayudarlos a localizar a Babbanji. Como ocurre en los tiempos de crisis, en los momentos en que no se sabe lo suficiente, acudieron a un astrólogo. Este consultó las estrellas y les dijo que el chico vivía en Varanasi, con un hombre cuyo nombre de pila empezaba por la sílaba «Ra». Además, dijo el astrólogo, Babbanji vivía en una casa amarilla y blanca.

Así habían empezado las andanzas de su padre, por los pueblos y las pequeñas ciudades del norte de la India, buscando a su hijo perdido. Fue de casa en casa en Varanasi, mirando las paredes para ver si eran amarillas y blancas, preguntando a los grupos de estudiantes si conocían a un chico que respondiera a ese nombre. Fue a Deoband, a Saharanpur, a Aligarh.

Caminando por la calle se le aceleraba el pulso cada vez que veía a un grupo de jóvenes, y escudriñaba todas las caras por si alguna se correspondía con la de su hijo. Nadie pudo decirle nada.

El 2 de abril el profesor universitario tuvo un sueño. Su hijo se acercaba a él en el campus del *college*, lo cruzaba en silencio en dirección a él. No se decían nada en el sueño. Ese mismo día Babbanji escribió por fin a su padre.

—El empleado dio una carta a su madre. Ella lo esperaba cada día. Al ver que la dirección estaba en inglés, vino corriendo a buscarme. Temí que fuera una carta de esas en las que escribes tus propias señas para un concurso. —La firmaba «Babbanji de Flora Fountain». La leyó dos, tres veces. Solo dos palabras lo hicieron enfadar. La saca ahora y lee en voz alta lo que Babbanji escribió encima de su nombre: «Tu hijo vagabundo e inútil»—. Estas palabras me hirieron. Mi *beta* no es un vagabundo ni un inútil.

—El mundo me llamará vagabundo, ¿no? —dice Babbanji. Está lloroso.

—Ningún hijo es un vagabundo para su padre o su madre.

En la máquina de discos de detrás de nosotros suena la canción de los Bee Gees «It's Only Words». Son solo palabras.

Después de recibir la carta, el profesor y el abuelo de Babbanji parten inmediatamente a Bombay, y encuentran a su hijo tumbado frente a una pared amarilla y blanca. Más tarde el padre de Babbanji se entera de que el primer hombre que dio cobijo a su hijo fue el librero Ram Babu Joshi.

El padre también está muy enfadado con su hijo porque este no le explicó sus problemas en el *college*.

—No dejaré a mi hijo en Sitamarhi. Pediré que lo trasladen.

Su hijo protesta.

—Me quedaré en Sitamarhi. Cuando vuelva ya no seré un lugareño más.

Será uno que ha vuelto de Bombay. Los bravucones del *college* lo mirarán de otro modo.

Su padre también ve el lado positivo de la aventura de Babbanji en la

enorme ciudad.

—No se ha descarrilado. Tenía una educación. Ahora tiene usted que ayudarlo. —El profesor apela a mí—. Nosotros solo somos sus padres.

—Dígame como amigo qué debo hacer —me pregunta Babbanji—. ¿Debería volver o no?

Señalo que la situación de Bihar deja mucho que desear.

Olvidan sus diferencias y los dos se apresuran a defender su estado natal.

—En Bihar hay muchos científicos. Hay un chico de diez años que tiene una licenciatura en ciencias. Todos son brillantes.

—Nuestra tierra es muy fértil —dice Babbanji.

Los mejores poetas hindis son biharis, dice.

El padre quiere que Babbanji vuelva a Bihar y reanude sus estudios de ciencias.

—Un científico es un gran *littérateur* —afirma.

—Lo haré en Bombay; mi *karmabhoomi* está en Bombay —repite Babbanji, tratando de convencer a su padre y a sí mismo—. Mira cómo funciona el destino. Si no hubiera estado trabajando en un puesto de libros no habría conocido a Adil.

—Pero ¿y la forma en que vives? —le pregunto.

—No me da miedo la acera. Ahora que me he puesto en camino nada podrá detenerme.

Lee un poema que acaba de escribir, sobre un tren de Bombay «que lleva a miles sobre sus hombros y los trae de vuelta». Nadie entiende el dolor del tren, cree el poeta.

—¿Dónde aprendió todo esto? —pregunta su padre maravillado—. ¿Cómo se introdujo en el mundo de la literatura? Me parece extraño... esas cualidades adicionales, ¿de dónde han salido? Tal vez las haya heredado de mi abuelo, que tenía muchos libros de literatura. —Mientras buscaba pistas sobre por qué había huido su hijo, encontró un cuaderno en el que salía a la luz el

secreto de su hijo: un largo poema que había escrito—. Me quedé sorprendido... ¿cuándo había empezado a escribir poesía? Yo no habría podido escribir así. En la situación en que se encuentra Bihar ni siquiera un chico con un máster en humanidades podría escribir así. —Pero debería sacarse una licenciatura. El profesor solo ha lamentado una cosa en su vida: no haber podido hacer su doctorado—. El año pasado hice el voto de que lo haría a través de mi hijo. Mi hijo debe llevarme dos títulos de ventaja como mínimo.

Le gustaría que su hijo fuera profesor o médico, «pero no médico por dinero». Su padre está tratando de convencerme de que persuada a Babbanji para que vuelva a matricularse en la universidad.

—Esto no tiene por qué acabar —dice refiriéndose a la poesía de Babbanji, eludiendo con cuidado la palabra—. Si te llega la inspiración puedes escribir inmediatamente, media hora al día. No puede terminar. —Y, además—: ¿Cuándo lo reconocerá el mundo? ¿A cuánta gente le gustará su poesía? Hay muchos poetas, muchos escritores. Los únicos que prosperan están en el mundillo del cine. ¿Quién lee literatura, quién lee la verdad?

Recita un *shloka* en sánscrito: «Hay que decir la verdad salvo cuando es amarga». Todos son argumentos prácticos y sensatos contra el mundo de la literatura. Oigo la voz de mi padre utilizando casi las mismas palabras conmigo en Nueva York, a muchos mundos de distancia. El padre de Babbanji no le prohíbe exactamente que se embarque en la carrera de escritor. En lugar de ello está utilizando el amor y el miedo, proyectando la ansiedad de sus casi cuarenta y cinco años sobre el joven de diecisiete. Babbanji se ve a sí mismo como un poeta; y mientras camina por la ciudad que le ofrece gruesas capas de experiencia para su poesía, la idea de sí mismo lo exalta muy por encima de los millonarios de las plantas veintitrés.

Su padre quiere marcharse enseguida de Bombay a las pocas horas de haber llegado. En cuanto ha visto a Babbanji esta mañana, ha dicho: «Vamos, hijo,

marchémonos de aquí. Esto es un *maya ki nagri*», una ciudad espejismo. «Todos estos grandes edificios no están hechos sino de mentiras; se han construido arrebatando la riqueza de alguien.» Me dice:

—Es una ciudad de dinero, y yo no doy mucha importancia al dinero. —Es una ciudad jerárquica; siempre te estás comparando con los demás—. Hay alguien por encima de ti y alguien por encima de ellos.

Babbanji sugiere a su padre que vaya a ver al abuelo, a quien ha dejado esperando en la estación de tren, mientras él va a buscar sus cosas. Su padre se niega en rotundo. No piensa dejarlo solo ni un segundo. Esta mañana cuando Babbanji ha ido a los lavabos públicos, su padre lo ha acompañado y se ha quedado frente a la puerta. Toda la gente de la acera se ha alegrado mucho de verlos juntos, «pero no querían que se marchara», recuerda su padre. Su hijo ha encontrado una comunidad entre ellos. Su padre ha pagado todas las deudas de su hijo y ha pedido a Dios que bendiga al hombre que lo ha cobijado. Babbanji también ha anotado con exactitud las veces que ha comido en el Samovar y las fechas. Todavía queda dinero de mis quinientas rupias.

De modo que los tres nos dirigimos al puesto de libros para buscar las pertenencias de Babbanji. ¿Qué se lleva un hombre de vuelta a su pueblo después de haber vivido en la gran ciudad? El equipaje de Babbanji son cuatro libros, una colección de tesoros que encontró en los puestos de libros:

Ruido: Los sonidos indeseados

Historia y problemas de la educación india

La historia de Wilde Sapte (un bufete londinense)

Agua: Naturaleza, usos y futuro de nuestro recurso máspreciado y malgastado

Seguimos andando hasta la Victoria Terminus, donde encontramos al abuelo

de Babbanji sentado encima de su bolsa, masticando plácidamente su *pan*. El abuelo es un anciano vestido con *dhoti*. No le dirige la palabra a su nieto. Quiere que yo vaya a Bihar.

—Hay mucho que ver en Bihar —dice con orgullo: el lugar donde nació Buda, Patna, muchos lugares de gran belleza natural.

Le pregunto al padre si no quieren coger el tren nocturno y ver algo de Bombay, ya que han cruzado todo el subcontinente.

—Ver a mi hijo es ver el mundo entero —responde el padre de Babbanji—. Mi luz está aquí. Veo el mundo a través de él. Veré América a través de él. Es mi pantalla.

Y, mirando a este chico de diecisiete años que me sonrío, con los ojos y el corazón ávidos de descubrir, reaccionar y vivir, y al lado a su padre, también sonriente, le creo. Una vez dadas todas las explicaciones pertinentes, tal vez después de una buena tunda de la madre, cuando haya vuelto la calma, habrá muchas veladas largas en las que Babbanji se sentará frente a la casa del profesor, en la pequeña ciudad cambiante de Bihar, y le hablará del collar de la reina, de la diosa de la pantalla a la que vio entretejerse una guirnalda de jazmines en el cabello, de los grandes coches y la gente que vive en las alcantarillas, de los poetas ingleses y el alcohol, del edificio que se derrumbó y la gente sobre la que cayó, de las luchas por el agua en el lavabo público y la discreta amabilidad de los que viven en las aceras. ¿Acaso no tenemos hijos para eso, después de todo, para ver el mundo por segunda vez, en la pantalla de sus vidas?

Debajo del gran reloj de la Victoria Terminus, entre gente que va y viene, Babbanji se despide de mí.

—Tengo la sensación de irme de casa. En Bihar me encontraré a gente de Bombay que vuelve al pueblo para las vacaciones de verano, y le preguntaré por la ciudad, me pondré al día. Esto es solo un descanso para mí, no es el fin.

Le pregunto por qué cree que ha llegado a sentirse así hacia la ciudad.

—Tengo a Bombay en la mente porque me ha proporcionado material sobre el que escribir. —Caigo en la cuenta de la sencilla verdad que encierra esta afirmación.

Nos abrazamos. Me coge la mano, se inclina y se la lleva a la frente. Y lo dejo allí, en la enorme terminal, con los anuncios de trenes resonando sobre mi cabeza.

—¡Iré a la oficina de *Time* en Patna y escribiré para ellos! —grita a mis espaldas.

HAGA SITIO

Bombay es una ciudad de ritmo rápido, incluso frenético, pero, en el fondo, no es una ciudad competitiva.

Cualquiera que tenga una «reserva» en un tren indio está familiarizado con estas palabras: «Haga sitio». Estás sentado en tu asiento, los tres pasajeros reglamentarios a lo largo de él, cuando una cuarta y una quinta persona se alzan sobre ti y te dicen: «Psst... Haga sitio». Te corres. Haces sitio.

Es una ciudad abarrotada, acostumbrada a la vida en masa. A nuestros vecinos de Manhattan les pareció extraño que los padres de Sunita se instalaran seis meses en nuestro apartamento de una sola habitación. Nuestra casera nos retuvo parte de la fianza por el «desgaste excesivo» causado por la presencia de dos adultos más. En Bombay nadie nos ha preguntado cuánta gente va a vivir con nosotros en nuestro apartamento; dan por sentado que se instalarán parientes, amigos y amigos de amigos, y cómo los acomodaremos es problema nuestro.

Hace poco vi en una revista un anuncio de un coche Ambassador, la resistente bestia de carga de las carreteras indias, que ilustra lo que quiero decir. El coche, una versión sin adornos de un Morris Oxford de los años

cincuenta, avanza con dificultad por una calle mojada a causa de la lluvia. El anuncio no dedica la habitual atención lasciva a la tapicería de cuero de los asientos, los tableros digitales, el motor de inyección eléctrico o las líneas aerodinámicas del diseño del coche. El Ambassador es incuestionablemente feo pero encantador como pueden serlo los elefantes, con una visera vistosa y una sonrisa de oreja a oreja. En lugar de ello hay un pequeño diálogo dentro del coche. Se ven tres personas apretujadas en el asiento delantero. Un hombre cruza frente al desgarrado paquidermo, con un maletín sobre la cabeza para protegerse del aguacero.

—Arre... ¿no es Joshi ese?

—Sí. Que suba también.

—Pero ya vamos muchos.

—Ten compasión, siempre podemos hacerle sitio.

Los anuncios de coches de casi cualquier parte del mundo suelen concentrarse en el lujoso envoltorio que te espera a ti, el conductor, una vez que te subas a él. Como mucho habrá espacio para la atractiva mujer que recogerás una vez que se te vea conduciendo el vistoso juego de ruedas. El anuncio del Ambassador no está vendiendo las virtudes del espacio en realidad. No está diciendo, como el anuncio de una furgoneta, que tiene mucha cabida. Está diciendo que la clase de gente que es probable que conduzca un Ambassador siempre podrá hacer sitio a alguien más. De hecho, está defendiendo una reducción del espacio físico individual en aras de un aumento del espacio colectivo. En una ciudad abarrotada, los habitantes de Bombay no tienen otra opción que apretujarse.

Estoy en la hora punta de la tarde en el tren rápido de Virar, probablemente el más abarrotado de los de cercanías. Estoy asiendo con las dos manos el agarradero que hay encima de la puerta abierta, y mis otros únicos puntos de contacto son la parte delantera de mis pies. La mayor parte de mi cuerpo cuelga considerablemente fuera del tren cada vez más veloz. Hay una

aglomeración de pasajeros. Tengo miedo de que la presión de sus cuerpos me empuje hacia fuera, pero alguien me tranquiliza: «No se preocupe, si lo empujan hacia fuera también lo empujan hacia dentro». «Somos como ganado», dice otro.

Girish una vez me dibujó en un trozo de papel un diagrama del baile, la coreografía de los trenes de cercanías. El contingente del Bombay Central se queda en el centro del compartimento de Borivali a Churchgate. A su alrededor la gente se mueve en el sentido de las agujas del reloj: primero la remesa de Jogeshwari, después la de Bandra, luego la de Dadar. Si eres nuevo en los trenes de Bombay y tienes previsto bajarte en Dadar, por ejemplo, debes preguntar al subir al vagón: «¿Dadar? ¿Dadar?». Y te indicarán el lugar exacto donde debes esperar para poder apearte con éxito en tu estación. Los andenes no siempre están en el mismo lado del tren. No hay puertas, solo dos enormes aberturas a cada lado del compartimento. De modo que, cuando llega la estación, has de estar colocado en posición de bajar de un salto mucho antes de que el tren se haya detenido del todo, porque si esperas a que lo haga, te verás empujado de nuevo hacia dentro por la gente que sube corriendo. Por las mañanas, antes de que el tren llegue a Borivali, que es la primera parada, ya está lleno hasta los topes. «¿Para conseguir un asiento?», pregunté. Girish me miró, preguntándose si yo era imbécil. «No, para subir.» Esto se debe a que el tren que llega de Dadar ha empezado a llenarse en Malad, dos paradas antes, de gente dispuesta a reemprender el trayecto en sentido contrario.

De poco sirve viajar en el compartimento de primera, que solo está un poco menos abarrotado en las horas punta. El hermano de Girish, Dharmendra, tiene un abono mensual en primera clase, pero cuando el tren va de bote en bote opta por los vagones de segunda. «En segunda son más flexibles. En primera si te topas con un tipo de Nepean Sea Road, no se moverá. Se quedará donde está.»

Mencioné a Girish una estadística que había leído, según la cual la densidad

máxima de pasajeros de pie permitida en los trenes era de diez por metro cuadrado. Él estiró un brazo y dijo «Un metro», e hizo cálculos. «Más —dijo—. Más. En las horas punta, si bajo el brazo así no puedo volver a levantarlo.» Muchos movimientos en el tren son involuntarios. Te dejas llevar; si eres ligero, puede incluso que no tengas que mover las piernas. En 1990, según el gobierno, el número de pasajeros que viajaban en un tren de nueve vagones en la hora punta en Bombay era de 3.408. Hacia el final del siglo había ascendido a 4.500 pasajeros. Según una carta de G. D. Patwardhan dirigida al *Times*:

Es una burla de nuestros estatutos, que establecen el número exacto de animales de cría —vacas, búfalos, cabras, burros, etcétera— que pueden transportarse en un vagón de unas dimensiones específicas. Cualquier violación de tales normas es un delito penado según los procedimientos disciplinarios propios de las compañías ferroviarias, así como según la legislación de Prevención de la Crueldad contra los Animales. Pero tales normas y tal legislación no rigen el transporte de seres humanos.

Cuando pregunto a la gente cómo puede soportar viajar en estas condiciones, se encoge de hombros. Te «habitúas». Te «acostumbras».

Los pasajeros que cada día hacen el mismo trayecto viajan en grupos. Girish se junta con unas quince personas que cogen el mismo tren en estaciones anteriores. Cuando sube, le hacen sitio encima de sus rodillas y desayuna con ellas; cada una trae de su casa alguna exquisitez (los gujaratis, *batapauua*; los telugus, *upma*; los *bhaiyyas*, *alu-poori*) que desenvuelven en el minúsculo espacio del compartimento. Pasan la hora agradablemente contando chistes, jugando a las cartas o cantando, a veces con castañuelas. Girish sabe dónde están los mejores cantantes de cada tren. En el de las ocho quince hay un grupo que canta canciones nacionalistas y antimusulmanas muy bien. Hay otros especializados en *bhajans* y en cantos de llamada y respuesta. De este modo el trayecto se hace soportable para los que consiguen sentarse, y

entretenido para los que viajan de pie. Cuando Girish trabajaba para Kamal en la casa de Mira Road, seguía cogiendo el tren al centro una vez a la semana por el placer de desayunar con su grupo.

Los trenes bullen de actividad. En los compartimentos de mujeres se vende ropa interior, bragas enormes que llegan hasta el abdomen y que se pasan unas a otras para examinarlas mientras el dinero de las que compran recorre las mismas manos pero en sentido contrario. Otras mujeres trocean las verduras para la cena que van a cocinar tan pronto como lleguen a su casa. Los anuncios de los trenes de cercanías son los mismos que ves en el metro de Nueva York, y tratan de temas indescriptiblemente íntimos: hemorroides, impotencia, olor de pies. En el seguro anonimato de la masa se pueden leer detenidamente; hay consuelo en saber que esas molestias corporales son universales, que las comparten las mismas carnes que te apretujan. Ellos también necesitan esas pastillas y esas pócimas, o esa pequeña intervención quirúrgica.

El ramal occidental del tren concluye su trayecto rodeado de belleza; el oriental, inmerso en horror. En el tren de Churchgate, pasada la estación junto al mar de Charni Road, pasadas las gincanas —islámica, católica, hindú, parsi—, a medida que desaparecen las barracas de los suburbios, Bombay se convierte en otra ciudad, en una ciudad como las de antes, una ciudad bonita. De pronto se ve el cielo azul y el agua cristalina de Marine Drive, y todo el mundo mira hacia la bahía y empieza a respirar.

El ramal oriental, la línea Harbour, pasa despacio hacia el final del trayecto a través de gente durmiente; en según qué tramos las chabolas están a menos de un metro de las vías. Pueden rodar desde la cama y caer bajo las ruedas del tren. Sus hijos salen y deambulan por las vías. Los trenes matan a más de mil personas al año. Otras, que viajan en el tren colgadas de las ventanas, mueren por los postes eléctricos colocados demasiado cerca de las vías. Uno de esos

postes puede matar a unos diez pasajeros al mes cuando el tren toma una curva a toda velocidad. Uno de los amigos de Girish del tren de las 9.05 de Jogeshwari que viajaba colgado de una ventana se mató cuando apareció un poste demasiado cerca, demasiado deprisa. El año anterior otro del grupo, que se hizo el valiente yendo encima del tren en movimiento, recibió un golpe de un puente pero sobrevivió. Girish reflexiona sobre la injusticia de los dos accidentes. El exhibicionista sobrevivió y el tímido que colgaba de la ventana, a quien había ofrecido un sitio dentro del vagón hacía apenas unos minutos, murió.

Pareesh Nathvani, un vendedor de cometas de Kandivili, realiza un singular servicio social: proporciona sudarios gratis a los muertos en accidentes de trenes. Hace una década el comerciante vio cómo un tren arrollaba a un hombre en Grant Road. Los trabajadores del tren rasgaron una bandera publicitaria para cubrirlo. «Todas las religiones dictan envolver a los muertos con un trozo de tela blanca limpia», pensó. De modo que cada jueves Nathvani va a cuatro estaciones de tren y las provee de sudarios nuevos, de dos metros cada uno. La estación más grande, Andheri, recibe diez a la semana. El jefe de estación escribe sus iniciales en el libro mayor de Nathvani y estampa su sello. Por sus manos pasan seiscientos cincuenta metros de tela al año. Pero no basta; está lejos de ser suficiente. Los trenes de Bombay matan a cuatro mil personas al año.

Al gerente del sistema ferroviario suburbano de Bombay le preguntaron hace poco cuándo mejoraría el sistema hasta el punto de llevar a sus seis millones de pasajeros diarios con comodidad. «Yo no lo veré», respondió. Sin duda es evidente que si coges cada día el tren a Bombay, te hacen consciente de la temperatura exacta del cuerpo humano que se enrosca alrededor del tuyo,

acoplándose a cada curva. El abrazo de un amante nunca fue tan estrecho.

Asad bin Saif trabaja en un instituto en favor del laicismo y se mueve infatigable por los suburbios, catalogando los innumerables estallidos y disturbios sectarios, viendo con sus propios ojos la destrucción lenta del tejido social de la ciudad. Asad es de Bhagalpur, Bihar, escenario no solo de los peores disturbios comunales del país sino también de un macabro incidente en el que la policía dejó ciego a un grupo de pequeños delincuentes con ácido y agujas de tejer. Él, mejor que nadie, ha visto la peor cara de la humanidad. Le pregunté si era pesimista acerca de la raza humana.

—De ningún modo —respondió—. Mira las manos de los trenes.

En Bombay, si una mañana se te hace tarde para ir al trabajo y llegas a la estación justo cuando el tren está dejando el andén, puedes correr hacia los abarrotados vagones y siempre encontrarás muchas manos extendidas para ayudarte a subir, abriéndose hacia fuera como pétalos. Mientras corres al lado del tren, te cogerán y alrededor de ti harán un espacio minúsculo para que pongas los pies en el borde de la puerta abierta. El resto depende de ti. Probablemente tendrás que aferrarte a la puerta con las puntas de los dedos, con cuidado de no sobresalir demasiado para que no te decapite algún poste colocado demasiado cerca de las vías. Pero considera lo que ha ocurrido. Los demás pasajeros, que ya van más apretujados de lo que la ley establece para el ganado, con la camisa ya empapada de sudor en el compartimento mal ventilado, y que llevan así horas, se compadecen de ti, saben que es posible que tu jefe te grite o te recorte el sueldo si pierdes ese tren, y hacen sitio donde no lo hay para que quepa una persona más. Y en el momento del contacto físico, no saben si la mano que están cogiendo es de un hindú, musulmán, cristiano, brahmán o intocable, si naciste en esa ciudad o acabas de llegar esta mañana, si vives en Colina Malabar, en Nueva York o en Jogeshwari; si eres de Bombay, de Mumbai o de Nueva York. Todo lo que saben es que estás tratando de llegar a la ciudad de oro, y eso les basta. Suba,

dicen. Le haremos sitio.

ADIÓS, MUNDO

Estoy harto de conocer a asesinos. Llevo varios años buscándolos de forma activa, en Varansi, en Punjab, en Assam, en Bombay, para hacerles una sola pregunta: «¿Qué se siente al quitar la vida a un ser humano?». Este ininterrumpido catálogo de asesinatos está empezando a pesar sobre mí. De modo que cuando me llama un día mi tío y me habla de una familia asociada con el comercio de diamantes que está a punto de renunciar al mundo — recibir el *diksha*—, lo dejo todo para ir a conocerlos. Son el polo opuesto de Sunil, Salaskar, Satish y los de su calaña; son jainistas. Se disponen a hacerse monjes de una religión que durante dos mil quinientos años ha estado construyéndose sobre la extrema renuncia de la violencia. Están preparándose para ingresar en una orden que tiene otra concepción de la vida y de su valor, y que no les permitirá salir al aire libre durante los cuatro meses de la estación lluviosa, porque si pisan distraídos un charco estarán quitando vidas, matando no solo los minúsculos organismos del agua sino también la unidad del agua. Voy a pasar de unos hombres que duermen a pierna suelta después de haber quitado una vida humana a una familia que cree que es pecaminoso poner fin a la vida de un charco de agua.

Crecí entre jainistas. Muchos de mis mejores amigos de la India y Estados Unidos lo son, y cuando el agente matrimonial acudió a mi tío con propuestas para mí, estas eran de familias tanto hindúes como gujaratis, ya que la diferencia entre ellas es mínima. Mi tío está casado con una mujer jainista. En Sripal Nagar, Bombay, vivíamos encima de un templo jainista; cada día veía en el vestíbulo de nuestro edificio a monjes sentados, examinándose el pelo. No sabía qué hacían; daban la impresión de estar despiojándose. Luego me

enteré de que así era como se cortaban el pelo, arrancando cada uno por la raíz. Algunos días cantaban himnos sobre la renuncia compuestos con la música de películas hindis. En una ocasión pagaron a los vendedores de pájaros que había fuera del templo para que los soltaran; cada alma liberada quedó registrada en el libro de cuentas de su salvación personal. Los pequeños pájaros salieron de las jaulas y se posaron en los tejados de la ciudad, para ser devorados por cuervos, cometas y águilas. Y el vendedor de pájaros volvió al bosque y atrapó más pájaros para llevarlos el año siguiente a la ciudad.

Mi familia nunca vio a los jainistas como miembros de una religión aparte; solo los consideraba hindúes especialmente ortodoxos que a veces rayaban en lo disparatado. En el mercado de diamantes los hindúes están en minoría; casi todos los comerciantes son jainistas. En Estados Unidos no conocí a nadie que supiera algo del jainismo. Es la religión menos accesible. Nadie deja sus estudios en Berkeley para hacerse monje jainista. Ningún actor de Hollywood o estrella del rock hace pública su devoción a los gurús jainistas.

El piso de la familia en cuestión está en lo alto de un edificio noble próximo a Haji Ali en cuyo recinto hay un templo jainista. Cuando se abre la puerta, entro en un espacio que podría ser una cabaña o un restaurante indio en el extranjero que trata de recrear el ambiente del país nativo. Está iluminado solo por lámparas de aceite cubiertas con cristal y suspendidas del techo. De las paredes cuelgan tapices religiosos. En una pared hay una exhortación escrita en tiza: «Por alcanzar la *moksa* [salvación] bien vale la pena renunciar al *samsara* [vida terrenal]». El suelo de una habitación está cubierto de una mezcla de barro y excremento de vaca, como he visto en las casas de pueblo de toda la India. En este piso se ha recreado una vivienda de pueblo. He visto esta clase de diseño antes en Bombay, en los pisos de otras personas ricas,

pero los motivos eran otros. Hace años estuvo de moda el aspecto «étnico».

Mi acompañante, otro comerciante de diamantes, me conduce a un diván situado en el otro extremo de la habitación, frente a la ventana —no hay ventilador—, donde descansa un hombre moreno y esbelto de unos cuarenta años con un bigote fino, *kurta* de seda trenzada de oro y diamantes en las orejas y en los dedos. Es Sevantibhai Ladhani, el patriarca de la familia que va a renunciar a todo. Es uno de los hermanos de un gran clan familiar al que le fue bien en el negocio de los metales y lo amplió al de los diamantes. Parece un pequeño príncipe de poca monta. Mi acompañante se acerca y toca los pies al hombre mucho más joven; la figura del diván lo bendice.

Dentro de un mes los cinco miembros de esta familia —padre y madre de poco más de cuarenta años, el hijo de diecinueve y los mellizos de diecisiete, hijo e hija— van a dejar este piso, esta ciudad y todas sus posesiones. Pasarán el resto de sus vidas vagando por los caminos rurales del país, los hombres separados de las mujeres, sin volver a formar nunca más una familia. Refiriéndose a la que ha sido durante veintidós años su esposa —la llama *shravika*, seglar— y a los tres hijos que esta le ha dado, Sevantibhai dice: «Ahora solo nos une el egoísmo. Cien por cien». Dentro de un mes irán a una pequeña ciudad situada en el extremo septentrional de Gujarat, y allí Sevantibhai les dirá adiós a todos. Y ellos se despedirán unos de otros. En adelante los hijos viajarán con el padre y la hija con la madre, pero en calidad de discípulos, no de hijos. Sus hijos dejarán de llamarlo *pappa* y se referirán a él como *gurudev*; la hija lo llamará *gurubhagvan*. Pero los miembros femeninos y masculinos de la familia siempre permanecerán separados: la madre no podrá reunirse con sus hijos o su marido a no ser que se crucen por la carretera. Sevantibhai no puede reunirse con su hija, salvo por casualidad, y entonces solo en presencia del gurú *maharaj* de su orden, para que no se contamine su voto de celibato. En una ceremonia pública multitudinaria todos romperán voluntariamente los lazos familiares creados a lo largo de toda una

vida.

Con ello se proponen cortar todos los vínculos con el *samsara* y alcanzar la *moksa*. En su acepción más sencilla, *moksa* significa no tener que volver a nacer. Sevantibhai va en pos de la *moksa* para poner fin no solo a su vida o a la de sus hijos, sino a la de todo su linaje. Pero antes han de demostrar a todos que no renuncian al mundo porque hayan fracasado en él; saldrán a la intensa luz de mediodía de su éxito terrenal. Dentro de un mes irán a la ciudad de Gujarat y repartirán, mejor dicho, arrojarán físicamente tres millones de dólares. Será un modo dramático de rechazar tanto Bombay como la única razón por la que cualquiera querría vivir aquí. Una vez que cesa tu deseo de ganar dinero, debes irte en el próximo tren.

Sevantibhai era un jainista poco practicante. Ni siquiera iba a rezar al templo jainista de debajo de su edificio. Vivía como cualquier bombayita acomodado, disfrutando de la ciudad y de sus placeres. Una noche a las once leía un libro escrito por un *swami* jainista titulado *Debería al menos ser humano* cuando encontró una frase que lo electrizó. «¿Te van a echar o vas a renunciar?» Reflexionó sobre ello y de pronto despertó a su mujer para decirle que había decidido recibir el *diksha*. Había decidido renunciar antes de que lo echaran.

Fue una decisión impulsiva, pero no repentina. Hacía unos años había tenido la oportunidad de oír en Chowpatty una charla de un gurú jainista, Chandrashekhar Maharaj, que le había hecho pensar. En los últimos años, Sevantibhai había ido renunciando progresivamente a la modernidad. Había dejado de tomar medicinas alopáticas hacía dieciocho años, mucho antes de que resurgiera su interés en la religión. Después de nacer, sus hijos gemelos estuvieron muy enfermos. Sevantibhai fue a un médico ayurvédico de Khetwadi que le recetó orina de vaca. Se la dio de beber a los bebés veintiuna veces al día y mejoraron.

La siguiente renuncia fue el diésel y la gasolina. Dejó de utilizar

automóviles. Sevantibhai me recalca los grandes pecados que se cometen durante la extracción de combustibles fósiles: la perforación a través de las capas de la Tierra, y el asesinato de serpientes y otras formas de vida subterránea que conlleva. También es malo para el país: «Tienes que importar el petróleo de Arabia Saudí y enviarles a cambio ratas de laboratorio o sangre humana». El uso del automóvil también quita vidas. «Si utilizas un carro tirado por un buey y chocas contra un hombre, este no muere. Y se le da un uso al buey.» Quería acudir a la ceremonia del *diksha*, que va a tener lugar en Dhanera, en un convoy de carros tirados por bueyes, un viaje que habría durado varios días. Su familia se opuso con vehemencia, de modo que ha accedido de mala gana a coger un tren.

Luego renunció a la electricidad. Durante los pasados siete años, Sevantibhai ha estado viviendo en su piso de Bombay sin luz eléctrica ni electrodomésticos. Enumera los pecados acumulados en su producción. En el caso de la electricidad generada a través de una presa, la gran fuerza del agua al caer en las turbinas mata a tantos peces y cocodrilos que cada media hora los empleados de la presa tienen que limpiar las turbinas. El desastre de Chernobyl, señala, fue consecuencia directa del deseo de la gente de tener electricidad. Incluso las lámparas de aceite que arden en el apartamento queman gérmenes. Sevantibhai admite con cierta vergüenza que durante año y medio, debido a un problema de espalda, ha tenido que utilizar el ascensor del edificio en lugar de las escaleras. Me invita a pensar en todas las conexiones eléctricas que hay en la ciudad de Bombay, la enorme cantidad de pecados que se acumulan bajo las brillantes luces de la ciudad.

Le pregunto si tiene inconveniente en que utilice el ordenador para escribir lo que está diciendo. Le aseguro que funciona con batería y que no utilizaré la electricidad del piso. Parece titubear pero accede, basándose en que lo que voy a escribir puede contribuir a dar a conocer el mensaje jainista en el mundo. Es «utilizar el pecado para combatir el pecado», dice. De modo que

seguimos hablando, y la luz de la pantalla se proyecta en mi cara en el apartamento iluminado por lámparas mientras escribo.

Sevantibhai asistió en Gujarat a un curso impartido por Chandrashekhar Maharaj, el gurú jainista al que había oído hablar en Chowpatty, y se llevó consigo a su familia. Los niños habían estudiado inglés en sus colegios de primaria ingleses de Bombay —su hijo mayor en el Tinkerbell School—, pero Sevantibhai los había sacado de ellos hacía siete años para ponerlos a estudiar el *dharma*, primero en casa y luego con Chandrashekhar. Cuando lo hizo aún no se hablaba del *diksha*. Sevantibhai sencillamente creyó que la educación que brindaban sus colegios era incompleta. Los chicos han estado estudiando desde entonces las escrituras jainistas en los mismos idiomas en que fueron escritas, sánscrito y prakrit. Están más adelantados en el estudio de esas lenguas que Sevantibhai, porque sus mentes son más jóvenes, más despiertas. «Están leyendo el *Tilakmanjari*, el libro más difícil en sánscrito», dice con orgullo.

Siguió los principios de la religión como seglar desde su cómodo piso de Bombay. Pero en las conferencias del gurú siempre subyacía el mismo tema: la única manera de alcanzar la *moksa* era renunciar al mundo, recibir el *diksha*. Sevantibhai dice que no fue él, sino su hijo mayor y su mujer los que primero sintieron el deseo vehemente de recibir el *diksha*. El maestro dijo que la familia debería empezar por el hijo mayor, Snehal. Pero los hermanos de Sevantibhai se negaron; dijeron que solo darían su consentimiento si él, Sevantibhai, recibía el *diksha* con su hijo. Sevantibhai no estaba del todo preparado y la familia continuó en Bombay.

En el verano de 1997 Sevantibhai oyó hablar de un grupo de hombres de setenta años que iban a recibir juntos el *diksha*. Pidió autorización a su maestro para unirse a ellos con su familia. El *maharaj saheb* le indicó que pidiera primero permiso a sus hermanos; no debía haber animosidad dentro del clan familiar. Los cinco recogieron sus pertenencias y pidieron a los

hermanos su bendición. Pero iba a casarse una hermana, y sus hermanos les rogaron que esperaran otro año. Si para entonces no habían cambiado de opinión, darían su autorización. Sevantibhai lo pospuso seis meses. La familia confió en que entrara en razón y trataron de retrasar su partida hasta el último momento. Pero su determinación era más fuerte que la voluntad de ellos de retenerlo en el mundo. Y, por fin, dentro de un mes, los cinco dirán adiós: al *samsara*, a Bombay, a la modernidad.

Sevantibhai se refiere continuamente a la India del pasado y a su caída en el presente. «Antes las familias indias tenían veinticinco o treinta miembros. Si alguien venía a comer había doce mujeres para cocinar. Ahora las familias son de tres miembros, y si alguien se presenta a comer sin avisar, torcemos el gesto. Antes conocíamos a todo el mundo en el pueblo. Ahora no conocemos ni al que vive en el piso de al lado.» El grano principal era el mijo, que crecía al lado de la hierba que el ganado también podía comer. Ahora es el trigo, que no prospera entre la hierba, y hay que mantener al ganado lejos de los campos de trigo. No se utilizaba nunca el dinero; todo funcionaba a base de trueque. «Antes nunca se vendía leche; se consideraba un pecado.» Y la línea de autoridad estaba clara: «Cuando el *maharaj* salía, nadie tenía el valor de mirarlo a la cara». Era un sistema que funcionaba, la India de los pueblos, la India de los viejos tiempos. Imperaba el *vyavastha*, el orden. «Todo nuestro *vyavastha* estaba allí y ahora se ha roto. Queremos establecer de nuevo ese *vyavastha*.»

Entre la ciudad y el campo hay una lucha en ciernes. Los terremotos políticos han estallado debido a la inseguridad del urbanita que no cultiva sus propios alimentos; cuando en 1998 los precios de las cebollas se dispararon de manera espectacular, el gobierno nacional casi cayó. La indignación proviene sobre todo de las ciudades; las zonas rurales en realidad se benefician de una subida de precios de las hortalizas. Las batallas más cruentas que se libran entre la India urbana y la rural son por el agua. Las

ciudades necesitan presas que destruyan los pueblos; las necesitan para tener agua y electricidad. Sevantibhai se propone abandonar el bando de la ciudad y pasarse al del pueblo.

Pero hay ciudades y ciudades. Hay una gran diferencia entre Bombay y una ciudad como Ahmadabad, señala. A un kilómetro a la redonda de su edificio ha visto todos los antros de perdición del mundo. Nada está prohibido: hay un club de alterne, hay restaurantes no vegetarianos, hay una tienda que vende whisky. Bombay es «paap ni bhoomi», una ciudad de pecado, dice un invitado sentado a los pies de Sevantibhai.

Los nuevos *sadhus* como él no pueden quedarse en Bombay, explica Sevantibhai. Cuando van por los pisos en su ronda diaria para recoger comida, suelen cerrarles la puerta. Sevantibhai nunca se refiere a la recogida de comida como mendigar (un hombre de una comunidad de comerciantes como la jainista nunca mendiga), sino como *gocari* o el acto de pacer de una vaca que solo come un poco de hierba, no todo el campo. Tienen que acudir con un seglar que toque el timbre por ellos (el uso de aparatos eléctricos está prohibido). Si les abren la puerta, el televisor suele estar encendido, y si la mirada del *sadhu* se posa por casualidad en él aunque solo sea una vez, eso basta para mandarlo directo al infierno. El seglar tiene que asegurarse, tras llamar al timbre, de que el televisor esté apagado antes de que el monje entre en la cocina para recoger la comida. «Dharma Labh», dice el monje, invitando al dueño de la casa a ganar méritos religiosos. Luego inspecciona todas las cazuelas y coge de cada una solo lo justo para que la familia no tenga que volver a cocinar, en cuyo caso se acumularía sobre él el pecado del segundo fuego. El monje pace en varias casas, una vez al día, mezclando todo lo que encuentra en una o dos ollas: verduras, arroz, *dal* y chapatis de distintas cocinas, todo mezclado y comido frío, estrictamente para alimentarse. Pero Bombay dificulta el acto de pacer del monje: en las pequeñas ciudades como Ahmadabad, el monje puede saber de antemano si el televisor está encendido

en una casa particular, porque nunca se cierran las puertas durante el día.

El hijo mayor de Sevantibhai, Snehal, está dormido en el otro extremo del diván, con un jersey; las ventanas están cerradas para impedir que entre el frío de enero. Utkarsh, el hijo menor, entra con su madre, Rakshaben. También llevan adornos de oro y de diamantes. Toda la familia se ha engalanado con joyas; es su forma de exhibir todo lo que están dejando atrás, lo ricos que eran, lo grande que es su desdén hacia las atracciones del *samsara*. Todos están resplandecientes con sus trajes de seda. En mi boda, que fue al estilo del sur de la India, no se me permitió vestir de seda porque para la comunidad de los brahmanes a la que pasaba a formar parte al casarme, la destrucción de gusanos de seda era un pecado. Pero los jainistas creen que la seda es menos pecaminosa que los tejidos de fábrica, porque la producción de seda solo destruye criaturas de dos sentidos, mientras que en una fábrica de tejidos se destruye a seres vivos de cinco sentidos, además de incurrirse en el pecado de utilizar electricidad. En cada actividad de la vida —comer, beber, vestirse, desplazarse— hay un equilibrio consciente del mal, una serie de decisiones que se toman continuamente para incurrir en la menor cantidad posible de materia kármica.

Cuando pregunto algo a la madre, el hijo menor habla en voz baja, irritada; está riñéndola por las inexactitudes de sus respuestas. Ella tiene una sonrisa encantadora. Él se muestra un poco autoritario con ella. «Viviremos una vida limpia de pecado —me dice Rakshaben con la cara radiante—. Nos vamos felices.»

Utkarsh especifica más. Siempre estarán en movimiento, observando los cinco votos: no cometer violencia, no decir mentiras, no robar, no tener relaciones sexuales, no apegarte a nada. Llevarán dos prendas de ropa blanca sin costuras, nada más; cada seis meses se arrancarán el pelo; y no utilizarán zapatos, ni vehículos, ni teléfono, ni electricidad. El día que reciban el *diksha* se bañarán, y ese será el último baño de su vida. No pisarán ningún charco; en

la estación lluviosa se afincarán en el mismo lugar durante meses; no se bañarán en los estanques, los ríos o el mar; y no saldrán de la casa cuando llueva. De vez en cuando, si tienen calor, se permitirán una pequeña friega con un paño húmedo. Solo podrán lavarse la ropa una vez al mes y aclarar su cuenco de *gocari* después de comer. «Mi padre, mi hermano y yo viviremos juntos —explica Utkarsh—. Mamá y mi hermana se quedarán con su *sadhvin*. Solo nos veremos si coincidimos en el mismo pueblo.» Parece casi impaciente por que llegue la separación inminente.

Le pregunto a la madre por qué no se les permite ver a la familia después de recibir el *diksha*. «Porque queremos romper el apego, el afecto. Solo entonces alcanzamos la *moksa*.» Rakshaben no es de una de las familias jainistas más ortodoxas; se crió en Ulhasnagar y estudió en un colegio de monjas. «Mi marido creyó que todos debíamos recibir el *diksha* juntos», explica. Las mujeres que no se llevan bien con sus maridos a veces lo hacen en lugar de divorciarse. A una mujer gujarati tradicional el divorcio la marcará; en cambio, la sociedad entiende el *diksha*. Pero Rakshaben va a tomar el *diksha* por la razón contraria: para mantener la extraña unidad de la familia. Tengo la sensación de que quiere a su marido, y que este amor le hará seguirlo incluso hasta la separación permanente.

Una vez que tomen los hábitos, Rakshaben y su hija serán libres de vagar por donde quieran... excepto Bombay. El *sadhvin* de la orden en la que van a ingresar ha decretado que el territorio que queda al sur de Virar, donde terminan los trenes de cercanías, les está vedado para siempre. «El ambiente es nocivo. Los pensamientos son sanos en los pueblos, no en la ciudad.» Pero la prohibición no se aplica a todas las ciudades. «Solo Bombay. Pero Delhi, Calcuta y otras ciudades están permitidas», explica Rakshaben. Bombay es la Sodoma y Gomorra de la religión jainista. «Paap ni bhoomi.»

Suena el teléfono y la hija, Karishma, acude a contestar. Es el único aparato eléctrico de toda la casa y resulta extraño verla utilizarlo con tanta

naturalidad. Es una chica morena y delgada que parece ser la que peor se expresa de los cinco. Está tímidamente sentada detrás de su hermano mellizo y su madre.

Ya en la calle, mientras me subo al taxi, recorro con la mirada el *paap ni bhoomi* de noche. En la planta baja del edificio hay un salón de exposición de Fiat; enfrente un banco que apremia a pedir créditos al público; y al lado un club de alterne, el Gold Coins. Los asesinos que he conocido viven a pocas manzanas de allí.

Cuando llego a casa, me está esperando mi amigo Jaiman, el medio marwari, medio norteamericano al que acaban de nombrar director de la edición rusa de *Playboy*. Vamos a una fiesta en la Sala Casbah, en lo alto del restaurante Khyber; tres salas llenas de gente bebiendo, bailando, flirteando, atracándose. Pasan mujeres con faldas minúsculas. Jaiman es abordado inmediatamente por bombayitas que quieren saber qué se siente siendo director de *Playboy*, y si selecciona personalmente a las modelos. Cada día se presentan mujeres guapas en su oficina, dice, y él les pide que se desnuden para tomarles un par de rollos de fotos de prueba, y ellas se desabrochan la blusa, se bajan la cremallera de la falda. Acaba de volver de un viaje familiar a Bhilwara, en Rajastán, donde no pudo decir a sus parientes marwaris lo que había hecho en Moscú. Son increíblemente ortodoxos, muy parecidos a los jainistas. Una mujer punjabi alta, de huesos grandes, abraza y besa a los hombres de la habitación. «No puedo llevar este vestido porque mi padre dice que se me sale todo», dice señalándose los pechos. Se sienta en el regazo de un hombre y lo abraza mientras le asoma una pierna por la raja de la falda. Corren ríos de alcohol; aquí no hay hora de cierre. Cuando alguien se lleva un cigarrillo a los labios, algún camarero que pasa por allí se agacha para encenderlo. Hay largas mesas llenas de comida punjabi e italiana: parrillas de carnes, pescados y aves, adobados, cocinados y adornados para que recuerden lo menos posible los seres vivientes que fueron. Un ritmo electrónico sale de

una habitación oscura donde la gente se retuerce en una pista de baile. Jaiman anda a la caza de alguna mujer que pueda llevarse a la cama las tres noches que va a pasar en Bombay. Es como un perro pointer cuando ve a una chica guapa. Se le eriza el pelo y todo su cuerpo se vuelve hacia ella de forma refleja. Hasta que la consigue, o al menos intenta ligársela, está en un estado de inquietud aguda, de profunda ansiedad. Ha venido a la India preparado; saca de su bolsa una pequeña pastilla blanca: Viagra. La oficina principal de la revista en Chicago lo ha sondeado sobre la posibilidad de lanzar una edición india de *Playboy*. Creen que aquí tiene futuro.

Cuando llego a la sala de la Asociación de Comerciantes de Diamantes unos días después, hay una gran pancarta en la pared: «Son bienvenidas las joyas para alcanzar la *moksa*». Los renunciantes —*diksharthis*— van a ser felicitados por la acaudalada comunidad de los comerciantes de diamantes. Nos ponen *tilaks* de purpurina en la frente en lugar del arroz tradicional. Nos dan pequeñas bolsas de plástico llenas de frutos secos —almendras, anacardos, pasas, pistachos— que deben de valer, como mínimo, cincuenta rupias cada una. El presidente hindú de la asociación de la industria, que es uno de los invitados, me lleva a un rincón y me pregunta qué opino de todo ese asunto. Se muestra bastante crítico. Los hijos son demasiado jóvenes: se pregunta si han sido suficientemente instruidos para tomar una decisión informada. Diecisiete años son muy pocos, dice. Él viene de una familia de líderes del BJP. «Usted y yo nos estamos involucrando en estos rituales.» Se trata de una religión premoderna; a los nacionalistas hindúes no les gustaría que los asociaran con ella. «¿Qué religión es esa —dice el presidente sobre el jainismo— que hay cabida en ella para los dos grupos?»: los multimillonarios del estrado, con su profundo amor por el dinero, y los *diksharthis*, con su profunda renuncia a él.

Empieza el programa. Un cantante religioso reproduce con un sintetizador Casio los sonidos de los instrumentos indios tradicionales como el *shehnai*, tan parecido al oboe, o la tabla, y canta *bhajans*, todo con la melodía de canciones de películas hindis. La multitud aumenta. Estamos en mitad de una jornada laboral pero ya hay cientos de hombres y muy pocas mujeres, los hombres con camisas de mezcla de algodón de colores pálidos y pantalones oscuros. No sabrías lo ricos que son por su ropa. Veo a amigos de mi tío, gente que conozco desde niño de Calcuta, comerciantes de Dariya Mahal y muchas otras caras que reconozco pero a las que no pongo nombre. Mientras esperamos a los Ladhani, la conversación gira en torno a los tamaños y los pesos de las brillantes piedras con las que comercian. «Necesito de medio quilate, *natts*, *browns*...» He crecido en medio de conversaciones así; ha sido una constante en mi vida cambiante y me relaja como una canción que llevo escuchando desde que nací.

La familia entra en el salón. Sevantibhai va con una túnica de seda y un turbante de *peshwa*, Rakshaben con un sari verde con tramas de oro, ambos cargados de fabulosas joyas de diamantes sobre todas las partes visibles de su cuerpo: dedos, orejas, nariz. La joyería es el ornamento inútil por excelencia, y desprenderse de estas alhajas no va a cambiar para nada su vida, como no lo hizo el hecho de llevarlas. Se sientan en el colchón blanco cubierto de almohadas cilíndricas que han colocado sobre el estrado, los hombres separados de las mujeres. En toda la ceremonia, Sevantibhai no lanza ni una sola mirada a su mujer ni a su hija, pero de vez en cuando sonrío y habla con sus hijos.

Mientras el presentador, un hombre barbudo vestido con un *khadi kurta*, nos refiere los hechos desnudos de la renuncia de la familia, el comerciante sentado a mi lado rompe a llorar sin poder contenerse. Veo que mantiene los ojos abiertos mientras sacude la cara, como para no perderse nada de lo que está ocurriendo en el estrado.

Empiezan los discursos. Los comerciantes de diamantes hablan de que les gustaría hacer algo así; cada año unos cuantos renuncian al mundo. «Nos hemos reunido aquí para hacernos una idea —dice uno—. Necesitamos captar la idea antes de llevar a cabo la acción. Todos tendremos que hacerlo tarde o temprano, si no en esta vida entonces en la tercera o quinta reencarnación a partir de esta.» Y otro: «Su comprensión va dos pasos por delante de la nuestra». Los pasos son, primero, haber nacido en la India. «Si hubiéramos nacido en Estados Unidos no sería posible siquiera.» El segundo, observar el régimen del seglar jainista, lo que la familia Ladhani lleva años haciendo. Hace poco hubo un gran peregrinaje al que fueron mis tíos. Durante diez días fueron de templo en templo de Gujarat, sin hacer uso de la electricidad, siguiendo el *dharma* jainista de un modo más o menos estricto mientras duró. Participaron miles de comerciantes de diamantes. El último paso es recibir el *diksha*. En una encarnación posterior, si se ha eliminado tu karma, tu alma puede reencarnarse en la persona del profeta Mahavir, y solo al final de esa vida alcanzarás la *moksa*. Forma agradablemente parte del futuro.

El presentador habla de la época en que tres miembros de la organización jainista fueron a un matadero de perros y otros animales extraviados. Llevaron magnetófonos y cámaras de vídeo, y preguntaron al que llevaba el establecimiento qué hacían con los cuerpos. Derretían la grasa del animal, explicó el hombre, y la vendían como sebo, a dieciséis rupias el kilo del de peor calidad y a veintidós el de mejor calidad. «¿Compraría usted un producto así?», le preguntaron los jainistas. «Su respuesta fue tal que incluso ahora cuando pienso en ella rompo a sudar», recuerda el presentador. El gerente le dijo que recibía pedidos por adelantado de los principales comerciantes de comida rápida de la ciudad. Las fritangas que tanto gustan a los gujaratis se cocinan con grasa de perro. «Con semejante pecado dentro de nosotros —brama el presentador—, ¿cómo podemos pretender mejorar?» Lo mismo pasa con el helado, continúa. ¿Sabemos qué ocurre con los huesos, las pezuñas y

los cuernos de las vacas viejas? Le preguntaron al dueño de una fábrica de helado por qué no se derretía el helado. La razón era porque deshacían esos derivados bovinos y los mezclaban con el producto, como si fuera gelatina. Se oyen murmullos y expresiones de asco entre los presentes. «¡Hagamos el voto ahora mismo de no volver a comer helado!», grita el presentador.

Los discursos mencionan muy rara vez a Dios. Tampoco hablan de ayudar a los pobres. Lo mejor que puedes hacer por el prójimo, sugieren, es alejarlo del *samsara*. No hay alusión al cielo o a las maravillas de la *moksa*. Es una ideología increíblemente pesimista. El presentador describe el estado actual de la comunidad. Hay diez millones de jainistas. De ellos, solo unos veinte mil son monjes. «La comunidad jainista es como un hombre que ha tragado veneno, lo tiene en el estómago y se ve atacado por un hombre con un cuchillo. Mientras retrocede un paso, el atacante está a un paso del borde de una terraza sin barandilla más allá de la cual se abre el abismo.»

Estamos sentados en el suelo. Alrededor del enorme salón, muy cerca del edificio donde nos encontramos, están las ventanas y los balcones de otros edificios de ese barrio densamente habitado. Veo salir al balcón a una mujer por la ventana que tengo ante mí. Se apoya sobre la barandilla y vomita pensativamente, una liberación controlada de un delgado chorro de mucosidad blanca, entre escupitajo y vómito. Tal vez está embarazada; no tiene arcadas. Un comerciante delante de mí se aplica en sus labios cuarteados una barra de bálsamo labial Vicks.

A continuación se acerca al micrófono el orador más fascinante de la tarde. Es el hermano de Atulbhai, un comerciante sumamente rico que recibió el *diksha* en Ahmadabad; hubo procesiones de despedida en su honor no solo por toda la India sino también en Amberes y Nueva York. Sevantibhai recibió consejo de Atulbhai acerca de su decisión.

El hermano nos pide que consideremos lo que estamos haciendo con nuestra vida. Describe una imagen de los Ladhani después del día 30, yendo de pueblo

en pueblo bajo el calor abrasador de Kutch, sin saber si conseguirán comida en el próximo, mezclando cinco clases de verduras y seis tipos distintos de *dal* en la misma cazuela y comiéndolo. «Tenemos que pensar sobre lo que estamos escuchando ahora y sobre lo que haremos esta tarde en nuestra oficina. Nos enfadamos hasta si el aire acondicionado deja de funcionar un rato. Nos quejamos si se estropea en el compartimento de primera del tren de Ahmadabad. ¡Y pensad en esta familia, bajo el calor asfixiante de Kutch! ¡Estos pequeños Karishmaben!» Nos invita a pensar en lo impacientes que nos hemos vuelto con el tiempo, cómo nos quejamos si no podemos conseguir una reserva de tren, y cómo el tiempo dejará de significar algo para esta familia, lo mucho que tendrán que caminar. «En esto se ha convertido hoy día nuestra cultura: ¡Ten más cosas! ¡Ten más cosas!» En un gujarati rápido y vigoroso, describe el mundo enloquecido en el que viven los comerciantes de diamantes, un mundo de móviles, de planes globales hechos para la ampliación de la oficina de Bangkok, Nueva York, Amberes, de tratos diarios por valor de millones de rupias, de listas de espera para billetes de avión, de una acumulación constante —¡Ten más cosas! ¡Ten más cosas!—, y lo contrasta con el estilo de vida que está a punto de adoptar esta familia, una vida de «desapego». La multitud desborda la entrada ahora, hay cientos de personas en la enorme sala, y el ambiente está cargado de aliento y sudor aun siendo una tarde de invierno.

Conducen al estrado a un comerciante mayor, uno de los líderes de la industria de diamantes, un antiguo luchador de Amberes que conocía bien a mi abuelo. No habla, y se levanta con gran dificultad para dar su bendición a Sevantibhai. Su familia tiene una mansión en Colina Malabar y un apartamento en Manhattan sobre un salón de exposición de Rolls-Royce. Otro comerciante, Arunbhai, vestido con una sencilla camisa blanca de manga mediana a pesar de ser un multimillonario en todas las divisas, nos dice que hace unos años su madre expresó su deseo de recibir el *diksha* y él la convenció para que no lo

hiciera. Pero habla con anhelo de la vida de monje, como algo que tendrá que hacer tarde o temprano.

Un orador es sincero acerca del pasado de Sevantibhai: «No hay pecado que no haya cometido. Uno de sus amigos me dijo: “Cuando viajábamos juntos en avión siempre lo veía tenso”». Hay veladas alusiones a otros pecados, a una vida disfrutada plenamente antes de tomar el camino religioso. Un comerciante me comenta que el primer compromiso matrimonial de Sevantibhai se rompió cuando la familia de la chica se enteró de su reputación. Un intermediario de la oficina de mi tío había dicho que una vez estuvo con Sevantibhai tres días seguidos en la comisaría; le habían acusado de robo. La policía lo reconoció; lo saludaron con un *salaam*. El intermediario especuló que debió de ser algo gordísimo, un fraude o un desastre financiero, lo que hizo que el comerciante de diamantes decidiera de pronto recibir el *diksha*. Por todas partes la fama de Sevantibhai es de hombre que ha cometido más pecados de los que le corresponden.

Pero ahora Sevantibhai Chimanlal Ladhani, el hombrecillo de tez oscura y sonrisa fácil, ya no es solo un comerciante de diamantes moderadamente próspero. Se ha convertido en una figura de poder, un iniciador del camino que tarde o temprano tendrá que tomar hasta el multimillonario Arunbhai. De un salto ha adelantado a gente mucho más próspera que él en el negocio. Esta tarde, en esta sala, es objeto de su admiración, incluso de su envidia.

En estos momentos, los *diksharthis* son felicitados por los comerciantes más destacados, con insignias, *tilak*, pañuelos y guirnaldas. Las esposas de los comerciantes felicitan a las mujeres; es la primera vez que alguien se fija en ellas. La chica, Karishma, apenas ha sido mencionada en los discursos. Hay poca gloria en este acto para ella; casi todos los discursos aluden únicamente al sacrificio del padre. Es una chica de Bombay que nunca más irá al cine, ni se maquillará, ni saldrá con chicos ni irá a la universidad. Nunca volverá a la ciudad donde creció.

La mujer del balcón de enfrente vuelve a aparecer, esta vez con una cometa. La hace volar sonriendo en el pequeño trozo de cielo visible entre los edificios.

La metrópoli moderna es un conjunto de población flotante, gente que está de paso camino de otro lugar. Nueva York es un conjunto de inmigrantes de otras ciudades; Bombay, un conjunto de gente de las zonas rurales, que van a la ciudad y tratan de recrear su pueblo. La ansiedad del urbanita es la de la transitoriedad; no sabe dónde estará él o sus hijos el año que viene. No puede crear lazos de amistad duraderos porque tarde o temprano sus amigos se desperdigarán. En el pueblo, su abuelo sabía dónde moriría, el cementerio en el que lo incinerarían, el río sobre el que esparcirían sus cenizas; sabía que los amigos y los primos con los que había crecido estarían cerca de él hasta que se muriera. El urbanita no tiene tal confianza en la durabilidad de las relaciones. Satish no podría llevar a cabo sus misiones letales en un pueblo, donde no hay un anonimato que lo proteja. Monalisa no sería necesaria en un pueblo; su comprensivo oído, su estatus de objeto de consumo público solo tienen razón de ser en una ciudad. El espíritu humano no ha alcanzado la velocidad en que cambian las cosas en las ciudades. Empezamos como una especie rural; no nos hemos readaptado a la vida urbana. Por esa razón, Sevantibhai quiere escapar de la ciudad; está renunciando a ella como a todo lo demás, riqueza o familia.

Sevantibhai sonrío al verme a través de la gente en su casa solariega de Dhanera. Nos hemos reunido todos allí para despedir a los Ladhani. «¿Ha comido?», es lo primero que me pregunta. Fuera, uno de sus hermanos está salmodiando: «¡Mi querido hermano ha recibido el *diksha!*», y un coro

responde con el estribillo: «Wah bhai wah!». Una mujer grita el primer verso y toda la familia brama al unísono, ayudándose tal vez a convencerse con la potencia de sus voces de que hay un motivo de celebración. Hoy va a haber una gran procesión por Dhanera, el último día que los Ladhani van a pasar en el *samsara*.

Cuando la familia se lleva a hombros a Sevantibhai de la casa, el estruendo es ensordecedor. Todos los músicos tradicionales de los alrededores han sido convocados para la ocasión. Subo a la terraza de una casa desde la que se domina la ruta de la procesión y me dispongo a observar. Hay muchas personas en la terraza, todas asomándose por el parapeto de ladrillo. El dueño nos advierte: «¡No hagan presión contra el parapeto! ¡Podría romperse!». Por la calle van a desfilan todas las maravillas del Gujarat rural. Unos *sadhus* jainistas vestidos de blanco pasan sobre *dolis*, pequeñas tarimas llevadas a hombros por sus seguidores, anunciando el comienzo de la procesión. La abren unos músicos con pequeños *dhols*, címbalos y trompetas alargadas, y un hombre a lomos de un camello que toca dos enormes tambores embadurnados de cúrcuma. Los siguen los caballos bailarines, decorados con abundantes bordados. Dos niños con turbantes montan dos caballos blancos como la nieve. Pasa un grupo de aldeanas, cada una con un recipiente de latón sobre la cabeza con un coco encima. Luego desfilan los miembros de la extensa familia de Ladhani en carrozas tiradas por camellos; cada una representa una pequeña choza con el techo de paja. A continuación pasan los verdaderos *diksharthis*, precedidos por hombres con disfraces tribales que tocan sobre todo gaitas. Los tres hijos Ladhani están sentados en medio de dos enormes aves esculpidas: un gallo y un cisne. Cada uno va en un carro tirado por un elefante. Detrás están Sevantibhai y Rakshaben, sentados en dos tronos gemelos, en un carro tirado también por un elefante. Los siguen un hombre con dos espadas en las manos y una gran multitud, porque Sevantibhai y Rakshaben están tirando, literalmente, dinero. Agitan las manos esparciendo arroz mezclado con

monedas de oro y plata, y billetes. Frente a ellos hay cestas llenas de esta mezcla lucrativa. A estas alturas de la procesión, sus movimientos se han vuelto expertos, automáticos: se agachan, cogen una brazada de su riqueza y se yerguen al tiempo que alargan los brazos, y el arroz blanco brillante mezclado con el oro y la plata traza un amplio arco desde sus cuerpos hasta la multitud frenética de abajo. De nuevo en la calle, no me permiten acercarme a la masa que se pelea para hacerse con la riqueza desechada, pero aun de lejos percibo la euforia de la pareja. Los dientes blancos de Rakshaben brillan en su cara morena. Se están liberando de una carga. Me recuerdan a los clientes del Sapphire, el club nocturno, arrojando su dinero sobre la cabeza de las bailarinas. Es el mismo acto de arrojar dinero, con las dos manos, desprendiéndose de él lo más deprisa posible.

Detrás de los *diksharthis*, dos caballos humanos (hombres con caballos de tela de tamaño natural pegados al cuerpo) ejecutan una danza; los demás tocan conchas; un hombre marca el ritmo con un platillo de metal; un monje tira agua al suelo sin cesar de una jarra. En la última carroza hay un ídolo del mismísimo profeta Mahavir con una cobra dorada enroscada alrededor de su cuerpo mientras medita sentado. Es una imagen sorprendentemente pequeña. Sigue a las carrozas un carro en el que hay unas cajas de cartón amontonadas, llenas de dátiles y de cilindros de melaza que unos hombres distribuyen entre los pobres. Alrededor de este carro también se ha congregado una gran multitud y mientras reparten los regalos los hombres también agitan palos para contenerla.

Todos los miembros de las tribus de Dhanera y de los pueblos de alrededor se han vestido para la ocasión, tanto los hombres como las mujeres, con algodones y sedas de colores vistosos. La procesión pasa por debajo de la estatua de Ambedkar. Los *diksharthis* arrojan más puñados a la multitud, en su mayoría dalit, que los rodea como palomas apiñadas alrededor de alguien que esparce grano en un parque. El gran libertador de los dalits tiene el brazo

extendido con un dedo levantado en un gesto de censura o prohibición.

Mientras los *diksharthis* se acercan al lugar donde va a servirse la comida, ha surgido espontáneamente un carnaval fuera de la carpa de los donativos, donde los campesinos llevan horas haciendo cola para conseguir raciones de grano y ropa de los Sevantibhai. Veo a un equilibrista caminando sobre una cuerda floja por encima de la multitud. Sevantibhai y Rakshaben avanzan en su carroza por la calle, un rey y una reina en sus tronos. Desde el carro que los precede unos hombres gritan, alentando a la multitud: «¡Abandonad el mundo!». Algo atrae la mirada de Sevantibhai, que hace señas a la mujer a quien solo podrá llamar esposa durante las próximas veinticuatro horas, indicándole que mire. Ella así lo hace. El funambulista hace equilibrios en el extremo de un palo muy alto, muy por encima de la gente, y su silueta se recorta contra el claro cielo de enero. La pareja lo saluda con las manos juntas, pero él es el único de la multitud que no se da cuenta. Está de espaldas a ellos, suspendido boca abajo de la cuerda floja. Sevantibhai y Rakshaben contemplan al artista del carnaval con satisfacción en sus caras.

Sevantibhai lleva siete días dando de comer a los asistentes. Pero hoy, el octavo y último día, todos y cada uno de los habitantes de los cincuenta y siete pueblos del distrito de Dhanera han sido invitados a un gran banquete. Treinta y cinco mil personas están sentadas codo con codo — hombres y mujeres en carpas distintas— para disfrutar de la comida que se ha comprado en esos mismos pueblos. Los jefes han recibido instrucciones de hacerlo todo a la vieja usanza: el agua es de pozos, no de grifos; el aceite ha sido prensado por bueyes; los recipientes son de latón y fabricados a mano; el *ghee* no es de búfala, sino de las vacas de la región; el azúcar y la melaza son orgánicas; el grano y las verduras se han cultivado en la región. La harina se ha molido a mano, no en un molino, que la habría contaminado inevitablemente de insectos muertos. Todo se ha hecho según las especificaciones de Sevantibhai. A las puertas del siglo XXI todavía es posible preparar una comida totalmente

jainista, con productos de la región y cocinada por lugareños, y dar de comer a treinta y cinco mil personas causando el mínimo perjuicio al planeta. Es comida gujarati buena y sana: dos dulces, dos entremeses de farsaan, *puri*, dos verduras, dos *dals*, *pappadams*, arroz, chile relleno, chutney. No hay cebollas, ni ajo ni patatas; nada que suponga cavar la tierra para cosechar. Pero el agua, cuando me llenan el vaso, está turbia de arena.

De nuevo en la casa de unos viejos amigos de mi abuelo donde voy a alojarme, el anfitrión, que es médico, procede a ilustrarme sobre el jainismo sentado en su porche. Solo ha salido una vez para echar un vistazo a la procesión cuando ha pasado por delante de su hospital. En su opinión lo que están haciendo los Ladhani es una farsa. Él es de la rama de los sthanakvasi de la secta jainista svetambara, que no adora los ídolos —«como el islam»— y considera que un templo solo es un lugar de oración. Sevantibhai pertenece a la secta deravasi, o, como la llama el médico, la secta *murtipujak*, adoradora de ídolos. Hoy día hay ochenta y cuatro sectas jainistas, dice, y solo el 10 por ciento de los *sadhus* son auténticos. Los demás roban dinero que se supone que es para los pobres; los *diksharthis* se guardan dinero por si deciden volver al *samsara*, y mientras van de un lugar a otro, se aseguran de que sus seguidores y parientes los siguen en coches, atendiendo todas sus necesidades, llevándoles medicinas modernas y organizando por adelantado los itinerarios de sus viajes. A cada líder de una secta le preocupa el número de *diksharthis* que puede atraer a su orden. Los hijos Ladhani lo están haciendo solo porque sus padres les han dicho que lo hagan. Todo el mundo lo sabe, pero no puede decir estas cosas en público, dice, porque habría puñetazos.

Dhanera es un pueblo de treinta mil habitantes, de los cuales casi todos los jainistas han emigrado; solo quedan unas cien familias. Aun así, cincuenta jainistas de familias nacidas en Dhanera han recibido el *diksha* en los últimos diez años, un motivo de considerable orgullo para sus habitantes. Pero la ceremonia de Sevantibhai es única. «No se ha visto nada igual en Dhanera»,

dice el médico. Sobre las razones de Sevantibhai para recibir el *diksha*, el médico opina: «Fe ciega». Le pregunto acerca de los ritos de la renuncia. Me ofrece un ejemplo. Hace tiempo un hombre estaba celebrando una boda. Un gato correteaba por la sala de bodas, molestando. De modo que lo ató a una columna. Desde entonces, y durante generaciones, cada vez que la familia de ese hombre celebraba una boda, buscaba un gato y lo ataba a la columna de la sala, creyendo que era una costumbre obligada. Todo lo que rodea este *diksha*, dice el doctor, es como el gato atado a la columna: hace tiempo que ha perdido su significado y la gente solo lo hace porque siempre se ha hecho así. El abandono de las instituciones se ha institucionalizado.

Cuando vuelvo a la casa de Sevantibhai por la noche, me presentan a todo el clan Ladhani y pululo por el patio como uno más del redil. «Cien años en el negocio», dice un comerciante que creció con mi abuelo refiriéndose a mi familia. La mayoría de la gente que hay aquí conoce a mi abuelo, a mi tío, a mi padre. Me presentan a un hombre corpulento y de tez oscura con gafas, que habla inglés con acento gujarati norteamericano, con el alargamiento de vocales de rigor. Hasmukh vive en Los Ángeles y es comerciante de diamantes y sobrino de Sevantibhai, aunque solo tiene un año y medio menos que él. También es su mejor amigo. Está ansioso por decirme lo unidos que están. Conoce a su tío desde que tenía cinco años. La gente se refiere a ellos como un par de bueyes uncidos a un mismo yugo. Cuando Sevantibhai y Rakshaben se fueron de luna de miel a Srinagar, él los acompañó. Montaron juntos el negocio de los diamantes. Cada domingo iban con sus respectivas mujeres al restaurante Copper Chimney a comer y beber. «Hemos hecho de todo. Bebíamos cada sábado y cada domingo; necesitábamos beber whisky. Mirábamos el vaso y decíamos: “Hay más en el tuyo”, y llenábamos más el nuestro. Después de rezar íbamos a comer *pav bhaji* [que está repleto de cebolla, patata y ajo prohibidos]. Después de rezar, necesitábamos comer *pav bhaji*. Hemos hecho de todo: beber, ir al teatro, al cine... de todo.» Sevanti es

un sensualista, me informa Hasmukh. Le encanta que le den masajes; en su casa siempre había dos personas masajeándolo. En Dhanera, Hasmukh se ha peleado con su mejor amigo, lo ha insultado. «Anoche le dije: “*Bhenchod, chutiya*, no lo hagas. ¿Qué es esta *chodu* que vas a hacer?”.» Soy totalmente sincero. Él me dijo que si recibiéramos juntos el *diksha*, yo alcanzaría antes la *moksa*.»

Cuando Sevantibhai tomó la senda religiosa, su amistad se vio sometida a cierta presión. En sus viajes regulares a la India, Hasmukh empezó a evitarlo. No porque se sintiera incómodo con las penitencias de su amigo, sino porque temía retrasarlo en su camino hacia la *moksa*. En cuanto Hasmukh llegaba, Sevanti interrumpía temporalmente sus oraciones diarias, y luego tenía que hacer ayuno todo el día siguiente para expiar sus pecados. Sus conversaciones adquirieron un tono cada vez más didáctico. Un día Sevanti habló a Hasmukh durante dos horas seguidas de una gota de agua, las vidas que había en ella, la importancia cósmica de esa única gota. Ese mismo día le informó de que toda la familia iba a renunciar al mundo.

De pronto, en medio del júbilo, oímos un grito fuerte. Laxmichand, el hermano mayor de Sevantibhai y rey del Negocio de los Metales, está llorando. Berrea, y todo el mundo corre a consolarlo: lo rodean las mujeres de la casa (que también están llorando), los hombres y, ni cortos ni perezosos, los *swamis* jainistas. (Más tarde, Laxmichand comenta con amargura que los gurús mayores no han parado de acosarlo con instrucciones sobre la ceremonia. «¿No tienen otros asuntos en que ocuparse?») De pronto cambia el ambiente en casa de los Ladhani; deja de ser festivo para volverse fúnebre. Hasmukh dice, llorando: «Fíjate. Ese hombre es el padre de Raksha; ¡va a perder a su hija y está consolando a Laxmichand! ¡Qué valor!». Incluso ahora, dice Hasmukh, Laxmichand preferiría que su hermano detuviera todo el espectáculo y se quedara en el *samsara*. Ha habido discusiones feroces entre los hermanos; algunos de los comerciantes dicen que hay que impedir que los

diksharthis dejen el redil mientras otros hablan de cómo distribuir su propiedad.

Utkarsh, el hijo menor, está sentado fuera. De pie en medio del gran clan familiar me entero de los apodos de la familia: a Utkarsh lo llaman Chiku, y a su hermano mayor, Vicky. «Mañana tendré que llamarte *maharajsaheb* y juntar las manos ante ti, pero hoy sigues siendo Chiku para mí», dice Hasmukh, y se ríe con él. Durante la última comida, toda la familia —cien en total— les dan de comer, por última vez, con las manos. Uno de los hijos pide *bhelpuri*. A partir de mañana no podrá haber placer en la comida, lo que equivale a excluir el *bhelpuri* para siempre de la dieta de esos jóvenes bombayitas. Se termina la comida y las mujeres se ponen a cantar mientras entra un hombre en el patio con una llama en el extremo de un palo largo y empieza a encender cientos de lámparas de aceite. A continuación, alguien lee en alto un documento que suena a testamento. Sevantibhai está distribuyendo el resto de sus bienes entre sus parientes. Todos recibirán algo, desde unos lakhs hasta dos mil cien rupias. Luego Sevantibhai junta las manos y dice a sus parientes: «He cometido muchos errores. Perdonadme si he ofendido a alguien».

Más tarde, Hasmukh me lleva a la habitación donde los parientes de Sevantibhai le están haciendo un masaje. El *diksharthis* me confiesa que está muy confundido. «He estado tratando de pensar, pero estoy inquieto. Me digo: “¿Qué haré a partir de mañana? ¿Dónde estaré?”. He estado enfermo, tengo fiebre, y en estos momentos disfruto de todas las comodidades, me están apretando los brazos y las piernas. Y pienso: “¿Cómo soportaré esta enfermedad a partir de mañana?”.» De toda su familia, él es el único miembro que admite públicamente dudas o incertidumbre. Tal vez es el único al que se le está permitido. Le pregunto qué va a hacer ahora. «Quiero estudiar sánscrito diez años. Solo después de diez años de estudio lo hablaré.»

Le pregunto cómo va a afrontar separarse de su familia, si está pensando en que no va a volver a ver a su mujer y su hija. Responde que de momento se

siente confiado. «Pero solo conoceré la verdadera prueba pasado mañana, o el siguiente, cuando me separe realmente de ellas.» ¿Volverá a Bombay? «El deseo de volver a Bombay es menor, tanto el mío como el de mi gurú.» Cientos de personas están esperando verlo, de modo que le presento mis saludos y salgo de la habitación oscura.

Hablo con los demás *diksharthis*, primero con Rakshaben. «Solo siento *ulhas*», dice la mujer de Ulhasnagar. Tanta felicidad, dice, que no echará de menos a su marido o a sus hijos. Snehal también dice que está renunciando al *samsara* «por la verdadera felicidad». La *moksa* es la verdadera felicidad, y solo puedes alcanzarla después de recibir el *diksha*. Es una definición circular: la felicidad es la *moksa*, la *moksa* es la felicidad. Luego Laxmichand, que está sentado con aire obstinado bajo una luz fluorescente, llama a Karishma para que me conceda una «entrevista». Alguien le está tomando el pelo sobre el poder que tendrá mañana, el día siguiente del *diksha*, para pedir cualquier cosa a un miembro de la familia. «¿Vas a pedir a Laxmichand que deje de fumar?» «No puedo imponerle esa norma —dice la chica—. Solo lo dejará si le sale de dentro.» Cuando su tío estaba llorando, los demás le han pedido a ella que fuera a consolarlo. «¿Por qué está llorando en un día tan feliz?», ha preguntado ella. Cuando se fue de Bombay no volvió ni una sola vez la cabeza para mirar el edificio donde creció. De todos los *diksharthis*, la más joven es la que menos dudas tiene, la que menos titubea al responder. Tal vez porque nunca se ha preguntado nada.

Esa noche, la última en el mundo antes de su *diksha*, Sevantibhai se va a la cama a las tres y cuarto de la madrugada. «No ha podido dormirse antes —me dice Hasmukh después—. Le he visto preguntarse: “¿Cómo voy a empezar mi vida mañana?”.» Cuarenta y cinco minutos después se levanta, va al templo y reza a Dios, hace su *puja*. Será la última que haga. Una vez que sea monje de su secta ya no podrá hacer *pujas*. Los *maharajsahebs* superiores hasta tienen prohibido juntar las manos e inclinarse ante los dioses en el templo; el

jainismo es, en su forma más pura, una religión atea. Su fe en Dios no será el menor de los consuelos mundanos a los que Sevantibhai tendrá que renunciar.

La última mañana de los Ladhani en el *samsara* es tan fría que mi coche diésel no arranca. Cuando salgo de la casa del médico a las seis, el cielo sobre el árido país está lleno de estrellas. Hay muy pocas personas en las carreteras y todas se dirigen a la casa de los Ladhani. Dentro de la casa hay aún más personas que la noche anterior. Después de todo, este es el momento en que los cinco *diksharthis* van a despedirse de sus familiares. Las mujeres lo lamentan y celebran:

¿Qué clase de día es hoy?

[Coro:] *Es máspreciado que el oro.*

¿Qué es máspreciado que el oro?

El dominio de uno mismo.

¡Un último esfuerzo!

El samsara abandonáis.

Los Ladhani están rezando en el almacén y frente a la puerta se forma un cordón. Se colocan en hilera fuentes metálicas llenas de arroz, monedas, piedras preciosas y las llaves de sus distintas casas. Yo estoy de pie cerca de la primera. Sevantibhai sale a gran velocidad, vestido con su traje más lujoso, y aparta de una patada la fuente llena de sus riquezas. Su mujer y sus hijos hacen lo propio, todos en hilera; cuando Karishma sale del almacén ya no queda dinero en las bandejas que apartar. Fuera hay un hombre con dos espadas cruzadas para impedirles el paso; los renunciantes las apartan y siguen avanzando. Mientras abandonan la casa de sus antepasados es muy

importante que no se vuelvan, ni un segundo, para mirar lo que están dejando atrás.

A lo largo del trayecto al lugar del *diksha*, bordeado a ambos lados de más fuentes con las riquezas amontonadas de los Ladhani, los niños del pueblo recorren con su mirada de lince el suelo buscando el dinero que los Ladhani han apartado a patadas. La entrada al *diksha-mandap* está flanqueada por cinco elefantes. Dentro hay un amplio recinto cubierto con una carpa y miles de personas sentadas en el suelo en grupos separados. Tomo asiento entre los comerciantes de diamantes. Se entrega a los invitados un paquete lleno de una mezcla de perlas y arroz, y se les anima a arrojar el fabuloso confeti sobre los *diksharthis*. En el estrado que se alza sobre nosotros se realiza a la vista de todos los presentes, como el *bidai* en una boda (cuando la familia de la novia se despide de ella), la despedida de los parientes de sangre y de los socios de los negocios. Se lee otro testamento. Se han donado más de dos crores a instituciones benéficas, entre ellas refugios de animales, y otro crore a organismos religiosos. El presentador, el mismo que presidió la reunión de comerciantes de diamantes, lee en alto un buen presagio: el día anterior, la corporación municipal de Bombay perdió una apelación presentada al Tribunal Supremo contra el veredicto pronunciado por un tribunal menor que prohibía matar animales extraviados. La petición de una familia jainista salvará la vida de cincuenta mil perros perdidos al año. Se eleva una resonante ovación del público.

Ha llegado el momento. Frente a cincuenta y cinco mil personas, Sevantibhai pide permiso a su gurú para recibir el *diksha*. Un toque de trompetas anuncia que el gurú ha dado su consentimiento, y el *diksharthis* baila como un loco por el estrado, con un gran trapo blanco en la mano. El resto de la familia lo sigue, y todos se dirigen a que les afeiten la cabeza, salvo seis pelos que serán arrancados por el *maharajsaheb*. Entretanto empieza la subasta benéfica por el derecho a comprar las vestimentas que se van a

entregar a los *diksharthis* para que emprendan su vida monacal. La primera prenda de ropa, destinada para Sevantibhai, se vende a 151.000 rupias. Por una sarta de cuentas blancas de rezo para Snehal se pagan 68.000 rupias. A mi alrededor hay un griterío ensordecedor de cifras a medida que los subastadores pujan de pie en medio del público sentado, incitándolo a invertir en ganancias espirituales, como si se tratara de información fidedigna sobre unas acciones. «¡Esta clase de oportunidad para obtener *labh* no volverá a presentarse! ¡Solo treinta y una mil, afortunados!» En el estrado y entre el público hay riqueza mientras los millonarios y multimillonarios reunidos se pelean por hacer una demostración pública de su piedad.

A continuación empieza la subasta de nombres. Primero se abre la página de nombres. El *gurumaharaj* ha asignado a cada hombre el nombre con el que se le llamará en adelante, y el *shadhvin* jefe ha hecho lo mismo con las mujeres. Ahora todos los presentes esperan oír los nuevos nombres de los *diksharthis*. Empieza la subasta por el derecho a revelar el nombre de Sevantibhai; un seglar lo anunciará al público. Se pagan por tal derecho 361.000 rupias, y el ganador se vuelve hacia la gente y lo pronuncia: «¡Raj Ratna Vijayji!». El enorme espacio retumba con los aplausos. Acto seguido se compra el derecho a anunciar el nuevo nombre de Snehal (Vicky): «¡Raj Darshan Vijayji!». Sigue el de Utkarsh (Chiku): «¡Ratna Bodhi Vijayji!». Luego el de Rakshaben: «¡Divya Ruchita Sreeji!». Por último, cuando empiezan las ofertas por el nombre de Karishma, las tres hermanas del padre, que gozaron del derecho de poner nombre a la niña cuando nació y que escogieron uno que la mayoría de los indios asocian con una heroína sexy del cine, pujan más alto que los demás y llegan a pagar 150.000 rupias —un lakh y medio— para volverse hacia el público y gritar, a través de su tristeza, las tres palabras: «¡Darshan Ruchita Sreeji!».

Cuando los Ladhani vuelven a salir al estrado, el cambio que se ha producido en ellos es asombroso. Han reemplazado sus túnicas y sus saris de

seda color crema con sábanas blancas, y no tienen prácticamente pelo. Hasmukh me comenta más tarde: «Me he fijado en que Sevanti y Raksha no se han mirado ni una sola vez. Los hijos sí se han mirado, pero la pareja no ha mirado a nadie». Es la mujer de Hasmukh quien se echa a llorar al ver lo que han hecho a Raksha. «A la hora de afeitarse la cabeza, Raksha se tapó la cara con las manos y no miró a nadie mientras la despojaban de su pelo, el distintivo de belleza de una mujer india.»

Hasmukh también me dice que durante la ceremonia del corte de pelo, todos los familiares echaron agua —en una mañana de enero eso significa agua helada— sobre los *diksharthis* a modo de último baño. Vertieron el agua gélida sobre el febril Sevantibhai y sobre los otros cuatro. Después Rakshaben y Karishma también tuvieron fiebre. «Tenía que ser con agua fría. No entiendo por qué», dice Hasmukh, sacudiendo la cabeza como un niño que trata de entender una costumbre o norma de los adultos que le aseguran que tiene un sentido, pero cuya lógica se le escapa. Luego Hasmukh se despidió de su mejor amigo y tío: «Cuando vuelva a la India te iré a ver». Pero su amigo no respondió. «Tenía su bastón en una mano y sus pertenencias colgadas del cuello. No me miró a los ojos, solo movió la cabeza.» Cuando Hasmukh se despidió de los otros cuatro, tampoco le respondieron.

Sevanti y Raksha llevan veintidós años casados. La última vez que se tocan es cuando Raksha pone el *tilak* en la cara de Sevanti, como hizo la primera vez que lo tocó al casarse con él. La mujer menuda levanta el pulgar y extiende la pasta color azafrán sobre la frente febril mientras se sonríen y ríen. La frente caliente de Sevanti siente la refrescante impresión de ese último contacto de su mujer.

Por fin los cinco *diksharthis* se sientan en la parte delantera del estrado y el clan familiar les rinde honores. El *maharajsaheb* dice a Laxmichand: «Mira, Laxmichand *bhai*, fueron tuyos y lo siguen siendo, pero ahora nos pertenecen a todos». Laxmichand sigue llorando; el *maharaj* le ha recordado con mucha

delicadeza que los cinco se hallan ahora más allá de la órbita de los Ladhani, más allá de la familia y el mundo. Han dejado atrás todo su mundo anterior; todos los vestigios de Sevantibhai el comerciante de diamantes, de Rakshaben el ama de casa, y de sus hijos adolescentes criados en Bombay, Vicky, Chiku y Karishma. Por fin han abandonado todas sus pertenencias. Salvo sus gafas. Los dos chicos siguen llevando sus gafas. Las necesitarán para ver el camino que se extiende ante ellos.

Pasan la noche en el *upasara* o casa de retiro. A las cuatro y media del día siguiente, el primero de su vida como renunciantes, partirán para recoger su primera comida —han ayunado todo el día anterior—, y la primera casa a la que acudirán será la de los Ladhani. Es una metáfora adecuada de la renuncia: la primera casa en la que pides debe ser la que has abandonado. Luego, con los dos adultos y Karishma todavía con fiebre, se pondrán en camino. No podrán volver a su ciudad ancestral en cinco años por lo menos. Después de Bombay es el siguiente lugar prohibido.

Al marcharme en coche de la casa, mi chófer, un rajput duro y taciturno, se pregunta en voz alta:

—¿Por qué han tomado el *diksha* los cinco? Son multimillonarios.

—Eran comerciantes de diamantes —digo.

—La banda de Dawood debe de andar tras ellos —especula.

Vamos en coche de Dhanera a Ahmadabad, donde cojo un tren de vuelta a Bombay. En Ahmadabad tengo parientes y me bajo para ir a verlos. Son los parientes más pobres que tengo y, cuando voy a su casa, casi todos los miembros de la familia llevan ropa que reconozco. Cuando era nueva, pertenecía a mi padre, a mi madre, a mis hermanas, a mí mismo. En la casa hay un bebé, pero su padre, mi primo, no está. Está trabajando en una fábrica de diamantes, donde es cortador. La mayoría de los días no ve a su primogénita,

que solo tiene dos meses; tiene que irse en cuanto sale el sol y no vuelve hasta entrada la noche. También trabaja casi todos los domingos; incluso durante el Diwali, que tradicionalmente son días de vacaciones en la industria, pueden pedirle que vaya a trabajar, si hay mucha demanda. Le pagan por diamante cortado, y por todo ese trabajo, por tantísimo sacrificio, gana menos de lo que pago a mi chófer en Bombay. Corta piedras todo el día, renunciando a estar con su hija, para que los comerciantes como Sevantibhai puedan tirar al aire las ganancias que él les procura.

La semana siguiente quedo con Hasmukh en Bombay, en el piso de su hermano en Tardeo. Hasmukh es bastante religioso. En sus viajes a Bombay siempre se dirige antes de nada al templo Sankeshwar para rezar y solo después va a la Opera House a comprar sus diamantes. En Los Ángeles es seguidor de la secta swaminarayan, que, aunque es hindú, se parece en su opinión al jainismo. Pero se ha casado con alguien que no es de su religión; de hecho, que no es gujarati. Su mujer es mangaloreana y su familia tiene dieciséis restaurantes en Bombay; fue un matrimonio por amor. Un restaurante es un semillero de pecado para los jainistas. Y este hecho, percibo, le ha obligado a discrepar con la comunidad en la que nació. Ellos no lo marginan ni a él ni a su familia, pero siempre tendrá la sensación de que ha cruzado el umbral, así como cierta incomodidad en torno a su mujer.

En estos momentos entra un chico con una camiseta verde con el logotipo de Nike. Es el hijo de Hasmukh y acaba de volver de ver una película hindi con su tío, el hermano de Hasmukh. El chico contradice con acento norteamericano a su tío sobre el mensaje de la película, un melodrama sobre un taxista indio en Nueva York que tiene que escoger entre una mujer india occidentalizada y otra tradicional. «Todo lo que estoy diciendo —dice el chico, que está en sexto curso en Diamond Bar, California— es que si en la India hay amor también lo hay en Estados Unidos.»

El tío discrepa. «En Estados Unidos hay menos amor que en la India.»

Como prueba señala el alto índice de divorcios en Estados Unidos.

«Si se divorcian es por un motivo», replica el chico. Me dice que Sevantibhai le pidió que volviera a la India a vivir. «Le dije que me gustaría, pero que allí lo tengo todo.»

En ese piso es donde me enteré de que los Ladhani tienen una póliza de seguro por si el camino hacia la *moksa* se vuelva demasiado escarpado, como ha ocurrido con otros renunciantes. Se ha creado un considerable fondo en crores con cuatro miembros de la familia como fideicomisarios que desembolsarán dinero siguiendo las instrucciones de Sevantibhai. Cuando en sus andanzas conozca a gente necesitada o instituciones dignas de ayuda, los fideicomisarios les enviarán dinero. «Si los hijos quieren volver, no tendrán que pedir dinero a nadie. Pueden conseguir un coche, una casa», explica Hasmukh. Sevantibhai tiene esta seguridad. Si cambia de parecer no habrá perdido del todo el *samsara*. Ha donado una parte considerable de su fortuna, pero hay suficiente para proporcionarle a él y a su familia un nivel de comodidades estándar en Bombay. Es un concepto extraño: un monje errante capaz de fundar un templo o de cambiar la suerte de un pueblo entero con una sola llamada. ¿Se vuelve más fácil o más difícil la vida del renunciante al saber que, si regresa al *samsara*, podrá disfrutar de inmediato de las cosas buenas de la vida? Sevantibhai y su familia siempre tendrán una alternativa. Cada paso de sus andanzas lo darán por voluntad propia. Cuando estén cansados de caminar bajo el sol abrasador, en lo más recóndito de su pensamiento siempre sabrán que pueden permitirse viajar en un Rolls-Royce incluso ahora. Todo lo que tienen que hacer es admitir la derrota.

Siete meses después de la ceremonia del *diksha* voy a ver cómo le va a Sevantibhai en su nueva vida de monje. Él y sus dos hijos están pasando los monzones en Patan, en el extremo septentrional de Gujarat, donde mi abuelo

estudió de niño. El templo jainista y las instituciones que este conlleva se encuentran en un barrio tranquilo de la pequeña ciudad, con casas viejas de madera pintada por todas partes.

Después de dejar Dhanera, Sevantibhai fue de pueblo en pueblo en Gujarat, a Tharad, Deesa, Patan, Bhabhar, Ahmadabad, hasta acabar de nuevo en Patan, en una casa particular. Y ahora, siete meses después del día de su *diksha* (según el calendario lunar), encuentro a Sevantibhai, o Raj Ratna Vijayji Maharajsaheb, sentado en una sala enorme de Patan. Lleva dos meses aquí y seguirá dos más, hasta que terminen las lluvias. En la entrada de la sala, que es el hogar transitorio de toda la orden de veintiún monjes, hay un gran cuadro. Se titula *Una visión compasiva de la vida mundana* y representa a un hombre colgado de un árbol sobre un pozo lleno de serpientes y cocodrilos, con ratas mordisqueando la soga y un elefante sacudiendo el tronco del árbol.

En cuanto entro en la sala lo veo y él me ve. Me hace un gesto, llevándose los dedos a la cabeza; es un comentario sobre que me ha crecido el pelo. Sevantibhai, por su parte, se ha sometido al primer *lochan* de su vida de monje: su superior le ha arrancado todo el pelo de la cabeza, la cara y los labios, cabello por cabello, mechón por mechón, en una sesión de muchas horas. Le sangra el cuero cabelludo. «Solo es una muestra de las torturas del infierno por mis pecados. Me arrancan el pelo con la mano para fortalecer el cuerpo, y para que pueda comprender el sufrimiento de los demás.» Sobrellevó el suplicio recordando las torturas infligidas a los gurús jainistas del pasado. Cuando los enemigos de su fe les arrancaban no solo el pelo, sino también la piel del cuerpo, la reacción de los gurús era preguntar a sus torturadores: «¿Cómo prefieres que me ponga para no estorbarte mientras me estás arrancando la piel?». El coraje de esos mártires le hizo redoblar el suyo.

La casa de retiro, el *paushadhshala*, es una sala enorme abierta por dos lados. No es de los monjes. Son huéspedes de la *sangha*, la comunidad, que la ha construido para que los monjes descansen en ella. Los monjes, sentados

ante una serie de mesas bajas, leen manuscritos antiguos y escriben comentarios sobre ellos en sus cuadernos. Reciben visitas de seculares a los que instruyen sobre la conducta recta en su vida cotidiana; a los más prometedores se les anima a recibir el *diksha*. Hay un buen número de seculares sentados en la sala probando la vida monástica. Se les permite observar la vida de un *sadhu* un día entero o, para una mera prueba, exactamente cuarenta y ocho minutos. Durante esos cuarenta y ocho minutos, sus pensamientos y sus actos deben estar puros de violencia. En la sala no hay ventiladores; sentado con las piernas cruzadas hablando con Sevantibhai en la tarde de agosto, sudo y aparto las moscas a manotazos. Si el techo no fuera tan alto sería insoportable. De noche los monjes duermen allí donde están sentados, con una salvedad: no pueden dormir donde entra la brisa fresca, porque eso mataría las vidas que hay en ella. También implicaría que buscan el placer corporal de la brisa refrescante. Si se cierra una ventana, está prohibido abrirla por las mismas razones. Sevantibhai tiene que erradicar todas las comodidades o el placer de su vida. Su vida tiene que estar tan desprovista de lujo, tiene que ser tan martirizante a todas horas, para que sea fácil sumergirse en las oscuras aguas de la no existencia.

Sevantibhai ha hecho cinco votos. El primero es no cometer violencia contra la vida, ni inducir o aprobar que otra persona la cometa. Esto significa, por ejemplo, que no puede elogiar el sabor del *dal* que le ofrece el dueño de una casa durante el *gocari*; decir «Qué plato más delicioso» equivaldría a aprobar la matanza múltiple que ha realizado el anfitrión a fin de prepararlo. El segundo voto es no mentir, ni inducir o aprobar que otro mienta. El tercero es no robar, ni incitar o aprobar que otro robe. Por ejemplo, dice, si yo dejara caer el bolígrafo al suelo y él lo tomara prestado un momento sin pedirme permiso, se consideraría robo. El cuarto es no romper el celibato, ni incitar o aprobar que otro lo rompa. Así, no puede elogiar una ceremonia de boda ni sugerir que una chica en particular es un buen partido para un chico en

particular. Los ascetas no cesan de vagar para evitar romper el voto del celibato. No deberían conocer a ninguna mujer durante sus andanzas. Si un monje visitara la casa de una seglar devota con regularidad durante el proceso del *gocari*, y ella pensara «¡Qué noble es este monje!», o el monje pensara «¡Qué devota es esta hermana!», sería pecado, y él estaría rompiendo su voto. Una vida nómada impide cualquier posibilidad de intimidad entre los dos sexos. El quinto es un voto de pobreza. No puede poseer nada, ni siquiera la sábana de algodón que le cubre el cuerpo. Tiene que dársela un seglar.

El superior de la orden, Chandrashekhar Maharaj, está sentado en la cabecera de la sala, siempre atento a cualquier desliz hacia el *samsara* entre sus monjes. Los seis miembros de su familia recibieron el *diksha* juntos cuando él tenía once años. Ante él están sentados una madre con su hijo vestido con ropa de calle, que parece tener menos de diez años. El chico está enfurruñado; su madre sonríe tratando de persuadirlo de algo con suavidad. El chico no para de mover los pies. Al cabo de un rato, el *maharajsaheb* se acerca, habla de nuevo al chico en voz baja y suave pero implacable, sin dejarse inmutar por el hecho de que el chico no ha dicho una palabra ni a él ni a su madre, ni los está mirando. Sevantibhai me pone al corriente. El chico y su madre son de Bombay, y él lleva allí tres meses estudiando con el *maharaj* para prepararse para recibir el *diksha*. Pero ahora el chico echa de menos Bombay y a su familia, y quiere ir a la metrópoli, cuatro días con su madre. El *maharaj* en cambio le propone su alternativa preferida: que la madre se quede con él cuatro días. Si él se fuera ahora a Bombay, se retrasaría más de cuatro días en sus estudios. El chico, que es brillante, no se ha concentrado últimamente en sus estudios. Quiere jugar. Ve a otros niños fuera, los hijos de los visitantes, y quiere ver la televisión. La madre, que lleva escrito en la cara su amor por su hijo, le está diciendo suave pero insistentemente que se quede allí, para que, con el tiempo, termine todo contacto entre ellos.

El chico se acerca a donde yo estoy sentado con Sevantibhai.

«Ojalá hubiera recibido el *diksha* hace treinta años», me dice Sevantibhai. Así su cuerpo habría entendido mejor las exigencias que le está imponiendo ahora. Tal como están las cosas, a veces se siente débil y no puede estirar el cuerpo todo lo que quisiera. «Ojalá hubiera recibido el *diksha* hace treinta años», repite delante del niño que flaquea.

Sus propios hijos, o ex hijos, no se han vuelto tan resueltos como él, o como a él le habría gustado que fueran. «De las veinticuatro horas que tiene el día, todavía quieren jugar una con los demás monjes jóvenes —dice—. No es deseable pero es comprensible.» Le pregunto a qué clase de juegos quieren jugar. Él señala unas etiquetas de colores en un par de estantes: «Pegan esas etiquetas, dibujan, juntan todos los libros y los colocan en una hilera, quieren lavarse la ropa una vez a la semana en lugar de una vez al mes como hacemos los demás. Quieren jugar, siguen siendo jóvenes. No al críquet, por supuesto, golpear la pelota con la pala es *himsa* [violencia], sino esta clase de juegos, pegar etiquetas, lavar ropa».

Antes de sentarse en la sala, Sevantibhai pasa un trapo por el suelo para apartar cualquier vida. Este gesto es constante, y la superficie de baldosas está muy limpia. Le veo barrer una amplia zona del vestíbulo, recoger el polvo con una pequeña pala de plástico, llevarlo a una ventana y depositarlo escrupulosamente justo fuera del alféizar, con cuidado de que no caiga. Luego lo esparce hacia fuera. Si cae a una distancia superior al ancho de la palma de la mano matará las vidas que haya en el aire. Por esta razón, explica, los monjes tienen prohibido utilizar un retrete para orinar o defecar. Es una de las anécdotas que divulgan los que no son jainistas sobre los monjes: que son guarros y dejan sus heces en la carretera. Sevantibhai me lo explica. Su orina y sus heces tienen que secarse en menos de cuarenta y ocho minutos desde el momento en que salen de sus cuerpos. De lo contrario, en la masa líquida o húmeda se crearán vidas, vidas que son invisibles para nosotros pero que el Alma Universal puede ver. Por esa razón, cuando Sevantibhai se encuentra

alojado en un lugar donde no hay un cajón de arena en la parte trasera (como el que hay en Patan), tiene que salir de los límites de la ciudad, o dirigirse a un tramo de las vías de tren o a las rocas junto al mar, y esparcir con cuidado sus heces para que se sequen deprisa; si las deja caer sencillamente en montones, no se secarán dentro de los cuarenta y ocho minutos reglamentarios. Esto es difícil si llueve. «Por eso no podemos ir a Estados Unidos o Amberes. Allí se queda húmedo todo el año.» Occidente está vedado para los monjes jainistas por la falta de lugares adecuados para hacer sus necesidades.

Sevantibhai no echa de menos nada de Bombay y no tiene ningún deseo de volver. Irá solo si se lo ordena su maestro, su *acharya*. La ciudad está llena de pecado y tentaciones. «Bombay solo es para los fuertes. Tardaré al menos diez años en ir, creo.» Los problemas de la ciudad son una consecuencia directa de la pobreza de las zonas rurales. Me pone un ejemplo: «Todo el mundo utiliza ahora el aceite de cacahuete, pero es mucho más sano el de sésamo. En el *diksha* solo se utilizó aceite de sésamo. Se muelen las semillas en un molino accionado por bueyes, obtienes el aceite y los bueyes comen la pulpa de las semillas machacadas. Hace cuarenta años había seis lakhs [seiscientas mil] presas de aceite accionadas por bueyes. En cada una se necesitaban dos bueyes, de modo que había doce lakhs [1,2 millones] de bueyes en esas presas. Ahora hay unas sesenta. ¿Adónde fueron a parar todos esos bueyes? Al matadero. ¿Qué pasó con todos los que manejaban los bueyes? ¿Qué fue de sus familias? Se marcharon a las ciudades a buscar trabajo. ¿Ha estado en Dharavi [uno de los suburbios más grandes de Bombay]? Está lleno de gente como la que manejaba bueyes. Pero allí tampoco encuentran trabajo, lo que los lleva a la delincuencia y a la corrupción.» Es una descripción singularmente exacta de las causas del movimiento migratorio del campo a la ciudad, basada en la diferencia entre un cacahuete y una semilla de sésamo.

En los pueblos no había competencia, dice. Un alfarero solo fabricaba la cantidad de ollas y vasijas que podían comprarle los aldeanos, y las daba a

los granjeros en trueque a cambio de comida. Solo hacía falta un alfarero, que trabajaba con una rueda accionada a mano. Pero ahora, con las ruedas eléctricas, puede fabricar muchas más vasijas que las que se necesitan en el pueblo. «¿Qué va a hacer con todas ellas? Tiene que ir a otra parte para intentar venderlas, y eso crea competencia.» Lo mismo ocurre con los diamantes. Las máquinas eléctricas han hecho posible cortar diamantes en grandes cantidades. «Un diamante no se degrada, no envejece con el uso. De modo que cuantos más diamantes cortes, más obligada se siente la gente a llevarlos. ¿Qué haces cuando ya tienes anillos en los diez dedos?» La tecnología genera un excedente de producción, lo que da lugar a la competencia, a la muerte de la vida rural y su economía de trueque, y al consumo por el consumo. Es una versión jainista del marxismo.

A lo largo del día vuelvo a la sala cuando los monjes tienen tiempo que dedicarme entre su meditación y sus lecturas. Sevantibhai no cesa de remitirme a uno de los *acharyas* superiores, diciendo que debería formularle a él mis preguntas. Pero el gurú tiene la costumbre de embarcarse en una perorata sin que nadie se lo pida, y es difícil interrumpirlo. Sevantibhai todavía es dudoso, no tiene mucha experiencia. Le pregunto a qué le ha costado más renunciar, a su familia, a su riqueza o a su casa con sus comodidades. Tras una larga pausa, responde: «A la familia. Lo más duro ha sido dejar a mi familia». ¿Todo el clan familiar o su mujer y sus hijos? «El clan familiar no. No son religiosos. Sino mi propia familia. Aprendimos juntos.» Lleva cuatro meses sin ver a la mujer que fue su esposa. Durante mes y medio después del *diksha* viajaron uno al lado del otro... pero no juntos, me señala con dolor. No sabe cuándo volverá a verla a ella o a la chica que era su hija. Tampoco lo saben los chicos que eran sus hijos. «Si digo algo que les molesta, ahora no hay madre que los tranquilice. Pero tienen a Chandrashekhar Maharaj —se apresura a añadir, señalando al gurú—. Él es más que una madre.»

¿A qué le costó más acostumbrarse después de recibir el *diksha*? Considera la pregunta y dice: «Hay veintiún *sadhus* en este grupo. Vienen de distintos extractos sociales, de distintas familias, algunos son pobres, otros ricos. Tienen formas de pensar diferentes, temperamentos distintos. Tardé en acostumbrarme a eso. Durante un mes y medio fue duro». Les oía hablar con dureza; les veía poner cara larga durante el *gocari* cuando la comida no era de su gusto. Ha tenido que soportar la convivencia tensa. Atribuye estos choques de personalidad que se dan en el grupo a la muerte de los grandes clanes. «He conocido a familias de hasta cien miembros que seguían a un mismo patriarca. Crecían obedeciéndolo. Antes los *sadhus* venían de estos clanes y todos obedecían al *acharya*. Pero ahora vienen de familias pequeñas y no están acostumbrados a vivir en grupos grandes. Si hay cuarenta personas, todos piensan de forma diferente. Su capacidad de trabajo es distinta. Me llevará años adaptarme.» Todos los *sadhus* renuncian a sus posesiones terrenales para abrazar esa vida, pero Sevantibhai y su familia renunciaron a más bienes de este mundo que todos los miembros de esta orden juntos. Tengo la impresión de que, aun habiendo recibido el *diksha* e inmerso ya en la vida monacal, no ha olvidado este dato. Tal vez la noción de clase se ha transmitido a la sociedad sin clases de los *sadhus*. Es como el ejército, el hombre que era millonario en la vida civil se encuentra recibiendo órdenes del que antes era oficinista.

La modernidad ha tratado con dureza a los *sadhus*. Por ejemplo, solo pueden beber agua hervida cuando hoy día casi nadie la hierve; en la mayoría de las casas de los seculares jainistas hay filtros. En los viejos tiempos cada casa del pueblo hervía el agua que más tarde se utilizaba para hervir el forraje para el ganado, y los monjes acudían lo bastante temprano a la casa para recogerla. Pero a los dueños seculares no se les puede ordenar que hiervan agua para uso exclusivo de los monjes. Los monjes están dispuestos a permitir que los seculares pequen hirviendo agua para uso general, pero el pecado es de

ellos; si se hirviera el agua solo para los monjes, entonces el pecado correspondería a los monjes. Otro problema son las carreteras. En sus andaduras, los monjes tratan de buscar caminos sin pavimentar, que son cada vez menos frecuentes. Las carreteras asfaltadas son arduas para los pies y sobre todo para los ojos; el calor que rebota del asfalto es fatal para la vista, que necesitan cuidar para el estudio prolongado de los textos antiguos, así como para examinar el suelo y así evitar pisar vidas.

El momento más duro físicamente para Sevantibhai fue un viaje de Bhabhar a Ahmadabad, donde tuvo que asistir a otra ceremonia del *diksha*. Cada día caminaban treinta kilómetros, cuatro horas por la mañana después del amanecer, y unas cuantas más por la tarde. En un tramo, después de andar diez kilómetros, empezaron a dolerle los pies, de modo que descansó en unos campos. Pero al caer la noche tenían que estar en un pueblo en particular donde había una casa jainista. La última media hora fue insoportable. Cuando se miró los pies vio que le habían salido unas llagas y ampollas enormes. Cogió una espina y se reventó las ampollas, que estaban llenas de agua y pus. Como no cree en la medicina alopática, se curó las heridas utilizando aceite de castor y cúrcuma como antiséptico. Me enseña las plantas de los pies. Los tiene destrozados; cuarteados, callosos, agrietados, ennegrecidos, con capas de piel superpuestas y cráteres como la superficie de la Luna. Pero «no podemos retener en la mente que los pies duelen». Caminar descalzo por carreteras asfaltadas encierra un peligro aún mayor. «Toda la violencia de la construcción de la carretera se acumula sobre nosotros.» Muchos *sadhus* mueren hoy día en accidentes en las carreteras donde no hay suficiente espacio a los lados para los caminantes.

Pero el estado actual del mundo es casi idílico comparado con lo que está por venir. El tiempo para los jainistas está dividido en un ciclo de seis eras que se repite sin cesar, y la primera de ellas es la más ideal. En esta, la quinta era de cosmología jainista, los hombres serán capaces de vivir un máximo de

ciento treinta años. En la sexta, la base del ciclo, los hombres vivirán solo veinte. No habrá vida vegetal ni religiones —ni siquiera las no jainistas—, y los hombres tendrán que vivir en cuevas al pie de los ríos, para evitar el terrible calor. La estatura de los seres humanos al comienzo de la era no será superior al doble de la distancia entre el codo y la palma, y disminuirá paulatinamente hasta ser poco más de esa longitud. Por tanto, en la visión jainista del mundo, este, y no el próximo, es el período histórico más tenebroso en el que se puede vivir. Porque al menos en la era sexta la gente tendrá la esperanza de que las cosas mejorarán después de ellos (el ciclo empieza de nuevo; retrocede a la quinta era). En nuestra época, en cambio, ni siquiera tenemos ese consuelo. Lo malo solo puede empeorar.

Sevantibhai está seguro de que no alcanzará la *moksa* en esta reencarnación. Como mucho podrá dar un paso decisivo, concentrándose con entusiasmo en la *moksa*. Pero seguirá incurriendo en karma negativo, solo por vivir en el planeta en su estado actual. Así pues, ¿por qué no pone fin a su vida? Hay otras órdenes de monjes jainistas, como la de los *sthanakvasis*, que abandonan el mundo pecaminoso voluntariamente. Sencillamente, dejan de comer e invitan a seculares a su casa de retiro para que vean cómo se mueren poco a poco de hambre. Pero la orden de Sevantibhai es más estricta. «No tenemos la libertad de suicidarnos. No hay atajos a la próxima reencarnación.» Sin embargo, hay una excepción. Si Sevantibhai descubriera que la atracción del *samsara* es demasiado grande, si se viera incapaz de seguir las reglas de la orden, el suicidio sería preferible a volver al mundo.

Chandrashekhar Maharajsaheb me da permiso para que hable con los dos *maharajsahebs* más jóvenes. Sevantibhai les explica que he vuelto a la India después de veintidós años en el extranjero. «Ha tomado una decisión excelente», dice el *guruji*, asintiendo hacia mí.

Sevantibhai admite que sigue sintiendo los vestigios de la paternidad. Señala a un monje joven apoyado contra la columna. «No puedo regañarlo

como haría con mis propios hijos. Todavía los llamo míos. Me escuchan. Si el *guruji* pide a todos que vayan a comer, les ordeno que vayan a comer inmediatamente. Si no están estudiando, los regaño como no lo hago con los demás *maharajsahebs* de su edad. ¿Por qué? ¿Creo que tengo derecho a hacerlo con esos dos y no con los demás?» No utiliza ningún nombre para referirse a ellos; tal vez aún no le resulta cómodo llamarlos Raj Darshan Vijayji y Ratna Bodhi Vijayji cuando hasta hace poco eran Vicky y Chiku para él.

El hijo mayor está haciendo una clase específica de meditación, en contacto con todas sus pertenencias: ocho prendas de vestir, su bastón y sus cuencos para el *gocari*. Alrededor de él están comiendo los demás *swamis* y huele a sudor, orina y comida. Los monjes tienen mal aliento —tienen prohibido cepillarse los dientes, ya que el mismo propósito de hacerlo es matar bacterias — y supone un esfuerzo hablar con ellos a poca distancia. Durante un mes entero, Vicky tiene que sentarse así. Hace poco le arrancaron el pelo. Siente paz y alegría en su nueva vida, dice, «sin correr por ahí como antes». Se despierta a las cuatro de la mañana y se pasa el día estudiando y haciendo oración. A las nueve y media se tumba en la pequeña sala y se duerme. «Cuatro o cinco veces al día pienso: “¿Cuándo vendrá la *moksa*? ¿Cuándo seré libre?”.»

El hijo menor todavía está estudiando mientras los demás comen. Hay algo tierno en él, y tengo la impresión de que está poniendo buena cara al mal tiempo. Sevantibhai me dice: «Siempre estuvo más unido a su madre». De modo que cuando su padre lo reprende, se queja por escrito de él a la monja que antes era su madre. Y ella le contesta. Hay un intercambio semanal de cartas entre ellos. Chandrashekhar Maharaj no ha puesto objeciones. Cuando le pregunto sobre ello no lo admite, a la manera del adolescente que finge mostrar indiferencia a una chica de la que está enamorado. «Si ella me escribe, le contesto.»

Ninguno de los dos chicos se refiere a ella como «madre». En lugar de ello la llaman Divya Ruchita Sreeji, su nombre posterior al *diksha*. No hablan de su hermana. Siendo mellizos, a Utkarsh y a Karishma les unía un vínculo que iba más allá de los lazos fraternales corrientes. Ni una sola vez menciona a la hermana a la que ha renunciado. El hijo mayor señala que si coincidieran con las mujeres no se sentarían cerca unos de otros. «Lejos», dice, señalando con un brazo la distancia necesaria entre ellos, ya que no son madre e hijo, o hermano y hermana, sino solo hombre y mujer, susceptibles de caer en tentaciones si no se contienen por las normas monásticas. Pueden juntarse para discutir puntos de doctrina, si lo permiten los gurús de ambos, pero ninguno debe mirar al otro a la cara, y tienen que llevarse una tela a la boca. La madre no puede tocar al chico que salió de sus entrañas. «Donde yo he estado sentado, una mujer no puede sentarse en ciento cuarenta y cuatro minutos, y donde una señora se ha sentado yo no puedo hacerlo en cuarenta y ocho minutos, porque el aura del cuerpo tarda en eliminarse.»

Sevantibhai y los dos chicos comían solo una vez al día. Pero el menor tuvo ictericia y ahora se le permite comer dos veces. Las normas sobre la comida pueden cambiar en caso de enfermedad, dado que es preciso que el cuerpo, el vehículo del *sadhana*, se mantenga vivo. Pero no cómodo. Mientras el chico tuvo ictericia, el *gurumaharaj* decidió que era el momento de someterle a un *lochan*. Le había crecido demasiado el pelo. De modo que, amarillento y debilitado por la ictericia, se sentó ante el gurú, y este le cubrió la cabeza con cenizas de carbón, cogió varios mechones juntos y los arrancó de raíz. Fue el momento más duro para él de los últimos meses, me dice el chico.

El hijo menor no recuerda mucho sobre su pasado, sobre Bombay. Le pregunto sobre su futuro. «Haré lo que diga el gurú *maharajsaheb*.» Le pregunto por qué recibió el *diksha*. Y el chico, sentado frente a su cuaderno en el que está revisando sus lecciones de sánscrito, me dice, mejor dicho, me reconoce: «Dicen que si tomas el *diksha* alcanzarás la *moksa*. Por el momento,

no soy consciente de ello». Confiaba en su padre. ¿Qué elección tenía?

Sevantibhai me definió la *moksa*: «En la felicidad de la *moksa* no hay deseo». Es una definición sencilla y clara: la salvación es la ausencia de deseo.

Al volver de Patan decidí parar en el gran Templo del Sol del siglo XI de Modhera. Mi chófer dice que merece la pena verlo y me lleva al pequeño pueblo, donde aparca fuera de un templo nuevo y flamante, con las paredes de tonos pastel e inscripciones en letras grandes de los distintos donantes asociados a su construcción. Le digo que también hay uno antiguo.

El Templo del Sol es precioso. El ídolo central fue colocado de tal modo que los primeros rayos del equinoccio lo iluminaban directamente. Ya no hay ningún ídolo, pero, mientras doy vueltas por la antigua estructura de piedra, veo que las paredes están llenas de amantes. Una mujer está inclinada, recibiendo a un hombre en la boca mientras es servida por detrás por otro. En otra figura, un hombre está besando a una mujer con tierna pasión, sosteniéndole en alto la pierna izquierda hasta la cintura; debajo, otra mujer está arrodillada, haciéndole una felación. Están rodeados de plantas, elefantes y sirvientes de piedra, todo a plena vista de Dios; no hay nada secreto ni vergonzoso en ello. El sexo en un templo pretende ser una gloriosa exhibición pública. Entran turistas, grupos de aldeanos, miembros de tribus y familias de clase media de las pequeñas ciudades, y los niños corren entre los amantes. Las figuras palpitan de erotismo; las caras han sido arrancadas o borradas por el tiempo o los ácidos de los excrementos de cientos de palomas que duermen en los escondrijos del templo, pero solo sus posturas revelan el placer que están obteniendo los cuerpos y sus posibilidades. Eso también es santo. También es sagrado.

No es fácil hablar sobre los jainistas sin ridiculizarlos. Las creencias jainistas son el blanco de broma favorito de los occidentales inteligentes, desde el retrato negativo de Gore Vidal del profeta Mahavir en *Creación* hasta

el patético converso jainista de Philip Roth en *Pastoral americana*. Me resulta difícil explicar a la gente incluso en Bombay por qué no considero a esta familia loca, idiota o fanática. Los detalles crudos de su vida —sus grandes privaciones— aterran a la gente de la ciudad; se estremecen aún más al oír hablar de ellos que cuando les hablo de los asesinos a sueldo. «Eso es verdadera violencia —dice Mahesh, el director de docenas de películas llenas de sangre y asesinatos—. Estoy traumatizado.» La búsqueda de Sevantibhai es rigurosa; no hay cabida para los términos medios. Su pureza y su resolución son incomprensibles para la gente de una ciudad de mil distracciones.

Al vagar por los pueblos de Gujarat, Sevantibhai reflexiona sobre los grandes interrogantes, el propósito y el orden del universo, la estupidez del nacionalismo, la naturaleza atómica de la realidad. Más que cualquier otra persona que conozco vive descubriendo sin cesar la cantidad de violencia que comete nuestra especie, cada hora, cada minuto, no solo contra nuestros semejantes sino contra toda la vida y la creación en sí. Los comerciantes de diamantes que he conocido a lo largo de mi vida no son dados, por lo general, a esta clase de preguntas. Les ha ido bien en los negocios. Estas preguntas se les suelen ocurrir a la gente con apuros económicos. Los comerciantes de diamantes jainistas de Bombay están muy satisfechos con sus casas y sus oficinas lujosas, sus viajes ocasionales a Amberes para hacer negocios, a Disneyland con sus hijos o al refugio de montaña de Lonavla los fines de semana. Todos sin excepción son votantes del BJP y creen que la presa de Narmada propuesta —un enorme proyecto que se ha topado con la fuerte oposición de los ecologistas— será una bendición para Gujarat.

La decisión de Sevantibhai lo sitúa en otra esfera de pensamiento. Está en contra de la presa, porque conducirá al desarrollo de la industria pesquera; ha oído hablar del conflicto de Cachemira pero considera igual de valiosas todas las vidas humanas, ya sean indias, paquistaníes o norteamericanas; las naciones no significan nada para él. Los monjes jainistas son ante todo

apolíticos, a diferencia de muchos gurús hindúes de hoy, que tienen escauceos con la política de derechas. Sevantibhai ha rechazado con rotundidad todos los valores atesorados por las clases medias: educación occidental, consumismo, nacionalismo, y, lo más importante, la familia. Pero la gente que rechazó acude ahora a él con reverencia; comerciantes con negocios considerablemente más importantes que el suyo, que no habrían tenido trato social con él en la vida que ha dejado atrás, ahora recorren grandes distancias para inclinarse ante él y tocarle los pies y los de sus hijos adolescentes. Sus hijos están estudiando sánscrito cuando otros adolescentes en sus casas de Bombay no han pasado de los cómics de Archie. No eran buenos estudiantes en el colegio, pero ahora dedican varias horas al día al estudio de una de las epistemologías más sofisticadas que ha creado el ser humano. Mientras la lógica aristotélica admite solo dos posibles estados de ser para una proposición, verdadero o falso —no hay término medio—, la lógica jainista la amplía a nada menos que siete posibilidades. El nombre que recibe esta concepción de la verdad que predicán es *syadvada*, «la doctrina de los quizás». Los Ladhani son libres de estudiar. Dentro de las rígidas estructuras de la vida monacal hay libertad para abrazar la vida de la mente.

¿Y de dónde salía esa alegría que vi en la cara de Sevantibhai, esa sonrisa frecuente? De sus hijos no estoy tan seguro. Él sufrió una gran pérdida económica en una ocasión. ¿Fue esa la verdadera razón por la que abandonó el mundo? ¿De qué se cansó? ¿Se peleaba con su mujer? «He tenido un pasado deleznable —me dijo Sevantibhai—. Todo Dhanera lo sabía.» Sevantibhai admitió que había tenido la cabeza llena de preocupaciones durante los siete años previos a su *diksha*, preocupaciones por dinero, por su familia. Me mostró sus dos recipientes rojos, hechos de calabaza, que ahora utiliza para el *gocari*. «Como, me lavo. No me preocupo de si va a venir hoy el criado a lavar los platos. No hay tensión. No me preocupa qué haré mañana.» Su mente es totalmente libre para concentrarse en la *moksa*. Si su familia sobrevive o

no, si su negocio prospera o no, ya no es un problema.

Durante mucho tiempo, instalado en mi vida urbana, pienso en Sevantibhai, en la profunda simplicidad final de su vida. En Nueva York me acosan las preocupaciones económicas. ¿Cómo educaré a mis hijos? ¿Podré comprar una casa? Al acercarme a la mitad de mi vida, me siento cada día más pobre al lado de amigos que fueron conmigo al colegio y que están haciendo dinero en tecnología y en la Bolsa, y están comprando apartamentos y coches, y contribuyendo a subir los precios más allá de mi alcance. Yo estoy ganando más dinero que nunca y al mismo tiempo me siento más pobre que nunca. Cada vez que me parece que estoy casi al alcance de la meta —seguridad económica (si no la riqueza), una familia operativa, una carrera—, se me escabulle de la mano como las ranas en el estanque del Walshingham House School. Cogíamos esas ranas con las manos y las sujetábamos con tanta fuerza que parecía imposible o milagroso que se nos escurrieran. Sevantibhai se ha ahorrado todo esto. Ha saltado sobre sus preocupaciones, dejando atrás sus preocupaciones, siendo más listo que ellas. Ante la posibilidad de una pérdida en su negocio, su reacción es: «No tengo nada; luego no puedo perder nada». Enfrentado a la pérdida de sus seres queridos por muerte o enfermedad, su actitud es: «No significan nada para mí, de modo que su enfermedad o su muerte no me afecta». Antes de que le arrebatan nada, ha renunciado a sí mismo. Y yo sigo adelante, siempre acumulando las cosas que acabaré perdiendo y siempre angustiado por no tener suficientes o, cuando las tengo, por perderlas. Angustiado, también, por la muerte.

La mayor violencia es nuestra propia muerte, es decir, si luchamos contra ella. Sevantibhai ha triunfado incluso sobre la muerte. Se ha despojado de todo —familia, bienes, placeres—, que es la cuota de la muerte. Todo lo que le queda es el cuerpo, al que ha renunciado de antemano y trata como si fuera una camisa sucia prestada. Está impaciente por quitársela. Sevantibhai ha combatido la muerte hasta el final. Ha dimitido antes de que lo echaran.

UN YO ENTRE LA MULTITUD

Durante el Utran llevo a mis hijos a casa de los suegros de mi primo en Prarthana Samaj, en el centro de la ciudad. Tengo gratos y vívidos recuerdos de ese festival. Ese día hicimos volar cometas, hechas con papel de seda y palos, y mientras se elevaban en el cielo las guiamos, controlándolas con precisión al dejar la cuerda suelta o tirante, sintiendo cómo se alejaban por encima de la ciudad de cemento. Mi corazón corría libre por el cielo. Cuando las cometas se rasgaban, las reparábamos con una pasta pringosa hecha con restos de arroz hervido y agua. Nos subimos al tejado y nos batimos en duelo con las cometas de los edificios de alrededor. La cuerda tenía unos trozos de cristal incrustados para cortar la del vecino, y más de un niño perdió un dedo cuando se le escurrió de la mano. Cuando ganábamos una pelea de cometas, se elevaba un grito poderoso: «Kaaayypooooche!». Durante los días del Utran, los chicos instalaban altavoces potentes en las terrazas de sus edificios y, cada vez que se ganaba un duelo, resonaba por todo el cielo victorioso la voz de ese chico perdido de Bombay, Freddie Mercury: «We are the champions!».

Muchos de los parientes de mi primo están en el tejado y adoran a su nuevo hijo. Son simpáticos con los míos, pero no es lo mismo; no somos parientes cercanos. Cogiendo a mis hijos de la mano siento profundamente la diferencia. Observan cómo los otros niños hacen volar las cometas de nuevo como espectadores.

—¿Por qué quieres volver a Estados Unidos? —pregunto a Gautama un día mientras volvemos de Pali Hill, donde él ha cogido una flor champak amarilla y blanca y yo le he enseñado a hacer un broche para su madre (doblando los pétalos hacia atrás y ensartándolos en el tallo), y donde le he mostrado la

vaina de las semillas que, si la agitas, sirve de sonajero para Akash.

Tarda un rato en responder. Vuelvo a preguntárselo. Me inclino a su nivel y le pregunto serio.

—Porque mi familia me echa de menos. Lo dicen cada vez que hablo con ellos por teléfono.

Es una razón lo bastante buena para volver: porque tu familia te echa de menos. Es la razón por la que yo he vuelto, una y otra vez. La familia está allí —no solo los padres sino los abuelos, los tíos, los primos— y, más que una cultura o un país determinados, lo que necesitan los niños es la familia. De modo que, justo cuando empezamos a sentirnos cómodos en Bombay, decidimos trasladarnos de nuevo a Nueva York. Pero no es un problema, porque después de dos años y medio he encontrado la respuesta. Puedes regresar a tu país y volver a marcharte. Para adentrarte una vez más en el mundo con confianza.

El último día que paso en Bombay es un domingo, el principio o el final de la semana. Como opíparamente en Khichdi Samrat, un tugurio de Madhavbagh. Sirven distintas clases de *khichdi* de enormes cubas y lo llevan a la mesa con un pequeño *kadhi* y encurtidos. Junto con *parathas* de coliflor, *sev tamatar ki sabzi*, *pappadams* y crema de leche fría que llega a la mesa en una botella de cerveza, es un gran banquete. Luego deambulo por CP Tank, donde compro incienso, me bebo una cola *masala* y busco recipientes de hierro forjado para llevar a Nueva York. Estos ya no están de moda; la gente los prefiere de acero inoxidable, aluminio o antiadherentes. La poca gente que me encuentro por la calle me dice que no sabe de ninguna tienda que los venda, y que, si de milagro encuentro una, estará cerrada de todos modos. Es domingo por la tarde, cuando Bombay exhala. En estos barrios han comido su pulpa de mango y *puris*, y están tumbados boca arriba debajo del ventilador. Luego pregunto a un traperero y manda a un chico a despertar a un tipo que vive encima de una tienda con la persiana bajada. El hombre sale vestido con un *lungi* y me

pregunta qué estoy buscando. Desaparece detrás de la persiana y vuelve a salir con un juego de cuatro pequeños boles de hierro forjado para templar. Cada uno cuesta quince rupias, nada en realidad, y compro los cuatro. Se ha levantado de su siesta del domingo por la tarde para vender algo con lo que obtiene pocos beneficios. No sé por qué hoy ha querido hacer una excepción por mí; tal vez valora el hecho de que me haya tirado a la calle en pleno calor de julio en busca de algo así. Pero, en mi último día, ha logrado que me sienta en mi sitio en la ciudad donde crecí.

El País del No se ha convertido, con ese pequeño gesto, en el país del Sí. Sí, ahora me doy cuenta de que si te niegas a entender el No, finges que no existe o que nunca se dice, entonces, matado por tu incomprensión, se transformará por sí solo y bruscamente en lo contrario. O tal vez nunca se convierta en un Sí sino en un movimiento de la cabeza, que puede significar Sí o No, según cómo lo interpretes. Interpretarás los movimientos generosamente, con caridad, y seguirás adelante.

Luchamos contra Bombay con arrojo y la ciudad nos hizo sitio. Regresé a mi país natal y me abrieron la puerta, me dejaron entrar con mi mujer y mis hijos extranjeros, y les hicieron creer que también podía ser su hogar. Me ofrecieron la comida que me gustaba comer, y tocaron la música que me gustaba escuchar, aunque había olvidado cuánto me gustaba esa música. Me pidieron que escribiera para ellos; para sus películas, para sus periódicos. «Como ciudadano interesado, queremos saber cuál es su opinión sobre Kargil», me pidió el editor de un libro de ensayos sobre la guerra. Me ofrecían un papel que nunca había tenido en el país al que iba a volver, el de una voz en el debate nacional. «¿Cómo vas a volver a Nueva York después de esto?», me preguntan actrices, contables, prostitutas, asesinos. «Nueva York te parecerá aburrido.»

Después de dos años y medio he aprendido a ver más allá del caos de la ciudad física la incandescente fuerza vital de sus habitantes. La gente asocia

demasiado fácilmente Bombay con la muerte. Cuando cada día llegan quinientas personas en busca de un lugar para vivir, Bombay no tiene nada de ciudad moribunda. Mortal quizá, pero no moribunda. Cuando llegué a ella pensé que estaba en su fase terminal. Luego me trasladé a un apartamento más agradable. Una ciudad es floreciente o enfermiza según dónde vivas. Cada bombayita vive en su Bombay particular.

Como había vivido fuera, estaba atento a los cambios que se habían producido: cómo se habían descolorido los edificios, cuánto había crecido el árbol *banyan* que daba sombra a la parada de autobús. Me había ido siendo adolescente, había pasado veintiún años deambulando por los fríos países del mundo y había vuelto para reanudar una adolescencia interrumpida. Tenía la libertad —de hecho, la misión— de seguir los pasos de todas las personas que me habían intrigado de niño: policías, gánsters, mujeres pintarrajeadas, estrellas de cine, gente que quería renunciar al mundo. ¿Por qué opté por esa gente en particular y no otra? Eran, en su mayoría, personas de dudosa moralidad, cada una moldeada por las exigencias de la vida urbana. Lo que descubrí en casi todos mis personajes de Bombay fue la libertad. La lucha por tener una vida libre de minucias. La mayoría no pagan impuestos, no rellenan impresos. No se quedan en un mismo lugar o mantienen una relación el tiempo suficiente para acumular bienes. Cuando vuelva tendré que lidiar con minucias: enviar facturas a tiempo, cuadrar mis cuentas, preocuparme por el seguro. Sobrevivir en un país moderno implica vértelas con una cantidad enorme de papel. El que está por encima del papeleo gana.

Cada uno tiene un límite en su fuero interno. La mayoría vivimos vidas protegidas y resistimos cualquier tirón que nos aleje de este límite. Vemos cómo los demás los fuerzan, o se aproximan a ellos hasta cierto punto pero los trae de vuelta el miedo, la familia. En Bombay me he encontrado con gente que

vivía más cerca que nadie que yo conozca de sus seductores límites. Vidas gritadas. Ajay, Satish y Sunil viven al límite de la violencia; Monalisa y Vinod viven al límite del espectáculo; Honey está al límite del género; los jainistas van más allá del límite de la renuncia. No son personas normales. Hacen realidad las fantasías de la gente normal. Y la clase de trabajo a la que se dedican afecta a todas las esferas de su vida, hasta que desaparece la barrera entre trabajo y vida. No pueden dejar atrás el trabajo en los clubes nocturnos, la comisaría o la oficina del partido político; en este sentido todos se han vuelto artistas. La atracción y el enorme alivio de la ruptura total, una renuncia al orden que rige la propia vida, ¡a todo el esfuerzo que se necesita para que no se desintegre! Puesto que no podía hacerlo en mi propia vida, seguí a los que lo hacían y que me invitaban a observar. Me senté en el centro del escenario, esparciendo sobre ellos esos trozos de papel como recompensa. Y al observarlos los seguí muy cerca de mi propio límite, más de lo que nunca había estado de él.

La misma ciudad de Bombay está excediendo su propio límite: veintitrés millones de habitantes en 2015. La población, que debería reducirse a la mitad, en realidad se dobla. Caminando al lado de cada persona de la multitud que circula hoy por la calle habrá otra persona mañana. Cada año la ciudad se vuelve más pública, el mundo exterior abarrota poco a poco el interior. En el frenético ajeteo de un tren de Bombay, cada miembro de la manada necesita, como mecanismo de supervivencia, concentrarse en qué le define mejor como persona y aferrarse a eso como si le fuera la vida en ello. Un ser humano solitario tiene aquí dos alternativas: dejarse absorber por la multitud, verse reducido a una célula de un organismo más grande (que es fundamental en la composición de un disturbio) o bien conservar un sentido contumaz y casi irreductible de su propia individualidad. Cada persona que viaja en ese tren tiene un estilo propio: su forma de peinarse, el talento para hacer esculturas con conchas marinas o una habilidad para llenar una botella de agua caliente

hasta que revienta. Una peculiaridad del carácter o una excentricidad, extrapolada a toda una teoría del yo. Siempre me ha parecido fácil hablar con gente en una multitud de Bombay porque cada persona tiene opiniones bien diferenciadas, incluso excéntricas. Todavía no han sido programadas.

La batalla de Bombay es la del yo contra la multitud. En una ciudad de catorce millones de habitantes, ¿cuánto valor se asocia al número uno? Es la batalla del Hombre contra la Metrópoli, que solo es la extensión infinita del Hombre y el demonio contra el que debe constantemente luchar para imponerse o perecer. Una ciudad es una aglomeración de sueños individuales, un sueño colectivo de la multitud. Para que la vida de los sueños de una ciudad conserve su vitalidad, el sueño de cada individuo tiene que seguir siendo vital. Monalisa necesita creer que será Miss India. Ajay necesita creer que escapará del cuerpo de policía. Girish necesita creer que será un magnate de los ordenadores. La razón por la que un ser humano puede vivir en un suburbio de Bombay sin perder la cordura es que la vida de sus sueños es mayor que su escuálida barraca. Tiene lugar en un palacio.

Pero lo que cada indio desea también, en secreto o abiertamente, es dedicar su vida a un colectivo más grande que sí mismo. Los sicarios musulmanes de la Compañía-D se ven a sí mismos como guerreros del *qaum*, la nación universal del islam. Girish quiere dar dinero a su familia. Sunil afirma que, cuando no está pensando en sus negocios, trabaja para la nación. Porque en este país que de todas las civilizaciones es la que se ha dedicado a la más exquisita consideración de la vida interior —la forma, estructura y sentido del yo—, somos individualmente múltiples, estamos separadamente solos.

Una mañana azul y radiante en Bombay, en medio de las masas que circulan por la calle, tengo una visión: que todos esos individuos, cada uno con su canción y su corte de pelo favoritos, cada uno atormentado por un demonio exclusivo, componen las discretas células de un organismo gigante, uno enorme pero con inteligencia singular, sensibilidad, conciencia. Cada persona

es el producto final de una especialización exquisitamente refinada y tiene una tarea concreta que realizar, ni más ni menos importante que la de cualquiera de los otros seis millares de componentes del organismo. Es una imagen aterradora. Me hace sentir abrumado, destruye la percepción que tengo de mí mismo, pero en el fondo es consolador porque me infunde la agradable sensación de ser parte de algo. Toda esa gente variopinta que camina hacia el reloj gigante de Churchgate: son yo mismo; son mi cuerpo. La multitud es el yo, catorce millones de encarnaciones de él, catorce millones de celebraciones. No me fundiré con ellos; me he constituido en ellos. Y si los comprendo bien, ellos volverán a fundirse en mí y la multitud se convertirá en el yo, un yo multiesplendoroso.

EPÍLOGO

Me desperté en Brooklyn una mañana de septiembre y vi por la ventana una nube gris y espesa: los escombros que flotaban sobre el East River desde el World Trade Center. Esa mañana, en la ciudad a la que había vuelto a vivir, se desencadenaron una serie de sucesos que cambiaron de forma decisiva la naturaleza de la *gangwar* en la ciudad de la que acababa de irme.

En diciembre de 2001 los separatistas cachemires atacaron el Parlamento de Delhi, y casi estalló la guerra entre la India y Pakistán, dificultando el traslado de hombres y material a través de la frontera. El presidente Pervez Musharraf siempre ha negado públicamente que Dawood Ibrahim viva en Pakistán. La imagen del país se empañó con la noticia de que su Servicio de Inteligencia había acogido a los talibanes y con el asesinato de Danny Pearl; empeoraría aún más si estaba escondiendo a un gángster. En octubre de 2003 el Departamento del Tesoro de Estados Unidos nombró oficialmente a Dawood Ibrahim «terrorista global», alegando que el capo «ha hecho causa común con Al Qaeda, compartiendo sus rutas de contrabando con la organización terrorista y financiando ataques de islamistas extremistas dirigidos a desestabilizar el gobierno indio». Señaló que vivía en Karachi y publicó su número de pasaporte paquistaní.

Los líderes de la Compañía-D viven ahora en un estado continuo de ansiedad: temen que sus anfitriones paquistaníes los maten o los entreguen a la India como parte de un gesto de buena voluntad; temen que los asesinen los hombres de Rajan; y, sobre todo, se temen unos a otros. Los acecha el mismo miedo que utilizan para ganarse la vida, para convencer al blanco de una extorsión para que se desprenda de millones de rupias sin que se dispare un

tiro. Pero el terror en Bombay no ha cesado. En agosto de 2003 estallaron dos coches bomba en la Puerta de la India y en el mercado de diamantes, que dejaron cincuenta y dos muertos y ciento cincuenta heridos. De nuevo fue una forma de venganza, por los disturbios en el estado vecino de Gujarat, en los que poco antes ese año habían muerto quemados vivos cientos de musulmanes a manos de las turbas hindúes. Su ciudad necesitaba de nuevo a Ajay Lal, a quien sacaron de las vías de tren para que se encargara de la investigación.

En septiembre de 2000 una brigada de hombres de Chotta Shakeel irrumpió en una casa de Bangkok donde estaba cenando Chotta Rajan y abrieron fuego. Mientras los asesinos disparaban, tuvieron los móviles conectados; Shakeel tuvo el placer de oír desde Karachi los gritos del traidor mientras las balas se incrustaban en su cuerpo. Luego, como el capo de una película hindi, Rajan saltó por el balcón y escapó, cojeando sobre sus piernas rotas. El último rumor que corrió sobre él fue que estaba en Luxemburgo, todavía controlando por teléfono lo que quedaba de su banda en Bombay. Abu Salem, el hombre que había ordenado el golpe contra Rakesh Roshan y había amenazado a Vinod, fue arrestado en Lisboa en 2003 en compañía de una aspirante a actriz, y está pendiente su extradición a la India.

Entretanto, en la base, la policía de Bombay se había embarcado en una campaña sistemática de matanzas-encuentros. En 1998, cuarenta y ocho hombres que la policía había catalogado de gángsters fueron abatidos en encuentros. En 1999 el número ascendió a ochenta y tres y en 2000 descendió ligeramente a setenta y cuatro. En 2001 más de cien personas fueron asesinadas a tiros por la policía de Mumbai. A medida que languidecía la *gangwar*, la sección de sucesos de los periódicos de la ciudad empezaron a llenarse de crímenes no organizados: criados que mataban a sus señores, amantes rechazados que se vengaban.

Hasta que en 2003 llegó Abdul Karim Telgi. Era un ex vendedor de cacahuetes que había impreso formularios para la declaración de renta

falsificados por valor de 320.000 millones de rupias, uno de los mayores escándalos de corrupción de la historia de la nación. Salió impune de las falsificaciones sobornando sistemáticamente a los políticos y a la policía de Bombay, pero el escándalo salpicó a todos los rangos de la policía, incluido el inspector, que fue detenido. Lo mismo ocurrió con los especialistas en encuentros como Pradeep Sawant, a quien encarcelaron por primera vez por matar a seres humanos. Al parecer, Telgi había estado arrojando montones de rupias a las bailarinas de un club nocturno llamado Sapphire, del que Honey hacía poco que se había despedido después de ser padre de un hijo, un precioso niño de ojos brillantes llamado Love.

AGRADECIMIENTOS

Mi más sincero agradecimiento a:

En Bombay: Vasant y Naina Mehta, Anupama y Vidhu Vinod Chopra, Farrokh Chothia, Manjeet Kripalani, Dayanita Singh, Mahesh Bhatt, Tanuja Chandra, Rahul Mehrotra, Naresh Fernandes, Meenakshi Ganguly, Anuradha Tandon, Alí Peter John, Eishaan, Asad bin Saif, Kabir y Sharmistha Mohanty, Adil Jussawala, Rashid Irani, Kumar Ketkar, Foy Nissen, Sameera Khan.

En Nueva York: Ramesh y Usha Mehta, Sejal Mehta, Monica y Anand Mehta, Ashish Shah, Amitav Ghosh, Akhil Sharma, Zia Jaffrey, Somini Sengupta.

En Londres: Viswanath y Saraswati Bulusu, Ian Jack.

Mis gurús: James Alan McPherson y U. R. Ananthamurthy, y mi agente, Faith Childs.

Mis editores: David Davidar, Sonny Mehta, Deborah Garrison, Geraldine Cook, Ravi Singh, Vrinda Condillac, Janice Brent.

La Whiting Foundation, la New York Foundation for the Arts y la MacDowell Colony.

Muchos de los nombres que aparecen mencionados han sido cambiados, así como los de las ciudades. Este libro ha sido en buena medida posible gracias a la generosa ayuda de personas cuyo nombre no puedo revelar. A todas ellas, mi más profunda gratitud.

Y, ante todo, a Sunita, Gautama y Akash. Gracias por hacerme volver al presente. Estoy en deuda con vosotros.

* *Hindutva* («hinduismo») es el nombre con que se conoce la doctrina del movimiento nacionalista hindú. (*N. de la T.*)

* Fragmento de «Home Sweet Home», de la banda sonora del musical *El rey y yo*: «Be it ever so humble, there is no place like home» («Por humilde que sea, no hay lugar como el hogar»). (*N. de la T.*)

* Juego de palabras intraducible: en inglés, *party* significa «partido» y «fiesta»; *to pass motions* también significa «evacuar el vientre». (*N. de la T.*)

* Lentejas con verduras variadas. (*N. de la T.*)

* «Lluvia, lluvia, vete, vuelve otro día.» (*N. de la T.*)

* En Holi, la fiesta de la primavera de los hindúes, se espolvorean unos a otros con arroz o cebada en polvo teñido de rojo o amarillo. (*N. de la T.*)

* Género propio de la India que combina el melodrama con el musical. (*N. de la T.*)

* Propio de la mezcla de melodrama y musical del cine hindi. (*N. de la T.*)

* «La despedida»: «Corre, riachuelo frío, hacia el mar...». (*N. de la T.*)

* «Un millar de soles os iluminarán, / un millar de lunas temblarán; / pero con vos no
caminaré / eternamente.» (*N. de la T.*)

Suketu Mehta es autor de ficción y ensayos periodísticos, y ha obtenido diversos galardones por su trabajo en estos géneros: ganó el premio Whiting Writers, el premio O. Henry y la prestigiosa beca de la New York Foundation for the Arts. Mehta ha publicado piezas en *The New York Times Magazine*, *Granta*, *Harper's*, *Time* y *The Village Voice*. Su primera novela, *Ciudad total*, fue finalista del premio Pulitzer 2005, y ha sido valorada muy positivamente: «Sin lugar a dudas, uno de los libros más importantes que se ha escrito sobre Bombay» (*The Globe and Mail*); «Un libro brillante sobre las maravillas y los horrores de la ciudad de Bombay» (Rohinton Mistry).

«Irani restaurants instructions», de Nissim Ezekiel, reproducidas con permiso de Oxford University Press India, Nueva Delhi.

Título original: *Maximum City. Bombay Lost and Found*

Edición en formato digital: noviembre de 2014

© 2004, Suketu Metha

Publicado por acuerdo de Lennart Sane Agency AB

© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2006, Aurora Echevarría, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random house Grupo Editorial / Nora Grosse

Fotografía de portada: ©Hussain Khalaf

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-2966-2

Composición digital: M. I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Índice

Ciudad total

Primera parte. Poder

Topografía personal

Powertoni

Mumbai

La número dos después de Scotland Yard

Trabajadores de escobilla

Segunda parte. Placer

La ciudad de los devoradores de *vadapav*

Una ciudad en celo

Destilerías de placer

Tercera parte. Pasajes

Minas de la memoria

Sone ki Chidiya

Adiós, mundo

Un yo entre la multitud

Epílogo

Agradecimientos

Notas

Biografía

Créditos